FONDA LEE

# GUERRA DE JADE

Traducción de Antonio Rivas

LA MAGIA DIVIDE
EL PODER CORROMPE
LA FAMILIA PERDURA

En la isla de Kekon, la familia Kaul está atrapada en una violenta disputa por el control de la capital y el suministro de jade mágico que desde hace cientos de años otorga poderes sobrenaturales a los guerreros huesos verdes. Más allá de las fronteras de Kekon, la guerra está a punto de estallar. Las potencias extranjeras y los capos criminales han fijado su atención en la nación insular. El jade, el recurso más preciado de Kekon, podría hacerlos ricos o convertirse en el arma necesaria para derrotar a sus rivales.

Rodeada de amenazas por todos lados, la familia Kaul se ve obligada a formar nuevas y peligrosas alianzas, enfrentarse a sus enemigos en las oscuras calles y las altas torres de oficinas de la capital y dejar el honor a un lado para hacer lo que sea necesario para asegurar su propia supervivencia… y la de todos los huesos verdes de Kekon.

*Guerra de jade* es el segundo libro de la Saga de los huesos verdes, una trilogía épica sobre la familia, el honor y aquellos que viven y mueren según las antiguas leyes de la sangre y el jade.

Fonda Lee

# Guerra de jade

## Saga de los huesos verdes - 02

**ePub r1.0**

**Café mañanero** 30-06-2023

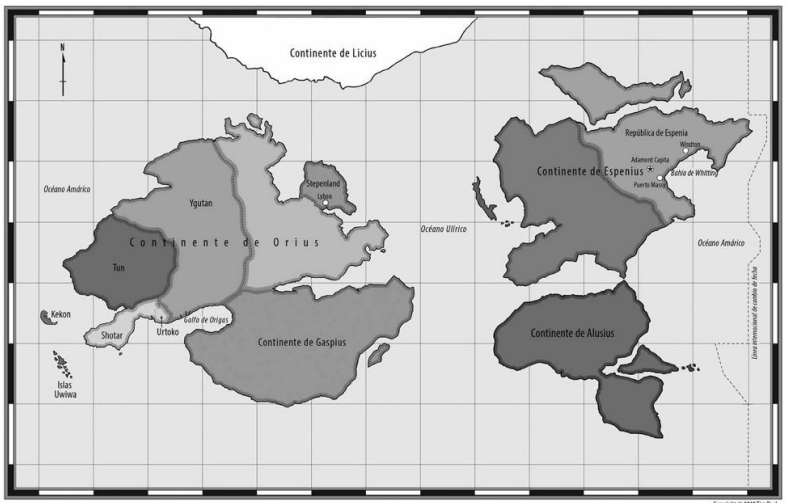
Título original: *Jade War*
Fonda Lee, 2022
Traducción: Antonio Rivas Gonzálvez
Ilustración de cubierta: Fran Mariscal Mancilla
Mapas: Tim Paul Illustration

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 06/2023
ePub base r2.1

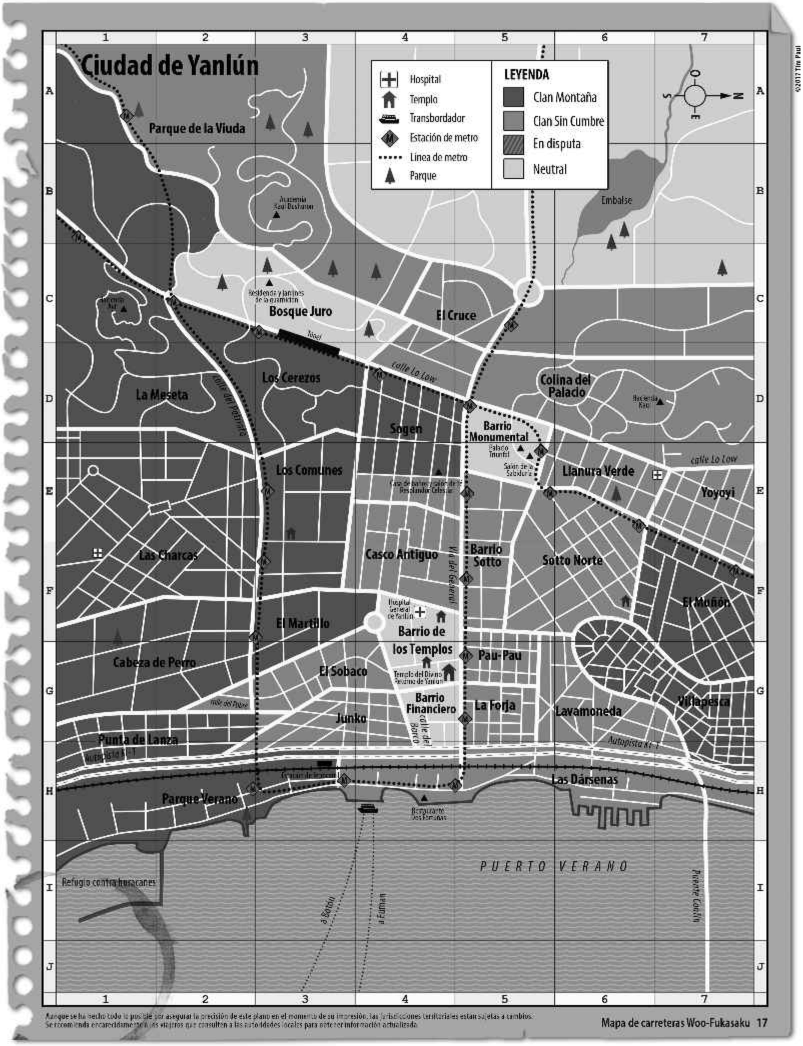
# GUERRA DE JADE

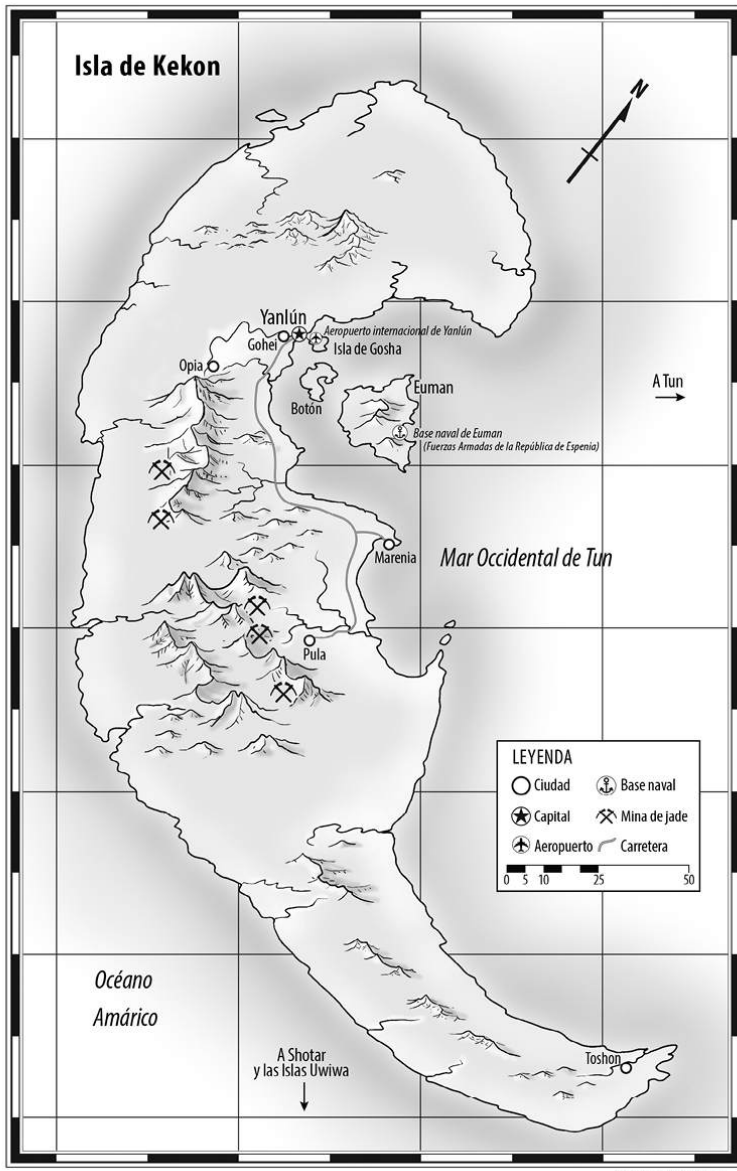
Fonda Lee

*A los artistas marciales con los que me he entrenado y de los que he aprendido.*



Copyright © 2019 Tim Paul


Ciudad de Yanlún
LEYENDA
Hospital
Templo
Transbordador
Estación de metro
Línea de metro
Parque
Clan Montaña
Clan Sin Cumbre
En disputa
Neutral
S
O
N
E
Parque de la Viuda
Embalse
Bosque Juro
El Cruce
La Meseta
Los Cerezos
calle Lo Low
Colina del Palacio
Sogen
Barrio Monumental
Llanura Verde
calle Lo Low
Yoyoyi
Los Comunes
Las Charcas
Casco Antiguo
Barrio Sotto
Sotto Norte
Vía del General
El Muñón
El Martillo
Barrio de los Templos
Pau-Pau
Cabeza de Perro
El Sobaco
Barrio Financiero
La Forja
Lavamoneda
Villapesca
Junko
calle del Borco
Punta de Lanza
Autopista K-1
Autopista K-1
Las Dársenas
Parque Verano
PUERTO VERANO
Refugio contra huracanes
Puente Coolín
Aunque se ha hecho todo lo posible por asegurar la precisión de este plano en el momento de su impresión, las jurisdicciones territoriales están sujetas a cambios.
Se recomienda encarecidamente a los viajeros que consulten a las autoridades locales para obtener información actualizada.
Mapa de carreteras Woo-Fukasaku 17
©2017 Tim Paul




Copyright © 2019 Tim Paul

# Clanes huesos verdes

Junto con sus aliados y enemigos

Clan Sin Cumbre
Kaul Hiloshudon: pedestal
Kaul Shaelinsan: hombre del tiempo
Emery Anden: Kaul por adopción, recién licenciado de la Academia Kaul Dushuron
Kaul Lanshinwan: anterior pedestal del clan, hermano mayor de Hilo y Shae; fallecido

Kaul Seningtun: la Antorcha de Kekon, patriarca de la familia; fallecido
Kaul Dushuron: hijo de Kaul Sen, padre de Lan, Hilo y Shae; fallecido
Kaul Wan Riamasan: viuda de Kaul Du, madre de Lan, Hilo y Shae

Maik Kehnugo: cuerno de Sin Cumbre
Maik Tarmingu: asistente del pedestal Kaul Hilo
Kaul Maik Wenruxian: esposa de Kaul Hilo, una ojos de piedra

Woon Papidonwa: sombra del hombre del tiempo, antiguo asistente del pedestal Kaul Lan
Hami Tumashon: jefe de los hacedores de fortuna
Juen Nurendo: primer puño de Maik Kehn
Lott Jinrhu: un dedo del clan
Yun Dorupon: antiguo hombre del tiempo de Kaul Sen y Kaul Lan; un traidor

Aun Uremayada: madre de Emery Anden; fallecida
Haru Eynishun: exesposa de Kaul Lan
Teije Runo: un primo segundo de Hilo y Shae
Kyanla: ama de llaves de la mansión Kaul

Otros puños y dedos
Vuay Yudijo: segundo puño de Maik Kehn
Iyn Roluan: un puño veterano
Vin Solunu: un dedo veterano dotado para la Percepción
Heike, Dudo, Ton: dedos del clan, antiguos compañeros de estudios de Emery Anden
Doun, Yonu, Tyin, Hejo: huesos verdes, bajo la autoridad directa del pedestal

Linternas destacados
Eiten: propietario de la destilería Belleza Perversa, un antiguo puño mutilado por Gont Asch
Señor Une: propietario del restaurante Dos Fortunas
Señora Sugo: propietaria del club de caballeros Lila Divina
Señor Enke: promotor inmobiliario, presidente del Grupo Inmobiliario Enke

Clan Montaña
Ayt Madashi: pedestal
Ree Turahuo: hombre del tiempo
Nau Suenzen: cuerno

Ayt Yugontin: la Lanza de Kekon, padre adoptivo de Mada, Im y Eodo; fallecido
Ayt Imminsho: hijo mayor adoptivo de Ayt Yu; fallecido
Ayt Eodoyatu: hijo segundo adoptivo de Ayt Yu; fallecido

Gont Aschentu: antiguo cuerno del clan; fallecido
Waun Balushu: primer puño de Gont Asch y Nau Suen
Iwe Kalundo: jefe de los hacedores de fortuna
Ven Sandolan: presidente de Transportes
K-Star
, un linterna del clan

Ven Hakujon: un puño veterano del clan, hijo de Ven Sando
Koben Atosho: un niño, nacido Ayt Ato, hijo de Ayt Eodo
Seko: un puño del clan, encargado de las ratas blancas
Mudt Jindonon: un informante; fallecido

Ti Pasuiga
Zapunyo: un contrabandista de jade, jefe de la banda Ti Pasuiga
Iyilo: un guardaespaldas de Zapunyo
Soradiyo: un reclutador de pescadores de rocas y encargado de estos
Bero: un ladrón de jade
Mudt Kalonun: un ladrón de jade, hijo de Mudt Jin

Otros personajes de Kekon
Su Celestialidad el Príncipe Ioan III: soberano actual de Kekon
Son Tomarho: canciller del Consejo Real de Kekon, leal a Sin Cumbre
Guim Enmeno: ministro de Asuntos Domésticos, leal a Montaña
Señor Kowi: miembro del Consejo Real, leal a Sin Cumbre

Tau Marosun: profesor de estudios extranjeros de la Universidad Real Jan
Maestro Aido: entrenador privado de disciplinas del jade
Durn Soshunuro: pedestal del clan Cola Negra
Doctor Truw: un médico huesos verdes
Gran Maestro Le: instructor en jefe de la Academia Kaul *Dushuron*
Toh Kitaru: un presentador de noticias de Radiotelevisión Nacional de Kekon (
RNK
)

Representantes del gobierno de Espenia
Gregor Mendoff: embajador en Kekon de la República de Espenia
Quire Corris: ministro de Asuntos Exteriores de la República de Espenia
Coronel Leland Deiller: comandante en jefe de la base naval de

Euman

Teniente coronel Jay Yancey: oficial ejecutivo de la base naval de Euman

En Puerto Massy

Los kekoespenios

Dauk Losunyin: pedestal de Trampasur

Dauk Sanasan: esposa y hombre del tiempo de Dauk Losun

Dauk Corujon, Cory: un hijo de Losun y Sana

Rohn Torogon: cuerno de Trampasur

Señor y señora Hian: familia de acogida de Emery Anden

Shun Todorho, Tod: un huesos verdes, amigo de Cory

Etto Samishun, Sammy: un huesos verdes, amigo de Cory

Ledt Derukun, Derek: un amigo de Cory

Sano: un portero del reñidero

Las bandas

Blaise Kromner, el Toro: jefe de la banda del Barrio Sur

Willum Reams, Flaco: mayoral de la banda del Barrio Sur

Moth Duke: un capataz de la banda del Barrio Sur

Carson Sunter: un casaca (soldado) de la banda del Barrio Sur

Joren Gasson, Pequeño Jo: jefe de la banda de la calle Baker

Rickart Slatter, Ricky el Listo: jefe de la banda de *Wormingwood*; en la cárcel

Anga Slatter: jefa interina de la banda de Wormingwood, esposa de Rickart Slatter

# Capítulo 1
# El Cielo Espera

Era una locura saquear la tumba de un huesos verdes. Solo con muy poco aprecio por su vida se lo plantearía alguien, pero para ese tipo de personas, aquella noche era el momento ideal. Los días fríos y secos de finales del invierno no habían dado paso aún a la lluvia incesante de la primavera, y las nubes bajas ocultaban la luna que se alzaba sobre las copas de los árboles del parque de la Viuda. Un silencio desacostumbrado envolvía las calles de Yanlún; por respeto, la gente había cancelado sus actividades habituales y se había quedado en casa. En las ventanas colgaban lámparas ceremoniales para guiar a los espíritus, en homenaje al fallecido Kaul Seningtun: héroe de guerra nacional, patriarca del clan Sin Cumbre, la Antorcha de Kekon. De modo que, aunque Bero y Mudt habían tenido la precaución de no encender las linternas, no había nadie que pudiera verlos cuando llegaron al cementerio.

Nuno, el enterrador, los recibió en la puerta cinco minutos antes de la hora de cierre oficial.

—Daos prisa. Tenéis media hora hasta que lleguen los vigilantes nocturnos.

Los tres estaban solos, pero Nuno habló con un susurro apresurado. Sus ojos, desde los huecos arrugados de la cara, recorrían temerosos las sombras de setos y lápidas. En Kekon se consideraba a los ladrones la más baja de las escorias, y los saqueadores de tumbas eran los más despreciables de todos. Una bala en la nuca a la mañana siguiente, que se facturaría a los parientes, era el castigo legítimo que podían esperar si los atrapaban.

Bero cogió la bolsa de plástico que llevaba Nuno. Se agachó junto al muro de piedra y sacó dos camisas azules y sendas gorras

que llevaban bordado el logo del cementerio, «El cielo espera». Mudt y él se pusieron apresuradamente la camisa y se encasquetaron la gorra. Nuno los guio a paso rápido por un camino serpenteante que subía por la colina, hasta que llegaron a uno de los mausoleos más grandes y destacados del cementerio. Habían cavado una nueva tumba frente al imponente monumento de mármol verde. Al día siguiente, Kaul Seningtun descansaría junto a su nieto, Kaul Lanshinwan, antiguo pedestal de Sin Cumbre, asesinado y enterrado dieciséis meses antes. ¡Dieciséis meses! Una eternidad frustrante que Bero había pasado haciendo planes y esperando su jade.

El propio Nuno había cavado el hoyo aquella tarde; aún había una excavadora al lado de la tumba. Bero se detuvo al borde del agujero, impecablemente rectangular. Una brisa agitó las briznas del césped perturbado que tenía a sus pies, levantando el penetrante aroma de la tierra húmeda. Un escalofrío de emoción recorrió la columna de Bero; aquello era lo que había necesitado todo el tiempo: que alguien hiciera la parte más dura del trabajo. La primera vez que Mudt y él se colaron con palas en el cementerio los interrumpió un grupo de adolescentes borrachos que daban tumbos en la oscuridad, asustándose entre ellos; la segunda vez se puso a llover a cántaros y apenas consiguieron hollar la superficie de la tierra empapada antes de que casi los sorprendieran los vigilantes. Después de aquello, Bero se dio cuenta de que tenían que usar la cabeza; idearon un plan mejor y esperaron el momento adecuado para actuar.

Para sorpresa de Bero, Mudt se agachó y saltó a la tumba antes que él. El muchacho miró hacia arriba con un brillo en sus ojos de comadreja y se sacudió las manos. Bero se descolgó la bolsa del hombro y sacó las herramientas. Se las pasó a Mudt y saltó también; las suelas de los zapatos golpearon en la tierra recién expuesta. Los dos jóvenes cruzaron la mirada durante un instante, asombrados ante su propia osadía. Después, a la vez, atacaron la pared del pozo con las palas, excavando como topos hacia el ataúd contiguo.

Nuno montaba guardia junto a la excavadora, masticando nuez de betel y fingiendo estar tomándose un descanso del duro trabajo de cavar tumbas. Era poco habitual que hubiera que sacar la excavadora; casi todos los kekoneses optaban por la incineración, y

las cenizas se guardaban en nichos o se enterraban en pequeños hoyos cavados a mano. Debido a la escasez de espacio, incluso las familias ricas como la de los Kaul, que se podían permitir parcelas completas, enterraban a los suyos con poco más de un palmo de separación entre ataúdes, de modo que la pala de Bero no tardó mucho en golpear una superficie dura en la pared de tierra. Ahogó un grito de triunfo y redobló sus esfuerzos. La tierra salió volando; le manchó las manos sudorosas y, cuando hizo una pausa para secarse la frente, le dejó rastros embarrados en la cara. Bero no sentía cansancio alguno, solo euforia y una expectación casi insoportable; sin duda se debía a que el jade al que tenía derecho estaba ya muy cerca, llamándolo desde el ataúd del hombre al que había matado.

—Kaul Lan era el pedestal del clan Sin Cumbre —dijo Mudt con un susurro ansioso, hablando por primera vez desde que habían llegado. Mudt solo tenía quince años, tres menos que Bero, y unos brazos muy flacos; la tarea era dura para él y su cara estrecha se veía congestionada en la casi total oscuridad—. Tendrá más jade que nadie, ¿verdad? Hasta más que los hermanos Maik. —Un destello vengativo le asomó a los ojos. Tenía sus propias razones para querer jade.

—Dalo por seguro, keke —respondió Bero sin distraerse.

—¿Cómo podemos estar seguros de que el jade está ahí? —susurró Mudt con un deje de ansiedad.

Si no se lo llevaba un enemigo en la batalla, el jade de un huesos verdes pasaba a su familia. Muchas veces se enterraba a los guerreros con una parte ceremonial de su verde, así que era posible que el ataúd de Kaul contuviera solo unas cuantas piedras, o nada en absoluto. Dado el intenso estigma cultural y religioso que suponía el robar a los difuntos, y la pena de muerte que iba asociada, el trabajo y el riesgo del saqueo de tumbas rara vez salía a cuenta, ni siquiera para los delincuentes más enfebrecidos por el jade.

Bero no respondió; no podía dar más garantía que el hecho de que tenía una sensación, y siempre había escuchado a sus sensaciones. La tenía en aquel momento; era como si el destino le sonriera. Las caprichosas mareas de la fortuna arrastraban a la gente de un lado a otro, pero Bero creía que se habían fijado

especialmente en él; que cabalgaba sobre ellas más alto que la mayoría. Desde luego, había tenido mala suerte de sobra toda su vida, desde el momento en que lo habían arrancado gritando del efímero vientre de su madre; por otro lado, él estaba vivo, mientras que muchos que conocía, no, y ahora estaba cerca del jade.

Ya se veía el lateral del ataúd. Lo que había sido una superficie barnizada de color cereza había adquirido un tono marrón apagado, rodeado de tierra negra. Los jóvenes dejaron las palas y se cubrieron la boca y la nariz con un pañuelo; a continuación se pusieron unos gruesos guantes de trabajo. Bero cogió una sierra de calar con batería.

—Alúmbrame —dijo, con la voz apagada por el pañuelo.

Bero sacó una linterna de bolsillo y recorrió con el haz el lateral del ataúd. Cuando Bero encendió la sierra, el chirrido agudo casi le hizo dar un respingo y soltar la herramienta. La luz de la linterna de Mudt se agitó alocadamente antes de quedar fija de nuevo. Con el corazón golpeándole con fuerza las costillas, Bero hundió la hoja en el féretro de Kaul Lan y se puso a serrar.

Recortó un trozo del tamaño aproximado de una pantalla de televisión, y luego apagó la sierra y la dejó en el suelo. Con la ayuda de Mudt retiró el rectángulo de madera. Una nube de polvo y poliéster se arremolinó en el aire, y un objeto cayó en la tierra a sus pies. Con un grito de entusiasmo, Bero se arrodilló, y contuvo a duras penas el impulso de recoger lo que veía brillando como un tesoro desenterrado bajo el haz de la linterna: un hilo de cuentas de jade, cada piedra impecable y de un verde intenso separada de sus compañeras por otras cuentas negras más pequeñas, todas engarzadas en una cadena de plata. El poderoso adorno y arma de un jefe de huesos verdes; una parte de su identidad esencial. Un objeto de valor incalculable que solo se podía comprar con sangre.

Mudt se recobró el primero y agarró a Bero por el hombro.

—Estaba cosida al forro. Tiene que haber más —dijo.

Siguieron rebuscando en el tapizado roto y casi de inmediato encontraron dos muñequeras de cuero con joyas incrustadas. Kaul llevaba además un cinturón bien cargado de jade; quizá también estuviera allí, oculto en algún lugar del ataúd.

Antes de que pudieran seguir buscando, Nuno se asomó por el borde de la tumba y los miró desde arriba, con un rictus en la cara

curtida.

—Tenéis que salir. He mandado a los vigilantes a comprobar una cerradura rota de la puerta trasera, pero volverán. Tenemos que dejar esto limpio.

—Pásame la bolsa —dijo Bero.

Nuno obedeció. Bero y Mudt colocaron en su lugar la pieza cortada del ataúd y encajaron contra ella toda la tierra húmeda que pudieron. A Bero le resultaba doloroso pensar en el jade que podían estar dejando detrás, pero era mejor que se marcharan ya con lo que tenían. Había aprendido unas cuantas lecciones dolorosas sobre el exceso de ambición. Cuidando de no tocar el jade con la piel desnuda, envolvió su precioso descubrimiento en varias capas de arpillera y lo guardó en la bolsa, junto a las herramientas. Se limpió las manos embarradas en los pantalones, se echó la bolsa al hombro y tendió una mano a Nuno para que lo ayudara a salir de la tumba. El enterrador dio un paso atrás; sus labios manchados dejaron a la vista los dientes en una expresión de repugnancia.

—No pienso acercarme a jade robado.

Nuno había contraído unas deudas enormes, y ese era el único motivo por el que se había dejado sobornar; la cifra había sido tan elevada que Bero estuvo preguntándose si valdría la pena durante todos los meses que tuvo que pasar vendiendo shine para financiar el negocio.

Le dijo a Mudt que le hiciera un estribo con las manos para ayudarlo a salir del agujero. Cuando estuvo fuera y de pie, miró al muchacho, que esperaba con los brazos en alto, y durante un instante estuvo tentado de abandonarlo. Ahora que ya tenía el jade, ¿por qué repartirlo con ese crío? Pero Mudt podía delatarlo si lo dejaba tirado. Además, tenía cuajo y hasta entonces le había resultado útil; Bero tenía que reconocerlo.

Se agachó y ayudó a Mudt a salir. Nuno arrancó la excavadora y arregló la tierra desordenada. Cuando acabó, la tumba tenía el mismo aspecto que al principio. Un observador atento podría reparar en las pisadas del fondo y en que una de las paredes tenía un aspecto un poco más irregular, pero no cabía esperar que sometieran el hoyo a un escrutinio profundo. Bero y Mudt se desataron el pañuelo y se limpiaron el sudor y el barro de la cara mientras Nuno los acompañaba con celeridad colina abajo. La

oscuridad era ya absoluta y nadie les prestaba atención, pero si alguien se hubiera fijado, habría visto lo que parecía ser un trío de trabajadores del cementerio que terminaban su jornada.

—Dadme las camisas y las gorras, deprisa —les pidió Nuno, ya en la puerta. Se quitaron los disfraces embarrados y los metieron en una bolsa de basura—. Tenéis lo que veníais a buscar, ¿no? Maldita sea vuestra alma —espetó—. ¿Y la otra mitad del dinero?

Bero asintió, se agachó y abrió la cremallera de la bolsa. Mudt, situado detrás del enterrador, giró con todas sus fuerzas, lo golpeó en la nuca con la piedra que sujetaba en el puño y lo acabó de tumbar de un empujón. Bero se puso en pie empuñado una pistola y disparó dos veces; la primera bala se hundió en la frente de Nuno, y la segunda, en su mejilla.

Los dos jóvenes se quedaron mirando atónitos tres o cuatro largos segundos, hasta que se apagó el eco de los disparos. Boca arriba, los ojos de Nuno estaban congelados en una expresión de alarma y sorpresa; los orificios de entrada eran sorprendentemente pequeños, y la tierra seca ya estaba absorbiendo la sangre.

El primer pensamiento de Bero fue que el plan había salido sorprendentemente bien y que conservar a Mudt había sido una buena decisión, después de todo. El segundo, que era una suerte que el enterrador no fuera un tipo corpulento, o habrían tenido un buen problema para moverlo. Los dos jóvenes jadeaban y sudaban a chorros por el cansancio y el miedo cuando acabaron de arrastrar el cadáver hasta un hueco poco profundo, bajo el seto cercano. Bero rebuscó apresuradamente en la chaqueta de Nuno hasta encontrar la cartera.

—Coge también el reloj —siseó—. Que parezca un robo.

Sacaron el llavero del bolsillo del enterrador, patearon unas cuantas ramas y hojas para cubrir un poco el cadáver y corrieron hacia la puerta. Mientras Bero maldecía y se peleaba con la cerradura, Mudt se inclinó, jadeando, con las manos en las rodillas y el blanco de los ojos visible bajo el flequillo grasiento.

—Mierda. Mierda, mierda, mierda.

La puerta se abrió al fin. Cerraron tras de sí la reja metálica, y Bero abrazó con fuerza la bolsa mientras corrían al abrigo del parque de la Viuda por delante de los haces oscilantes de las linternas de los guardias, hacia el resplandor de la ciudad.

# Capítulo 2
# El paso de la antorcha

Kaul Hiloshudon estaba al frente de la gran reunión de dolientes que habían acudido para presentar sus últimos respetos a su abuelo. Mucha gente lo observaba con atención aquel día, y se daría cuenta si parecía distraído o nervioso, de modo que mantuvo la mirada fija en el ataúd envuelto en cara tela blanca y movió los labios con diligencia en respuesta a las letanías de los penitentes. Aun así, le costaba prestar atención al rito; le era imposible contener su sentido de Percepción en presencia de tantos enemigos.

Su abuelo había vivido una vida larga e importante. Kaul Sen había luchado por la liberación del país, y más tarde, mediante la política, los negocios y el gran clan que había construido, había dado forma duradera a la nación de Kekon. A la avanzada edad de ochenta y tres años había fallecido tranquilamente en plena noche, sentado en su sillón acostumbrado junto a la ventana de la mansión familiar. Una señal del favor de los dioses, sin duda. Si, en los últimos años de su vida, con la demencia senil y la disminución de la tolerancia al jade, el abuelo se había convertido en un anciano cruel e insoportable, amargado por la pérdida y el remordimiento, que no tenía nada que decir salvo improperios ante la idea de que el liderazgo del clan Sin Cumbre pasara a su nieto menos favorito… Bueno, eso era algo que el ciudadano medio ignoraba. Se había celebrado una gran vigilia pública durante dos días y dos noches en el Barrio de los Templos, y a Hilo le daba la impresión de que la mitad de la población de la ciudad había acudido al funeral. La otra mitad, probablemente, estaba siguiendo el acontecimiento por televisión. La muerte de la Antorcha de Kekon señalaba el final de una era, el término de una generación crucial que había asegurado la libertad de Kekon frente a la ocupación extranjera y había

restablecido su prosperidad. Cualquiera que fuera una figura de importancia estaba allí para formar parte de aquella conmemoración histórica. Y eso incluía a Ayt Madashi.

El pedestal del clan Montaña estaba al otro lado de la muchedumbre, con una chaqueta larga blanca y un echarpe también blanco, rodeada de su gente. Hilo apenas podía verla, pero no lo necesitaba; podía Percibir la densidad característica de su aura de jade sin ningún esfuerzo. La ironía de la presencia de Ayt Mada en aquel mismo lugar donde Lan, el hermano mayor de Hilo, yacía convirtiéndose en polvo lo habría enfurecido si se hubiera permitido pensar mucho en ello, pero se contenía; no tenía ninguna intención de darle esa satisfacción a su rival.

La víspera, Ayt había emitido un comunicado público alabando a Kaul Sen como héroe nacional, padre del país y amado camarada y amigo de su difunto padre, Ayt Yugontin, que los dioses los reconozcan a ambos. Expresó su tristeza por el conflicto reciente entre los clanes de aquellos dos grandes hombres; tenía la esperanza de que los desafortunados desacuerdos se pudieran solventar, de modo que el país pudiera seguir avanzando con el espíritu de unidad inquebrantable que había demostrado en tiempos de guerra la hermandad patriótica de la Sociedad de la Montaña.

—Chorradas —había dicho Hilo. No creía ni remotamente que Ayt Mada fuera a abandonar su objetivo de matarlos a él y a toda su familia, destruir a Sin Cumbre y hacerse con el control incuestionable de todo el suministro de jade del país. Las deudas de sangre no se borraban con comunicados de prensa.

—Es una buena táctica de relaciones públicas —había dicho Shae—. Recordar a la gente la relación del abuelo con su padre, asociándose así ella con el legado de todos los huesos verdes.

Aparte de aquel breve análisis, su hermana había hablado poco en las últimas setenta y dos horas, más allá de los dos días de vigilia silenciosa oficial. Hilo la miró de reojo, a su lado, con la espalda erguida pero las ojeras hinchadas aún visibles bajo la capa de polvos blancos, señal de luto, que le cubría la cara. Su aura de jade, habitualmente aguda, parecía apagada. Shae quería mucho al abuelo, y siempre había disfrutado de su favor. Había llorado amargamente su muerte.

Hilo devolvió la atención a la muchedumbre. También asistían

otros jefes importantes del clan Montaña; al lado de Ayt Mada estaba un hombre bajo de pelo engominado, Ree Turahuo, el hombre del tiempo del clan, y junto a este, un hombre de rasgos ásperos y barba entrecana bien recortada, a tono con su pelo. Hilo sabía relativamente poco sobre Nau Suenzen, que había sucedido a Gont Aschentu como cuerno de Montaña, pero los rumores y los espías le decían que Nau tenía fama de ser un guerrillero taimado que había dirigido misiones de sabotaje y asesinatos para Ayt Yugontin durante la ocupación shotariana. Solo tenía veintitrés años cuando terminó la guerra de las Naciones. Su aspecto anodino y la textura fríamente insulsa de su aura de jade hacían que no pareciera ni la mitad de poderoso e impresionante que su predecesor. Hilo sospechaba que aquello era un camuflaje del que había que preocuparse.

Los penitentes deístas, con sus túnicas funerarias blancas (dos docenas, pues era un gentío enorme y un funeral importantísimo), terminaron la larga ceremonia religiosa entonando varias veces *Que los dioses lo reconozcan*, que corearon multitudinariamente los congregados. Hilo cerró los ojos y concentró su fatigada Percepción mientras escudriñaba a través del ruido mental de miles de respiraciones y corazones latientes. Ahí: invisible en algún lugar, tras los miembros del clan Montaña, estaba la conocida aura de jade nebulosa de un hombre al que en el pasado había llamado tío. El antiguo hombre del tiempo de Sin Cumbre, un traidor a la familia Kaul. Yun Dorupon estaba allí, entre los dolientes.

—No te molestes. No lo pillaremos hoy —dijo Shae en voz baja. Quizá le había visto la expresión concentrada, o simplemente había Percibido su estado de ánimo, pero Hilo se sorprendió. No había creído que se hubiera dado cuenta de la presencia de Doru, ni que estuviera prestando la menor atención.

Shae tenía razón, por supuesto: no podían actuar con violencia en presencia de los penitentes el día del entierro de su abuelo. Además, siendo pragmáticos, había demasiados guerreros de Montaña presentes; cientos de puños y dedos alineados frente a los de Sin Cumbre. Cuando Hilo ampliaba su Percepción, las auras de los huesos verdes reunidos creaban un denso zumbido de energía de jade semejante al rumor incesante de una calle bulliciosa. Los clanes hacían una exhibición de fuerza numérica, pero aquel día

mantenían una tregua en honor del mismo hombre.

La gran reunión empezó a dispersarse. Hilo se preparó para afrontar la tarea larga e inevitable de mostrar una expresión solemne y aceptar los pésames del círculo interno de los leales al clan: linternas, políticos, familias importantes de huesos verdes. Anteriormente, aquel día, pareció tener lugar un alboroto cerca de la entrada del cementerio, y Maik Kehn había mandado a un puño a investigar. En aquel momento, Kehn llegó al lado de Hilo.

—Dicen que anoche encontraron un cadáver en el cementerio —dijo en voz baja.

—¿Solo uno? —replicó Hilo torciendo el gesto—. ¿Los demás se levantaron y se fueron?

El cuerno soltó un bufido; fue toda la risa que Hilo le sacó, aunque sus anchos hombros se alzaron con diversión.

—Encontraron al enterrador cerca de la entrada, con un par de tiros en la cabeza. Dicen que por culpa de las deudas. No parece muy importante, pero ya sabes que hay gente que se quejaría de su mala suerte si encontrara una mosca en una copa de hoji.

Hilo asintió. No debería haber ninguna noticia negativa que empañase el funeral de la Antorcha.

—Habla con el encargado del cementerio: que lo lleve con discreción. —Miró con desgana la larga hilera de simpatizantes que tendría que afrontar. Ya no podía Percibir a Ayt ni a Doru en las inmediaciones—. Dile a Tar que me dé una hora; después me iré a casa, me da igual cuántos lameculos sigan por aquí.

Dos horas y media más tarde, Hilo llegó a la mansión Kaul. Había coches aparcados a lo largo del camino de entrada y en la rotonda; el entierro iría seguido de una celebración privada para los miembros de la familia y los huesos verdes de Sin Cumbre de mayor rango. Podía oír música por la ventanilla entreabierta, y le llegaba el olor de la parrilla, procedente del patio. Se suponía que vivir más allá de los ochenta era motivo de celebración; se consideraba una señal de cumplimiento de las Virtudes Divinas y una marca de la aprobación de los dioses que garantizaba la admisión en el redil celestial hasta el día del Retorno prometido. Hilo pensaba que era una de esas creencias que tenían más sentido en una época de guerras y mala atención médica, pero en cualquier caso, ahora que había terminado el velatorio oficial de Kaul Sen se habían retirado

los adornos blancos, y la reunión, más informal, tenía una atmósfera festiva. Seguiría en marcha un buen rato.

Maik Tar condujo el Duchesse Priza directamente hasta la residencia principal. El asistente del pedestal de Hilo detuvo el coche y se giró hacia él.

—Las personas que has accedido a recibir hoy siguen aquí, Hilo-jen. ¿Quieres que las haga pasar, o me deshago de ellas?

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Hilo—. ¿Ha vuelto ya?

—Te espera dentro.

Resignado, Hilo aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Que pasen.

Tar dirigió una mirada comprensiva a su jefe.

—Te guardaré un plato de comida. ¿Quieres algo en especial?

—Un poco de cerdo ahumado.

Hilo se apeó del coche, entró en la casa y se dirigió con desgana a su despacho. Había sido la estancia favorita de Lan, e Hilo aún no se sentía del todo a gusto en ella. Al final había hecho cambios (retirar varias estanterías, poner un televisor, y cambiar el mueble bar por otro más grande y los sillones por otros más cómodos), pero cada vez que lo usaba, el despacho le recordaba poco amablemente que nunca había pretendido ser el pedestal del clan.

De modo que en general, cuando se reunía con sus subordinados, Hilo prefería la cocina o el patio; pero en aquel momento no eran lugares privados, y debía reconocer que el despacho transmitía una sensación de autoridad formal que lo hacía más apropiado para reunirse con los asociados y peticionarios del clan; gente con la que sabía que era necesario minimizar su juventud y su reputación callejera y enfatizar el poder y el legado de la familia.

Shae ya estaba en el despacho, sentada en un sillón. Se había quitado los polvos blancos, arreglado el maquillaje y cambiado la ropa por una falda oscura y una blusa beis, pero tenía los ojos hundidos y cansados, y casi parecía acusarlo. «¿Es que no querías al abuelo?».

—No hace falta que te quedes —dijo Hilo—. Puedo ocuparme yo.

—¿Qué pasa si un linterna te pide que presiones al Consejo Real

sobre el proyecto de ley para limitar los sobrecostes de combustible? —dijo Shae. Hilo entrecerró los ojos.

—Nadie me va a pedir eso.

—Tienes razón —dijo Shae—, porque no hay ningún proyecto de ley para limitar los sobrecostes de combustible. Me lo acabo de inventar. —Su sonrisa era débil, y su aguijoneo carecía del mordiente habitual—. Me quedo.

Hilo frunció el ceño, pero se abstuvo de replicar por consideración al sufrimiento de su hermana. Era cierto que no conocía los negocios ni las cuestiones políticas del clan tan bien como ella, pero señalarlo tenía un poco de crueldad maliciosa; Shae debía de haber heredado aquel rasgo del abuelo.

Apenas se había quitado la corbata y desabrochado el cuello cuando Tar llamó a la puerta, abrió e hizo pasar a un hombre acompañado por una mujer que llevaba un bebé en brazos. Al verlos, Hilo se animó de inmediato y corrió a abrazar con afecto al recién llegado.

—¡Eiten, amigo mío! —dijo—. ¡Tu hija está enorme! ¿De verdad que solo tiene nueve meses? Seguro que podría tumbar a un crío de dos años.

Eiten no podía devolver el abrazo al pedestal ni llevarse las manos unidas a la frente en el saludo respetuoso tradicional, pero los ojos le brillaron con orgullo ante las palabras de Hilo, y se inclinó en una leve reverencia. Llevaba una camisa blanca impoluta de manga corta que cubría los muñones de los brazos ausentes, y unas sandalias negras que no necesitaban ataduras.

—Es terrible, Hilo-jen; llora durante horas y no nos deja soltarla ni un minuto. —Sacudió la cabeza en un gesto de pesadumbre, pero no sonaba en absoluto infeliz.

—Por supuesto; está destinada a ser tan verde como su papá —dijo Hilo. Vio que la esposa de Eiten asentía y sonreía. La antigua creencia de que los niños alborotadores se convierten en mejores guerreros se aplicaba en el pasado solo a los varones, pero en la actualidad, el veinte por ciento de los estudiantes de la academia Kaul Dushuron eran mujeres; había varias puños, e incluso una pedestal. Una bebé que lloraba sin parar era motivo de orgullo, no de pesar.

—Solo me preocupa que sea demasiado verde para casarse —

dijo la esposa de Eiten. Hilo se dio cuenta de que dirigía una brevísima mirada hacia Shae antes de bajar la vista.

—Quizá cuando haya crecido la gente ya no piense así —dijo Shae con una sonrisa discreta.

—Mi hombre del tiempo tiene razón, y además, es demasiado pronto para preocuparse por eso —dijo Hilo. Puso una mano en el hombro de Eiten y acompañó a la familia hasta los sillones. Un mono marrón correteaba tras los talones de Eiten. Cuando este se sentó, el mono saltó al brazo del sillón y se sentó a su lado, alerta, rascándose el pecho. Hilo sacó unas botellas de refresco de la mininevera y las dejó en la mesita. A una orden de su amo, el mono saltó a la mesa, destapó una botella, introdujo una pajita y se la llevó. Eiten se quitó una sandalia y sujetó el cuello de la botella con firmeza entre los dedos. Una tobillera de jade quedó colgando cuando cruzó la pierna sobre la otra rodilla.

Hilo se sentó frente a su antiguo puño. Su voz se volvió más seria.

—¿Qué tal te las arreglas? ¿Necesitas algo con lo que te pueda ayudar el clan?

—Ya has hecho mucho por nosotros. La vida ha sido dura, pero es más llevadera desde que tenemos a Zozo; abre puertas, me abotona las camisas y hasta me limpia el culo —dijo Eiten con una risilla. Un dedo del clan le había dado a Hilo una valiosa pista sobre una organización shotariana que entrenaba monos para ayudar a los minusválidos (había muchos veteranos de guerra en aquel país), e Hilo encargó a un linterna que se ocupara.

Eiten se inclinó hacia delante y bebió por la pajita. Después, al incorporarse, miró de frente al pedestal.

—Cuando Gont Asch me dejó sin brazos me prometiste que lo matarías y le quitarías el jade. Lo cumpliste. Me dijiste que siguiera vivo durante un año, para que pudiera ser testigo de la venganza del clan y viera nacer a mi hija, y, que si pasado un año aún quería morir, honrarías personalmente mis deseos. —La voz del hombre se volvió áspera, pero no vaciló—. Ha pasado un año y estoy ante ti, Hilo-jen. Si te pidiera que cumplieras tu promesa sin discusión, ¿lo harías?

La esposa de Eiten abrazó con fuerza a la bebé dormida e inclinó la cabeza, mordiéndose el labio. Su marido no las miró ni a ella ni a

la niña; mantuvo los ojos fijos en Hilo, que Percibió una insistencia extraña y punzante en el zumbido de su aura de jade.

—Sí —dijo al fin—. Como prometí.

Eiten asintió. Su aura de jade se apaciguó y se asentó; miró a su hija dormida y su expresión se relajó con adoración evidente.

—Tenías razón, Hilo-jen; tengo cosas por las que vivir y ya no deseo la muerte. —Pero Hilo comprendió que había sido importante para aquel hombre saber que la opción estaba ahí, que la decisión era de verdad suya, y que siempre se podía confiar en la palabra del pedestal. Eiten volvió a mirarlo—. Aun así, no quiero pasar el resto de mi vida ocioso y dependiente. Era un puño de primera fila de Sin Cumbre. Me doy cuenta de que ya no te sirvo para nada, pero si me escuchas, he venido a pedirte un favor.

—Pide cualquier cosa que necesites —dijo Hilo—. Te la concederé con mucho gusto si está en mi mano.

—Mi suegro fabrica hoji. Tiene una destilería pequeña, pero produce el mejor licor del país, y lo vende a tiendas y restaurantes de categoría. Quiere ampliar el negocio y trasladarse a un local más grande, pero se está haciendo viejo y necesita un socio para dirigir la empresa. Me doy cuenta de que esto es una trivialidad para el clan, pero solicito que la oficina del hombre del tiempo me patrocine para encargarme del negocio de la familia de mi esposa. Mi cuerpo no está entero, pero mi mente sí, y creo que podría satisfacerme hacer crecer la empresa como linterna del clan.

Hilo se volvió hacia la esposa y le sonrió.

—¿Qué opina de esta idea, señora Eiten? ¿Su marido tiene lo que hace falta para ser un fabricante de hoji de primera?

—Los dos hemos ayudado a mi padre en la destilería desde hace años, y él siempre deseó que en algún momento nos hiciéramos cargo —dijo la esposa de Eiten, en voz baja pero con aplomo—. Pero mi marido fue puño, devoto a ti y al clan, así que, por supuesto, eso siempre fue lo primero. Doy gracias por que esté vivo, gracias a ti,

Kaul-jen

, y siento en mi corazón que esta es nuestra segunda oportunidad. Él lo hará bien, y cuando nuestra hija haya crecido, yo también ayudaré.

—Dices que necesitas un local nuevo —dijo Hilo, dirigiéndose

otra vez a Eiten—. Toda la planta baja del Doble Doble se está renovando y ampliando. Podemos hacer sitio para la destilería, y hay un sótano enorme. ¿Serviría? Suministrarías hoji a todas las casas de apuestas de la calle del Pobre.

Eiten abrió los ojos desmesuradamente.

—Hilo-jen, eso es mucho más de lo que podíamos esperar…

—Necesito a alguien de confianza en el barrio del Sobaco —siguió Hilo—. Siempre existe el peligro de que Montaña intente recuperar lo que conquistamos el año pasado. El cuerno se encarga de que la zona está siempre protegida, pero me quedaré más tranquilo con un huesos verdes de confianza en el lugar, que tenga los ojos abiertos y esté atento a lo que se cueza. ¿Puedes destilar tu excelente hoji y seguir sirviendo al clan, Eiten-jen?

Eiten tragó saliva emocionado y asintió.

—El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor. Gracias,
Hilo-jen
. Siempre seré uno de tus guerreros, de cualquier forma que me pidas.

Hilo sonrió y se levantó; los demás lo imitaron. El movimiento despertó a la bebé, que buscó el pecho de su madre y se puso a aullar con un volumen tan penetrante que Hilo se encogió y luego se echó a reír.

—Marchaos, tienes que dar de comer a tu diablillo. Ya nos ocuparemos más tarde de los pormenores.

—Prepara los libros de cuentas de tu suegro, los de los cinco últimos años, y mándalos a la oficina del hombre del tiempo junto con los detalles de la solicitud de patrocinio —dijo Shae—. Así lo moveremos todo más deprisa.

Eiten y su esposa reiteraron sus agradecimientos. El mono marrón se bebió el resto del refresco de melocotón de la botella de su amo y salió corriendo tras él cuando se marchó la familia.

Ver que a Eiten le iba tan razonablemente bien como cabía esperar y ser capaz de concederle lo que pedía mejoró considerablemente el humor de Hilo. Las dos reuniones siguientes fueron sencillas. Cola Negra, un clan menor, había enviado a un representante para transmitir sus condolencias en forma de dinero y flores, y para declarar la amistad inquebrantable y continuada de su clan. («Seguro que en cuanto salga irá directo a ver a Ayt Mada y

decirle exactamente lo mismo», dijo Shae cuando se marchó el hombre). A continuación llegó un colaborador comercial del abuelo; deseaba escribir una hagiografía de la Antorcha de Kekon, con el permiso del pedestal y sujeta a la aprobación final del clan, por supuesto. Hilo estaba contento con el transcurso del día, y estaba mirando el reloj cuando hicieron entrar en el despacho a la señora Teije.

De inmediato tuvo la sensación de que aquella conversación no iba a gustarle. A su espalda, sintió un cambio sutil en el aura de jade de Shae, que indicaba que ella sentía lo mismo.

—Tía Teije —dijo Hilo, dando un beso a la mujer en una mejilla seca—… Cuánto tiempo.

«No el suficiente», pensó, alegrándose de que la mujer no portara jade y no pudiera Percibir sus verdaderos sentimientos.

—Querida tía… —dijo Shae, fingiendo también una cálida bienvenida. La señora Teije tenía sesenta años y era la esposa del primo de su padre. Solo una hermana mayor de Kaul Sen había sobrevivido hasta llegar a adulta; esta se casó con un hombre llamado Teije Jan y tuvo cuatro hijos con él. Los Teije eran parientes de los Kaul y los superaban en número; aquello debería haber bastado para convertirlos en una de las familias más poderosas de Kekon, pero ningún Teije había conseguido jamás nada digno de mención ni ocupado una posición de auténtico liderazgo en el clan. Solo un puñado se había graduado en la academia como huesos verdes; hasta donde recordaba Hilo, dos habían llegado a puños. Los demás Teije eran una camarilla de linternas menores y ciudadanos sin jade; algunos tenían estudios y empleos respetables; otros, no, y casi todos habían llegado más lejos de lo que habrían sido capaces por sí mismos gracias a guardar relación con el apellido Kaul.

«Los dioses tienen favoritos —había dicho una vez el abuelo de Hilo mientras cenaban—. Toman de un lado de la familia y se lo dan a otro. Así que sed amables con vuestros primos; si los Teije tuvieran más cerebro o la sangre más espesa, ¿quién sabe dónde estarían?».

La señora Teije era una mujer regordeta de pelo corto y crespo y una expresión constante de disgusto que indicaba que se pasaba todo el rato intentando tragar un bocado desagradable.

—Kaul-jen, Kaul-jen, que el resplandor de los dioses te ilumine —dijo con su voz sibilante—. Eres mi única esperanza. —Se dejó caer en un sillón y empezó a secarse los ojos con un pañuelo de papel arrugado.

—¿Qué ocurre, tía? —preguntó Hilo.

—Es el inútil de mi hijo Runo —dijo la señora Teije—. Se ha metido en líos en las islas Uwiwa. Solo los dioses saben qué hacía en ese lugar pecaminoso, para empezar, pero por algún error terrible lo detuvieron y lo metieron en la cárcel.

Hilo contuvo un suspiro y adoptó una expresión tranquilizadora.

—No me extraña que estés alterada, tía Teije, pero si es un error, como dices, estoy seguro de que se puede arreglar, y podemos pagar para que suelten a Runo. ¿De cuánto es la fianza?

—Ah —dijo la mujer con aire avergonzado—. La fianza ya está pagada y lo soltaron hace dos semanas. —Ante la expresión de desconcierto de Hilo, se apresuró a seguir—: No la pagamos nosotros; nuestra familia estaba reuniendo el dinero, pero antes de que lo tuviéramos nos enteramos de que la había pagado un desconocido rico y habían liberado a Runo bajo su custodia.

—¿Quién era el desconocido? —preguntó Hilo.

—Se llama Zapunyo —dijo la señora Teije—. Dicen que es un mal hombre, un contrabandista. Un contrabandista de jade. —Pareció que lo habría enfatizado con un escupitajo de no estar en el elegante despacho alfombrado de los Kaul—. Mi hijo está allí como «invitado» de ese hombre, que no lo quiere liberar. Hemos intentado negociar, hemos ofrecido dinero, pero Zapunyo dice que solo está dispuesto a hablar con el pedestal del clan.

La tía Teije se levantó del sillón, se arrodilló delante de Hilo y le cogió las manos.

—Por favor, Kaul-jen —continuó—, tienes que traer a Runo. Tiene un corazón problemático y rebelde, pero es un buen muchacho. Mi marido se niega a acudir a ti, ¡maldita sea su testarudez! «Si pedimos a los Kaul que nos ayuden con nuestros asuntos, siempre nos mirarán por encima del hombro», dice, pero a mí me da igual. Sé que eres tan bondadoso y compasivo como tu abuelo, que los dioses lo reconozcan.

Hilo se espantó para sus adentros por la comparación, pero dio unas palmaditas en la mano aferrada de la mujer. No miró a Shae,

pero podía sentir su aura tanteando con cautela mientras escuchaba la conversación. Contempló largo rato el rostro suplicante de la mujer antes de decidirse.

—No te preocupes, tía. Haré todo lo posible para que liberen a Runo y vuelva a tu lado. ¿Qué sería el clan Sin Cumbre sin la familia Teije? Yo mismo iré a las islas Uwiwa para hablar con Zapunyo.

La señora Teije dejó escapar un sollozo y se llevó las manos unidas a la frente una y otra vez. Hilo la ayudó a levantarse y la acompañó a la salida, acariciándole la espalda inclinada. Después cerró la puerta y se giró hacia su hermana, que no se había movido del sillón. No parecía contenta.

—No deberías haberle dado esperanzas.

Hilo se dejó caer en un asiento, frente a ella, y se recostó con las piernas estiradas.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Despedirla dejando que pensara que vamos a permitir que un hampón uwiwano se lleve a su hijo sin sufrir las consecuencias? Al fin y al cabo, es miembro de la familia, un huesos verdes.

—No estarás pensando en serio jugarte la vida por Teije Runo. —Shae entrecerró los ojos.

Runo había ido a la academia tres años por delante de Hilo y Shae; se le daba bien cantar, jugar al balón relevo, cambiar de novia continuamente y poco más. Se graduó con una única piedra de jade y ganó otra durante sus dos años como dedo antes de decidirse a viajar y ver mundo, en busca de fortuna. Según los cotilleos del clan, había trabajado como huesos verdes de alquiler: vigilando instalaciones mineras y petrolíferas en zonas del mundo asoladas por la guerra y, durante un tiempo, como guardaespaldas personal de un rico oligarca de Marcucuo. Hacía años que Hilo no lo veía, y tampoco lo deseaba; no albergaba ningún respeto hacia una persona que usaba las habilidades del jade en su beneficio personal y no devolvía nada al clan al que debía su verde.

—Runo me importa un bledo —dijo Hilo—, pero sabes que esto no tiene absolutamente nada que ver con él. La guerra entre clanes ha sido buena para el negocio de los traficantes de jade, y ese buitre de Zapunyo ha engordado y se ha envalentonado en el último par de años. Con las noticias que llegan últimamente de Shotar, tiene

buenos motivos para creer que el mercado negro irá en ascenso. —Se había desatado un conflicto separatista en Shotar, entre el gobierno del país y unos insurgentes pro-Ygutan de Urtoko, la provincia más oriental. Era probable que se involucraran las grandes potencias mundiales y que la crisis bélica escalara, lo que conllevaría un aumento de la demanda de jade para las fuerzas militares de todo el mundo: las legítimas y las que no lo eran tanto.

—Hilo —dijo Shae con seriedad—, Zapunyo intenta forzar una reunión bajo sus condiciones, en su país, donde tiene a sueldo al gobierno corrupto y a la policía. Si vas allí correrás un grave peligro. No vale la pena, y menos por ese idiota inútil de Teije Runo.

—Pero es un idiota inútil de nuestra familia —replicó Hilo; se levantó y se estiró. Sintió una punzada en un músculo del hombro; torció el gesto y lo hizo girar. Las marcas visibles de la brutal paliza que había recibido de manos de Gont Asch y sus hombres hacía más de un año se habían desvanecido, pero su cuerpo aún insistía en enviarle desagradables recordatorios—. ¿Qué impresión vamos a dar si dejamos que un uwiwano tenga secuestrado a un huesos verdes de Kekon, a un pariente nuestro? Zapunyo sabe que no lo vamos a consentir. Esta es su forma de atraer mi atención.

—Mándale a Kehn o a Tar.

Hilo negó con la cabeza. La tarea del hombre del tiempo era aconsejar al pedestal con buen juicio y tras sopesar con lógica los costes y beneficios, de modo que Shae solo estaba haciendo su trabajo al recomendarle prudencia, pero no estaba familiarizada con el aspecto militar del clan y había detalles que no podía apreciar. Hilo no se había forjado su reputación personal quedándose atrás y enviando a otros a gestionar los asuntos importantes; no iba a empezar ahora, cuando se apoyaba en su fama como antiguo cuerno del clan para ser pedestal en tiempo de guerra.

—Tengo que hablar yo mismo con Zapunyo —insistió—. Un malentendido entre amigos no tiene importancia; un malentendido entre enemigos, sí.

Shae parecía dispuesta a seguir discutiendo, pero en ese momento, Tar llamó a la puerta y la abrió lo justo para asomar la cabeza y decir:

—Se está haciendo de noche y lo del patio no tardará en acabar.

¿Qué vas a hacer,
Hilo-jen
? ¿Todavía quieres hablar con Anden?

La actitud de Hilo cambió; sus labios se torcieron hacia abajo y tensó los hombros, como si les hubiera caído un peso encima.

—Hablaré con él —dijo en voz baja. Miró a Shae—. A solas.

Tar se marchó. Shae se puso en pie.

—Soy quien te convenció para que hablaras con Anden. Pasaste meses sin hacerme caso, ni siquiera pronunciabas su nombre, ¿y ahora quieres que salga del despacho? —Clavó en su hermano una mirada de indignación y desconfianza—. Vas a intentar amenazarlo o coaccionarlo para que vuelva al clan, para que vuelva a portar jade. Te conozco, Hilo.

—Quiero verlo a solas, Shae —dijo con dureza—. Lo que pasó aquel día debe quedar entre nosotros. Deberíamos tener la oportunidad de hablar sobre ello como es debido.

El hombre del tiempo lo observó durante un largo momento, con el aura echando chispas. Después, Shae caminó hasta la puerta, salió sin decir palabra y dejó al pedestal a solas en el despacho vacío.

# Capítulo 3
# Exilio

Emery Anden estaba sentado en un banco, bajo el cerezo del patio de la hacienda Kaul, sosteniendo una botella de refresco de lima y evitando la mirada de los otros asistentes al funeral. Las largas mesas repletas de comida estaban adornadas con guirnaldas de flores blancas, y un arpista instalado en el jardín tocaba melodías sentimentales y animadas. El patio estaba lleno de gente, pero el constante murmullo de las conversaciones era respetuosamente bajo. Lo único que perturbaba el buen gusto del escenario era la cubierta provisional de plástico azul que cerraba el paso a las obras de la residencia del hombre del tiempo, que estaban desmantelando para renovarla.

Anden no podía decir que hubiera sido cercano a Kaul Sen, pero el anciano había sido su abuelo adoptivo y se lo había dado todo: lo había hecho miembro de la familia Kaul y lo había enviado a la academia Kaul Dushuron, tal como había hecho con sus nietos. Desde que era un niño, Anden había dado por supuesto que un día pagaría su deuda con el patriarca convirtiéndose en un huesos verdes de primera fila del clan Sin Cumbre. Ahora, el abuelo había muerto y la deuda quedaría impagada.

Las sombras del final de la tarde se espesaron; la muchedumbre fue disminuyendo, y Anden siguió esperando. Se levantó para coger otro refresco de la mesa de bebidas y fue consciente de todos los hombros y rostros que se giraban, de todas las miradas interesadas y poco amables que lo seguían. Allí estaba la mayoría de los miembros importantes de Sin Cumbre. Sabían quién era Anden y qué había hecho el año anterior: había ayudado a salvar al clan de la destrucción, y luego, el día de su graduación, se había negado a portar jade y el pedestal lo había expulsado públicamente.

Con un sobresalto reconoció a Lott, Heike y Ton, compañeros de la academia, reunidos cerca de sus familias. Hablaban entre ellos y de vez en cuando lo miraban. Un eco de un viejo sentimiento, embotado por la falta de uso, se agitó en el pecho de Anden. Lott Jin estaba apoyado despreocupadamente en una mesa. No había perdido sus ademanes desgarbados e inquietos, pero parecía haber estado entrenándose durante el pasado año; tenía la espalda más ancha y llenaba la chaqueta gris, y se había cortado el pelo de modo que ya no le colgaba por delante de los ojos hundidos.

Anden esquivó su mirada, sintiendo que se enrojecía. En la actualidad, después de haber vivido en Marenia más de un año, había momentos en que disfrutaba su vida cotidiana y podía apartar los recuerdos de su caída en desgracia. Estar de vuelta en Yanlún, en aquella casa y de nuevo entre miembros del clan, lo arrastró a los días y semanas posteriores al exilio y le recordó todo aquello a lo que había renunciado.

Regresó al banco de debajo del árbol. Para su horror, Ton cruzó el patio. Lott y Heike se quedaron atrás, observando sin acercarse.

—Anden —dijo Ton, tocándose la frente en un saludo informal. Carraspeó—. Cuánto tiempo. Me alegro de ver que estás bien.

Anden alzó la mirada con reticencia hacia el rostro de su antiguo compañero de clase.

—Me alegro de verte,
Ton-jen
—dijo.

Ton asintió y jugueteó nerviosamente con los dos anillos de jade que llevaba en la mano izquierda. Ahora era un dedo del clan, bajo las órdenes del cuerno y de sus puños, dedicado a patrullar y defender el territorio de Sin Cumbre para mantener la ligera ventaja del clan sobre Montaña. Parecía estar buscando algo más que decir para romper el incómodo silencio, pero en ese momento apareció Maik Tar, que se inclinó hacia Anden y habló en voz baja:

—Está listo para verte.

Anden se levantó, dejó la botella vacía en el banco y siguió al asistente del clan al interior de la mansión. Se detuvo ante la puerta del despacho, deseando tener un momento más para prepararse, pero Tar abrió la puerta y Anden no tuvo más remedio que entrar. Tar cerró la puerta tras él, apagando el ruido de fondo de la gente

que seguía alternando en el patio.

El pedestal estaba sentado en el sillón de cuero más grande. Kaul Hilo parecía al mismo tiempo igual y diferente que la última vez que Anden lo había visto. Seguía poseyendo un aspecto juvenil, y aún emitía el carisma insolente y despreocupado que Anden había visto manifestarse como una calidez generosa con sus amigos y una temible amenaza con sus enemigos. Pero el manto del pedestal no dejaba intacto a ningún hombre; había tensión en los ojos y la boca de Hilo, un aire más sombrío y controlado en sus ademanes que Anden no había visto hasta entonces.

Buscó con la mirada a Shae, pero no estaba. Era el único miembro del clan con quien Anden había estado en contacto regular a lo largo del pasado año. Albergaba la esperanza de que estuviera allí. Tragó saliva. Se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en un saludo formal.

—Kaul-jen —dijo—. Lamento la marcha de tu abuelo.

Hubo una época, no hacía tanto tiempo, en que Hilo se habría levantado y abrazado con cariño a su primo, lo habría besado en la mejilla y, sonriendo, lo habría llevado hasta el sillón más cercano. «Andy —lo habría reprendido—, no actúes así; sácate ese palo del culo y siéntate conmigo».

El pedestal no hizo nada de aquello. Se quedó sentado y objetó con frialdad:

—También era tu abuelo, Andy, en todos los aspectos salvo en el de la sangre. Te trajo a esta familia.

—No lo he olvidado —dijo Anden con voz apagada.

—¿De verdad? —Hilo se inclinó hacia delante y cogió de la mesita el paquete de cigarrillos espenios. Sacó uno y se lo llevó a los labios, y entonces, para sorpresa de Anden, le ofreció la cajetilla. Su primo se sentó y cogió un cigarrillo sin mirarlo a los ojos. Hilo encendió el suyo, empujó el mechero por la mesita hacia Anden y volvió a recostarse en el sillón.

—¿Qué has estado haciendo con tu vida, Andy? —Hablaba con voz suave y un tono de reproche—. Shae me ha dicho que vives en Marenia. Un hombre de diecinueve años entrenado como un huesos verdes, viviendo en un pueblo de pescadores y viejos sin jade.

Anden ocultó el rubor bajando la cabeza mientras encendía el cigarrillo.

—Tengo trabajo allí —respondió—. Es un trabajo constante y me da para vivir. Dentro de un mes habré ahorrado lo suficiente para alquilar algo y dejar de ser una carga para tu madre.

—¿Y los guardias encargados de protegerte? —Los ojos de Hilo brillaron con ira repentina—. ¿Tu sueldo de la tienda de muebles cubrirá también sus gastos?

Anden se encogió ante el tono de Hilo.

—Kaul-jen, el clan no debería correr con ningún gasto especial por mí. Necesitas a todos los huesos verdes en la guerra contra Montaña. Nadie irá a buscarme a Marenia, y si va alguien, lo justo es que yo corra el riesgo.

—No seas idiota —dijo Hilo—. Mataste a Gont Asch; el año pasado cambiaste las tornas en la guerra. ¿Crees que Ayt Mada lo va a olvidar? —Se inclinó hacia delante otra vez—. Sabe que podrías convertirte en uno de los huesos verdes más poderosos del país.

—No si no vuelvo a portar jade —musitó Anden—. Sería una ofensa al aisho que…

—Ayt encontrará la manera de esquivar el aisho si quiere. No necesita enviar a huesos verdes con espadas luna a un pueblo pesquero contra un hombre sin jade. Aún no ha susurrado tu nombre porque en este momento no ganaría nada con ello. Quién sabe, quizá crea que si espera un tiempo podrá reclutarte.

Anden alzó la cabeza bruscamente.

—Jamás me pasaría a Montaña, ni aunque mi vida dependiera de ello. Quizá no sea un huesos verdes, pero no voy a traicionar al clan pasándome a sus enemigos.

—¿Le dijiste eso al hombre que habló contigo el mes pasado?

Anden no respondió, pero la mano que sostenía el cigarrillo tembló ligeramente. Un desconocido, un tipo calvo, se le había acercado en el supermercado y había dicho, con una sonrisa cargada de secretismo: «Admiro lo que hiciste, negarte a portar el jade y convertirte en uno de esos huesos verdes asesinos. Es evidente que eres un joven íntegro. Incluso en un pueblo pequeño como este, la gente sabe quién eres. Si alguna vez necesitas ayuda para encontrar trabajo o un lugar donde vivir, o te hace falta un amigo a quien pedir un favor, puedes llamarme». El hombre le había dado una tarjeta con un número de teléfono.

—Shae investigó. Ese tipo tiene lazos con el clan Montaña —dijo

Hilo—. Están siendo pacientes, pero en algún momento, pronto, se encargarán de que tengas algún problema inesperado, y quizá llames al número de la tarjeta. Y si no llamas esa vez, seguirán surgiendo problemas.

Anden dio una calada al cigarrillo y lo apagó. Al fin entendía por qué le habían pedido que acudiera allí: era posible que el pedestal no lo hubiera perdonado, pero tampoco quería que un miembro de la familia, expulsado o no, estuviera en una situación vulnerable que permitiera que el enemigo lo manipulara.

—Andy —dijo Hilo, y aunque el tono seguía siendo duro, mostraba un deje de dolor que hizo que Anden lo mirara por fin a los ojos. El pedestal hizo una mueca al apagar el cigarrillo—. Eres mi hermano; si hubieras recuperado la sensatez, si hubieras pedido regresar en cualquier momento del pasado año, si hubieras hablado conmigo y reconocido que cometiste un error, igual que yo reconozco que tuve parte de la culpa, te habría perdonado de inmediato. Te habría recibido con los brazos abiertos; ¿cómo podría ser de otra manera? Pero te quedaste lejos de la familia y desperdiciaste un año de tu vida.

—Dijiste que no querías volver a verme —musitó Anden.

—¿Quién no dice lo que no debe cuando está furioso? —espetó Hilo—. Aquel día te humillaste, humillaste al clan y me insultaste.

La ira y el resentimiento ocuparon el lugar de la culpa de Anden.

—¿Me habrías recibido con los brazos abiertos, aunque me negara a portar jade? ¿O solo valgo algo para ti si soy un huesos verdes?

—Estabas destinado a ser un huesos verdes —dijo Hilo—. Te engañas si crees otra cosa. Shae se quitó su jade y se marchó; intentó hacerse pasar por alguien diferente y mira lo que ocurrió. Si no hubiera actuado así, quizá todo sería distinto. Quizá Lan aún estaría sentado en esta habitación, y no yo. Al negarte a portar jade eres como un ganso que se niega a acercarse al agua. —Hilo dejó escapar un suspiro irritado—. No me digas que no piensas en ello.

Anden pensaba en ello; por supuesto que pensaba. El recuerdo del jade, del poder que le otorgaba, el terror extático de aquella última batalla en la que había matado a uno de los huesos verdes más poderosos de Yanlún, despertaba en él a veces un anhelo que era casi sexual en su intensidad, en su puro apetito animal.

Involuntariamente, Anden bajó la mirada a la camisa de Hilo, cuyos dos primeros botones estaban desabrochados, como de costumbre. Al contemplar la larga línea de gemas de jade incrustadas en la clavícula de su primo, sintió que el miedo y la añoranza se peleaban en su interior y le desgarraban las entrañas. Aún quería ser un Kaul.

Pero más intensamente que el ansia acechaban el espectro de la locura y una vida vivida aterrorizado constantemente de sí mismo. Cada vez que consideraba la idea de volver a portar jade, negros recuerdos se abrían paso en su mente: los gritos de locura de su madre antes de morir a causa de la comezón; Lan, el último día que Anden lo había visto con vida: agotado, volátil y debilitado por portar demasiado jade y drogarse con shine; y el propio Anden, después del combate contra Gont, despertándose en el hospital agotado y febril, medio enloquecido por la sed de jade y de matanza.

Negó con la cabeza.

—No estoy dispuesto,

Hilo-jen

. El jade me convertiría en un monstruo. Sigo estando agradecido a la familia y soy leal al clan; haré cualquier cosa que me pidas, excepto portar el verde.

Hilo tardó en responder. Anden no se atrevió a decir nada más, y el silencio se extendió entre ellos. Cuando el pedestal habló de nuevo, su voz tenía un tono resignado, desprovisto de la ira que, Anden se daba cuenta ahora, era una señal de lo mucho que había deseado que las cosas acabaran de otra manera; de lo mucho que había deseado no tener que decir lo que estaba a punto de decir.

—Te voy a enviar a Espenia. Shae lo ha organizado todo. Te irás la semana que viene.

Anden se quedó mirándolo fijamente, sin podérselo creer al principio.

—¿Espenia?

—Aquí no me sirves de nada si no eres un huesos verdes. No puedes quedarte en Marenia; no te voy a tener vigilado día y noche para que puedas montar mecedoras y recoger conchas de la playa mientras Montaña se decide a actuar. Si no portas jade, tendrás que hacer algo diferente con tu vida. Irás a Espenia y estudiarás allí.

—Nunca he estado en Espenia —protestó Anden.

—Eres medio espenio. Deberías conocer ese país, aprender el idioma —dijo Hilo. Anden estaba tan asombrado que durante un momento no pudo replicar. Hilo nunca había señalado su lado extranjero, nunca había insinuado que Andy no fuese del todo kekonés y un miembro pleno de la familia Kaul.

Aquel cambio repentino, quizá más que ninguna otra cosa, fue tan doloroso que Anden perdió los estribos.

—Quieres librarte de mí —jadeó—. Me estás exiliando.

—Maldita sea, Andy —gruñó Hilo—. Por última vez: ¿te arrodillarás y prestarás juramento ante mí como pedestal, y luego te pondrás tu jade y serás un huesos verdes, un miembro de esta familia?

Anden se aferró a los brazos del sillón, con la mandíbula tan apretada que podía sentir la presión en las cuencas de los ojos. Si abría la boca, no estaba seguro de lo que iba a salir de ella, así que no se permitió contestar. Hilo se puso en pie. Se acercó al sillón de Anden y se quedó inmóvil a un lado, la espalda tensa y los hombros ligeramente adelantados, como si quisiera tender los brazos y agarrarlo, para abrazarlo o para hacerle daño. Anden sintió que las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos.

—Por favor, Hilo-jen —susurró—. No me envíes allí. Odio a esa gente y ese país.

—Quizá te guste cuando lo veas. No estarás solo; el clan tiene contactos, y cuidarán de ti mientras estés lejos de casa. Dentro de un par de años tendrás alternativas, y entonces hablaremos de ellas.

Anden supuso que podría negarse. Podía desobedecer a Hilo por segunda vez e insistir en quedarse en Marenia. Incluso si una vida aburrida y rutinaria era lo único que podía esperar, al menos estaría en Kekon y no en un país extranjero. Pero estaba seguro de que Shae no podría seguir ayudándolo en tal caso. Estaría de verdad fuera de la familia. Kekon estaba gobernado por los clanes; como paria, sus expectativas de futuro eran escasas. Con Hilo a su lado y tan cerca, podía sentir los bordes de su aura de jade, podía Percibir la determinación reticente que ocultaban sus palabras. Hilo había tomado una decisión. Era el pedestal, y tras la muerte de Kaul Sen, tenía indiscutiblemente la última palabra en la familia Kaul.

Anden se levantó y se llevó las manos unidas a la frente.

—Como ordenes, Kaul-jen —dijo con voz apagada. No se atrevió

a mirar a Hilo mientras se volvía y salía del despacho.

Aturdido, bajó al vestíbulo. Vio a Shae sentada en la escalinata principal. Parecía extraña, a solas en la casi total oscuridad, aún con la ropa de ejecutiva y abrazándose las rodillas. Se levantó al verlo. En el patio iluminado, unos asistentes se dedicaban a llevar las sobras a la cocina y recoger las mesas. Podían oír los coches que se marchaban por el camino de entrada.

—Anden… —empezó Shae.

—Dijiste que hablarías con él —espetó Anden, acusador—. Dijiste que encontrarías la forma de que pudiera volver a casa. Pero la idea de mandarme a Espenia ha sido tuya, ¿verdad?

—Decidimos que sería lo mejor. —Shae suspiró—. Allí estarás más a salvo, y adquirirás experiencia y habilidades. Espenia es nuestro aliado militar y nuestro colaborador comercial más importante; a largo plazo será una ventaja para ti haber pasado algún tiempo viviendo y estudiando allí. Después, cuando tenga sentido que vuelvas…

—¿Pensaste en lo que yo querría? —Ahora estaba seguro de que Hilo no le habría hecho eso si el hombre del tiempo no lo hubiera instado a ello—. Quizá marcharte fue algo que tú quisiste hacer, pero yo no quiero irme de Kekon. Me dan igual Espenia y la educación espenia; además, nunca se me dio muy bien estudiar, solo… —«Solo el jade». Había sido un prodigio en todas las disciplinas del jade.

Shae le tocó el brazo.

—Aún eres joven. Aún no sabes qué más cosas hay.

Anden se apartó con brusquedad.

—Ojalá hubiera muerto en el combate contra Gont.

Shae bajó la mano.

—No digas eso. —La respuesta fue seca, pero a Anden le daba igual que se hubiera molestado. Dio media vuelta y salió de la casa. Oyó que su prima daba un par de pasos tras él antes de detenerse y dejarlo marchar.

# Capítulo 4
# Callejones sin salida

—Bueno, es una noticia mala de cojones —dijo Maik Kehn.

El gerente del cementerio El Cielo Espera palideció. La nuez se le agitó cuando tragó saliva asustado.

—Maik-jen, por supuesto que nos encargaremos de realizar el segundo entierro en un ataúd de acero. No parece que hayan perturbado los restos; solo el…

—No iban a por el cadáver —gruñó Maik—. Consiguieron lo que querían.

No había sido el enterrador asesinado lo que había despertado sospechas, sino la bolsa de basura negra que encontraron al lado y que contenía dos uniformes y dos gorras del cementerio, todo embarrado. Aquello había motivado la inspección de la última tumba que había cavado el enterrador, la de Kaul Seningtun, y llevado al descubrimiento de la pared de tierra poco compacta y, tras ella, el ataúd dañado de Kaul Lan.

—Dobla la vigilancia —le dijo Maik al gerente—, y ni una palabra de esto a nadie, ¿entendido?

El hombre asintió enfáticamente. El cuerno no sintió necesidad de amenazarlo más; no cabía duda de que tampoco interesaba al cementerio que se corriera la voz de que unos ladrones de tumbas se habían colado sobornando a un miembro del personal. El gerente se tironeaba con nerviosismo el lóbulo de la oreja, quizá para mantener a raya la mala suerte, quizá planteándose cortársela entera y enviársela a Kaul Hilo para aplacar su reacción. Kehn tomó nota mental de aumentar la seguridad del clan en el parque de la Viuda. A continuación, hizo dos llamadas.

La primera fue a su novia, para decirle que aquel día no podría ir a verla, pues estaba ocupado con asuntos del clan. Lina recibió la

noticia con aplomo. Era pragmática, poseedora de una belleza sencilla, robusta y justo con las curvas que le gustaban a Kehn, y, lo más importante, no era una huesos verdes. El puesto de cuerno de Sin Cumbre consumía la mayor parte de las horas de vigilia de Kehn; no necesitaba que además hubiera jade en su dormitorio. Había visto agotarse las relaciones de Tar. Kehn había conocido a su novia a través de Wen, su hermana. Lina era profesora en la universidad de Yanlún y procedía de una gran familia; tenía su propia vida, su profesión y sus amistades, además de unos cuantos sobrinos para mantenerse ocupada, así que no le molestaba demasiado que la prioridad absoluta de Kehn fuera el clan.

—¿Podrás venir de todas formas al cumpleaños de mi abuela el quintodía? Son los ochenta —dijo Lina por teléfono—. A mis padres les encantaría que el cuerno se pasara por allí.

A Kehn le resultaba divertido a veces que la gente lo invitara a todo tipo de festejos y considerara su presencia un símbolo de prestigio y del favor del clan. De niño rara vez lo invitaban a nada, pues nadie quería que lo vieran asociado a la mala reputación del apellido Maik. El ascenso de su familia dentro de Sin Cumbre tenía algo de cuento de hadas, y provocaba admiración, envidias y un número cada vez mayor de obligaciones sociales.

—Quizá —dijo sin comprometerse.

La segunda llamada de Kehn fue a su hermano.

Tar maldijo a gritos un buen rato, y luego añadió:

—Será mejor que se lo digamos los dos juntos.

Kehn se mostró de acuerdo; ya llevaba un rato pensando en cuál sería la mejor forma de darle la mala noticia al jefe. Hilo-jen esperaba que le comunicaran de inmediato los asuntos importantes, pero no le gustaba que lo informaran sobre problemas sin decirle a la vez qué se estaba haciendo para resolverlos, ya que eso lo obligaba a intervenir para gestionarlos personalmente. Aunque Kehn apreciaba la implicación constante del pedestal en el lado militar del clan, le resultaría imposible dirigirlo como cuerno si sus puños acudían directamente a

Hilo-jen

, como antes. Durante el último año, Kehn había empezado a esforzarse, siempre que era posible, para mantener al pedestal apartado del trabajo del cuerno.

De modo que aquella tarde empezó la conversación con una nota positiva.

—He terminado de asignar a los nuevos dedos que han salido de la academia este año —dijo Kehn—. He mandado a la mayoría a las Dársenas y al Sobaco, donde es más probable que Montaña intente algo. También a Junko y a la Forja, donde está habiendo problemas con el contrabando y el tráfico de shine. Además, he repartido unos cuantos ascensos; cerca de la mitad de la promoción del año pasado ha subido a segundo o tercer rango.

Hilo asintió y pidió detalles, pero no sonrió. Había estado taciturno desde el entierro de Kaul Sen. Quizá la muerte del anciano lo hubiera afectado más de lo que aparentaba. O quizá la mención que había hecho Kehn de la academia le hubiera recordado a su primo Anden, a quien había tenido que mandar al extranjero.

Tras pasar otro rato hablando de negocios, Kehn y Tar cruzaron una mirada. Tar pidió al camarero que rellenase los vasos de agua. Hilo se comió la última bola de calamar crujiente que quedaba en el plato, y luego miró con impaciencia a los hermanos Maik.

—Dejad de comportaros como colegialas nerviosas e id al grano. ¿Qué es lo que no me habéis contado?

Kehn le explicó que habían saqueado el mausoleo de la familia Kaul. Normalmente se mostraba tranquilo y exponía las cosas con naturalidad, incluso en las malas situaciones, así que era mejor que lo contase él en vez de Tar, aunque se tratara de un asunto que en última instancia tendría que atender este último. Mientras Kehn hablaba, Hilo se fue quedando inquietantemente inmóvil y silencioso. El trío estaba en un reservado del restaurante Dos Fortunas, a media tarde de un viernes, de modo que no había nadie que pudiera oírlos, pero Kehn no pudo evitar echar una mirada alrededor, por si acaso en el comedor había otros huesos verdes que pudieran Percibir que el aura de jade del pedestal llameaba como una hoguera.

—He enviado gente al parque de la Viuda —dijo Kehn—. Estamos hablando con cualquiera que conociera al enterrador muerto y hemos avisado a los informantes; no hemos dado detalle, pero estarán alerta. Quizá alguien de Montaña esté intentando reclamar el jade de

Lan-jen

.

—No me puedo creer que se trate de Montaña —intervino Tar—. ¿Qué huesos verdes caería tan bajo? ¿O sería tan chapucero como para dejar un cadáver y los disfraces prácticamente a plena vista? —Cogió unas cuantas nueces tostadas del plato del centro de la mesa—. Si Montaña quiere buscar jaleo con nosotros otra vez, tiene mil formas más de hacerlo. Ayt es una zorra astuta, y a saber cómo es Nau, pero no tocarían el jade de un muerto.

El pedestal seguía sin decir palabra ni moverse.

—Sean quienes sean los ladrones —siguió Kehn—, si intentan mover ese jade en el mercado negro, nos enteraremos.

Hilo habló por fin. Al principio, su voz era escalofriantemente suave.

—Todos los que sabían que se enterró a Lan con su verde se apellidan Kaul o Maik. Salvo ese puto montón de mierda que lo emboscó y lo asesinó. Un matón a sueldo, un don nadie. —La voz del pedestal ascendió hasta convertirse en grito; golpeó con fuerza la mesa con la palma de la mano, haciendo saltar los platos. Su aura llameó con tanta violencia que los hermanos Maik tuvieron que resistir el impulso de apartarse de la mesa—. Creíamos que se había largado de la ciudad hace mucho, o que Montaña ya lo había matado, pero sigue vivo. ¡Y tiene el jade de Lan!

Los Maik guardaron silencio. Tar no se atrevía a mirar al pedestal a los ojos. Un año antes, Hilo le había encargado que localizase al dueño del subfusil que habían encontrado en la escena del asesinato de Lan. Tar había cumplido prácticamente todas las órdenes de Hilo, expulsando de manera implacable a docenas de informantes de Montaña y a criminales portadores de jade de los territorios de Sin Cumbre, pero aquel detalle concreto de la justicia del clan seguía pendiente.

—Puede que Montaña no esté detrás de esto. —La mirada de Hilo dejó clavados en el asiento a sus cuñados—. Pero mandaron asesinos a por Lan y alguien de ese clan sabe quién es el ladrón. Me da igual lo que tengáis que hacer: encontrad al cabrón ese. Y avisadme cuando lo tengáis.

Maik Tar se consagró en cuerpo y alma a la tarea que le había encomendado el pedestal. La noche del asesinato de Lan habían encontrado en el muelle dos subfusiles Fullerton y el cadáver de un

joven. Hacía unos meses, tras un montón de pesquisas, Tar había identificado al muerto como miembro de un grupo de ladrones con base en las Dársenas, dirigido por un informante de Montaña llamado Mudt Jindonon. Era más que probable que el asesino superviviente hubiera formado parte de la misma banda. El problema era que Mudt Jin había muerto; el propio Tar lo había matado el año anterior.

Pero alguien de Montaña había proporcionado a Mudt Jin jade, shine y la información que le había permitido dirigir su emporio criminal en territorio de Sin Cumbre. Antes de morir, Mudt había dado la descripción de un huesos verdes anónimo. Podía tratarse de alguno de los hombres que estaban a órdenes de Gont Asch, a ninguno de los cuales Tar podía llegar con facilidad en aquel momento, pero dada la insistencia renovada de
Hilo-jen
, retomó el rastro. Hilo le asignó dos hombres más, de modo que ahora tenía cuatro dedos directamente a sus órdenes, y a través de su hermano podía recurrir también a la extensa red de espías de Sin Cumbre. Se emplearía a fondo para alcanzar su objetivo.

Al principio, Tar no tenía muy claro lo de verse apartado de la rama militar del clan, a cargo del cuerno, pero ahora estaba encantado con aquella disposición. Parte de su trabajo como asistente del pedestal era rutinario y administrativo, pero el resto era muy delicado y esencial para el clan. Se alegraba de no tener el trabajo de su hermano, al mando de centenares de miembros del clan y sin alcanzar nunca el listón que había dejado el propio Hilo en su día. El papel que representaba se le ajustaba mucho mejor. No tenía que tratar con las capas jerárquicas del clan ni gestionar interacciones con los linternas o el público; solo respondía ante el pedestal, que confiaba implícitamente en él.

No era moco de pavo emboscar a un huesos verdes en su propio territorio… y llevárselo con vida, nada menos. Tar planeó la operación hasta el más ínfimo detalle. Su objetivo era un puño primerizo de Montaña llamado Seko, cuya anciana madre vivía en el barrio de los Comunes. El cuartodía por la mañana, Seko recibió una llamada telefónica que lo avisó de que su madre se había desplomado en la acera cuando iba a comprar y la habían llevado al Hospital General de Yanlún, en el Barrio de los Templos. Acudió de

inmediato.

En un cruce de la avenida que separaba los barrios del Martillo y el Sobaco se encontró con una valla de obras. Dos coches se colocaron tras él, bloqueándole la fuga. Si hubiera estado menos distraído por la preocupación, habría Percibido a los emboscados que se acercaban; dadas las circunstancias, lo pillaron por sorpresa. Los pistoleros del primer coche le acribillaron las ruedas y le volaron la luna trasera. Seko saltó del coche con un grito de rabia y echó a correr hacia la valla; ejecutó Ligereza para saltarla, pero Tar lo había previsto y había situado allí a dos huesos verdes de Sin Cumbre especialmente dotados en Desviación. Lanzaron una onda combinada que golpeó a Seko en pleno vuelo y lo tumbó en el asfalto como una muñeca rota. El puño se quedó allí, aturdido, tras haber gastado toda su energía ejecutando Acero para protegerse del impacto. No había tenido oportunidad de sacar la pistola de la guantera, y tampoco llevaba la espada luna; solo tenía el cuchillo garra con la empuñadura encastrada de jade. Antes de que pudiera desenvainarlo, los hombres de Tar lo sujetaron usando Fuerza y lo desarmaron. Después lo ataron de pies y manos, lo amordazaron y lo arrojaron al maletero de un coche.

Tar estaba encantado de lo bien que había salido el plan. Habían atrapado al huesos verdes en menos de cinco minutos. Las patrullas de Kehn se habían asegurado de que la avenida estuviera despejada, de modo que no se había dañado ninguna propiedad y ningún ciudadano había resultado herido; la única molestia causada fue el cierre de la vía pública. Los habitantes de Yanlún estaban acostumbrados a los incidentes esporádicos de violencia entre clanes, pero la intensa guerra callejera del año anterior había llevado su paciencia al límite; el pedestal no habría querido ninguna perturbación innecesaria que minase más la indulgencia de la gente hacia Sin Cumbre.

Tar estuvo tentado de detenerse en una cabina para telefonear a Hilo-jen y comunicarle la buena noticia, pero decidió que sería prematuro. Esperaría a tener alguna información sustancial que transmitir. Además, tenía que adelantarse al tráfico de la hora punta antes de que empezara en serio; las calles ya se estaban llenando de mensajeros en bicicleta y camiones de reparto. Condujeron por

calles secundarias hasta el barrio de Junko. Podía oír golpes apagados en la parte trasera del coche, pero no lo preocupaba. Habían reforzado el maletero con acero suficiente; ni siquiera la Fuerza de alguien que portase el doble de jade que Seko habría conseguido más que abollarlo un poco. En efecto, los ruidos se detuvieron al cabo de un rato, y solo quedaron la Percepción de los latidos aterrorizados y la textura chirriante de la desesperación que emanaba del compartimento.

Llevaron al prisionero a un viejo club nocturno, construido originalmente como refugio antiaéreo cincuenta años antes, pero que llevaba varios meses vacío; ya estaba programada su demolición para sustituirlo por un bloque residencia. Encadenaron las muñecas de Seko, y ataron los grilletes a una cuerda sujeta a una viga del techo. Allí quedó colgando con los brazos por encima de la cabeza; la punta de las botas de combate apenas rozaba el suelo. Tar examinó a Seko: vestía ropa oscura, y llevaba incrustaciones de jade en las orejas y un aro de jade en la nariz. Tenía una perilla pulcramente recortada y una expresión arrogante; incluso en aquella situación, sus labios se retorcían en una sonrisa desdeñosa.

—Así que tú eres Maik Tar —dijo Seko—. El perro de Kaul Hilo.

La sonrisa se le borró del rostro del puño cuando Tar le arrancó el aro y las incrustaciones. Gritó de dolor. Con un gesto, Tar ordenó a sus hombres que se quedaran en la puerta, y acto seguido le rompió a Seko las dos costillas inferiores.

—Si has oído hablar de mí, sabrás que esto es solo la introducción.

—¿Dónde está mi madre? —jadeó Seko, con un tono muy diferente—. ¿Está bien?

—Por supuesto —dijo Tar—. Seguramente, ahora mismo estará volviendo de la compra. ¿Te crees que somos unos animales? En el clan Sin Cumbre no rompemos el aisho. No usamos a personas sin jade como marionetas y herramientas. —Escupió a los pies de Seko —. Se os daba bien no usar nunca vuestro nombre y cubrir el rastro en territorio Sin Cumbre, así que tardé un tiempo en pillaros. Ya he encontrado la mayoría de vuestras ratas, pero me vas a ayudar a dar con el resto.

—Me vas a matar aunque hable —señaló Seko.

—Claro. —Tar se encogió de hombros—. Pero ¿no preferirías

morir deprisa y ahorrarle sufrimientos a tu madre? No querrás tirarte varios días ahí colgado, y pasando además la resaca del jade. Personalmente, preferiría no verlo. No eres uno de esos adictos al shine que tienes atados corto; eres un huesos verdes de Montaña. Tendrás algo de autoestima, ¿no?

La cabeza de Seko colgaba entre los hombros tensados. Asintió.

—Bien; ya nos vamos entendiendo, nenaza. —Tar hizo rodar en la palma de la mano el jade arrancado—. Verás: Montaña nunca respondió por Kaul Lan. Alguien les pasó a dos asesinos información sobre sus costumbres, les dio subfusiles Fullerton y los mandó al Lila Divina. He preguntado mucho por ahí, y me estoy figurando que ese alguien fuiste tú.

Al cabo de un momento, Seko volvió a asentir sin levantar la cabeza. Tar contuvo el entusiasmo y siguió hablando:

—Trabajaban para tu topo, Mudt Jin, ¿verdad?

—Eran un par de tirados que robaban camiones cargados de bolsos de marca, carteras y esas mierdas —dijo Seko—. Dos chavales con fiebre del jade. No los elegimos por nada especial.

—¿Cómo se llamaban?

—¿Y yo qué cojones sé? —dijo Seko—. Ni me acuerdo.

Aquella no era la respuesta que Tar quería oír. Tenía el mal presentimiento de que Seko decía la verdad, pero le rompió otro par de costillas.

—Más te vale contarme algo mejor, cabrón de mierda, o cambiaré de idea sobre dejarte ir con los dioses de una pieza.

Seko colgaba como un fardo, respirando con dificultad por la boca y balanceándose ligeramente al extremo de la cuerda. Tar lo dejó ahí y salió, para darle algo de tiempo a solas en la oscuridad para que hiciera memoria. A veces la gente recordaba mejor si se la dejaba cavilar un buen rato.

Ya en el exterior, y como no había desayunado, echó a andar calle abajo hasta la repostería de la esquina y compró una bolsa de bollos redondos de pasta de nuez y un brick de leche endulzada. Junko era sobre todo un barrio industrial, lleno de ladrillo y cemento gris, no muy atractivo, pero Sin Cumbre era fuerte allí; las tiendas tenían linternas blancas colgadas sobre la puerta y en los escaparates, y la gente que pasaba por la calle se inclinaba en saludo cuando veía el jade en los dedos y el cuello de Tar. Este

regresó al edificio y compartió la comida con Doun y Tyin, dos dedos suyos. Tradicionalmente, el cargo de asistente del pedestal era administrativo, sin puños ni dedos bajo su mando, pero a causa de la guerra, Kaul Hilo había realizado ciertos cambios en el puesto. Había asignado a Tar y a sus hombres la responsabilidad de encontrar y eliminar agentes enemigos en el territorio Sin Cumbre, y ahora Tar podía llamar a su equipo para cualquier tarea especial que tuviera que cumplir y que, de otro modo, habría sido una carga adicional para el cuerno. Para reducir cualquier confusión con la organización de Kehn, Tar iba a proponer al pedestal que sus subordinados no se llamaran dedos sino de otra forma, pero aún no estaba seguro de qué nombre usar.

Estaba picoteando las migas que le quedaban en la palma de la mano cuando su Percepción se agitó con la consciencia repentina de que algo marchaba muy mal. Se tensó, alarmado, y miró en todas direcciones hasta que se dio cuenta de que lo que sentía llegaba del interior del edificio: un latido acelerado, un dolor cegador, un estallido de terror y triunfo. Abrió la puerta metálica y se quedó estupefacto al ver a Seko retorciéndose y escupiendo mientras la sangre le brotaba del cuello y corría por la pechera de la camisa negra. Desenvainó el cuchillo garra y cortó la cuerda que mantenía colgado al puño, que se desplomó como un saco, boqueando instintivamente en busca de aire, pero en sus ojos brillaba un desdén burlón. Tar se inclinó sobre él, maldiciendo. Podía sentir cómo escapaba la vida del prisionero. Intentó detener la hemorragia dirigiendo su energía a bloquear la herida, pero Canalizar nunca había sido su fuerte y, al cabo de unos segundos, Seko había muerto. Las manos manchadas de sangre, aún sujetas por las cadenas, aferraban una pequeña cuchilla plana.

Demasiado tarde, Tar comprendió su error. Le había quitado el cuchillo garra y el jade, y creyó que estaba indefenso. En un gesto heroico de fuerza de voluntad, el puño de Montaña se las había arreglado para subirse los pies hasta las manos y sacar la cuchilla que escondía en una bota. Después había aupado el cuerpo hasta las cadenas y se había cortado el cuello.

Tar pateó y pisoteó el cadáver, poseído por una furia cegadora. Cuando se calmó, no pudo negar que estaba impresionado. Aquel guerrero había perdido el jade y, aun así, había sido más inteligente

que sus enemigos y había muerto en sus propios términos. La madre de Seko debería estar orgullosa de haber tenido un hijo tan verde.

Aquello no alteraba el hecho de que Tar, para su gran vergüenza y frustración, había llegado a un callejón sin salida en su misión de encontrar al asesino libre y el jade robado.

Como siempre, Kahn fue más estoico y razonable:

—Solo tenemos que esperar a que asome otra vez —le dijo por teléfono—. Da la impresión de que este ladrón es un crío temerario con una cantidad bestial de jade robado. Nadie con tanto jade se queda oculto mucho tiempo.

El sentido común de su hermano hizo que Tar se sintiera mejor, pero no le duró mucho; a la semana siguiente, Montaña cruzó la frontera de Punta de Lanza y vengó a Seko con un ataque que acabó con uno de los hombres de Kehn muerto y Tyin hospitalizado durante dos semanas. Además, los disparos dañaron la fachada de un supermercado y dos transeúntes inocentes resultaron heridos por culpa de algunas Desviaciones amplias, lo que hizo que el incidente fuera noticia de primera plana. El titular «No se vislumbra el final de la violencia de los clanes» se imprimió sobre la fotografía del huesos verdes de Sin Cumbre tumbado en un charco de sangre frente a la cristalera destrozada del supermercado.

# Capítulo 5
# Todas las ventajas

—Debe de haber algún malentendido,
Kaul-jen
—dijo el señor Enke. El rechoncho y canoso linterna mostraba una expresión de disgusto y, aunque tenía cuidado de mantener un tono de voz respetuoso, la mirada que se clavaba en Shae desde debajo de las espesas cejas era de indignación—. Mi empresa es la principal promotora inmobiliaria comercial de Yanlún desde hace más de diez años. He sido linterna de Sin Cumbre durante veinticinco años y mi familia siempre ha pagado el tributo al clan. Dos de mis hijos son huesos verdes; uno es un puño que seguía a tu hermano cuando era el cuerno y ahora está bajo las órdenes directas de Maik Kehn. ¿Cómo es posible que este contrato sea para una empresa más pequeña, que apenas tiene historia con el clan y ni siquiera es kekonesa del todo?

—La otra empresa promete realizar el trabajo en menos tiempo y a menor precio —dijo Shae desde el otro lado de la mesa—. El clan valora la lealtad y la amistad de nuestros antiguos linternas, pero el contrato se ha concedido basándose en las condiciones de las propuestas.

El señor Enke soltó un bufido de incredulidad. Un poco por detrás, a su derecha e izquierda, Shae notó que Hami Tumashon y Woon Papidonwa se agitaron incómodos al oír sus palabras.

—No acabo de entender cómo valoras las condiciones,
Kaul-jen
—dijo el señor Enke, ya enfadado—. Pero pregunto: ¿Cuál es el propósito del clan si no vela por los intereses de sus miembros más leales? ¿La amistad de Sin Cumbre puede romperse con tanta facilidad por unos números poco fiables en un papel? ¿Es que ya no

somos kekoneses, sino espenios que se venden al mejor postor?

—Con permiso del hombre del tiempo… —intervino Hami, fuera de turno, pero con el claro ánimo de reconducir la situación—. Quizá podamos llegar a un compromiso. —Shae apretó los labios, pero asintió, y Hami siguió hablando—: Señor Enke, el clan, además de velar por los intereses de los linternas, tiene que velar por los del país; todos deberíamos estar de acuerdo en eso. Las empresas más pequeñas merecen una oportunidad de prosperar, y la inversión extranjera es buena para la economía del país. Eso no quiere decir que Sin Cumbre valore menos su fidelidad ni la de su familia. De hecho, esperamos ver a su empresa seguir creciendo e invertir en equipo y personal. Si el hombre del tiempo está de acuerdo, podemos negociar una rebaja en los pagos del tributo para facilitárselo.

Hami miró a Shae, que inclinó secamente la cabeza.

—Suena razonable.

El señor Enke no parecía satisfecho del todo con aquella concesión, pero tras meditar en silencio unos instantes, respondió a regañadientes:

—Muy bien. He confiado en el clan de la Antorcha, que los dioses lo reconozcan, demasiado tiempo para permitir que este desafortunado incidente se interponga entre nosotros. —La forma en que miró a Shae dejó claro que no confiaba en ella de la misma forma—. Aprovecharemos la rebaja del tributo que ofrecéis y la próxima vez haremos lo posible para presentar una licitación más convincente.

Después de que Woon cerrara la puerta tras el linterna, Shae se volvió hacia Hami.

—¿Por qué hablaste sin una señal mía? Le has ofrecido demasiado antes de tiempo.

—Me nombraste jefe de los hacedores de fortuna para que dijera lo que pienso —dijo Hami malhumorado, mientras se levantaba e iba hacia la puerta—. Así que digo lo que pienso ahora: has manejado mal la situación. La familia Enke es muy antigua e influyente dentro del clan. Aunque tengas buenas razones para tomar esa decisión, les has transmitido la impresión de que los has faltado al respeto. —Hizo una pausa; luego, habló sin volverse—: Ahora mismo,

Kaul-jen
, el apoyo de los linternas te hace más falta que recortar los costes en cien millones de dien. —Salió del despacho de Shae, dejando entrar una breve ola de sonido (timbrazos de teléfonos y golpeteo de teclados desde los cubículos del otro lado del pasillo) antes de que la puerta se volviera a cerrar y la orgullosa aura de jade del hombre se alejara por el pasillo.

Shae se hundió en el asiento. Hami tenía razón; responder a Enke en tono defensivo y hablar de méritos con frialdad había estado fuera de tono, y había obligado al jefe de los hacedores de fortuna a intervenir para ofrecer una solución antes de que ella la encontrara. Había quedado como una joven ingenua demasiado influida por su educación extranjera, no como un hombre del tiempo experimentado de un clan de huesos verdes. Entendía de finanzas; estaba aprendiendo sobre estrategia y política, pero el liderazgo del clan exigía gestionar no solo el amplio abanico de asuntos de negocios de Sin Cumbre, sino los intereses y expectativas aparentemente irreconciliables de su gente.

—¿Qué se supone que tenía que hacer? —preguntó en voz alta, y percibió la exasperación en su propia voz.

Woon no reaccionó al cambio de tono; habían trabajado codo con codo durante demasiadas horas, largas y tardías, a lo largo del pasado año para que mostrara él la misma actitud profesional que con Hami o con cualquier otro ocupante del edificio de oficinas de la calle del Barco. La sombra del hombre del tiempo se miró las manos entrelazadas y carraspeó.

—Solo puedo decir lo que creo que habría hecho
Lan-jen
. Habría llamado al señor Enke a su despacho y, por consideración a su posición en el clan, le habría ofrecido la oportunidad de igualar la oferta ganadora. Si el linterna no podía, le habría explicado que, sintiéndolo mucho, tenía que conceder el contrato al otro promotor, pero le habría preguntado qué podía hacer el clan para ayudar a que su empresa fuera más competitiva.

Shae contempló con humor sombrío las ventanas salpicadas por la lluvia. Había pasado las seis últimas semanas de luto por su abuelo, y durante un breve tiempo, casi había olvidado lo mucho que echaba de menos a Lan.

Woon se inclinó hacia delante en su asiento y se apoyó los codos en las rodillas.

—El clan es un barco grande y viejo; potente pero difícil de gobernar,

Shae-jen

. Sé que quieres hacer cambios y mejoras, pero debes extremar las precauciones. En tiempos de incertidumbre, la gente busca confirmación de que puede contar con que las cosas se hagan de la forma en que está acostumbrada a esperar. Hablarán de cómo has ofendido a la familia Enke. Siguen hablando de cómo ofendiste a Kowi Don.

—No voy a dirigir esta oficina con colegueos como hacía Doru —replicó Shae, un poco encendida—. Ser hijo de un concejal no capacitaba a Kowi Don para contratarlo como hacedor de fortuna.

Woon agachó la barbilla.

—Tú estás sentada en ese asiento porque eres una Kaul.

Lo dijo llanamente y sin rencor alguno, pero Shae torció el gesto ante aquella verdad. Era muy consciente de que aún le faltaba mucho para demostrar su valía en la calle del Barco. El clan se había librado por los pelos de la destrucción el año anterior, y aunque la guerra callejera se había asentado en una especie de tablas, Montaña era más grande y ocupaba una posición económica más fuerte. Sin Cumbre dominaba algunos sectores, como las inmobiliarias y la construcción, pero el *boom* de las viviendas y el desarrollo de infraestructuras que habían tenido lugar durante las décadas que siguieron a la guerra de las Naciones se había ido aflojando; entretanto, varias industrias en las que Montaña tenía la mayor tajada, como la fabricación, el comercio minorista y el transporte, seguían creciendo vigorosamente. Sin Cumbre tenía que expandir sus operaciones con más agresividad si quería tener la esperanza de prevalecer a largo plazo, y cada acción de Shae como hombre del tiempo podía mejorar o empeorar la posición del clan respecto a sus enemigos. Bajó la voz y agachó la cabeza.

—Necesitamos cualquier ventaja que podamos conseguir —insistió—. Eso impulsa todas mis decisiones, aunque alguna pueda molestar a alguien.

—La confianza también es una ventaja —dijo Woon.

—¿Crees que el clan no confía en mí?

—Eres extremadamente trabajadora e inteligente, Shae-jen; eso lo puede ver cualquiera —dijo Woon, con una vehemencia sorprendente en alguien de natural reservado—. Y eres una Kaul. El clan confía en ti en esos aspectos. Pero la lealtad de los linternas hacia el clan se basa en lo que este puede hacer por ellos, y últimamente has estado cerrando puertas en vez de abrirlas.

Shae siguió sentada en silencio un largo momento. Nubarrones cargados de lluvia primaveral colgaban sobre Yanlún; a lo lejos, el cielo y el mar tenían el mismo tono gris azulado.

—Me alegro de poder contar contigo, Papi-jen. —Lo decía en serio. Si no hubieran matado a Lan, Woon habría ocupado aquel despacho como hombre del tiempo. Y a pesar de ello, se había dedicado con devoción incansable a su tarea de sombra del hombre del tiempo, de jefe de personal, sin expresar nunca amargura ni quejas. Woon no era especialmente inteligente ni astuto, y tampoco tenía una personalidad arrolladora, pero al igual que Lan, parecía hecho de un material tan sólido y fiable que Shae entendía por qué había sido durante tanto tiempo el amigo y asistente de su hermano. Le tocó el brazo—. Ha sido un día muy largo. Vete a casa, no hace falta que me esperes.

Woon se puso en pie, separando el brazo de la mano de Shae, y esta Percibió que su aura latía con una inesperada emoción reprimida.

—También tengo trabajo —dijo—. Tómate el tiempo que necesites, Kaul-jen; luego te llevaré a tu casa, como siempre. —El antiguo asistente del pedestal había dejado solo a Lan la noche en que lo mataron. En todo el tiempo que llevaba como sombra de Shae, jamás se había ido a casa temprano.

Cuando Woon salió del despacho, Shae atendió el papeleo de la mesa durante otro par de horas. Su reflejo fue emergiendo en los ventanales oscuros a medida que se iban encendiendo las luces de Yanlún, convirtiendo los rascacielos en columnas luminosas. Sonó el teléfono; lo descolgó.

—Kaul-jen —dijo la voz algo nasal de Ree Turahuo, al otro

extremo—, me alegro de que sigas ahí. Esperaba que pudiéramos hablar con franqueza de hombre del tiempo a hombre del tiempo.

Shae dejó el informe que estaba leyendo; el cable del teléfono se estiró cuando apartó la silla.

—Ree-jen —dijo con voz tranquila y desapasionada—, ¿de qué quieres hablar?

—El mes que viene, la junta de la Alianza del Jade de Kekon tiene programada una reunión para realizar por fin una votación de accionistas sobre la reanudación de las operaciones mineras del país —dijo Ree—. ¿Qué piensan votar el clan Sin Cumbre y sus aliados de los clanes menores?

—El pedestal está sopesando todos los factores —dijo Shae—. Aún no ha tomado una decisión.

—Vamos, Kaul-jen —dijo Ree con voz más dura—, no juegues conmigo. Todos sabemos que tu hermano se apoya en tu consejo en estos asuntos. La decisión será tuya. ¿Piensas prolongar esta suspensión innecesaria, o el país podrá volver a la normalidad?

—Las minas podrán reanudar las operaciones cuando se hayan tomado todas las medidas posibles para evitar más abusos de poder por parte del clan Montaña —dijo Shae—. Aún no estoy convencida de que las reformas del Consejo Real sean suficientes.

Sonrió para sí, deseando poder ver o Percibir la reacción del otro hombre del tiempo. Se había armado un escándalo nacional cuando las discrepancias contables que había descubierto en los registros de la
AJK
hacía casi dos años revelaron que Montaña había estado extrayendo jade en secreto por encima de la cuota asignada, a espaldas del gobierno y de los demás clanes de huesos verdes. En público, Ayt lo atribuía a negligencias y problemas operativos, pero eran pocos los que se lo creían, incluso dentro de su propio clan. El Consejo Real había promulgado leyes que establecían restricciones de propiedad para evitar que la Alianza del Jade de Kekon quedara bajo el control de un único clan, imponían auditorías independientes anuales, instauraban un comité supervisor e implantaban una serie de medidas adicionales con el objetivo de salvaguardar el suministro de jade del país y asegurar la transparencia de su gestión. Entretanto, durante los dieciocho últimos meses, las minas

de Kekon habían estado inactivas. No entraba más jade en el tesoro nacional; se habían interrumpido las exportaciones; miles de mineros abukei vivían de los subsidios del gobierno.

—Si la votación no sale adelante —dijo Ree con voz tensa—, el asunto volverá al Consejo Real durante los dioses saben cuánto tiempo. Perderemos la siguiente estación seca, y esta terrible perturbación de la economía del país durará un año más. ¿Eso es lo que quieres?

—Quiero que Montaña pague por sus transgresiones. —Cuanto más durase la suspensión minera, más tiempo recordaría el público los crímenes de Montaña.

Una pausa. La voz de Ree cambió y adoptó un tono ladino.

—Llegará un momento en que os quedéis sin jade que vender a los espenios. ¿Hasta qué punto os podéis permitir realmente tener vacías las tiendas de Sin Cumbre? —En el breve silencio que siguió, Shae pudo imaginar la expresión de suficiencia de Ree—. Sí, por supuesto que sabemos que habéis estado vendiendo vuestras reservas, y por eso los extranjeros no han armado todavía más jaleo. Supongo que al Consejo Real y al pueblo de Kekon les interesaría saber que Sin Cumbre se mantiene a flote mediante la venta directa de jade a la República de Espenia.

—Yo supongo que a nuestros aliados oficiales, los espenios, les interesaría saber de los contratos secretos de Montaña para vender jade a sus enemigos, los ygutanos —respondió Shae con frialdad—. Sobre todo si los soldados espenios se despliegan para combatir en Shotar contra rebeldes entrenados y apoyados por Ygutan. No les hará mucha gracia ver jade kekonés adornando a los soldados del otro lado del campo de batalla.

—Esto es un guanteo inútil,
Kaul-jen
—espetó Ree—. Puede que creas que seguir agitando el escándalo de la
AJK
beneficia a Sin Cumbre, pero considera nuestro común atolladero. La restricción del suministro de jade solo ha servido para animar a los contrabandistas y aumentar el índice de delitos violentos. La gente está harta del derramamiento de sangre y la perturbación de la economía; está preocupada por que la crisis de Urtoko se

convierta en una guerra entre potencias extranjeras y se extienda por la región. Esperan que los huesos verdes defiendan Kekon si ocurre algo así… ¿Crees que ahora mismo confían en que estemos haciéndolo,
Kaul-jen
?

Shae no respondió.

—Tú y yo no somos puños que solo ven el mundo en blanco y negro —prosiguió Ree—. Tampoco lo es mi pedestal, aunque no puedo hablar por el tuyo. Ayt-jen propone una reunión de nuestros clanes. Con las garantías de seguridad adecuadas.

# Capítulo 6
# El nuevo verde

Bero se sentía un hombre nuevo, el hombre que siempre había estado destinado a ser. Ya no tenía que dormir en el suelo del apartamento de su tía; ahora disponía de su propio alojamiento en el tercer piso de un edificio residencial de diez plantas, en la Fragua. No era gran cosa; la puerta estaba combada; las cañerías eran viejas, y las paredes, finísimas. Su vecina, la señora Waim, era una vieja cascarrabias que olía a caramelos de hierbas y aporreaba la puerta para quejarse cada vez que Bero ponía música o hacía demasiado ruido. Todo eso daba igual. A diario, cuando se despertaba, ya hacia el mediodía, Bero iba al baño y contemplaba en el espejo el jade que le colgaba del cuello. Con los hombros erguidos y la cabeza inclinada, giraba a un lado y al otro y examinaba su reflejo desde distintos ángulos. Cogía un cuchillo garra y lo sostenía amenazante. Le gustaba lo que veía. Fuerza. Poder. Respeto.

También a diario se envolvía el brazo con un torniquete de goma y se inyectaba dos dosis de
SN1
, con religiosidad cronométrica, y lo anotaba en un calendario de pared. Mudt (no Mudt Kal, el muchacho, sino su padre, Mudt Jin, ya muerto) le había dicho que saltarse una inyección o administrarse una de más podía provocar una sobredosis letal. Cuando el shine le alcanzaba el cerebro, Bero se sentía invulnerable. Los extranjeros tenían algunas cosas buenas, y el shine era una de ellas. ¿Para qué pasar toda la infancia entrenándose en una escuela de artes marciales de disciplina draconiana cuando existían métodos modernos? La energía del jade que zumbaba por las venas de Bero era cálida y punzante, mejor que nada en el mundo, mejor que el

dinero o el sexo. Lo que había experimentado dos años antes, cuando había puesto las manos en el jade durante unos escasos minutos, no había sido nada. Toda su vida anterior al momento presente había sido un sueño apagado, gris, apenas consciente, del cual se había despertado por fin. Cuando caminaba por la calle se sentía como un tigre en mitad de un rebaño de vacas.

Por las tardes acudía a la Casa de las Ratas, un club de entrenamiento clandestino en el distrito de Lavamoneda. Era uno de los escasos escondrijos de la ciudad donde los portadores de jade ilegal se reunían para entrenarse, inyectarse
SN1
con seguridad y presumir del verde que jamás podrían mostrar en público. Normalmente, Bero se encontraba con que Mudt también estaba allí, y los dos practicaban Fuerza con bloques de hormigón o ensayaban Ligereza junto a la pared de ladrillo. Sus habilidades carecían de uniformidad; Bero podía saltar un metro entero un día, y al siguiente elevarse apenas una pizca más que una persona normal. Aquello le resultaba frustrante, pero no lo desanimaba. No había esperado ser perfecto desde el primer momento. Era una simple cuestión de acumular más jade y práctica antes de poder rivalizar con los huesos verdes.

Al cabo de un par de horas, Bero se tomaba una copa en el bar y a continuación se ponía a trabajar en la zona de mesas escasamente iluminada, vendiendo shine. Tenía clientes habituales que le compraban algo todas las semanas, de modo que ganaba bastante dinero y no tenía que buscarse ninguna otra ocupación, a diferencia de Mudt, que se había ido a vivir con unos parientes lejanos y había mentido sobre su edad para conseguir trabajo de reponedor en una zapatería. La mayoría de los asiduos de la Casa de las Ratas eran veinteañeros de los distritos pobres del nordeste de Yanlún: las Dársenas, la Fragua, Lavamoneda y Villapesca. Algunos lucían tatuajes de bandas. Otros, sospechaba Bero, estaban al otro lado de la ley por razones distintas de la posesión ilegal de jade. Y unos pocos parecían ser individuos respetables con trabajos normales que por algún motivo estaban dispuestos a jugarse la vida para ser verdes. Ninguno de los que acudían a la Casa de las Ratas había recibido entrenamiento formal, y muchos no se habían entrenado en absoluto; necesitaban

a diario para mantener la tolerancia al jade que los huesos verdes desarrollaban tras años de esfuerzo. Formaban una base de clientes fiable.

El desentrenado sentido de Percepción de Bero parecía funcionar de forma intermitente. No tenía mucho alcance, pero normalmente era capaz de saber cuándo había algún portador de jade en la misma estancia que él, ya que parecían brillar en su mente de una manera distinta. De tarde en tarde podía mirar a alguien y captar destellos de emociones o intenciones. Sin embargo, no necesitaba mucha Percepción para notar la curiosidad rayana en lo hostil dirigida hacia él cuando andaba por el club. Cuando estaba en la calle, llevaba el jade oculto bajo el cuello de la camisa o la chaqueta y se mantenía tan lejos como podía de los huesos verdes que pudieran fijarse en él y hacer preguntas, pero allí, en la Casa de las Ratas, la gente veía el jade que portaba. Querían saber cómo un adolescente había echado mano a semejante cantidad.

Nunca preguntaban. La regla fundamental de la Casa de las Ratas era que nadie preguntaba dónde ni cómo había conseguido su jade otra persona. Robado, saqueado, comprado en el mercado negro… Daba igual; lo único que tenían en común era una sentencia de muerte si alguna vez los pillaban los huesos verdes de los clanes importantes, que, por suerte, aún estaban demasiado ocupados peleando entre ellos para prestar demasiada atención a nadie más. La Casa de las Ratas era el único lugar donde los portadores ilegales podían hablar con libertad, poner a prueba sus poderes y jactarse ruidosa y alcohólicamente de burlar a los que mantenían el jade en manos de una reducida élite.

Se autodenominaban «el nuevo verde».

La mayor parte del tiempo, Bero sentía que por fin todo estaba bien en su mundo, salvo por el detalle de que pronto se le acabaría el shine. Su respetable reserva inicial iba agotándose conforme la usaba y la vendía, de modo que cuando un tipo al que había visto unas cuantas veces por la Casa de las Ratas lo llevó aparte una noche y le dijo: «Oye, ¿qué tal si tu amigo y tú os sentáis conmigo a tomar una copa? Tengo un negocio que creo que os puede interesar», Bero llamó a Mudt y cogió una silla.

El hombre tenía la cara estrecha y muy bronceada, y su pelo,

cortado casi al rape a los lados y levantado en el centro a base de gomina, hacía que pareciera más estrecha aún. Tenía aspecto de kekonés, pero quizá fuera de sangre mestiza, y hablaba con acento extranjero. Aparentaba unos treinta años y dijo que se llamaba Soradiyo.

—¿Ese es un nombre shoti o algo así? —dijo Bero.

—Un nombre shoti o algo así —reconoció Soradiyo con gesto inexpresivo. Echó una mirada calculadora a los dos muchachos—. ¿No os da miedo portar tanto jade?

Bero entrecerró los ojos. El hombre que tenía delante mostraba un aura de jade, eso podía notarlo, pero llevaba oculto su verde. Fuera quien fuera, no quería llamar la atención, ni siquiera en la Casa de las Ratas.

—Es mi jade y pienso portarlo —declaró Bero—. Si los huesos verdes me pillan, pues me han pillado. Todos tenemos que morirnos algún día.

—Tenemos más jade que algunos puños —dijo Mudt agresivamente, con las mejillas encendidas—. Me da igual cuánto tarde: voy a entrenarme hasta ser capaz de vencer a cualquier huesos verdes.

La jactancia fatalista era típica del nuevo verde, pero de un tiempo a esa parte, palabras como aquellas se pronunciaban con menos frecuencia y en voz más baja. Bero había oído que un par de años antes, muchos asiduos de la Casa de las Ratas eran informantes del clan Montaña, y conseguían su jade y su suministro de shine a través de Gont Asch, quien quería infiltrar agentes en el territorio de Sin Cumbre. Tras la muerte de Gont Asch, Montaña se había retirado, y Sin Cumbre masacraba al nuevo verde allí donde lo encontrara. Los Kaul ofrecieron el indulto a cualquier agente de Montaña que saliera a la luz, entregara el jade y facilitara los nombres de sus cómplices. Muchos aceptaron la oferta, considerando que era mejor perder el jade y conservar la cabeza a que Maik Tar y sus hombres les dieran caza.

Soradiyo levantó el vaso y les dirigió una sonrisa con los labios apretados, que de algún modo resultó alentadora y paternalista a la vez.

—Creer es el primer paso para hacer realidad los sueños —anunció.

Bero soltó un bufido de impaciencia. Por algún motivo sentía el impulso de impresionar a aquel hombre, a pesar de que no le caía bien.

—¿De qué querías hablar con nosotros?

Soradiyo desplazó un poco la silla para apartarse de una tubería que goteaba. La Casa de las Ratas no tenía ventanas; en el techo y las paredes había manchas de humedad, y a las dos o las tres de la madrugada, el aire estaba saturado del hedor del sudor y el humo de tabaco.

—Soy reclutador —dijo Soradiyo—. Busco a gente que tenga dos cosas: jade, y algún defecto en la parte del cerebro que debería hacerle temer a la muerte.

—Suena atractivo de cojones —dijo Bero. Soradiyo soltó una risa seca.

—Estoy preguntando si queréis ser pescadores de rocas. —Contrabandistas de jade; los que sacan gemas fuera del país—. Se paga en dinero y en shine, y, con el tiempo, en verde. Ganaréis más de lo que podríais ganar nunca vendiendo shine. Mucho más.

—¿Trabajas para alguien? —preguntó Bero.

—Soy juramentado de Ti Pasuiga. ¿Sabéis qué significa eso? —Soradiyo mostró los dientes en una sonrisa ante el silencio afirmativo de los muchachos. Las cosas que había dicho ya no parecían una exageración; sin duda, asociarse con el cártel de contrabandistas de jade más importante podía llevar a una persona audaz a conseguir una riqueza fabulosa o una muerte indigna. Soradiyo repiqueteó distraídamente con los nudillos en la mesa—. El negocio va bien; la demanda es mayor que nunca y el dinero circula. Pero seguir dependiendo de los abukei supone un riesgo excesivo. —Los aborígenes inmunes al jade que no mostraban aura ni sufrían los efectos espectaculares y en ocasiones fatales del exceso de exposición eran tradicionalmente las mulas del mercado negro del jade, pero se los identificaba con facilidad y se sospechaba de ellos en cualquier control fronterizo. Soradiyo abrió la cartera y sacó dinero para pagar las bebidas—. Por suerte, hoy en día, con shine suficiente, cualquiera puede portar jade. Quizá incluso podríais pasar por huesos verdes. —Se levantó y cogió la chaqueta—. Pensadlo. Volveré el cuartodía que viene a esta hora, y ya me diréis si queréis salir de esta pocilga y jugar con los perros

grandes.

Cuando Soradiyo se marchó, Mudt se limpió la nariz con la manga y dijo:

—Ese barukano gilipollas no nos hace ninguna falta. Ya tenemos todo lo que necesitamos. Este jade lo conseguimos solos. —Dio unos golpecitos a los brazaletes que le ceñían los bíceps—. Podemos entrenarnos aquí hasta ser bastante buenos para cargarnos a cualquiera. Bastante buenos para cargarnos a los Maik.

—Hablas demasiado —espetó Bero, y se levantó a por otra bebida. Pasó junto a una mesa de gente que se acuchillaba los brazos, practicando Acero. Uno maldijo de dolor y se cayó de la silla cuando la hoja se le hundió en la carne.

El problema con Mudt, pensó Bero, era que tenía demasiadas opiniones; no sabía cuándo callarse. El chico ni siquiera tendría jade ni shine de no haber sido por él. Bero había planeado la incursión en el cementerio. Había matado por su jade. Dos veces. Mudt no había hecho nada de eso. Al final no era más que un colgado que no merecía realmente el verde.

# Capítulo 7
# La persuasión del hombre del tiempo

La Universidad Real Jan, situada en el límite occidental de Yanlún, es la institución académica más antigua de Kekon, y ha presenciado periodos de guerra y ocupación a lo largo de sus trescientos años de distinguida historia. Algunos de los edificios de piedra erosionada por los que caminaba Shae se remontaban a antes de la unificación de la isla, al final de la era de las Hermanas Batalladoras. Otros, como el edificio del departamento de Estudios Extranjeros, eran relucientes construcciones modernas de acero, cristal y hormigón. Shae cruzó la puerta doble, pasó discretamente al fondo de la sala de conferencias y ocupó un asiento en la última fila. La clase ya había empezado; Maro estaba escribiendo en la pizarra y no la vio entrar, pero cuando se giró hacia los alumnos, sus ojos la descubrieron y una breve sonrisa le curvó los labios antes de que siguiera dirigiéndose a los atentos estudiantes.

—La semana pasada hablamos de las consecuencias de la guerra de las Naciones y de cómo el colapso político y económico del Imperio de Tun, seguido por decenios de conflictos y reformas civiles, permitió que Ygutan ocupara el vacío de poder que se había creado en el continente de Orius. En lo que queda de curso nos centraremos en las políticas posbélicas de la República de Espenia en lo relativo a Shotar y Kekon, y en cómo se relaciona todo ello con los acontecimientos actuales.

A Shae le interesaba aquella charla, y Tau Maro era un orador estupendo: organizado, erudito y entusiasmado por el tema; pero Shae no podía evitar que sus pensamientos regresaran a la conversación telefónica de la víspera con Ree Tura. Se sorprendió al darse cuenta de que terminaba la clase, y se sintió decepcionada por no haber sido capaz de prestar más atención. Maro escribió una

última pregunta en la pizarra.

—Vuestra tarea de esta semana es escribir tres páginas sobre el siguiente tema: ¿Cómo afecta a Kekon la reciente ratificación del Pacto de Amistad y no Interferencia Mutua entre Tun e Ygutan?

Cuando los estudiantes hubieron recogido sus cosas y abandonado la sala de conferencias, Shae se levantó y caminó hacia la entrada.

—Espero que no te importe que haya venido antes de tiempo para poder oírte —dijo—. Eres muy buen profesor.

Maro terminó de borrar la pizarra, echó una ojeada a los asientos vacíos y besó a Shae en la comisura de los labios. La barba corta del hombre le hizo cosquillas en la mejilla, y Shae captó el aroma de la loción de afeitado mezclado con el olor del polvo de tiza que manchaba las solapas y los hombros de la chaqueta de ante marrón que llevaba sobre la camisa blanca.

—No me importa en absoluto —dijo Maro—. Estás muy elegante. ¿Dónde vamos a cenar?

La lluvia primaveral había limpiado las aceras del campus y había dejado el amplio césped verde y lozano. Estudiantes montados en bicicleta pasaban a su lado mientras salían de los terrenos de la universidad. Shae no tenía un coche con chófer esperando; había ido directamente en taxi desde su despacho de la calle del Barco, deteniéndose solo para arreglarse el maquillaje y cambiarse la chaqueta por un chal rojo con lentejuelas. Fue a llamar a otro taxi, pero Maro la interrumpió.

—A estas horas y en quintodía, será más rápido ir en metro. No te importa, ¿verdad? —Ella le aseguró que no.

Mientras esperaban en el andén, charlando despreocupadamente sobre la clase, la universidad y el clima reciente, Shae sintió que poco a poco se iba disipando parte de la tensión de su trabajo. Posó la mirada en Maro, en su actitud tranquilizadora y calmada, mientras dejaba que se marchara el primer tren, abarrotado, y se disponía a esperar el siguiente. La barba corta de Maro lo hacía parecer mayor y más serio de lo que era en realidad, pero tenía una boca suave, unos ojos observadores y unas manos grandes y atractivas. Era la sorpresa más agradable que se había llevado Shae en todo el año. No buscaba ninguna relación. A veces pensaba en Jerald con nostalgia y anhelaba compañía, pero no tenía mucho

hueco para ningún tipo de vida social al margen de las responsabilidades de Sin Cumbre. Con la muerte y el entierro del abuelo y las recientes exigencias de la oficina del hombre del tiempo, llevaba más de un mes sin ver a Maro.

—Siento que haya pasado tanto tiempo desde que la última vez que estuvimos juntos —dijo.

Maro negó con la cabeza.

—Sé que no lo has tenido fácil últimamente. He estado pensando en ti, pero no quería ser inoportuno; sabía que tu familia ya estaba recibiendo demasiada atención pública. —Titubeó, y luego le cogió la mano y se la apretó—. Me alegro de que hayas podido escaparte esta noche.

Fueron al Golyaani, un restaurante de postín de Sotto Norte, no muy alejado del apartamento donde vivía Shae cuando regresó a Yanlún. Hacía tiempo que quería llevar allí a Maro. El camarero los condujo a una mesa de una esquina; Shae pidió un cóctel, y Maro optó por un *whisky* shotariano y un vaso de agua.

—Bueno, ¿cómo te va últimamente? —preguntó él.

—Mejor. Echo de menos a mi abuelo…, pero en su último año de vida ya no era realmente él mismo. Había sido una fuerza de la naturaleza. —Shae removió el cóctel, pensativa—. Me gusta pensar que espera el Retorno junto a mi padre y mi hermano en el más allá, y que ahora están todos mucho más tranquilos y felices. —Hizo una pausa y bebió un largo trago, decidida a no ponerse melancólica en lo que debía ser una velada alegre. Alargó el brazo sobre la mesa y puso la mano encima de la de Maro, más grande; el aura de jade del hombre era como una manta ligera, llena de interesantes pliegues y agradable al tacto—. ¿Cómo van las cosas en el trabajo?

—Como siempre —respondió Maro, dejándola cambiar de tema —. Este semestre estoy dando tres clases. Y sigo intentando conseguir financiación para mis viajes de estudios al extranjero. La burocracia académica nunca deja de asombrarme. —Dejó escapar un suspiro de resignación—. Además, con toda la cobertura mediática que están dando a lo que pasa en Shotar, últimamente me convocan con mucha frecuencia en el Salón de la Sabiduría.

Cuando Shae conoció a Maro en la academia Kaul Dushuron, en una reunión de antiguos alumnos celebrada seis meses antes, se

había dado cuenta de inmediato de que sería un contacto valioso. Como hombre del tiempo, Shae necesitaba tener al día sus conocimientos sobre comercio y relaciones internacionales. A sus treinta y tres años, Tau Marosun era uno de los profesores más jóvenes del departamento de Estudios Extranjeros de la Universidad Real Jan, y asesor político del Consejo Real. Que aquel profesor joven y con talento fuera además atractivo era una consideración interesante, pero secundaria. Shae le pidió que fuera a cenar con ella unas semanas después, esperando crear una relación profesional y recopilar unos cuantos nombres más de su red de expertos en ese campo. Pasaron cuatro horas hablando; empezaron por los campos en los que Maro estaba especializado, pero no tardaron en charlar sobre cualquier cosa, desde los restaurantes de Yanlún hasta el cine extranjero, pasando por los precios de los viajes.

Al acabar, Maro le preguntó con timidez si podría verla de nuevo.

El Golyaani servía cocina tradicional tuni de primera categoría, acompañada de una extensa y variada carta de bebidas, y en un quintodía por la noche, las mesas que los rodeaban estaban ocupadas por los jóvenes profesionales que poblaban el distrito Sotto Norte. Lámparas de cerámica colgantes iluminaban la elegante chimenea de ladrillo, las mesas negras y los estantes cubiertos de botellas rústicas llenas de especias desecadas. Llegó la comida: salchichas de hígado ahumadas, berenjena especiada cocida sobre un fondo de arroz y perdiz asada en un cuenco de barro. Shae quedó complacida cuando Maro soltó exclamaciones elogiosas ante los platos y alabó sus elecciones. Lo observó mientras servía la berenjena cocida en los dos platos. Maro lo hacía todo con cierta parsimonia sutil: definir los temas de sus charlas antes del principio de la clase, hacer pausas antes de hablar, tomarse su tiempo para oler el *whisky* antes de beber… Era radicalmente distinto de Jerald. El anterior novio de Shae era atlético y extrovertido, vigoroso en la cama, un joven oficial del ejército de Espenia divertido, encantador y en última instancia superficial e insensible. Maro era inteligente, de opiniones firmes sin caer en la presunción, y apreciaba la conversación profunda y las experiencias nuevas. También era diferente a la mayoría de los huesos verdes que Shae acostumbraba a tratar; portaba dos piedras de jade

incrustadas conservadoramente en la oreja izquierda, pero nunca había sido dedo del clan. De hecho, parecía albergar muy poco interés hacia los asuntos del clan, y solo preguntaba por ellos cuando eran importantes para Shae o cuando guardaban relación con la política nacional y los asuntos mundiales.

—¿Qué te ha estado preguntando el Consejo Real? —dijo Shae.

—Exactamente el tipo de cosas que les pregunto a mis alumnos —dijo Maro con un deje de ironía—. Pero con muchos más detalles que un trabajo de tres páginas.

Shae recordó la pregunta que había escrito Maro en la pizarra al final de la clase: «¿Cómo afecta a Kekon la reciente ratificación del Pacto de Amistad y no Interferencia Mutua entre Tun e Ygutan?».

—¿Cómo responderías tú a tu pregunta?

Maro se llevó a la boca un trozo de perdiz, lo masticó y tragó antes de responder:

—Yo diría que Kekon se va a ver en la posición más difícil de su historia. El pacto entre Tun e Ygutan no es sorprendente. Tun tiene demasiados problemas propios para oponerse a Ygutan, y a los ygutanos les va bien que su frontera más extensa no les cause complicaciones, con lo que pueden concentrarse en hacerse con el control de todo el golfo de Origas. Eso es del todo inaceptable para Shotar y Espenia. La República de Espenia tendrá que asignar más recursos militares a la zona, y en especial a Kekon.

Shae asintió.

—Nos veremos atrapados entre la espenosfera y la coalición ygutana.

Oficialmente, Kekon estaba aliado con la República de Espenia y alojaba la mayor base naval espenia de la zona, en la isla de Euman. A los kekoneses en general, sin embargo, los espenios les disgustaban tanto como cualquier otro extranjero. Geográficamente, Kekon estaba más cerca del continente de Orius que del de Espenius, y su enemistad con Shotar era tan antigua que era difícil imaginar que los dos países estuvieran en el mismo bando tan solo en virtud de la alianza con la República de Espenia. Los pensamientos de Shae volvieron a la irritante conversación que había mantenido con Ree Tura. El mundo de más allá de Kekon estaba aplicando fuerzas que incluso habían hecho descarrilar una disputa de sangre entre los clanes de huesos verdes.

—Es una situación política inestable —coincidió Maro—, pero quizá también sea una oportunidad para que nuestro país represente un papel más importante en la escena mundial. —Bebió un trago; cuando dejó el vaso, añadió—: Durante la mayor parte de nuestra historia hemos sido una isla tribal y aislacionista que confiaba en el jade y en los huesos verdes para mantenerse a salvo. Pero todo eso está cambiando. El jade ha traído al mundo hasta nuestra puerta, y ahora tenemos que participar en ese mundo.

Shae pensó en su primo, ahora en Espenia. Estaba segura de hacer lo correcto al convencer a Hilo para que enviara a Anden a estudiar al extranjero. El clan Sin Cumbre necesitaba más gente que hubiera vivido y trabajado fuera de Kekon, que comprendiera aquel mundo rápidamente cambiante del que hablaba Maro. Pero Anden no la había creído; de hecho, hasta la culpaba. Shae dejó de comer y fijó la mirada en Maro.

—No puedo evitar preguntarme —dijo con una sonrisa— cómo puede alguien acabar como profesor titular de estudios extranjeros tras licenciarse en una institución retrógrada de un clan de huesos verdes como la academia Kaul Du.

Maro se inclinó hacia delante con el gesto torcido.

—Casi no lo consigo —reconoció—. Licenciarme, quiero decir. Las disciplinas del jade me resultaban demasiado difíciles y quise dejarlo en el quinto año, pero no tuve esa opción. No tengo hermanos. —Entre los kekoneses existía la firme creencia de que todas las familias de alcurnia poseían jade. De un hijo único se esperaba que recibiera una educación marcial y portara verde. Maro frunció los labios, pensativo, y apuró el vaso de *whisky*—. Cuando lo pienso ahora, me alegro de haber completado el entrenamiento. Creo que gracias a ello soy más fuerte. Pero en su momento resultó muy duro. Por suerte salí adelante gracias a mis calificaciones académicas, pero la verdad es que nunca tuve madera de huesos verdes. A diferencia de ciertas personas que fueron las primeras de su promoción. —Le dio un codazo burlón a Shae—. Te recuerdo de entonces. Yo estaba en el cuarto año cuando entraste en el primero. No me recuerdas de allí, ¿verdad?

A Shae le avergonzó reconocer que no.

—No pasa nada; lo contrario me habría extrañado —prosiguió Maro—. Yo era un ratón de biblioteca y no llamé nunca la atención.

Pero todo el mundo sabía quién eras. Tu hermano y tú estabais en la misma clase; era difícil pasaros por alto.

—Me angustia la idea de que me recuerdes como una cría de diez años.

Maro se echó a reír; un sonido sorprendentemente cálido y agradable.

—Yo me alegro de que tú no me recuerdes como un adolescente torpe y el último mono de la academia; no habría tenido la menor posibilidad de que estuvieras cenando conmigo ahora. Sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero… creo que eres maravillosa. —Maro se ruborizó y, durante un instante, se concentró en alisar la servilleta—. Eres hermosa e inteligente, progresista y de mente abierta. Creo que es estupendo que te hayan nombrado hombre del tiempo de Sin Cumbre. Cualquiera como yo puede hablar de cambios, pero tú puedes hacer que se produzcan de verdad.

Shae no supo cómo responder. Las palabras de Maro le hacían sentir calidez en el pecho, pero no estaba segura de merecer aquella confianza sin reservas. Los clanes seguían en guerra, la Alianza del Jade de Kekon estaba suspendida y el contrabando estaba en alza. La crisis de Urtoko arrastraba a Espenia y a Ygutan, y, como el propio Maro había dicho, Kekon se vería afectado por cualquier conflicto entre las grandes potencias de la zona. Tenía la impresión de no estar preparada para gestionar tantas amenazas al clan y al país, y sus decisiones ya le habían granjeado enemigos.

—No es tan fácil. El clan es un barco grande y viejo, difícil de gobernar. —Shae se oyó repetir las palabras que Woon le había dirigido la víspera—. Por mucho que sea hombre del tiempo, no estoy segura de poder cambiar nada.

Maro inclinó la cabeza hacia delante y levantó las cejas con una expresión escéptica que Shae imaginó que dedicaba a los estudiantes que le daban alguna excusa mal elaborada por haber entregado los trabajos con retraso.

—Tu abuelo, que los dioses lo reconozcan, ayudó al país a abrirse y a prosperar después de la guerra de las Naciones. Puede que los clanes de huesos verdes sean la institución cultural kekonesa más tradicional, pero ya ha habido ocasiones en que el progreso ha venido de ellos. —Cogió las dos manos de Shae entre

las suyas y la miró con una seriedad tan absoluta que a ella le resultó difícil devolverle la mirada sin ruborizarse—. Eras la más joven de tu promoción en la academia, pero los superaste a todos, incluso a tu hermano mayor. He oído decir que diriges el clan tanto como él. Naciste y te entrenaste para ese cometido. ¿Quién podría cambiar las cosas, si no tú? —Cuando Maro tenía una opinión firme, no se podía negar que era un retórico convincente, y a pesar de sus recientes accesos de dudas sobre sí misma, Shae no pudo evitar sonreír y desear creerse todo lo que él decía.

Mientras el camarero se llevaba los platos, la linterna cocinera y propietaria del Golyaani abandonó los fogones y se acercó a la mesa a presentar sus respetos. Era una tuni baja, de cara redonda, que debía de haber nacido o haberse criado en Yanlún, porque hablaba un kekonés impecable.

—Kaul-jen —dijo llevándose las manos unidas a la frente y haciendo una marcada reverencia—, es un honor para mi humilde establecimiento haberte servido. ¿Ha sido de tu agrado toda la comida? —Shae le aseguró que la cena había sido magnífica. Maro sacó la cartera para pagar y se llevó una reprimenda de inmediato —: No, no, invita la casa; has venido con el hombre del tiempo y este negocio es leal a Sin Cumbre.

Shae se levantó para marcharse, pero Maro se quedó sentado.

—Insisto en pagar. —No miraba a la propietaria, sino a Shae—. No formo parte del clan, de modo que el restaurante no me debe nada, y aunque sé que cuando quieras puedes comer en muchos sitios sin que te cobren, me gustaría invitarte a cenar. Es un detalle sin importancia, pero permíteme pagar.

La propietaria miró interrogadoramente a Shae, que vaciló. Si aceptaba aquel gesto galante, aunque incómodo, habría visitado el Golyaani no como hombre del tiempo de Sin Cumbre que respaldaba un negocio del clan y llevaba un invitado, sino como acompañante de Maro. Ya se podía imaginar los rumores y las preguntas que empezarían a correr por los círculos del clan más dados al cotilleo.

Sin embargo, había algo tan ingenuamente encantador en la petición de Maro, un deseo tan auténtico de cortejarla según el protocolo, que no podía negarse. Hizo un gesto de asentimiento a la linterna propietaria del Golyaani y sonrió a su acompañante, se

sentó y le dejó pagar la cuenta.

—Gracias, Maro.

En la calle, la acera de hormigón estaba húmeda a causa de la llovizna típica de la estación de los monzones, el Sudor del Norte, pero el agua había despejado la contaminación y Yanlún tenía un olor desacostumbradamente fresco. Caminaron cogidos del brazo por la acera, charlando, mientras Shae señalaba con nostalgia pequeños detalles de su antiguo barrio: la librería, con el loro en el escaparate; el tenderete de comida que vendía cucuruchos de nueces garrapiñadas; los nuevos rótulos de neón del cine, instalados después de que ella se marchara. Se detuvieron ante el escaparate de una tienda de discos, y Shae quedó impresionada al ver una selección de bandas sonoras de musicales espenios, algunos de los cuales había visto mientras estudiaba en Windton. Se había aficionado a aquellas películas; siempre estaban llenas de trajes y melodramas risibles.

Maro le rodeó la cintura con un brazo. A Shae le gustó la sensación, la presión suave contra las caderas.

—¿Te he dicho ya que no eres como esperaba? —dijo Maro.

—¿Y eso?

Shae se inclinó hacia él. Al dejarle pagar la cena había bajado la guardia; se sentía cálida a causa de la bebida, la comida y la compañía. Hacía mucho desde la última vez que había disfrutado una velada así de placentera, y se había distraído agradablemente de las guerras y los negocios del clan.

—Cuando la gente oye el apellido Kaul, piensa «héroe de guerra», «prodigio del jade» o «heredero de la gran dinastía del clan de huesos verdes» —dijo Maro—. No piensa «fan desvergonzada de musicales románticos tontos».

—Los musicales románticos tontos no tienen nada de malo —protestó Shae.

—Por supuesto que no —dijo Maro fingiendo seriedad—. No voy a discutir algo tan importante, y menos con alguien que podría matarme con el meñique.

—¿Y por qué iba a hacer eso y estropear una velada tan perfectamente agradable? —se burló ella.

La sonrisa de Maro se desvaneció y su expresión se tornó vacilante. Habían cruzado bromas de buen humor, pero aun así,

aquello subrayaba una disparidad insoslayable entre los dos. Mientras seguían caminando por la calle, Maro guardó un silencio incómodo un buen rato.

—¿Puedo contarte un secreto? —preguntó. Cuando Shae asintió, él confesó—: Nunca me he batido en duelo. Una vez me desafiaron, una estúpida discusión de borrachos, pero me las arreglé para aplazarlo y al día siguiente no me presenté. Por eso no tengo ni más ni menos verde que cuando me licencié en la academia. —Se detuvo en la acera y se volvió hacia Shae, con la cara en penumbra bajo la luz de una farola y una expresión de inseguridad—. No me considero un cobarde, pero… No soy un lealista del clan, y nunca me ha interesado ganar jade.

Si alguno de los hermanos de Shae hubiera huido de un duelo limpio, su abuelo lo habría cosido a latigazos por semejante deshonra. Por supuesto, nunca había sido necesario; en el caso de Hilo, habría sido mucho más probable que lo azotaran por provocar demasiados duelos innecesarios. En casi todas las demás partes del mundo, los duelos (si podía llamarse así el que dos hombres se disparasen con pistolas desde extremos opuestos de un campo) habían pasado de moda o eran ilegales desde hacía mucho, pero en Kekon, vencer en un duelo seguía siendo la manera más prestigiosa de ganar jade, y el jade era inextricable de la posición social. De un huesos verdes se esperaba simplemente que se batiera en duelo, y era la forma más habitual de zanjar disputas incluso entre los que no eran huesos verdes.

—Nunca creí que me enamoraría de una mujer tan verde como tú, nada menos que una Kaul. Creo que, como mínimo, la mitad de la motivación de los hombres para portar jade es impresionar a las mujeres, y es evidente que por ese lado no tengo nada que hacer. —Soltó una risilla burlándose de sí mismo; dio un paso hacia Shae, acortando el espacio que los separaba, y bajó la cara—. Pero me ha pasado. Enamorarme de ti. A pesar de que me doy cuenta de que no sería aceptable para tu familia.

Shae imaginó la reacción de Hilo si oyera a un huesos verdes confesar que nunca había luchado para ganar jade o defenderlo: escepticismo, asombro, desdén. Y la invadió una repentina oleada de orgullo y afecto protector hacia Maro.

—Creo que ser fiel a uno mismo es lo contrario de la cobardía.

—Se inclinó hacia delante y lo besó.

El calor de sus bocas se unió. Shae se estremeció al sentir vibrar de sorpresa placentera el aura de jade de Maro, y después zumbar con lujuria centelleante. Como respuesta, el deseo se elevó y tiró del ombligo de Shae, asombrosamente fuerte e insistente. Hacía mucho que no se llevaba a un hombre a la cama; desde que se había separado de Jerald y regresado a Kekon, dos años antes. Aferró las solapas de la chaqueta de Maro, se puso de puntillas y lo besó con más fuerza, con más insistencia. Maro la sujetó por la nuca, hundiéndole los dedos en el pelo, y con el otro brazo le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí. La excitación de ambos creció.

Shae se separó con un jadeo, atenazada de repente por la preocupación por que pudieran verlos. Allí, en territorio Sin Cumbre, los dedos y los informantes del clan siempre estaban cerca; antes de la medianoche podía llegarle a Hilo la noticia de que se había visto al hombre del tiempo besando a un desconocido en una esquina.

—Un taxi —susurró en tono apremiante, y bajó de la acera para parar al primero que pasó.

En el asiento trasero del taxi, Shae puso las piernas sobre las de Maro, que inclinó la cabeza hacia la suya; le recorrió ansiosamente la mandíbula con la boca, hasta llegar a la oreja.

—¿Quieres que vayamos a tu casa? —le dijo al oído.

La residencia del hombre del tiempo seguía en obras, y Shae no quería llevar a Maro a la vivienda principal, donde tendría que presentárselo a su hermano.

—No —dijo; le introdujo las manos bajo la chaqueta, sintiendo el calor y la musculatura de su espalda—. Vamos a la tuya.

Maro vivía en un edificio de cuatro plantas, en una zona histórica de Barrio Sotto plagada de galerías de arte, tiendas de curiosidades y salones de tatuaje, entre los que se intercalaban aquí y allá restaurantes nuevos y edificios de viviendas. El taxi los dejó enfrente, y subieron las escaleras a la carrera, agarrados de la mano. En el rellano empezaron a besarse otra vez. Maro intentó dos veces meter la llave del despacho en la cerradura antes de maldecir, echarse a reír y conseguir por fin franquear la entrada. El interior era amplio y estaba más pulcro de lo que Shae esperaba; era sin duda la vivienda de un intelectual soltero, sin adornos, pero llena

de estanterías con libros, revistas y vídeos. Shae no se detuvo a observar nada de aquello, más allá de una ojeada; fueron dando tumbos a la única habitación, se arrancaron la ropa mutuamente y la tiraron al suelo. Sujetó con una mano la cintura de Maro y con la otra le acarició el escroto. Sus pezones le rozaron el pecho; la leve aspereza del vello contra la piel intensamente sensible la hizo temblar, al igual que la pulsación de sus auras de jade, que se mezclaban y fundían a la vez que su calor corporal.

Se dejaron caer en la cama. Shae llevó la mano de Maro hacia su entrepierna mientras le acariciaba el sexo a su vez, y luego dio la vuelta para introducírselo en la boca. Sabía bien: limpio, pero con aquel olor masculino indescriptible. Cuando Maro empezó a jadear y a sacudirse, ella se apartó.

—¿Tienes un…? —empezó a decir, pero Maro le entregó un condón tan deprisa que Shae soltó una carcajada. Lo sacó del envoltorio y se lo puso, sintiendo como él se estremecía de expectación—. Primero con la boca —susurró, y lo empujó por los hombros para hacerlo bajar hasta sus caderas. Él se aplicó con energía y no sin habilidad, y cuando Shae sintió como si todos los músculos de su cuerpo estuvieran tensos hasta el extremo, separó las piernas para invitarlo abiertamente. Soltó un jadeo sonoro cuando la penetró, y le agarró las nalgas para impulsarlo. Intentó contenerse, saborear el delicioso ascenso, pero unos pocos empujones intensos la enviaron en barrena más allá del límite, con espasmos y estremecimientos, las piernas enroscadas en la cintura de Maro mientras las oleadas del clímax la cubrían, espoleándolo a él hacia el salvaje abandono. En cuestión de instantes, el aura de jade del hombre se extendió al tiempo que se corría. Maro gritó, con la cabeza echada hacia atrás y el torso arqueado sobre Shae.

Se derrumbaron a la vez. Maro la besó el hombro y se echó a un lado, rodeándola con los brazos.

—Gracias —murmuró con los labios contra la curva de su cuello. Shae sintió el aliento cálido en la piel.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Shae se sentía alerta y con la mente despejada, como si el sexo hubiera barrido su cuerpo como un tifón limpiador largamente esperado. Maro seguía durmiendo. Al contemplar la larga figura estirada en las sábanas, se le ocurrió que era una visión hermosa pero también notablemente

desnuda. Acostada junto a él, con todo su jade (gargantilla, pulseras, pendientes, tobilleras), se sentía vestida con un exceso casi inapropiado. En ningún momento se le había pasado por la cabeza quitárselo.

Pensó en quedarse donde estaba, dormir más, echar otro polvo y bajar a comer en Barrio Sotto. Pero se levantó con sigilo, se limpió con una toalla del baño, recogió su ropa y se vistió. La tenue luz del sol enmarcaba las cortinas cerradas de la habitación de Maro, y con ese resplandor se fijó en cosas que no había visto la noche anterior. Fotos de viajes y grabados de mapas antiguos en las paredes. Un gato anaranjado que tomaba el sol en el alféizar. En el aparador, una foto enmarcada de dos niñas, de unos seis y cuatro años.

—Mis sobrinas —dijo Maro con voz espesa, respondiendo a la pregunta no enunciada, desde detrás de Shae—. La foto es de hace un año. Tengo otras más recientes, pero no las he enmarcado.

Shae se sentó en la cama y le puso una mano en la pierna.

—Lo he pasado de maravilla.

Maro alargó la mano y le cogió la muñeca.

—¿Tienes que irte tan pronto?

Shae asintió y se puso en pie con desgana.

—Tengo que persuadir al pedestal.

Shae encontró a su hermano en la sala de entrenamiento de detrás de la mansión Kaul, cuando terminaba una sesión matinal de práctica con el maestro Aido. Antes de abrir la puerta corredera, Shae pudo Percibir los latidos de su corazón, su respiración y su cansancio. Con los ojos bien vendados y confiando únicamente en la Percepción, Hilo culebreaba y apuñalaba; el cuchillo garra que empuñaba era un borrón con el que atacaba las gruesas defensas de cuero que protegían el torso, los brazos y el cuello de Aido. El maestro se movía con una velocidad asombrosa para un hombre de pelo cano, y su cuchillo salía disparado de vez en cuando para poner a prueba el Acero de Hilo.

Aido había sido profesor de la escuela del templo Wie Lon, hacía muchos años, antes de tener una desavenencia con el gran maestro y abandonarlo para convertirse en entrenador privado de las disciplinas del jade. Al igual que los médicos portadores de jade, los profesores no estaban ligados a ningún clan; Aido había entrenado a huesos verdes de los dos clanes más importantes, pero en la

actualidad limitaba su clientela a los miembros más importantes de Sin Cumbre, para evitar posibles conflictos de intereses. Se podía vivir bien como entrenador; los huesos verdes que pretendían progresar junto al cuerno del clan pagaban con generosidad para seguir desarrollando su destreza después de licenciarse, e incluso a aquellos sin grandes ambiciones marciales se les aconsejaba que al menos se aplicaran en mantener sus habilidades para no volverse débiles y lentos y evitar convertirse en objetivos. Era fácil ir perdiendo la aptitud con el jade, del mismo modo que era fácil engordar: lenta e insidiosamente.

Sonó la alarma del temporizador de la barra.

—Mucho mejor —dijo el maestro Aido, bajando los brazos—. Vuelves a manejar el cuchillo con confianza, y no te ralentizas al usar en exceso el Acero. —Hilo no parecía satisfecho; se arrancó la venda y se dirigió a la fuente—. Kaul Shae-jen … —dijo Aido, saludando a Shae con una inclinación de cabeza al cruzarse con ella camino de la puerta—. Deberías concertar una cita conmigo. Tengo una agenda muy apretada.

—Así lo haré, Aido-jen —dijo Shae.

Hilo vació el vaso de papel y lo arrojó al contenedor de basura. Se secó el cuello con una toalla, miró a Shae, que estaba junto a la puerta, y luego le dio la espalda y apoyó pesadamente las manos en la barra con aire sombrío.

—No estoy seguro de que alguna vez vuelva a ser como antes.

Había tardado muchos meses en recuperarse de las heridas sufridas el año anterior, y a pesar de todas las solicitudes urgentes del tiempo y la atención del pedestal, parecía obsesionado con reconstruirse hasta recuperar su destreza como luchador. Shae sabía que tenía contratados al menos a otros dos entrenadores, además del maestro Aido. Sospechaba que la preocupación de su hermano por su buena forma marcial era una manera de esquivar las partes del trabajo de pedestal que no le parecían interesantes o le resultaban difíciles. Su habilidad en la lucha como huesos verdes… Aquello era algo que podía comprender y controlar.

—Ya no hace falta que seas el mejor con el cuchillo garra —dijo —. Tienes hombres que luchan por ti.

—Los hombres fuertes no luchan por los débiles. —Hilo pasó a

su lado y se detuvo en la puerta—. ¿Has desayunado?

En la mesa del patio, Kyanla les llevó unos cuencos de huevos al vapor con caldo y una bandeja de bollos. Shae le contó a Hilo la conversación con Ree Tura y la propuesta de Ayt de una reunión formal.

—Quieren debatir las condiciones de una tregua.

—Una tregua. —Hilo hizo una mueca—. Menudos huevos tiene esa zorra.

Shae cogió un bollo y lo partió por la mitad. Recordó lo que le había dicho Maro la noche anterior, la confianza que había intentado infundirle. «Diriges el clan tanto como tu hermano. Puedes cambiar las cosas».

—Creo que deberíamos aceptar —dijo.

Para su sorpresa, Hilo no reaccionó de inmediato. Masticó en silencio unos instantes antes de hablar.

—¿Por qué?

—Creo que sabes por qué, Hilo. Estamos en un punto muerto. Tar ha desencadenado otro baño de sangre, pero la cosa empieza a estancarse. La prensa ha sido especialmente dura porque todo el mundo sabe que, llegados a este punto, luchar no tiene sentido. Un año y medio de guerra declarada ha agotado a los dos clanes; ninguno es bastante fuerte para ganar.

—Ayt intentó hasta lo imposible acabar con nosotros el año pasado y fracasó —gruñó Hilo—. ¿Y ahora viene arrastrándose con la esperanza de una tregua? ¿Por qué tendríamos que parar cuando vamos con ventaja?

—No vamos con ventaja —dijo Shae—. No tenemos los recursos ni el personal necesarios para controlar toda la ciudad, ni aunque acabemos con Montaña. Tú mismo lo dijiste: esta guerra solo resulta beneficiosa a criminales y contrabandistas, y la situación no hará más que empeorar mientras los dos bandos sigan perdiendo gente. ¿Cuánto tiempo más esperas que podamos seguir desgastándonos por el territorio?

Había expuesto su punto de vista de un modo demasiado beligerante; Hilo le dirigió una mirada sombría.

—Por lo que tengo entendido, quizá más tiempo del que seguirás tú en tu despacho de la calle del Barco. —Shae torció el gesto, pero no apartó la mirada. Hilo se frotó los ojos—. No soy idiota, Shae —

dijo con tono menos duro—. De vez en cuando leo los informes que me dejas en la mesa. La extracción de jade se ha interrumpido, el turismo decae, los gastos de guerra son altos, la gente está molesta; lo capto. Pero ¿de verdad se te pasa por la cabeza que Ayt pueda haberse vuelto de repente una persona distinta, dispuesta a vivir en paz de ahora en adelante?

Shae cerró los dedos en torno a la calidez del cuenco de caldo. No le costaba recordar las palabras que el pedestal de Montaña le había dirigido el año anterior, la certeza absoluta con la que había prometido la destrucción de Sin Cumbre.

—No. Ayt se lo ha jugado todo a su visión de un gobierno de un único clan.

—Entonces, ninguna tregua va a durar —dijo Hilo—. Montaña solo la usará como una oportunidad para recuperar fuerzas, para golpearnos con más dureza más adelante.

Shae asintió lentamente.

—Eso se aplica a los dos, Hilo. Nosotros también necesitamos recobrar fuerzas, hacer planes a largo plazo. Podemos negociar ahora sin olvidar que son el enemigo.

Hilo se recostó en la silla con un bufido de disgusto.

—La gente tiene memoria de pez. Hace un año, el público estaba de nuestra parte y culpaba a Montaña de acaparar jade y provocar la guerra. Ahora quiere olvidarse de todo, darle de nuevo a Ayt las llaves de la Alianza del Jade de Kekon y que nos estrechemos la mano alegremente.

—Pocos son huesos verdes —le recordó Shae—. Para ellos no es nada personal. Les preocupa que se frene la economía, que crezcan el crimen y el contrabando y, sobre todo, que la crisis separatista de Urtoko se convierta en una guerra entre espenios e ygutanos, justo aquí, al este del océano Amárico. Vamos a tener a las dos fuerzas militares más grandes del planeta rodeando nuestra pequeña isla, la única fuente de jade del mundo. —Estudió la expresión malhumorada de su hermano y añadió—: Por eso la gente no se preocupa ya de los agravios de los clanes. No solo quieren que dejemos de pelear; quieren que colaboremos en defensa de los intereses nacionales. Si no, quizá estemos condenando a los clanes y al propio país. Por eso tenemos que acceder a reunirnos con Montaña. —Y en voz más baja—: Sabes que es lo que Lan querría

que hiciéramos.

—Lan quería muchas cosas que no consiguió.

Hilo se quedó en silencio y miró al otro lado del patio. Las mañanas ya eran cálidas, y en el jardín primaveral florecían peonías y azaleas rosas y blancas. Shae esperó; Hilo y ella se habían sentado allí muchas veces a lo largo del último año, charlando, discutiendo acaloradamente o en silencio, y había empezado a reconocer lo que transmitía el aura de jade de su hermano cuando ella decía algo que al fin lo convencía. Presionarlo demasiado con argumentos fácticos solo lo irritaría más y lo pondría a la defensiva; Hilo necesitaba una razón personal y fidedigna para justificar sus decisiones.

—Tengo que hablar de ello con Kehn —dijo Hilo al cabo. Se comió de dos bocados el resto de su bollo y se limpió los labios con una servilleta—. Dile a Ree que negociaremos. Fija una cita para cuando yo vuelva de las islas Uwiwa.

# Capítulo 8
# Asuntos de familia

Kaul Maik Wen entró corriendo en la habitación y se encontró a su marido llenando una bolsa de viaje.

—Hilo —jadeó. No había pretendido sonar preocupada, pero él debió de Percibir su agitación porque soltó la cartera y el cuchillo garra en la colcha y la sujetó por los brazos.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—Estoy bien —dijo Wen. Lo cierto era que se sentía agotada la mayor parte del tiempo, y aquella mañana apenas había conseguido no vomitar el desayuno, pero ese no era el motivo por el que había subido corriendo la escalera. El sobre cuadrado y los papeles que aferraba temblaron cuando se los tendió a Hilo—. He encontrado esto entre los documentos del despacho que me pediste que archivara.

Hilo y Shae habían dejado la habitación y el despacho de Lan sin tocar durante tanto tiempo que, cuando se mudó a la mansión principal, Wen decidió tomar cartas en el asunto. Había querido mucho a Lan y lamentaba que no hubieran llegado a ser cuñados, pero los muertos no tenían necesidades materiales. Era mejor cuidar a los que aún seguían vivos. Wen había sacado los muebles de la habitación y la había repintado; planeaba convertirla en el cuarto de los niños. También animaba a Hilo a que arreglara el despacho a su gusto y, para motivarlo, había guardado las pertenencias y los documentos de Lan en cajas y las había sacado de allí. Al principio, Hilo se había resistido: «No te molestes; de todas formas no voy a usar esa habitación». Al final había visto que era necesario, y, más que encantado de dejar que ella se encargara de todo, le había pedido que al menos revisara el contenido de las cajas y conservara cualquier cosa importante antes de llevar el resto a un almacén o

tirarlo. Era justo lo que hacía Wen aquella mañana cuando encontró un sobre cerrado.

Iba dirigido a Lan, y el matasellos era de un par de semanas antes de su muerte. La dirección del remite era un apartado de correos de Lybon, en Stepenland. Wen le dio a su marido dos papeles doblados, cubiertos de una escritura apretada, y una fotografía de un bebé de seis meses.

—¿Qué es eso? —preguntó Hilo.

—Tu sobrino —dijo Wen—. Eyni estaba embarazada cuando se marchó de Kekon. —Wen señaló el principio de la carta, dirigiendo la atención de Hilo a lo escrito: «No se me ocurre ninguna otra manera de decirte esto: es tuyo. Siento no habértelo dicho antes, pero no estaba segura de quién sería el padre. Fue evidente después de que naciera; tiene tu nariz, tus ojos, incluso tus expresiones…, ese aire de Kaul, ya me entiendes. Se llama Nikolas y es un bebé sano y hermoso».

Wen contempló cómo los ojos de Hilo recorrían con incredulidad el resto de la carta. Ella ya la había leído y sabía cómo acababa. «Sé que habrá sido una sorpresa. No sé muy bien qué hacer ahora. Aunque las cosas no funcionaran entre nosotros, sigo queriendo que Niko conozca a su padre biológico. Quizá podamos hablar de mi regreso a Kekon. No te reprocharía que no quisieras tener nada más que ver conmigo, pero nunca dejé de tenerte aprecio. Escríbeme, por favor».

Hilo dejó la carta y estudió la foto.

—La verdad es que no veo ese parecido —dijo al fin. Wen le arrancó la foto de la mano.

—Estás ciego —exclamó. Ciertamente, el bebé de la foto era prácticamente igual a cualquier otro: cara redonda, ojos grandes; dulce y tierno; pero era tan evidente que era hijo de Kaul Lan que Wen tenía ganas de gritar de indignación—. Tienes que escribir a Eyni.

Hilo torció el gesto y se sentó en la cama. Ningún miembro de la familia había estado en contacto con la ex de Lan desde que se marchó. Pero se habría enterado de que había muerto, ¿no?

—No querrá enterarse por mí —dijo—. Eyni y yo nunca nos hemos llevado bien. ¿Qué se supone que tengo que decirle ahora?

Wen se acuclilló junto a la pierna de su marido y lo miró a la

cara con insistencia. Sabía que a Hilo nunca le había caído bien la mujer de su hermano, pero ¿qué importaba eso? Sus sentimientos personales hacia Eyni no tenían la menor importancia en comparación con hacer lo correcto con aquel niño. En cuanto había posado los ojos en la foto de Nikolas, Wen había sentido que se le derretía el corazón.

—Dile que puede volver a Yanlún —dijo—. Está dispuesta a regresar, pero necesita el permiso del pedestal.

—Querrá traerse a ese extranjero con el que engañó a Lan —dijo Hilo con voz tensa.

—Aun así, estoy segura de que Lan habría dejado de lado el detalle del honor y le habría permitido volver si eso significaba que su hijo venía a Kekon. —Wen puso la foto y la carta en el regazo de Hilo—. Escribe a Eyni y dile que acabamos de encontrar la carta. Dile que está perdonada y que será bien recibida; que podrá criar a su hijo en Yanlún, donde podrá conocer a su familia. Niko tendrá ahora unos dos años. No está bien que viva tan lejos, que crezca en una cultura sin jade y rodeado de extranjeros.

Hilo se frotó los ojos, pero asintió.

—Tienes razón. Jamás consideraré a Eyni una hermana, pero la soportaré, y al puto con el que se escapó, por el bien del niño. —Dobló la carta y volvió a guardarla en el sobre, pero siguió mirando la fotografía. Wen se daba cuenta de que intentaba asimilar la idea de que aquel bebé, que hasta aquel momento ni sabía que existiera, era su sobrino—. Quizá sea mejor que le escribas tú —sugirió.

Wen se dio cuenta de inmediato de que aquella idea era mejor.

—Por supuesto —asintió, y se puso en pie—. Es más probable que agradezca las garantías de otra mujer. Hoy mismo le escribiré y le pediré que nos visite para que podamos conocer al niño.

Se daba cuenta de que a Hilo le empezaba a parecer bien la idea; era como contemplar las nubes abriéndose y dejando pasar la luz del sol. Hilo sonrió de aquella forma juvenil suya, con la boca torcida, que Wen sabía que jamás podría captar como era debido una cámara ni un dibujo, aunque lo había intentado. Hilo le devolvió la carta, pero se guardó la foto en el bolsillo de la camisa.

—Cuando escribas a Eyni, dile que estoy dispuesto a dejar correr el pasado. Cuando vuelva a Yanlún tendrá la ayuda del clan. La ayudaremos a conseguir casa, trabajo, lo que necesite. Se lo tomará

más en serio si se lo dices tú. Y, por supuesto, trataré al hijo de Lan como si fuera mío.

Wen rodeó con los brazos el cuello de Hilo y le dio un beso de agradecimiento. Su marido podía ser estrecho de miras y testarudo; a veces se aferraba a principios estrictos o a rencores personales que nublaban su buen juicio, pero poseía la cualidad más valiosa en cualquier persona, sobre todo en un jefe de clan: la de poner a los demás por delante, sin reparar en la opinión general ni en el coste personal.

Hilo le rodeó la cintura con un brazo y le apoyó la palma de la mano en el abdomen.

—¿Cuándo lo podremos decir? Después del entierro del viejo y de todo lo que ha pasado últimamente, necesitamos unas cuantas buenas noticias por aquí.

—En cuanto vuelvas —dijo Wen. Sintió una repentina punzada de miedo, temiendo que sus palabras hubieran tentado a la suerte y algo marchara mal en aquel viaje. Abrazó con más fuerza el cuello de Hilo y confesó—: Estoy preocupada. Creo que tu hermana tiene razón; no vale la pena que vayas.

—Tar me acompaña —dijo Hilo con despreocupación.

—Así que me tendré que preocupar por los dos.

Hilo le estrechó la cintura con gesto tranquilizador.

—Montaña me quiere muerto. Cada día, aquí en Yanlún, estoy en peligro. ¿Por qué tendría que preocuparme especialmente esto otro?

—Ayt ha propuesto una tregua porque no se puede permitir matarte ahora mismo —dijo Wen—. Eso arrojaría a la ciudad a otra espiral de violencia en un momento en que no tiene el apoyo del público ni la fuerza suficiente para gestionarla. Aquí estás más a salvo.

—Ya veo que has estado hablando con Shae —dijo Hilo, entre divertido y enfadado—. Está claro que habéis estado dándole vueltas, pero deberías confiar en que yo también. —Se levantó y guardó en la bolsa de viaje otra muda y el neceser—. Ese truhan de Zapunyo necesita no llamar la atención. Soborna al gobierno y a la policía de las islas Uwiwa para poder dirigir su red de contrabando de jade. Si quisiera deshacerse de mí, ¿crees que se tomaría la molestia de atraerme a su territorio y despacharme allí? Si un

criminal uwiwano asesinara a un ciudadano kekonés, y además pedestal de un clan de huesos verdes, saldría en las noticias internacionales. Perdería su impunidad; los gobiernos de los dos países le darían caza. No va a poner en peligro todo lo que ha construido solo por eso.

Wen no discutió, pero no podía quitarse de encima el temor mientras veía a Hilo guardarse la cartera y el pasaporte. Estaba acostumbrada a quedarse atrás; cuando era pequeña, se quedaba en la entrada de la academia Kaul Dushuron mirando a sus hermanos entrar adonde ella nunca podría ir. Los había visto crecer y convertirse en hombres poderosos, y ganar jade, cicatrices y respeto en el clan que antaño los había proscrito.

Ella había conseguido sus propias victorias. Cuando tenía catorce años, sus hermanos llevaron a casa a un amigo. Era algo inusitado; los Maik recibían pocas visitas. Kaul Hilo tenía dieciséis años, la misma edad que Tar, y los miembros del clan ya empezaban a comentar que era el nieto más fiero de la Antorcha y que, sin duda, un día se convertiría en el cuerno. Aquella tarde, y muchas otras que la siguieron, Hilo cenó alegremente en la mesa mal abastecida del distrito de

Pau-Pau

en vez de en la mansión de su familia de la Colina del Palacio. Mostraba respeto a la madre de los Maik y bromeaba con Kehn y Tar como si fueran sus propios hermanos. Cuando la madre de Wen chasqueó los dedos para que esta volviera a llenar de té la taza del invitado, ella se apresuró a obedecer. La mayoría de la gente evitaba mirarla o dirigirle la palabra más allá de lo imprescindible; se pellizcaban el lóbulo de la oreja para ahuyentar la mala suerte de un ojos de piedra. Hilo se giró para darle las gracias y se quedó inmóvil. Le clavó la mirada durante unos segundos, y luego sonrió y devolvió su atención a la comida y a la conversación con los hermanos de Wen.

Wen termino de llenar la taza y se sentó, con las manos en el regazo y la mirada fija en su propio plato. Notaba la cara como si le ardiera, con una certeza febril que jamás había sentido en la vida. «Me voy a casar con este chico».

Ahora tenía muchas cosas por las que estar agradecida, lo sabía. Incluso había dejado de molestarle ser una ojos de piedra, pues eso

le permitía hacer cosas útiles para ayudar al hombre del tiempo en la guerra contra los enemigos de Sin Cumbre. Y pronto, con suerte, habría más alegrías en su vida. Pero la familiar sensación de que la dejaban atrás, un resentimiento nauseabundo e inevitable que se le aferraba a las tripas, nunca dejó de ser difícil de soportar.

—No subestimes a ese hombre —susurró—. Prométeme que tendrás cuidado.

Hilo cogió el cuchillo garra envainado y se lo ató a la cintura.

—Te lo prometo. —Miró el reloj, cogió la bolsa y le dio a Wen un beso rápido en los labios—. Voy a ser padre. Sé que eso cambia las cosas.

# Capítulo 9
# El uwiwano y sus mediohuesos

La avioneta turbopropulsada de diez plazas tardó poco menos de dos horas en volar de Kekon a la isla de Tialuhiya, la mayor de las trece del archipiélago de Uwiwa. El cielo de Yanlún estaba lluvioso y encapotado cuando despegaron; aterrizaron sumidos en un calor tropical y bajo un sol cegador. En la pista del aeropuerto los esperaban dos coches de alquiler blancos con chófer, tal como Hilo le había pedido a Tar, junto a un comité de bienvenida de diez hombres armados, que no había solicitado, pero no lo sorprendió.

Tar y Doun, su adjunto, bajaron primero; flanquearon a Hilo cuando este descendió la escalera plegable del avión. Uno de los diez desconocidos se adelantó para recibirlos. Era alto y sus rasgos no parecían uwiwanos, pero estaba tan bronceado que era difícil afirmarlo con seguridad. Del cuello le colgaba una gruesa cadena de oro con cinco piedras verdes.

—Kaul Hiloshudon, bienvenido a Tialuhiya —dijo en un kekonés aceptable—. Pas Zapunyo nos ha enviado para recibirlo y asegurarnos de que llegue con seguridad a su residencia personal, donde tendrá el placer de alojarlo.

Hilo examinó al hombre de arriba abajo y luego dirigió la mirada a los otros que formaban tras él. Todos vestían de forma parecida, con pantalones caqui y camisa de seda, gafas de sol y gemas verdes engastadas en voluminosos collares, anillos y brazaletes de metal. Reprimió una sonrisa irónica.

—Iremos en nuestros propios coches —dijo—. Podéis escoltarnos.

Además de Maik Tar y Doun, Hilo había llevado a tres hombres de Kehn: Juen, el primer puño del clan, y Vin y Lott, dos dedos. Los había elegido con cuidado. Juen era uno de los mejores guerreros

de Sin Cumbre y podría contar con su habilidad en el combate si algo se torcía, pero también era el hombre más operativo de Sin Cumbre en Yanlún. Hilo quería tener la oportunidad de hablar con él durante el vuelo, para ponerse al tanto de lo que estaba sucediendo sobre el terreno y para saber cómo se estaba comportando Kehn como cuerno del clan. Hacía dos años y medio que Vin era dedo y estaban a punto de ascenderlo a puño. Hilo había oído decir que era uno de los huesos verdes de Sin Cumbre que mejor dominaban la Percepción. Lott era un dedo novato que se había licenciado en la academia el año anterior, pero era el hijo de un puño principal del clan asesinado por Montaña en los momentos más encarnizados de la guerra de clanes. Hilo se había interesado personalmente por Lott; pretendía usar aquel viaje para valorar mejor el potencial del joven.

Hilo montó en un coche de alquiler con Tar y Lott, y mandó a Juen, Doun y Vin en vanguardia en el otro. Los hombres de Zapunyo subieron a tres berlinas idénticas de color plateado; un vehículo abrió la marcha y los otros dos ocuparon la retaguardia. El llamativo convoy circuló treinta minutos, primero por una autopista larga y recta flanqueada por plantaciones de caña de azúcar, té y frutales que se extendían a ambos lados bajo el calor vibrante, y después por una carretera sinuosa y empinada que se adentraba en las colinas salpicadas de cabras, tenderetes de artesanía en los arcenes y campesinos de piel curtida por el sol tocados con sombrero de paja. Algunos les dirigieron sonrisas melladas y saludaron al paso de los coches, y luego los siguieron con la vista mientras se alejaban. Los uwiwanos, pensó Hilo, tenían el aspecto ladino de quienes sabían que dependían del poder y la riqueza de los extranjeros y se odiaban por ello. Podían ser la gente más amistosa del mundo durante el día y, en plena noche, robarle a uno la cartera y degollarlo.

Distinguía aquí y allá señales de tráfico desvaídas con textos en shotariano. Incluso las señales nuevas en uwiwano estaban llenas de préstamos del shotariano, del mismo modo que la mayoría de los uwiwanos tenían nombre shotariano o influido por ese idioma. Al igual que Kekon, las islas Uwiwa habían estado ocupadas por el imperio de Shotar antes de la guerra de las Naciones. A diferencia de Kekon, no había ni un guijarro de jade en todo el archipiélago,

ni clanes de huesos verdes que organizaran una larga rebelión contra los extranjeros. La oposición uwiwana había quedado aplastada sin contemplaciones, y los shotarianos habían gobernado las islas con puño de hierro durante setenta años. Después de su derrota en la guerra de las Naciones, Shotar se vio obligado a devolver las Uwiwa a sus pobladores, pero la independencia había conllevado resultados dispares en el mejor de los casos. En la actualidad, el empobrecido país era mundialmente famoso por los prósperos cultivos, las hermosas playas turísticas y el contrabando de jade.

—Kaul-jen —dijo Lott mientras avanzaban por la carretera—, ¿quiénes son esos hombres que trabajan para Zapunyo?

—Barukanos —respondió Hilo—. Gánsteres shotarianos.

—Llevan un montón de jade de mentira; es como si hubieran asaltado una tienda de disfraces —se burló Tar.

—No te pongas chulo —dijo Hilo secamente—. Allá donde vamos habrá varios de ellos por cada uno de nosotros. No creas que por ser unos horteras dejan de ser peligrosos. —Hilo estaba disgustado con Tar debido a su reciente imprudencia y a su fracaso en la búsqueda del asesino de Lan y la recuperación del jade robado a la familia. El asistente del pedestal se hundió en un silencio hosco, con el aura chirriando.

Las ruedas levantaron una estela de polvo cuando los coches entraron en una pista de grava que coronaba una cresta montañosa y descendía hacia un valle estrecho situado entre dos colinas. El convoy bordeó un lago artificial rodeado por un jardín de plantas de grandes hojas e ídolos de piedra uwiwanos dispuestos entre macizos de flores tropicales. Al final de la pista, al otro lado del lago, se alzaba una mansión roja de dos plantas construida al antiguo estilo colonial shotariano: ventanales cuadrados bajo un tejado de tejas de arcilla, una amplia terraza delantera sostenida por columnas de piedra y alas de una sola planta que se extendían a ambos lados de la estructura central. Los coches se detuvieron ante la entrada.

Hilo se había fijado en las torretas de vigilancia y en los centinelas armados con fusiles a lo largo del camino que conducía a la mansión, y contó muchos más guardias alrededor de la casa, además de la escolta que los había recibido en el aeropuerto. Al

bajar del coche vio cerraduras electrónicas en todas las puertas, y cámaras de seguridad y sensores de movimiento insertados discretamente en todas las rendijas de la arquitectura tradicional. La residencia de Zapunyo era una fortaleza suntuosa. El barukano que había hablado con ellos anteriormente se adelantó y les sostuvo la puerta abierta. Hilo le hizo un gesto a Vin para que fuera a su lado mientras subían los escalones que llevaban a la casa.

—¿Cuántos? —preguntó en voz baja.

—Veintidós dentro y alrededor de la casa,

Hilo-jen

—susurró Vin—. Catorce portan jade, pero… no tanto como el que fingen exhibir.

Hilo asintió, satisfecho al ver confirmada su valoración.

—No bajes la guardia —dijo, y Vin asintió. La Percepción del dedo era en verdad excelente; la mayoría de las gemas que mostraban llamativamente los guardaespaldas barukanos de Zapunyo eran nefrita decorativa e inerte; «jade de los tontos», como la llamaban los kekoneses. Cuando fue a su encuentro el jefe del comité de recepción, Hilo se dio cuenta de que solo una de las cinco piedras verdes de su collar era de jade auténtico. Sin embargo, para cualquiera que no fuera un huesos verdes y no pudiera distinguir la incongruencia en el aura de jade (es decir, para casi todos los uwiwanos), el barukano parecía tan intimidante y peligroso como los mejores guerreros de Kekon. A pesar de que ningún puño de Sin Cumbre portaría el jade de una forma tan torpe, colgando de cadenas y brazaletes, muy poco práctico en un combate real.

Que hubiera mucho de pose no significaba, como Hilo ya le había recordado a Tar, que aquellos hombres no fueran una amenaza, pero aumentó el desprecio del pedestal. En shotariano tradicional, la palabra barukano significaba a la vez «huésped» y «desconocido», y hacía referencia a un visitante indeseado pero inevitable, como un inspector de la sede central de la empresa o una suegra respondona. Sin embargo, en los veinte últimos años había pasado a denominar a los gánsteres kekoshotarianos. Durante la ocupación extranjera de Kekon, una generación atrás, cientos de miles de refugiados kekoneses emigraron a Shotar voluntariamente o a la fuerza. Sus descendientes eran una minoría marginalizada en aquel país, y muchos se habían dado a la delincuencia y al jade

ilegal.

Los kekoneses llamaban a los barukanos «mediohuesos» y los contemplaban con una mezcla de desdén y lástima.

Los mercenarios mediohuesos que empleaba Zapunyo escoltaron a Hilo y a sus hombres por una ancha escalera curvada de mármol y un gran salón con un piano y altas librerías, y cruzaron una puerta cristalera doble que daba a la terraza, desde la que se podía contemplar el lago artificial. Zapunyo estaba comiendo bajo un toldo amarillo dispuesto sobre una gran mesa de jardín de forja. Lo acompañaban tres jóvenes. El que tenía sentado a la derecha era el mayor, de unos veinticinco años. Los otros dos estaban a su izquierda; uno aparentaba veinte años y el más joven era un adolescente, de unos dieciséis. Eran sin duda los hijos de Zapunyo.

El jefe barukano se detuvo junto a la mesa.

—Pas —dijo, empleando el tratamiento honorífico habitual en Shotar y Uwiwa—, han llegado sus invitados.

—Muchas gracias, Iyilo. —El contrabandista alzó la mirada pero no se levantó—. Kaul Hiloshudon, pedestal de Sin Cumbre. Hace mucho tiempo que deseaba que nos viéramos en persona. Siéntate, por favor. Come algo.

Zapunyo hablaba kekonés con acento, pero perfectamente inteligible, con voz relajada y ligeramente ronca. Era un hombre bajo y de piel oscura, con los dientes torcidos y un aspecto achaparrado que indicaba desnutrición durante la infancia. Fuentes fiables afirmaban que era diabético; su madre también había desarrollado la enfermedad a los cuarenta y tantos, y le había causado la muerte. Llevaba una camisa holgada de seda amarilla y un pañuelo azul claro anudado al cuello, y un fino bigote adornaba unos labios estrechos. Parecía completamente uwiwano, como un capataz de plantación curtido por la intemperie, pero era bien sabido que era medio kekonés. Gracias a la sangre paterna y a pequeñas dosis de

SN1

que se inyectaba junto a la insulina diaria, tenía la tolerancia al jade necesaria en su oficio. En cuanto a él, no portaba jade.

Había una única silla, colocada directamente frente a Zapunyo y sus hijos. Hilo la ocupó. Tar se retiró a una esquina de la terraza, y los otros cuatro huesos verdes se situaron, alerta, detrás del

pedestal. Los guardaespaldas barukanos de Zapunyo ocuparon posiciones similares detrás de su jefe. Hilo no pudo evitar sonreír ante aquella estampa: los dos hombres, frente a frente, se miraban por encima de una mesa llena de platos de fruta tropical, verdura marinada y carne curada, con una docena de asistentes bien armados de pie y en silencio detrás. Zapunyo había organizado el escenario como una reunión entre reyes de igual rango. Flanqueado por sus hijos, indicaba que aquellos eran sus dominios.

Un criado se acercó y llenó vasos de agua aromatizada con cítricos. Hilo no tocó la comida ni la bebida, no porque creyera que Zapunyo fuera a envenenarlo, sino porque no se fiaba del todo de la potabilización del agua en las islas Uwiwa. Se apoyó en el respaldo.

—¿Dónde está Teije?

Zapunyo estaba extrayendo con una cucharilla de plata la carne de una papaya cortada en cuartos.

—Supongo que pasando el rato en la piscina. —Se metió en la boca un trozo de pulpa rosada, lo masticó y lo tragó, y luego se limpió los labios con una esquina del pañuelo—. Desde luego, tu primo sabe pasárselo bien. ¿Sabes cómo se metió en líos con la policía? Primero entró en un club luciendo el jade; eso aquí no se puede hacer. Luego intentó llevarse a tres mujeres la misma noche, cuando el límite son dos. Tuvo mucha suerte de que yo me enterase. Las enfermedades que circulan por las cárceles de este país pueden matar a un hombre antes de que tenga la oportunidad de presentarse ante un juez. Me habría parecido muy mal que una desgracia así deteriorara las relaciones entre nuestros países.

—Por mí podrías volver a meterlo en la celda —dijo Hilo—, salvo porque me sentiría mal viendo llorar a su pobre madre. Todas estas maniobras y esta palabrería para hacer que venga en persona… Es evidente que crees que tenemos algo que hablar. He venido porque tengo auténtica curiosidad por oír lo que un carroñero como tú podría tener que decir a un pedestal como yo.

Hilo pensó que el contrabandista se enfadaría, o que al menos mostraría algo de irritación, pero se limitó a asentir como si aquello fuera exactamente lo que esperaba.

—Los huesos verdes tenéis una forma de pensar muy anticuada —dijo fijando en Hilo unos ojos pequeños y negros—. Supongo que algunos kekoneses todavía creen que el jade proviene del Cielo, que

sois descendientes de Jenshu y que vuestra raza es la más cercana a los dioses. He oído esas historias. Así que os aferráis al jade, lo sujetáis con fuerza, como si fueran vuestras propias almas lo que os pudieran quitar. En vez de pensar con mentalidad abierta cómo podríais compartir con el resto del mundo este maravilloso regalo.

—Y eso haces tú —dijo Hilo con sorna—. Compartir el jade con el mundo.

—Soy empresario —dijo Zapunyo—. Veo la necesidad y la satisfago. Si existe demanda de algo y los proveedores no están haciendo un buen trabajo, entonces, por supuesto, se presenta una oportunidad de negocio. Mi padre kekonés no nos dio a mi madre y a mí nada más que dolores y pesares, pero gracias a él aprendí a cuidarme. Y de mi madre, bendita sea, aprendí a compartir lo poco que tenía. Y por eso quiero hablar contigo.

Hilo contempló el lago resplandeciente y se preguntó cuánto de su riqueza, conseguida con el contrabando de jade y el mercado negro, habría gastado Zapunyo en construir aquel oasis artificial en las montañas; en erigir, dotar de personal y fortificar su residencia, y en sobornar a los funcionarios necesarios. Zapunyo llamaba a su organización Ti Pasuiga: «la Tribu», en uwiwano. Tenía subordinados que portaban jade y exigía juramento de lealtad a quienes estaban a su servicio. Quizá despreciara el comportamiento y las creencias de los kekoneses, pero eso no le impedía adoptar las costumbres de los clanes y adecuarlas a sus propósitos. Hilo volvió a mirarlo.

—Me has hecho venir con un cebo para hacerme una propuesta de negocios. Así que hazla.

Zapunyo se sirvió unas judías verdes encurtidas y unas rodajas de berenjena.

—Mis negocios, como cualquier otro, dependen de la gente. Pero es difícil encontrar y conservar trabajadores cuando los huesos verdes se apresuran a matar a cualquiera que intente sacar un poco de jade del país. Un clan tan poderoso como Sin Cumbre tiene cosas más importantes de las que preocuparse. Tenéis que defender de los enemigos vuestros territorios de Yanlún; para eso necesitáis hombres y dinero, así que, ¿para qué malgastar energía en cosas que no hacen daño a nadie? No hay ningún motivo para que nos enfrentemos. No soy avaricioso. Nací pobre, y ahora me basta con

recoger las migajas de Kekon e incluso compartir lo poco que gano.

Hilo asintió.

—Quieres que deje de matar a tus pescadores de rocas a cambio de una tajada de los beneficios que obtienes del mercado negro del jade que sacas de contrabando de nuestras costas.

—Aceptas tributo de todo tipo de negocios, Kaul Hilo. ¿Desprecias el dinero que procede de un burdel y aceptas el de una tienda de comida? Kekon vende jade a los gobiernos de Espenia y sus aliados; ¿es su dinero mejor que el mío? —Por primera vez, un deje de afrenta peligrosa apareció en la voz lenta y seca del contrabandista. Volvió la cabeza a los lados y señaló a sus hijos. El mayor estaba comiendo con ganas, ruidosamente, levantando de vez en cuando la vista del plato, pero sin mostrarse muy interesado en la conversación. Sus dos hermanos miraron a Hilo como perros con el lomo erizado. Zapunyo prosiguió—: Mis hijos tienen mucho más de lo que yo tuve cuando crecía, una vida mucho mejor. Me consuela saber que algún día serán ellos quienes se ocupen del negocio y que, si me pasa algo, recordarán quiénes son mis enemigos. A medida que me hago viejo pienso cada vez menos en mí y más en la forma de transmitir lo que he ganado en esta vida a mis hijos y a los hijos de mis hijos. ¿Tú tienes hijos,

Kaul-jen

?

—No —dijo Hilo.

—Si los dioses lo quieren, quizá algún día recibas esa bendición. Entonces entenderás que soy como cualquier otro padre y hombre de negocios. Tú,

Kaul-jen

, deseas que tu familia y tu país estén a salvo y prosperen, y el jade es lo que hace que así sea. —Zapunyo hizo un gesto vago abarcando la casa, a sus hijos y asistentes y la totalidad de las islas Uwiwa—. No puedes decir que seamos tan distintos, ¿verdad?

Hilo apartó el plato intacto y se inclinó hacia delante. Fue un leve movimiento, en absoluto amenazador, pero sus huesos verdes y los guardias barukanos que tenían algún sentido de Percepción se tensaron al notar el cambio en su aura de jade.

—Tú y yo tenemos en común tanto como tus barukanos con los huesos verdes: nada. —El pedestal hablaba en voz baja, cargada de

desdén, mientras clavaba una mirada inamovible en el uwiwano—. El jade no es para ti nada más que una cosa, algo que se puede robar y vender. Por eso tú no lo portas. Querías decirme en persona lo que piensas, y aprecio el detalle. He venido por la misma razón, para poder contestarte en los términos más sencillos: no te acerques a Kekon. No eres linterna y no conseguirás ningún acuerdo con Sin Cumbre. Si los abukei desesperados quieren jugarse la vida trayéndote jade, allá ellos. Pero hay una diferencia entre un perro que escarba en la basura, fuera de tu casa, y otro que entra de un salto por la ventana y te roba la comida de la mesa. Uno es un incordio al que puedes no prestar atención; el otro es un problema y hay que matarlo.

»Sé que tienes agentes en Yanlún reclutando a delincuentes kekoneses para convertirlos en tus pescadores de rocas. Sé que fondeas en orillas alejadas y envías bandas de picadores a rapiñar las minas. Mis puños y dedos tienen órdenes de matar a todos los ladrones que atrapen. No me interpretes mal: entiendo tu postura. El último par de años te ha ido muy bien. El trabajo en las minas, suspendido; Montaña y Sin Cumbre, en guerra. Y ahora, el conflicto en Shotar hará que el mercado negro crezca aún más. Pero no creas que el jade convierte a tu banda de mediohuesos en un clan, y no te pienses, ni un segundo, que el dinero te convierte en pedestal. —Hilo sonrió al sentir por fin la ira de Zapunyo; vio que sus labios se tensaban bajo el bigote y su boca se convertía en una línea irregular —. Deberías retirarte del contrabando de jade mientras llevas ventaja. Si vas más lejos, si llevas tu basura a Kekon, lo perderás todo. Tu sucio dinero uwiwano no puede comprar a los huesos verdes.

—El dinero es dinero, limpio o no, y se puede comprar a cualquiera. —La cordialidad campesina que había mostrado Zapunyo hasta entonces se esfumó de repente; sus ojillos estaban ensombrecidos, y tenía el aspecto de una mangosta de dientes afilados—. Me equivoqué al pensar que serías un hombre sensato, un hombre inteligente. Los dos sabemos que puedo acudir a tus enemigos.

Hilo se echó a reír.

—Adelante, inténtalo. Ayt Madashi se limitaría a romperte el cuello. El clan Montaña mató a mi hermano y desató una guerra

contra mi familia por el control del jade de Kekon. Si Ayt no llegó a un compromiso con otros huesos verdes, ¿crees que va a negociar contigo? —Hilo se puso en pie con un movimiento fluido y veloz. Iyilo y los barukanos que estaban detrás de Zapunyo acercaron las manos a las armas; Hilo sintió que Tar y sus hombres se adelantaban, con el aura zumbando. Se dirigió con calma a Zapunyo—: Pagaste la fianza del inútil de mi pariente y le ofreciste hospitalidad en tu propia casa, de modo que aunque soy un huesos verdes y tú un ladrón de jade y tengo todo el derecho de matarte, digamos que no hace falta que estropeemos una tarde tan agradable. Hemos tenido una buena conversación; ahora sabemos cuál es la postura de cada uno. Nada que ocurra después, por funesto que sea, pillará desprevenido a ninguno de los dos.

Zapunyo no se movió del asiento. Se llevó a la boca una última rebanada de carne en adobo y empezó a mover la mandíbula mientras observaba a Hilo con los ojos entrecerrados de quien ha soportado años de sol y polvo implacables. Entrelazó los regordetes dedos y se apoyó las manos en la barriga.

—Por supuesto, estoy decepcionado —dijo—. Le hice un gran favor al clan; te he invitado a mi casa y te he ofrecido comida y bebida, pero no he recibido agradecimiento alguno. Los huesos verdes dais mucha importancia a vuestro honor, pero si no extendéis esa cortesía a los demás, el mundo os dejará atrás. Sin embargo, es cierto lo que has dicho: no hace falta estropear esta tarde tan buena. No soy orgulloso,

Kaul-jen

, y el poco orgullo que tengo estoy acostumbrado a tragármelo. Es lo que pasa cuando se empieza la vida sin nada y se aprende a no dar nada por garantizado. —Señaló con un gesto despreocupado las puertas de la terraza—. Puedes llevarte a tu primo Teije y regresar a tu país. Iyilo os acompañará a la salida.

Tal como había dicho Zapunyo, encontraron a Teije Runo tumbado junto a la piscina de la mansión, con una bebida en una mano cargada de anillos de jade, junto a una joven esbelta en bañador tumbada boca abajo en una toalla. Un tocadiscos colocado en una mesita hacía sonar canciones pop espenias. Hilo se acercó y se quedó de pie a su lado. Teije se revolvió y se quitó las gafas de sol; aparentemente había estado sesteando. Durante unos segundos miró

a Hilo con confusión, y luego se puso en pie apresuradamente, dejó la bebida y se colocó bien el bañador.

—¡Primo Hilo! —exclamó, abriendo los brazos con alegría y sorpresa.

Hilo le dio una bofetada. Teije se tambaleó y soltó una exclamación de dolor. Hilo volvió a golpearlo y lo hizo caer de espaldas. El pie de Teije tropezó con el vaso, que se cayó y se rompió. La joven en bañador chilló y se escapó a toda prisa, gritando en uwiwano. Hilo dio una fuerte patada a Teije en el costado.

—Kaul-jen, por favor, espera, para —resolló Teije, apartándose a gatas del pedestal. Hilo fue tras él; le soltó una patada en la tripa y otra en la entrepierna, y luego unas cuantas más en la cara y el cuerpo.

Teije Runo no era precisamente menudo; le sacaba a Hilo media cabeza; era de hombros anchos y brazos largos, y se mantenía en forma, pero se cubrió la cabeza con los brazos y se hizo un ovillo mientras caían los golpes de Hilo. La mujer entró corriendo y gritando en la casa. Iyilo se quedó a un lado mirando, igual que los otros barukanos y los hombres de Hilo. Tar soltó una risilla burlona. Cuando Hilo acabó, Teije no tenía ningún hueso roto, pero gemía lastimeramente con el cuerpo, cubierto de loción solar, lleno de moratones.

—Levanta y vístete —dijo Hilo—. Nos vamos.

# Capítulo 10
# Un desperdicio estúpido

Al cabo de un cuarto de hora salían de la mansión de Zapunyo. Los barukanos y sus coches plateados no los acompañaron esa vez; ni Hilo lo pidió ni Iyilo lo ofreció. El mediohuesos de piel oscura se quedó en la puerta, viendo cómo se alejaban con expresión inescrutable. Al montar en el coche, Hilo Percibió el inconfundible pulso de hostilidad en el aura de jade del guardaespaldas. Iyilo podía ser un matón a sueldo shotariano, pero él y los que eran como él tenían motivos para estar resentidos y odiar a la gente como los Kaul. El jade y el linaje hacían que los huesos verdes fueran los héroes históricos y los gobernantes extraoficiales de Kekon; esos mismos rasgos convertían a los barukanos en criminales y proscritos en Shotar. Hilo estaba seguro de que si Zapunyo daba la orden, Iyilo y sus hombres estarían ansiosos por demostrar que eran tan dignos del jade como los invitados kekoneses, matándolos a todos.

En el trayecto de vuelta, Hilo viajó con Tar, Vin y Teije en el primer coche, y Juen, Doun y Lott fueron en el segundo. Teije, acobardado, se apretaba contra el labio hinchado un trozo de hielo envuelto en una servilleta de papel, y guardó silencio todo el viaje. Tar bajó la ventanilla.

—¿Os habéis dado cuenta —comentó— de que ese canijo y sus perros barukanos ni siquiera eran capaces de mirarnos a los ojos? Nos han dejado irnos sin más. Si esos son los tíos más duros de Uwiwa, no me extraña que el país esté hecho una mierda.

Hilo no contestó; ya había reprendido a Tar una vez aquel día y no quería que se distrajera más. A veces, cuando se sentía inseguro, Tar hablaba demasiado. Era fiero y leal, pero no tenía una mente estratégica. Como le había dicho Hilo a Wen, Zapunyo no habría intentado hacerles daño en su propia residencia. Era demasiado

arriesgado, demasiado visible.

Hilo reclinó el asiento y cerró los ojos. Parecía como si estuviera descansando, quizá intentando echar una siesta. El sol le daba en la cara; el interior de su visión era una pared roja que coloreaba incluso su sentido de Percepción mientras lo extendía, escrutando, completamente alerta. Cuando entraron en la carretera del aeropuerto, se sentó y abrió los ojos. Había cinco coches de policía y dos motocicletas aparcados delante de la pista en la que los esperaba la avioneta.

—Vin —dijo Hilo.

—Doce hombres —dijo el dedo de inmediato—.

Hilo-jen

…, han venido a matarnos.

Hilo asintió, pero Teije Runo, hablando por primera vez desde que habían salido de la mansión de Zapunyo, exclamó preso del pánico:

—¡Vienen a por mí! Creen que voy a saltarme la fianza.

—Tú no les importas una mierda —dijo Hilo—. Están a sueldo de Zapunyo. —Dos agentes les indicaron por señas que pararan; Hilo le dijo al conductor que obedeciera. El otro vehículo se detuvo tras ellos. Hilo se giró hacia Teije—. Quédate en el coche —ordenó —. Le prometí a tu madre que te llevaría a casa, pero si me desobedeces tendré que romperle el corazón.

Hilo salió del coche. Sus huesos verdes lo siguieron.

—¡Manos arriba! ¡He dicho que manos arriba! —ordenó un agente por un megáfono. El hecho de que se hubiera dirigido a ellos chapurreando en kekonés era otra señal de que sabía exactamente quiénes eran, de que aquello estaba organizado de antemano. Hilo levantó las manos vacías por encima de la cabeza y empezó a andar hacia los policías.

—¡Alto! —gritó el agente del megáfono. Sonaba asustado—. ¡Quieto ahí! ¡Es el último aviso!

Hilo no se detuvo, sino que siguió caminando con pasos lentos y decididos.

—¿Entiendes el kekonés? —gritó—. No podéis impedir que subamos a la avioneta. Os doy una oportunidad de que os marchéis. Los huesos verdes no matan a los que no portan jade. A menos que transgredan nuestras leyes o se pongan de parte de nuestros

enemigos.

La Percepción de Hilo recibió un clamor de latidos desbocados. Tras él podía sentir la tensión de sus hombres, las auras de jade que se agitaban hacia delante como caballos en la línea de salida. Ante él, el hedor del miedo y la determinación inflexible. Redujo el paso.

—Aunque Zapunyo sea el dueño de esta isla y tengáis que aceptar su dinero, no vale la pena a cambio de vuestra vida —gritó. Avanzó otro paso. La policía abrió fuego.

Hilo ya estaba en movimiento; bajó los brazos de golpe, liberando una amplia Desviación en sentido descendente que barrió la andanada de balas como una ventisca vertical. Los asustados policías habían sobrecompensado y desperdiciaron el fuego. Todos los disparos iniciales, al menos treinta, habían apuntado a Hilo. Era lo que pretendía cuando echó a andar solo; el fuego concentrado es más fácil de Desviar. El aluvión de balas deflectadas hizo saltar el asfalto a los pies de su blanco, y las pocas que se acercaron lo suficiente las recibió con Acero.

Sus huesos verdes cargaron. Las auras de Tar y de Juen centellearon con Fuerza y Ligereza cuando los dos saltaron sobre la línea de coches patrulla; Tar aterrizó en el centro del grupo de agentes con el cuchillo garra desenvainado, y Juen abolló el techo de un vehículo al aterrizar en cuclillas sobre él, se irguió con una pistola en cada mano y empezó a disparar con precisión.

Doun, Vin y Lott seguían de cerca a sus puños. Dos uwiwanos dieron media vuelta y echaron a correr hacia la avioneta; Lott sacó un par de puñales arrojadizos que llevaba enfundados en la base de la espalda y los arrojó, acompañando el lanzamiento con una Desviación precisa que separó con habilidad la trayectoria de las hojas. Los puñales volaron como aguijones gemelos; uno se clavó entre los hombros de un fugitivo y el otro atravesó la nuca del segundo.

Hilo se metió en la refriega, cuchillo garra empuñado; agarró a un policía por detrás y lo degolló. Otro policía soltó la pistola descargada, sacó una porra negra y le lanzó un golpe brutal al cráneo. Hilo lo esquivó pasando la cabeza bajo la trayectoria y, con un tajo, desgarró la cara interior del antebrazo del policía; el arma escapó de entre los dedos inertes, e Hilo la atrapó con la mano izquierda antes de que tocara el suelo. Con un estallido de Fuerza,

concentró todo su peso en un giro y aplastó las dos rodillas del uwiwano a la vez, y luego se estiró y, mientras el contrario caía, le golpeó la barbilla con el extremo de la porra, rompiéndole la mandíbula.

Giró en busca de otro adversario, pero ya no quedaba nada por hacer. Sus hombres estaban acostumbrados a pelear contra otros huesos verdes, y aquellos policías no se acercaban ni por casualidad. Sus adversarios estaban mal entrenados y no tenían auténticas habilidades; ni siquiera eran kekoneses. Hilo contempló los cadáveres y sintió un odio intenso hacia Zapunyo; casi tan intenso como el que sentía hacia su enemiga Ayt Mada. El magnate criminal uwiwano estaba sentado a salvo en su lujosa fortaleza, protegido por barukanos que podrían haber sido rivales para sus huesos verdes, pero en vez de arriesgarlos o arriesgarse él, había ordenado a unos policías corruptos que se ocuparan de matarlo por resistirse a la detención.

Un desperdicio estúpido.

Algunos de los caídos seguían con vida, pero, dado que ninguno representaba ya una amenaza, Hilo ordenó a sus puños que los dejaran en paz. Volvieron a los coches y recogieron sus cosas y a Teije Runo, quien palideció al ver la escena y se dejó llevar mansamente a la avioneta. El piloto kekonés estaba asociado al clan; no comunicó por radio lo sucedido y se limitó a esperar pacientemente, como le habían ordenado.

Un disparo había rozado el hombro de Juen, y la pantorrilla de Doun tenía un agujero de bala limpio. «He sido descuidado, Kaul-jen», dijo con un rictus de dolor, pero avergonzado por haber resultado herido en un combate tan desigual. Hilo sacó el botiquín de la cabina de equipaje y se lo pasó a sus hombres, pero le dijo al piloto que despegara de inmediato. El bimotor aceleró por la pista y se elevó hacia el cielo, dejando muy abajo el asfalto ensangrentado y los fértiles campos verdes de Tialuhiya.

Mientras volaban de vuelta a casa, Hilo fue a ver cómo estaban Juen y Doun. Se aseguró de que las hemorragias estuvieran controladas y de que se mantuvieran hidratados con los refrescos de la nevera de a bordo. Tar estaba más relajado; daba la impresión de que la violenta escapada había purgado parte de la frustración que

sentía. Se tumbó a la largo de una fila de asientos y echó una cabezada. Hilo se sentó con Lott, que estaba en la última fila y contemplaba el mar por la ventanilla.

—Solo he conocido a otro huesos verdes capaz de lanzar así los puñales —dijo Hilo—. Y guiándolos con Desviación, nada menos.

—Mi padre; lo sé —respondió, aún mirando el paisaje. Estaba alterado y confuso; Hilo se daba cuenta por la agitación persistente de su aura de jade, aunque como haría cualquier adolescente, fingía lo contrario.

—En otros sentidos te pareces poco a él —dijo Hilo.

El joven tensó los hombros.

—Si te he decepcionado, lo siento,
Kaul-jen
.

—No he dicho eso. Tu padre era tan verde como se puede ser, uno de mis puños más temibles y leales, que los dioses lo reconozcan. Pero podía mostrarse cruel sin motivo y la mayoría de la gente no le importaba. Tú no me pareces así.

—He matado a esos hombres, ¿no? Sé que me has traído para ver qué tal actuaba.

Hilo estaba seguro de que aquel joven jamás se habría dirigido al pedestal del clan con un resentimiento tan indisimulado en otras circunstancias, pero había arrebatado una vida por primera vez; lo abrumaban las emociones y no sabía cuál era la forma adecuada de reaccionar. Hilo sabía que no existía una forma adecuada; cada persona se lo tomaba de una manera diferente. Algunos vomitaban, otros estaban exultantes, otros no sentían nada.

—Solo a uno —dijo Hilo—. Al que has acertado en el cuello. Pero el otro vivirá. —No estaba seguro de que fuera así, pero si servía para que Lott se sintiera mejor, no le costaba nada decirlo. El dedo no contestó y siguió mirando por la ventanilla—.
Lott-jen
, mira a tu pedestal cuando te habla —ordenó con voz seca.

El joven se encogió de la forma en que se encoge un niño acostumbrado al castigo, y se giró de inmediato hacia Hilo con mirada culpable. Su expresión osciló brevemente entre la duda y el desafío, pero no se atrevió a enfrentarse a la mirada dominante del pedestal y bajó los ojos.

—Perdona mi falta de respeto,
Kaul-jen
—musitó.

Desde que lo vio por vez primera, Hilo se dio cuenta de que era un adolescente taciturno y temperamental, lo que se le podía perdonar algún tiempo. Pero ahora era un huesos verdes; tenía que aprender a comportarse. Los ojos de Hilo no se desviaron ni perdieron su severidad, pero al cabo de un rato habló en tono más amable:

—Siempre perdonaré a un amigo; de otro modo, ¿cómo vamos a poder ser sinceros entre nosotros? No te he traído para ponerte a prueba, sino porque el año pasado te plantaste delante de mí antes que todos tus compañeros y pronunciaste tu juramento el primero; eso es digno de recordar. A la hora de decidir a qué hermanos quiero conocer, a quiénes quiero luchando a mi lado cuando sea cuestión de vida o muerte, esas cosas son importantes.

Lott no alzó la mirada, pero al cabo de un momento asintió y su aura de jade se asentó en un zumbido poco entusiasta, pero más tranquilo. Hilo giró en el asiento, buscó en la nevera y sacó dos refrescos de mango; los abrió y le pasó uno a Lott, que lo aceptó y vació la mitad de un trago.

—Esos hombres con los que has luchado hoy… —prosiguió Hilo —. No los conocías y no tenías nada personal contra ellos. Por eso te molesta haberlos matado. Es natural sentirse así; si no, no seríamos mejores que los animales. Algunas personas no son mejores, por supuesto, incluso algunos huesos verdes, pero por suerte no hay demasiados. —Hilo bebió un trago—. La gente nace egoísta; los bebés son las criaturas más egoístas que existen, a pesar de que están indefensos y no sobrevivirían ni un solo día por sí solos. Crecer y perder ese egoísmo… En eso consiste la civilización; es lo que nos separa de las bestias. Si alguien hace daño a mi hermano, me hace daño a mí; de eso va el juramento del clan. Esos hombres no eran tus enemigos; eran nuestros enemigos. ¿Entiendes eso, Lott Jin?

—Sí, Kaul-jen —respondió tras un titubeo.

Hilo posó amablemente una mano en el hombro de Lott y la dejó ahí un momento, después se levantó y fue a otro asiento para darle espacio, para que pudiera meditar a solas. Cuando era cuerno, Hilo

consideraba una parte esencial del trabajo asegurarse de que los nuevos dedos estuvieran bien guiados, descubrir a los que parecían más prometedores y asignarles un mentor. Aún no estaba seguro sobre Lott, pero se alegraba de haber tenido la oportunidad de hablar en persona con él; a veces unas pocas palabras eran importantes.

Hilo se acabó el refresco y dejó la botella en el asiento vacío de su lado. Inclinó la cabeza hacia la ventanilla y contempló el lejano horizonte. El ruido y la vibración del motor le taladraban el cráneo. A mitad de camino entre las islas Uwiwa y el hogar, no había nada que ver excepto mar y más mar, que separaba Kekon de sus vecinos más cercanos. Al otro lado de aquella aparentemente interminable extensión de agua se encontraban Espenia y la ciudad de Puerto Massy, donde ahora vivía Anden.

Hilo miró al otro lado del pasillo, a su primo Teije Runo, que seguía aplicándose hielo en la cara magullada, y sintió un deseo casi incontenible de arrojarlo del avión y verlo caer hacia el lejano océano. Volvió a mirar por la ventana con el ceño fruncido, y su expresión se fue volviendo más intensa y pensativa que la que había intentado borrar de la cara de Lott.

# Capítulo 11
# Puerto Massy

Una semana después del funeral de su abuelo adoptivo, Anden embarcó en un vuelo de once horas y media que salía del Aeropuerto Internacional de Yanlún. Se sentía como si estuviera entrando en la celda que alojaba a los prisioneros la noche anterior a la ejecución, salvo que en vez de una hornacina del tamaño de una caja de zapatos y un penitente que dirigiera las oraciones y la meditación para tranquilizar su conciencia y prepararlo para el más allá, había pilas de revistas sobre cotilleos y tendencias, y azafatas que iban de un lado a otro atravesando la nube de tabaco y ofrecían mantas y té.

Anden se tomó un somnífero y pasó inconsciente la mayor parte del viaje. Cuando despertó, el avión se estaba preparando para aterrizar. Apartó la cortina de la ventanilla y echó su primera ojeada a la ciudad extranjera donde lo habían exiliado. Como si fuera un enorme animal espinoso dormido bajo una manta, la metrópoli de Puerto Massy se extendía bajo una gruesa capa de niebla teñida de naranja por el sol del final de la tarde. Rascacielos de acero y hormigón se elevaban en grupos apiñados en el estuario formado por la desembocadura del río Camres en la bahía de Whitting, donde se encontraba con las aguas del norte del océano Amárico. Anden buscó las referencias que conocía por fotografías y la televisión: el puente del Ojo de Hierro, el rascacielos conocido como el Mástil, las estatuas del Guardián del Puerto. Hasta aquel momento no se había acabado de creer realmente que abandonaba Kekon, pero entonces todo se volvió real, y cuando el tren de aterrizaje golpeó el asfalto de la pista, el corazón de Anden se hizo eco con un latido de asombro y miedo.

En la zona de recogida de equipajes recuperó la maleta, y luego

recorrió la muchedumbre con mirada nerviosa hasta que vio a una anciana pareja kekonesa que sostenía un cartel con su nombre escrito. Se les acercó.

—¿Señor y señora Hian?

Los ancianos lo miraron con sorpresa, como si no fuera lo que esperaban. El hombre tenía ojos amables y una barba corta, hirsuta y canosa, más oscura que el pelo de la cabeza; la mujer tenía la cara ancha y sonrosada, sorprendentemente poco arrugada para su edad.

Anden dejó la bolsa en el suelo y se presentó.

—Soy Emery Anden. Gracias por aceptarme en su casa. Que los dioses les otorguen favores por su amabilidad. —Se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en un saludo de respeto.

Si la pareja se había mostrado desconcertada por el aspecto de Anden, se tranquilizó ante su kekonés fluido y sus modales.

—No es ningún problema; nos gusta alojar a estudiantes —dijo el señor Hian, sonriendo ahora y tocándose la frente en saludo. Su mujer lo imitó.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó—. Es muy largo, ¿verdad? Solo hemos estado dos veces en Kekon desde que nos vinimos aquí; ¡el vuelo es demasiado largo! Mi viejo cuerpo ya no lo soporta. —Su marido intentó coger la maleta de Anden, que se apresuró a insistir en llevarla él, y la pareja encabezó el paso hacia la salida del aeropuerto, de camino al aparcamiento de estancias breves.

El señor Hian condujo, con la señora Hian en el asiento del copiloto. Era el coche más pequeño y viejo que Anden había visto nunca, con asientos de tela marrón, un salpicadero de imitación de madera y ventanillas que solo bajaban hasta la mitad. Anden ocupó el asiento trasero y contempló las calles y los edificios ante los que iban pasando. Había humedad en el aire, pero no se parecía en nada al oloroso sudor de Yanlún; era una humedad fría y cenicienta. De las rejas de las alcantarillas brotaban nubes de vapor, y la gente caminaba con prisa por delante de los escaparates que mostraban maniquíes con ropa vulgar de colores vivos. En la entrada de una estación de tren, unos músicos callejeros tamborileaban cubos de metal colocados boca abajo, sin que la gente les prestara demasiada atención. Autobuses de dos pisos escupían humo negro por el tubo de escape. La mayor ciudad de Espenia parecía un lugar poco amistoso y carente de sol, una imagen de actividad frenética contra

un fondo sepia de ladrillo y hormigón. Y mirara donde mirara, solo veía espenios.

—¿Tienes familia en Espenia? —preguntó el señor Hian con tono de indiferencia.

—No —contestó Anden y, al reconocer aquella pregunta aparentemente despreocupada como lo que era en realidad, una indagación sobre su linaje, añadió—: mi padre era espenio, pero nací en Kekon. Es la primera vez que vengo aquí. —Le resultaba extraño mencionar siquiera a su padre, un militar extranjero al que nunca había conocido ni le interesaba conocer. Le resultaba aún más extraño pensar que se encontraba en la patria de aquel hombre.

El señor y la señora Hian vivían en un barrio conocido como Trampasur, en la orilla pobre del Camres. Era un barrio de trabajadores, en su mayoría inmigrantes, con edificios de viviendas de muchos pisos, de ladrillo, apretujados de una forma que a Anden le recordó los distritos de la Fragua o Pau Pau, en Yanlún. Su familia anfitriona vivía en uno de los mejores: un adosado amarillo de dos plantas que daba a una calle de dos carriles. Anden llevó la maleta a la casa y subió por la escalera hasta la habitación de invitados, cuya ventana daba a un callejón. Era más o menos del tamaño de su dormitorio en la academia, mucho más pequeña que la habitación a la que se había acostumbrado en la casa de la playa de la familia Kaul, en Marenia. Pero era cómoda: la colcha era gruesa y suave, y en la pared, sobre la cabecera de la cama, colgaba una acuarela de una montaña envuelta en niebla. En la cómoda había un jarrón con tres flores azules de tela.

La señora Hian preparó una cena kekonesa típica: pollo al horno con leche, verduras salteadas y tallarines con salsa de ajo. Anden se sintió inmensamente agradecido por aquella comida que le resultaba familiar, y no se abstuvo de repetir varias veces para demostrarlo.

—Come todo lo que quieras —lo animó la señora Hian—. La comida espenia no es muy buena. Siempre le digo a mi hijo que venga a cenar más a menudo, pero está muy atareado y el tráfico es horrible. Por eso está tan delgado.

Los Hian tenían dos hijos. El mayor, del que estaba hablando la señora Hian, vivía en la zona norte de la ciudad, pero trabajaba de vendedor para una empresa de equipo médico y tenía que viajar

mucho. Era quien había llevado a sus padres a Espenia hacía diez años. El hijo menor estaba preparándose el doctorado en historia en la universidad Watersguard, en Adamont Capita.

—Una titulación inútil. —El señor Hian suspiró—. Pero los hijos hacen lo que quieren.

Después de cenar, la señora Hian recogió los platos y Anden sacó los regalos que Shae le había indicado que llevara: una botella de hoji caro; un sobre con dinero en efectivo, thalires espenios, y una tetera verde de porcelana, envuelta en hojas de periódico para protegerla durante el viaje. El hoji y el dinero eran simbólicos; Anden estaba seguro de que la pareja recibiría una paga mensual por alojarlo. La tetera era más significativa. El señor Hian levantó la tapa. En el interior tenía estampada la insignia circular del clan Sin Cumbre. Regalar algo de color verde, marcado con el símbolo del clan, indicaba la amistad de los huesos verdes y aumentaba la posición social del receptor. Si se hacía un obsequio así a alguien ajeno al clan, era porque le había hecho un favor que sería devuelto en algún momento.

La pareja se lo agradeció calurosamente y colocó la tetera en un estante de la cocina, al lado de las fotografías de sus hijos. El señor Hian ofreció a Anden un vaso del hoji y los dos disfrutaron la bebida sentados a la mesa del comedor.

—¿La gente de Kekon está preocupada por la guerra? —preguntó el señor Hian.

Al principio, Anden se quedó desconcertado, porque creyó que su anfitrión se refería a la guerra de clanes entre Montaña y Sin Cumbre.

—¿Por el conflicto de Shotar? —dijo después, al darse cuenta de que no era el caso—. Creo que sí. Pero no he estado muy al tanto de las noticias. —No explicó que se había pasado el último año ocultando su ignominia en un aburrido pueblo costero.

—Aquí se habla mucho de la guerra de Urtoko —dijo el señor Hian.

La provincia más oriental de Shotar, conocida como Urtoko (Ortykvo en ygutano), se extendía junto a la frontera con Ygutan y era desde hacía mucho tiempo una zona en disputa, con una gran población de etnia ygutana. Tres meses antes, una milicia insurrecta había proclamado la independencia de la región. El gobierno

shotariano rechazó aquella declaración unilateral y envió tropas para sofocar la rebelión, solo para encontrarse frente a una fuerza militar bien equipada y entrenada, respaldada con poco disimulo por los ygutanos. Los shotarianos pidieron ayuda a Espenia.

—Si Espenia manda tropas a luchar contra los rebeldes de Shotar, eso puede convertirse en una guerra contra Ygutan. —El señor Hian meneó la cabeza preocupado—. Dice mi sobrino que puede afectar a Kekon, porque los espenios lo usarán como base y pedirán jade para sus soldados.

—Seguro que tiene razón —dijo Anden—. Los que trabajan en la oficina del hombre del tiempo tienen que saber qué está pasando. —El sobrino del señor Hian era un hacedor de fortuna veterano que trabajaba en las oficinas del clan, en el edificio de la calle del Barco. Había sido compañero de clase de Kaul Lan y Woon Papidonwa en la academia, y había dado fe a Shae de que su tío cuidaría de Anden mientras estuviera en Espenia.

—¿Y tú, Anden? —preguntó con curiosidad la señora Hian—. ¿Tienes algún rango en el clan? —No había preguntado «¿Eres miembro del clan?» ni «¿Formas parte del clan?». La gran mayoría de los habitantes de Yanlún podía afirmar que estaba afiliada a uno de los clanes de huesos verdes, pero tener rango era diferente; hacía referencia a cierto estatus y, normalmente, implicaba portar jade.

Quizá el sobrino del señor Hian les hubiera dicho que Anden se había licenciado en la academia Kaul Dushuron. Tenían que estar desconcertados por el hecho de que no portaba verde. Anden titubeó; no quería rebajar la consideración que le tenían sus anfitriones, pero tampoco quería engañarlos.

—Lo tuve, pero mi primo es el pedestal y decidió que debía venir a estudiar a Espenia. —Durante un instante fingió para sí que hablaba de Lan y no de Hilo, y sintió una punzada de lástima hacia sí mismo, acompañada de pena: no se encontraría en aquella situación si Lan estuviera vivo.

Los Hian asintieron; estaba claro que había más matices en la historia de Anden, pero se abstuvieron de preguntar.

—Eres afortunado por tener una familia tan poderosa y capaz de sufragarte la educación, aunque eso signifique mandarte al otro extremo del mundo —dijo el señor Hian—. Pero ahora debes de estar muy cansado. Deberíamos ir a dormir.

—Señor Hian… —empezó a decir Anden, pero el hombre levantó una mano interrumpiéndolo.

—Tu prima te ha encomendado a nuestro cargo —dijo el anciano—. Mientras estés en Espenia, considéranos tu familia. Pregunta cualquier cosa que pudieras preguntar a tus parientes.

Anden asintió.

—Tío, ¿os gusta vivir en Espenia?

El señor Hian se rascó la barba, pensativo.

—No está mal —dijo al fin—. Por supuesto, no es Kekon. La comida, el idioma, los espenios y sus costumbres… siempre nos parecerán un poco raros. Pero aquí también hay cosas buenas. Y, lo más importante, es donde están nuestros hijos. El hogar es donde está la familia. —Su mujer asintió, mostrando su acuerdo.

El largo sueño inducido por la pastilla, a bordo del avión, impidió a Anden quedarse dormido cuando se fue a la cama. La habitación de la academia, la residencia Kaul en Yanlún y su habitación en la casa de la playa de Marenia habían sido lugares silenciosos, aislados del bullicio de la ciudad. En aquel lugar podía oír a la gente, los coches, las sirenas y los demás ruidos urbanos toda la noche, justo al otro lado de la ventana. Pasó acostado y despierto varias horas, sintiéndose profundamente desgraciado.

Shae lo había inscrito en el programa de Espenio Inmersivo para Hablantes de Otros Idiomas (

EIHOI

) de la universidad de Puerto Massy. El curso de primavera empezaba la semana siguiente. El señor Hian le enseñó dónde tenía que coger el autobús y lo acompañó el primer día. Anden conocía alrededor de treinta palabras en espenio, casi todas sacadas de la cultura pop; había dado clases en la academia, pero solo asistió un semestre antes de abandonar esa optativa por la de Desviación avanzada. En aquella época no consideraba que saber espenio fuera a servirle de nada. Dominar las disciplinas del jade era mucho más importante si quería convertirse en puño de Sin Cumbre.

Había cincuenta alumnos en el programa, llegados de todo el mundo. Había cuatro tunis y dos shotarianos en su clase, pero Anden era el único kekonés. La profesora era una mujer adusta con el pelo del color del trigo. Cuando Anden respondió al preguntarle de dónde era, al principio le pareció entender «Callon», una ciudad

de Stepenland. Los alumnos estaban sentados en mesas redondas y los animaron a que se conocieran entre ellos. Anden decidió que sería cortés, pero que no había ido a hacer amigos; no le costó mucho seguir ese plan, pues en la pausa para comer se formaron rápidamente grupos sociales basados en los orígenes étnicos. Anden podría haber intentado sentarse en la mesa de los jóvenes tunis, pero se abstuvo, pues desconfiaba de ellos instintivamente; los kekoneses se consideraban superiores a todos sus vecinos.

A juicio de Anden había dos formas de afrontar aquella situación: dejarse llevar por la desesperación y pasar el año como un sonámbulo, o apretar los dientes y demostrar que podía superar aquel castigo. A pesar de que estaba claro que empezaba como uno de los estudiantes menos experimentados, estaba decidido a trabajar más duro que todos los demás. Empollar nunca había sido su fuerte, así que no se sorprendió de que leer y escribir en espenio fuera un tormento constante, pero pronto descubrió que se le daba mucho mejor el lenguaje oral. Siempre que podía se sentaba a comer en la zona de restaurantes del campus, en bancos de la calle o en paradas de autobús, y se ponía a escuchar las conversaciones cercanas, repitiendo a veces las palabras mentalmente, formándolas en silencio en su boca. Se aferró a la idea de que cuanto antes se licenciara, antes podría volver a casa.

Durante los meses siguientes, cuando no estaba en clase o estudiando, intentaba ser útil a sus anfitriones. Gracias al tiempo que había pasado trabajando en la tienda de muebles de Marenia tenía cierta habilidad en el manejo de herramientas y en las chapucillas; arregló una puerta desvencijada, puso masilla en las ventanas por las que se colaba la corriente y convirtió unos cuantos tablones abandonados en un zapatero. Acompañaba a los Hian cuando iban a hacer compras y cargaba con las cosas.

—Deberíamos pagarte nosotros por estar aquí —exclamó la señora Hian—. Hemos alojado a más estudiantes, pero casi todos preferían salir a explorar y divertirse por la ciudad. Te esfuerzas demasiado.

El vecindario, como descubrió Anden, parecía una colcha de retales; había varios enclaves culturales diferentes codo con codo. Muchas familias de ascendencia kekonesa vivían en la docena de manzanas que rodeaba la casa adosada de los Hian, pero Anden

podía cruzar la calle y encontrarse en una zona totalmente tuni, donde los residentes gritaban a los críos en su idioma gutural y el humo denso de las ollas de barro se alzaba desde los hornillos portátiles colocados en los zaguanes. El resto del gran distrito de Trampasur, que se extendía al oeste hasta Lochwood y al este hasta Quince, lo poblaban trabajadores espenios de clase baja.

Una tarde, Anden perdió el autobús y, como era un día cálido de primavera para tratarse de Puerto Massy, decidió regresar andando a la casa de los Hian. Tardó casi dos horas, pero se sintió orgulloso de desenvolverse a solas en aquella ciudad extranjera y familiarizarse con su trazado. Por el camino le entró sed, y entró en una tienda de una esquina a comprarse un refresco y una bolsa de frutos secos. Contó las monedas de cobre espenias sobre el mostrador. El dueño de la tienda, un tipo grande con bigote, dijo con tono alegre algo que Anden supuso que era una cortesía. Como aún no tenía mucha confianza en que salieran de su boca las palabras correctas, Anden se limitó a asentir y sonreír. Era un problema recurrente: a primera vista podía pasar por espenio, pero siempre se sentía incómodo y avergonzado cuando los desconocidos intentaban hablar con él.

Cuando se dirigía a la salida entraron dos hombres. No se detuvieron a mirar la mercancía, sino que fueron directamente al mostrador y se pusieron a hablar con el dueño, al principio en tono cordial, pero enseguida se volvió seco y amenazante. Anden se detuvo en el umbral y se giró a tiempo de ver que el tendero abría la caja registradora, sacaba con nerviosismo un fajo de billetes y se lo tendía a uno de los intrusos. El tendero le dirigió una rápida mirada, como si tuviera la esperanza de que el desconocido lo ayudara. Anden se quedó indeciso, con una mano en la puerta. Aquella no era su gente; no sabía qué estaba pasando y no quería meterse en una situación peligrosa.

Al parecer, el dinero ofrecido no era bastante, porque sonaron más palabras duras. Un hombre agarró los dos expositores que tenía más cerca y los zarandeó, esparciendo por el suelo barras de golosinas y gafas de sol. El dueño de la tienda soltó un grito de protesta. El otro hombre lo agarró por el pelo y le golpeó la frente contra la caja registradora, produciendo un doloroso tañido, y luego lo empujó con violencia hacia atrás. El tendero cayó y desapareció

de la vista. Los dos asaltantes salieron; Anden se apartó de su camino cuando pasaron a su lado. Uno de ellos se detuvo lo suficiente para lanzarle un gruñido directamente a la cara.

—¿Qué miras?

Era la primera vez que Anden entendía con claridad algo dicho en espenio, pero el otro hombre hizo salir deprisa a su compañero y la puerta se cerró tras ellos.

Anden tenía el pulso desbocado. Sentía que debería haber hecho algo, pero no estaba seguro de qué. Sabía por instinto que habría sido mala idea interponerse en el camino de los dos hombres, pero no sabía qué se suponía que tenía que hacer alguien en Espenia cuando presenciaba problemas. En Yanlún habría ido corriendo a informar del incidente a un dedo del clan, o a un puño si lo encontraba.

Detrás del mostrador, el tendero gimió y empezó a levantarse. No parecía herido de gravedad, y Anden, con un claro sentimiento de vergüenza, pero sin el menor deseo de tener que interaccionar con aquel desdichado, cruzó la entrada y se marchó calle abajo.

El señor y la señora Hian estaban preocupados por lo tarde que era, y lo reprendieron por no haberlos telefoneado para que fueran a buscarlo. Se alteraron más aún cuando Anden explicó que había vuelto andando a casa y lo que había pasado por el camino.

—Esos hombres pertenecen a las bandas. Trabajan para el jefe Kromner —exclamo la señora Hian—. ¡No vuelvas a ir por allí!

A Anden no le preocupaba la idea de que ciertas partes de la ciudad estuvieran vedadas; de hecho, le resultaba curiosamente tranquilizador darse cuenta de que había clanes y territorios en Puerto Massy, igual que en Yanlún. Considerando aquello, sospechó que el tendero era una especie de linterna y que los dos hombres habían ido a cobrar tributo. Se alegró de no haber cometido la estupidez de interferir en los asuntos de un clan desconocido, pero la situación siguió incomodándolo porque todo le pareció demasiado grosero. En Kekon era muy raro que los huesos verdes trataran tan mal a un linterna, ni siquiera al más problemático. Los clanes estaban imbricados en todos los aspectos de la sociedad; no pagar un tributo razonable significaba perder el patrocinio del clan, lo que podía complicarle a uno la vida de mil formas diferentes. Un linterna poco fiable tendría problemas para abrir una cuenta

bancaria, comprar una casa o inscribir a sus hijos en el colegio. No había necesidad de amenazarlo ni hacerle daño.

Anden pensó en aquello mientras engullía la sopa de pescado al jengibre de la señora Hian.

—¿Por qué el dueño de la tienda no acude a ese Kromner y le pide algo de margen? —preguntó. Estaba seguro de que un buen porcentaje del trabajo de su prima Shae como hombre del tiempo consistía en negociar compromisos con los linternas, aunque a un nivel más alto que el de los tenderos de las esquinas.

El señor Hian soltó una risilla, y luego se puso serio al darse cuenta de que Anden no hablaba en broma. Se levantó y rebuscó en una caja de cartón que había en el suelo, llena de periódicos atrasados, sacó un ejemplar del Correo de Puerto Massy de la semana anterior, y pasó páginas hasta encontrar lo que buscaba. Puso el periódico delante de Anden y señaló una fotografía en blanco y negro que mostraba a un espenio corpulento con traje negro y corbata, saliendo de un
ZT
Toro negro en compañía de una mujer con un largo abrigo de pieles. Anden todavía no leía bien el espenio; el titular decía algo sobre corrupción policial.

—Este es Blaise Kromner —dijo el señor Hian—. Es un monstruo. Un delincuente. Se sabe que vende drogas y trafica con mujeres. Su gente hace todo el trabajo, así que nunca lo pillan, pero tiene un buen coche y buena ropa, y siempre va a fiestas y le sacan fotos. ¿Crees que le importa el tendero, o que sabe siquiera quién es? —Dobló el periódico y volvió a meterlo en la caja—. Anden-se, las bandas no son como los clanes. Solo les importa el dinero. Nunca dan nada; solo lo toman. El dueño de la tienda paga y paga, pero no consigue nada a cambio.

Anden recibió otro *shock* cultural dos semanas después, en aquella ocasión mucho más cerca. Aquella tarde volvía a casa de los Hian cargado con una bolsa de comida, cuando oyó gritos que salían de una ventana del otro lado de la calle.

No era tan raro; en aquel lugar vivía una pareja de kekoneses que peleaban como animales todo el tiempo, y a veces se gritaban bien entrada la noche. La voz del hombre se oyó con claridad:

—¡Debería matarte, mala puta!

Se oyó el ruido de algo al romperse, y más gritos de las dos partes; de repente, la mujer salió corriendo en camisón, y se lanzó, le pareció a Anden, directa al tráfico.

Anden la visualizó aplastada como una cabra suelta en mitad de la autopista y volando por encima del capó de un coche que se acercaba. Una bicicleta dio un quiebro para apartarse y el joven ciclista se bajó de un salto gritando una maldición. Anden soltó la comida y empezó a moverse, aun sabiendo en ese preciso instante que era imposible que pudiera hacer nada a tiempo.

El ciclista saltó, agarró a la mujer y, con un estallido de Fuerza y Ligereza, la arrastró de vuelta a la acera. El coche pasó rozándolos, haciendo sonar ruidosamente el claxon. El asombrado esposo de la mujer (descamisado, borracho y enfurecido) se acercó a la carrera gritando cosas ininteligibles. Se tambaleó cuando el ciclista le lanzó una Desviación que lo golpeó en las rodillas. Mientras intentaba seguir avanzando, otra Desviación lo acertó en el centro del cuerpo, y cayó de culo, como si lo hubiera frenado una cuerda atada a la cintura.

La mujer, sin dejar de llorar, corrió calle abajo a casa de una vecina, sin molestarse siquiera en darle las gracias a su defensor. Al cabo de un momento, el marido se puso en pie y regresó a la casa mascullando maldiciones, pero manteniendo baja la mirada asesina.

Anden recuperó la voz.

—¡Eres un huesos verdes! —gritó en kekonés.

Al otro lado de la calle, el ciclista se volvió y se apartó el pelo de la cara para verlo mejor. Se echó a reír, mostrando una ancha línea de dientes blancos.

—¡Y tú eres un isleño idiota! —gritó en respuesta. Se sacudió los pantalones y recogió la bicicleta.

Anden se quedó mirándolo con la boca abierta. No veía nada de jade en el cuerpo de aquel hombre, pero tenía que portarlo en alguna parte. El huesos verdes pasó la pierna sobre la bicicleta rayada y volvió a mirar a Anden, que seguía plantado en la acera con las compras esparcidas a sus pies.

—¿Creías que no había gente con jade en ningún otro lugar del mundo? —Le dirigió un saludo burlón y se alejó pedaleando, las pantorrillas tensas, los musculosos hombros inclinados sobre el manillar. Anden se quedó mirándolo hasta que lo perdió de vista.

Quizá, pensó, no todo en Espenia fuera extraño e insoportable.

# Capítulo 12
# Acciones necesarias

La reunión de los pedestales de los clanes Montaña y Sin Cumbre se celebró en la ciudad de Gohei, a unos setenta y cinco kilómetros del centro de Yanlún. Había pasado un año desde la última vez que Kaul Hilo y Ayt Mada se habían visto cara a cara, en el Salón de la Sabiduría, durante una negociación que se había alargado varios días bajo la jurisdicción de un comité mediador organizado por el Consejo Real. A diferencia de aquel acto, puro teatro de cara a la galería, ya que los dos clanes sabían que de allí no saldría ningún acuerdo real, la reunión de Gohei solo la conocía un puñado de huesos verdes de alto rango de los dos clanes. Gohei estaba bajo el control del clan Cola Negra, que no estaba supeditado ni a Montaña ni a Sin Cumbre y tampoco tenía una alianza formal con ninguno, de modo que las conversaciones tendrían lugar en terreno neutral. La reunión duraría una sola tarde. Cada clan pagó por la presencia de dos penitentes veteranos del Templo del Divino Retorno. Los hombres del tiempo organizaron todos los detalles e indicaron que habría que tomarse muy en serio las conversaciones.

Hilo, Shae, Kehn y un pequeño grupo formado por sus colaboradores más cercanos (Tar, Won y Juen) llegaron a Gohei poco después del mediodía, y fueron recibidos en la residencia del pedestal del clan Cola Negra. Durn Soshunuro, su esposa y tres de sus cuatro hijos saludaron con gran respeto a los visitantes. El único ausente era el hijo mayor de Durn, que esperaba en algún lugar alejado; una precaución comprensible por la que nadie guardaría rencor a la familia, dada la minúscula pero peligrosa posibilidad de que las negociaciones se rompieran de alguna forma drástica y los anfitriones cargaran con las culpas o se vieran arrastrados por el conflicto. El tío de Durn había sido un camarada de guerra de Ayt

Yugontin y Kaul Seningtun, pero después rechazó vivir en la gran ciudad y prefirió instalarse en el campo. Con las bendiciones de Ayt y Kaul, formó su propio clan menor e hizo de Gohei su jurisdicción; en aquella época era una comunidad agrícola que también hacía las veces de puesto comercial con las tribus abukei, además de dar posada a los viajeros que iban de camino a Yanlún.

Tras varias décadas de expansión de Yanlún, Gohei se había convertido en una especie de barrio residencial alejado (Hilo no había percibido prácticamente ninguna interrupción del paisaje urbano mientras se dirigían allí), y Durn Soshu estaba muy motivado para seguir en términos amistosos con Montaña y Sin Cumbre, sabedor de que la independencia de su clan dependía de ello. Aunque solo era cuestión de tiempo que Cola Negra se convirtiera en una entidad tributaria, Durn era un pedestal suficientemente inteligente para desear que la transición fuera pacífica. Había visto la matanza que eran capaces de provocar los grandes clanes y quería evitar que su familia, de la que solo la mitad de los miembros portaba jade, pudiera ser destinataria de semejantes atenciones. De modo que puso la totalidad de su hogar a disposición de los visitantes y preparó una gran sala acristalada para que sirviera de lugar de encuentro, colocando el número adecuado de asientos en torno a una mesa y, en el centro de esta, una jarra de té con limonada fría y vasos. Dos penitentes se habían situado en los extremos de la estancia y los otros dos ocupaban los vestíbulos delantero y trasero, de modo que ninguna zona de la planta careciera de supervisión espiritual. Hilo le dio las gracias a Durn, y Woon entregó discretamente a la mujer de este un grueso sobre como compensación por las molestias que se habían tomado.

Fue una suerte que Hilo ya hubiera hablado a fondo con Shae y Kehn y se hubiera preparado mentalmente para la reunión durante el trayecto en coche, ya que Ayt Mada y los suyos llegaron tan solo unos minutos después. Cuando entraron en la sala, la cantidad de auras de jade que saturaban la mente de Hilo parecía opacar la luz del sol que entraba por los ventanales. Era la primera vez que podía ver de cerca a Nau Suen, el nuevo cuerno de Montaña, y sus ojos y su Percepción se detuvieron un poco más en el hombre que había sustituido a Gont Asch. Nau era alto y delgado y, aunque había entrado ya en la cincuentena, parecía el tipo de persona que se

levantaba al amanecer para correr cinco kilómetros antes del desayuno. Quizá a causa de su anterior ocupación como instructor en la escuela del templo Wie Lon, Nau portaba su jade en los brazos, en muñequeras de cuero parecidas a las que usaban los alumnos. Su mirada impasible y el aura de jade fría y escrutadora indicaban que muy pocas cosas escapaban a su atención.

Ayt Mada parecía no haber cambiado y, vestida con pantalones azules y una blusa blanca, tenía un aspecto sencillo pero dominante debido a la intensidad de su mirada serena y su densa aura.

—Kaul-jen… —saludó, y se sentó cómodamente en una de las sillas colocadas en los extremos de la mesa.

Hilo, sin decir nada, ocupó la opuesta. Los cuernos y los hombres del tiempo se sentaron un poco por detrás de sus respectivos pedestales, y los demás huesos verdes se quedaron de pie, montando guardia junto a las paredes. Durn y su mujer llevaron platos de comida ligera (trozos de fruta, bollitos de nueces, pastelillos de carne seca) y sirvieron el té frío. La hija menor de Durn, una chiquilla de unos ocho años, seguía de cerca a sus padres. Después de que los pedestales le dieran permiso con un asentimiento, Durn llenó también un vaso de té para su hija y le permitió tomar unos bocados, para disipar cualquier sospecha respecto a la comida y la bebida. Durn saludó respetuosamente a Ayt y a Kaul, cerró las cortinas del ventanal para evitar miradas indiscretas y se retiró en silencio.

Ayt abrió la conversación:

—Confío en que tu hombre del tiempo te haya explicado el motivo de esta reunión.

Hilo entrecerró los ojos ante la insinuación paternalista de que necesitaba que le explicaran hasta las cosas más sencillas. Si Ayt lo consideraba un simple matón, no veía ningún motivo para hacerle pensar otra cosa. Se recostó en la silla, se metió en la boca un bollo de nueces entero y se tomó su tiempo para masticar y tragar.

—Estamos aquí porque a estas alturas esperabas tener el control de toda la ciudad y que cualquiera que se apellidara Kaul estuviera criando malvas, pero no ha sido así. —Extendió las manos y sonrió con frialdad—. Las conversaciones son para cuando falla la violencia.

—Si cualquiera de nosotros pudiera ganar esta guerra con las

espadas luna,
Kaul-jen
, ya lo habría hecho —dijo el pedestal de Montaña con un destello de impaciencia—. Ahora nos hemos colocado, y colocado al país, en una posición insostenible. No hay exportaciones de jade que hagan entrar dinero en el tesoro nacional. El conflicto de Urtoko se convertirá en una confrontación entre las grandes potencias, que miran con codicia nuestras minas de jade inactivas para proveer a sus ejércitos. Si seguimos así, socavaremos el gobierno del país, agotaremos las reservas de jade de los dos clanes, perderemos el apoyo de la gente y convertiremos a nuestra nación en un objetivo vulnerable para los extranjeros. El público lo sabe, el Consejo Real lo sabe, los contrabandistas como Zapunyo lo saben. Así que nos corresponde impedir este desastre.

—Si la
AJK
se pone en marcha otra vez —dijo Hilo, clavando una mirada ladina en el otro pedestal—, tendrá que ser con nuevas reglas. Todo el jade extraído de las minas pasará por el organismo oficial, de modo que nadie pueda robar nada. —Curvó ligeramente los labios—. Quiero decir, que nadie pueda seguir robando nada. Aún no has reembolsado a la Tesorería de Kekon las «discrepancias financieras» que aparecieron en la auditoría del año pasado.

Ayt no se alteró.

—No volvamos a abrir ese melón,
Kaul-jen
. A nadie le importan ya unos libros mayores de hace tres años. Si olvidas las presuntas adquisiciones maliciosas, nos conformaremos con una asignación reducida de la
AJK
los tres próximos años. Nuestro hombre del tiempo puede calcular los porcentajes exactos para contentar a la junta directiva.

Hilo se encogió de hombros; no esperaba que Montaña rindiera cuentas por el jade que ya había robado, de modo que se figuró que aquello era todo lo lejos que Ayt aceptaría llegar.

—De acuerdo. Despachado el asunto de la
AJK
. En cuanto al contrabando: Ti Pasuiga tiene a sus sinvergüenzas

trabajando en la ciudad y en todo el país. A Zapunyo no le importan las fronteras entre los clanes, y a los demás extranjeros tampoco les importarán. Una tregua significará que los dos tenemos que ponernos de acuerdo en ocuparnos a partes iguales de perseguir el mercado negro y expulsar a los pescadores de rocas, a los traficantes de shine y a los gánsteres extranjeros que han crecido como malas hierbas mientras estábamos ocupados peleando entre nosotros. Si un lado dedica más energías, al otro le resultaría demasiado fácil aprovechar para introducirse en los territorios indefensos.

Ayt inclinó la cabeza.

—Mi cuerno colaborará con el tuyo para garantizar que estemos comprometidos a la par contra el contrabando. Estamos de acuerdo en que hay que eliminarlo. No entraremos en ningún territorio vuestro, siempre y cuando los distritos actualmente en disputa se repartan de forma justa.

—Que se repartan de forma justa —repitió Hilo con tono burlón. Ninguna división dejaría satisfechos a los dos clanes; tres días en el Salón de la Sabiduría, el año anterior, lo habían dejado más que claro. Daba igual qué partes de la ciudad se concedieran a qué clan; se podría alegar eternamente que la división era incorrecta y debería hacerse de otra forma. La idea de ceder a Montaña un rincón, por insignificante que fuera, enfurecía a Hilo, pero sabía que no había otra forma de resolverlo que ser directo y contundente—. Eso depende de si estamos hablando de superficie o de valor.

—De valor —dijo Ayt.

Hilo torció el gesto; se lo había esperado. Se giró para consultar brevemente a Shae, y después se volvió hacia Ayt.

—Nos quedaremos la calle del Pobre y el resto del Sobaco. —Los garitos más importantes de la ciudad no eran tan solo la conquista más rentable y simbólica del clan; eran un complemento estratégico para las empresas de Sin Cumbre del sector de la hostelería.

—Entonces nosotros reclamamos Punta de Lanza, al sur de la calle del Patriota, y nos quedamos con Sogen —respondió Ayt de inmediato; estaba claro que habían adivinado por adelantado las prioridades de su rival.

—Tres cuartos de Sogen —regateó Hilo—. Todo lo que queda al este de la calle Veinte. —Aquello preservaría una zona de Sin

Cumbre a ambos lados del bulevar Haino y crearía una zona de protección para el Casco Antiguo. Seguía siendo una concesión importante, sobre todo debido a que Tar y sus hombres habían luchado encarnizadamente para conquistar aquel distrito el año anterior. Detrás de él, Hilo podía Percibir el descontento de su asistente, pero habían acudido mentalizados a que tendrían que perder algo—. Nuestros hombres del tiempo tendrán que hacer los cálculos y ponerse de acuerdo —añadió.

—Por supuesto.

—Y entregarás a Yun Dorupon.

—Vive en Opia, sin escolta —dijo Ayt sin pestañear, como si le estuviera dando la hora—. Tus espías pueden confirmarlo.

Hilo sintió que el aura de Shae se agitaba levemente, pero él no reaccionó.

—Una cosa más —dijo Hilo—. Mi primo Anden. Sabes que no porta jade. Mientras siga así, esté donde esté, nadie de Montaña se le acercará. Ahora mismo está estudiando en el extranjero, pero el mundo se vuelve más pequeño cada día. Si le pasa algo sospechoso, culparé a los presentes en esta sala. No debería ser necesario explicar el aisho como si estuviéramos en el colegio, pero al parecer en estos tiempos las cosas son así.

—Mientras yo sea pedestal y Emery Anden no porte jade —dijo Ayt, que parecía divertida—, no interferiremos en sus asuntos ni buscaremos venganza por Gont Asch. —Su expresión era gélida, pero esbozó una levísima sonrisa—. ¿Tenemos un acuerdo, Kaul Hiloshudon?

Hilo nunca habría supuesto que se vería en aquella situación. Muerto, sí, se lo había imaginado muchas veces; pero no aquello, sentado al alcance de la mano de su enemiga y negociando tranquilamente la paz. No era un deísta auténtico que creyera de verdad en el más allá, pero tuvo la impresión de que los espíritus de todos los que habían muerto por el clan se elevaban acusadoramente tras él: su hermano Lan, sus muchos puños (Satto, Goun, Lott, por nombrar a unos pocos) y docenas de dedos que le habían jurado lealtad, la mayoría jóvenes guerreros muertos en la flor de su vida.

Durante un instante, Hilo se sintió casi físicamente enfermo de autodesprecio. ¿Cómo lo había convencido Shae para que aceptara

aquello? Continuamente lo empujaba a tomar decisiones calculadas y sensatas, pero lo sensato no era siempre lo correcto. Sabía que Ayt podía Percibir la llamarada de emoción en su aura de jade, del mismo modo que él podía captar con facilidad que detrás de la serena expresión de la mujer, el odio que le profesaba no había disminuido ni un ápice. Ayt actuaba forzada por la necesidad tanto como él.

—Lo tenemos —dijo Hilo—. Bajo el cielo y por el jade.

—Bajo el cielo y por el jade —aceptó Ayt, repitiendo la versión abreviada del cierre tradicional de los grandes juramentos de los huesos verdes. Sellaron las decisiones tomadas en la reunión, convirtiéndolas en la palabra oficial del pedestal, en la voluntad del clan. Una vez confirmada la intención del pacto, correspondía a los hombres del tiempo negociar los detalles concretos.

Ayt giró ligeramente y se dirigió a su cuerno y su hombre del tiempo.

—Antes de que nos vayamos, me gustaría hablar unos minutos a solas con Kaul

Hilo-jen

—le dijo. Se volvió hacia Hilo con una expresión aún más inescrutable de lo habitual—. De pedestal a pedestal.

Nau Suen y Ree Tura se levantaron y salieron de la sala, llevándose a sus asistentes. Tras un instante de vacilación, Hilo miró a Kehn y a Shae y les indicó con un asentimiento que se marcharan también. Las auras de jade de los dos zumbaron con preocupación ante aquella petición tan poco normal, pero se levantaron y se marcharon seguidos de los demás Sin Cumbre. Ningún huesos verdes se fue muy lejos; Hilo podía Percibirlos justo al otro lado de la puerta, preparados para entrar de inmediato si sus pedestales lo ordenaban.

Ayt adoptó una postura casi despreocupada. Apoyó un codo en la mesa y se sirvió unos trozos de fruta y un pastel de carne en un platito; la manga de la blusa cayó hasta el codo y dejó a la vista espirales de plata con jade engastado.

—Hablemos con franqueza,

Kaul-jen

—dijo—. No quieres ser pedestal. No estás hecho para el cometido, como tu abuelo y tu hermano.

—No he olvidado que tú eres la causa de que tenga este trabajo —dijo Hilo con voz gélida.

—Y yo no he olvidado que tú masacraste a docenas de mis huesos verdes y asesinaste a Gont Asch. Los dos usamos cualquier método y estratagema que consideremos necesarios en tiempo de guerra. Hay que esperar pérdidas inesperadas. —Ayt se levantó, cogió el plato, se acercó a la ventana y corrió la cortina lo suficiente para contemplar el paisaje: colinas verdes dispuestas en pulcros bancales; campesinos trabajando a lo lejos; una camioneta embarrada que adelantaba a un carro de bueyes en la carretera que discurría tras la casa de Durn. Ayt comió lentamente el contenido del plato y después se giró; la luz de la ventana la silueteaba, dejándole la cara en sombras.

—A Kaul Lan lo criaron y educaron para ser el pedestal; a ti no. ¿Crees realmente que puedes tener éxito en la diplomacia, en los negocios, en cualquier cosa en la que no empuñes un cuchillo garra?

»Olvida un momento la venganza y piensa con serenidad, si eres capaz. No ordené la muerte de tu hermano, y si supiera quiénes son los asesinos y dónde están, te los entregaría. —Bajó la voz y, por primera vez, que Hilo pudiera recordar, le habló con un tono que parecía conciliador—. Todavía es posible unir nuestros clanes. Sería lo mejor para todos: se acabarían los combates en la ciudad, las disputas por cada negocio y cada brizna de influencia política. Unidos, los huesos verdes podríamos barrer el contrabando, controlar el comercio de jade y de shine y presentar una fuerza indestructible contra los invasores extranjeros. —Se apartó de la ventana—. Tus enemigos saben dos cosas sobre ti,

Kaul-jen

: que siempre cumples tus promesas y que eres un cuerno nato. Nau Suen es demasiado viejo para ser el cuerno de Montaña durante más de unos pocos años. Puedes hacerte un favor y hacérselo al país: comprométete a acabar con tus rencillas y a unir nuestros clanes, y regresarás al lugar que te corresponde: gobernar las calles, mantener el jade fuera de las manos de criminales y contrabandistas, ser el huesos verdes que se te da bien ser, el tipo que deja una estela de sangre a su paso, como hiciste en Tialuhiya.

Hilo se recostó en la silla y ladeó la cabeza.

—Eres muy extraña, Ayt-jen —dijo al cabo de un rato—. Me pregunto cómo es ser tú, pensar como una máquina y que no te importe nadie.

La actitud de Ayt se endureció instantáneamente ante las palabras de Hilo. Su densa aura de jade se arremolinó como una ola. No alzó la voz, pero sus palabras brotaron lentas y letales:

—No creas que me conoces, Kaul Hilo.

Hilo se levantó con un movimiento fluido y dio un paso hacia ella.

—Sé unas cuantas cosas sobre ti. Susurraste el nombre de tu propio hermano. Te aliaste con un traidor de mi clan y llenaste de delincuentes el territorio de Sin Cumbre. Robaste y vendiste jade a nuestras espaldas. Eres la causa de que Lan esté muerto. Intentaste asesinarme e intentaste convencer a mi propia hermana para que me matara. ¿Son suficientes cosas,

Ayt-jen

? —Miró a los penitentes, que seguían impasibles en los extremos de la sala, como sugiriéndoles que escucharan con atención el desglose de los pecados de Ayt. Las palabras de Hilo salieron tan nítidas como un corte lento con un cuchillo—: Jamás te juraré lealtad.

El gesto de Ayt se torció con un desdén que indicaba que estaba cansada de encontrarse reacciones predecibles.

—Te estoy tendiendo la mano en vez de una espada. Recházala y no volverá a suceder.

—Me alegro de que nos entendamos —dijo Hilo—. Está claro que sigues soñando con un único clan que gobierne Kekon, lo que quiere decir que con tregua o sin ella, al final tendrás que matarme. —Se encogió de hombros, pero no había la menor indiferencia en el gesto—. Si no te mato yo antes.

Los labios de Ayt se movieron imperceptiblemente, pero su poderosa aura bañó a Hilo con el calor de una amenaza implacable como un incendio.

—He intentado más que de sobra razonar con la testaruda estirpe Kaul. —Se ajustó una espiral de jade del brazo—. Ree Tura concretará con tu hombre del tiempo la forma de anunciar al público y al Consejo Real el acuerdo entre los clanes. Estoy segura de que los kekoneses se sentirán aliviados y se alegrarán de que

hayamos cambiado de actitud.

El pedestal de Montaña pasó frente a Hilo, dejó el plato en la mesa y abandonó la sala.

# Capítulo 13
# Después del espectáculo

Dos semanas más tarde, la mañana siguiente al Día del Barco, se convocó una rueda de prensa en territorio neutral: el Barrio Monumental. La gran sala de baile del histórico Hotel General Estrella había recibido a jefes de estado extranjeros, altos cargos del gobierno, diplomáticos y dignatarios de todo pelaje, pero Hilo no creía haber visto jamás dos pedestales de clan y tantos huesos verdes entre sus cuatro paredes. Al otro lado de la cristalera que hacía de fondo al estrado se podía ver el lado oeste del Salón de la Sabiduría, y más allá de una fila de árboles en flor, el techo escalonado del Palacio Triunfal. Ninguno de los presentes, incluidos a los periodistas sentados en la fila delantera, podía pasar por alto el significado: lo que se anunciara allí aquel día era tan importante para el país como cualquier comunicado oficial del gobierno.

Aquel espectáculo no se celebraba solo a beneficio de la prensa y el público, sino también de los propios clanes. Centenares de miembros de alto nivel de Sin Cumbre (linternas, hacedores de fortuna, puños) ocupaban el lado izquierdo de la sala. Los leales a Montaña dominaban el lado derecho. A lo largo de las paredes y en las esquinas, una docena de penitentes con largas túnicas verdes garantizaban la paz.

Kaul Hilo y Ayt Mada ocupaban asientos contiguos en la mesa dispuesta en el estrado. Delante de cada uno había un micrófono. Shae y Kehn estaban sentados en otra mesa un poco atrasada, colocada al lado de Hilo; Ree Tura y Nau Suen ocupaban el espacio equivalente en el lado de Ayt. Los mandos supremos de los dos mayores clanes de Kekon, que durante casi dos años habían intentado destruirse mutuamente, aparecían juntos ante el pueblo kekonés para declarar la paz.

Los dos lados habían aceptado que Toh Kita, un famoso presentador de la Radiotelevisión Nacional de Kekon, fuera el moderador de la rueda de prensa. Hablando para las cámaras, Toh presentó a los pedestales; la introducción no era necesaria para ninguno de los presentes en la sala. A continuación, Hilo y Ayt leyeron por turnos la declaración conjunta que establecía las condiciones de la tregua: nuevas jurisdicciones territoriales, reanudación de la actividad minera bajo el auspicio reformado de la Alianza del Jade de Kekon, cooperación para combatir los crecientes problemas del tráfico de shine y el contrabando de jade. Los dos pedestales concluyeron reiterando su obligación y su compromiso, no solo hacia los miembros de sus clanes, sino hacia todo el país.

Toh leyó unas pocas preguntas preseleccionadas de entre las que había enviado la prensa. A Ayt le preguntaron qué medidas iba a tomar dentro del clan para asegurarse de que no volverían a producirse «discrepancias financieras». El pedestal de Montaña respondió que se tomaba muy en serio la preocupación del Consejo Real y el público. Ree Tura había dimitido y antes de un mes se nombraría un nuevo hombre del tiempo. Aquello no sorprendió a Hilo; Ree no mostró la mínima reacción. Le faltaba poco para jubilarse, de todas formas, y no le cabía duda de que se esperaba de él que se arrojara figuradamente sobre la espada, por el clan.

La siguiente pregunta fue para Hilo:

—Kaul-jen, con el acuerdo de hoy, ¿está declarando que no continuará buscando venganza personal por la muerte de su hermano?

—Ha habido muertes en los dos bandos —contestó Hilo—. Mi pesar no ha disminuido, pero sé que mi hermano y mi abuelo, que los dioses los reconozcan, no habrían querido que la venganza fuera la preocupación central del clan. Tenemos que pasar página.

No era estrictamente una respuesta a la pregunta, y los puños presentes que conocían bien a Hilo se dieron cuenta. Pero Shae y los suyos se habían preparado a fondo para aquel acto, y quizá fuera señal de la experiencia que habían adquirido el detalle de que el pedestal se atuviera estrictamente al guion.

La última pregunta dirigida a los pedestales fue si tenían algo que decir sobre la crisis de Urtoko, y si creían que la tensión

geopolítica entre Espenia e Ygutan ponía en peligro a Kekon.

—La interferencia de potencias extranjeras en Shotar es muy preocupante —dijo Ayt—. Aunque mantenemos nuestra larga alianza con la República de Espenia, debemos dejar claro que no permitiremos que ninguna nación se aproveche de nosotros.

—Kekon es una isla rodeada de países más grandes, y este es el único lugar del mundo que produce jade —dijo Hilo—. Siempre hemos estado en peligro. Pero siempre hemos tenido a los huesos verdes.

En general, los pedestales parecían estar bastante de acuerdo cuando Toh dio por finalizada la rueda de prensa. En el escenario y a la vista de los espectadores y las cámaras, Kaul Hilo y Ayt Mada se levantaron al mismo tiempo, se volvieron uno hacia el otro y se llevaron las manos unidas a la frente, saludándose con respeto. Cuando Hilo cruzó la mirada con el otro pedestal, se extendió entre ellos durante un instante una impresión de felicitaciones casi amistosas: los dos habían representado bien su papel. Sus auras de jade ardían una contra otra como carbones al rojo y acero fundido.

Tar y Woon los esperaban para acompañarlos fuera del escenario. Woon apoyó una mano firme en la espalda de Shae y la guio hacia la salida trasera, donde esperaban los coches, pero Hilo se detuvo por el camino para cruzar unas palabras con el canciller Son Tomarho. El corpulento político estaba pálido y sobrecargado de trabajo aquellos días; parecía haber ganado incluso más peso, y resolló un poco al llegar junto al pedestal. El mandato de Son como jefe del Consejo Real había estado plagado de violencia entre clanes, preocupaciones económicas y, en aquel momento, una escalada militar internacional y presiones extranjeras. Aunque aparentemente representaban los intereses del pueblo llano, la abrumadora mayoría de los consejeros estaba afiliada a alguno de los clanes principales; durante dos años, la guerra abierta entre Sin Cumbre y Montaña había cultivado un entorno político tenso y dividido en facciones, en el que la marea de la fortuna política podía cambiar con el desenlace de las batallas callejeras entre los huesos verdes. Estaba claro que el intento de gobernar un cuerpo político tan dividido no podía ser bueno para la salud. A Son le quedaban menos de dos años de su mandato de seis, e Hilo sospechó que estaba impaciente por abandonar el cargo.

—Canciller —dijo Hilo, forzando una sonrisa y poniéndole una mano en el amplio hombro—. Paz entre los clanes, como querías. Y los dos seguimos vivos.

—Ah, sí; bien. —Son carraspeó, incómodo—. Es cierto que no siempre pareció un desenlace esperable. En nombre del Consejo Real, me alegra felicitaros a ti y a tu hombre del tiempo por este logro; el país entero se siente agradecido y aliviado. —Se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en saludo—. Hoy ha sido un gran día,
Kaul-jen
.
—Un día de mierda para terminar un mes de mierda —gruñó Hilo después de cenar. Sirvió crema de arroz y coco en unos cuencos pequeños y los repartió por la mesa mientras Kyanla recogía los platos—. Al menos he rescatado a Teije.

—Un éxito que sin duda hará que se os proscriba para siempre, a ti y a todos los miembros del clan Sin Cumbre, en las islas Uwiwa —dijo Shae con sequedad—. Zapunyo se ha asegurado de que las imágenes de los policías uwiwanos muertos circularan por todos los noticieros del país, y por unos cuantos internacionales también.

—Shae —reprendió Hilo, mirando de reojo a su madre.

Para sorpresa de todos, Kaul Wan Ria habló:

—Es bien sabido que los uwiwanos son todos unos maleantes; hasta los policías son unos maleantes. No quiero ni pensar en lo que le podría haber pasado al hijo de la pobre señora Teije si no lo hubieras rescatado. Le salvaste la vida a tu tía,
Hilo-se
; se habría muerto de dolor si su hijo hubiera sufrido daño, y tan lejos de casa. Espero que aprenda la lección y se quede en Kekon de ahora en adelante.

Empezó a levantarse de la mesa. Wen acudió a ayudarla.

—¿No quieres postre, mamá? —preguntó.

—No. Cómetelo tú. Es bueno para el bebé.

Tradicionalmente era después de cenar cuando los huesos verdes de la familia debatían los asuntos del clan. Hilo recordaba que, cuando era pequeño, lo mandaban a jugar mientras el abuelo, Doru y su círculo interno se quedaban en el comedor fumando y bebiendo hoji, y su madre se retiraba a su cuarto a leer o ver la

televisión.

Hilo rodeó la mesa, pasando por detrás de Kehn y Tar, para abrazar a su madre antes de que se marchara. En aquellos días, las cenas con toda la familia presente eran escasas en la mansión Kaul.

—¿Estás bien en la casa de invitados? Será mucho más agradable cuando acabemos de arreglarla; renovaremos el suelo y los electrodomésticos. Sé que te gusta vivir en Marenia, pero deberías estar más cerca cuando llegue el bebé.

Desde la muerte de Lan, a Hilo le parecía que su madre había envejecido y se había encogido; había contratado personal que se ocupaba de la casa de la playa de la familia, hacía la compra y comprobaba que su madre estaba bien, pero era más seguro tenerla entre los muros de la mansión, y un nieto podría darle algo en lo que interesarse.

Su madre le dio unas palmaditas en el brazo. Hilo no insistió. Aunque a ella no le hiciera gracia abandonar la pacífica soledad de la costa a la que se había acostumbrado, él era ahora su hijo mayor y, sin duda, lo obedecería; tan solo tenía que darle las órdenes con amabilidad.

Cuando su madre se fue, Hilo se volvió a sentar y se comió el postre, no sin echar a Shae otra mirada de amonestación por su intencionada falta de tacto. Garantizar el acuerdo de paz entre los clanes había sido una victoria pública importante para el despacho del hombre del tiempo; Hilo sabía que su hermana había trabajado largas horas durante semanas gestionando los detalles de las negociaciones, pero eso no le daba derecho a criticarlo delante de sus propios hombres y de su esposa, nada menos.

—¿Sabéis qué me dijo Ayt Mada en Gohei? —Hilo recorrió la mesa con la mirada antes de volver a fijarla en Shae—. Que me rindiera. Que me arrodillara y jurara lealtad a Montaña, porque no soy el abuelo ni soy Lan, así que Sin Cumbre está jodido.

—Hilo-jen —dijo Kehn torciendo el gesto—, está intentando que dudes de ti mismo. Por mucho que no seas la Antorcha, o que seas distinto de

Lan-jen

, que los dioses los reconozcan, puedes ser un pedestal igual de fuerte e incluso mejor. Por mi parte, no puedo ser un cuerno como el que fuiste; solo puedo ser un cuerno a mi estilo.

Todos lo miraron, un poco sorprendidos por su sinceridad y su consideración.

—No te habría nombrado cuerno si no creyera que puedes hacer un buen trabajo —dijo Hilo—. Y hay una diferencia. Yo nunca recibí la bendición del abuelo ni de Lan.

—Nos tienes a nosotros —dijo Wen, poniéndole una mano en la pierna.

Hilo asintió.

—Eso es verdad. Y puede que sea lo único que tengo y que Ayt no tiene. Alrededor de esta mesa somos familia, así que no me da vergüenza reconocer que necesito vuestra ayuda. Por mi parte prometo escuchar lo que tengáis que decir, incluso si no estoy de acuerdo o tomo una decisión diferente. Y cuando así ocurra, será la palabra del pedestal y tendréis que respetarla. —La última frase estaba dirigida a su hombre del tiempo, que lo miró de reojo con la dosis adecuada de culpabilidad por su comentario sarcástico de antes.

—Bueno —dijo Tar, escarbándose los dientes con un palillo—, ¿nos dices ahora cuál es el verdadero plan?

—Lo que hemos acordado en Gohei es el verdadero plan —dijo Hilo con firmeza—, para todos los miembros del clan excepto los sentados a esta mesa. Quiero que se lo dejéis claro a todo el mundo. Mantendremos las fronteras que hemos acordado. Se acabaron las incursiones y los ataques en el territorio de Montaña; no se derramará sangre ni se tomará jade sin la aprobación de la familia. —«Por los dioses del cielo, sueno como Lan», pensó, molesto. Se fijó en la expresión escéptica de Tar y añadió—: Cumpliremos nuestra parte del trato porque necesitamos que Montaña cumpla la suya contra el contrabando. Un solo clan no puede proteger a la vez las minas y la costa. Así que eso tenemos que hacer: mantenernos en paz por ahora. Porque es evidente, por lo que pasó en Tialuhiya, que Zapunyo tiene intención de meterse en Kekon, y ese retaco uwiwano es tan ambicioso que cree que puede superar a los huesos verdes. Se esconderá en su mansión y usará a otros para que hagan el trabajo: policías, criminales, adictos, cualquiera a quien pueda pagar o intimidar. Eso quiere decir que meterá ratas en todo Yanlún, si no las ha metido ya.

—Tenemos nuestras propias ratas —Tar le recordó al pedestal.

—No las suficientes. —Hilo dirigió sus palabras a los dos hermanos Maik—. Necesitamos ratas blancas allí donde estén nuestros enemigos, y no hablo solo de las calles de Yanlún. Tenemos que andarnos con cien ojos a la espera del próximo movimiento de Montaña; Ayt intentará alguna argucia, vendrá a por nosotros de alguna manera que no esperemos y que no le haga quedar mal por haberse sentado a mi lado sonriendo a las cámaras. Y necesitamos gente de confianza en las islas Uwiwa, cerca de Ti Pasuiga o dentro, que nos proporcione información sobre los negocios de Zapunyo para que podamos desmantelarlos.

Los hermanos Maik asintieron.

—Zapunyo está lejos de ser el único interesado en las minas de jade del país —intervino Shae—. Y otros interesados tienen ejércitos. Los ygutanos y los espenios deberían preocuparnos más que Zapunyo.

Kehn se inclinó hacia delante y apoyó en la mesa los brazos cruzados.

—Los ygutanos no se atreverían a atacar Kekon con los espenios acampados en la isla de Euman.

—Eso no les está impidiendo comprar jade en el mercado negro a traficantes como Zapunyo, o de tapadillo a Ayt Mada, que ya tiene fábricas de shine en Ygutan para apoyar a sus contratistas secretos —señaló Shae—. Los espenios consideran Kekon su propia fuente de jade, y tendríamos un problema si deciden que su proveedor en tiempos de guerra no es bastante fiable.

—Los espenios son unos mierdas —exclamó Tar—. No pueden manejar el jade que ya tienen. Mira lo que está pasando ahí: quieren prohibir el jade, al margen del uso militar. Ni siquiera los miembros de los cuerpos especiales de la República de Espenia tienen permitido portar jade más de tres años, porque la adicción al shine los jode vivos; da cáncer o algo así, no lo sé. Alrededor de esta mesa hay más jade que el que tiene un pelotón de espenios entero. —Tar sacó un cigarrillo, pero Hilo se lo quitó. También le apetecía fumar, pero Wen decía que el humo en el aire era malo para el bebé. A cambio, le llenó un vaso de hoji; Tar lo aceptó a regañadientes—. En fin; la cosa es, que si esos sangreflojas intentan invadir Kekon, no podrán establecerse aquí. Les saldría demasiado caro, y a los espenios solo les importa el dinero.

—Son nuestro colaborador comercial más importante y nuestro aliado militar —dijo Shae—. Si queremos hacer crecer el lado comercial del clan, necesitamos ese mercado. Tienen formas de presionarnos o controlarnos sin necesidad de recurrir a una invasión. De hecho, ya lo están intentando.

—Entonces es una suerte que tengamos un hombre del tiempo que habla espenio y los vigila —dijo Hilo—. A los espenios se los puede aplacar o comprar, como hiciste el año pasado.

—Te creerás que fue tan sencillo —bufó Shae. Para diversión de Hilo, cruzó con Wen una mirada de conmiseración—. Eso me pasa por ser el hombre del tiempo en una cena familiar llena de antiguos puños.

—Venga, Shae, no seas así. —Hilo le pellizcó el brazo—. Tú puedes equilibrar las cosas, traer a la familia a alguien del lado del clan de la calle del Barco. Estoy seguro de que a mamá le gustaría que trajeras a cenar a Woon Papi. Es de una buena familia de huesos verdes, ¿verdad? Y tiene talento para los negocios.

Para jolgorio de Hilo, Shae parpadeó y empezó a ponerse colorada.

—Woon-jen es la sombra del hombre del tiempo —dijo envarada —. Nuestra relación es absolutamente profesional.

Hilo soltó una risilla y los Maik sonrieron con disimulo.

—Estoy seguro de que lo es para ti —concedió—. Oh, Shae, ¿cómo puedes ser tan inteligente para unas cosas y tan obtusa para otras? Supongo que es porque ya tienes a algún otro en mente. ¿Alguna familia del clan ha conseguido colocarte a un hijo en edad de merecer? —Se dio cuenta de que su sonrisa burlona empezaba a avergonzar y enfurecer a su hermana, y eso mejoró considerablemente su humor; no porque quisiera provocar una discusión, sino porque le hizo sentir una curiosa nostalgia de todas las veces que se peleaban cuando eran niños. Además, un rato antes ella había estado dándose aires de superioridad.

Hilo hizo una pila con los cuencos del postre. Kyanla llegó de la cocina para llevárselos y les trajo una tetera. Mientras Wen servía el té a todos, Hilo se recostó en la silla.

—Ya está bien de bromas —dijo—. Hoy hemos firmado la paz con Montaña, como he dicho. —La sonrisa se le borró de la cara y siguió hablando con voz seria—: Cuando nos pongamos en

movimiento, no podemos quedarnos a medias. No podemos herirlos y declarar otra maldita guerra; hay que talar el árbol de un hachazo. Eso quiere decir que tenemos que pensar cómo hacerlo. Cuando actuemos, tenemos que estar en una posición de fuerza; nuestra gente, nuestros negocios, todo. Ayt estuvo trazando planes durante años antes de mostrar sus cartas, e hizo bien: estuvo a punto de conseguir lo que quería y nos causó mucho daño. Pero seguimos aquí y es nuestro turno. Todos los presentes somos familia, así que sabemos que lo que ocurrió en aquel estrado fue puro teatro.

Hizo una pausa y recorrió la mesa con la mirada. Nadie dijo nada. Todos seguían observándolo y las auras de jade emitían un zumbido uniforme, sin indicar sorpresa.

—Montaña tiene debilidades que no conocemos —prosiguió—. De lo contrario no habrían aceptado la tregua. Tenemos que descubrir cuáles son esos puntos débiles, nos lleve el tiempo que nos lleve. Entonces planearemos la forma de matar a Ayt Mada y a sus seguidores y destruir su clan.

A la mañana siguiente, Hilo se despertó descansado, pero vagamente inquieto. Había repasado mentalmente la conversación en torno a la mesa antes de quedarse dormido. Quizá la población de Yanlún emprendiera aquel día más contenta, sabiendo que los clanes estaban oficialmente en paz, pero Hilo se sentía como siempre. Cuando era cuerno había visto a puños entablar duelos por el jade, a macarras y camellos apuñalarse por las mejores esquinas, a perros y vagabundos pelear por comida. Sabía muy bien que las situaciones de tablas y los compromisos siempre se rompían. La paz duradera solo surgía de una victoria inapelable.

Mientras pensaba en la forma de acabar para siempre con Montaña, no le cabía duda de que, al otro lado de la ciudad, Ayt Mada estaba planeando la forma de hacerle lo mismo a él. Aún no sabía de qué manera aplastar a Montaña tan concienzudamente que pudiera estar seguro de que jamás volvería a ser una amenaza para su familia. Parecía una tarea insalvable; ni siquiera estaba seguro de que su abuelo o Lan hubieran sabido ejecutarla, pero, en última instancia, la supervivencia de Sin Cumbre dependía de ello. Para acabarlo de arreglar, habían surgido otros rivales y amenazas en los que también tenía que pensar. Era un rompecabezas con

demasiadas piezas, y todas estaban en la sombra.

Se acurrucó junto a Wen y le abrazó el vientre hinchado. Si se concentraba, podía Percibir la minúscula vida que crecía en su interior; un tamborileo débil, rápido, como el pulso de un ratón anidado bajo la energía ya familiar de su esposa. Le encantó y lo excitó pensar en Wen haciendo crecer a su hijo dentro de su cuerpo. Empezó a acariciarla, amablemente pero con algo de impaciencia, acunando sus pechos en el hueco de la mano y haciendo girar los pezones con los pulgares, bajando la mano por la curva de la cadera, por las nalgas y entre las piernas. Empujó su erección entre los muslos de ella. Wen se giró hacia él y le dirigió una sonrisa adormilada, apretándose. Hilo le sacó el camisón por la cabeza, la puso de lado y le hizo el amor, quizá con un poco más de cuidado de lo habitual a causa del bebé, aunque sabía que no tenía nada de lo que preocuparse.

Después, mientras él estaba tumbado de espaldas y mucho más relajado, Wen le dijo:

—Quizá Tar tenga razón y es poco probable que Espenia invada Kekon directamente, pero la gente está nerviosa. Durante años hemos estado encantados de aceptar el dinero extranjero para levantar el país, pero ahora, por primera vez, la gente se está dando cuenta de que eso quiere decir que los extranjeros tienen algo que siempre nos ha pertenecido. —Se apoyó en los codos—. Empiezan a preguntarse si nuestras decisiones nos han puesto en peligro. Puede que al comerciar con el jade hayamos perdido el alma o enfurecido a los dioses. Las personas asustadas toman malas decisiones.

Hilo se tumbó de lado para mirarla, desconcertado.

—¿Por qué haces siempre esto? Cuando estábamos hablando anoche, te quedaste callada y no comentaste nada. Ahora estamos en la cama y quieres hablar de los negocios del clan. Si tienes algo que decir, ¿por qué no lo dices en su momento?

Wen apartó la mirada y apoyó la barbilla en los antebrazos cruzados; para sorpresa de Hilo, pareció un poco dolida por la pregunta.

—No me corresponde. No soy huesos verdes.

—Tampoco eres como mi madre, que se va en cuanto empieza la conversación. No eres huesos verdes, pero eres mi mujer. Aquí todos somos familia; deberías hablar si quieres.

Wen guardó silencio un momento.

—Prefiero hablar contigo a solas —dijo al fin. Se giró para mirarlo y apoyó la cabeza en el brazo doblado—. Cuando estamos a solas puedo decir todo lo que pienso. Sé que me escucharás, aunque no estés de acuerdo. Trato con mucha gente corriente: comerciantes, contratistas, oficinistas, estudiantes. —Wen había convertido su talento para la decoración en un trabajo como asesora de inmobiliarias afiliadas al clan, y estaba estudiando en la Universidad Pública de Yanlún para progresar profesionalmente—. Así que te estoy diciendo lo que oigo por ahí.

Hilo la acercó hacia sí y le apoyó la cara en el pecho.

—Cuando llegue el bebé tendrás otro trabajo con el que entretenerte, así que no tendrás tiempo para preocuparte tanto por el mío.

—Siempre me preocuparé —dijo Wen—. Aunque sé que no hay ningún hombre más verde que mi marido. Cada vez que veo todo esto… —Pasó los dedos por la clavícula y el pecho de Hilo, acariciando cada piedra de jade—. Da igual lo orgullosa que esté, pienso en el peligro que corres, en todos los enemigos que tenemos.

—Nunca dejaré que se te acerquen —prometió Hilo—. Ni a nuestros hijos.

Se besaron y se acariciaron un rato más, y justo cuando Hilo estaba pensando en levantarse porque tenía mil cosas que hacer, Wen habló en voz baja:

—Eyni me ha contestado. Le escribí una carta muy larga y la eché al correo de inmediato. Le di noticias de toda la familia y le pedí que viniera a visitarnos con su novio y su hijo. Sé que la correspondencia de ida y vuelta de aquí a Stepenland lleva su tiempo, pero, aun así, tardó más de un mes en contestar y solo escribió unas pocas frases.

Hilo apoyó la espalda en la cabecera de la cama. Wen rara vez sonaba tan furiosa; normalmente mostraba una disposición amable y cariñosa, pero cuando estaba enfadada, podía ser extremadamente testaruda y reservada sobre los motivos de su descontento. Tuvo que azuzarla para que diera más detalles.

—¿Y? ¿Qué decía?

—Me daba las gracias por tomarme la molestia de escribir, pero me decía que no volviera a contactar con ella. —Wen se sentó junto

a él; sus ojos llameaban de indignación—. ¿Por qué diría algo así? Nos conocíamos personalmente. No éramos muy amigas cuando estaba casada con Lan, pero solo porque nunca tuvimos oportunidad de conocernos bien. No entiendo por qué ha sido tan grosera.

—Ya te lo dije; Eyni siempre fue muy estirada. —Hilo siempre había considerado a su cuñada superficial y egoísta; alguien a quien le gustaban la ropa buena, el teatro, el vino y el renombre de ser la esposa de un pedestal, pero que a un nivel más profundo no encajaba en la familia Kaul. Había hecho todo lo posible por respetarla, pero tenía la clara sensación de que ella lo miraba por encima del hombro y lo consideraba el chiquillo zafio que probablemente era, y jamás hizo el menor esfuerzo por hablar con él. Lan seguramente apreciaba el intelecto culto y la cara bonita de Eyni, pero Hilo no se sorprendió, y en secreto se sintió aliviado, cuando se rompió el matrimonio.

—Esta vez tienes que escribirle tú —insistió Wen—. Si conmigo no tiene la cortesía de contestar como es debido, al menos deberá tenerla con el pedestal del clan.

—Me parece que ya hemos hablado de eso —dijo Hilo, pero al ver la expresión decidida de su mujer, cedió—. No creo que suponga diferencia alguna, pero de acuerdo.

Wen asintió, satisfecha, aunque era obvio que seguía enfadada.

—Si no se toma la molestia de venir, tendrás que ir a verla en Stepenland. Aunque el viaje sea largo, podría valer la pena. —Ante la expresión dubitativa de Hilo, añadió—: Siempre has dicho que lo mejor es verse cara a cara.

# Capítulo 14
# Un favor a un viejo guerrero

Tres días después de la rueda de prensa, Shae salió de Yanlún acompañada solo por Woon y Hami. Llegaron al pueblo de Opia a última hora de la tarde. Como era habitual en la estación lluviosa, una niebla espesa había descendido desde las montañas, ocultando las copas de los árboles y reduciendo la visibilidad en la carretera serpenteante que llevaba al poblado. Opia constaba de unas pocas docenas de edificios de madera y adobe apoyados unos contra otros en ángulos irregulares, aferrados con tenacidad a la empinada ladera. Las gallinas reposaban en las esquinas de los bajos tejados de aluminio corrugado. Un chiquillo descalzo acompañado por un perro de color canela observó a los tres huesos verdes que se apeaban del Cabriola
LS
rojo de Shae; soltó un grito, dio media vuelta y desapareció a la carrera por un estrecho camino de adoquines.

Woon fue junto a Shae, quien le dirigió una mirada un poco más larga de lo normal. Desde que Hilo la había estado pinchando en la cena del otro día, no podía evitar preguntarse si su hermano tendría razón, si Woon albergaba hacia ella sentimientos que había pasado por alto o que había descartado tomándolos por una actitud protectora en el cumplimiento de su deber. Le resultaba extraño ver a su jefe de gabinete sin el traje de negocios y con una espada luna a la cintura; no parecía el mismo hombre de la calle del Barco. A juzgar por la expresión insegura de los ojos de Woon, él pensaba lo mismo al mirarla a ella.

Woon había sugerido que los acompañaran unos cuantos hombres del cuerno, pero Shae se había negado. Consideraba aquello una tarea casi personal, una responsabilidad de la oficina

del hombre del tiempo. Los dos lados del clan dependían uno del otro, pero también había entre ellos un sentimiento de competición.

El niño del perro debía de haber anunciado su llegada, porque los residentes de las casitas se asomaron a las puertas. «¡Huesos verdes! ¡Venid a verlos!», había oído Shae susurrar emocionado al chiquillo. Los lugareños vestían sayos de algodón lisos o de cuadros; los observaban en silencio con cauteloso respeto y se llevaban las manos a la frente en saludo cuando Shae y los dos hombres pasaban por delante. Opia parecía un lugar sacado de otra época, o quizá era simplemente que el tiempo se había olvidado de ella en su avance implacable. La niebla, que ocultaba el paisaje, hacía que todo pareciera más lejano y misterioso. Costaba creer que aquel lugar estaba a solo noventa minutos por carretera de la metrópoli de Yanlún.

Hami miraba a un lado y a otro, alerta. Viendo el bulto que le marcaba la pistola bajo la chaqueta de cuero y el cuchillo garra envainado sujeto al cinturón, Shae podía imaginar sin problema el aspecto que había tenido su jefe de los hacedores de fortuna cuando era puño, antes de pasarse al área corporativa.

—Parece que Montaña decía la verdad —dijo Hami—. No hay otros huesos verdes en los alrededores.

La Percepción de Shae le había dicho lo mismo; la extendió en varias direcciones, explorando las energías apagadas de los lugareños, hasta que encontró la conocida aura de jade que buscaba: justo delante, en una casita de tablas del final de la calle. Había algo diferente en el aura, aunque no sabía qué exactamente.

Shae se acercó a la casita y empujó la puerta, que se abrió con un chirriar de bisagras. Entró en una pequeña estancia iluminada por una bombilla solitaria que colgaba del techo.

—Tío Doru… —dijo.

El antiguo hombre del tiempo estaba sentado junto a una mesa plegable colocada en la zona de la cocina, acurrucado y envuelto en una gastada bata marrón sobre una camiseta blanca de tirantes y unos pantalones de chándal grises. Una chica de unos trece años, Shae supuso que la hija de alguien del pueblo, estaba inclinada delante de él y vertía agua caliente en una jofaina, a sus pies. Cuando entró Shae, la niña se sobresaltó y dejó caer la toalla que sostenía.

—Shae-se —dijo Doru con voz chirriante. Una sonrisa le arrugó la cara—. Me alegro de verte. —Miró detrás de Shae—. Ah,
Hami-jen
y
Woon-jen
. Esto es mucho mejor de lo que esperaba.

—Vete —ordenó Shae a la muchacha, que miró indecisa a Doru.

—Sí, vete con tus padres,
Niya-se
—dijo él con tono cariñoso—. Os agradezco de corazón vuestra amabilidad con un viejo huesos verdes estas semanas. Los dioses observan y sin duda os sonreirán a tu familia y a ti.

La niña dejó en el suelo el cubo vacío y se apresuró a salir, con la mirada fija en los pies todo el tiempo. Shae la miró mientras se iba. Bajo la fina tela del sayo se le marcaban las vértebras y los pequeños bultos de sus pechos adolescentes. Se volvió hacia Doru.

—Eres un desgraciado.

—No durante mucho tiempo,
Shae-se
. Para eso has venido, ¿no? Para impartir la justicia del clan. —Doru metió los pies en el agua caliente y suspiró—. Aquí hace frío por la noche; mucho más que en la ciudad, aunque no esté muy lejos. Recuerdo esta clase de frío, pero era más joven y no me molestaba tanto. —Una expresión nostálgica le suavizó la mirada—. Durante la guerra, el campamento principal de la Sociedad de la Montaña estaría a…, ah, unos ocho kilómetros hacia el sur. —Señaló a lo lejos con un gesto vago—. Pero el terreno era mucho más escarpado, y la carretera a Yanlún no estaba tan bien asfaltada como ahora. Opia era nuestro punto de referencia. En la isla de Kekon no hay patriotas más sinceros que estos sencillos campesinos,
Shae-se
. Nos escondían de los soldados shotarianos, nos curaban las heridas y nos llevaban comida y suministros al campamento. Fueron sin duda los primeros linternas, mucho más que todos los ejecutivos de empresas de ahora, los que me regalaban plumas lujosas y botellas de hoji.

—E incluso ahora te siguen escondiendo —dijo Shae. Pasó la mirada por la estancia que hacía las veces de cocina y sala de estar.

Solo había una habitación más, con una cama estrecha. Al otro lado de la ventana solitaria, el cielo empezaba a oscurecerse.

—Solo mientras han podido. —Doru se encogió de hombros—. Sabía que Montaña me entregaría a Sin Cumbre antes o después. Colaboré con ellos durante años, usando mi posición como hombre del tiempo y la influencia que tenía sobre Kaul Sen y Lan, que los dioses los reconozcan, con la única esperanza de encontrar una solución pacífica para todos. Cuando salí de Sin Cumbre y la paz dejó de ser posible, ¿de qué le servía yo a nadie? Pero agradezco que seas tú quien ha venido a por mí y no ese bestia de Maik Tar.

Shae observó al que había sido el amigo más cercano de su abuelo y su consejero, que había sido un complemento omnipresente de su familia desde antes de que ella naciera. Yun Doru parecía incluso más frágil y arrugado que la última vez que lo había visto, despojado del jade y prisionero en su propia casa, hacía más de un año. Tenía el pelo ralo y casi totalmente blanco, y las cuencas de los ojos hundidas en la cara alargada; su piel mostraba a la luz de la bombilla una palidez enfermiza salpicada de sombras oscuras.

—Me estoy muriendo, ¿sabes? —dijo Doru con absoluta indiferencia. En el momento en que pronunció esas palabras, Shae supo que eran ciertas; podía Percibirlo en la flacidez enfermiza del aura de jade del anciano—. Cáncer de hígado. Muy avanzado, me han dicho. —El antiguo hombre del tiempo sonrió débilmente—. Espero que no hayáis tenido que pagar mucho por mi vida; vale muy poco ya. Y ahora que Kaul Sen se ha unido a nuestros camaradas en el más allá, será un alivio seguirlo por fin. Has venido para hacerle un favor a un viejo guerrero. Lo único que te pediré es que hablemos un momento a solas.

Shae vaciló; luego se dirigió a Woon y Hami.

—Esperad fuera.

—Shae-jen… —protestó Woon, pero la dura mirada de Shae le indicó que iba en serio.

—Esperad fuera. Yo me encargo.

—Tienes más de lo que mereces —le dijo Hami a Doru con lástima y disgusto.

Los dos hombres salieron. Shae y Doru se quedaron a solas. Doru sacó los pies de la jofaina y se los secó con la toalla que había

soltado la niña. La ventana se había empañado con el vapor, y Shae captaba el aroma de las sales aromatizadas.

—Quiero que sepas —dijo Doru— que tenía toda la intención de cumplir la promesa que te hice. Me habría quedado voluntariamente como un prisionero sin jade en mi propia casa para acompañar a Kaul Sen en sus últimos días. —Los labios le temblaron, y Shae sintió la pulsación de la pena en la debilitada aura—. Era un gran hombre, el huesos verdes más grande de nuestra generación, y un amigo muy querido, que los dioses lo reconozcan. Si rompí mi palabra, fue porque él insistió y yo jamás lo habría desobedecido.

Doru introdujo los pies descalzos en unas zapatillas y, con un crujido doloroso, se levantó y se dirigió a un ajado sillón amarillo mientras se ataba la bata a la cintura. En aquel momento parecía tan frágil que Shae tuvo que reprimir un extraño impulso de ayudarlo.

—¿Qué les diste a los de Montaña cuando fuiste con ellos? —preguntó.

—Nada, Shae-se, aunque no por que no lo intentara. —Doru se sentó con cuidado en el sillón, haciendo una mueca por algún dolor invisible—. Acudí a Ayt Mada cuando parecía que Montaña iba a ganar la guerra porque tenía la esperanza de poder negociar vuestra seguridad. Ofrecí mi conocimiento de los negocios de Sin Cumbre, y ayuda en la fusión operativa y financiera cuando Montaña saliera victorioso, con la condición de que no os hicieran daño. Pedí lo mismo para Anden, porque sabía que tú lo querrías. Ayt se negó. Después de lo que la enfurecisteis, no tenía ninguna intención de dejaros con vida.

»No sabes lo aliviado que me sentí cuando Hilo cambió las tornas en la guerra callejera, aunque aquello significara que no me necesitabais ni teníais lugar para mí. Montaña me permitió quedarme en Opia y ocuparme de mi salud. Al principio pusieron guardias, en teoría para protegerme, pero lo cierto es que era un prisionero; más de mi propio cuerpo que de ninguna otra cosa. —Tosió, un sonido largo, profundo y quebradizo, y luego miró a Shae con ojos despejados y expresión seria—.

Shae-se

, incluso en este lugar me entero de cosas; siempre he sabido leer

las nubes. Cuando oí que los clanes declaraban una tregua, me sentí agradecido, créeme. Pero jamás estaréis a salvo mientras Ayt gobierne el clan Montaña.

Aquellas palabras hicieron que Shae sintiera las manos y los pies helados.

—¿Qué debería hacer?

—Para conservar el poder hay que negárselo a los demás. Ayt no tiene heredero. En el clan Montaña hay familias destacadas que tienen la esperanza de sucederla, que la siguen como una manada de lobos esperando a que tropiece. La familia Iwe pertenece al círculo interno leal, y los Ven son ricos, pero la familia Koben es la que más tiene que ganar y su reivindicación es la más fundada. Ayt es un pedestal fuerte, pero sigue siendo humana, y es una mujer. Busca la manera de aliarte con su sucesor. En tu mano está acabar con la guerra entre los clanes y encontrar la forma de alcanzar una paz auténtica. —Doru tosió otra vez; parecía neumonía—. Aparte de eso, solo tengo el consejo de un viejo hombre del tiempo a otro nuevo: escucha a todos, pero lee las nubes por ti misma.

Shae sintió que la voz se le atascaba en la garganta.

—¿Tienes algo más que decir,

Doru-jen

? —Había llegado el momento; Shae apoyó la mano en la empuñadura de la espada luna, pero no la desenfundó aún.

Doru se llevó una mano al cuello y se quitó una cadena de la que colgaban cuatro piedras de jade. La sostuvo en sus manos arrugadas y de largos dedos durante un momento, con los ojos brillantes.

—Este jade perteneció a tu abuelo —dijo—. Pertenece a la familia Kaul. —Lo dejó en una mesita de madera. Su aura de jade se disipó como el humo que brotaba de un leño chamuscado; en la Percepción de Shae solo quedaron los lentos latidos de su corazón y la respiración sibilante.

Sentía los brazos pesados. Aquel encuentro no había ido como ella lo había imaginado. Había pasado años odiando a Doru. Por el camino se imaginaba actuando con decisión y fría justicia para corregir el error que había cometido al perdonarle la vida anteriormente. No esperaba encontrárselo enfermo y sufriendo, ya con un pie en la tumba. Era hora de actuar, pero se quedó en el

sitio, incapaz de moverse. Doru era un viejo pervertido y taimado y había cometido la más alta traición concebible hacia el clan, pero al verlo juntar las manos en el regazo y mirarla con tranquila expectación, recordó que había sido como un tío para ella; que había sido el mejor y más querido amigo de Kaul Sen.

Sintió un dolor en el pecho, un pesar que parecía extenderse por sus extremidades y convertirlas en plomo. No podía matar a Doru. Su abuelo, que los dioses lo reconozcan, jamás la perdonaría.

El antiguo hombre del tiempo dejó escapar un suspiro extrañamente satisfecho.

—Ah, Shae-se, me temo que tienes algo que aprender de tu enemiga Ayt Madashi. Para dirigir un clan de huesos verdes, en ocasiones hay que ser frío como el acero. —Doru giró en el asiento y abrió el cajón de la mesita—. Aun así, me alegra ver que a pesar de todas las formas en que he perdido tu respeto, tu corazón todavía guarda un poco de ternura hacia tu viejo tío. Eras la favorita de tu abuelo, y también la mía; nunca quise causarte problemas ni dolores.

Shae se dio cuenta de lo que Doru estaba a punto de hacer un instante antes de sacar la pistola, se metiera el cañón en la boca y apretase el gatillo.

La puerta de la casucha se abrió de golpe y Woon entró a la carrera, con la espada luna desenvainada y el aura de jade llameando de alarma. Gritó algo que Shae no oyó: la reverberación del disparo había convertido su mundo en un lugar silencioso. El cuerpo de Doru había caído hacia atrás en el sillón y allí quedó desplomado, flácidas las largas extremidades y la cabeza inclinada, colgando del delgado cuello. Trozos ensangrentados de cráneo y sesos salpicaban el respaldo del sillón. El corazón de Shae latía tan desbocado que sentía el pulso en la garganta. Doru había actuado rápidamente y sin vacilación, tan deprisa que Shae ni siquiera había podido Percibirlo. Para su sorpresa y vergüenza, notó que las lágrimas pugnaban por brotarle de los ojos.

Hami entró y observó el cadáver, pero no dijo nada. Era evidente lo que había ocurrido: Shae había fallado, pero Doru había aceptado la justicia del clan de todas formas.

—Coged el jade de la mesa; pertenece al clan —dijo Shae. No podía acercarse al cadáver y reclamarlo para sí; no lo merecía. Se

giró hacia la puerta y salió. Oyó que Woon la seguía, pero Hami se quedó atrás. Shae se daba cuenta de que había deteriorado el respeto que sentía por ella; lo entendía. El grupo de campesinos apiñado en el exterior retrocedió al verla salir y le dejó espacio mientras se acercaba—. ¿Quién es el jefe de este poblado? —preguntó.

Se adelantó un hombre barbudo de mediana edad vestido con un peto y una gorra plana. Se llevó con preocupación las manos unidas a la frente y se inclinó en saludo.

—Gracias por ofrecer a un viejo huesos verdes vuestra amabilidad y hospitalidad en sus últimos días —dijo Shae en voz suficientemente alta para que todos la oyeran—. Si su presencia os ha causado alguna molestia, os ofrezco las disculpas y el agradecimiento del clan.

El cacique miró a sus paisanos y luego se volvió hacia ella. Ya había oscurecido, y Shae no pudo interpretar con claridad su expresión a la luz de las lámparas de queroseno que colgaban de pértigas delante de las casas.

—Siempre hemos dado comida y refugio a cualquier huesos verdes que necesitara nuestra ayuda —dijo el cacique. No preguntó qué había pasado en la casita. Era una costumbre grabada a fuego por las décadas de guerra y ocupación: los campesinos de Kekon ayudaban y acogían a los huesos verdes sin decírselo a nadie ni hacer preguntas; era lo mejor para evitar que los torturasen los soldados shotarianos. Los habitantes de Opia cumplían al pie de la letra esa tradición.

Shae le puso en las manos un sobre con dinero. Con toda seguridad era más del que el poblado había visto en años.

—Enterradlo en las montañas, cerca del viejo campamento rebelde que hay al sur —les dijo a los campesinos—. Grabad estas palabras en su tumba: «Aquí yace un huesos verdes, un guerrero de Kekon».

# Capítulo 15
# Ratas en el Resplandor Celestial

Una vez a la semana, Wen pasaba la tarde en la casa de baños y salón de té Resplandor Celestial, un local exclusivo para mujeres situado una manzana al oeste de la calle 20, en el distrito de Sogen. Aquella parte de la ciudad había sido territorio de Montaña; durante la guerra de clanes, Sin Cumbre la conquistó, pero hacía casi tres meses, Hilo se la había devuelto a Montaña como parte del acuerdo de tregua entre los clanes. Nada de aquello parecía haber afectado a los que trabajaban en el Resplandor Celestial ni a sus clientes. Los propietarios tenían dos linternas, una blanca y otra verde claro, y cambiaban la que colgaba en el escaparate según quién tuviera la jurisdicción. Pagaban el tributo simbólico, tal como se les exigía, y el negocio no había sufrido ningún daño en los periodos de violencia callejera. El Resplandor Celestial era una sede social para las esposas, y un lugar al que acudían las turistas para relajarse después de pasear por el cercano barrio Monumental. No era demasiado valioso, y ningún huesos verdes cometería la indignidad de atacar un salón de té femenino, del mismo modo que jamás se los vería peleando por una guardería o una funeraria.

Así pues, aunque Wen se había adentrado trescientos metros en territorio enemigo, no le preocupaba. El guardaespaldas que la había llevado le abrió la puerta del Lumezza 6C verde descapotable que su marido le había comprado como regalo de bodas. Un coche hermoso, aunque poco práctico. Ya estaba sudando cuando acabó de cruzar la acera y subir los escalones embaldosados de la entrada; estar embarazada de siete meses en Yanlún en verano era una desagradable ordalía. Cuando estuvo dentro del local, se anunció en el mostrador de entrada y la condujeron a una cabina del vestuario, donde se desnudó y guardó sus pertenencias, y de allí pasó a la sala

privada adjunta y se instaló en una camilla acolchada para hacerse una limpieza dérmica de cuerpo entero y recibir un masaje prenatal. Cinco años antes, cuando trabajaba con sueldo de secretaria en un pequeño bufete de abogados y vivía en un apartamento abarrotado de Pau Pau, jamás se habría podido permitir un lujo como aquel. Ser la mujer de un pedestal tenía sus ventajas. No era algo a lo que hubiera aspirado nunca; esperaba seguir siendo la esposa del cuerno: una posición que también le granjeaba respeto, pero más anónima y que requería una fortaleza emocional y una autosuficiencia considerables, pues el trabajo del cuerno era peligroso e imprevisible y le exigía marcharse de casa a cualquier hora. Lina poseía aquellas admirables cualidades, y ese era el motivo por el que se la había presentado a Kehn.

Pero ser la esposa del pedestal implicaba mucha visibilidad. Obligaba a Wen a acompañar a su marido a actos de alcurnia o funciones patrocinadas por el clan, y que la fotografiaran. Era muy consciente de que cada vez que aparecía en público al lado de Hilo se posaban en ella miradas que la juzgaban, y las mentes mezquinas que acechaban tras estas pensaban que Kaul Hiloshudon, segundo hijo de Sin Cumbre y pedestal del clan, podría haber conseguido algo mejor que una esposa ojos de piedra, una presunta bastarda de una familia de mala reputación. Era bastante guapa, sí, pero mujeres guapas las había a montones.

No estaba dispuesta a convertirse en el punto débil de Hilo, a que la explotaran o la usaran contra la familia desde dentro o desde fuera de Sin Cumbre. Se esforzó lo indecible por conocer a todos los miembros de importancia del clan, especialmente a aquellos que pudieran estar resentidos por el veloz ascenso social de los Maik. Vestía de forma impecable; se cuidaba el cuerpo. Su salud era muy importante. Tenía la esperanza de poder volver a dedicarse algún día a su trabajo de decoradora, pero durante los años siguientes tenía responsabilidades mayores como esposa y madre. El clan no era solo gente, jade y dinero. Era una idea, un legado que conectaba el pasado con el presente y el futuro. La fuerza de la familia era una promesa. Lan había muerto y su hijo estaba muy lejos, aunque Wen esperaba que esto último cambiara pronto. Shae no iba a tener hijos de momento. Kehn y Lina aún no estaban casados, y Wen no sabía qué hacer con Tar. Los Teije estaban emparentados con los Kaul,

pero no eran importantes. Saber que su contribución al clan era vital, y algo exclusivo suyo, daba a Wen un sentimiento de satisfacción anticipada, mayor incluso que el brillo normal de una futura madre. El bebé le pateó las costillas y giró como una montaña en su abdomen:

—Su hijo ya es todo un atleta, señora Kaul —comentó la masajista, sonriendo.

Refrescada tras el tratamiento, Wen se dio una breve zambullida en la piscina de aguas termales, se duchó y se puso unos pantalones cómodos, una camiseta de tirantes y una bata de franela. Fue al salón de té y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas frente a una mesa baja, en una de las hornacinas apantalladas que tenían como objetivo crear sensación de tranquilidad y retiro del ajetreo de la vida cotidiana en la ciudad. Maceteros con frondosos helechos y plantas de hojas anchas creaban un pequeño jardín interior, y de fondo se oía el burbujeo placentero de una fuente de piedra. Casi todas las demás mujeres de la casa de baños eran mayores que Wen; algunas estaban tranquilamente a solas con un libro o un periódico; otras charlaban con amigas o jugaban al ajedrez circular o a las cartas. Wen pidió un bollo de sésamo y un vaso de té especiado frío con limón. La camarera, una mujer regordeta que se comportaba como una abuela, le dirigió una sonrisa de complicidad y le llevó el limón entero, cortado en delicadas cuñas dispuestas en un platito. La creencia popular afirmaba que chupar cada día el zumo de un limón entero garantizaba el nacimiento de un varón. También lo garantizaban los paseos diarios al amanecer (al anochecer si lo que se quería era una hija), comer picante y engendrar al hijo en ciertos días designados (que se determinaban mediante tablas zodiacales que relacionaban la fecha de nacimiento del padre y la madre). Wen no era supersticiosa (tenía poco sentido para un ojos de piedra) y dejaba los rezos a los dioses para su cuñada, pero de todas formas sonrió y le dio las gracias a la mujer, y esperó a que se fuera para deshacerse del limón en una maceta cercana. El sexo del bebé ya estaba definido; ¿para qué agriarse la boca por nada?

Una mujer delgada de su edad aproximada se le acercó y miró con nerviosismo a su alrededor antes de sentarse a la mesa. Wen habló con voz baja y preocupada.

—¿Qué tal vas, Mila? ¿Y tu hija?

La mujer apartó la mirada y se retorció las mangas. Wen sintió lástima por ella.

—La he mandado unos días a casa de una amiga —musitó Mila.

—Eso está bien —dijo Wen, amable—. Estás haciendo todo lo posible por mantenerla a salvo. Es todo lo que puede hacer una madre. —Cuando Mila se frotó los ojos y asintió, Wen añadió—: ¿Qué tienes?

La mujer sacó un sobre del bolso y se lo pasó por encima de la mesa a Wen, que se lo guardó en el bolso sin mirar el contenido. Mila se retorció las manos en el regazo y habló apresuradamente:

—El nuevo hombre del tiempo, Iwe Kalundo, se hizo cargo de la oficina la semana pasada. Ha estado reuniéndose con los principales linternas del clan, uno tras otro. Encontré su agenda del mes desatendida en la mesa de su secretaria y la fotocopié.

—Gracias. —Wen le dio a Mila un sobre sin marcas lleno de dinero; desapareció rápidamente en el bolso de la mujer. Akul Min Mila era una secretaria de departamento de bajo nivel de la oficina del hombre del tiempo del clan Montaña, también situada en el barrio Financiero, cinco kilómetros al norte de la oficina de Kaul Shae en la calle del Barco. Estaba casada con un borracho violento que solía darles palizas a su hija de ocho años y a ella. Su marido provenía de una familia con buenos contactos dentro de Montaña; Mila temía represalias si se lo contaba a alguien del clan. Estaba ahorrando en secreto el dinero que le pagaba Sin Cumbre a cambio de la información que robaba de la oficina, para poder coger a su hija y escapar con sus únicos parientes, que vivían en Toshon, en el extremo sur del país.

Cuando la rata se levantó para marcharse, Wen le dijo:

—Mila, no te apresures ni corras riesgos innecesarios. Has sobrevivido hasta ahora; asegúrate de que cuando te vayas para siempre, nadie sospeche de ti.

La mujer vaciló, se mordió el labio y miró a Wen con una especie de gratitud acorralada. Luego asintió, se volvió y se fue. Mila no estaba demasiado informada sobre los negocios de Montaña y no siempre sabía qué buscar; copiaba cualquier cosa que viera por ahí cuando se presentaba la oportunidad. Parte de lo que le daba a Wen era útil; mucho de ello, no. Pero estaba motivada. En aquella ocasión, Wen se sintió cautamente optimista; la agenda detallada de

reuniones del nuevo hombre del tiempo de Ayt Mada podría arrojar luz sobre las prioridades y los principales integrantes de Montaña.

Bebió un trago del té especiado y se frotó los hinchados pies. A lo largo del último año, Kaul Shae y ella habían descubierto y cultivado un puñado de informantes. Era como había dicho Hilo a Kehn y Tar en la cena: Sin Cumbre necesitaba ratas en todas partes, no solo en la calle y no solo en el lado del cuerno. La casa de baños femenina era quizá el lugar más invisible en el que Wen podía reunirse con los espías; allí rara vez se veían huesos verdes, y las que había (jóvenes estresadas que necesitaban descansar un rato de la tarea de mantenerse a la altura de sus equivalentes masculinos) recibían sus tratamientos faciales o sus masajes y se marchaban sin remolonear por la casa de té. Los propietarios eran plenamente conscientes de que estaban en una zona fronteriza y no tenían nada que ganar traicionando a alguno de los clanes y poniendo en peligro su ventajosa posición de negocio sin apenas importancia. Y aunque el hombre del tiempo de Sin Cumbre no podía pasar una cantidad sospechosamente grande de horas recibiendo servicios de tratamientos corporales, a nadie le llamaba la atención que la esposa del pedestal se dedicara a mimarse.

Wen se había planteado contarle a Hilo lo que estaba haciendo. Quizá eso le demostraría que era seria y capaz de involucrarse a fondo en los asuntos del clan, e incluso si él no lo aprobaba al principio, acabaría dándose cuenta de la enorme utilidad de sus actos y acabaría mostrándose de acuerdo. Hilo aceptaba a la gente como era; jamás la había hecho sentirse avergonzada por la caída en desgracia de sus padres entre los dos clanes principales, por su presunto nacimiento ilegítimo ni por su condición de ojos de piedra. Por ello lo amaba fieramente. Odiaba guardarle secretos. Pero para Kaul Hilo existía una línea bien marcada que delimitaba las obligaciones y el destino de cada persona en el mundo; una línea trazada con jade.

Cuando se quedó embarazada, Wen llegó a regañadientes a la conclusión de que su marido no aprobaría que corriera ni siquiera el minúsculo riesgo que corría reuniéndose con informantes en el Resplandor Celestial. Además, sincerarse con Hilo significaría exponer las maniobras de Shae, y el hombre del tiempo tenía derecho a mantener en secreto sus métodos y sus fuentes de

información. Mientras Hilo creyera que las visitas de su mujer a la casa de baños eran un capricho inocente y algo bueno para su salud y la del bebé, no tendría motivo alguno para vetarlas. El valor potencial de lo que Shae y ella podían descubrir sobre los enemigos del clan era más importante que la paz de espíritu de Wen, y la relación entre el pedestal y el hombre del tiempo no podía ponerse en peligro. La supervivencia de la familia dependía de ello. El pedestal era el amo y señor del clan, la columna vertebral del cuerpo, pero si la columna no estaba bien apoyada, podía torcerse y romperse. El fallecido cuñado de Wen, Kaul Lan, había sido un buen pedestal, pero estuvo lastrado por un abuelo senil, un hombre del tiempo traicionero y una esposa infiel. Había intentado demasiado intensamente cargarse a los hombros el peso del clan, no había pedido ayuda cuando habría debido, había mantenido a su hermana y a su primo apartados del clan en el momento en que más los necesitaba. Lo había intentado todo para ser fuerte y solo había conseguido debilitarse. Wen no dejaría que a su marido le pasara lo mismo.

Se acomodó en los cojines y se puso a leer. Quince minutos después vio que la segunda informante entraba en la casa de té calzada con zapatillas y oliendo a sales de baño. La señora Lonto, una mujer bien entrada en la cincuentena, era una peluquera que había dirigido durante treinta años su propio salón en el acomodado distrito de la Meseta, controlado por Montaña. A lo largo de las décadas había oído todo tipo de historias, rumores y cotilleos circulando entre su clientela, que consistía sobre todo en las madres, las esposas y otras parientes de puños, hacedores de fortuna y linternas de alto nivel de Montaña. Las clientas de la señora Lonto no solo eran intensa y celosamente conocedoras del estado social, la fortuna y las alianzas de las diversas familias poderosas de Montaña; bastantes de ellas criticaban en enconados susurros a Ayt Mada, la única mujer que controlaba la vida de sus hombres más que ellas mismas.

La señora Lonto llevaba años acudiendo regularmente al Resplandor Celestial, y era ella quien se había acercado a Wen, no al revés. Un día vio a la mujer del pedestal saliendo de la piscina de aguas termales y le dijo: «Señora Kaul, siento muchísimo molestarla, pero… —La cara de la mujer temblaba de desesperación

—. Mi hijo ha ofendido a vuestro clan y no sé a quién dirigirme para suplicar clemencia». El problemático hijo mayor de la dueña de la peluquería había atracado una tienda a punta de pistola en territorio Sin Cumbre, para comprar drogas. En el proceso había disparado y herido a dos transeúntes inocentes, uno de ellos el tío de un dedo veterano de Sin Cumbre. Por suerte para el hijo de la señora Lonto, la policía de Yanlún lo atrapó y lo metió en la cárcel antes de que lo pillara el clan, pero el dedo ofendido de Sin Cumbre tenía la firme intención de ir a por él cuando lo soltaran y, si no lo mataba, como poco le daría tal paliza que suplicaría que lo devolvieran a la cárcel.

La señora Lonto había pedido un préstamo poniendo su salón de peluquería como aval, para pagar el tratamiento de desintoxicación del hijo encarcelado, pero a pesar de que conocía a mucha gente de Montaña, se negó a pedir ayuda económica o protección para su hijo a nadie del clan. El nieto que le había dado su hija tenía nueve años y había solicitado entrar en la escuela Wie Lon; como las posibilidades de que lo consiguiera eran muy apuradas, la señora Lonto tenía miedo de llamar la atención sobre la mancha de la delincuencia y la adicción a las drogas en la familia inmediata, pues eso daría al traste con sus esperanzas. Tras escuchar la historia de la señora Lonto, Wen habló con Kehn, y este, con el dedo de Sin Cumbre, al que convenció para que renunciara a vengar el agravio a cambio de una disculpa formal y la oreja del ofensor en una caja. (Por suerte para todos, el tío del dedo se había recuperado sin problemas). En aquel momento, la señora Lonto parecía de buen humor cuando se sentó frente a Wen y le dijo que la rehabilitación de su hijo iba bien y que llevaba cuatro meses limpio. Wen le dio la enhorabuena; era agradable saber que el dinero que pagaba Sin Cumbre para que la mujer mantuviera abiertos los ojos y las orejas en la Meseta se destinaba a un buen fin.

—Lo siento, señora Kaul —dijo la señora Lonto—. Esta semana no tengo gran cosa que contarle. No ha habido demasiadas noticias, y los negocios han estado tranquilos. Mucha gente se ha ido a la costa por el calor.

—No pasa nada —respondió Wen—. De todas formas quería hablar contigo de unas cosas del pasado sobre las que quizá sepas algo. —La mujer asintió con cautela. Wen unió las manos sobre el

hinchado vientre y dijo—: Cuéntame todo lo que sepas sobre la familia Koben.

En las dos semanas siguientes, Wen hizo otras tres visitas a la casa de baños y salón de té Resplandor Celestial para reunirse con otras informantes que podían corroborar y ampliar lo que le había dicho la señora Lonto. Mantuvo unas cuantas conversaciones informales con las parientes más cotillas de la enorme y bien conectada familia de Lina, y visitó la biblioteca nacional y los archivos del Salón de la Sabiduría para consultar unos cuantos registros públicos. Wen le transmitió todo lo que había descubierto a Shae, quien lo combinó con otra información que poseía sobre los negocios de Montaña para así conocer en más profundidad la situación del enemigo.

Según la señora Lonto y otros, cuando Ayt Eodo, segundo hijo adoptivo de Ayt Yugontin, el patriarca del clan, fue asesinado por órdenes de su hermana Ayt Madashi, dejó una esposa que no lo echó de menos. El matrimonio de Eodo no había sido feliz por varios motivos, incluido el hecho de que Eodo era un mujeriego. Su viuda habría sentido más tristeza si no lo hubieran matado cuando estaba desnudo en casa de su amante, insultándola incluso en su muerte. Regresó con sus padres, abandonó el apellido de casada y crio a su hijo de cuatro años con el apellido de su familia: Koben.

Los Koben eran una amplia familia de reconocimiento moderado dentro del clan Montaña. Entre sus filas había casi dos docenas de huesos verdes, entre ellos varios puños, muchos más dedos, unos cuantos profesores, un médico y un penitente. Otros miembros de la familia eran hacedores de fortuna de nivel medio o linternas propietarios de pequeños negocios, o bien tenían otros trabajos respetables relacionados con el clan. Aunque eran gente fiable en general, no había entre ellos líderes ni talentos destacados. Había quien los describía como rácanos y testarudos, con más redaños que cerebro. En cierto momento pareció que su estrella estaba en alza, cuando uno de sus miembros se unió por matrimonio con la gran familia Ayt, pero tras la muerte de Eodo se consideraron afortunados por que el matrimonio hubiera sido un desastre, y se apresuraron a dejar claro al nuevo pedestal que, de todas formas, el muerto nunca les había caído bien.

Koben Atosho, nacido Ayt Ato, era el único sobrino de Ayt Mada. No se acordaba mucho de su difunto padre y lo habían

criado sin ningún amor por él. Ahora tenía nueve años; al año siguiente terminaría la primaria e ingresaría en la escuela del templo Wie Lon para dar comienzo a su educación marcial. Una vez alcanzado ese hito, la familia Koben tuvo la esperanza de que el pedestal reconociera al chiquillo como el nieto de Ayt Yu y su heredero potencial, y, por consiguiente, que el prestigio de los Koben creciera dentro del clan.

Los dos principales obstáculos se llamaban Ven e Iwe. La familia Ven era menor que la Koben, pero era una de las más ricas de Kekon. El patriarca, Ven Sandolan, era el propietario de la naviera más grande del país. Tenía tres hijos y dos hijas; el mayor era un respetado puño de alto nivel. Ven Sando era influyente en el mundo de los negocios, y no tenía miedo de criticar a su propio clan cuando lo consideraba necesario.

Los Iwe no eran tan numerosos como los Koben ni tan ricos como los Ven, pero Iwe Kalundo se había convertido en el hombre del tiempo de Montaña. Tenía treinta y seis años y era amigo y compañero del pedestal desde hacía mucho; había trabajado a las órdenes de Ayt Mada cuando esta era el hombre del tiempo. A los Iwe les encantaban los rumores de que Ayt consideraba a su hombre del tiempo como su sucesor más probable. Les vendría muy bien para eliminar la mala reputación de la familia; eran menos diestros en las habilidades del jade, pero tan susceptibles a la comezón como la famosa familia Aun, y muchos sospechaban que eran adictos al shine.

Al siguiente septimodía, Shae explicó la situación en la mesa familiar después de cenar.

—Están presionando a Ayt para que aclare la línea sucesoria del clan, pero ella esquiva el tema, lo que es comprensible. El chico Koben solo tiene nueve años; es demasiado pronto para que se puedan juzgar sus capacidades, y Ayt no ha intervenido en su crianza. Iwe Kalundo es muy nuevo en el cargo. No cabe duda de que Ayt planea seguir siendo pedestal mucho tiempo y quiere mantener abiertas sus opciones; nombrar ahora un heredero solo socavaría su autoridad al elevar la posición social de otra familia.

Hilo hizo rodar entre los dedos un cigarrillo apagado, con los ojos entrecerrados mientras pensaba.

—Dices que Doru creía que la reivindicación de los Koben es la

que tiene más fundamento.

—Las de los otros están muy traídas por los pelos —dijo el hombre del tiempo—. Los Ven tienen dinero e influencia, pero ninguna pretensión legítima, y no gozan del favor de Ayt; se hicieron los remolones a la hora de jurar lealtad cuando Ayt se convirtió en pedestal, y al principio estuvieron apoyando al hermano hasta que dejó de ser una opción. Puede que Ayt Mada quiera conservar el dinero y el apoyo de la familia Ven, pero es muy poco probable que les permita acercarse a ninguna posición de liderazgo. —Shae bebió un trago de té y empujó lo que le quedaba del postre hacia Wen—. Los Iwe, por otro lado, son completamente leales a Ayt y no hablarían con nosotros si los abordáramos. La reputación personal de Iwe Kalundo es sólida del todo, pero su padre murió de comezón y en la familia hay adictos al shine. Hay mucha gente en Montaña que no apoyaría que el liderazgo del clan se transmitiera a ese linaje.

—Lo que importa es lo que piense el pedestal —señaló Kehn, rascándose la frente y frunciendo el ceño—. Si Ayt confía en Iwe lo suficiente para nombrarlo hombre del tiempo y él hace un buen trabajo, quizá no le importe lo que digan las otras familias.

—Quizá —replicó Shae despacio—, pero los Koben tienen mucha más gente y ya están emparentados con la familia Ayt. —La sucesión en un clan de huesos verdes no era estrictamente hereditaria, pero había un sesgo histórico y cultural muy marcado a que las cosas no salieran de la familia.

—El chico no es consanguíneo de Ayt Yu ni de Ayt Mada —dijo Tar, alzando las manos—. Si esa es la reivindicación más firme, parece puñeteramente floja.

—Y por eso no se da por sentado que vaya a tener éxito —dijo Shae—. Ya veo por qué sugirió Doru formar una alianza. Si estamos en términos amistosos con la familia Koben, eso puede reforzar su posición al insinuar a los dos clanes que la paz continuará bajo su liderazgo. Y con los Koben de nuestra parte, Ayt tendría que pensarse dos veces lo de venir abiertamente a por nosotros. —Soltó un gruñido—. Tiene lógica como jugada defensiva.

Wen recorrió la mesa con la mirada y se dirigió a su marido, en voz baja pero intensa.

—Doru era un buen estratega. Es evidente que estuvo pensando

mucho sobre lo que podría unir a los clanes. —Puso una mano en la rodilla de Hilo—. Eso era lo que quería, lo que intentó conseguir a espaldas de Lan: la unificación. Así que, si queremos algo diferente, ya sabemos justo lo que no hay que hacer.

Kehn, Tar e incluso Shae parecieron sorprendidos ante la intervención de Wen, pero Hilo sonrió con aprobación.

—Parece que esa vieja comadreja de Doru nos va a servir de ayuda después de todo. —Se volvió hacia Shae—. Mira a ver cómo puedo reunirme con Ven Sandolan.

# Capítulo 16
# No ladrón

Anden se acostumbró a la rutina de su vida en Puerto Massy. Los días de verano se fueron alargando y se volvieron calurosos y húmedos, aunque la ciudad en sí siguió nublada y gris casi todos los días. A pesar de sí mismo, Anden acabó teniendo una relación cordial con sus compañeros de estudios y llegó a conocer a unos cuantos vecinos de los Hian. En otras dos ocasiones vio al huesos verdes de la bicicleta, una caminando en dirección contraria por la otra acera y otra en una esquina, hablando con un trío de jóvenes mientras Anden iba en autobús.

Sentía una curiosidad desacostumbrada por aquel hombre y quería preguntarle mil cosas. Cuando mencionó su encuentro a los Hian, dijeron: «Ah, ese es Dauk Corujon. Estudia Derecho; estamos muy orgullosos de él. Sí, por supuesto que es verde; es un auténtico hijo de Kekon. ¿Cuántos huesos verdes hay aquí? ¿En nuestro barrio? —El señor Hian se encogió de hombros—. Treinta o cuarenta, quién sabe».

Anden estaba asombrado. Shae había estudiado en Espenia, pero nunca había mencionado que hubiera portadores de jade. Sospechó que nunca se había cruzado con ninguno durante la época que pasó en la residencia de graduados de la ciudad universitaria de Windton, donde no existía ninguna comunidad kekonesa importante. Puerto Massy tenía al menos veinte veces más población que Windton, y mostraba sus raíces como nodo comercial en la gente, la comida y los objetos que se podían encontrar, procedentes de todo el mundo. Al viajar todos los días en autobús, Anden había oído hablar muchísimos idiomas, y supuso que era posible sobrevivir en Puerto Massy sin llegar a aprender espenio a base de mantenerse cerca de la propia gente. Ahora que sabía que

había huesos verdes agazapados cerca de él, se dedicó a intentar descubrirlos. Estudió a hombres y mujeres de aspecto normal en la tienda de ultramarinos, haciendo cola en el banco, paseando por la acera. Muchas veces preguntaba al señor y la señora Hian. «¿El señor Tow? Por supuesto que no. ¿Te lo imaginas como huesos verdes?», bufaba la señora Hian. Más tarde: «Oh, sí, la familia Ruen; todos son huesos verdes. Ruen-jen lleva años enseñando las disciplinas del jade». Les divertía el agudo interés de Anden, sin apreciar del todo el detalle de que había estado rodeado de huesos verdes toda su vida y, desde su primer día en Puerto Massy, la ausencia de estos le había parecido una de las cosas más inquietantes de Espenia. Descubrir que llevaban una existencia encubierta en el barrio de Trampasur era curiosamente reconfortante.

Sin embargo, por mucho que se esforzara por descubrirlo, nunca vio jade a la vista; nada de *piercings*, anillos, pulseras ni cinturones tachonados de gemas. Era asombroso. En Yanlún, el jade era una marca indiscutible de estatus; invocaba respeto en los callejones más oscuros de Lavamoneda y en las salas de juntas de los rascacielos más altos del barrio Financiero. Los huesos verdes portaban abierta y orgullosamente el jade, y no se les ocurría ocultarlo salvo que desearan parecer especialmente modestos y sin pretensiones.

Para Anden, cosas como no saber a quién dirigirse como jen dificultaban sus interacciones sociales en Espenia. «Esto no es Kekon —le recordó el señor Hian—. Los espenios no se dan cuenta de que el jade forma parte de nuestra cultura. Creerían que estamos intentando amenazarlos o hacer hincapié en que somos diferentes. Mostrar el jade sería buscar problemas».

Por fascinado que estuviera Anden por aquella extraña subcultura del jade, no realizó ningún intento de conocer a los huesos verdes del vecindario ni descubrir dónde se entrenaban y socializaban. A fin de cuentas, él no era huesos verdes, un hecho que aún le despertaba vergüenza cada vez que pensaba en ello, aunque la sensación había ido disipándose con el paso de los meses. Lejos de Yanlún, nadie estaba al tanto de su caída en desgracia con el clan Sin Cumbre, y no se lo recordaban constantemente, lo que sí le habría ocurrido en casa. Allí, en Trampasur, donde no se podía

distinguir quién era verde y quién no, no parecía tan importante. No esperaba verse envuelto nunca más en asuntos de huesos verdes…, hasta que cometió un error comprensible pero grave.

Con la paga de estudiante que le había asignado Shae y la ayuda del señor y la señora Hian para buscar en la sección de anuncios del periódico local, Anden había comprado una bicicleta de segunda mano, que guardaba atada con una cadena en el callejón detrás del adosado de los Hian y esperaba usar más a menudo ahora que el clima era más agradable y, a veces, incluso soleado. Una tarde veraniega fue en bicicleta a un parque cercano, y allí se sentó debajo de un árbol a completar las lecturas asignadas para aquella semana. Terminó por quedarse dormido. Cuando se despertó, recogió sus cosas, descolgó la bicicleta del aparcadero y emprendió el camino de vuelta a la casa de los Hian.

No había recorrido más de media manzana cuando oyó gritos, y al mirar hacia atrás vio que un hombre corría detrás de él agitando los brazos. Anden se detuvo y apoyó un pie en el suelo. Su perseguidor llegó a su lado; tendría poco más de veinte años, no mucho mayor que él. Tenía la cara enrojecida y grandes dientes que mostraba enfadado.

—¿Qué haces? ¡Esa bicicleta es mía!

Anden bajó la mirada y vio que, en efecto, se había equivocado. Era casi idéntica a la suya, pero la pintura roja estaba nueva y sin arañazos, y el dibujo de las ruedas, impecable. El dueño de la bicicleta sujetó el manillar.

—¿Creías que podías robarme la bicicleta nueva? —Le arrojó una diatriba acusadora en espenio, demasiado rápida para que Anden la entendiera.

—Lo siento —Anden estaba rojo de vergüenza mientras desmontaba de la bicicleta—. Lo siento. Equivocación.

El hombre lo empujó bruscamente.

—Tienes que ser el ladrón más idiota de por aquí. ¿Es que no sabes quién soy? ¿Hablas espenio siquiera?

El dominio del idioma de Anden distaba de ser perfecto, pero entendía lo suficiente para saber que lo estaban acusando de ser un ladrón. Al principio se quedó asombrado; entonces un brote de ira defensiva le subió por el cuello y se le metió en la cabeza. Los ladrones eran los seres más bajos; llamarlo ladrón era peor que

acusarlo de cobarde o degenerado. En Kekon, algunos habían muerto por menos. ¿Quién le podía decir algo así a un completo desconocido sin darle ninguna oportunidad de explicarse?

—¡No ladrón! —protestó con vehemencia—. Dije error.

—Sí, claro, buen intento. Lárgate, vuelve a donde sea de donde viniste, imbécil.

El hombre empezó a llevarse la bicicleta. Anden se quedó estupefacto durante un segundo. Luego dio unos pasos rápidos y agarró el asiento. El hombre se giró de golpe, con la boca abierta de sorpresa indignada.

—No robo tu bicicleta —dijo Anden enunciando cada palabra—. Di disculpa.

—¿Te estás quedando conmigo? —gritó el hombre—. Suenas como un kiku. ¿Eres kiku? ¿Quieres que te machaque la puta cara? —Soltó la bicicleta y se enfrentó a Anden con los puños levantados.

Anden experimentó un instante de serias dudas. Lo único que quería era que aquel hombre retirase sus palabras; nadie merecía un trato tan desagradable ni que lo insultaran por un error tan inocente. No le entusiasmaba la idea de pelear, pero no se le ocurría ninguna salida que no pasara por retirarse; algo inaceptable, ya que era a él a quien habían insultado. En Yanlún, si hubiera tenido amigos a su lado que actuaran como testigos, podría haber intentado aplazar la disputa a otro momento y lugar, y a veces se calmaban los ánimos mientras tanto; pero desconocía por completo el protocolo de los duelos en Espenia, y no parecía que el otro hombre estuviera dispuesto a retroceder.

Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo lateral de la mochila de estudiante, que a continuación dejó en la hierba que crecía junto a la acera. Alzó los puños y adoptó una posición firme y equilibrada, aún preguntándose por qué tenía que llegar la situación a aquel extremo. ¿Por qué el otro hombre no se había limitado a aceptar las disculpas por el error y marcharse?

Los ojos del otro se ensancharon por la sorpresa, y luego se entrecerraron amenazadores.

—Oh, de verdad que lo estás pidiendo, chulito de… —Saltó hacia delante y lanzó un golpe a la cabeza de Anden.

Anden llevaba algún tiempo (desde los exámenes finales de la academia, para ser exactos) sin luchar, y al principio reaccionó con

lentitud. Consiguió por los pelos mantener a raya la primera andanada de puñetazos y, aunque vio una oportunidad obvia para un contraataque, había compensado en exceso sus reflejos enlentecidos retrocediendo demasiado lejos del alcance de golpeo, y no pudo cerrar la distancia bastante deprisa antes de que su adversario se pusiera en guardia otra vez. Anden meneó la cabeza, frustrado; Hilo le habría sacudido una buena colleja por ser tan torpe. Mientras pensaba en aquello, su adversario lanzó un jab perfecto que atravesó la guardia de Anden y lo alcanzó en la mejilla.

El dolor le estalló en la cara. El golpe pareció hacer encajar en su sitio toda una infancia de entrenamiento en artes marciales; Anden bajó la barbilla y los hombros, se escurrió por debajo del siguiente golpe y hundió un puño en el costado de su rival. Este soltó un gemido de dolor e intentó rodear con el brazo el cuello de Anden y someterlo con un mataleón. Anden clavó el codo en el muslo del hombre y se impulsó hacia atrás, escapándose bajo el agarre y enviando al espenio hacia delante dando tumbos, aunque recuperó el equilibrio de inmediato y volvió a atacar a Anden con un bombardeo de puñetazos. La mayoría se estrelló contra los brazos alzados de Anden, pero algunos atravesaron la guardia y le impactaron en el abdomen y los costados con una fuerza explosiva, y uno le acertó en la boca de tal modo que se cortó un labio contra los dientes. El estilo de lucha del hombre no tenía elegancia alguna, pero sí velocidad y potencia de sobra, y el instinto temerario de quien ya ha participado en una buena cantidad de reyertas. Era más corpulento que Anden y estaba más furioso, y en aquella competición de pura fuerza bruta, esos dos factores le daban ventaja.

Con una súbita oleada de pánico y vergüenza, a Anden se le pasó por la cabeza la idea de que él, el miembro más joven de la familia Kaul, entrenado en una de las mejores academias de artes marciales de Kekon, estaba a punto de ser derrotado por un matón callejero espenio.

Jadeó de dolor, pero mantuvo el terreno; con los brazos aún apretados contra la cabeza, disparó un codo e impactó en la mandíbula de su oponente. Le apoyó un pie en el estómago y lo empujó con toda la fuerza de la que fue capaz. Cuando el espenio

recobró el equilibrio y se lanzó otra vez hacia delante, Anden retrocedió a toda prisa, como si no quisiera volver a engancharse con él (sentimiento que no era del todo fingido). Sintió que tocaba el borde de la acera con el talón. Cuando el otro cargó todo su peso en el siguiente puñetazo, Anden saltó hacia atrás por encima del bordillo. Atrapó el brazo extendido del espenio y tiró de él. No empleó demasiada fuerza en el movimiento, fue solo un tirón de la muñeca, pero con el impulso añadido del golpe, el espenio salió disparado; su pie adelantado tropezó con el bordillo y se tambaleó hacia delante. Aun así, era ágil y no se habría caído; Anden resolvió ese detalle dando un puñetazo hacia abajo mientras el cuerpo de su adversario se inclinaba, conectándolo con fuerza en un lado de la cara y magullándolo de la oreja a la mandíbula.

El espenio adelantó las manos para amortiguar la caída contra el asfalto. Anden no perdió el tiempo: volvió a golpearlo y luego le hundió la rodilla en el pecho. El espenio intentó rodearle las piernas con los brazos, pero Anden lo esquivó y le pateó las costillas. Por último, el hombre se hizo un ovillo, gimiendo de dolor, y Anden saltó sobre él, se puso a horcajadas en su pecho y mostró el puño frente a la cara magullada.

—¿Quieres parar? —El hombre no respondió, de modo que Anden le dio un puñetazo en la boca con tanta fuerza que se hizo un corte en los nudillos con los dientes del otro—. ¿Quieres parar? —preguntó de nuevo, y sintió alivio cuando aquella vez el espenio asintió—. Di que no soy un ladrón —insistió Anden.

—¿Q… qué? —balbuceó el hombre por los labios hinchados. Andén levantó otra vez el puño.

—Di que no soy un ladrón.

—¡Vale, vale, cabrón chiflado! No… No eres…

Unos brazos sujetaron los de Anden y lo cogieron por el pecho, lo apartaron del hombre y lo llevaron a la acera. Anden miró alrededor con sorpresa y confusión, y vio un semicírculo de transeúntes que observaban; dos hombres grandes lo habían separado, y otra persona se agachó a mirar cómo estaba su derrotado contrincante. Anden se sacudió de encima las manos que lo sujetaban. ¿Por qué habían interferido? Estaba claro que había ganado con justicia; el otro hombre estaba a punto de rendirse.

Uno de los mirones parecía kekonés. Anden se dirigió a él en su

lengua materna.

—¿Qué pasa? ¿Qué problema hay?

Pero el hombre se quedó mirándolo con frío disgusto.

El adversario de Anden se puso en pie con esfuerzo.

—Estás muerto, ¿me oyes? —Su voz era prácticamente un gruñido—. No sé quién te crees que eres, pero si te metes con Carson Sunter, te metes con la banda incorrecta. Te voy a encontrar y te voy a matar. —Arrojó un escupitajo ensangrentado a los pies de Anden, giró y se apartó; recogió la bicicleta y se alejó apoyado en ella calle abajo, siseando maldiciones.

El pequeño grupo de espectadores se dispersó; ninguno estaba dispuesto a mirar a Anden. De nuevo este se dirigió al kekonés, a quien estaba seguro de haber visto por su barrio.

—¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo mal?

Para su asombro, el otro respondió en espenio.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Quieres darnos mala fama? ¿Dar una paliza a un hombre por una bicicleta? —Y añadió atropelladamente en kekonés—: ¿Es que intentas ser uno de esos matones de clan de la vieja patria?

Le lanzó una última mirada de desprecio, dio media vuelta y se marchó, dejando a Anden plantado en la acera.

Cuando Anden cruzó la entrada, la señora Hian dejó escapar un grito ahogado.

—¿Qué has estado haciendo? —exclamó; lo hizo sentarse en una silla de la cocina y se apresuró a sacar hielo y pomada para la mejilla y el labio hinchados—. ¿Cómo ha pasado esto?

Después de que Anden les contara la historia, el señor y la señora Hian cruzaron una mirada lúgubre.

—Esto no es bueno —dijo el señor Hian con un suspiro de preocupación—. Nos puede causar problemas.

—No lo entiendo —protestó Anden—. Me ha insultado y me ha desafiado, y he ganado la pelea limpiamente. Se ha rendido delante de mucha gente. Si viene en busca de venganza, se estará comportando mal.

—Anden-se —dijo el señor Hian con tono sombrío—, en este país no están permitidos los duelos. Los tribunales espenios no ratifican el resultado de ninguna disputa que se zanje con un duelo, ni siquiera si los participantes están de acuerdo.

—Ese hombre podría venir a por ti o, más probablemente, su familia podría exigirnos dinero —explicó la señora Hian mientras le limpiaba la sangre de la cara.

—Bajo la ley espenia —explicó el señor Hian—, no existen las hojas limpias.

Anden siguió sentado, guardando un silencio consternado durante tanto tiempo que los Hian se mostraron aún más ansiosos por consolarlo. La señora Hian se levantó y le masajeó la espalda.

—No te sientas mal —dijo—. Ha sido culpa nuestra, no tuya. Tú solo estabas defendiendo tu reputación y el buen nombre de tu familia; ¿cómo ibas a saber que las reglas de este lugar no tienen sentido? Tendríamos que habértelo explicado, pero no pensamos que pudiera ocurrir algo así.

El señor Hian le ofreció un vaso de hoji y un cigarrillo.

—No te preocupes demasiado.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Anden, abatido.

La señora Hian apretó los labios en una línea de preocupación. Se volvió hacia su marido, que cruzó los brazos sobre la mesa de la cocina y asintió con reticencia.

—Tenemos que ir a hablar con el pedestal.

# Capítulo 17
# El pedestal de Trampasur

A la tarde siguiente, Anden y los Hian cogieron el autobús y viajaron seis paradas hasta el otro lado del barrio de Trampasur; allí entraron en una casa de dos niveles pintada de azul, donde los recibió una mujer de unos cincuenta años con una permanente y las uñas pintadas de blanco. Dio una cálida bienvenida al señor y a la señora Hian y los hizo pasar.

—Tú debes de ser Anden, el chico de Yanlún que está aquí estudiando —dijo.

—Sí, tía —contestó Anden.

—¡Pero qué educado! —exclamó la mujer, y le sonrió aprobadoramente—. Entrad, podéis dejar aquí los zapatos. ¡Losunse! —gritó hacia la escalera.

Un hombre subió los escalones, limpiándose las manos polvorientas con un trapo. Tenía las mangas de la camisa de franela arremangadas hasta los codos.

—Ya casi he acabado de poner las baldosas del baño —dijo. Se bajó las mangas y se abrochó los puños—. Después, me parece que el sótano estará casi terminado.

—Nunca estará terminado —dijo su mujer con alegre pesimismo.

—No tienes confianza —gruñó él—. ¡Ah, ya han llegado los Hian!

El día anterior, Anden les había preguntado a los Hian: «¿Quién es este pedestal? ¿Qué clan gobierna?». Estaba asombrado y se preguntaba por qué nadie le había hablado de eso antes. El señor Hian, rascándose la barba, contestó: «Bueno, no es igual que en Yanlún. No tenemos tantos huesos verdes. A Dauk Losunyin es a quien obedecen los otros, y el único hombre de por aquí al que

todos llamamos pedestal, así que supongo que eso lo convierte en… —se encogió de hombros— el pedestal de Trampasur».

Era un hombre calvo y corpulento con grandes manos de obrero y rostro afable. Al verlo, Anden no supo muy bien qué pensar. Aquel hombre no daba la impresión de ser un guerrero huesos verdes, y mucho menos el jefe de un clan de huesos verdes. Su residencia era más pequeña que la casa de invitados de la hacienda Kaul. No emanaba de él una gran sensación de poder o autoridad; imaginarlo al lado de alguien como Kaul Hilo o Ayt Mada resultaba risible.

—Dauk-jen —dijo el señor Hian, llevándose a la frente las manos unidas en muestra de respeto. La señora Hian hizo lo propio y entregó a la señora Dauk un plato de bollitos de almendra caseros —. Gracias por recibirnos —prosiguió el señor Hian—. Le presento a Emery Anden, el estudiante de Yanlún del que te hemos hablado.

Anden imitó a su familia anfitriona y se inclinó en un saludo formal.

—Dauk-jen…

—¿Qué te parece Espenia? —Dauk le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Eh…, uh…, empiezo a acostumbrarme, jen —respondió Anden.

El pedestal rio entre dientes.

—Se tarda algún tiempo, ¿eh?

Les indicó con un gesto que pasaran por la cocina hasta el comedor, donde procedió a llevar más sillas a la mesa ovalada. Había una hornacina en la pared que separaba la cocina del comedor, donde se exponía un reluciente jarrón verde que dejó boquiabierto a Anden, hasta que se dio cuenta de que no era, como le había parecido al primer vistazo, una asombrosa y peligrosa cantidad de jade, sino un objeto decorativo de nefrita.

Entonces se fijó en dos pequeños caballos tallados que adornaban la repisa de la chimenea, y en un candelabro colocado en la mesita de al lado del sofá, todo ello tallado en el jade de los tontos. En Yanlún, semejante exhibición de falso verde en un hogar o un despacho se consideraría tremendamente inapropiada. Quizá los kekoespenios tuvieran muy poco jade auténtico y, al estar prohibido mostrarlo en público, optaban por enseñar el falso. O

quizá, pensó Anden, el aspecto ostentoso de los adornos inertes era para ellos un recordatorio visible de su herencia cultural.

Se abrió la puerta delantera y entró un joven. Era el huesos verdes que Anden había visto otras veces, el que había salvado hacía unos meses a la mujer que corría hacia el tráfico. La señora Dauk corrió hacia la entrada para recibirlo.

—¡Coru! Creía que no vendrías a cenar esta noche.

El joven se quitó la gorra y abrazó a su madre.

—¿Tenemos invitados?

—Ya conoces al señor y a la señora Hian —dijo la señora Dauk —. Y este es Emery Anden, un kekonés que vive con ellos mientras estudia en la universidad de Puerto Massy.

Anden se dio cuenta de que se había quedado mirando como un idiota. Acababa de recordar que el señor Hian le dijo que el apellido de la familia del huesos verdes era Dauk. Había pasado tanto tiempo que se le había olvidado y no había caído en la relación. El avispado ciclista era el hijo del pedestal.

Coru abrió mucho los ojos al reconocerlo. Entonces sonrió. Se le formó un hoyuelo entre las cejas y sus ojos castaños chispearon alegremente.

—Volvemos a vernos —dijo en espenio—. Y sigues teniendo la expresión de un ciervo asustado, como la primera vez que te vi.

Anden parpadeó y dijo en un espenio entrecortado:

—Me has sorprendido las dos veces, jen.

—Coru, ¿qué maneras son esas de hablar a un invitado? — exclamó la señora Dauk, dándole un golpecito—. ¡Habla en kekonés!

—No pasa nada, señora Dauk —dijo Anden, notando que se le subían los colores—. Necesito practicar mi espenio si quiero mejorar. Tu hijo solo estaba ayudándome, como… parece hacer a menudo.

—Sana, ¿cuánto falta para la cena? —preguntó Dauk Losun.

—Ya está lista —le dijo su mujer; fue corriendo a la cocina, volvió con una olla de acero y la dejó en un salvamanteles colocado en el centro de la mesa—. Al cerdo escabechado aún le falta un poco, pero todo lo demás ya está. Lo traeré luego. No os quedéis de pie; ¡sentaos y empezad a comer!

Con seis personas, la mesa estaba un tanto abarrotada. Dauk

Sana había preparado comida de sobra: repollo picante, gambas con salsa de limón y guindilla y el aplazado cerdo en escabeche, que incluía cantidades generosas de champiñones y huevo; todo ello tradicional, cocina hogareña kekonesa, con excepción de las largas, gruesas y oscuras galletas saladas que circularon por la mesa en un cesto; los espenios las servían como acompañamiento en todas las comidas y las usaban como si fueran cucharas y para mojarlas en sopas y estofados. Anden estaba sentado al lado de Dauk Coru, que comía con ganas y, como un buen hijo kekonés, felicitaba a su madre por todos los platos.

Anden intentó con desesperación pensar en una forma de entablar una conversación normal con su vecino de mesa sin mencionar sus incómodos encuentros anteriores. No dejaba de echarle miradas de reojo, intentando vislumbrar el jade que portaba. En una ocasión se inclinó hacia delante, sincronizando a propósito su movimiento hacia la cesta de galletas de forma que su brazo rozara el del otro. Sintió en el codo un hormigueo que se le extendió hasta el interior de los huesos, y un firme tirón en las tripas, como el de un anzuelo de acero en la boca de un pez antes de arrancarlo del agua. Se puso a sudar; hacía mucho tiempo desde la última vez que había estado suficientemente cerca de otra aura de jade para sentirla. Tras una ausencia tan larga, la reacción inconfundible y añorante de su cuerpo a la cercanía del jade lo hizo sentirse mareado. Se estremeció y retiró el brazo.

—Bueno, ¿cuánto tiempo vas a estar por aquí? —preguntó Coru.

—¿Eh? —Anden se recompuso a toda prisa—. Ah; dos años. Lo suficiente para completar el programa de inmersión lingüística y conseguir un título asociado. Al menos ese es el plan.

Coru engulló otro bocado sin hacer más preguntas. Tras una pausa incómoda, habló Anden.

—Bueno… Coru-jen, me han dicho que también eres estudiante. ¿Vas a la facultad de Derecho?

El otro joven lo miró y se echó a reír.

—Nadie me llama Coru, salvo mis padres y sus amigos. Todos los demás me llaman Cory. —Se limpió la mano y se la tendió a Anden, que la estrechó—. Ahora que nos hemos presentado formalmente: sí, empezaré el programa de Derecho en la universidad de Waterguard el otoño que viene. Me he cogido libre

este año para hacer voluntariado y ahorrar para la matrícula trabajando de pasante. Este verano planeo pasar seis semanas viajando por el país. —Ladeó la cabeza y elevó la voz para que su padre lo oyera—. Antes de que me obliguen a seguir los pasos de mi hermana.

—¿Tienes una hermana mayor? —preguntó Anden.

—Tres. —Cory meneó la cabeza—. Tenme lástima.

Anden no sabía lo que sería tener tantas hermanas, pero también era el menor de una familia y tenía tres hermanos mayores, en cierto modo, y lo dijo. Cory se levantó, cogió de la repisa de la chimenea una fotografía enmarcada y se la enseñó a Anden.

—Mi hermana mayor —fue señalando en la foto— es la abogada; trabaja en el ministerio federal de Industria. Su marido es ingeniero. No tienen hijos. Mi segunda hermana estudió enfermería; ahora está en casa al cuidado de sus dos pequeños. La tercera se licenció en Trabajo Social y se casó el año pasado.

El parecido familiar de los Dauk se notaba en la forma de la sonrisa y el ancho de los hombros. Anden quería preguntar si alguna de las hermanas era huesos verdes, pero hasta el momento había cometido tantos patinazos culturales y caído en tantas suposiciones incorrectas que titubeaba. Si la gente de aquel lugar ocultaba el jade, quizá fuera descortés preguntar públicamente si alguien era huesos verdes. Contempló educadamente la foto familiar un poco más y se la devolvió a Cory.

—Vuestro hijo menor sigue en Watersguard, ¿no? —dijo Dauk Losunyin a los Hian—. ¿Qué tal le va? ¿Sigue preparando el doctorado?

La conversación de los mayores alternó entre la charla y las quejas variopintas sobre sus hijos crecidos, y luego pasó a los cotilleos sobre los vecinos de la zona kekonesa de Trampasur. Para Anden, eran temas demasiado vulgares para ser dignos de la atención de un pedestal, pero Dauk Losun apoyó un pesado codo en la mesa y, con la barbilla en el puño, escuchó las quejas de la señora Hian sobre que cada vez había más tráfico delante de su casa y mostró su preocupación por la pareja del otro lado de la calle, los que estaban peleándose todo el tiempo.

Dauk Sana acababa de recoger los platos y llevado a la mesa té y una lata de bizcochos espenios cuando sonó el timbre. Cory abrió la

puerta y dejó pasar a un hombre, que entró e inclinó la cabeza en un saludo solemne dirigido a todos.

—Dauk-jens, señor y señora Hian… —Miró a Anden, pero no dijo nada. Se quitó el sombrero, el abrigo y las botas. Llevaba unos guantes de napa negra y también se los quitó, pero en vez de dejarlos con el abrigo se los guardó en el bolsillo delantero de la camisa mientras se unía a los demás en la mesa del comedor. Cory sacó otra silla, y el hombre murmuró un «Gracias» y cogió un bizcocho mientras Sana servía el té.

El recién llegado era el primer hombre que Anden había veía en Espenia que le hacía pensar: «puño». No era especialmente corpulento, pero todo en su actitud (la mirada aguda, la postura, la forma en que se movía y desplazaba su esbelta figura) denotaba su capacidad para la violencia. Kaul Hilo le había dicho una vez a Anden que los buenos puños tenían la mente de los perros guardianes: podían ser amistosos, sonreír y mover el rabo, pero siempre estaban alerta. Si alguien hacía un movimiento en falso, si amenazaba algo que apreciaban, no dudarían en usar los dientes. Sin haber conocido antes a aquel hombre, Anden lo identificó de inmediato como alguien que encajaría al lado de los hermanos Maik.

—Siento no haber podido cenar con vosotros —dijo el hombre.

Su aparición marcó un cambio en la velada; Anden sospechaba que no había sido coincidencia, sino que se había sincronizado con precisión. La charla intrascendente se acabó. Las sillas se apartaron levemente de la mesa despejada. Aparecieron los cigarrillos y el hoji.

—Rohn-jen, sabes que eres bien recibido en cualquier momento —dijo Dauk Sana, pero su voz mostraba una reserva sutil que no estaba antes—. ¿Qué tal el hombro?

—Mucho mejor después de tus sesiones curativas,

Sana-jen

—dijo Rohn.

Dauk Losun señaló a Anden.

—Toro, te presento a Emery Anden, un estudiante visitante de Yanlún. Es solo medio kekonés, pero su madre era una huesos verdes poderosa y la familia Kaul del clan Sin Cumbre lo adoptó como su nieto más joven.

Anden se quedó estupefacto. Había pasado toda la cena con la impresión de que el pedestal de Trampasur lo conocía solo como un estudiante que se alojaba con los Hian. Dauk Losunyin hablaba con el mismo tono amistoso y despreocupado que había estado usando toda la velada, como si todo el mundo conociera la historia de Anden, a pesar de que era evidente que no era el caso. Cory elevó las cejas. Se recostó en la silla y ladeó la cabeza mirando a Anden con renovado interés.

Rohn Toro mojó un bizcocho de canela en el té.

—El apellido Kaul es famoso —dijo.

—Muy famoso —coincidió Dauk Losun, recostado en la silla y acariciándose la tripa con satisfacción tras una cena magnífica—. Me crie en Kekon con una familia de huesos verdes, durante la ocupación shotariana, y siempre estaba oyendo anécdotas sobre los valientes líderes de la Sociedad de la Montaña. Ayt Yugontin y Kaul Seningtun: la Lanza y la Antorcha. Cuando mi padre mató a ese policía shotariano, la Sociedad nos ayudó a escapar a Espenia a mi madre, a mis hermanas y a mí. Las tres semanas en la bodega de un buque mercante fueron las peores de mi vida. Pero gracias sean dadas a los dioses, llegamos a salvo a nuestro nuevo país, sin más posesiones que la ropa que llevábamos puesta. Yo tenía catorce años. —El pedestal miró con atención a Anden—. Joven, te cuento esto para que comprendas que siento por tu familia el mayor de los respetos. Mi trabajo es conocer todo lo que sucede en este barrio, de modo que cuando el señor y la señora Hian dijeron que te iban a traer a conocerme, por supuesto tuve que hacer unas cuantas preguntas y descubrir más cosas sobre ti. Ahora que sé quién eres, mi familia y yo queremos ayudarte en todo cuanto esté en nuestra mano.

—Gracias, Dauk-jen —dijo Anden, intentando recuperarse del repentino cambio de Dauk y del tono de la conversación. Todavía no sabía muy bien qué esperar de aquel pedestal de aspecto tan sencillo, la acogedora cena familiar, la casa decorada con jade falso.

—Anden-se, cuéntales lo que pasó —lo animó la señora Hian.

Cuando Anden terminó de relatar el violento encuentro en el parque, Dauk se volvió hacia Rohn Toro.

—¿Conoces a ese Carson Sunter?

—Es un casaca de Reams el Flaco. —Rohn pronunció el cargo y

el sobrenombre en espenio—. El jefe Kromner no se preocupará por un asunto tan trivial, pero Reams puede ser de otra opinión.

El señor y la señora Hian parecieron muy preocupados.

—Dauk-jen, las bandas carecen de principios —exclamó la señora Hian—. ¿Podrían atacar nuestra casa, o incluso a nuestros hijos?

Anden no entendía nada y cada vez estaba más alarmado.

—El hombre con quien me peleé… ¿Quién es?

Para su sorpresa, le respondió Cory.

—¿No se te ocurrió nada mejor que meterte en una pelea con un pandillero? Son gánsteres, ¿sabes? El jefe Kromner dirige el juego, la extorsión, el tráfico de drogas y el crimen organizado en todo el lado sur de Puerto Massy, y William Reams, el Flaco, es su jefe de capataces, su mayoral. El hombre al que diste la paliza, Carson Sunter, es un casaca: un soldado de la banda de Kromner. Alguien de muy bajo nivel, date cuenta; la clase de individuo que amenaza a los tenderos y transporta dinero de la droga. Pero el mayoral Reams… Puede que crea que un kekonés dándole una paliza a un nativo significa algo distinto.

—Esos matones atacan a cualquiera que crean más débil, especialmente a los inmigrantes —dijo el señor Hian—. Pero dejan en paz los barrios kekoneses porque tenemos a

Dauk-jen

como pedestal y huesos verdes con jade para protegernos. Por eso no los ves en nuestra zona de Trampasur.

—Tenemos una especie de acuerdo con las bandas. Ellos no se meten en nuestros asuntos y nosotros no nos metemos en los suyos —explicó Dauk Losun—. Pero me temo que las cosas cambiarán en cuanto se declare ilegal que los civiles posean jade.

Aquellas palabras causaron una ola de consternación que recorrió la mesa. Dauk Sana masculló una blasfemia. Su marido levantó una mano tranquilizadora.

—Tendremos que hacernos a la idea. Han circulado demasiadas historias sobre usos irresponsable y casos de comezón, y ahora tenemos este aumento del interés por el jade a causa de la implicación militar en Urtoko. El proyecto de ley de prohibición del jade ya se ha presentado en la Asamblea Nacional y tiene el respaldo del primer ministro y las sociedades de comercio más

importantes. No cuesta adivinar que se aprobará.

El pedestal se introdujo la mano en el cuello de la camisa de franela y sacó un medallón circular de jade sujeto a una cadena de plata. Besó el disco de jade y se dirigió a Anden.

—Esta es nuestra herencia kekonesa. Mi familia ha portado jade durante generaciones. Hoy mantiene a nuestra gente a salvo de las bandas y de cualquiera que intente aprovecharse de nosotros; une nuestra comunidad y es parte de nuestra identidad como kekoespenios. ¿Y ahora me dice el gobierno que va contra la ley? Es la ley lo que está mal.

Su mujer asintió con vehemencia.

—No soy médico, pero estudié enfermería en Kekon y aprendí de mi madre Canalización médica para ayudar a la gente con problemas que viene a verme. Ahora, por culpa de esta ley ridícula, tendrán miedo de verse implicados en algo ilegal, a pesar de que llevan años acudiendo.

Como había hecho con los otros Dauk, Anden intentó descubrir dónde portaba el jade la madre de Cory, pero no lo consiguió. Dauk Losun volvió a guardarse el medallón bajo la camisa, fuera de la vista.

—Lo único que va a conseguir esta prohibición es que las bandas estén ansiosas por conseguir jade. Me doy cuenta de que ya está ocurriendo: quieren una parte de cualquier negocio del mercado negro de Puerto Massy. Ya están metidas en las drogas, de modo que, naturalmente, querrán también el tráfico de shine. No pasará mucho tiempo antes de que tengamos que luchar con las bandas que vengan a buscar lo que tenemos.

Dauk Sana soltó un bufido.

—Aún no ha llegado ese día. No nos salgamos por la tangente. Anden y los Hian han venido en busca de ayuda, y no podemos dejar que este estúpido malentendido les cause problemas. Que Rohn-jen le ofrezca a Reams el Flaco… —Pensó durante un momento—. Dos mil thalires. Diría que podemos subirlo hasta tres mil, pero nada más.

El pedestal asintió.

—Como de costumbre, mi mujer es más inteligente que yo. Es bueno que me ayude a estar centrado en estos tiempos. Toro,

deberías ir con dos de tus amigos más verdes, y si Reams intenta regatear una cantidad mayor, recuérdale que lo sabemos todo sobre el asunto Gerting y no le hemos dicho nada a la policía. Tres mil y nuestro silencio… Lo aceptarán.

Anden pasó la mirada por la mesa. Se sentía atrapado en la garra de dos epifanías simultáneas. La primera era que, al contrario de lo que había creído al principio, y de lo que creían sus primos, no había llegado a una tierra sin jade ni clanes. En Yanlún, el problema de quién controlaría el jade había desembocado en una guerra callejera abierta entre Sin Cumbre y Montaña; en aquel lugar todavía estaba empezando, agitándose en el inframundo espenio y las sombras de las comunidades inmigrantes, pero en cualquier caso, existía.

Lo segundo de lo que se dio cuenta cristalizó cuando miró a Dauk, a su mujer y al desconocido Rohn. Aquella pequeña mesa de comedor estaba muy lejos del despacho formal de la residencia Kaul o de la planta alta del rascacielos de la calle del Barco, pero Anden comprendió que estaba ante un pedestal huesos verdes, su hombre del tiempo y su cuerno. Los de Puerto Massy eran algo distintos de los de Yanlún; gente sencilla de la comunidad, vecinos que ayudaban en secreto a vecinos.

Miró de reojo a Cory. El joven que pronto sería abogado estaba recostado en la silla, inclinada hacia atrás y apoyada en la pared, con un pie en el asiento; seguía prestando atención a lo que hablaban, pero parecía más interesado en el puñado de bizcochos rellenos de mermelada que había cogido. Tenía la piel lisa, era alto y sus pantorrillas estaban bien torneadas por el pedaleo. Llevaba una camiseta con un logo que Anden supuso que sería de algún grupo de música y parecía espenio en todos los sentidos. Pero era huesos verdes; llevaba jade oculto en algún sitio y estaba entrenado para usarlo. ¿Cuál sería su posición en el clan?

Rohn Toro se acabó el té y se levantó.

—Buscaré a Reams y hablaré con él.

—Gracias, viejo amigo —dijo Dauk Losun, que se levantó también para acompañarlo a la puerta—. Además, en algún momento, y pronto a ser posible, sería buena idea que le hicieras una visita amistosa a Tim Joro. Lo que ocurre entre un hombre y su mujer es asunto suyo, pero cuando se convierte en un problema

conocido en el vecindario, que puede hacer que tenga que acudir la policía… Bueno, el asunto crece y puede afectar a todo el mundo. Asegúrate de recordárselo, ¿te parece?

Rohn asintió y abandonó la casa. Mientras Dauk Sana le daba a la señora Hian una cazuela con sobras de la comida, el señor Hian cogió las chaquetas y volvió a inclinarse ante el pedestal.

—Dauk-jen, no podemos agradecerte lo bastante que te encargues de nuestro problema. Que los dioses te concedan su favor.

—No te preocupes —dijo Dauk—. Rohn Toro es absolutamente fiable, y ya hemos tenido que tratar con las bandas otras veces. Venid a cenar cuando queráis, y traed a este. —Agitó un dedo ante la cara de Anden a modo de advertencia burlona—. No te vuelvas a meter en líos, ¿me oyes? Ahora ya sabes que los duelos están prohibidos. Hay formas de esquivar la restricción, pero no hablaremos de eso ahora mismo. Que conste que admiro tu sangre; te mantienes firme y te niegas a que nadie te acobarde. Un auténtico kekonés de la vieja patria, con el verde en el alma, no como nuestros chicos espenios, que son unos blandos. —Echó una mirada a su hijo.

Cory le guiñó un ojo a Anden desde detrás de su padre.

—Nos vemos por ahí, isleño —dijo.

Anden se llevó las manos unidas a la frente y saludó para despedirse. Aún estaba asimilando lo ocurrido.

—Dauk-jen, ¿estás seguro de que esto servirá para suavizar las cosas? —Sobre todo, estaba preocupado por los Hian; no podía soportar la idea de que quizá los había puesto en peligro.

—Bueno, nunca hay garantías, pero no le des más vueltas —dijo el pedestal—. Hay un dicho: «Cuando hay que resolver un problema, el espenio prueba primero con dinero y luego recurre a la violencia. El kekonés prueba primero con violencia y luego recurre al dinero». —Dauk Losun rio entre dientes. Estaba claro que había citado aquella frase muchas veces, porque su mujer y su hijo pusieron los ojos en blanco a su espalda—. Estamos en Espenia, así que, igual que los Hian son tus padres de acogida aquí, permíteme actuar como un amigo tuyo y de tu familia.

Anden asintió, agradecido, pero un detalle empezó a preocuparlo. Tenía la fuerte sospecha de que el pedestal de

Trampasur, aunque era amistoso y sincero, no solo estaba ofreciendo su ayuda por afecto hacia los Hian, sino también por la relación de Anden con la familia Kaul. ¿Sería posible que esperara que, en algún momento, el clan Sin Cumbre le devolviera la amistad y el favor? Se sentiría muy decepcionado si Anden no pudiera ofrecer algo en reciprocidad.

Eligió sus palabras con cuidado:

—Dauk-jen, tienes mi agradecimiento. Soy extranjero en este país y, si he salido adelante, ha sido gracias a la generosidad de los miembros de la comunidad kekonesa. Desearía poder hablar también en nombre de mis primos, pero me temo que no tengo ningún cargo en el clan Sin Cumbre; precisamente por eso me enviaron fuera de Yanlún, para empezar. No soy huesos verdes, pero espero que algún día mi amistad tenga más valor que el que tiene ahora mismo.

El pedestal no pareció en absoluto decepcionado por aquella declaración sincera. Quizá al buscar información sobre Anden antes de aquella velada había descubierto todo lo que había que saber y ya era consciente del papel del joven en la guerra de clanes y de su deshonra posterior. Tendió su mano grande y áspera y, mientras Anden se la estrechaba, dijo:

—¿Un joven tan elocuente? Estoy seguro de que sí. Las cosas cambian. Las circunstancias nos exiliaron a Espenia a mi familia y a mí, pero no lo lamento.

# Capítulo 18
# El club Linterna Blanca

Shae llegó al club Linterna Blanca veinte minutos antes de la hora programada para la reunión con el embajador de Espenia y el comandante de la base naval de Euman. Quería asegurarse de conseguir una de las mejores mesas y situarse como anfitriona antes de que llegaran los invitados extranjeros. Pidió al sumiller de hoji que subiera de la bodega dos marcas recomendadas y también una botella de vino de importación, y que lo colocara todo en el centro de la mesa. Algunos miembros del club se dieron cuenta de su llegada y parecían dispuestos a acercarse a presentar sus respetos. Woon hizo una ronda de saludos e interceptó con habilidad cualquier intento de entablar conversación, explicando que el hombre del tiempo había ido a atender asuntos importantes y, por desgracia, no se la podía distraer en aquel momento, pero él estaría encantado de transmitirle los saludos.

Shae fue al baño para comprobar su maquillaje y lavarse las manos, que sentía pegajosas. Llevaba un atrevido atuendo de color rojo: un traje de chaqueta con falda de estilo espenio, con solapas anchas y gemelos en los puños, y una blusa blanca de cuello alto que ocultaba la gargantilla y las pulseras de jade. El único verde visible era el de los pendientes. Se sacó del bolsillo interior de la chaqueta dos papeles doblados y los revisó. Unas cuantas cifras y datos importantes políticos y económicos, recopilados después de hablar con Maro. Una página de apuntes estratégicos que había tomado durante una reciente sesión de trabajo con Woon. Guardó las notas. Iba bien armada, pero todavía se sentía como si marchara a la batalla en desventaja.

Regresó a la mesa. El embajador Gregor Mendoff y el coronel Leland Deiller llegaron al mismo tiempo, cinco minutos más tarde.

Shae se puso en pie para saludarlos y estrecharles la mano.

—Embajador, coronel… Me alegro de que hayáis podido reuniros hoy conmigo. —Las palabras salieron con razonable fluidez; las dos últimas semanas Shae había pasado un montón de tiempo con la radio de su despacho sintonizada en una emisora espenia, y varias horas hablando sola en espenio, refrescando su recuerdo del idioma; había tenido muy pocas oportunidades de usarlo después de volver de Windton. Habló con más lentitud y parsimonia de lo normal, no solo para reducir su acento, sino también para establecer el tono de la reunión. No presentó a Woon ni al otro hombre que la acompañaba, un intérprete al que confiaba no tener que recurrir. Supuso que sus invitados estarían bastante familiarizados con la manera kekonesa de hacer negocios para entender que aquello quería decir que eran meros observadores y no participantes activos de la reunión.

Intercambió cortesías con los dos hombres durante unos pocos minutos, mientras el camarero servía té y aperitivos de empanada de marisco e higos en adobo. El embajador Mendoff se quejó del clima húmedo, y el coronel Deiller, que nunca había estado en aquel salón, hizo comentarios sobre la gran variedad de licores de calidad que cubrían la pared de detrás de la barra. El club Linterna Blanca era un lugar desvergonzadamente opulento: sillones acolchados de cuero rojo, lámparas de araña, obras de arte caras en las paredes, camareros impecables con chaleco negro. Solo se podía ser miembro con invitación, y hasta hacía poco solo era accesible para linternas de Sin Cumbre de cierto nivel y prestigio, ya que era una de las prerrogativas más codiciadas que concedía el clan. Hacía tan solo cinco años que admitían mujeres, y cuatro que se permitía solicitar la membresía a personas que no fueran estrictamente ejecutivos de Sin Cumbre, lo que incluía concejales, destacados escritores y artistas de Yanlún y miembros del claustro de la academia Kaul Dushuron. En la actualidad existía incluso cierta reciprocidad de privilegios de membresía, dentro de unos límites, con el club Ciudad de Yanlún, que durante mucho tiempo había sido el club social del clan Montaña. Incluso durante el reciente periodo de guerra de clanes, fluía más dinero que sangre. Los huesos verdes de los dos clanes podían ser enemigos mortales, pero los hombres de negocios que les pagaban tributo seguían pudiendo

relacionarse mientras tomaban unas copas en los establecimientos de élite.

—Espero, caballeros, que hayáis oído las buenas noticias —dijo Shae después de que retiraran los aperitivos y les llevaran los platos de sopa y carne. Los espenios, había aprendido Shae, no tenían la costumbre de esperar al final de la comida para dar comienzo a las conversaciones importantes—. Se ha levantado la suspensión gubernativa de la minería del jade y se han reanudado las actividades de extracción, lo que significa que Kekon no tardará en empezar a cumplir los contratos de exportación.

—En efecto, es una noticia muy bienvenida —dijo el embajador Mendoff. Era un tipo corpulento de bigote canoso y afables ojos azules. A Shae le pareció que le causaba cierto nerviosismo hablar con ella; no dejaba de girar levemente sus anchos hombros hacia un lado y echar miradas a Woon. Mendoff era el antiguo presidente de la poderosa Asociación de Astilleros y ocupaba su cargo de embajador desde hacía seis meses; era su recompensa por sus enormes aportaciones a la campaña del actual primer ministro de la Asamblea Nacional de Espenia. Con un carraspeó, añadió—: Y debo mencionar que llega en un momento esencial, señorita Kaul. Considerando la inestabilidad política provocada por la guerra civil en Urtoko, mi gobierno considera nuestros acuerdos comerciales con Kekon uno de los principales instrumentos para promover la seguridad en la región.

Shae le sonrió con cortesía, pero lo corrigió con firmeza:

—Embajador, aquí en Kekon, la forma apropiada de dirigirse a una persona que porta jade es jen. Puede llamarme Kaul-jen, o simplemente hombre del tiempo, que es un tratamiento que quizá le suene extraño pero que tiene un gran significado en mi cultura.

Mendoff se ruborizó y pareció incómodo, pero Shae continuó hablando como si no hubiera existido el paso en falso:

—Me doy cuenta de que las próximas exportaciones de jade le interesan considerablemente. —Inclinó la cabeza hacia el coronel Deiller—. A fin de cuentas, según los expertos, parece que el conflicto de Urtoko se va a convertir en la primera guerra de jade moderna.

El coronel Deiller tenía un rostro cuadrado, un ceño autoritario y la dignidad sufrida de un militar de carrera que había sido asignado a una docena de lugares del mundo y había oído todas las clases de chorradas que se podían oír. Estudió a Shae con una mirada evaluadora intensa, que la hizo sentirse ligeramente incómoda. Shae sospechó que el hombre estaba hojeando su expediente mental, comparándola con las fotografías de hacía algunos años, cuando ella trabajaba como informante del servicio de inteligencia de la República de Espenia. En aquella época, Shae tenía veintidós años y era la novia de un oficial naval de Espenia y la nieta mimada del famoso héroe de guerra Kaul Seningtun. Quizá el coronel se estaba preguntando cómo era posible que en siete breves años se hubiera convertido en una de las figuras políticas y empresariales más influyentes de la isla de Kekon.

—Nuestro objetivo en Urtoko es proporcionar apoyo al gobierno shotariano. —La voz de Deiller tenía un denso acento del norte de Espenia, que Shae reconoció de sus años universitarios en Windton —. Estamos desplegando activos militares a petición suya.

—Os disteis prisa en amontonar fuerzas navales en el mar Occidental de Tun en cuanto sospechasteis que el ejército ygutano estaba equipando a los rebeldes urtokos —señaló Shae.

—La política de la República de Espenia es hacer frente a la agresión ygutana, y está abundantemente claro que la rebelión de Urtoko es un vehículo para la expansión territorial ygutana. — Deiller miró con desconfianza el plato de calamares y optó por servirse un poco de cerdo—. El primer ministro, así como el ministro de Defensa han declarado que defenderemos de forma inequívoca la soberanía de nuestros aliados. —Miró a Shae con intención—. Incluido Kekon, añado.

Con un gesto, Shae ordenó al camarero que volviera a llenar los vasos de hoji. El embajador había terminado el primer plato; el coronel, no. Shae apenas había probado el suyo.

—Siento decir —intervino el hombre del tiempo— que muchos kekoneses no ven como actos de un aliado de confianza la rápida concentración de fuerzas militares en la isla de Euman y en las aguas circundantes.

—He hablado a fondo del tema con el canciller Son Tomarho — dijo el embajador Mendoff, consiguiendo sonar indignado por la

insinuación de Shae sin perder el tono melifluo de un diplomático —. Le he asegurado, y también al Consejo Real, que la elevada presencia militar en Kekon es una medida necesaria para nuestros intereses de seguridad conjuntos, y esperamos que sea coyuntural.

—Vuestros intereses son el jade —aclaró Shae, dejando la cuchara en el plato—. Todos vemos las noticias, embajador. Las historias sobre comandos de operaciones especiales espenios equipados con jade kekonés… hacen que la gente se ponga muy nerviosa. Debes recordar que mi país tiene un largo historial de intentos de invasión y ocupación por parte de extranjeros. ¿Cómo podemos confiar en que nuestros aliados espenios sean diferentes? Si quisierais, ¿no podríais usar vuestro poderío militar y vuestros soldados portadores de jade para tomar las minas y controlar el país? —Abrió las manos en un gesto de impotencia, como si solo estuviera poniendo en palabras una paranoia ridícula, pero estaba segura de que Mendoff y Deiller habían tenido conversaciones de aquella naturaleza con sus superiores. Si Sin Cumbre no hubiera mantenido el flujo de jade hacia Adamont Capita durante el cierre de la
AJK
, o si la guerra de clanes hubiera continuado y obligado a que las minas estuvieran cerradas demasiado tiempo, los espenios ciertamente podrían haber emprendido una acción militar. Shae continuó—: No os ofendáis; solo os estoy diciendo cómo funciona la mente kekonesa. Siempre estamos en guardia contra los ladrones.

—Parece que ya estás al tanto de la solicitud que hemos presentado al Consejo Real —gruñó el embajador Mendoff—. En este país no se os escapa nada a los clanes.

—Que solicitéis un incremento tan importante de las exportaciones de jade en cuanto las minas han vuelto a funcionar —dijo Shae—, al mismo tiempo que concentráis fuerzas en nuestro territorio, no va a hacer que ningún kekonés mire con buenos ojos a Espenia. El Consejo Real ya recibe una gran presión del público para reducir las exportaciones de jade y condenar la guerra de Urtoko.

—Shotar se encuentra en una situación de crisis —insistió el embajador, inclinándose hacia delante para enfatizar—, e Ygutan es una amenaza inminente para todos. Kekon es importante desde el

punto de vista geopolítico, no solo como la única fuente de jade bioenergético del mundo, sino por su posición estratégica en el mar Occidental de Tun. Necesitamos todo el apoyo de vuestro país.

—No recibiréis jade adicional —dijo Shae—. Ni los miembros del Consejo Real ni los representantes de los clanes que participan en la junta de la Alianza del Jade de Kekon aceptarán ceder una cantidad mayor de las reservas del país para alimentar una guerra subsidiaria.

—Discúlpame, señorita Kaul-jen —dijo el embajador Mendoff, recostándose en la silla y frunciendo el ceño—, pero no hablas por el gobierno kekonés.

—Eso es verdad —dijo Shae—. Tendréis que esperar a la respuesta oficial. Será la misma que la extraoficial que estáis escuchando ahora de mis labios. En Kekon tenemos un dicho: oro y jade no se mezclan. Los que portamos jade no nos dedicamos a la política oficial, pero no estáis pidiéndonos oro; estáis pidiéndonos jade. Y a ese respecto, los clanes tienen la última palabra.

Shae esperaba que los dos hombres captaran el recordatorio sutil: Kekon podía ser una isla pequeña con un ejército nacional minúsculo, pero cualquier intento de ejercer un dominio militar sobre el país significaría enfrentarse a los clanes de huesos verdes, que controlaban las ciudades y todas las industrias importantes, y entre cuyos miembros se contaban miles de guerreros entrenados, cada uno de los cuales portaba más jade que varios soldados de élite espenios juntos.

—Permitidme que me explique —prosiguió hombre del tiempo —, de modo que podáis comunicárselo a vuestros superiores: no es que estemos en desacuerdo con vuestra postura contra Ygutan. Pero en Kekon creemos que el jade es un obsequio divino del cielo. Es necesario entrenarse muchos años, empezando desde la infancia, antes de poder portarlo, y nuestra tradición sagrada es que solo debe emplearse para defender a otros. Por supuesto, nos damos cuenta de que el mundo se ha abierto y ya no somos los únicos que pueden poseer jade, pero a pesar de todo, es el elemento central de nuestra identidad nacional. Hay una gran población kekoshotariana en Urtoko; esta y otros civiles se verán atrapados en el conflicto. No queremos que el jade se convierta en una herramienta bélica para

los extranjeros, que además podría usarse para hacer daño a otros kekoneses.

—¿Insinúas que el uso por parte del personal militar en un conflicto armado manchará de alguna manera la reputación de Kekon y la santidad del jade? —dijo con escepticismo el embajador Mendoff—. Las disputas entre los clanes de este país han desembocado en personas que portan jade matándose entre ellas, a espadazos nada menos, en las calles de Yanlún. ¿Dónde está la lógica de tu argumento?

Shae habló con tranquilidad pero con un filo gélido en el tono:

—Las dos cosas que describes son completamente diferentes. Si no puedes ver el motivo, es porque no eres kekonés.

Los dos hombres parecieron disgustados. El camarero se acercó a recoger los platos vacíos; Mendoff y Deiller miraron con expresión de disculpa al hombre que estaba sentado junto a Shae, que no había comido ni bebido nada. El intérprete, un joven hacedor de fortuna del clan, no pudo evitar mirar con hambre las sobras que se llevaban a la cocina. Woon, que tenía suficiente experiencia para haber comido antes de la reunión, no echó a los platos ni la más mínima ojeada.

Shae esperó a que el camarero terminara de servir el té, y luego siguió hablando con tono más conciliador:

—No creáis que eso significa que no apoyamos a nuestros aliados. El jade es un recurso nacional que debe ser gestionado por todo Kekon, pero ahora no os hablo como miembro de la AJK, sino como hombre del tiempo de mi clan. Os podemos ofrecer otras cosas valiosas además del jade. —Se volvió por primera vez hacia Woon, que de inmediato le entregó un grueso sobre.

Shae puso el sobre en el centro de la mesa y se fijó en que el coronel Deiller era el primero a cogerlo. El coronel sacó los documentos del interior y los examinó. Mientras leía fue juntando las cejas y, aunque mantuvo su hosca compostura, el pulso se le aceleró lo suficiente para que Shae lo Percibiera. Sin decir una palabra le pasó los documentos al embajador Mendoff, quien, después de estudiarlos unos minutos, se acarició el bigote y miró a Shae.

—¿Cómo has conseguido esto?

Shae había revisado los archivos de Doru en busca de la información que este había reunido después de su viaje a Ygutan, a órdenes de Lan, dos años antes. A continuación, había interrogado al puño y al dedo que corroboraron el informe sobre las actividades de Montaña en aquel país y, con el permiso de Maik Kehn, los había enviado de vuelta a Ygutan cuatro semanas, junto a dos de sus propios hombres, para comprobar y poner al día la información descubierta.

—¿El cormorán te ha proporcionado alguna vez información falsa? —preguntó a Deiller.

El coronel entrecerró los ojos al oír el antiguo nombre en clave de Shae.

—No —reconoció.

Su mesa estaba separada discretamente del resto del salón mediante un biombo de madera, y Woon se había ocupado de que el personal de servicio no sentara a otros parroquianos al alcance del oído, pero a pesar de todo, el embajador Mendoff bajó la voz.

—Son pruebas de la producción de
SN1
a gran escala en Ygutan.

—Con
SN1
de sobra, si Ygutan se asegura el jade del mercado negro, podrá usarlo con fines militares, lo que incluye equipar a su ejército marioneta de Urtoko.

Los dos hombres parecieron visiblemente perturbados por la idea:

—¿Por qué no nos han hablado de esto nuestros informantes del gobierno ygutano? —preguntó Mendoff a Deiller.

—Vuestros espías en Dramsk seguramente no lo saben —dijo Shae—. Las instalaciones de producción de
SN1
no las dirige el gobierno ygutano. Aunque los kekoneses nos oponemos al tráfico de shine en nuestro país, hay ciertas personas, en clanes distintos del mío, que no tienen ningún problema en fabricarlo y vendérselo a cualquiera que pague, sin que les importen las alianzas políticas.

Incluso antes de la guerra de clanes, Lan se había dado cuenta

de que Sin Cumbre podría usar la información sobre las actividades de Montaña de fabricación de
SN1
en el extranjero para dañar a sus enemigos, y eso era lo que pretendía Shae en aquel momento. Cogió el fajo de documentos y lo volvió a meter en el sobre; luego puso la mano encima y miró a los dos hombres con las cejas alzadas, expectante.

—A pesar de nuestros diferentes puntos de vista y prioridades, el clan Sin Cumbre desea que nuestros países sigan siendo amigos; por eso os llamé para que tuviéramos una conversación sincera y para ofreceros algo valioso.

Los dos hombres del otro lado de la mesa cruzaron una mirada y aparentemente llegaron a un acuerdo silencioso antes de volverse hacia Shae.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas a Adamont Capita —dijo despacio el embajador Mendoff—, pero nos has prestado un gran servicio al compartir esta información. Puede que valga para nosotros diez o quince millones de thalires.

Shae se las arregló para ocultar una expresión de disgusto ante la repentina mención de un precio. Los espenios eran mercenarios y plutócratas; su sociedad se había construido sobre una larga historia de poderío naval y comercio, y trataban los negocios justos como una religión. Shae sospechaba que podían poner precio a cualquier cosa; desde luego, al jade, y quizá hasta a la vida y la muerte.

Se echó hacia atrás y bebió un poco de té, fingiendo considerar la oferta del embajador; era posible que se ofendieran si no parecía tomársela en serio.

—Los clanes de Kekon tienen una tradición —dijo al fin—. Cuando alguien ha hecho algo por nosotros por respeto y buena voluntad, le hacemos un regalo. Puede ser un objeto de color verde, marcado con el símbolo del clan. Significa que estamos agradecidos por su amistad y que, si en el futuro podemos ayudarlo de alguna forma, lo haremos.

Deiller se removió en el asiento; Mendoff tosió. Estaba claro que la idea de deber favores los incomodaba.

—¿Eso es lo que quieres a cambio de información de importancia militar? —dijo el embajador con escepticismo.

Shae sonrió.

—No, no; esa no es vuestra costumbre, así que, por supuesto, no espero que la sigáis. Lo relevante de un regalo es que no lleva adjuntos un valor o una fecha concretos. Simboliza aprecio y confianza. Pero no necesito un detalle simbólico, y no esperaría que aceptaseis un intercambio tan indefinido. Solo lo menciono porque quiero que esto sea una oportunidad para que reforcemos el lazo entre nuestros países. Somos aliados, como decís, pero debido a lo que está ocurriendo ahora, la relación se ha tensado. Si tendemos puentes, sobre todo si son puentes rentables, ayudarán muchísimo a reforzar nuestra alianza… y la percepción de Espenia que tiene el público.

El embajador Mendoff asintió lentamente. Sus anchos hombros y sus ojos azul claro apuntaban directamente hacia Shae.

—¿Tienes en mente alguna oportunidad en especial?

—Hay muchas empresas kekonesas a las que les gustaría tener acceso al mercado espenio. Para que eso sea factible habría que reducir o eliminar los aranceles de ciertos sectores, como los textiles o los productos de consumo. Me gustaría ver desaparecer las restricciones sobre la inversión de capital extranjero en bienes inmuebles en sitios como Puerto Massy, de modo que puedan operar allí más negocios kekoneses. —Decidió que lo mejor era hablar con la misma franqueza que ellos—. Desde el final de la guerra de las Naciones, Kekon se ha estado abriendo al comercio internacional, pero al margen de nuestra principal exportación a Espenia, el jade, tenemos un déficit comercial considerable. Para corregirlo, y para ampliar las oportunidades de negocio para las empresas de Kekon, necesitaría vuestro apoyo.

El embajador Mendoff y el coronel Deiller la miraron varios segundos en silencio. Al final habló el coronel.

—Bueno, yo soy soldado, no político, pero diría que Kekon es el eje estratégico de nuestra presencia militar en el Amárico oriental. Estamos comprometidos con nuestra alianza y con mantener buenas relaciones con el gobierno y el pueblo de este país.

—Aunque sea así —dijo el embajador Mendoff—, lo que esperas no es algo que se puede conseguir rápidamente o con facilidad. Te aconsejaría aceptar los quince millones de thalires. Puedo defender tus planteamientos ante el primer ministro Galtz y ante la Asamblea Nacional, pero…

—Es lo único que pido. —Shae añadió a su voz un toque calculado de humilde adulación—. Sé que eres amigo del primer ministro y tienes mucha influencia en él, o eso me dice cualquiera a quien pregunte. Si eres capaz de decir en las altas esferas algo que pueda mejorar nuestro futuro económico conjunto, lo aceptaré encantada en vez de cualquier otra cosa que me puedas ofrecer.

—Actúas como si fueras la autoridad definitiva en esta conversación, señorita Kaul-jen. —El embajador Mendoff parecía incómodo—. ¿Dónde está el jefe de tu clan? ¿Por qué no ha venido?

«Porque —pensó Shae— Hilo preferiría hacer cualquier otra cosa antes que sentarse en el club Linterna Blanca y dar jabón a diplomáticos extranjeros».

—Tengo completa autoridad para actuar como representante del pedestal en estos asuntos —dijo—. Mi palabra en el clan Sin Cumbre es definitiva.

# Capítulo 19
# Reunión en Lybon

Cuando Hilo llegó a Lybon, en Stepenland, se sorprendió por lo limpio que estaba todo. El transbordador interterminales del aeropuerto era una cápsula plateada puntual que anunciaba llegadas y salidas en estepenio, espenio y otro idioma que sería probablemente lurmés. La temperatura era suave, casi fresca, aunque estaban a finales del verano. La gente no era hostil, pero parecía seca, inexpresiva y eficiente.

Hilo decidió que le apetecía poder ir a su aire y ver la ciudad, así que Tar reservó un cupé azul en el mostrador de alquiler de vehículos del aeropuerto. Mientras su asistente estudiaba el mapa, Hilo pidió indicaciones a la empleada de la agencia, enseñándole la dirección a la que tenían que ir y conversando en su limitado vocabulario espenio. Cuando al final salieron a las calles, resultó que era bastante fácil orientarse en Lybon. Comparada con Yanlún era más bien un pueblo grande; estaba dividida en cuatro cuadrantes y atravesada de norte a sur por el río Farstgein. Una línea azul de montañas escarpadas se alzaba al oeste, y las anchas calles se abrían entre filas de pintorescas casas altas de ladrillo, de tejado puntiagudo, y con balcones de rejas cargados de flores. Las aceras eran estrechas, pero estaban bordeadas por setos inmaculadamente podados y árboles frondosos.

Tar sugirió que fueran primero al hotel, pero Hilo negó con la cabeza; había dormido en el avión y siempre que era posible prefería poner manos a la obra con lo que fuera que tuviera que hacer.

La dirección resultó ser de una casa curiosa, de una sola planta y pintada de verde pastel, en el barrio noroeste de Lybon. Tar aparcó en esa misma calle. Cuando llamaron al timbre, la puerta se abrió

casi de inmediato. Eyni debía de haber estado esperando a alguien, quizá a un repartidor o a un trabajador doméstico, porque empezó a decir algo antes de darse cuenta de a quiénes tenía delante. La ex de Lan dio un involuntario paso atrás y abrió mucho los ojos.

Hilo sonrió y cruzó el umbral.

—Eyni, hermana —saludó calurosamente—. Siento no haber llamado para avisarte de que veníamos, pero no tenía monedas estepenias para la cabina del aeropuerto. Espero que no lleguemos en mal momento. —Cerró la puerta cuando entró Tar—. He venido con Maik Tar, no sé si te acuerdas de él; era mi segundo puño cuando yo era el cuerno y ahora es mi asistente del pedestal.

—¿Qué haces aquí? —dijo Eyni con voz chillona—. ¿Cómo sabías dónde vivo?

—Es fácil averiguar estas cosas. —No merecía la pena que le dijera que le había seguido la pista hacía años, pero que por órdenes de Lan nunca había utilizado la información. Eyni había cambiado; su cara no había envejecido, pero tener un hijo le había ensanchado las caderas. Además, se había cortado el pelo a la altura de la barbilla.

Hilo se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla.

—Andar con cartas arriba y abajo no es la mejor forma de hablar de cosas importantes. Hay que tomarse el tiempo de escribirlas, y luego esperar semanas para recibir la respuesta. Para entonces uno ya prácticamente no se acuerda de lo que dijo. Y cuando no se tiene delante a la otra persona es fácil que haya malentendidos. Por ejemplo, sé que no pretendías ser descortés con Wen, aunque sobre el papel lo pareciera. Así que pensé: en vez de hacer que tenga que molestarse planeando un gran viaje a Yanlún, que sé que es complicado cuando hay un niño por medio, iré a visitarla en persona.

Los ojos de Eyni saltaron de Hilo a la puerta.

—Lors va a llegar en cualquier momento.

—Estupendo —dijo Hilo—. Así nos podremos sentar todos y nos presentamos como es debido. —Paseó con curiosidad la mirada por la sala de estar. Era una estancia reducida pero alegre que olía a ambientador floral. A Eyni siempre le había gustado el arte; había máscaras de arcilla, pequeñas acuarelas cuadradas colgadas en las paredes y un cesto de paja con frutas de fieltro en la mesita, al lado

del cual desentonaba un sonajero verde de plástico con forma de rana. Eyni intentaba mostrarse tranquila, pero Hilo podía Percibir su pulso acelerado y su desconfianza aullando como una sirena, lo que lo irritó. Había momentos en que era útil inspirar miedo, cuando era necesario, pero cuando no tenía intención de asustar, la reacción era un poco ofensiva. Se sentó en el sofá y, con una mirada, indicó a Tar que hiciera lo mismo. Cogió el sonajero—. ¿Dónde está mi sobrino?

—Durmiendo la siesta —dijo Eyni con rapidez, pero en ese momento llegó un ruido de otra habitación.

Hilo se levantó y fue a mirar, y al final del pasillo vio a un niño pequeño agarrado a los barrotes metálicos blancos de una puerta para bebés. Se le acercó y se puso de rodillas. El chiquillo de dos años apenas recordaba al bebé regordete de la fotografía que le había enseñado Wen; ahora tenía los rasgos de un Kaul: la nariz y la boca, la mirada alerta. Hilo se podía dar cuenta ya de que cuando creciera sería la viva imagen de Lan, igual que Lan era la de su padre. Parecía que siempre era así con los primogénitos Kaul. El niño observó a Hilo con gran interés, sin el más mínimo temor. Entrecerró el ojo izquierdo y pasó una mano regordeta entre los barrotes. Hilo, hipnotizado, tendió la mano hacia el niño, que le agarró un dedo.

—Hola, Niko —dijo el pedestal—. Soy tu tío Hilo.

Eyni pasó a su lado y le quitó el sonajero, abrió la puerta y cogió en brazos a Nikolas, que lanzó un chillido de protesta; la mujer le siseó para que callara y lo llevó de vuelta a su cuarto. El chiquillo se retorció y alargó los brazos por encima del hombro de su madre mientras se lo llevaba.

Un sentimiento de protección repentino y arrollador invadió a Hilo. Acababa de conocer al niño, pero ahora lamentaba no haber ido antes. Debería haberse presentado sin demora en cuanto Wen le enseñó la carta. Estuvo a punto de sujetar a Eyni por el brazo para evitar que se llevara a Niko cuando solo hacía unos segundos que por fin le había puesto los ojos encima.

Eyni desapareció en la otra habitación y volvió a salir al cabo de un momento. Cerró la puerta tras ella.

—De verdad que debería estar durmiendo —explicó—. Últimamente se resiste a echar la siesta. Si se emociona demasiado,

no se calma y luego se pasa toda la tarde de mal humor. —Volvió a la sala de estar sin mirar a su antiguo cuñado. Hilo la siguió, un poco retrasado. Cuando estuvieron de nuevo en la sala, este dijo con determinación:

—Tenemos que hablar, Eyni. Es cierto que no éramos amigos; quizá nunca fui realmente un hermano para ti, ni tú una hermana para mí, pero eso ahora no tiene importancia. Tenemos que pensar en lo mejor para Niko. Tenemos que hablar de tu regreso a Yanlún.

Eyni le daba la espalda, envarada. Cuando se giró, tenía los brazos cruzados y una expresión de ira contenida y testaruda determinación.

—No deberías haber venido, Hilo —dijo—. Le dije a tu mujer que no volviera a ponerse en contacto conmigo, y si no contesté a tus dos últimas cartas fue por algo. He dejado atrás el pasado.

—Tú escribiste a Lan —dijo Hilo con una mueca de disgusto—. Leí la carta; decías que querías que tu hijo conociera a su padre y que estabas dispuesta a volver a Kekon.

—Eso fue hace dos años —exclamó Eyni—. Llevaba poco tiempo en Lybon, y después de que naciera Niko me sentía muy sola e insegura respecto a todo. Seguía amando a Lan y lo echaba de menos, pero entonces me enteré por unos amigos…, por unos amigos, porque nadie del clan se molestó en avisarme, de que había muerto. Asesinado. En alguna ridícula guerra de huesos verdes que se había extendido por toda la ciudad.

—Tú abandonaste a la familia —dijo Hilo sin ninguna simpatía —. Por eso no te avisaron.

—Sí —dijo Eyni con voz baja—. Tardé algún tiempo, pero al final me marché. Ahora tengo una vida aquí, con Lors. Tenemos un hogar y amigos. No tenemos ningún motivo para volver a Kekon.

—¿Ningún motivo? —Hilo estaba atónito, pero se obligó a tomarse unos segundos para elaborar una respuesta; sabía que su mal genio a veces le hacía decir cosas que luego no se podían retirar. Con la voz más paciente que pudo, dijo—: Reconozco que no sé mucho sobre Lybon, pero sé que no es lugar para criar a un huesos verdes. Apenas hay kekoneses aquí. ¿Qué clase de vida va a tener Niko en Stepenland? Siempre será un marginado. Tiene que criarse en Yanlún, donde está su familia.

—Su familia somos Lors y yo —replicó Eyni.

—Este hombre, tu novio, no es kekonés. ¿Está realmente dispuesto a criar un niño que no es suyo? ¿Os habéis casado siquiera?

Los ojos de Eyni centellearon de indignación.

—¿Qué más da eso? Estamos comprometidos el uno con el otro y queremos tener hijos juntos.

Hilo guardó silencio durante un minuto.

—De acuerdo —dijo al fin—. Ya veo. Vamos a sentarnos a hablar; no hace falta que discutamos de una punta a otra de la sala. —Se acercó despacio a Eyni, como si fuera un caballo nervioso, la cogió del codo y la condujo al sofá. Se sentó, y aunque Eyni se había soltado el codo, le hizo caso y se sentó a su lado. Hilo siguió hablando con voz amable—: Me parece que me recuerdas como el hermano pequeño de Lan. Era bastante más joven que él, y es verdad que no siempre era muy razonable. ¿Quién lo es a esa edad? Pero ahora soy el pedestal del clan, y eso significa que cuando tomo una decisión, se obedece.

»No te marchaste de Yanlún en las mejores circunstancias, y te has ido acostumbrando a este país extranjero, así que entiendo tu reticencia a volver. Y quieres seguir con tu novio, lo comprendo. —Se inclinó hacia delante para mirar el rostro sombrío de Eyni—. Te prometo una cosa: tu familia y tú tendréis una buena vida en Yanlún, mejor que la que tendríais aquí. El clan se encargará de todo. Tendréis una casa, en la hacienda Kaul o en otro lugar, como queráis. Un coche con chófer, personal de servicio, una niñera para Niko y cualquier otra cosa que necesitéis. Cuando te cases en Yanlún, daré la bienvenida a tu marido a la familia. Él ya ha vivido en Kekon. ¿Sigue dedicándose al turismo? Ahora hay montones de extranjeros en Yanlún, y más empresas internacionales que nunca. No habrá ningún problema para encontrarle un buen trabajo; seguramente podrá escoger.

Por supuesto, Hilo no tenía ninguna intención de meter al amante extranjero de Eyni en Sin Cumbre, pero supuso que podía aprender a tolerar la presencia de ese hombre en Yanlún, mientras no tuviera que verlo a menudo. Era un detalle en el que estaba dispuesto a llegar a un compromiso, ya que Eyni era una de aquellas personas que necesitaban compañía y ningún kekonés respetable estaría dispuesto a quedarse con ella.

Eyni empezó a considerar esos argumentos.

—Tar, ¿qué tal si nos buscas algo de beber? —dijo Hilo. El asistente del pedestal, que había estado observando la conversación, se puso en pie y entró en la pequeña cocina. Eyni levantó la mirada, nerviosa, e hizo además de seguirlo, pero luego pareció pensárselo mejor. Se volvió a sentar y se retorció las manos sobre el regazo. Hilo siguió hablando—: Ten en cuenta otro detalle: Wen, mi mujer, está embarazada. Esperamos el bebé dentro de dos meses. Niko tendrá un primo casi de su edad. Tendrá tíos y tías que lo querrán, y en Yanlún crecerá como un Kaul, como el primogénito de Sin Cumbre. —Envolvió con un ademán la casa de Eyni y sus alrededores—. ¿Este es un lugar tan bueno que compense renunciar al derecho de nacimiento de tu hijo? ¿Un sitio por el que valga la pena abandonar tu país?

Tar regresó con dos vasos de agua. La mano de Eyni temblaba ligeramente cuando cogió uno sin mirarlo y lo apuró de un trago. Hilo se daba cuenta de que sus palabras habían tocado una fibra sensible. Eyni podía ser superficial, pero a cierto nivel, él sabía que tenía que sentir nostalgia. Nunca se habría marchado de Kekon de no haber sido por el adulterio y el divorcio, y ahora que Hilo le ofrecía el perdón del clan y el regreso a una vida de nivel en Yanlún, no era difícil Percibir la batalla que se libraba en su interior. Bebió un trago de agua y esperó.

Eyni apretó con fuerza el vaso vacío.

—Es verdad que hay cosas que no me gustan de Lybon, y cosas de Yanlún que echo mucho de menos —reconoció al fin—. Pero la vida que me ofreces, la de la familia gobernante, los huesos verdes de Sin Cumbre, fue lo que nos separó a Lan y a mí. Fue lo que hizo que lo mataran. No hay nada más que acero, jade y sangre. No es una vida segura ni feliz… y no es lo que quiero para Niko.

La llamarada del aura del pedestal hizo que Tar observara con más interés.

—Niko es mi sobrino —dijo Hilo con tono de incredulidad—. Hijo de un pedestal de Sin Cumbre, y bisnieto de la Antorcha de Kekon. Nació para ser huesos verdes. ¿Y tú quieres que crezca hablando otro idioma, rodeado de extranjeros, sin portar nunca jade y sin saber nunca quién es? —Desde luego, Eyni era desleal, pero Hilo tenía la sensación de que lo que estaba haciendo en aquel

momento era incluso peor que su traición al clan—. Como kekonesa, ¿cómo puedes justificarlo?

Eyni se puso en pie, con los brazos estirados hacia abajo y los puños apretados.

—No entiendes nada, Hilo. Quizá, si Lan estuviera vivo, las cosas podrían ser diferentes, pero tú no eres Lan. No eres el padre de Niko. Y yo no soy una súbdita del clan dispuesta a cambiar drásticamente la vida de mi familia para plegarme a tu voluntad.

—Ten cuidado con la forma en que te diriges al pedestal —intervino Tar con una nota de advertencia en la voz, pero Hilo lo silenció con una mirada y una seca negación con la cabeza. Había oído cerrarse la puerta de un coche y Percibía que alguien se acercaba a la casa.

Eyni corrió a la puerta cuando se abrió. Entró un estepenio elegante de pelo rojo, que al ver a Hilo y a Tar se detuvo sorprendido y confuso. Hilo se puso en pie y Tar lo imitó. Eyni cogió a su novio del brazo y dijo en kekonés, para que todos pudieran entenderla:

—Lors, te presento a Hilo, el hermano de mi exmarido, de Yanlún. Su amigo y él estaban de paso en Lybon y se han acercado a saludar. Se me olvidó comentarte que vendrían.

La postura del hombre se relajó un poco. Hilo se dio cuenta de que Eyni temía por la seguridad de Lors. Estaba intentando calmarlo para evitar que intentara desafiar a los dos desconocidos que estaban en su casa.

—Hola —saludó Lors, cauto, en un kekonés con acento, pero razonablemente fluido—. Nunca nos habían visitado amigos de Eyni venidos de Kekon. ¿Cuánto tiempo estaréis aquí?

—No mucho —dijo Hilo—. He venido a conocer a mi sobrino. Hasta hace pocos meses no sabía de su existencia. Es una pena que viváis tan lejos; al resto de la familia también le gustaría conocerlo.

—Sí, bueno, es una situación un poco incómoda, ¿no? —dijo el hombre; sonrió nerviosamente y se pasó una mano por el pelo cobrizo—. Creíamos que podía haber algún resentimiento, al fin y al cabo.

—Nada que no se pueda dejar correr —replicó Hilo. Miró a Eyni, erguida y tensa al lado de su novio—. Le estaba comentando a Eyni lo mucho que nos gustaría que volvierais todos a Yanlún, pero

parece que prefiere estar aquí. Debe de irte muy bien con las ventas para poder atraer a una mujer kekonesa tan lejos de casa.

Lors rio entre dientes, tranquilizado por el tono despreocupado y halagador de Hilo.

—Debo decir que antes de vivir en Kekon no tenía ni idea de lo hermosas que eran sus mujeres. No sé cómo pude tener tanta suerte para conseguir una. —Le dio a Eyni una palmada afectuosa en el trasero—. He viajado a muchos lugares exóticos, y me atrevo a decir que ella es el mejor recuerdo que me he traído de ninguno. ¿Verdad, flor? —Eyni sonrió un poco incómoda, aún con la vista fija en Hilo. Lors siguió hablando—: Escucha, Hilo… ¿He pronunciado bien tu nombre? Hilo, pareces ser un buen tipo. Solo quiero decirte que nunca tuve malas intenciones hacia tu hermano. Ni siquiera lo conocía. Es solo que Eyni y yo, bueno… —Rodeó con un brazo a Eyni, que se tensó todavía más—. Estábamos, estamos, enamorados. ¿Tienes en casa una mujer que te ame?

Hilo asintió.

—Bueno, entonces puedes entenderme, ¿no? En mi país tenemos un dicho. —Lors dijo algo en estepenio y luego lo tradujo al kekonés—: «Las flores crecen hasta en el desierto, así que no hay lugar donde no pueda surgir el amor».

Los labios de Hilo se curvaron hacia arriba un instante.

—Me alegra ver que sois felices juntos, incluso después de un traslado tan grande y la adición de un niño que habrías esperado que fuera tuyo.

La sonrisa del hombre vaciló.

—Bueno… Las familias pueden ser un lío a veces, ¿verdad? Tenemos intención de darle a Nikolas muchos hermanos. Encajará y todo irá bien.

—Estoy seguro —dijo Hilo—. Pero es una lástima que mi sobrino esté tan lejos de sus parientes y no sepa nada de su herencia kekonesa. Creo que deberíamos llegar a un compromiso. Dentro de unos años, cuando sea mayor, puede pasar el tiempo entre Stepenland y Kekon. La mitad del año aquí en Lybon, la otra mitad en Yanlún. —Hilo estaba sinceramente complacido con la solución que se le acababa de ocurrir, y creía que era imposible que hubiera objeciones. No era un arreglo perfecto, y no era lo que habría deseado, pero sabía de antemano que Eyni era difícil de tratar.

Aquello sería aceptable para todos—. Cuando esté en Yanlún vivirá conmigo y con mi mujer, y lo trataremos como si fuera nuestro propio hijo. Ahora hay escuelas internacionales en Yanlún, incluso algunas que enseñan estepenio y otros idiomas. Puede ir a cualquiera de ellas hasta que tenga diez años; entonces podrá asistir a la academia Kaul Dushuron durante el curso y volver a Lybon en vacaciones. Aprenderá a apreciar los dos países y las dos culturas. Un ciudadano del mundo. Todos dicen que el futuro será así; sería una ventaja para él.

—Parece una idea excelente —dijo Lors—. ¿No crees, flor? Sobre todo después de que tengamos hijos propios, será de muchísima ayuda que los parientes kekoneses de Nikolas se ocupen de él parte del tiempo. —Se volvió hacia Hilo—. ¡Igual retirarías la oferta si supieras lo monstruito que puede ser! Creo que los seis primeros meses fueron muy duros para Eyni.

A Eyni se le había helado la expresión; le dio un codazo en las costillas a su novio para que se callara.

—Tar y yo estaremos unos días más en Lybon —dijo Hilo—. Nunca habíamos venido, y quiero conocer esto y disfrutar la ciudad. ¿Por qué no vamos todos a cenar el quintodía? Invito yo, por supuesto. Así podremos hablar un poco más de esto, para que pueda dar después la buena noticia a la familia. Traed a Niko; iremos a algún sitio informal.

El pelirrojo le estrechó la mano a Hilo y luego a Tar.

—Debo decir que siento que no nos hayamos conocido antes. Eyni, de verdad, tendrías que haberme dicho que venían. —Hizo un aparte con Hilo—: No entiendo por qué no se mantiene en contacto con su familia de Kekon. Creo que piensa que nos mirarían mal. Personalmente, en los dos años que pasé en Yanlún, toda la gente que me encontré era de buen carácter y agradable. Nada que ver con los tópicos.

—Solo quiero lo mejor para nuestras dos familias —dijo Hilo.

Quedaron en volver a verse tres días después. Hilo y Tar salieron de la casa y volvieron al coche de alquiler.

—¿Qué vamos a hacer aquí tres días? —preguntó Tar.

Hilo miró la casa y encendió un cigarrillo.

—Quiero que sigas a ese hombre y lo averigües todo sobre él. Podría sernos útil.

# Capítulo 20
# Complicaciones

—Estás muy callada —dijo Maro.

Estaban acostados frente a frente, la pierna de Shae cruzada sobre el muslo de él, la mano de él en la cadera de ella, los cuerpos de ambos pegajosos y lánguidos. El ventilador colocado en la esquina del dormitorio de Maro oscilaba de un lado a otro, soplando aire fresco sobre sus pieles desnudas. El Festival de Otoño había terminado hacía poco, y la estación de los tifones había sido suave aquel año, pero la manta del verano, húmeda y pesada, seguía cubriendo Yanlún. Shae no quería levantarse e ir a trabajar.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó Maro.

Shae tenía muchas cosas en mente; demasiadas para elegir, y todas ellas asuntos de Sin Cumbre que serían difíciles de explicar. Pasó la mano por la curva del hombro de Maro.

—¿Te molesta? —preguntó—. ¿Que porte más jade? ¿Que sea una Kaul?

Se preguntó si no estaría sonando insegura, pero con Maro se sentía desprotegida, apartada de las realidades cotidianas del clan.

Maro vaciló. Le pasó los dedos por el brazo y la clavícula hasta llegar al hueco del cuello, donde los dejó apoyados en la doble gargantilla que lo rodeaba.

—Me molesta un poco —reconoció—. Se espera que los hombres sean más fuertes y verdes que las mujeres, y es difícil que no nos afecte lo que espera el mundo. La gente podría suponer que estoy intentando trepar a lo alto del clan a través de ti, lo que no es cierto. Me gusta pasar el tiempo contigo por tu personalidad, no por tu apellido ni por tu jade.

Shae bajó la cabeza y le lamió un pezón.

—¿Solo por mi personalidad?

—Y por esto. —Jugueteó con uno de sus senos—. Y esto. —Le apretó el trasero, y Shae se echó a reír. La sonrisa de Maro se disipó —. Debería ser yo quien te preguntara. ¿Te da vergüenza que te vean conmigo? ¿Por eso venimos siempre a mi casa? ¿Porque no quieres presentarme a tu familia?

Shae guardó silencio un momento.

—No te gustaría conocerla —dijo al fin.

—No soy tan ingenuo —dijo Maro—. Conozco a los huesos verdes y conozco la fama que tiene tu hermano.

—No se trata solo de Hilo. Las realidades del clan, de ser un Kaul… Quizá no quieras formar parte de eso. —Le acarició una ceja con el pulgar. Durante los tres últimos meses, cada vez que hacía su visita semanal al Templo del Divino Retorno y se arrodillaba para rezar en el santuario, pensaba en el cadáver de Doru desmadejado en el sillón—. Hace poco tuve que matar a un hombre. Alguien a quien conocía bien.

Maro se tensó un poco.

—Estoy seguro de que había buenos motivos.

—Los había, pero no fui capaz. Nunca había tenido que matar a alguien a quien conociera tan personalmente. Cuando llegó el momento, no pude desenvainar la espada. Es extraño, pero me entristece haberle fallado. Y lo que es peor, perdí el respeto de una persona cuyo apoyo necesito.

Todavía daba vueltas a la forma en que había dañado su reputación ante Hami. El jefe de los hacedores de fortuna había sido anteriormente puño; era poco probable que perdonara aquel tropiezo. Un jefe de huesos verdes no podía ser blando ni indeciso, menos si era mujer y la gente esperaba que fracasara. Ayt Mada había matado a los amigos más cercanos de su padre; había ordenado la muerte de su propio hermano. Ella no habría vacilado en la cabaña.

—Tú portas jade —le dijo a Maro—, pero eres un profesional educado y con talento y has visto mundo. Me gustaría que hubiera más gente como tú. Eres el lado moderno del país. Pero el otro lado de Kekon es todo sangre y acero. De algún modo, como hombre del tiempo de Sin Cumbre, tengo que ser esos dos lados a la vez.

Maro guardó silencio todo un minuto. Después se sentó y bajó las piernas de la cama, dándole la espalda a Shae, con los codos

apoyados en las rodillas. Shae se preguntó si habría dicho algo inadecuado, si lo habría ofendido sin querer, pero antes de que pudiera hablar, Maro dijo:

—Hay un motivo por el que elegí dedicarme a los estudios extranjeros y por el que me especialicé en Shotar en concreto. —Volvió la cabeza y miró a Shae, y luego se giró un poco para quedar de frente a ella—. Mi padre era un soldado shotariano, que estuvo destinado en la guarnición de Yanlún durante la guerra de las Naciones. Se enamoró de una muchacha de allí. Mi madre y él querían casarse, pero ningún lado lo habría permitido. Lo mandaron de vuelta a Shotar con el resto del ejército en retirada, y mi madre me dio a luz unos meses después. —La voz de Maro adoptó un tono amargo que Shae nunca le había oído—. Mis abuelos le dijeron a todo el mundo que mi padre había sido un joven huesos verdes que luchó en la Sociedad de la Montaña y al que mataron en la guerra. Era mucho mejor ser el hijo natural de un guerrero de jade muerto que el bastardo de un soldado enemigo. Para proteger el buen nombre de la familia, mi madre lo corroboró toda su vida. Al final me dijo la verdad, ya en el lecho de muerte, cuando yo tenía algo más de veinte años. Toda mi vida hasta ese momento me había estado preguntado por qué, si se suponía que mi padre era un guerrero huesos verdes, se me daban tan mal las disciplinas del jade. Me figuré que era culpa mía por no esforzarme lo suficiente, por leer libros en vez de entrenarme. —Levantó la cara hacia el techo y soltó una risa amarga—. La de inseguridades infantiles que me podría haber ahorrado. Cuando supe la verdad me enfurecí con mi madre y mis abuelos. Me habían robado la mitad de mi identidad, solo porque les daba vergüenza.

Se acercó a Shae. Le colocó un mechón de pelo tras la oreja y le dirigió una amplia sonrisa.

—Sé que no puedo entender cómo es ser un Kaul —continuó— ni las presiones a las que te enfrentas como hombre del tiempo, pero no tienes el monopolio de la cultura del honor venenosa. Quizá los clanes de huesos verdes ocupen el lugar más alto, pero el veneno corre hasta abajo del todo.

Shae no sabía muy bien qué decir. Le agradecía la confianza a Maro, pero también se sentía extrañamente culpable. Su familia y ella eran en gran parte responsables de perpetuar el estilo de vida

de los huesos verdes, la preocupación cultural por ser verde que permeaba todos los aspectos de la sociedad kekonesa.

—¿Buscaste a tu padre? —preguntó.

—Sí. —Maro se recostó contra la cabecera de la cama—. Tardé unos cuantos años en reunir el valor para empezar, pero al final lo encontré. Se había casado con una mujer de su país. Descubrí que tengo dos hermanas paternas shotarianas. —Maro hizo una pausa, contemplando sus recuerdos—. Hace seis años fui por primera vez a Ciudad Leyolo, para conocerlos. Fue… una experiencia extraña. Creo que mi padre siempre se había sentido culpable y triste por haber dejado atrás a mi madre, a pesar de que no había tenido alternativa porque desertar del ejército shotariano significaba la ejecución. Me di cuenta de que mi existencia le recordaba una época triste. Es agradable y seguimos en contacto, pero… —Dejó la frase en el aire. El sol empezaba a asomar por la ventana. En el exterior, Shae podía oír el traqueteo de un tranvía y los gritos de los vendedores callejeros más industriosos de la ciudad. Maro siguió hablando, con una nota más alegre en la voz—: He llegado a conocer a mis hermanas mucho mejor. Son más jóvenes que yo, claro, y la mayor… Esas de la foto son sus dos hijas, mis sobrinas.

Shae siempre había pensado que las dos niñas no parecían kekonesas, pero por cortesía se había abstenido de preguntar.

—Son guapísimas —dijo.

Maro salió de la cama y cogió la fotografía de la cómoda.

—Esta es Kullisho —dijo, señalando a la mayor—. Le gusta mucho leer y le encantan los gatos. —Sonrió y señaló a la más pequeña—. Danallo, la cochinilla, siempre se está poniendo perdida de tierra, pero es un encanto y dice cosas divertidísimas. Espero que, si algún día tengo hijos, sean la mitad de buenos que mis sobrinas.

Shae miró los dos rostros angelicales y después a Maro. ¿Cuántos kekoneses no solo reconocerían que tienen parentela extranjera, sino que se dedicarían a buscarla? Su propio primo adoptivo, Anden, nunca había mostrado el menor interés por su padre biológico ni por su linaje espenio. A Shae aún le dolía recordar lo desgraciado que se había sentido cuando lo mandaron a Puerto Massy. Quizá las cosas fueran diferentes para Maro, porque podía pasar con facilidad por un kekonés íntegro, pero, por otro lado, los

shotarianos habían sido los extranjeros más despreciados de la generación de sus padres y la de sus abuelos.

—Fue muy valiente por tu parte ponerte en contacto con el lado shotariano de tu familia. Y esforzarte por tener una relación auténtica con ellos. —Lo decía con sinceridad.

Maro dejó la fotografía en su sitio.

—El resto de mi familia no está de acuerdo. Mi abuela ya ha fallecido, que los dioses la reconozcan, pero mi abuelo no quiere ni hablar de ello, y lo mismo pasa con mis tíos y mis primos. Creen que hice mal removiendo algo que habría tenido que dejar tranquilo. —Maro suspiró. Sacó ropa del armario y empezó a vestirse despacio—. Tienen varios motivos, además de los prejuicios. Soy el único miembro de la familia que porta jade. Tengo un buen trabajo en la universidad y conexiones con el Consejo Real. La historia de mi padre auténtico hundiría a la familia. Así que la guardo en secreto, como hizo mi madre. —Se sentó en la cama junto a Shae—. ¿Lo ves? Todas las familias tienen algo oscuro que temen que se sepa, incluso las que no son famosas y poderosas. —Ante el silencio pensativo de ella, Maro le besó la curva de la mandíbula; luego miró el reloj de la cómoda—. Se hace tarde; tengo que irme a trabajar.

—Yo también. —Shae se sobresaltó al ver la hora. Se levantó, fue al armario y sacó la ropa que guardaba en casa de Maro. Se vistió mientras él iba al baño a afeitarse, y ya estaba lista cuando salió—. No he contestado tu pregunta —dijo mientras cogía los zapatos—. Quiero llevarte a mi casa nueva, ahora que la han terminado por fin. Mi cuñada sigue ocupada decorándola, pero ya me he mudado prácticamente. ¿Te gustaría venir a cenar un día?

Maro se pasó la mano por el pelo para atusárselo un poco; a Shae le parecía atractivo y *sexy* aquel aspecto de profesor descuidado que tenía por las mañanas.

—¿Aunque ya sabes que soy un bastardo medio shotariano? —dijo Maro con tono desenfadado, pero había una nota de preocupación en su voz. Una insinuación de que quizá no estaba seguro de que hubiera sido buena idea contarle tantas cosas y quedar en una posición tan vulnerable.

Shae fue hacia la puerta.

—Mi primo es mestizo; da igual.

Años antes había cometido el error de mantener en secreto su relación con Jerald, temiendo la desaprobación mordaz de su abuelo. Pero el abuelo ya no estaba y no tenía miedo de lo que opinara Hilo, fuera lo que fuera.

Woon esperaba en el despacho de Shae cuando esta llegó, treinta minutos más tarde de lo habitual. Se levantó al verla entrar, y Shae se sintió incómoda de repente, sabiendo que él sospechaba el motivo de que hubiera llegado tarde aquella mañana, y se preguntó si podría oler a Maro por toda ella. Woon parecía nervioso; no era su estado normal. Tragó saliva con incomodidad y le tendió un papel doblado. Shae empezó a leerlo y luego miró con absoluto desconcierto a la sombra del hombre del tiempo.

—¿Qué es esto?

—Mi dimisión, Kaul-jen —dijo Woon.

—¿Tu dimisión? —Se quedó mirándolo—. ¿Por qué?

Woon se negó a sostenerle la mirada.

—Puedes encontrar a alguien mejor para el puesto.

Shae dejó la carta y el bolso en la mesa.

—¿De qué va esto realmente,

Papi-jen

?

El aura normalmente tranquila de Woon se arremolinaba de desasosiego.

—Creo que sabes por qué —dijo con voz ronca—. No me hagas decirlo,

Shae-jen

. Valoro demasiado nuestra amistad.

Shae negó con la cabeza, luchando por contener una oleada de pánico. Su posición ya era bastante insegura tal como estaba. Había estado preocupada por perder el apoyo de Hami, pero no había imaginado que podría perder el de Woon. Este había cumplido de forma infalible sus obligaciones, siempre había sido fiable y siempre había estado a su lado en todas las situaciones difíciles desde que había ocupado aquel despacho. Woon era su mano derecha, como había sido la mano derecha de Lan. No podía perderlo si quería seguir siendo el hombre del tiempo de Sin Cumbre.

—No acepto esta dimisión,

Woon-jen

.

Woon la miró con dureza. Shae podía contar con los dedos de la mano las veces que lo había visto enfadado.

—Te he servido lo mejor que he podido —dijo con voz temblorosa—. Estás siendo injusta si me mantienes en un puesto que he pedido abandonar.

—Te necesito —dijo Shae—. No hay nadie más que pueda ocupar tu lugar como sombra, nadie en quien confíe tanto. En otras circunstancias habrías sido el hombre del tiempo de Lan.

—Le fallé a Lan-jen —dijo Woon con el rostro demudado—. Me temo que ahora le estoy fallando otra vez. Y que te fallaré a ti.

—Solo me fallarás si te marchas. —Shae se colocó frente a él—. Por favor,

Papi-jen

. Sabes que podría acudir al pedestal y pedirle que te ordenara quedarte. No quiero hacer eso. No voy a hacer eso. Pero necesito que sigas ayudándome como hasta ahora.

Woon hundió los hombros.

—Me es muy doloroso,

Shae-jen

—confesó—. Eres la hermana de

Lan-jen

, y el hombre del tiempo, así que jamás cruzaría ninguna de esas líneas; pero pasamos mucho tiempo juntos y no puedo evitar sentir lo que siento.

Shae no se podía creer lo que estaba pasando. No era que no sintiera afecto hacia Woon; al contrario, había llegado a considerarlo un verdadero amigo. Era casi diez años mayor que ella, pero atractivo de una forma poco llamativa, y no se podía dudar de su ética laboral ni de su carácter. Simplemente, nunca había considerado mantener una relación romántica con un subordinado. Y, por supuesto, ahora que estaba con Maro quedaba fuera de discusión. Pero había un hecho también incuestionable: no podía permitirse perder a Woon Papidonwa, ni siquiera si tenía que hacerle daño.

—Eres un buen hombre,

Papi-jen

—dijo—. Mereces a alguien que te muestre tanta devoción como tú

has mostrado al clan y a mi familia. —Quería ponerle una mano en el brazo, de la forma acostumbrada, pero en ese momento le daba miedo tocarlo y empeorar la situación. Su mente había estado repasando a toda velocidad las posibilidades: ¿Podía ofrecerle un sueldo más alto? ¿Un despacho mayor? ¿O solo conseguiría ofenderlo, mostrarse más insensible que lo que él ya la consideraba? Solo tenía una baza emocional, y la usó en aquel momento, aunque sabía y lamentaba que sería cruel—. La tragedia de la muerte de Lan nos llevó adonde estamos; cuando nos encontremos con él en el más allá tenemos que mostrarle que fuimos dignos. Se lo debemos —insistió—. Hemos conseguido mantener Sin Cumbre a flote durante la guerra, pero queda mucho por hacer para que los negocios sean suficientemente sólidos para sobrevivir a nuestros enemigos. Formamos un buen equipo,

Papi-jen

; estamos cambiando a mejor la oficina del hombre del tiempo. Hemos hecho inversiones y alianzas que darán su fruto. Y el trabajo que estamos haciendo beneficia al clan, pero también al país en su conjunto. Dame un año. ¿Puedes dejar de lado cualquier incomodidad que sientas junto a mí durante un año?

Shae dejó de hablar, temiendo que, si seguía, solo mostraría su desesperación y debilitaría el efecto de lo que ya había dicho. Esperó conteniendo el aliento mientras la indecisión pasaba por la cara de Woon. Al final, con la mirada baja, asintió con reticencia. Shae respiró de nuevo. La sombra del hombre del tiempo fue a decir algo, pero en ese momento sonaron unos fuertes golpes en la puerta del despacho.

Woon se apartó de Shae; la puerta se abrió y Hami asomó la cabeza. Los miró durante un instante, con los ojos entrecerrados, y dijo con brusquedad:

—Ha ocurrido. Las fuerzas espenias han invadido Urtoko. Está en todas las noticias.

Lo siguieron a la zona común de las oficinas, donde había una docena de personas reunidas delante de un televisor. En la pantalla, el presentador de noticias Toh Kita, de la

RNK

, estaba hablando con un analista político sobre un fondo de imágenes de vídeo que mostraban convoyes de transportes militares

espenios avanzando por las colinas del este de Shotar y aviones de apoyo despegando del portaaviones
ARE
Massy.

El noticiario saltó al canciller Son Tomarho, que pronunciaba un discurso en el Salón de la Sabiduría. Decía: «Kekon apoya a sus aliados espenios», pero también enfatizó la necesidad de «diplomacia, diálogo sincero y respeto mutuo», y expresó su profunda preocupación por las potenciales víctimas civiles del conflicto militar. Shae comprendió que todo aquello significaba que los espenios no habían informado al gobierno kekonés antes de dar comienzo a la invasión de Urtoko. En sus comentarios oficiales en nombre del Consejo Real, Son se estaba viendo obligado a caminar por la fina línea que separaba los intereses públicos, en teoría representados por el Consejo, los clanes con los que estaba comprometido en la práctica y la realidad de las alianzas diplomáticas del país.

Una hora después del discurso de Son, Ayt Madashi concedió a los periodistas una entrevista improvisada en la entrada del templo Wie Lon, donde asistía a una recogida de fondos para los antiguos alumnos. Una muchedumbre de jóvenes y agresivos cadetes huesos verdes llenaba el fondo de la escena.

—En los tiempos de mi padre, la Sociedad de la Montaña luchó contra la tiranía y la brutalidad de los shotarianos. Es escandaloso que nuestro jade y nuestra seguridad se estén sacrificando ahora en beneficio de los extranjeros que mataron, violaron y torturaron a nuestros compatriotas. —Ayt mostraba tanto aplomo ante la cámara como en persona. Habló con la voz clara y precisa de un orador nato, y su mirada firme parecía atravesar la pequeña pantalla del televisor y posarse en cada uno de los espectadores—. Puede que el canciller Son apoye a los espenios —dijo el pedestal del clan más numeroso—, pero el clan Montaña solo apoya a Kekon. Lo defenderemos contra enemigos declarados y contra aquellos que se disfrazan de amigos. No soy política. Oro y jade no se mezclan. Pero si hay que elegir entre los dos, contad con el jade.

Algunos de los que estaban junto al televisor empezaron a vitorear, antes de darse cuenta de a quién estaban vitoreando. Shae los vio llevarse la mano a la boca y mirar contritos hacia ella. No

podía reprocharles nada. Ayt Mada, su enemiga declarada, que había prometido en presencia de Shae matar a todos los miembros de la familia Kaul y destruir el clan Sin Cumbre, había hablado en nombre de los huesos verdes de la nación y puesto voz a los sentimientos del pueblo kekonés.

Entretanto, no se veía ni oía a Kaul Hilo por ninguna parte, porque estaba al otro extremo del mundo.

—Consigue el número del hotel donde se aloja mi hermano —ordenó Shae a su secretaria al volver a su despacho—. Ponme al teléfono con él de inmediato.

# Capítulo 21
# Cambio de planes

Hilo colgó, tras la llamada de larga distancia, y dijo:

—Tenemos que volver a casa.

Tar estaba viendo un partido de rucket por televisión, a pesar de que no conocía las reglas ni el deporte.

—Tenemos reservado el vuelo para el sextodía y se supone que mañana cenamos con la madre del niño y con su marido. ¿Qué quieres hacer?

Hilo cogió el mando a distancia y cambió de canal. Un noticiario estaba informando sobre la entrada de los espenios en Urtoko. No entendía a los comentaristas estepenios, pero señalaban un gran mapa de la zona del Amárico oriental, con Shotar, las islas Uwiwa y Kekon resaltados. Maldijo entre dientes. Siempre se podía confiar en que los espenios harían las cosas cuando les diera la gana, sin informar ni consultar a nadie.

Shae había dejado claro que tenía que volver a Yanlún cuanto antes, pero Hilo estaba decidido a no marcharse de Lybon hasta haber cerrado con garantías un acuerdo aceptable en lo relativo al futuro de su sobrino. Odiaba la perspectiva de explicarle a Wen que le había hecho caso y había viajado hasta Stepenland, dejándola sola a las treinta y cuatro semanas de embarazo, y no tenía ningún resultado que ofrecerle a cambio.

Además, muchas veces se descubría pensando en el hijo de Lan, y sentía, a un nivel muy profundo y doloroso, una afinidad que iba más allá de la sangre. Igual que Niko, Hilo había perdido a su padre cuando aún no tenía ni un año. A partir de todas las historias que había oído sobre Kaul Dushuron, siempre había imaginado que se habría llevado bien él; desde luego, mejor que con su abuelo. Niko tampoco conocería a su padre. Quizá el hecho de que pensaba que

pronto sería padre le hacía lamentar la pérdida de su hermano mayor de una manera que no había sido capaz de experimentar dos años antes, cuando la guerra, la venganza y la supervivencia ocupaban el centro de su mente. Durante el último par de días había estado tremendamente taciturno, incapaz de disfrutar la pintoresca novedad de Lybon.

Tar, notando el humor del pedestal, aunque no las causas subyacentes, intentaba animarlo con el fervor de un chiquillo preocupado, bromeando sobre cualquier cosa inesperada que se encontraran: desde las golosinas saladas hasta los peinados estepenios o los supermercados que cerraban al anochecer. Mientras Hilo se dedicaba a ratos a tratar por teléfono asuntos del clan con Shae o Kehn, Tar se daba una vuelta por la ciudad y volvía con descubrimientos que esperaba complacieran a su jefe: había encontrado un buen restaurante y hecho una reserva para el quintodía; a través de la vasta red del clan había realizado algunas conexiones locales que podrían ser útiles; había seguido con discreción al novio de Eyni hasta un edificio de oficinas cercano al centro de la ciudad y descubierto dónde trabajaba y con quién.

—¿Quieres que llame a la compañía aérea y pregunte si podemos salir en un vuelo anterior? —preguntó en aquel momento.

Hilo se pellizcó el puente de la nariz y asintió. Lybon estaba adelantado siete horas respecto a Yanlún; estaba anocheciendo y las farolas que veía por la ventana de la habitación del hotel acababan de encenderse. Si salían al día siguiente por la mañana, estarían de vuelta en casa al final del día.

—Cambia el vuelo —dijo—. Luego iremos a hablar con esos dos. Insistiré en que cenemos esta noche para decidirlo todo.

—Esta vez quédate en el coche; eres demasiado intimidante —ordenó Hilo cuando llegaron a la casa. Tar hizo un sonido de protesta incrédula, pero Hilo dijo—: Tienes aspecto de puño y actúas como tal. Eyni siempre me consideró un matón, y tenerte ahí al lado como un sicario silencioso no ayuda. Tengo que camelar a esos dos para que entren en razón. —Salió del coche y se inclinó hacia la ventanilla abierta—. Espera aquí. Ahora mismo vuelvo, e iremos a cenar.

Hilo se detuvo ante la puerta de la casa. Podía Percibir a Eyni moviéndose dentro con una energía y una rapidez considerables, y

al fondo de la casa, una presencia pequeña y tranquila que solo podía ser el bebé dormido. El hombre estepenio no estaba; debía de haberse quedado trabajando hasta tarde. Hilo empezó a desconfiar. En los pocos días que había pasado en Lybon se había dado cuenta de que parecía normal dejar abiertas verjas y puertas, así que, en vez de llamar al timbre hizo girar la manija. No estaba cerrada; empujó y entró.

Lo primero que vio fueron dos maletas y un carrito de bebé plegado, en mitad de la sala de estar. Una de las maletas ya estaba cerrada y de pie; la otra estaba abierta en el suelo y llena en parte con ropa de bebé, un mono de peluche y unos cuantos libros infantiles. El bolso abierto de Eyni estaba junto a la maleta, y asomaban la cartera y el pasaporte. Una fría comprensión llenó a Hilo. Eyni salió del dormitorio cargada de mantas de bebé, toallas y un paquete de pañales. Se quedó helada al verlo en el vestíbulo.

—Eyni, hermana —dijo Hilo con suavidad—. Parece que te vas de viaje.

—No habíamos quedado hasta mañana —balbuceó Eyni.

Hilo miró las maletas y la pila de ropa que ella tenía en los brazos.

—Parece demasiado equipaje si piensas estar de vuelta para cenar mañana por la noche. ¿Dónde está ese novio extranjero tuyo?

Las mantas temblaron en los brazos de Eyni.

—Ha salido un momento.

—Está atando cabos en el trabajo porque no pensáis volver en una temporada —dedujo Hilo. Su tono se volvió más duro—: ¿Adónde pensabas ir? Ibas a desaparecer sin decírmelo; pretendías dejarme plantado como un idiota.

—Vete, Hilo —Eyni levantó la voz, implorante y furiosa—. No contesté a tus cartas por un motivo, y a pesar de eso te presentaste en mi casa sin invitación. Lors no sabe de qué sois capaces el clan y tú. Lo habrías convencido para que te dejara hacer lo que querías, llevarte a mi hijo a Kekon y criarlo como un asesino. Sí, eso es, un asesino obsesionado por el jade y destinado a morir joven, igual que su padre y su abuelo. Y que tú.

—¿Hablas así de tu marido, mi hermano? ¿Y de mi padre, que dio la vida por su país? —Hilo mostró los dientes—. ¿Qué te ha pasado, Eyni?

Eyni dejó la carga y se irguió en toda su estatura. Antigua bailarina, siempre había sido orgullosa y elegante, y en aquel momento, en un intento de recuperar algo de la ascendencia que había tenido sobre Hilo cuando este era un joven puño, y ella, la esposa del pedestal, levantó la cabeza y le dirigió una mirada furiosa.

—No has cambiado en absoluto, Hilo. En el fondo siempre fuiste un matón inmisericorde, un niño arrogante obsesionado con el jade y su ego. No te importa Niko, solo quieres convertirlo en uno de tus seguidores. —Jadeó—. ¿Sabes que en Espenia han prohibido que los civiles posean jade? ¿Que es probable que otros países, incluido Stepenland, hagan lo mismo? La gente asocia el jade con soldados, mercenarios y gánsteres, ¿y es así como quieres criar a mi hijo? No, Hilo. No puedes ofrecerme nada que me haga cambiar de idea. Quiero que Nikolas crezca como estepenio, con amigos y hermanos estepenios y con una educación estepenia. No quiero que tenga absolutamente nada que ver contigo.

Fue una de las pocas veces en su vida que Hilo se quedó sin palabras. Durante unos segundos no sintió nada excepto la conmoción inicial, tan desorientadora como una puñalada en las tripas. Después lo invadió el ultraje, y con este, la ira.

—Vuelve con tus puños y tus guerras callejeras —dijo Eyni—. Jamás permitiré que Niko se convierta en huesos verdes. —Retrocedió hasta la cocina, descolgó el teléfono y acercó un dedo al dial. Hilo le vio dirigir la mirada un instante a los cuchillos de cocina que tenía al alcance de la mano—. Vete o llamo a la policía. Estará aquí en un momento. Eres un turista extranjero sin poder ni autoridad en este país, y si digo que has entrado por la fuerza en mi casa, te meterán en la cárcel.

—Déjame ver a Niko —dijo Hilo. Eyni marcó una cifra—. Me iré —prometió Hilo con una voz baja que bordeaba el ruego—, pero al menos déjame ver a mi sobrino.

Durante un instante, la derrota en la voz de Hilo y lo herido de su expresión parecieron tener efecto en Eyni, que empezó a colgar el teléfono. Entonces, como si recordara su decisión de no dar a su antiguo cuñado el más mínimo margen, apretó los labios y negó con la cabeza.

En su cuarto, Nikolas empezó a llorar.

—Maaaaa…

Eyni se volvió hacia el sonido y dio dos pasos. Hilo se movió con la velocidad que solo podía invocar un huesos verdes muy cargado de jade. La rodeó el cuerpo con un brazo, inmovilizándola, y le apoyó en la espalda la palma de la otra mano, Canalizó con todas sus fuerzas en un empujón violento y seco. La cabeza de Eyni chasqueó hacia atrás; la parte alta del cráneo lo golpeó en la barbilla. La energía del jade de Hilo atravesó a la mujer con la precisión destructora de un asta de metal, y Eyni murió sin emitir un sonido.

Se le nubló la visión. Cayó de rodillas en el suelo de la cocina, aún sosteniendo a Eyni como en un abrazo de enamorado. El retroceso de energía de la muerte lo golpeó y luego se disipó, dejándolo un instante agitado y mareado. Se había cortado el labio con los dientes en el punto donde la cabeza lo había golpeado, y el acre regusto de la sangre en la lengua, junto al sonido zumbante del tono de marcado del teléfono, lo hicieron volver en sí. Alargó la mano y colgó el auricular. Se levantó, cogió en brazos Eyni y la llevó al sofá. La dejó acostada allí, se apartó y se secó la frente con el extremo de la manga.

Eyni no parecía dolorida ni extrañada en su muerte, solo blanda y exánime; Hilo le colocó los brazos encima del abdomen para darle un aspecto más natural. Regresó a la cocina y bebió un largo trago de agua directamente del grifo. Luego se irguió, con las manos apoyadas en la encimera, y contempló durante todo un minuto el cadáver sedente. No había sufrido ni se había resistido en absoluto; ni siquiera había visto llegar la muerte, lo que solo demostraba que en el fondo seguía siendo ignorante y altanera, que no entendía claramente su posición ni sabía lo que era capaz de hacer un huesos verdes, lo que era capaz de hacer él, si lo presionaban y lo insultaban seriamente. Hilo había hecho todo cuanto estaba en su mano por acercar posturas, le había ofrecido todas las concesiones razonables y había mantenido su temperamento a raya. Todo para nada.

Nunca le había caído bien Eyni y siempre había pensado que Lan se equivocaba al permitir que se marchase con su amante sin sufrir consecuencias, pero al mirarla en aquel momento sintió tristeza. Sabía que Lan no habría querido que muriera, ni siquiera

por el bien de su hijo.

—Maaaa… —llegó de nuevo el grito desde la habitación del fondo. Hilo siguió el sonido; pasó por encima de la puerta de bebés y entró en el cuarto, donde encontró a Niko de pie en la cuna, agarrado a los barrotes y gritando con impaciencia pero sin llorar. Cuando su tío entró en la habitación, dejó de hacer ruido y se quedó mirándolo con los ojos y la boca muy abiertos.

Hilo lo sacó de la cuna y lo dejó en el suelo. El niño se sentó, cogió un cochecito de juguete y se puso a empujarlo por la alfombra. Hilo se agachó a su lado.

—Coche —dijo Niko en kekonés; luego se puso a cantar una nana en estepenio y miró a Hilo en busca de aprobación. Hilo sonrió y le tendió la mano.

—Ven conmigo, Nikoyán. —El nombre le salió sin pensar; un nombre kekonés perfecto. Sacó al niño de su cuarto para ir a la sala, abriendo y cerrando la puerta de barrotes para que pudiera salir por sí solo. Niko fue hacia Eyni.

—Ma ma ma —dijo.

—Tú mamá está durmiendo —dijo Hilo con voz amable. Metió en la maleta pequeña las cosas que Eyni llevaba en brazos, junto a otras pertenencias del niño, y la cerró. Buscó en el bolso abierto y encontró el certificado de nacimiento de Niko, dentro del pasaporte de Eyni; al desplegarlo vio que habían dejado en blanco el espacio del nombre del padre. Volvió a doblar el certificado y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se arrodilló y señaló el coche de juguete que sostenía Niko—. ¿Nos vamos a dar una vuelta en coche?

Al niño se le iluminó la cara. Dejó de intentar despertar a su madre y tendió los brazos a Hilo para que lo cogiera. Hilo lo besó en la corinilla, lo cargó con un brazo y cogió la maleta con el otro. Salió de la casa con Niko y fue al coche, donde Tar seguía esperando.

Echó la maleta al asiento trasero y se sentó en el del copiloto, con el niño encima.

—Niko-se —dijo—, este es tu tío Tar.

—Me alegro de conocerte, Niko —dijo Tar, revolviéndole el pelo —. Eres un niño muy guapo.

Si el asistente del pedestal se sorprendió al ver que Hilo salía

solo de la casa con el niño, solo lo mostró en un leve remolino de alerta en su aura de jade; un latido de vacilación mientras dirigía al pedestal una mirada interrogante.

—Tenemos que llamar a la compañía aérea y transferir tu billete a Niko. Y necesito una máquina de escribir para completar este certificado de nacimiento, para que pueda embarcar conmigo en el avión. Tendrás que quedarte para ocuparte del novio. Sé rápido y cuidadoso. No es mala persona; no debe sufrir nada.

Tar asintió y le dio las llaves del coche.

—Será mejor que pongas al niño en el asiento trasero y te lleves al coche al hotel. Yo esperaré aquí. Te veo en unos días.

Al cabo de seis semanas, Wen dio a luz a un niño sano. Hilo llevó a su sobrino a la habitación donde Wen descansaba. Kaul Rulinshin, de tres horas de edad, dormía sobre el pecho de su madre. Ramos de crisantemos y ruda de color amarillo, símbolos de alegría y buena salud, enviados por los fieles del clan, llenaban todas las superficies de la habitación.

—Bebé —exclamó Niko—. Bebé pequeño. —Había empezado a enhebrar palabras kekonesas en frases breves. Después de unas cuantas pataletas de frustración había dejado de intentar hablar en estepenio.

Hilo giró al niño y lo sentó en la cama. Después de dieciséis horas de parto, Wen estaba ojerosa de agotamiento, pero sus ojos brillaban triunfantes. Hilo se inclinó y besó a su mujer en la frente, y después al bebé en la cabeza, inspirando el olor increíblemente dulce de su hijo. Niko alargó la mano para tocar el pelo ralo del bebé.

—Es tu primo —dijo Hilo—. A partir de ahora tenéis que cuidar uno del otro.

# Primer interludio
# Perdido y encontrado

Una figura muy conocida de la historia antigua del imperio Tun es un hombre llamado Ganlu, que era un guerrero, sanador, filósofo religioso y consejero del emperador
Sh'jan
III. Los textos históricos tunis lo describen como un extranjero barbudo que llegó de la Isla del Oeste. Los distintos relatos no coinciden en la fecha de su llegada, pero se dice que cuando contempló las vastas llanuras de la Gran Cuenca de Tun cayó de rodillas y alabó a los dioses, exclamando (con una frase de la que más tarde se apropiarían varios gobernantes y generales tunis para justificar la expansión imperial): «¡Tierra gloriosa, donde un hombre puede caminar toda su vida y nunca llegar al mar!».

Ganlu viajó durante muchos años. En la estela de una hambruna y una guerra recientes, el país de Tun estaba asolado por bandidos y forajidos, contra los que los campesinos estaban indefensos. Allá adonde fue, Ganlu se enfrentó al crimen y a la inmoralidad, enseñó artes marciales a la gente común, trató enfermedades y dolencias con su toque sanador y adoptó una filosofía de vida pacífica, de compromiso con sus semejantes y comunión con los espíritus divinos de la tierra, los ríos y el cielo. Sus enseñanzas formaron la base del krajow, las artes marciales tuni, e influyeron sobremanera en la religión shubai.

Al cabo del tiempo, la reputación del viajero llegó a oídos del emperador, quien lo convocó a palacio, acompañado de sus discípulos, y le pidió que se convirtiera en consejero real. Ganlu se negó tres veces antes de aceptar, en cada ocasión pidiendo al emperador pruebas de sus virtudes como monarca. La sagacidad de Ganlu como consejero y la fundación de sus escuelas de krajow se

narran en leyendas posteriores, que difieren en algunos detalles pero que tienen en común que Ganlu obtenía su extraordinario poder y sabiduría de una piedra encantada que le había dado su diosa madre del bosque y que tenía en todo momento cerca del corazón. Se dice que vivió ciento setenta años; a su muerte, su espíritu entró en la piedra, que se conserva en el Palacio Imperial para que el emperador pueda seguir consultándola.

Aunque los historiadores están de acuerdo en que Ganlu era un huesos verdes kekonés y sus enseñanzas recuerdan muchísimo a las leyendas abukei y a la espiritualidad predeísta, hace poco que llegaron a la conclusión de que era muy probablemente el tercer hijo del rey de Jan, que reinó durante la primera parte de la época de las Tres Coronas de la historia kekonesa.

En Kekon no se conservan registros de este hombre, aparte de una genealogía real de la época que contiene una referencia anónima a «un joven príncipe, perdido».

# Capítulo 22
# El reñidero

Anden había empezado a jugar al balón relevo dos veces a la semana con Dauk Corujon y un grupo de amigos de este, en el campo de hierba y tierra que había detrás del instituto del barrio. Dos semanas después de la cena en casa de los Dauk, el hijo del pedestal pasaba en bicicleta por delante de la casa de los Hian cuando vio a Anden subido a una escalera de mano, arreglando un canalón. En vez de pasar de largo como hacía normalmente, Cory frenó y lo llamó.

—Oye, isleño, ¿sabes jugar al balón relevo?

Anden se limpió las manos en los pantalones y bajó de la escalera.

—Sí.

—¿Se te da bien? —preguntó Cory, no con arrogancia ni desdén, sino con simple interés, mientras repasaba a Anden con la mirada.

—Jugaba en el equipo de la acad… —De repente, Anden no quiso que Cory supiera que había ido a la academia y se había entrenado como huesos verdes—. En mi escuela, en Yanlún.

—¿En qué posición?

—Primer defensa.

Cory asintió.

—El quintodía por la tarde, ¿vale? Vendré a buscarte. —Empujó la bicicleta y se alejó pedaleando antes de que Anden pudiera contestar sí o no.

El día del primer partido, Cory se acercó con él a un grupo de jóvenes de edad parecida.

—Atención, colegas: os presento a Andy, nuestro primer defensa.

—Anden —corrigió Anden de inmediato, quizá con más sequedad de lo que pretendía. Sonrió para suavizar la descortesía

inintencionada y dijo con tono más amistoso—: Prefiero Anden. —No era su intención meter la pata otra vez con el hijo del pedestal de la zona, ahora que por fin habían tenido una conversación de más de veinte palabras y le estaba presentando a su grupo de amigos. Era solo que, en Yanlún, su primo Hilo era la única persona que lo llamaba Andy; le resultaba extraño que otros se dirigieran así a él.

Anden descubrió que era de los mejores. El balón relevo era el deporte nacional de Kekon, pero en Espenia, solo las comunidades kekonesas y shotarianas lo jugaban, de modo que los miembros más atléticos de la liguilla informal de Cory tenían otras aficiones que se tomaban más en serio (fútbol, ruckets, natación) y solo iban al campo del instituto a los partidos del segundodía y el quintodía para divertirse sin más. Abundaban las bromas y las tomaduras de pelo, y a Anden le resultaba difícil seguir el argot espenio que usaban en abundancia, pero aquellas reuniones no tardaron en convertirse en los mejores momentos de la semana para él. No encajaba del todo, pero eso no tenía importancia: estaba acostumbrado. Al menos empezaban a aceptarlo como un miembro de la comunidad. Daba igual lo ocupado que estuviera con los deberes, los Hian siempre lo animaban a ir.

—Es bueno que por fin estés haciendo amigos —decían.

Cory jugaba de rematador. Era el mejor jugador, y el jefe y organizador extraoficial de la liguilla del barrio. Al principio, Anden dio por supuesto que se debía a que era huesos verdes e hijo del pedestal, pero no tardó en darse cuenta de que destacaba por méritos propios. Cory nunca hablaba de los asuntos de su padre y, aunque llevaba ya dos meses viéndolo un par de veces a la semana, Anden no había descubierto dónde portaba el jade. Por lo que sabía, Cory jamás usaba sus ventajas de Fuerza y Ligereza en el terreno de juego. A pesar de eso siempre colocaba en el equipo contrario a Shun Todorho, el otro huesos verdes que participaba habitualmente en los partidos, para que el reparto de jugadores fuera justo. Tampoco discutía la puntuación. Más de una vez, cuando un partido se acaloraba, Anden le oía decir entre risas: «Aquí hemos venido a pasar un buen rato, colegas». Contradiciendo el tópico de que los kekoneses eran dados a la bronca fácil, Cory nunca parecía enfadarse y tampoco provocaba a nadie. Parecía llevarse bien con

todo el mundo. Incluso cuando llamaba a Anden «isleño idiota» lo hacía con tan buen humor, acompañándolo de un guiño burlón, que no se podía considerar un insulto malintencionado.

A Anden le costaba imaginar cómo se desenvolvería Cory si fuera dedo en Yanlún. La gente no sabría qué pensar de un huesos verdes tan apacible y que siempre parecía dispuesto a complacer.

Jugaron durante el otoño, cuando el viento húmedo sacudía las redes de balón relevo y las tardes se volvieron lo bastante frías para que necesitaran gorros y guantes. Un quintodía, la primera tormenta invernal auténtica los expulsó por fin del terreno de juego; las nubes que colgaban omnipresentes sobre Puerto Massy se oscurecieron hasta adquirir el color de la pizarra y empezaron a dejar caer una llovizna gélida sobre la ciudad. La gente corría entre los coches y los edificios usando maletines y periódicos para cubrirse la cabeza. El campo de detrás del instituto se convirtió en un cenagal. Anden resbaló al hacer un pase y aterrizó con fuerza de espaldas en un charco de barro helado; no había sentido tanto frío en su vida. Al levantarse le castañeteaban los dientes y tenía todas las extremidades entumecidas, y pensó que no era extraño que los espenios hubieran partido a navegar por todo el mundo; su tierra natal no podía ser más inhóspita.

Cory dio por terminada la tarde antes de tiempo; todo el mundo se fue corriendo a casa. A Anden no le apetecía lo más mínimo volver pedaleando a casa de los Hian con aquel clima.

—Esto no durará mucho —le dijo Cory, y ellos dos y los otros jugadores que no se habían marchado se pusieron a cubierto en la entrada trasera del instituto—. Vamos al reñidero para entrar en calor y comer algo mientras esperamos.

Fueron corriendo dos manzanas por Trampasur hasta llegar a un edificio gris rectangular que desde fuera se parecía un poco a una escuela o una biblioteca. Un gran cartel blanco decía: «Centro comunitario kekonés», en kekonés y en espenio. Anden había pasado por delante muchas veces, y un septimodía por la mañana había entrado por curiosidad. A la derecha de la puerta había descubierto un pequeño templo deísta; un póster enmarcado que representaba el mural del Destierro y Retorno colgaba de la pared, frente a un par de docenas de gastados cojines verdes para arrodillarse y una fila de velas de incienso ennegrecidas. A la

izquierda había una gran cocina, tras una zona de mesas y sillones que normalmente ocupaban ancianos que jugaban al ajedrez circular o leían periódicos atrasados y libros muy usados que habían cogido de la biblioteca de material en kekonés: varias estanterías colocadas contra una pared del fondo y sin personal que las atendiera. Al fondo del vestíbulo había una pequeña sala de deporte con material de ejercicio y un horario de clases colgado de la puerta. Dos adolescentes se ocupaban de atender a cualquiera que se dejara caer por el centro de día.

—¿El centro comunitario? —dijo Anden con escepticismo, los labios entumecidos por el frío, mientras cruzaban corriendo la calle resbaladiza por un hueco del tráfico. No le parecía un lugar donde a un grupo de jóvenes le pudiera apetecer pasar la tarde de un quintodía—. ¿Esto es el reñidero?

Ledt Derukun, uno de los amigos de Cory, soltó una risilla, pero Shun Todorho, el otro, dijo:

—Eso es solo la fachada, colega. El reñidero está en el sótano; se entra por la parte de atrás.

Rodearon al trote el edificio gris y llegaron a unas puertas metálicas sin ninguna marca, donde, para sorpresa de Anden, una marquesina metálica portátil servía de refugio a una larga fila de gente (casi todos hombres, pero también algunas mujeres) de todas las edades que se frotaba los brazos y pateaba el suelo para calentarse mientras esperaba. Cory fue hasta el principio, donde estaba el portero, un hombre musculoso con un impermeable forrado.

—Cuanto tiempo, Cory —dijo el portero. Saludó con un gesto de la cabeza a los otros dos—. Derek, Tod, me alegro de veros.

—Hola, Sano —dijo Cory, estrechándole la mano y chocando el hombro contra el suyo—. Hace una noche asquerosa, pero quizá así haya mucha gente hoy, ¿eh? ¿Están mis padres?

—Pues claro. —Abrió la puerta metálica y se apartó para dejarlos entrar por delante de los que esperaban. Anden estaba sorprendido; era la primera vez que veía a Cory aprovecharse de su posición de hijo del pedestal. El portero detuvo a Anden antes de que entrara—. Él no —dijo en kekonés, mirando desaprobadoramente a Anden antes de dirigirse a Cory—: Conoces las reglas sobre los extranjeros en el reñidero. Solo los tercerosdías,

y a veinte thalires de entrada.

—Es de los nuestros —dijo Cory—. Venido directamente de la isla, además. Juega al balón relevo como un profesional.

—¿Es verdad? —dijo Sano a Anden—. ¿Eres kekonés?

—Nací en Yanlún —dijo Anden—. Mi familia me ha mandado aquí a estudiar.

—Es verdad —dijo Cory—. Puedes preguntar a mi padre; él lo avalará.

—Mira tú. —Sano levantó las cejas y dejó pasar a Anden.

En el interior, el cálido aroma de la comida golpeó a Anden de inmediato. Estaban en una gran sala con las vigas del techo a la vista y suelo de cemento; parecía que en un principio se había construido como garaje del centro comunitario. Había cocinas portátiles instaladas tras largas mesas blancas, donde ofrecían bandejas con sopa de tallarines picante, panecillos fritos y pastelería kekonesa. También había empanadas de patata rellenas de queso y las golosinas agridulces omnipresentes en cualquier acontecimiento deportivo kekonés. Se estaba formando ya una cola donde acababan de llevar un barril de hoji, que estaban colocando en una plataforma baja.

—Vamos primero a buscar asientos —sugirió Tod.

Cruzaron la sala y bajaron por unas escaleras. A Anden le estaba costando conciliar lo que había visto en la aburrida parte delantera del edificio con la animación de la parte trasera. En el sótano, mesitas y taburetes de bar se alineaban contra las paredes de ladrillo; la gente guardaba el sitio dejando chaquetas en los asientos. Tod y Derek encontraron espacio para los cuatro cerca de la ruidosa salida de aire. Anden los siguió más despacio, distraído. Habían delimitado con un cordón azul y rodeado de bancos una zona del tamaño de una cancha de ruckets cubierta. En el centro del espacio desnudo tenía lugar una pelea de gallos. Los apostantes se inclinaban sobre la barrera y gritaban de emoción o gruñían decepcionados cuando un gallo caía bajo los espolones acerados de su rival, en un revoltijo de plumas.

Cory abrió el camino hasta la mesa donde estaban sentados sus padres, que comían tallarines humeantes de unos cuencos desechables de plástico y hablaban con Rohn Toro (a quien Anden había empezado a considerar el cuerno de Trampasur) y otros dos

hombres a los que Anden no conocía, pero de los que sospechaba que también eran huesos verdes.

—Bueno, se acabó la temporada de balón relevo —dijo Cory—; la lluvia nos ha echado por fin del campo y hemos decidido pasarnos por aquí. He venido con mis colegas. —Sonrió y estrechó la mano de los otros hombres que estaban en la mesa, quienes lo saludaron con palmadas afectuosas en la espalda y le preguntaron si tenía ganas de ir a la escuela de Derecho.

Dauk Losun sonrió de oreja a oreja al ver a Anden al lado de Cory, y le hizo un gesto para que se acercara.

—¡Mi joven amigo de Yanlún! No habías venido nunca al reñidero, ¿verdad?

Anden negó con la cabeza. Se armó un escándalo cuando el siguiente gallo de pelea se lanzó con fiereza al ataque. El pedestal alzó la voz para hacerse oír:

—Ahora que te conocemos, eres bienvenido cuando quieras. Conservamos varias de las viejas costumbres de la isla, ya lo verás. Algunas son serias, pero casi todas son divertidas.

—Lo de aquel incidente quedó todo arreglado, por cierto —intervino Rohn Toro—. Te lo digo para que no te preocupes.

—Me alegro de saberlo,

Rohn-jen

—dijo Anden, aliviado—. Nunca quise causar problemas a nadie.

—Por lo que me han dicho, estás ayudando mucho a los Hian; más que sus propios hijos, que están demasiado ocupados para visitarlos. —Dauk Sana cloqueó con desaprobación, y luego le dio unas palmaditas en el brazo a Anden—. ¿Has comido? Tienes que probar estos tallarines que prepara la señora Joek.

Anden y Cory volvieron con Tod y Derek a su propia mesa, y después fueron por turnos a la planta de arriba a buscar comida y bebida. La ropa mojada de Anden no tardó en secarse; en el sótano hacía calor y, según fue llegando más gente y llenando el espacio, se fue poniendo un poco incómodo y sofocante, pero a nadie pareció importarle. Las peleas de gallos parecían ser la atracción principal, pero también había gente jugando a las cartas, bebiendo y socializando. Anden oyó varias conversaciones cercanas en las que se discutía acaloradamente sobre la participación de Espenia en la guerra de Urtoko. Dos chicas se acercaron a la mesa con aire

travieso.

—Eh, Cory —dijo una poniendo morritos—, ¿por qué ya no te veo?

—Venga, Tami, me estás viendo ahora, ¿no? —Cory le dio una palmada en el culo y se la sentó en el regazo. La joven soltó un chillido de falsa indignación y lo abrazó por los hombros.

Anden apartó la mirada, incómodo. Engulló otro bocado del humeante cuenco de tallarines, que de hecho estaban a la altura de la recomendación de Dauk Sana, y se volvió hacia Tod.

—No sabía que existiera este sitio. ¿Siempre está así?

—No, solo algunas noches. —Tod miró a Cory, intentando pasarle la tarea de dar explicaciones, pero parecía distraído, así que se volvió de nuevo hacia Anden y continuó—: Cuando no es un reñidero, es un sitio para entrenarse.

Anden miró alrededor y vio tatamis azules apoyados contra la pared en una esquina, bloques de madera apilados y arcones para guardar equipo.

—Un gimnasio para huesos verdes —dijo.

De repente, la sala se quedó en silencio. La joven se levantó a regañadientes del regazo de Cory y volvió corriendo con su amiga a su propia mesa. En una esquina, unos cuantos adolescentes despistados siguieron charlando, pero varios adultos les sisearon en reproche y guardaron silencio. Anden se giró en el taburete y vio que la última pelea de gallos había acabado, y que dos hombres pasaban por encima de las cuerdas azules. Se quitaron las botas y la camisa y se las dieron a amigos que estaban al otro lado de la cuerda antes de volverse el uno hacia el otro.

En el silencio se oyó claramente el roce de las patas de la silla de Dauk Losun cuando la echó hacia atrás. No había nada que distinguiera al pedestal de quienes lo rodeaban (su asiento no era mejor que el de nadie; vestía un chalequillo rojo y se limpiaba los labios con una servilleta de papel mientras se ponía en pie), pero nadie pronunció una palabra cuando se aclaró la garganta y dijo:

—Orim Rudocun, Yoro Janshogon te ha ofrecido una hoja limpia. ¿Aceptas?

—Sí —dijo uno de los hombres, un poco más corpulento que el otro.

En realidad, ninguno llevaba armas. Se llevaron las manos

unidas a la frente en un breve saludo, pero no se detuvieron para ofrecer una oración a los dioses. Yoro, el que había lanzado el desafío, se arrojó hacia el otro hombre con un grito furioso. Todo acabó con rapidez. Yoro empotró el hombro contra el pecho de Orim. Cayeron juntos sobre el cordón azul, que arrastraron mientras Yoro empujaba al suelo a su adversario agarrándolo por el cuello. Rodaron hechos un ovillo durante unos instantes. Orim sacudió los brazos y pilló a Yoro con un golpe cruzado en la cara, pero este, que era más ligero, acabó encima y le rodeó el cuello con las manos. Yoro soltó un gruñido y empezó a zarandearlo; la cabeza de Orim golpeó el suelo de cemento con un sonido que hizo que todos los presentes se encogieran. Después encajó los antebrazos cruzados contra la tráquea de Orim, cargó el peso del cuerpo hacia delante y empezó a apretar con todas sus fuerzas. Orim escupió, pateó y le clavó las uñas en los brazos. Nadie se movió. Se empezaron a oír murmullos de inquietud.

Pasaron los segundos; la cara de Orim empezó a ponerse morada. Dauk Losunyin se irguió y dijo, con voz severa y preocupada:

—Señor Orim, ¿te rindes? Levanta las manos si es así.

Durante un instante, Anden creyó que Orim se negaría y se dejaría estrangular. Después, con reticencia, abrió las manos en gesto de sumisión. Yoro escupió con desdén, y después lo soltó, se levantó y se alejó para recuperar la camisa y las botas, limpiándose la sangre de la boca con el dorso de la mano. Orim seguía tumbado, jadeando. Dos amigos lo ayudaron a incorporarse, lo cogieron por debajo de los brazos y se dirigieron con él a la salida.

Volvieron a colocar el cordón. El pedestal se sentó. Anden pudo echarle un vistazo; parecía aliviado mientras se inclinaba para decir algo a Rohn Toro. La gente regresó a sus mesas y las conversaciones volvieron a llenar la sala.

—Lo creas o no, Orim y Yoro eran buenos amigos —dijo Derek.

—Un negocio a medias salió mal —explicó Cory, respondiendo a la mirada interrogativa de Anden—. Orim dice que Yoro le escamoteó diez mil thalires. Yoro dice que él hacía todo el trabajo mientras que Orim le tiraba los tejos a su novia a sus espaldas. —Cory desenvolvió un caramelo agridulce y se lo metió en la boca. Le ofreció otro a Anden, que negó con la cabeza; no entendía cómo

podía gustarle a nadie el sabor de aquello—. Mi padre estaba preocupado por que llevasen el duelo hasta las últimas consecuencias —dijo, y bajó la voz—: no sucede a menudo, solo de tarde en tarde si el asunto es muy serio, pero ha estado bien que Orim se rindiera. A nadie le apetece que la policía venga a husmear.

Anden estaba aturdido por lo que acababa de presenciar. No por el duelo en sí, a pesar de las curiosas diferencias de protocolo, sino porque desde su pelea en el parque con Carson Sunter, el pandillero, había tenido mucho cuidado de aprenderse y seguir todas las reglas espenias.

—Creía que los duelos eran ilegales —dijo.

—Colega, en Espenia todo es ilegal —dijo Derek con una carcajada—. Hasta las peleas de gallos.

Cory le dio unas palmadas en el brazo con ánimo tranquilizador, lo que sorprendió a Anden e hizo que se ruborizara un poco.

—Nah —le dijo—, lo que pasa es que la ley es complicada. Y bastante a menudo, negociable.

—Así habla un aspirante a abogado —dijo Derek.

—¡Shun Todorho! —El grito llegó del centro de la sala, donde un joven ocupaba el lugar donde se había celebrado el duelo a hoja limpia unos minutos antes—. Tod, ¿dónde estás? —Señaló a través de la multitud hacia la mesa de Anden, y después se cruzó de brazos fingiendo estar ofendido—. He oído por ahí que tu Desviación es mejor que mi Ligereza. ¿Te importaría poner a prueba esa chorrada?

El rugido de los pataleos en el suelo llenó el reñidero. Cory le dio una fuerte palmada a Tod en la espalda y gritó al desafiador:

—Solo ha bebido dos copas, Sammy, ¿seguro que no quieres esperar?

Shun Todo levantó el vaso y lo vació de un trago con un gesto teatral; después lo dejó en la mesa dando un golpe y se levantó con las manos alzadas a modo de gesto de aceptación de las exigencias del público.

—Etto Samishun —gruñó—, por tu arrogancia, me ofreceré… ¡a patearte el culo!

Más pataleos y vítores acompañaron el paso de Tod por encima del cordón azul. En contraste con la atmósfera de seriedad mortal durante el duelo precedente, el ánimo del reñidero era ahora alegre;

todo el mundo tenía claro que aquel combate era inocuo, el típico desafío social que los kekoneses lanzaban continuamente.

Sammy, el desafiador, se agachó en una postura de alerta exagerada. Tod, con una sonrisa burlona, se volvió hacia el público y paseó un poco con los brazos levantados para animarlo a hacer más ruido, a lo que los presentes obedecieron con tanto entusiasmo que a Anden le recordó el barullo de los partidos de deportes espenios, y no pudo evitar pensar que todo aquello era burdo y muy poco kekonés.

Tod se giró de repente y arrojó una lanza de Desviación hacia Sammy, que saltó con Ligereza y se quitó de en medio a la vez que emitía un grito de provocación. La Desviación sacudió a unos cuantos espectadores cercanos, que sujetaron con fuerza las bebidas y se agarraron al escaso mobiliario. Un plato de comida salió volando. Tod disparó en rápida sucesión un par de Desviaciones más, que Sammy se vio obligado a esquivar por los pelos antes de saltar directamente sobre la cabeza de Tod y aterrizar detrás de él.

Cory jaleó y gritó: «¡A por él, Tod!». Su amigo giró y fintó hacia arriba, y después lanzó una Desviación baja y amplia que golpeó al otro en las rodillas en mitad de un salto, haciéndolo caer y aterrizar despatarrado. Sammy se giró boca arriba y levantó las manos, sonriendo y fingiendo amilanarse mientras Tod armaba una pantomima de saltar sobre él y liquidarlo. El público vitoreó.

Los dos huesos verdes se palmearon los hombros amistosamente antes de volver a saltar el cordón y regresar a la mesa, acompañados de los elogios del público.

—Ha sido lo más —dijo Derek cuando Tod se hubo sentado.

—Lo más de lo más, colega —añadió Cory.

Anden asintió mostrando su acuerdo, aunque, dicha sea la verdad, la pelea no le había parecido especialmente impresionante. El estilo con el que Tod y Sammy usaban sus habilidades de jade era diferente, y algunas cosas parecían ineficaces. La Desviación de Tod tenía precisión, pero poca potencia; la Ligereza de Sammy era aceptable, pero carecía de la velocidad que habría tenido de haberle añadido Fuerza. En conjunto mostraban el nivel que cabría esperar de alumnos del quinto curso de la academia.

Se reprendió por aquellos pensamientos tan poco generosos. Los huesos verdes de aquel lugar no recibían una enseñanza exhaustiva

de las disciplinas del jade. El poco que portaban, tenían que llevarlo oculto todo el tiempo. Se veían obligados a entrenarse en secreto en el sótano mal ventilado del centro comunitario, no en el extenso campus de academias como la de Kaul Dushuron. Cualquier orgullo o privilegio que pudieran tener por ser verdes solo lo podían mostrar allí, dentro de la comunidad kekonesa, en noches como aquella.

Durante toda la velada, Anden había encontrado el reñidero extraño y un poco abrumador, y ahora entendía por qué: era como un destilado de la cultura kekonesa (la comida y el hoji, las peleas de gallos y las apuestas, la vida social, la tradición de los duelos a hoja limpia y la celebración de las habilidades de jade), todo apretujado bajo un techo en una tarde. Hacía que sintiera algo muy extraño: era a la vez intensamente kekonés y nada kekonés en absoluto.

Hubo más comida y bebida, más conversación. Otra pelea de gallos. A petición de los amigos, otros huesos verdes se desafiaron en una competición de Fuerza y Acero. Al cabo de un rato, Tod, que tenía que trabajar al día siguiente (era asistente del encargado de una tienda de electrónica) se levantó para irse, y Anden, ya preocupado por que los Hian se inquietaran por lo tarde que era, dejó la bebida y lo imitó.

—Estará haciendo ya un frío que pela y será noche cerrada. Esperad, voy a ver si mi padre piensa irse pronto. A lo mejor nos lleva en coche.

Anden no quería molestar a Dauk Losun, pero Cory no tuvo ningún reparo en pedírselo.

—Claro, ningún problema —le dijo su padre—; no hace falta que me quede más tiempo.

Sin embargo, antes de que pudieran marcharse, la señora Joek, la cocinera de tallarines, bajó corriendo la escalera del reñidero y se acercó deprisa a la mesa del pedestal.

—Dauk-jens —exclamó—, hay policías. Dos.

El sótano estaba atestado, pero sus palabras se oyeron perfectamente. Las conversaciones se cortaron de golpe; las cabezas se volvieron con nerviosismo hacia la mesa del pedestal. Para sorpresa de Anden, Dauk Sana se levantó al instante y fue a la planta de arriba. Su marido no la siguió; alzó la voz y dijo con

calma, pero lo bastante fuerte para que todos lo oyeran:

—Que todo el mundo se quede aquí y se siga divirtiendo. No os preocupéis. —Después se dirigió a su hijo—: Tus amigos y tú, volved a la mesa y sentaos.

Anden se sentó. La atmósfera de la sala estaba cargada de inquietud y murmullos. Anden vio que Rohn Toro se levantaba e iba a un estrado situado en la esquina, cerca de la puerta. Sacó los guantes negros del bolsillo de la camisa y se los puso, y después se apoyó en la pared con los brazos cruzados.

Dauk Sana volvió pocos minutos después, hablando con voz muy alta en espenio con acento mientras bajaba por la escalera.

—Por supuesto, sí, el permiso de comidas, el de licor; se lo enseño ahora, agentes. —Llegó al final de la escalera. La seguían dos policías de Puerto Massy; sus botas resonaban con fuerza al pisar, la visera de las gorras negras y los hombros del uniforme estaban salpicados de granizo—. No es restaurante o bar —siguió hablando Sana. Un momento antes estaba tranquila, pero ahora actuaba con un nerviosismo extremo y se estrujaba las manos—. Esto es solo una fiesta. Fiesta de vecinos.

Los agentes pasearon la mirada por el sótano.

—Una fiesta, ¿eh? —dijo el que parecía mayor—. ¿Qué se celebra? ¿En qué andáis metidos los kikus aquí abajo? ¿Peleas? ¿Comercio de jade?

Sana pareció horrorizada y ofendida.

—No, por supuesto que no. ¿Quizá han estado viendo muchas películas? ¿Solo porque somos kekoneses creen que todos portamos jade como gánsteres? —Señaló con un gesto las mesas llenas de gente; hombres y mujeres, jóvenes y viejos—. ¿No podemos reunirnos a comer, beber y pasar un buen rato en nuestro centro comunitario en una noche de tormenta sin que sospechen de nosotros?

El agente más joven parecía un poco avergonzado, pero el mayor fue hasta el centro de la sala y soltó un bufido al ver manchas de sangre y plumas en el suelo. Levantó la manta que habían echado sobre un banco y miró los gallos de pelea encerrados en las jaulas.

—Las peleas de gallos son delito, señora. La multa son dos mil thalires, y podemos cerrar el edificio.

Sana inspiró profundamente.

—Por favor, agentes —dijo—, pagaremos la multa. No tenemos mucho dinero, pero entendemos que incumplir la ley tiene consecuencias. Pagaremos todos. —Como si le hubieran hecho una señal, un hombre de la mesa más cercana se quitó el sombrero de fieltro y empezó a pasarlo por la sala. Todos los presentes sacaron la cartera y echaron dinero en aquella colecta espontánea. Sana parecía al borde de las lágrimas; se retorcía un extremo del chal mientras seguía hablando a los policías—: De tarde en tarde hay alguna pelea de gallos; para contentar a los ancianos, sobre todo. Verán, en nuestro país natal no son ilegales. Los ancianos traen sus gallos y no podemos decirles siempre que no. Por favor, no nos quiten los permisos por tan poca cosa. —Les dirigió una mirada suplicante—. El centro comunitario es el corazón de nuestro barrio; atiende a todos. Hay un templo, una biblioteca y un centro de día en la planta alta. Hay gente, algunos muy viejos y otros muy jóvenes, que vienen en busca de comida y compañía cuando no tienen adónde ir. Y, sí, a veces hacemos fiestas en el sótano, pero lo peor que hay es un poco de bebida y alguna pelea de gallos.

Una niña de unos diez años corrió hasta Sana con el sombrero lleno. Sana le dio las gracias, cogió el sombrero y contó el dinero en la mesa más cercana.

—Dos mil cuatrocientos cincuenta thalires —dijo reuniendo los billetes—. Más de lo necesario, pero pagaremos el extra. Solo queremos tener abierto nuestro centro comunitario. —Puso el dinero en las manos del policía mayor y sonrió al joven—. Por favor, agentes. Sabemos que trabajan muy duro.

Los policías observaron la sala y las expresiones preocupadas y expectantes de los kekoneses. La mirada pasó por la mesa de Dauk Losunyin sin concederle ninguna atención especial. El pedestal, como todos los demás, escuchaba lo que ocurría, pero estaba encorvado en la silla, con las grandes manos unidas, sin atraer la menor atención. Rohn Toro no se había movido, apoyado en la pared de al lado de la puerta.

—Por esta vez dejaré que os libréis con un aviso —dijo el policía mayor, como si hubiera estado meditando sobre el asunto y hubiera llegado a regañadientes a una decisión. Con mucha calma se guardó el dinero en el bolsillo interior de la chaqueta. Sana se estremeció

con visible alivio.

—Les estamos reconocidos. Son muy amables —murmuró con agradecimiento.

—Más os vale a los kikus no meteros en líos y tener cuidado de cumplir la ley a partir de ahora —dijo el policía mayor—. El jade es ilegal. Deberíais saberlo. Si os pillamos llevándolo encima o vendiéndolo, a la cárcel.

Sana asintió con vehemencia.

—El jade también nos tiene preocupados —insistió. Empezó a llevar a los policías de vuelta a la escalera—. Las bandas trabajan en esta parte de la ciudad, y se rumorea que ahora quieren echarle mano al jade. Todos los kekoneses sabemos que una sustancia tan peligrosa no debería usarla la gente corriente, y menos aún los criminales. Por eso necesitamos a la policía. —Se dirigió al más joven—: ¿Te gusta la comida kekonesa? ¿Quieres una sopa de tallarines antes de volver a salir al frío?

Las voces se fueron difuminando escaleras arriba. Poco a poco se disipó la tensión en el reñidero. La gente se relajó y volvieron las conversaciones normales en cuanto quedó claro que los policías se habían marchado. Rohn Toro esperó un minuto más, y después se sentó.

Dauk Losun fue a la mesa de los jóvenes, sonriente y afable otra vez.

—Volverán. Esto pasa cada varios meses, y siempre es igual. —Sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro a Anden—. Pareces preocupado. No lo estés. La policía de Puerto Massy es como una banda más: esperan un pago y dan muy poco a cambio.

Anden asintió, aunque lo cierto era que no lo entendía del todo. En Yanlún jamás se le había pasado por la cabeza temer a la policía. Cuando su primo Hilo era el cuerno, a menudo se reunía con la policía para decirle qué hacer con los delitos menores, qué bandas callejeras estaban causando problemas, dónde realizar redadas antidroga… Así que Anden siempre los había considerado funcionarios útiles para los clanes, no un estorbo. Al parecer, en Espenia había un montón de reglas y normas subjetivas respecto a las cuales hasta el pedestal de Trampasur tenía cuidado de aislarse.

—Debo quedarme un poco más para estar seguro de que todo va bien —dijo el pedestal. Sacó del bolsillo del chaleco las llaves del

coche y se las dio a su hijo—. Pero es tarde y no quiero que los Hian se preocupen por Anden. Lleva a tus amigos a su casa y después vienes a buscarme.

El monovolumen verde del pedestal estaba aparcado en el solar trasero. Cory arrancó el motor y puso el aire caliente a tope en la posición de desempañado de cristales, mientras Anden y Tod rascaban el hielo de los parabrisas delantero y trasero. Ya dentro del coche, el aliento de todos parecía humear. Cory sacó el coche a la calle y llevó a su casa a Derek y luego a Tod. Los limpiaparabrisas helados rechinaban contra el cristal y la luz de los faros se reflejaba en el asfalto mojado mientras conducía hacia la casa de los Hian, al otro extremo de Trampasur.

Al llegar a una esquina, a una manzana de la casa, Cory paró junto al bordillo, apagó el motor y se volvió hacia Anden. Los ojos le brillaban reflejando la luz de las farolas, pero su expresión era inescrutable en la oscuridad.

—Te preguntas dónde está, ¿verdad? —dijo—. Mi jade.

Anden se ruborizó. A modo de respuesta, se obligó a mirar a los ojos al joven. Cory abrió la cremallera de la cazadora y se la quitó. Se giró en el asiento para quedar de frente a Anden y se levantó la camiseta. La luz de las farolas le iluminó el torso desnudo. Anden tragó saliva. Su mirada bajó por el pecho de Cory hasta llegar a los tres *piercings* de jade que tenía en el ombligo.

Anden intentó apartar los ojos, pero no pudo; su mirada continuó viajando, siguiendo la línea de pelo oscuro que desaparecía bajo el cinturón. La piel de los brazos de Cory se erizó a causa del frío. Anden pensó que quizá debiera decir algo, que quizá Cory quisiera que hablase, pero tenía miedo de abrir la boca y meter la pata.

Cory tampoco habló. Alargó la mano hasta el otro asiento y agarró la muñeca de Anden; la atrajo hacia sí hasta que las yemas de los dedos rozaron la piel desnuda. Lentamente, Anden apoyó la palma de la mano en el abdomen de Cory, notando en ella su pulso. De repente pudo oír su propia respiración en el reducido espacio del coche, ruidosa y jadeante.

La mirada de Cory era hambrienta ahora. Movió la mano de Anden sobre su tripa desnuda, como si guiara a un ciego para leer braille. Cuando Anden tocó las piedras de jade, duras y lisas, una

sensación intensamente deliciosa y un poco mareante, como algo dulce demasiado maduro, lo golpeó en la garganta y cayó en el pozo de su estómago. El aura de jade de Cory se extendió hacia él, ardiente de deseo, como una piedra negra que se hubiera calentado al sol. Anden quería apretarse contra ella, aferrarla con ansia, dejar que lo envolviera, pero su cuerpo recordó el sabor de la energía del jade de la misma forma que un alcohólico recuerda su último desvanecimiento etílico: con anhelo desesperado y repulsión visceral a la vez. Quería perderse en ella; quería apartarse de un tirón. Los dos impulsos chocaron; Anden se quedó helado, con el brazo temblando. Sus ojos encontraron los de Cory y vio que la expresión confundida de este se transformaba en comprensión. Con suavidad, el joven le soltó la muñeca, se colocó la camiseta y se puso la cazadora.

Anden recogió la mano, el rostro ardiendo de arrepentimiento y vergüenza.

—Lo siento —murmuró.

—Has portado jade —dijo Cory—. Te entrenaste como huesos verdes en una de las escuelas de Yanlún. —Era una pregunta presentada como afirmación, pero bajo aquella había otra pregunta.

Al cabo de un momento, Anden asintió.

—Supongo que no era difícil de adivinar. —Alzó la mirada con dificultad—. Te preguntas por qué ya no lo porto.

—No tienes que contármelo, colega —dijo Cory al cabo de un largo silencio.

Anden se metió la manos en los bolsillos de la cazadora forrada. Su aliento formaba nubes de vapor en los confines repentinamente claustrofóbicos del monovolumen. Sin mirar a Cory, empezó a hablar.

—Durante mi último año en la academia, mi familia estaba en guerra con otro clan. Uno de mis primos, el pedestal… Lo asesinaron. —Hacía más de un año que no hablaba de Lan—. Aún no me había licenciado, pero quería hacer todo lo que pudiera para vengarlo y ayudar a ganar la guerra. Y… Y maté a un hombre. A alguien importante. A unos cuantos, en realidad. —Las palabras que salían de su boca sonaban vagas e insustanciales; no podía imaginar que quien las oyera pudiera apreciar todo su significado. Desde luego, no alguien tan alejado de la situación como Cory Dauk.

Cory asintió despacio.

—No quieres ser un asesino.

Anden alzó la mirada, un poco sorprendido. No se trataba de eso en absoluto. A veces era necesario cobrarse vidas; todos los miembros de su familia habían matado cuando hizo falta. Intentó pensar cómo podría explicarlo mejor, comunicar de qué manera aquello era diferente, lo profundamente que lo había afectado; lo trágico, exultante y doloroso que había sido.

—No quiero disfrutar siéndolo —dijo.

Cory lo observó un largo rato. Se frotó las manos para calentárselas; después se desplazó en el asiento: de repente estaba a pocos centímetros de Anden, con una mirada más contenida pero aún insistente.

—Eres la persona más interesante que he conocido en mucho tiempo, isleño. —Se inclinó y lo besó en la boca.

Los labios de Cory estaban helados, pero su lengua, no. Durante un instante acarició los dientes inferiores de Anden. El beso fue breve, tan breve que a Anden le costaba creer que hubiera sucedido. Cuando Cory se retiró, Anden actuó casi sin pensar: alargó la mano y lo agarró por la pechera de la cazadora.

El segundo beso duró más, lo suficiente para que Anden notara la sangre agolpándosele en la cabeza, los cálidos alientos mezclándose y empañando los cristales, el calor del aura de jade de Cory rozándole la piel. Cuando se separaron, consiguió balbucear:

—Creía… Creía que te gustaban las chicas.

Cory se echó a reír.

—Me gustan. —Se inclinó hacia delante otra vez, con los labios fruncidos hacia un lado—. Y me gustas tú, colega. Eres una paradoja. Pareces salido de un anuncio de una revista, pero eres tan condenadamente… kekonés… Es sexi. —Cory arrugó la nariz y, con una expresión burlona, puso la mano en el muslo de Anden—. No eres como los kespis.

—¿Kespis?

—Kespenios. Kekoespenios, ya sabes.

Cory empezó a acariciarle la entrepierna por encima del pantalón. Anden se quedó muy quieto, sin atreverse a moverse, aunque le parecía que todo el calor del cuerpo se le estaba desplazando al bajo vientre. Cory le desabrochó la cintura del

pantalón y metió la mano debajo. Los fríos dedos encontraron el vello púbico y empezaron a tocar y rodear la polla erecta.

Anden soltó un gemido inarticulado. La excitación y el horror crecieron.

—Espera, yo… —jadeó, pero no fue más allá; Cory le bajó la cremallera de un tirón y le hundió la cara en el regazo. Anden no se podía creer que aquello estuviera ocurriendo. Parecía inapropiado dejar que Cory hiciera aquello (era el hijo del pedestal, con quien estaba en deuda), pero también le parecía inapropiado intentar detenerlo. Entonces sintió la boca de Cory (el repentino, exquisito y desbordante calor hizo que Anden pusiera los ojos en blanco) y ya no pudo pensar con claridad sobre nada.

Acabó demasiado rápido, por lo que Anden se culpó. Habría querido seguir así más tiempo, pero en cierto modo se sintió aliviado, aunque algo decepcionado. Tenía la impresión de que acababa de experimentar uno de los momentos más memorables de su vida hasta entonces, a pesar de que la liberación en sí no había sido exactamente extática. Subrepticia e inesperada, emocionante, un poco incómoda. Cory se apartó y se limpió la boca con una mano. Andén se estremeció con el golpe de aire frío en su entrepierna húmeda y expuesta. Se abrochó deprisa, aún confuso, sintiendo que estaba fuera de control.

—Nunca has estado con un hombre, ¿verdad? —dijo Cory.

Sin mirarlo directamente a los ojos, Anden negó con la cabeza. Tenía veinte años y nunca había intimado con nadie. Tres años antes hubo una ocasión, el Día del Barco, cuando varios estudiantes de la academia habían ido a un bar y se habían emborrachado, y una de sus compañeras lo había besado durante un largo minuto perfumado de alcohol, metiéndole la lengua en la boca, pero aquello no contaba.

Cory se inclinó hacia delante y le dio un beso suave en la comisura de los labios, un acto extrañamente casto y tierno.

—Vale —dijo—. Iremos con calma.

Al oír aquello, Anden tuvo ganas de soltar una carcajada, algo histérica quizá, porque todo lo que había pasado aquella noche había sido, en su opinión, cualquier cosa menos calmado. Las ventanas del coche estaban empañadas. Habían empezado a caer grandes copos de nieve. Justo delante, las luces de la casa de los

Hian seguían encendidas. Anden se imaginó a la señora Hian esperando sentada a la mesa de la cocina, ya pasada su hora de acostarse, para asegurarse de que volvía a casa sano y salvo en medio de aquella tormenta.

—Debería irme —dijo. Pensó en añadir algo, pero ¿qué?

—Nos vemos, isleño —dijo Cory con una sonrisa.

Anden se apeó del coche. Se cubrió bien con la cazadora y echó a andar por la acera. Los faros del monovolumen se encendieron y le iluminaron la espalda, arrojando su sombra hacia delante sobre el asfalto mojado. Cuando llegó a la entrada de la casa, que por fin, después de ocho meses, había empezado a considerar su hogar, oyó que el coche arrancaba, y Cory pasó por delante, las ruedas abriendo surcos en el barro, hasta que las luces traseras desaparecieron cuando dobló la esquina.

# Capítulo 23
# Recogedores de sobras

Bero estaba cerca de la cumbre de la inestable pila de escombros. Por debajo, en el talud, los recogedores de jade eran como hormigas, cada uno un punto que se arrastraba por la negra colina de grava, con la lámpara del casco ajustada a la iluminación mínima mientras trabajaban a oscuras, buscando. Todo el proceso era un inestable equilibrio entre la necesidad de darse prisa y la de tener cuidado. Tenían que trabajar tan rápido como fuera posible, pero un exceso de luz o de ruido podía delatar al equipo. Con cada minuto que seguían allí crecía el riesgo de que los descubriera una patrulla, pero buscar restos de jade era una tarea laboriosa y paciente. Los recogedores daban la vuelta a todas las rocas, arrancándolas del suelo, las tanteaban y las examinaban, las frotaban contra el dobladillo de la camisa sucia de tierra y las sostenían a la luz para buscar con atención el destello sutil que anunciaba que una piedra por lo demás anodina tenía encastrado el precioso jade.

La lámpara de un casco parpadeó dos veces. Bero saltó con Ligereza hacia el hombre que había hecho la señal. Estaba cogiéndole el punto a la Ligereza; ya podía invocarla de forma consistente y controlaba mejor la altura y la velocidad. La Ligereza y la Fuerza eran las disciplinas que más fáciles resultaban de dominar a un novato, o eso le habían dicho, porque las activaban actos físicos con los que todo el mundo estaba familiarizado. Aún no había conseguido Desviar nada salvo por casualidad, y la única vez que Mudt y él acorralaron a un perro callejero e intentaron matarlo usando Canalización, el animal se revolvió contra ellos y mordió a Bero en la pierna; aún tenía la cicatriz.

El escuálido uwiwano (todos los recogedores eran uwiwanos

escuálidos; a Bero le costaba distinguirlos) alzó una roca del tamaño de un melocotón pequeño.

—Jade, buen jade —dijo, lo que probablemente eran las únicas palabras de kekonés que sabía, y las únicas que necesitaba. Se tocó la mejilla con la piedra para enfatizar. El jade era un amplificador que no tenía energía propia detectable; los recogedores siempre se apretaban las piedras contra la piel (si podían, se metían en la boca las más pequeñas) con la esperanza de sentir una reacción cosquilleante en el cuerpo, una oleada de energía, una mayor nitidez de los sentidos. No era un indicador perfecto; el jade estaba muchas veces escudado por capas exteriores de piedra densa, y el deseo de encontrar piezas que merecieran la pena era tan grande que a menudo los recogedores imaginaban la reacción. Además, iban tan dopados de shine que su percepción del jade, era confusa en cualquier caso. Sin el shine corrían el peligro de contraer la comezón si se dedicaban demasiado tiempo a aquel trabajo.

Bero cogió la piedra. Era marrón y estaba sucia; una piedra completamente normal vista desde fuera. Con un rotulador blanco de punta gruesa escribió en ella «1124»: el número de trabajador del uwiwano, escrito en lo alto del casco y en la tarjeta plastificada que le colgaba del cuello sujeta a un cordel. Cuando la piedra llegara a las islas Uwiwa, la cortarían con una sierra. Si en el interior había jade, se anotaría en un libro de registro y el hombre cobraría una cantidad relativamente generosa por su descubrimiento. La posibilidad de que eso ocurriera era de una entre veinte; lo más habitual era que la piedra no contuviera nada, que el jade fuera de mala calidad, con defectos que no permitieran usarlo, o que el lustroso destello de verde resultara ser nefrita inerte, inútil para cualquier cosa salvo fabricar imitaciones u objetos decorativos. El auténtico jade kekonés era una de las sustancias más escasas del mundo, y las minas gestionadas por la Alianza del Jade de Kekon se llevaban los descubrimientos auténticos. Aquello eran las sobras.

Pero las sobras tenían bastante valor. Justificaban el transporte de equipos de uwiwanos empobrecidos a las orillas de Kekon, en barco, y luego en camiones hasta las regiones más selváticas del interior montañoso de la isla. Justificaban contratar a supervisores locales como Bero y Mudt y pagarles con dinero y shine, y si se

quedaban más de un año, con una comisión en jade. El verano anterior, Bero y Mudt habían ido a una habitación de un gimnasio abandonado junto a otro par de pescadores de rocas novatos. Delante de Soradiyo y de los demás, cada uno se había hecho un corte en el labio inferior con un cuchillo limpio y había besado un trozo de pergamino con su nombre escrito en él. Sostuvieron todos los pergaminos juntos sobre una vela hasta que ardió la sangre húmeda, sellando así su juramento de lealtad y silencio a Ti Pasuiga.

Bero fingía tomárselo en serio, pero se reía para sus adentros. Actuaban como niños al unirse a un club secreto a pesar de que solo estaban ahí para conseguir dinero y jade, lo mismo que quería todo el mundo. No tenía nada de especial ni de secreto.

Soradiyo, su supervisor barukano, normalmente se reunía con ellos en la Casa de las Ratas y los avisaba con tres o cuatro días de antelación cuando iba a producirse un saqueo nocturno, para que tuvieran tiempo de viajar al encuentro de los cargamentos de recogedores que llegaban en camión. A veces, el clima o un aviso de la presencia de una patrulla de huesos verdes provocaba un cambio de planes y el trabajo se cancelaba o se retrasaba, en cuyo caso tenían que montar una tienda y esperar en el bosque, alimentándose de comida desecada y quejándose hasta que mejoraban las condiciones y la operación podía seguir su curso. Su trabajo consistía en supervisar a los recogedores; en concreto, asegurarse de que ninguno tratara de robar el jade que encontrara. Un trabajador pobre podía intentar esconderse un trocito de jade en el bolsillo, dentro de la mejilla o en la raja del trasero, con la esperanza de venderlo por mucho más de lo que les pagaba Soradiyo. Los capataces portadores de jade podían Percibir en los trabajadores auras no aprobadas. La consecuencia de un primer intento era un aviso; la de un segundo intento, la muerte. Bero aún no había matado a ningún trabajador, pero Mudt sí. El mes anterior le había tenido que pegar un tiro en la cabeza a un hombre, y luego hizo desaparecer el cadáver en la selva.

Bero cogió la piedra marcada y escaló la loma con saltos cortos usando Ligereza, hasta llegar al contenedor metálico lleno hasta la mitad de piezas parecidas, todas marcadas con números de trabajadores. Aquella noche, Mudt estaba encargado de vigilar el

contenedor y montar guardia al lado de tres camiones militares manchados de barro y cubiertos con lonas de camuflaje. Bero dejó caer el trozo de roca en el contenedor, donde repiqueteó al golpear las otras.

—¿Cuánto tiempo tendremos que hacer esto? —se quejó Mudt, frotándose los brazos y pisoteando con fuerza. El invierno era la mejor época para dedicarse al saqueo porque en general no llovía, pero en las zonas montañosas hacía un frío terrible; un frío implacablemente húmedo que calaba hasta los huesos—. Es un trabajo de mierda, keke. Ahora mismo podríamos estar en la ciudad, practicando. Y más calientes, joder.

—¿Y trabajando por un sueldo miserable en una gasolinera, o una zapatería o algo así? Estás cabreado por el frío, pero aquí ganamos un montón, keke. Y si seguimos tres meses más, conseguiremos jade. —Bero echó una mirada codiciosa a las rocas del contenedor—. Ningún otro trabajo nos va a dar eso.

—Ya tenemos jade —replicó Mudt—. No hemos hecho nada con él aparte de vigilar a esos pobres diablos y helarnos el culo en la selva. ¿Para qué necesitamos más?

—¿Para qué? —exclamó Bero—. ¿A ti qué te parece? —Era como preguntarle a alguien por qué necesitaba más comida, más dinero o más mujeres. Nunca se podía tener demasiado; por eso los huesos verdes estaban siempre peleando entre ellos. A veces, Mudt hacía unas preguntas de lo más estúpidas.

—Deberíamos estar entrenándonos. Deberíamos estar yendo a por Sin Cumbre —siguió gruñendo Mudt, pero Bero había dejado de escucharlo porque creyó haber oído algo en la selva. La pila de escombros estaba al descubierto, pero los rodeaba una espesura densa y oscura. Intentó recurrir a su sentido de Percepción. Mientras observaba la oscuridad, se le aceleró el pulso y, de repente, la noche pareció impregnada de peligro.

—Vienen —susurró Mudt, preso de un repentino e indudable terror.

Un instante después lo sintió también Bero: se acercaban con rapidez auras de jade que solo podían pertenecer a huesos verdes. No podía determinar cuántos eran ni cuánto tardarían en llegar. En su mente se asemejaban a proyectiles brillantes que volaban hacia él surcando la oscuridad.

—¡Los camiones! ¡Id a los camiones! —gritó.

Agarró el contenedor con ruedas y lo arrastró hacia el vehículo cubierto de lona más cercano. Abrió la trasera, pero no se molestó en perder tiempo bajando la rampa de metal; con un tirón de Fuerza intentó levantar las rocas y arrojarlas dentro. El contenedor debía de pesar al menos cien kilos; se sacudió y casi se cayó, pero Mudt corrió a ayudar y entre los dos cargaron el fruto de una noche de saqueo en el camión.

Mudt subió corriendo a lo alto de la colina de escombros y encendió dos bengalas, que sisearon y ardieron con una dolorosa luz roja y llamaron la atención de todos los recogedores de abajo.

—¡Huesos verdes! —gritó—. ¡Corred! ¡Corred!

Los recogedores empezaron a trepar la colina presos del pánico, impulsándose con manos y pies, desencajando piedras sueltas que rodaban ruidosamente pendiente abajo. Los primeros en llegar al borde se lanzaron a los camiones como conejos a sus madrigueras, con el blanco de los ojos muy abiertos contrastando con las caras oscuras. Empezaron a farfullar en uwiwano, rogando a los conductores abukeis que se pusieran en marcha, mientras sus compañeros más atrasados gritaban a los camiones que esperaran. Bero miró hacia la base de la colina. Los recolectores que estaban demasiado lejos, que sabían que les resultaría imposible llegar a los camiones a tiempo, corrían hacia la selva con la esperanza de dispersarse y esconderse entre los árboles. Hacían bien en estar asustados. Al principio, los clanes despachaban a los recolectores dándoles una paliza y devolviéndolos a las islas Uwiwa, pero aquello no había sido suficiente para frenar el saqueo; ahora, la respuesta habitual era desnucar a todos los ladrones extranjeros. Y también a los supervisores portadores de jade.

Bero corrió al camión más cercano. Mudt ya había montado en el que estaba detrás.

—¡Vamos, vamos! —gritó Bero, al tiempo que dos recolectores saltaban a la trasera abierta. Uno consiguió alcanzarla; el otro tropezó y cayó cuando el camión se lanzaba hacia delante, salpicándolo de barro mientras lo abandonaba.

Bero asomó la cabeza por la ventana y miró hacia atrás; media docena de figuras salían de entre los árboles. Se movían tan deprisa que parecían borrones, pero pudo ver con claridad que llevaban

armas de fuego y espadas luna.

De no haber estado tan aterrorizado lo habría abrumado el asombro. La escena parecía salida de una película bélica en la que los rebeldes huesos verdes salían de la selva y emboscaban a los soldados shotarianos en su propio campamento. Salvo que aquello no era un combate, sino una batida. Se oyeron disparos acompañados de gritos lejanos cuando los huesos verdes empezaron a barrer la colina de escombros dando caza a los recolectores. Pobres cabrones; no se podía hacer nada por ellos. Bero se giró para mirar hacia el frente… justo a tiempo de ver a tres hombres que saltaban de entre los árboles de delante y aterrizaban en la carretera, ante el camión.

—¡Sigue recto! ¡Aplástalos! —le gritó al conductor, pero cualquier otra cosa que pensara añadir se le atravesó en la garganta al ver a los tres hombres colocarse en línea y lanzar una inmensa Desviación al unísono, barriendo hacia abajo, que golpeó la estrecha carretera llena de baches como una onda amplificada y arrojó tierra y gravilla contra el parabrisas del camión. Las ruedas derraparon con violencia. El conductor intentó desesperadamente enderezarlas, pero el vehículo giró casi noventa grados y salió disparado. Se ladeó con una sacudida que hizo que se les revolvieran las tripas, y al fin quedó tumbado de lado en la hondonada llena de piedras y arbustos.

Bero se vio arrojado contra la puerta lateral; la cadera y el hombro golpearon contra el metal, y oyó un chasquido que esperó que no procediera de ningún hueso suyo. El conductor aterrizó pesadamente encima de él. En la trasera pudo oír los golpes y gritos de los trabajadores uwiwanos atrapados. Pasaron unos segundos enfermizos, y entonces la puerta del camión se abrió de golpe, con tanta fuerza que casi la arrancaron de los goznes. Unas manos asomaron y sacaron de un tirón al conductor, que no paraba de gritar, y luego volvieron a aparecer y se cerraron en torno a las piernas de Bero. Este gritó y pataleó, pero su Fuerza, inestable e imprecisa, no pudo evitar que lo sacaran del vehículo como quien saca del agua un pez enganchado al anzuelo.

Lo arrojaron bocabajo en la carretera. Consiguió ponerse de rodillas a la vez que dejaban a Mudt a su lado con brusquedad. La terrible sensación de familiaridad de la situación le hizo sentir

náuseas: era como aquella vez, tres años atrás, que los hermanos Maik lo habían atrapado y le habían dado una paliza. La cara deformada y la cojera le recordaban aquel encuentro todos los días, y tenía la terrible sensación de que esta vez no iba a salir tan bien librado.

Mudt escupió tierra.

—Estamos jodidos, keke. Todo por tu culpa.

Bero parpadeó para quitarse el polvo de los ojos. La parte inferior del camión volcado bloqueaba la carretera; los otros dos camiones habían tenido que parar detrás. Los huesos verdes estaban sacando a los recogedores de los tres vehículos y matándolos con fría eficacia. En cuestión de minutos estaban todos muertos, trece en total. Bero sospechó que los otros siete que formaban el grupo yacían en la pila de escombros que habían dejado atrás. Se planteó saltar y correr a la desesperada. Con Ligereza y Fuerza quizá podría conseguirlo, aunque era más probable que no. Estaba a punto de arriesgarse de todas formas, porque ya no tenía nada que perder, pero un huesos verdes debió de Percibir sus intenciones, porque un par de manos ásperas los agarraron por el cuello.

—Una sola estupidez y moriréis, barukanos de mierda.

—No somos barukanos —protestó Bero, furioso.

Se acercó un hombre. Era mayor que los otros; su pelo cortado al rape tenía entradas a los lados de un acusado pico de viuda, pero estaba en forma y se desplazaba con la suave economía de movimientos de un lobo veterano. Sus ojos de mirada aguda no parecían parpadear demasiado.

—Zapunyo ya no manda a sus mercenarios barukanos a supervisar a los saqueadores —explicó al otro huesos verdes—. Los necesita para sus operaciones en Uwiwa y para vigilar su cuartel general. Los adictos al shine locales con fiebre de jade son mucho más prescindibles.

—Entonces, ¿los matamos,

Nau-jen

? —preguntó el otro huesos verdes, apretando los cuellos con más fuerza.

El cuerno de Montaña observó con atención a los dos jóvenes arrodillados. En la oscuridad, Bero no podía verle la expresión, pero el aura de jade del hombre ondulaba como el aire caliente sobre

unos ladrillos recién cocidos. La mirada exploradora del cuerno se fijó en el jade que rodeaba el cuello de Bero y los brazos de Mudt.

—Eso es un montón de verde de calidad para un par de pringados como vosotros. —Su voz tenía el tono áspero y exigente de un sargento del ejército—. ¿Cómo lo habéis conseguido?

Bero estaba seguro de que lo iban a ejecutar, pero alzó la cabeza con orgullo, desafiante.

—Gané este jade. Lo cogí yo mismo del cadáver de Kaul Lan.

Se produjo un momento de silencio aturdido entre los huesos verdes cercanos. Entonces estallaron en carcajadas que resonaron sobre los motores de los camiones detenidos. Nau Suen no se rio, pero dejó que sus hombres se desahogaran. Cuando al fin se apagaron las risas, un puño comentó:

—Estos nuevos verdes, como les gusta llamarse, son peores que los barukanos. Todos afirman que ganaron su jade en una batalla épica cuando ni uno podía usar aún una pizca.

Nau Suen dirigió una mirada severa al huesos verdes que había hablado.

—Hemos enganchado con jade y shine a la mitad de estos despojos para poder usarlos contra Sin Cumbre. ¿Por qué tendría que sorprendernos que un oportunista como Zapunyo haya recogido los juguetes abandonados de Gont Asch? —Sus hombres aceptaron la regañina en silencio. Nau volvió a mirar a los dos jóvenes—. No vamos a matar a estos. Se los vamos a mandar de vuelta a su patrón como gesto de buena voluntad. —Ordenó con un gesto que soltaran a Bero y Mudt. Bero parpadeó, aún sin acabárselo de creer. Nau se dirigió a ellos—: Escuchad con atención. Decidle a Soradiyo, el barukano, que mientras yo siga encontrando y atrapando a sus recogedores no va a ganar dinero. A Zapunyo no le hará gracia. Es posible que vuestro jefe se quede pronto sin trabajo, y de la peor manera posible. Decidle que Nau Suen, cuerno del clan Montaña, quiere hablar con él sobre una mejora de sus alternativas laborales.

—¿Vas a comprar a Soradiyo? —preguntó Bero, de repente interesado ahora que se había recuperado del miedo. Mudt le dirigió una mirada apremiante que decía a gritos: «¡Cállate! ¿Quieres que cambie de idea sobre dejarnos vivir?».

El cuerno miró a Bero más de cerca y con curiosidad, como si fuera una extraña especie de rana recién descubierta en la selva. La

mirada puso nervioso a Bero, que empezó a pensar que quizá Mudt tuviera razón; quizá debería haber tenido la boca cerrada todo el tiempo. Había oído los rumores que circulaban sobre que Nau Suen era tan hábil con la Percepción que podía leer los pensamientos. Lo que era una idiotez; todos sabían que era imposible, pero aun así, la mirada de Nau era tan penetrante que a Bero se le puso la piel de gallina.

—Haz otra pregunta y te arranco la lengua —dijo el cuerno—. Eres un perro, un mensajero, nada más. —Se inclinó y le habló al oído—: Pero no estás mintiendo. Crees de verdad que portas el jade de Kaul Lan. Lo que significa que antes o después desearás que te hubiera hecho el favor de matarte esta noche. —Se irguió y se volvió—. Vámonos —dijo a sus hombres—. Quitad de en medio esos camiones.

Varios huesos verdes combinaron su Fuerza para enderezar el primer vehículo, y luego, Nau y los demás montaron en los camiones y se llevaron el contenedor con el jade saqueado, no sin antes arrojar los cadáveres de los recogedores a la hondonada, uno a uno.

Los camiones partieron con una rociada de gravilla, dejando a Bero y a Mudt aún de rodillas en la carretera esperando el amanecer. Fueron los únicos que volvieron de la montaña.

# Capítulo 24
# Herencia

Shae salió de la residencia del hombre del tiempo y fue a la mansión principal. Aunque faltaba una hora para el amanecer, ya había luces encendidas en la cocina. Kyanla estaba removiendo un cazo de cereales calientes en el fogón. Hilo, sentado a la mesa, estaba cortando una nectarina en trozos del tamaño de un bocado y colocándolos en una bandeja de plástico, delante de Niko. El chiquillo jugueteaba con ellos y la mayoría acababa en el suelo en vez de en su boca. Hilo gruñía con paciencia cansada.

Shae se detuvo en la entrada de la cocina. Cada vez que miraba a Niko seguía sintiendo un sobresalto; un eco de la sorpresa de aquella tarde, tres meses antes, en que su hermano había regresado a Yanlún llevando en brazos a un agotado chiquillo de dos años.

—¿Siempre se despierta tan pronto? —preguntó.

—Casi siempre, sí —dijo su hermano; empezó a comerse los trozos de fruta rechazados—. Ya que tenía que madrugar de todas formas, he decidido dejar durmiendo a Wen. Ya se ha pasado la mitad de la noche en vela con Ru.

—Tenemos que irnos —dijo Shae.

Hilo se limpió las manos con una servilleta y se levantó; Kyanla ocupó el asiento. El niño hizo caso omiso de los intentos del ama de llaves por interesarlo en el desayuno y tendió los brazos hacia Shae para que lo cogiera.

—Tía, tía.

—Ahora no, Niko —dijo Shae con una punzada de culpa; le dio un beso en lo alto de la cabeza para consolarlo. A pesar de la sorpresa al conocer su existencia y verlo llegar, le cogió cariño casi de inmediato. Era imposible no ver lo que se parecía a Lan, no sentir un aguijonazo, mezcla de tristeza y alegría cada vez que hacía

un gesto que le recordaba a su hermano muerto. Cuando Niko alborotaba, se ponía mimoso o se mostraba confundido, cuando empezaba a seguirla y se le abrazaba a las piernas sollozando, lo quería aún más y sentía el impulso de consolarlo y protegerlo. Sospechaba que él le había cogido tanto cariño porque era la única persona de la familia que se parecía un poco a Eyni.

Un coche de aspecto anodino con un conductor de confianza los esperaba en la entrada. No podían coger el Duchesse Priza de Hilo ni alguno de los vehículos más reconocibles de la familia. Los dos guardaron silencio mientras el coche recorría las calles oscuras.

—¿Qué le decimos al clan sobre Niko? —preguntó Shae.

Hilo encendió un cigarrillo y bajó el cristal.

—Que es el hijo de Lan. Que nació en el extranjero sin que lo supiéramos y lo hemos traído a Kekon después de que muriera su madre. ¿Qué más necesitan saber?

—Nadie va a creer que es así de sencillo.

—Que crean lo que les dé la gana —dijo Hilo secamente. Un tenso silencio los rodeó. Hilo volvió la cara hacia la ventanilla y expulsó un hilo de humo. Cuando volvió a hablar, la ira había desaparecido de su voz—: Sé lo que estás pensando, Shae, pero no ocurrió como crees. Intenté hacer las cosas de otra manera. Recuerda cómo era Eyni.

—Era la mujer de Lan —dijo Shae en voz baja—. Era la madre de Niko.

Shae no había tenido una relación muy estrecha con Eyni, pero se trataban con cordialidad antes de que Shae se marchara a Espenia. Se había esforzado por recordarla claramente, por hacerse una buena imagen mental de ella para, al arrodillarse en el santuario del Templo del Divino Retorno y pedir a los dioses que reconocieran a su padre, a su abuelo y a su hermano mayor (los tres ya ausentes de este mundo y esperando el Retorno), poder también pedirles consideración hacia su antigua cuñada. Cuando terminaba de nombrar a los fallecidos, rogaba el perdón para su hermano. Lo que había hecho Hilo iba en contra de las Virtudes Divinas, pero el hijo de Lan estaría cuidado y recibiría amor, prometió por su alma. ¿Y acaso la familia no había sufrido ya bastante? «No nos castiguéis más», suplicó.

Hilo acabó el cigarrillo y volvió a subir el cristal.

—¿Preferirías que hubiera abandonado a Niko? —Como Shae no respondió, Hilo se recostó en el asiento—. Eso me parecía.

Llegaron al muelle. No había sido fácil organizar una reunión con Ven Sandolan, presidente y director ejecutivo de la naviera K-Star y patriarca de una de las familias de huesos verdes más destacadas del país, en un lugar donde no corrieran el riesgo de que un miembro de Montaña o de Sin Cumbre presenciara la conversación. El muelle de Puerto Verano donde estaba amarrado un yate privado era seguramente el lugar más seguro y neutral que se podía encontrar.

Ven Sando era muy aficionado a navegar y sacaba el Herencia, su yate de catorce metros de eslora, todos los sextodías por la mañana. Al amanecer ya estaban en el mar. A Ven Sando lo acompañaba Haku, su hijo mayor y puño de primer nivel del clan Montaña. Haku estaba al timón en la cabina del piloto; el patriarca Ven estaba apoyado en la barandilla con el bronceado rostro vuelto hacia el mar y el pelo canoso sacudido por el viento y el salpicar del oleaje, describiendo a sus invitados la potencia, la velocidad y la capacidad de combustible del Herencia, y cómo en una ocasión había pasado cuatro semanas navegando a lo largo de la costa de Tun. Shae escuchó con cortesía, aunque impaciente, mientras Ven les enseñaba el barco y resplandecía de orgullo cuando Hilo acariciaba con expresión elogiosa el mobiliario o alababa el minibar instalado detrás del timón.

Ven Haku condujo el barco hasta el extremo más lejano de la isla de Gosha y apagó el motor, dejando solo el sonido del oleaje que golpeaba con suavidad el casco y el lejano rumor de los aviones que despegaban y aterrizaban en el Aeropuerto Internacional de Yanlún. Una fina capa de bruma se extendía por la línea costera de la ciudad y difuminaba la luz matinal, pero por encima, el cielo de finales de otoño se veía azul y despejado salvo por las estelas de los aviones de guerra que iban y venían, con base en los portaaviones espenios anclados en la zona. Shae se estrechó el jersey para defenderse del frío.

—No es la primera vez que tengo a bordo a miembros de Sin Cumbre. —Ven Sando mostraba los modales alegres y dominantes de quien cree que se ha ganado merecidamente hasta el último

céntimo de su riqueza, y una barriga que indicaba que no veía ningún motivo para no disfrutarla. Les indicó con un gesto que fueran a la sala de estar del barco, y se instalaron con comodidad en las sillas blancas—. Hace unos ocho años conocí a Kaul Sen en una colecta para el Consejo de las Artes de Yanlún y lo invité, a él y a algunos más, a navegar en torno a Botón a la mañana siguiente. Vuestro abuelo era un hombre muy interesante, una compañía maravillosa. En aquella época, la relación entre nuestros clanes era mucho más cordial. Kaul Sen y Ayt Yu tenían sus diferencias, pero siempre se respetaron.

La sonrisa de Hilo se acercaba a su expresión abierta habitual, pero no acababa de llegar a los ojos.

—Espero que algún día nuestros clanes vuelvan a tener una relación amistosa. —Se sentó frente a Ven. Shae ocupó una silla un poco a la derecha y detrás de su hermano; Ven Haku hizo lo mismo respecto a su padre. Hilo paseó una mirada significativa por los asistentes a la reunión y cuanto los rodeaba—. Aquí estamos, Montaña y Sin Cumbre, así que diría que es un buen comienzo.

—Me gustaría estar de acuerdo contigo —dijo Ven con tono suave, apoyándose las manos en la barriga—, salvo que no soy el pedestal y no puedo hablar en nombre de mi clan. Y tampoco pueden los otros miembros de Montaña con los que has estado hablando. —Ven alzó las cejas en una cauta interrogación—. Da la impresión de que Sin Cumbre es un gallo que corteja a muchas gallinas.

Cuatro meses antes, después del debate en la mesa de la familia Kaul sobre los sucesores potenciales de Ayt, Shae había enviado un gran ramo de hibiscos y azucenas, símbolos de prosperidad y amistad, a las oficinas de Iwe Kalundo para felicitarlos a él y a su familia por ocupar el cargo de hombre del tiempo de Montaña.

Seis semanas después, al poco de regresar de Lybon, Hilo había visitado la academia Kaul Dushuron y se había reunido con el gran maestro Le. Aquella misma semana, Koben Ato, de nueve años, recibió una oferta de admisión y una beca completa para asistir a la academia, algo poco común y reservado para futuros estudiantes que hubieran demostrado un talento temprano inusitado.

El evidente intento de la academia de robar el nieto de Ayt Yu a la escuela del templo Wie Lon recibió la negativa tajante de la

familia Koben, pues habría sido una locura desertar de la escuela que alimentaba a Montaña y a la que había asistido toda la familia Ayt, por generoso que fuera el incentivo, y el ramo enviado a Iwe obtuvo como respuesta una simple nota cortés de agradecimiento, pero los dos actos cumplieron su propósito de llamar la atención de las familias Iwe y Koben y disparar las conjeturas sobre que Sin Cumbre estaba mirando más allá del pedestal actual de Montaña, hacia el siguiente. Hilo y Shae se habían ocupado de que Ven estuviera al corriente de aquellas jugadas antes de reunirse con él.

Hilo extendió las manos sin empacho alguno.

—Quiero tener buenas relaciones con cualquiera que dirija Montaña después de Ayt Madashi. Nuestros clanes han declarado la paz, pero no confío en que Ayt la mantenga. Estoy pensando en mi familia, por supuesto. Ayt susurró mi nombre y es la causante de que mi hermano esté muerto, así que no voy a dormir tranquilo hasta que se retire o la quite de en medio un sucesor digno.

—Ese es justo el problema —dijo Van con énfasis conspirador, inclinándose hacia delante—. Ayt no tiene ningún plan sucesorio. Se convirtió en pedestal asesinando al heredero por derecho, y ahora es demasiado mayor para tener hijos, incluso si encontrara a un hombre que se atreviera a casarse con ella. —El tono de Ven se acaloró—. Montaña no tendría que enfrentarse a este problema si nuestro pedestal fuera un hombre con una esposa que pudiera darle hijos. El clan necesita un linaje fuerte de huesos verdes en el que se pueda confiar durante generaciones. —Señaló a Hilo—. A vuestro favor, en Sin Cumbre lo tenéis. Nosotros, no. Nos está dirigiendo una mujer sin descendencia que persigue sus propias ambiciones; así de bajo ha caído el antes poderoso clan de la Lanza de Kekon.

Shae estaba asombrada. Incluso Hilo abrió un poco más los ojos. Ayt Mada era su enemiga, y Shae no habría dudado en describirla como alguien hambriento de poder, pero no esperaban oír a Ven hablar de su propio pedestal de una forma tan abiertamente irrespetuosa. La primera reacción de Shae fue desconfiar. ¿Ven estaba intentando congraciarse con ellos o era de verdad tan ingenuo?

Ven alzó las manos, como si intentara refrenar su propia diatriba.

—No me entendáis mal —se apresuró a decir, mirando a Shae de

reojo antes de devolver su atención a Hilo—. No tengo nada en contra de que las mujeres huesos verdes ocupen posiciones de responsabilidad en papeles de apoyo valiosos. Pero el pedestal es diferente. La columna vertebral del cuerpo, como decimos. Ayt ha cometido error tras error: permitir que los criminales vulgares usen jade y shine, provocar que nos salpique el escándalo público y meternos en una costosa guerra callejera que, si me perdonas por decirlo, la mayoría de la gente de Montaña pensaba que deberíamos haber ganado con facilidad. —Hizo un mohín—. Cuando planteo críticas válidas, debo añadir que desinteresadamente, se niega con testarudez a prestarles oídos. Mi propia vida podría estar en peligro si esa mujer se entera de que estoy hablando contigo.

A pesar de la última frase, Ven no parecía muy temeroso de expresar su oposición. Shae sospechó que la naviera

K-Star

era demasiado grande e importante para Montaña, y que la familia Ven era demasiado conocida y poderosa para que Ayt Mada pudiera susurrar sus nombres sin más y hacerlos desaparecer, por crítico que se mostrara Ven.

—Me alegro de que nos hayamos reunido,

Ven-jen

. Es evidente que eres la persona con la que debo hablar. —Hilo se recostó en la silla, girándose más directamente hacia Ven con un sutil cambio de postura. Pareció estirarse y relajarse, como si ya hubiera ocupado aquel asiento innumerables veces, y su voz adoptó el tono de camaradería satisfecha que se establece de inmediato entre dos nuevos amigos que acaban de descubrir que crecieron en la misma esquina. El cambio se produjo de forma tan suave y natural que Shae se descubrió sintiéndose como si, de repente, se hubiera convertido en un visitante indeseado sentado con incomodidad aparte de los tres hombres, quienes ahora poseían una familiaridad que no compartían unos segundos antes.

Hilo bajó la voz.

—Me alegro de saber que hay gente en Montaña que desea tanto como tú y yo que cambien las cosas,

Ven-jen

, pero hablando como alguien de fuera, tengo la impresión de que la familia Koben no tiene líderes fuertes, solo un chiquillo. No tengo

paciencia para esperar veinte años a que mejoren las cosas, y me doy cuenta de que tú tampoco eres muy complaciente. Por supuesto, sentía curiosidad por el nuevo hombre del tiempo, pero he preguntado por ahí y me han dicho que los Iwe siguen ciegamente a Ayt Mada.

—Eso es verdad. —Ven soltó un bufido—. Y también es verdad que en esa familia hay mucho sangrefloja.

—En estos tiempos inciertos —dijo Hilo con tono sombrío—, la colaboración entre los clanes es importante para el país. Por eso quería hablar contigo en privado, para ver si podíamos ayudarnos mutuamente. Todos conocen y respetan a la familia Ven, en los negocios y en las calles. El viejo dicho de «oro y jade no se mezclan» suena muy bien, pero ¿quién podría decir que no necesitamos las dos cosas para que nuestras familias sean fuertes de verdad? —Hilo clavó en el orondo magnate una mirada de estricta confianza—. Está claro que eres un hombre de principios, y quizá no desees cargarte con tanta responsabilidad, pero ya que el problema del clan Montaña afecta no solo a mi familia, sino a todo Kekon, creo que debo ser sincero. Sin Cumbre reconocería encantado el liderazgo de la familia Ven. No se me ocurre nadie más a quien quisiera ver sustituyendo a Ayt Mada.

El aura de jade de Ven emitió una pulso perceptible de satisfacción, pero Ven soltó un suspiro teatral y agitó una mano con vaguedad, descartando la idea como si se la hubieran planteado tantas veces que ya estuviera cansado de decepcionar a la gente. A Shae, aquel gesto le pareció tan afectado y prepotente que se vio obligada a ocultar una punzada de profunda antipatía.

—Me siento halagado,
Hilo-jen
—dijo Ven—, de verdad que sí, pero tengo que dirigir una empresa y, además, empiezo a ser viejo y no tardaré mucho en jubilarme. La gente siempre espera que el pedestal sea verde. —El único jade que portaba Ven era un pesado reloj de oro con la caja enjoyada—. Portar tanto jade… es para los jóvenes. Al clan le convendría más tener un líder que esté en la flor de la vida, que tenga la imagen correcta pero también el respaldo y los recursos familiares, además de un capital. Yo me conformo con ser simplemente la voz de la edad y la sabiduría entre bambalinas.

Shae miró tras Ven Sando, hacia el hijo de este. Se dio cuenta de que los ojos de Hilo también giraban en aquella dirección. Ven Haku tenía aproximadamente la misma edad que ellos, se decía que era un puño razonablemente bueno y era popular entre sus iguales y sus subordinados, en no poca medida gracias a que no tenía remilgos de presumir de la riqueza de la familia celebrando fiestas y recompensando a los que tenía a su cargo. Llevaba el pelo engominado hacia atrás, y el jade, al cuello, encastrado en una ancha cinta de cuero negro, como si fuera un collar de perro tachonado de gemas. Estaba repantingado con una expresión alerta pero algo desdeñosa, e incluso el zumbido bajo y constante de su aura de jade parecía emitir privilegio e insolencia. Durante un momento extraño y desconcertante, Ven Haku y su cara sin arrugas le recordaron a Shae al Hilo que había conocido seis o siete años antes.

Ven Sando pretendía colocar a su hijo como pedestal cuando Ayt Mada hubiera desaparecido. Hilo paseó la mirada entre el Ven joven y el viejo e inclinó la cabeza disimulando a medias una sonrisa.

—¿Un hijo obediente y un padre comprensivo trabajando juntos? Me parece que ningún clan ha sido nunca tan afortunado. —El aura de jade de Hilo, normalmente brillante y expresiva, zumbaba con tanta suavidad como un río caudaloso, sin revelar prácticamente nada—. Me gustaría colaborar con un cambio así. Pero Ayt Mada y yo nos sentamos juntos frente a los dos clanes y el público, y declaramos una tregua. No rompo mis promesas, ni siquiera las que hago a mis enemigos. Eso debe quedar claro antes de que sigamos hablando.

Ven Sando le dirigió una mirada calculadora.

—Nadie quiere otra guerra callejera entre clanes. Pero no habrías pedido que nos reuniéramos si no tuvieras algo que ofrecer además de los ánimos.

Hilo adoptó una actitud más dura, más formal, y habló más despacio.

—Ayt Mada jamás se retirará voluntariamente. Habrá que obligarla. Cuando actuéis contra ella, Sin Cumbre os ofrecerá su amistad y su completo apoyo contra aquellos que se resistan o que quieran aprovecharse de la transición cuando se produzca, y

siempre hay gente así. Esto no es poca cosa y no es una promesa que haga a la ligera. También hay quienes necesitan tener razones prácticas para aceptar a un nuevo líder. Mi hombre del tiempo puede hacer unas cuantas cosas para convencerlos.

La mención pilló por sorpresa a Shae durante un instante; había empezado a pensar con cierta irritación que Hilo se había olvidado de que estaba allí.

—La naviera K-Star es una de las empresas más grandes y rentables de Kekon, así que imagino que ya tendrás una gran influencia en Montaña —dijo a Ven, cargando un tanto el halago—. Aun así, algunos de tus seguidores potenciales pueden estar más animados si saben que habrá incentivos financieros. La influencia de Sin Cumbre en algunos sectores podría interesar a aquellos que normalmente no pueden aprovecharla. Incluso hay partes de nuestros negocios sobre las que podríamos negociar abiertamente ofertas de compra o asociación… si los clanes tuvieran una relación más amistosa. Por supuesto, espero que compartas con prudencia esta información.

Ven pareció considerar todas aquellas garantías antes de soltar un pesado suspiro, como si tomara una decisión difícil pero inevitable.

—Estamos hablando de algo que no será fácil conseguir. Ayt porta muchísimo jade y se rodea de aquellos que le son leales. Harán falta tiempo y planificación para conseguir la clase de cambio que queremos ver. Pero saber que tengo la promesa de tu amistad,

Kaul-jen

…, me llena de decisión para enderezar lo que está mal en Montaña, y para arreglar las cosas entre nuestros clanes.

Así que eso era: Ven reuniría en secreto apoyos para dar un golpe dentro del clan Montaña. Si tenía éxito, aquello tendría la consecuencia casi inevitable de la muerte de Ayt Mada y su círculo interno. Sin Cumbre respaldaría con discreción a los usurpadores mediante sobornos, pagos y concesiones financieras, además de, llegado el momento, el poder de sus puños y dedos para aplastar a los seguidores de Ayt. Después, la familia Ven controlaría Montaña, y habría una amistad auténtica y duradera entre los clanes, no la cínica tregua existente en aquel momento.

—Espero con impaciencia el futuro,
Ven-jen
—dijo Hilo.

Ven dio una palmada y puso fin a la reunión; se levantó, fue al minibar y llenó dos vasos de hoji.

—Sin duda ya lo sabes,
Kaul-jen
, pero en el clan Montaña tienes fama de sanguinario. Y se dice que tu encantadora hermana es una despiadada simpatizante de los espenios. Eso demuestra el tipo de mentiras que divulga la gente sobre sus enemigos. Puedo ver que eres íntegro y razonable, igual que tu abuelo; alguien con quien se puede trabajar. —Hilo y él bebieron para reconocer la nueva alianza.

Ven Sando les ofreció navegar un rato más e invitarlos a comer, pero Shae representó el papel de nerviosa asistente del pedestal y sugirió que regresaran antes de que en Sin Cumbre se empezaran a preocupar por su ausencia. Mientras el presidente de
K-Star
regalaba a los Kaul con unas cuantas historias de navegación más, intercaladas con anécdotas sobre la industria naval, Ven Haku puso al Herencia rumbo al muelle privado donde esperaban el coche y el chófer.

Cuando el pedestal y su hombre del tiempo estuvieron a solas en el vehículo en movimiento, Shae no pudo contenerse más.

—Ven Sando es el gañán más vanidoso e insufrible que he conocido nunca —exclamó.

—¿Lo sientes por Ayt? —Hilo sonrió de oreja a oreja y estiró las piernas hacia el asiento de ella, poniéndole los zapatos encima de los pies. Shae se lo sacudió de una patada, como si aún fueran niños peleándose por el espacio en el asiento trasero del coche del abuelo mientras Lan los reñía desde delante y les decía que se estuvieran quietos. Hilo pasó un brazo por los hombros de su hermana. Su humor había cambiado completamente respecto al más sombrío del viaje de ida, y la actitud suave y amigable que había mostrado en el barco había desaparecido; su sonrisa torcida era ahora intensa y feroz—. Ven y su hijo juntos no serán ni la mitad de pedestal que Ayt. Así ganaremos, Shae. El clan Montaña se destrozará él solo bajo los pies de Ayt.

Había momentos en que Shae se veía obligada a reconocer que quizá el abuelo habría apreciado más las cualidades de su segundo nieto si todavía hubiera una fuerza de ocupación shotariana que hiciera falta destruir.

—Pensaré de qué más formas podremos apoyar a la familia Ven —dijo.

# Capítulo 25
# Interceptación

Maik Kehn se afirmó en la cubierta de la lancha motora cuando esta aceleró, salpicando espuma blanca al saltar las olas creadas por la estela del carguero, y después se detuvo al fin junto a este, mucho más grande. A Kehn no le entusiasmaba navegar, y menos bajo aquella llovizna helada que le golpeaba la cara; habría preferido con mucho estar en las conocidas calles de Yanlún, las calles sucias y bulliciosas que gobernaba con sus huesos verdes. Pero en aquellos tiempos, los clanes necesitaban patrullar y proteger lugares mucho más allá de la ciudad: las montañas, las costas, incluso las aguas de cientos de kilómetros mar adentro. Kehn sospechaba que iba a ser el primer cuerno que asaltaba un barco en aguas internacionales, al menos dentro de su generación. Aquello formaba parte del trabajo, adaptarse a los movimientos del enemigo, y había aprendido de Hilo a dirigir siempre desde primera línea.

Juen, su primer puño, lanzó el garfio de abordaje, que voló sobre la barandilla del carguero y se enganchó, anclando así la lancha. A diferencia de lo que les ocurría a muchos hombres corpulentos, a Kehn no le costaba nada emplear la Ligereza; agarró la cuerda tensa, puso en ella los pies y subió corriendo hasta la mitad como un lagarto por una ramita. Los últimos metros que lo separaban de la cubierta del barco los cubrió de un salto y aterrizó en silencio, empuñando el cuchillo garra.

Dos hombres armados con pistolas corrían hacia la barandilla. Kehn se sorprendió al sentir auras de jade que chirriaban con hostilidad y alarma. Cuando los hombres lo vieron, se detuvieron y abrieron fuego. El cuerno saltó directamente hacia los guardias, lanzando dos Desviaciones gemelas que le abrieron el camino mientras saltaba y aterrizaba entre ellos. Agarró el cañón de la

pistola más cercana con la mano izquierda y se la arrancó al pistolero con un estallido de Fuerza, a la vez que empujaba hacia atrás al hombre de la derecha con una Desviación que lo envió patinando por la cubierta mojada de lluvia hasta estrellarse contra la pared metálica de un contenedor.

Kehn arrojó por la borda la pistola; su anterior propietario desenvainó dos durbh gemelos, los cuchillos de combate de hoja triangular típicos de las islas Uwiwa, y cargó contra el cuerno lanzando puñaladas rápidas y fieras. Kehn enganchó y controló la muñeca izquierda de su adversario con el cuchillo garra y atrapó la hoja que empuñaba en la derecha con su mano Acerada. El otro reaccionó instantáneamente: soltó el arma y hundió el puño en el plexo solar de Kehn con tanta Fuerza que el aire escapó de los pulmones de este con un gruñido de dolor.

Kehn notó en el aura de jade de su adversario que se estaba preparando para Canalizar un golpe mortal, y escudó todo el torso con Acero; el filo del durbh que sujetaba con la mano derecha cortó de repente la piel desprotegida. Kehn lo soltó y Canalizó antes que el otro un directo veloz, no letal, al corazón de su adversario; lo suficiente para conmocionarlo. Aferró la camisa del hombre y, con un grito, tiró de ella a la vez que se lanzaba hacia delante y le estampaba la frente en la cara, produciendo un sonoro crujido. El cuerno hundió el hombro en el pecho de su contrincante, levantó el cuerpo laxo y lo arrojó por encima de la barandilla. El hombre cayó a plomo en las aguas cubiertas de espuma blanca.

Kehn se volvió. Sus puños, Juen e Iyn, y dos dedos, Lott y Dudo, habían saltado a la cubierta justo detrás de él; Ton, otro dedo, se había quedado manejando la lancha. Iyn fue tras el otro guardia, que intentaba alejarse de ella arrastrando la pierna rota. Iyn desenvainó la espada luna, pero en ese momento Kehn la detuvo.

—Déjalo vivo por ahora. —Se le pasó por la cabeza que no debería haber lanzado al agua al otro; ahora, el jade de aquel hombre, por poco que fuera, estaba en el fondo del mar. Por lo menos quedaba el consuelo de que ya no lo portaría ni lo usaría deshonrosamente un perro mediohuesos a sueldo.

Recorrió la cubierta del barco entre muros de quince metros de alto formados por los contenedores rojos, naranjas y azules, uniformemente apilados como los bloques de construcción de su

sobrino. El carguero de trescientos metros de eslora era demasiado grande para que pudiera Percibir a la tripulación, pero sabía que sus puños y dedos se dividirían para explorarlo a conciencia; encontrarían y matarían a cualquier guardia barukano y reunirían a los tripulantes. Kehn se envolvió la mano con el dobladillo de la camisa e hizo presión para detener la hemorragia mientras se dirigía al puente de mando.

Veinte minutos más tarde, el capitán y sus oficiales estaban reunidos en el comedor del barco. El capitán Bamivu eya Kijdiva, según la placa de identificación, era un hombre de unos cuarenta años, con una barba anaranjada y rizada y grandes patillas. Ygutano, como varios de sus oficiales. La tripulación, que habían reunido en la cantina, la formaban principalmente uwiwanos. Aunque Kijdiva actuaba con una calma admirable, tenía la frente perlada de sudor y Kehn podía Percibir que el pulso le latía mucho más deprisa de lo normal. Era evidente que no sabía nada de huesos verdes y creía que los que habían atacado el barco eran piratas que podrían robar el cargamento o hacer daño a la tripulación.

—No te preocupes, nadie saldrá herido —dijo Kehn. El capitán no lo entendió o no se quedó muy convencido—. ¿Hablas otros idiomas? —preguntó Kehn—. ¿Uwiwano? ¿Espenio?

El capitán hablaba un espenio pasable, lo que fue una suerte porque Lott también lo hablaba decentemente, ya que lo había estudiado en la academia. Aquello parecía estar de moda últimamente; con todos los extranjeros y los negocios de otros países que había en Yanlún, era útil, incluso para los dedos, conocer otros idiomas aparte del kekonés. Kehn le pidió a Lott que hiciera de intérprete.

—Dile que queremos ver el registro del barco y el manifiesto de carga.

Después de algún tira y afloja, bajaron del puente los documentos solicitados. El buque mercante Orgullo Amárico, propiedad de una naviera ygutana y gestionado por esta, pero registrado en la islas Uwiwa, había zarpado de Tialuhiya dos días antes con destino a la ciudad portuaria de Bursvik, en el norte de Ygutan. Normalmente, las embarcaciones con destino a Ygutan rodeaban Shotar por el sur y cruzaban el golfo de Origas, pero las aguas cercanas a Urtoko eran en aquel momento una zona

conflictiva atestada de barcos de guerra shotarianos, espenios e ygutanos.

Kehn frunció el ceño mientras hojeaba el manifiesto. El carguero transportaba cerca de veinte mil toneladas: ropa, objetos de consumo, fruta en conserva… No había forma de poder examinarlo todo. El capitán hizo una pregunta.

—Quiere saber si hemos matado a los cuatro guardias —tradujo Lott.

Juen y los otros habían encontrado a otros dos barukanos mientras se hacían con el barco.

—Esos hombres trabajaban para un contrabandista de las islas Uwiwa —dijo Kehn, sin responder a la pregunta—. ¿Sabes qué estaban vigilando?

El capitán tragó saliva.

—No pregunté —dijo a través de Lott—. Me pagaron el pasaje. Es normal llevar de cuatro a diez pasajeros a bordo. No sé qué hay en los contenedores; nunca lo miro. Simplemente los transporto.

Kehn dejó Juen vigilando al capitán y a los oficiales y salió a cubierta con Lott. El cielo aún dejaba caer una lluvia ligera e intermitente, pero ya había salido el sol. El barukano a quien Iyn había dejado con vida estaba atado a la barandilla, con una pierna doblada en un ángulo antinatural y la cara amarillenta. Iyn le había quitado el jade. La puño, apoyada en un contenedor cercano, soltaba suspiros de decepción mientras desmontaba el collar y arrojaba al mar las piezas de nefrita; solo había encontrado dos piedras de jade auténtico. Los puños primerizos como Iyn siempre estaban ansiosos por poner a prueba su valía, y competían con sus iguales por ganar más jade, territorio, responsabilidades y dedos a los que comandar. Kehn tomó nota mental de darle cuanto antes otra oportunidad de ganar jade. Se había dado cuenta de que el grueso de la tarea del cuerno consistía en manejar a la gente y, aunque no estaba dotado por naturaleza de la efusividad y el magnetismo personales de su predecesor, siempre intentaba prestar atención a quienes estaban a sus órdenes y ser estricto pero justo en sus decisiones. Después de dos años agotadores de aquel trabajo, había ido ganando confianza en su liderazgo y sabía que sus guerreros lo respetaban.

Se colocó delante del barukano herido.

—¿Hablas kekonés? —preguntó. Cuando el hombre asintió, el cuerno fue directo al grano—: ¿Qué contenedor es?

—No lo sé. Zapunyo no me paga para saber cosas. Mátame y acabemos.

—No te voy a matar —dijo Kehn—. Tienes la pierna rota, pero es una fractura limpia; si le pido al médico del barco que venga y te la arregle, te curarás y podrás volver a andar. Por otra parte, también puedo decirles a Lott y a Iyn que te conviertan los huesos en astillas, y también los de la otra pierna, y después dejarte lisiado en las islas Uwiwa; entonces verás de cuánto le sirves a Zapunyo.

El poco color que quedaba en la cara del herido desapareció.

—Si te digo algo, soy hombre muerto. ¿Sabes qué les hace Zapunyo a los que le roban o se van de la lengua? ¿A los que rompen el silencio de Ti Pasuiga? —Los dientes empezaron a castañetearle cuando el viento le heló la ropa y la piel empapada de sudor—. Primero les corta los pies; luego, las manos, y al final, la cabeza, y entierra cada trozo en un sitio diferente para que no puedan estar enteros ni siquiera en el más allá.

—Eso es porque es un animal —dijo Kehn—. Te podemos poner a salvo de Zapunyo. ¿Cómo crees que habríamos sabido de este cargamento, si no fuera porque tenemos ya informantes a los que protegemos? Además, los espenios nos apoyan; están en guerra y quieren acabar con el contrabando, para evitar que sus enemigos se hagan más fuertes. ¿Quieres emprender una nueva vida lejos del alcance de Zapunyo? ¿O prefieres la otra opción? Voy a fumarme un cigarro mientras te lo piensas.

Kehn se alejó unos pasos y, en efecto, se encendió un cigarrillo y desapareció de la vista de los otros para disfrutarlo. Tras él oyó hablar a Iyn.

—Me siento tentada de romperte la otra pierna solo porque le estás haciendo perder el tiempo a

Maik-jen

. Tiene paciencia, pero no le gusta hablar mucho, así que está siendo extrageneroso contigo. Y tú no te lo estás tomando en serio, follaperros barukano.

—Iyn-jen, no hace falta insultarlo en su estado —dijo Lott. Se dirigió al otro con tono preocupado y añadió—: Personalmente, espero que decidas colaborar. No sé qué lealtad le debes a Zapunyo,

ni si compensa este sufrimiento; la verdad es que no me apetece ponerte las cosas más difíciles, aunque, por supuesto, lo haré si hace falta. —Dijo lo último con la combinación justa de lástima, racionalidad y fría certeza. Kehn soltó para sí un gruñido de satisfacción; Lott Jin no había tenido muy buenos comienzos como dedo, pero siguiendo las instrucciones de Hilo, Kehn lo había colocado bajo la tutela de buenos mentores, y el joven había progresado mucho y mejorado un montón su actitud.

Mientras Kehn esperaba, dándole unos minutos más al prisionero, meditó sobre cómo proponerle matrimonio a Lina. Sabía que aceptaría, pues ya habían hablado del tema. Era el momento adecuado; él era el hijo mayor y esperaba no tardar en tener hijos propios. Al ser de carácter reservado, por su parte preferiría una boda pequeña y sencilla, pero sabía que no sería posible; la boda del cuerno sería un acontecimiento para el clan. Todas las consideraciones políticas y las vueltas de la fortuna que afectaban a la familia Kaul afectaban también a los Maik.

Cuando acabó el cigarrillo, volvió y exigió una respuesta. Temblando con violencia y con su espíritu ya completamente derrotado, el barukano les indicó el contenedor que le habían ordenado proteger. Costaba creer que los barukanos fueran de sangre kekonesa, pensó Kehn, porque poseían una voluntad débil, pero eso era una consecuencia natural de haber nacido y decaído en una tierra de cobardes como Shotar.

Kehn llamó al médico del barco y le pidió que atendiera al herido. Llevaron a varios miembros de la tripulación para que manejaran la grúa del barco y descargaran de la pila el contenedor de seis metros azul de acero corrugado. Cuando lo abrieron en cubierta, vio que estaba lleno de cajas de cartón. Las primeras que examinaron contenían cientos de prendas en envoltorios individuales de plástico (pantalones de chándal, camisetas, trajes de baño), salidas directamente de las fábricas textiles de las islas Uwiwa. Entonces Iyn se fijó en que algunas cajas tenían un código de barras adicional a un lado. Kehn abrió una y sacó una blusa con pequeños botones verdes. Eran de jade, y la blusa, falsa; ni siquiera se desabrochaba por delante. La caja entera estaba llena de jade camuflado como adornos. Ocultas entre capas de tela y mezcladas con toda esa ropa, las gemas superarían con facilidad cualquier

inspección poco atenta y seguirían su viaje hasta algún minorista ficticio de Ygutan, que recogería una fortuna en jade.

—Ese uwiwano es un perro listo —reconoció Kehn con un gruñido, rodeado de un barullo de cajas, plástico y tela. Dejó a los huesos verdes a cargo de la búsqueda y se dirigió al puente, donde ordenó al capitán que cambiara el rumbo; el barco mercante Orgullo Amárico amarraría en Puerto Verano, en Yanlún.

# Capítulo 26
# Definir expectativas

La noticia apareció sin muchos detalles en los periódicos ygutanos y no se mencionó fuera de las fronteras, pero según la traducción de los artículos que sus contactos en Ygutan habían enviado a Shae, la semana anterior se habían producido varios bombardeos dirigidos que habían destruido fábricas de productos químicos cerca de Dramsk, Nitiyu y Bursvik. El comisariado de Ygutan culpaba de los ataques a grupos de lealistas shotarianos de Urtoko, respaldados por el gobierno espenio. Los artículos no indicaban quién poseía o gestionaba los fábricas, ni qué estaban fabricando que las convirtiera en objetivos de sabotaje, pero Shae ya lo sabía. Los espenios no ofrecerían pagar por algo si no planearan usarlo; Shae se había reunido con el embajador Mendoff y el coronel Deiller en el club Linterna Blanca ocho meses antes, y ahora las lucrativas fábricas de shine de Montaña habían quedado destruidas.

Ayt Mada debía de estar furiosa. Una sonrisa de satisfacción se abrió camino en la cara de Shae, donde se mantuvo unos instantes antes de desaparecer. Sin Cumbre no había actuado directamente contra las operaciones de Montaña, pero sin duda Ayt deduciría quién había vendido la información a los espenios. Shae no lamentó ni un instante lo que había hecho: había asestado a Montaña un golpe económico imponente sin poner en peligro vidas ni negocios de Sin Cumbre, evitado que una gran cantidad de la droga venenosa que había matado a Lan pudiera llegar jamás al mercado negro y reforzando la alianza con los espenios sin ceder a sus demandas de más jade. Era precisamente el tipo de victoria mediante la astucia que habría enorgullecido a su abuelo. El único problema era que Ayt tomaría represalias, no cabía duda. Shae no sabía cuándo ni cómo, pero Montaña encontraría la forma.

Telefoneó a Woon al despacho y le pidió que organizara otra reunión con el coronel Leland Deiller: «Dile que tengo más información de interés militar».

Shae tenía a Woon sentado ante su mesa. Después de que intentara dimitir como jefe de personal habían transcurrido varias semanas de incomodidad silenciosa entre los dos, pero ya se había ido disipando bajo las necesidades insistentes de su relación laboral. Shae se alegraba de que Woon pareciera de nuevo cómodo a su lado. Agradecía que aún siguieran siendo amigos, incluso a pesar de que las cosas no eran igual que antes.

—El descubrimiento de Maik Kehn del jade de contrabando enviado de las islas Uwiwa a Ygutan en barcos mercantes —dedujo Woon—. Crees que, si les pasamos esa información a los espenios, pondrán fin al tráfico, igual que han destruido las fábricas de shine de Ygutan.

—Kehn y sus puños tuvieron suerte al recibir un soplo sobre aquel barco, pero es imposible que puedan patrullar todo el mar occidental de Tun. Los espenios pueden, y lo harán —dijo Shae—. Aunque contamos con informantes y agentes en las islas Uwiwa, no tenemos mucho poder allí; menos aún desde que Hilo provocó un baño de sangre público. Espenia, por otro lado, proporciona el grueso de la ayuda extranjera que recibe el país; son los únicos que pueden obligar al gobierno uwiwano a desmantelar las actividades de Zapunyo.

Woon asintió.

—Conseguiremos que nos resuelvan los problemas.

—Dejando a un lado la retórica nacionalista de Ayt Mada, tenemos intereses comunes con la república de Espenia —dijo Shae —. No queremos jade y shine en el mercado negro, y ellos tampoco.

—Porque quieren quedárselo todo —dijo Woon—. Debes tener cuidado,

Shae-jen

. Trabajar con los espenios es como dormir con un tigre; parece buena idea hasta que el tigre tiene hambre, y los espenios no son sutiles. Ahora mismo hay más de cien mil en la isla de Euman, y estamos recibiendo quejas de linternas sobre los problemas que causan en casinos y burdeles los soldados espenios de permiso en Yanlún. Las noticias informan de un aumento de las bajas civiles en

Urtoko, y el mundo echa la culpa a la intervención espenia. Teniendo en cuenta la opinión pública en este momento, no queremos que Sin Cumbre parezca llevarse demasiado bien con los extranjeros.

Shae no podía discrepar, y menos teniendo en cuenta que conocía gente, dentro y fuera del clan, que ya la consideraba espeniófila por haber estudiado allí. Entretanto, Ayt Mada estaba capitalizando la guerra de Urtoko; al condenar a los extranjeros en general y a los espenios en particular, aumentaban su fama y su popularidad.

Shae podía entender que la gente se sintiera tentada de aceptar los argumentos beligerantes de Ayt, pero no estaba de acuerdo. Los sentimientos calculados de Ayt llevaban a un camino bien conocido de aislacionismo etnocéntrico. Kekon lo había seguido en los siglos pasados, pero no podía volver a él con la tecnología moderna, el comercio internacional y gente como Maro.

—Haces bien al ser cauto,
Papi-jen
—le dijo a su ayudante—, pero me animaste a abrir más puertas a nuestros linternas, y esas puertas están en Espenia.

—Eso tiene sentido —dijo Woon despacio—, pero cuantos más lazos tengamos con ese país, más presión podrá ejercer sobre nosotros. Pueden recurrir a ella más adelante, de formas que aún no conocemos y que pueden costarnos mucho. Y ¿cómo sabes que los extranjeros cumplirán su parte? Mendoff y Deiller no han hecho todavía nada de lo que les pediste en el club Linterna Blanca.

—Justo por eso estoy doblando la apuesta —dijo Shae—. Los espenios atesoran su reputación de hombres de negocios directos y honrados, y consideran defectos morales la pobreza y las deudas de honor. Si les hago otro regalo antes de que me hayan pagado por el primero, se sentirán incómodos. Eso los motivará a subsanar el desequilibrio cuanto antes.

—Organizaré la reunión,
Shae-jen
—dijo Woon mientras se levantaba para marcharse—, pero la mantendré en secreto. No todo el clan está de acuerdo con nosotros.
Aquella noche, Shae invitó a Maro, Hilo y Wen a cenar a su casa. Se había planteado invitar a Maro a una comida familiar en la mansión

Kaul, pero quizá una reunión de la familia entera, con los niños y los Maik incluidos, sería demasiado de golpe. Además, la mansión principal era la residencia del pedestal, y pensó que podría dar una impresión incorrecta sobre la naturaleza de aquella reunión. Descartó celebrarla en un restaurante, donde la gente podría verlos y empezar a hacer conjeturas sobre cuándo se casaría y tendría hijos la nieta de la Antorcha.

Shae nunca se había aplicado en serio a la tarea de cocinar, pero con la ayuda de Kyanla preparó lo que le pareció una comida presentable: ensalada de rábanos encurtidos, sopa de huevo con jengibre y asado de pollo escarlata con salsa picante. Le dijo a Hilo que fuera un cuarto de hora antes que Maro, porque quería hablar primero con él y dejar unas cuantas cosas claras.

—No traigo a mi novio a casa para que le pases revista —le dijo cuando Wen y él llegaron y Wen se fue al comedor a ayudar a Kyanla a poner la mesa—. Maro parece creer que como no porta mucho jade y no es miembro del clan, me da reparo que conozca a mi familia. Eso no es verdad; hace tiempo que quería que lo conocierais, pero nunca ha sido buen momento con lo liados que hemos estado: él, de viaje; nosotros, ocupados, y ahora tenemos que atender a Niko y a Ru. Por fin tenemos la oportunidad, pero métete en la cabeza que esto es solo una cena.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —dijo Hilo, con una sonrisa burlona que irritó a Shae porque no estaba nerviosa; solo quería fijar las expectativas—. ¿Crees que voy a someterlo a un interrogatorio? ¿O a retarlo a una pelea? Wen y yo estamos encantados de tener una excusa para escaparnos de los críos un par de horas.

Los dedos que montaban guardia en la entrada de la hacienda Kaul habían recibido instrucciones de dejar pasar al novio de Shae cuando llegara. Maro apareció luciendo una camisa nueva bajo la chaqueta de ante, y con una botella de hoji de primera calidad. Dio a Shae un casto beso en la mejilla y saludó a Hilo con una inclinación profunda para mostrar el respeto adecuado.

—Kaul-jen…

A Shae le molestó más de lo que esperaba ver a Maro exhibiendo tanta deferencia hacia su hermano.

—Shae me ha dicho que eres profesor, así que debería llamarte

doctor Tau —dijo Hilo con una sonrisa—, pero aquí todos somos amigos, así que dejaré de lado las formalidades si tú haces lo mismo. —Aceptó y admiró el regalo, evitando con tacto mencionar que la destilería Belleza Perversa era propiedad de un antiguo puño suyo y, por tanto, la familia Kaul podía conseguir todo el hoji de esa marca que quisiera; le puso a Maro una mano en el hombro y lo llevó adentro de la casa para presentarle a Wen.

La cena fue más relajada de lo que Shae había previsto. La comida estaba buena; de hecho, bastante buena, sin duda alguna gracias a la ayuda de Kyanla. Hilo se comportaba con toda la cordialidad y el encanto de los que era capaz cuando quería, y Shae agradeció la presencia de su cuñada, ya que mantuvo el flujo de la conversación preguntándole a Maro cortésmente por su trabajo de profesor y sus artículos sobre las relaciones poscoloniales entre Kekon y Shotar. Maro había vuelto hacía poco de un viaje de dos semanas a la ciudad de Leyoo, donde había pronunciado unas cuantas conferencias como profesor invitado en la Universidad Imperial y dirigido algunas investigaciones en el archivo nacional. Shae sabía que sus frecuentes viajes de trabajo también eran oportunidades clandestinas para visitar a su familia shotariana.

El único momento verdaderamente incómodo de la noche se produjo por accidente, cuando Wen le preguntó a Maro, con interés auténtico:

—Maro-jen, ya que eres un asesor respetado del Consejo Real, ¿te has planteado alguna vez meterte en política?

Maro bebió un trago de hoji antes de responder.

—Se me ha pasado por la cabeza —reconoció. La antigua prohibición de que los huesos verdes ocuparan cargos políticos significaba que tendría que entregar voluntariamente su jade para aspirar a entrar en el Consejo Real, una condición que disuadía de cualquier aspiración política a la inmensa mayoría de los licenciados de la academia—. Disfruto con la enseñanza y la investigación, pero también me gustaría poder hacer algo en la política nacional.

—Maro ha estado dedicándose a tareas benéficas, atendiendo cuestiones humanitarias relacionadas con la guerra de Urtoko —comentó Shae.

—Eso es admirable —dijo Wen a Maro con una sonrisa—. Y que

hables kekonés, espenio y shotariano debe de ser una ventaja considerable en tu profesión.

Hilo rellenó el vaso de hoji de su invitado y dijo animadamente:

—El canciller Son se jubila el año que viene; nos vendría bien otro consejero de Sin Cumbre en el Salón de la Sabiduría.

Maro no respondió de inmediato; se frotó la nuca, incómodo.

—No tengo planes de presentarme a un cargo público a corto plazo, pero si los tuviera, iría como independiente. —Miró a Shae y luego al pedestal—. Sé que sería más difícil ganar sin el respaldo de alguno de los clanes principales, pero no soy un linterna que abone tributo y no vengo de una familia establecida de huesos verdes. No me sentiría cómodo aceptando el apoyo del clan y dando la impresión de que mi relación con Shae está motivada por las posibles ventajas políticas. —Puso una mano en el brazo de Shae, pero siguió dirigiéndose a Hilo—. Sin embargo, el motivo principal es que considero importante que haya en el gobierno más voces que no estén afiliadas a un clan.

Hilo alzó las cejas de forma casi imperceptible. Shae hizo saltar la mirada entre su hermano y su novio. El contraste entre Hilo y Maro era muy acusado. Hilo estaba sentado relajadamente, con un codo apoyado en la mesa y ocupando el espacio con su despreocupación habitual. Maro estaba erguido y atento; parecía mayor y más cansado, más circunspecto en su postura y su forma de hablar.

—A los independientes se los puede comprar o intimidar —dijo Hilo con un tono perfectamente neutro—. ¿Tenerlos en el Consejo Real representa de verdad alguna diferencia?

—Si fueran suficientes, podría ser —insistió Maro—. Hay cosas que los clanes aceptan como sagradas y que quizá deberían examinarse con más atención, ver hasta qué punto sirven de verdad a la sociedad. La prohibición del
SN1
, los duelos de hoja limpia, la Alianza del Jade de Kekon…

Wen intentó impedir la colisión inminente.

—Hilo se queja a menudo de todo lo que tiene que leer para ir a las reuniones de la
AJK
—dijo con tono animado—, y de lo lentas y aburridas que son.

—También son ineficaces desde el punto de vista económico —siguió Maro, desaprovechando la salida conversacional que Wen le acababa de ofrecer—. Hay argumentos para plantear que el jade debería tratarse como cualquier otro recurso, con la oferta y la demanda dictadas por el mercado abierto.

Hilo bufó.

—Entonces los extranjeros intentarían comprar hasta el último guijarro.

—¿Eso es objetivamente malo? —preguntó Maro, como si estuviera poniendo a prueba el argumento de un estudiante—. La AJK limita la oferta mundial de jade, lo cual infla los precios de forma artificial y desvía el capital hacia el mercado ilegal secundario en vez de añadirlo a nuestro PIB. Ahora que existe el SN1, nos dirigimos con rapidez a una época en la que el jade será cada vez menos exclusivo de los kekoneses. —Cuando Maro entraba en calor con un tema, hablaba más deprisa y su voz adquiría el tono de una discurso académico—. Nuestra economía se está desarrollando y diversificando; tenemos otras industrias y recursos. Las exportaciones que crecen más deprisa son los objetos manufacturados, los textiles y los metales. Entonces, ¿por qué seguimos tratando el jade como si fuera más importante que lo demás, como algo que debe regular un cártel nacional y defenderse con violencia? Solo por nuestros profundos sesgos históricos y religiosos.

Hilo lo miró de una forma extraña. A diferencia de Shae, no estaba habituado a la costumbre de Maro de desafiar creencias aceptadas para suscitar el debate. Durante un momento, Shae pudo sentir que su hermano estaba evaluando fríamente a Maro: ¿qué clase de huesos verdes, qué clase de kekonés, se pondría a devaluar el jade y todo lo que representa, nada menos que ante el pedestal de un clan?

—A Maro se le da bien hacer de abogado del diablo —dijo Shae con rapidez y firmeza, poniendo una mano en el brazo de Maro con cariño y a la vez para contenerlo—. Por eso lo consideran tan buen

profesor: siempre está poniendo en tela de juicio las ideas de sus alumnos. Podría convencerte de que un gato negro es blanco, o uno blanco, negro.

Hilo les sonrió.

—Eso no cambia el color del gato.

La actitud de Maro perdió un poco de confianza. Shae vio por el rabillo del ojo que se ruborizaba. Había olvidado lo deprisa que se las apañaba Hilo para poner en su sitio a otros con una mirada o una palabra, incluso sin intentarlo, y en ese instante estaba furiosa con él. Puede que los eruditos fueran respetados, pero los padres kekoneses rezaban por tener al menos un hijo que aportara honor a la familia como guerrero huesos verdes. Todos los títulos de Maro eran papel mojado al lado del jade de un hombre como Kaul Hilo, y, durante un instante fugaz, Shae pudo ver el recordatorio de aquel hecho en la expresión inflexible de su hermano.

Maro forzó una sonrisa.

—Me temo que discuto demasiado, incluso fuera de las aulas. Shae tiene paciencia conmigo, pero a veces tengo que recordar que no a todos les hace la misma gracia.

Hilo percibió la incomodidad del hombre y la ira de Shae, y cambió su actitud de inmediato; descartó con un gesto de la mano la explicación de Maro y soltó una risilla.

—¿Paciencia, Shae? —dijo—. Eso aún tengo que verlo. Creo que le sacas el lado bueno. —Se inclinó hacia delante y le dio a Maro una palmada amistosa en el hombro—. No te tomes lo que he dicho como una crítica; nunca he tenido muchas aguantaderas con la política, pero estoy seguro de que tendrías éxito en ella de cualquier modo, y me alegro de que mi hermana haya encontrado a alguien que está a su altura en cerebro y en las opiniones firmes.

—¿Tenéis algún plan para el Día del Barco? —intervino Wen—. Vamos a llevar a los niños al puerto para ver el hundimiento. Hace años que no lo vemos.

La tensión del momento se disipó y la conversación regresó a terrenos menos escabrosos mientras terminaban de comer y se acomodaban para disfrutar el té. Maro se despidió con elegancia antes de que se hiciera muy tarde. Volvió a inclinarse ante Hilo, de manera más informal esta vez, y le dio las gracias por pasar aquella velada en su compañía. En la puerta se volvió hacia Shae con una

expresión de alivio y arrepentimiento, como diciendo: «Bueno, no ha estado tan mal. Hemos sobrevivido, ¿no?», y luego la besó en los labios.

—¿Nos veremos pronto? —preguntó en voz baja.

—Pronto, sí —prometió ella.

Wen dijo que tenía que volver a casa para dar el pecho a Ru y acostarlo, pero le dijo a su marido que no hacía falta que se apresurara.

—Tomemos el té la semana que viene si tienes tiempo, hermana —le dijo a Shae al salir, dándole un abrazo—. Lo mejor sería el cuartodía o el quintodía; el segundodía tengo una clase y el tercerdía iré a la casa de baños. Hace semanas que no me doy un masaje.

—Podemos construirte una piscina o una sauna aquí —dijo Hilo —. Te ahorraría los viajes.

—Ocuparía mucho sitio —dijo Wen—. Y me gusta salir de vez en cuando. —Los niños ocupaban la mayor parte del tiempo y la atención de Wen, pero aún controlaba a un puñado de informantes que de vez en cuando acudían al Resplandor Celestial para que el resultado de sus indagaciones llegara hasta Sin Cumbre.

—El próximo quintodía, pues —dijo Shae—. Te llamaré cuando vuelva del trabajo.

Cuando Wen se marchó, Hilo ayudó a llevar los platos al fregadero y luego salió al patio y encendió un cigarrillo. Shae lo siguió y se sentó a su lado.

—Ha estado bien la cena, Shae —dijo Hilo. Shae estaba a punto de darle las gracias cuando él añadió—: Es un poco raro, pero me cae bien. Al menos es kekonés.

La respuesta de Shae adoptó un tono indignado.

—¿Qué te he dicho antes de cenar? No he invitado a Maro para obtener tu aprobación.

—No me grites. —Hilo se giró hacia ella con el ceño fruncido—. Me has invitado a que viniera a conocer a tu novio, y he venido encantado. Querías que no le apretara demasiado las tuercas, que no me lo tomara como algo importantísimo, y eso he hecho. Ya te he dicho que la cena ha estado bien; Wen y yo lo hemos pasado bien. Pero si me presentas a alguien, ¿esperas que no diga ni una palabra?

Aunque Hilo no conocía el auténtico linaje de Maro, Shae estaba indignada en su nombre.

—¿«Al menos es kekonés»? ¿Qué significa eso?

—Exactamente lo que he dicho; eso es todo —espetó Hilo. Apagó la colilla con más fuerza de la necesaria—. Quizá no haya sido la mejor forma de expresarlo —reconoció a regañadientes—. Lo único que digo es que me alegro de que no volvamos a tener un problema, como en el pasado. Maro es demasiado idealista, pero parece tener buen corazón. No es ni de lejos tan verde como tú, pero pocos hombres lo son, así que no es una sorpresa. Lo único importante es que te haga feliz. ¿Lo quieres?

La pregunta repentina pilló a Shae con la guardia baja. El contraste entre la franqueza de Hilo y su actitud razonable hizo que se sintiera insegura.

—Creo que sí —contestó, casi sin pensar.

—Si no estás segura de estar enamorada, es que no lo estás —dijo Hilo.

Por supuesto: era propio de Hilo decir algo así. Shae sabía con certeza que adoraba el tiempo que pasaba en compañía de Maro, las largas conversaciones, la calidez de su cuerpo en la cama, al lado, su forma de ser, diametralmente opuesta a Sin Cumbre: pacífico, considerado, de mente abierta. Cuando estaba con él, se sentía valorada y atractiva. Podía imaginar un futuro desplegándose ente ellos. Pero desde lo de Jerald había tenido mucho cuidado.

—Creo que vamos hacia ahí —dijo Shae—. Me gustaría que pudiéramos pasar más tiempo juntos. El clan no deja espacio para mucho más.

Su hermano relajó la postura.

—Lo sé —dijo, y se frotó los ojos cansados.

Al mirarlo, Shae perdió parte del enfado y no pudo evitar sentir una punzada de simpatía. Hilo era el pedestal más aplicado que hubiera visto el mundo. Todavía dejaba en manos del hombre del tiempo la mayor parte de los asuntos comerciales y políticos, pero lo había visto sentado por las noches a la mesa de la cocina, abriéndose camino entre los informes y subrayando los puntos sobre los que le preguntaría luego. Asistía con diligencia a las reuniones que ella organizaba con ejecutivos de empresa y consejeros, compensando su falta de experiencia y conocimiento de los

negocios con la fuerza innegable de su presencia. Aunque poco a poco había dado mucha más autonomía a Kehn, seguía yendo a las calles y hablaba con los puños y los dedos; se reunía con los linternas y revisaba todos los aspectos de las actividades militares de Sin Cumbre, que se habían modificado y crecido hasta incluir patrullas en lancha y operaciones de vigilancia en la selva montañosa.

Ayt Mada podía invocar respeto como líder con su desenvoltura en público y su retórica ingeniosa. Hilo no podía imitarla ahí, pero dirigía el extenso clan Sin Cumbre de la misma manera que había construido su base de seguidores como cuerno: mediante miles de conversaciones e interacciones personales, laboriosamente llevadas a cabo una a una. Era una forma eficaz pero agotadora de ser pedestal. Y ahora tenía dos niños pequeños que le consumían el resto de la energía.

—No tengo ningún problema con Maro —dijo Hilo—, pero no quiero secretos ni sorpresas. Si lo vuestro se pone serio, si quieres casarte con él y traerlo a la familia, tienes que decírmelo. Tienes que pedírmelo como es debido.

—¿Porque eres mi hermano mayor? —dijo Shae sonriendo.

—Sí —respondió él, con un deje de enfado y una mirada que decía que Shae se estaba haciendo la difícil—. Soy el pedestal. No puedes hacer algo que afecte al clan entero sin el permiso del pedestal. Yo le pedí permiso a Lan para casarme con Wen.

—¿Y si hubiera dicho que no?

—No lo dijo. ¿Por qué iba a negarse? —El aura de Hilo estaba crepitando de indignación—. ¿Crees que porque seas mi hermana y el hombre del tiempo no se te aplican las reglas? Kehn acudió a mí como es debido. Woon, también. Por supuesto que les dije que sí a los dos.

Shae parpadeó.

—¿Woon… te preguntó si…?

Hilo se volvió hacia ella.

—¿No lo sabías? —Le dirigió una mirada extraña, casi compasiva—. Poco después de Año Nuevo. Vino a verme acompañado de su novia. No llevaban mucho tiempo juntos; cuatro o cinco meses, quizá. Pero sus familias se conocían, y ellos parecían felices juntos. Todo lo feliz que Woon puede parecer, vamos. Con él,

cuesta estar seguro.

Año Nuevo había sido hacía ocho semanas. Shae había estado hablando con Woon en su despacho aquella misma tarde.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó, más para sí misma que para Hilo.

—Probablemente planeaba decírtelo y se le olvidó —dijo Hilo, aunque Shae estaba segura de que su hermano no creía que esa fuera la razón. Woon no se olvidaba de nada—. Somos Kaul; todas nuestras decisiones son decisiones del clan, incluso las que parecen personales —prosiguió Hilo—. ¿Crees que no sabía que la gente iba a hablar de los Maik y de que Wen es una ojos de piedra? Por supuesto que lo sabía. Les di a Kehn y a Tar todas las oportunidades que pude para que consiguieran verde y demostraran su valía ante el clan. Conseguí la aprobación de Lan para casarme con Wen. Tú tienes que hacer lo mismo con Maro, porque él no va a tener fuerza en Sin Cumbre. Es una persona agradable, pero no está hecho para el clan. Estoy seguro de que llegará lejos en su mundo, y tendrá una buena vida si está contigo, pero no se quedará en la mesa después de cenar cuando hablemos de los asuntos del clan. Jamás. Tiene que saberlo si entra. Cuando acudas a mí, en caso de que eso ocurra, me veré obligado a tener esa conversación con él. Creo que ya sabe de qué forma le afecta, así que no creo que sea un problema. Pero estamos adelantando acontecimientos; lo de hoy ha sido solo una cena, como bien dices, así que vamos a dejarlo correr por ahora.

—Dejémoslo correr, sí. —Shae oyó que su voz sonaba amarga y un poco aturdida. Quería estar furiosa con Hilo, más por instinto que por otra cosa, pero todo lo que había dicho era verdad.

Hilo bostezó.

—Debería irme. Ru me va a despertar antes de que amanezca. —Paseó la mirada por el jardín—. ¿Cómo está Andy?

La pregunta fue tan inesperada que Shae no tuvo respuesta al principio. Su primo llevaba más de un año en Espenia, y en todo ese tiempo, Hilo no había preguntado por él ni una sola vez. Si Shae comentaba que había hablado por teléfono con Anden o que había recibido una carta, Hilo escuchaba, pero nunca decía nada. En aquel momento soltó la pregunta de un modo tan simple y repentino como si un paciente en coma abriera los ojos y preguntara la hora.

—No le va mal, creo —dijo Shae. Intentó recordar la última conversación que había mantenido con Anden, haría cosa de un mes —. Dice que está sacando buenas notas y que la familia con la que se aloja lo trata bien. Ha hecho amigos e incluso juega al balón relevo. Dice que en Puerto Massy hay gente que porta jade, lo creas o no. Los inmigrantes kekoneses tienen una especie de clan, pequeño e informal, y Anden ha conocido al pedestal local y a su familia. —Shae meneó la cabeza con incredulidad—. No me puedo creer que se haya ido a miles de kilómetros de Kekon solo para estar otra vez entre huesos verdes.

—No me sorprende —dijo Hilo—. No es fácil quitarse el verde de encima.

A la mañana siguiente, Shae llegó a su despacho de la calle del Barco y se encontró con Woon esperándola; parecía inusitadamente alterado. Shae sintió una punzada de preocupación (quizá resultaba que las cosas no estaban del todo bien entre ellos; quizá por eso no le había hablado de su compromiso, aunque de algún modo se había enterado de que Hilo se lo había contado la noche anterior), pero entonces su asistente le pasó un ejemplar del Diario de Yanlún abierto por la segunda página y doblado para mostrar la mitad inferior. Los ojos de Shae se posaron en el titular: «El hombre del tiempo de Sin Cumbre espió para Espenia».

Shae se quedó mirándolo un momento, sin comprender, y después leyó el resto del artículo con incredulidad creciente. Citaba fuentes y documentos confidenciales que demostraban que, siete años antes, Kaul Shaelinsan había sido informadora civil a sueldo de los militares espenios. Durante un periodo de dieciocho meses había colaborado con el servicio de inteligencia espenio en beneficio de los intereses políticos y económicos extranjeros en Kekon. A cambio le habían pagado generosamente y le habían concedido un visado de estudios para estudiar el posgrado en Windton con su novio, un oficial del ejército espenio de ascendencia shotariana. Varias fuentes anónimas de dentro del clan habían declarado que aquella traición de su nieta favorita había dejado destrozado al difunto Kaul Seningtun y provocado una escisión en la familia Kaul, que había precedido al declive físico y mental de la Antorcha.

El periódico empezó a temblar en las manos de Shae. Lo tiró a la mesa y se agarró con fuerza al borde.

—Esto es cosa de Ayt Mada —susurró. Solo un día antes se había sentido muy satisfecha por haber usado a los espenios para asestar un golpe a las operaciones de Montaña. Se había preguntado cuándo y cómo respondería Ayt, y ya tenía la respuesta.

En el punto culminante de la guerra entre los clanes, Ayt se había dedicado a escarbar en los antecedentes de Shae y había usado espías y fuentes propios para descubrir todo lo que pudiera sobre su pasado, pensando en usarlo para volverla contra Hilo. Ahora había entregado la información a la prensa. Las decisiones de Shae como hombre del tiempo ya le habían granjeado detractores, y la guerra de Urtoko, que llevaba ya en marcha ocho meses con numerosos muertos y pocos avances visibles, había avivado sobremanera la hostilidad del público hacia los extranjeros. Ayt había calculado el momento del ataque para que fuera lo más destructivo posible.

Oyó a su espalda la voz de Woon.

—¿Cómo deberíamos responder,

Shae-jen

?

Shae soltó la presa mortal del borde de la mesa y se volvió. Si hacía caso omiso de aquellas revelaciones públicas, su silencio la condenaría. Si las negaba, Ayt aprovecharía para dejarla como una mentirosa. Su mente corría a toda velocidad valorando cómo contener los daños, cómo recuperar la ventaja que tenía la tarde anterior. Pero por debajo de los cálculos iba creciendo una furia terrible. Había esperado que Ayt golpeara de alguna forma, pero no había considerado que el golpe pudiera ser tan directo y personal, que su pasado se utilizara como arma contra el clan.

—Tenemos que presentar una declaración cuanto antes —dijo—. Averigua quiénes son esos periodistas y qué lazos tienen con Montaña. Llama al redactor jefe del Diario de Yanlún y dile que quiero hablar con él de inmediato. Tenemos que cortar esto.

# Capítulo 27
# Una decisión práctica

Hilo desató el cordel que cerraba la bolsita de tela que Kehn había dejado en la mesa y sacó un puñado de botones de jade. Los hizo rodar en la palma de la mano y miró interrogante al cuerno.

—He puesto a trabajar varios días a seis dedos y a una docena de voluntarios, estudiantes del último curso de la academia —dijo Kehn—. Han estado revisando las cajas de ropa del último carguero que abordamos, el tercero en tres meses. Cualquiera diría que hemos montado un puto taller de costura clandestino, salvo porque nos dedicamos a destrozar ropa en vez de coserla. —Parecía como si acabara de volver de las Dársenas; tenía el pelo alborotado por el viento y el cuello de la camisa sudado a causa del calor. Se quitó la funda de la espada luna y la colgó del respaldo de una silla, pero no se sentó—. Esa es solo una bolsa; Juen llevará el resto del jade a la oficina del hombre del tiempo para guardarlo.

Hilo volvió a guardar los botones en la bolsa.

—Los de esa compañía de seguros navieros ygutana siguen llamando a diario, por mucho que los mande a la mierda.

—Shae-jen se está ocupando de eso. Para empezar, demandando a sus clientes por transportar mercancía nacional robada. —Kehn encogió los anchos hombros—. Aunque ahora está bastante ocupada.

—Me han dicho que tiraste por la borda a un barukano y mandaste al fondo del mar el jade que portaba sin pararte a pensar —dijo Hilo, y sonrió a ver la expresión avergonzada de Kehn.

—De todas formas, seguro que sería solo una pieza o dos —gruñó Kehn, pero Hilo se levantó, sacó de la bolsa media docena de botones de jade, rodeó la mesa, levantó la solapa de la chaqueta de Kehn y metió las gemas en el bolsillo interior.

—Esto cubrirá tus pérdidas —dijo, colocándole bien la chaqueta. Su cuñado masculló una protesta, pero Hilo lo cortó—: No cuestiones a tu pedestal; te lo mereces. Además, pronto vas a ser un hombre casado; considéralo un adelanto del regalo de boda.

Lo animaba ver que Kehn iba ganando confianza como cuerno. Para sus adentros, Hilo habría deseado dirigir en persona los ataques, pero sabía que no era una idea razonable y se alegraba de que aquella victoria fuera exclusiva de Kehn. También lo alegraba ver que Kehn y Shae trabajaban juntos de una forma que no era habitual entre un cuerno y un hombre del tiempo. Así tenían que ser las cosas: los lados militar y comercial del clan colaborando en vez de oponerse mutuamente, que era lo que había ocurrido entre Doru y él.

Llamaron a la puerta. Tar asomó la cabeza.

—Alguien quiere verte,
Hilo-jen
.

Niko pasó entre las piernas de Tar y entró en el despacho. Acostumbraba a andar suelto por toda la casa y siempre estaba entre los pies de alguien. Levantó los brazos para que lo cogieran. Hilo lo alzó del suelo y lo columpió unas cuantas veces, haciéndolo reír, y después se lo pasó a Kehn.

—Vete con tu tío Kehn; luego iré a jugar contigo.

Sujetando bajo un brazo al chiquillo, que no paraba de retorcerse, Kehn saludó con la otra mano y empezó a marcharse. Antes de que saliera, Hilo dijo:

—¿Qué hay de Montaña? ¿Están cumpliendo su parte del trato?

Kehn se detuvo junto a la puerta y soltó un gruñido afirmativo.

—Parece que, de momento, sí. Nau Suen y sus huesos verdes han atrapado a media docena de grupos de saqueadores en lo que va de año. —Ante el silencio receloso de Hilo, añadió—: No te preocupes,
Hilo-jen
; los vigilamos.

Cuando Kehn se marchó con Niko, entraron un hombre y una mujer. Hilo no los había visto nunca, pero había oído hablar de su terrible infortunio y sabía quiénes eran. El señor Eyun era copropietario de una empresa de embalaje local y un pequeño linterna del clan; su mujer y él tenían cinco hijos. La mayor, una

chica, tenía dieciséis años. La pareja saludó a Hilo en silencio y se sentó envarada en el sofá. Hilo hizo un gesto a Tar para que se quedara en el despacho, y luego cerró la puerta y tomó asiento frente a los Eyun.

—¿Cómo está vuestra hija? —preguntó con amabilidad.

—Vivirá —dijo el señor Eyun con voz ronca. A su mujer le tembló el gesto por el esfuerzo de contener las emociones. Los dos parecían conmocionados.

Hilo indicó a Tar que les sirviera agua.

—¿El clan puede hacer algo por vuestra familia ahora mismo? —preguntó—. No tenéis que preocuparos por los gastos médicos; ya nos hemos encargado. ¿Necesitáis alguna otra cosa?

—Venganza —susurró el señor Eyun con fiereza, la voz quebrada—. Los perros espenios que hicieron esto merecen algo peor que la muerte.

Hilo simpatizaba por completo con la pobre familia Eyun, pero sabía que aquella iba a ser una conversación difícil en la que no podría prometer todo lo que le gustaría.

—Los dos soldados están bajo custodia de su propio gobierno; los tienen presos en la base de la isla de Euman. Allí no podemos tocarlos ahora mismo.

La señora Eyun se echó a llorar, y el señor Eyun estalló indignado:

—Los abogados dicen que los espenios han negociado un acuerdo para que los soldados tengan un juicio civil y cumplan sentencia en su país. Nos ofrecen dinero a modo de compensación. Por dar una paliza y violar a mi hija. ¡Dinero! —La señora Eyun agarró el brazo de su marido y acentuó los llantos, pero el señor Eyun, enardecido de ira, no pareció darse cuenta y elevó el tono—: El Consejo Real no puede enfrentarse a los espenios, pero creí que podía contar con que el clan impartiera justicia. Eras el cuerno y ahora eres el pedestal. Se supone que eres el terrible Kaul Hiloshudon de Sin Cumbre. ¿Me estás diciendo que incluso tú estás inerme frente a esos extranjeros, esos animales?

Hilo concedió al señor Eyun un minuto para que recuperase el control; luego habló con voz tranquila pero un tanto fría.

—No me ofenderé por nada de lo que dices, pues sé que es el dolor quien habla. Si esos dos hombres fueran kekoneses, ya

estarían en peor estado que tu pobre hija. Por desgracia, no lo son, y con todo lo que está ocurriendo en el mundo y todas las potencias extranjeras con las que tiene que tratar nuestro país, hay límites incluso a lo que el clan puede hacer. —Dejó una caja de pañuelos de papel delante de la señora Eyun—. He dicho que no podemos tocar a esos hombres… ahora mismo. A veces la justicia tiene que esperar, pero el clan no olvida las ofensas. Veremos qué ocurre. No puedo prometer nada, pero yo también soy padre, de modo que debéis saber que considero que el crimen cometido contra vuestra familia es imperdonable.

El señor Eyun bajó la cara, los labios temblando; la señora Eyun se secó los ojos con un puñado de pañuelos.

—Mi consejo es que cojáis el dinero que ofrecen los espenios —prosiguió Hilo—. Sacadles todo lo que podáis. Puede parecer dinero sucio, que os pagan para que olvidéis lo que merecéis realmente, pero no lo consideréis así. Dejad que crean que han reparado el daño, pues así actúa esa gente, y usad el dinero para cuidar a vuestra hija y al resto de vuestra familia.

El tono de Hilo era amable, pero también firme. Tar acompañó a la puerta a los desconsolados padres, y el pedestal pidió que lo dejaran a solas un par de minutos. Se sentía mal por no haber podido ofrecer más garantías a los Eyun, pero la guerra de Urtoko y la gran presencia militar de la República de Espenia en Kekon eran como una herida sangrante en la planta del pie; parecía que nadie en Kekon, ni siquiera los clanes de huesos verdes, podía dar un paso sin sentirla y apretar los dientes por el dolor y los problemas que añadía hasta a la tarea más sencilla. La semana anterior, tras una conversación con Eiten en el Doble Doble, Hilo había mandado a Kehn que cerrara una docena de oficinas ilegales de cambio de divisas que se aprovechaban de los militares extranjeros que visitaban los casinos de la calle del Pobre, y también que reforzara la seguridad en el Sobaco debido a una serie de incidentes provocados por el exceso de alcohol.

—¿Hago pasar a Hami y los otros,
Hilo-jen
? —preguntó Tar.

Hilo torció el gesto y se sintió tentado de contestar que no, pero entonces el problema que esperaba al otro lado de la puerta no

desaparecería y solo podría empeorar. Lo que parecía que iba a ser el caso de todas formas.

—Vale —dijo.

Tar admitió a cuatro hombres en el despacho. Uno era Hami Tumashon, jefe de los hacedores de fortuna del clan. Hilo identificó a otro, el consejero Kowi, por su cabeza apepinada. Los otros dos eran linternas veteranos cuyo nombre no recordaba. Todos lo saludaron respetuosamente.

—Kaul-jen, que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre —dijo el señor Kowi—. Sabemos que estás muy ocupado, especialmente con dos niños en casa, así que agradecemos que dediques un momento de tu tiempo a reunirte con nosotros y escuchar nuestras preocupaciones.

—Tienes razón, he estado muy atareado; todos tenéis hijos, así que recordaréis cómo son las cosas. Gracias por venir a mi casa en vez de obligarme a ir al Salón de la Sabiduría o a algún otro lado. —Era un recordatorio para todos los presentes de que ni siquiera quería reunirse y solo había aceptado por Hami, a quien apreciaba y respetaba. Se sentó en un sillón y los demás lo imitaron. Sin más preámbulos, preguntó—: ¿Qué me queríais pedir? —Ya conocía la respuesta, pero quería que tuvieran que decir en voz alta lo que pensaban y se justificaran ante el pedestal.

Los hombres cruzaron unas miradas, y al final tomó la palabra el consejero Kowi.

—Es sobre tu hermana,

Kaul-jen

. Teniendo en cuenta las escandalosas revelaciones sobre su pasado… No debería seguir siendo el hombre del tiempo.

—¿Y eso? —preguntó Hilo.

El consejero parecía enormemente incómodo, pero siguió:

—Quiero decir ante todo que, personalmente, no tengo nada en absoluto en contra del hombre del tiempo; solo me preocupa la reputación de Sin Cumbre. Me temo que da muy mala imagen al clan,

Kaul-jen

. Lo principal es que fue agente de los militares espenios y les vendió información que podría haber sido de gran importancia para la seguridad nacional. Y hoy, el Diario de Yanlún ha publicado una

entrevista con su antiguo amante, un soldado espenio de sangre shotariana. Seguía relacionándose con él cuando vivía en Espenia, hace menos de cuatro años. —El señor Kowi extendió las manos, indicando que el problema era evidente—. ¿Cómo se puede confiar en ella para que ocupe la segunda posición más alta de Sin Cumbre?

Hilo vio que los dos linternas asentían y miró a Hami.

—Estás aquí como jefe de los hacedores de fortuna, Hami-jen, y tienes muchos años de experiencia en el lado de los negocios del clan. En tu opinión, ¿el hombre del tiempo está dirigiendo mal la oficina de la calle del Barco?

Hami miró de reojo a los otros; luego se removió en el asiento y carraspeó.

—No; no diría eso. Ha tomado algunas… decisiones discutibles, pero eso es distinto.

—Pero tú has solicitado esta reunión y estás sentado aquí. Así que estás de acuerdo con ellos.

—Comparto su preocupación por cómo puede afectar esto a la posición de Sin Cumbre —dijo Hami—. El consejero Kowi siempre ha defendido los intereses del clan en el Salón de la Sabiduría, y el señor Orn y el señor Eho son dos linternas eminentes. Cuando vinieron a solicitarme una audiencia contigo, pensé que era importante que los escucharas directamente. No abogo por ninguna decisión concreta que deba tomar el pedestal. —Hami tenía fama de directo y sincero, pero desde luego era bastante inteligente para no hacer presunciones por encima de su rango, y menos aún hablar mal de su propio hombre del tiempo delante de personas que no eran huesos verdes.

Hilo se volvió hacia los linternas.

—¿Creéis que debo sustituir al hombre del tiempo?

—Kaul-jen —dijo el mayor de los dos, a quien Hilo logró identificar como el señor Eho—, esto no es más que una decisión práctica. Junto al pedestal y el cuerno, el hombre del tiempo es la cara del clan. Desde que ha aparecido esta información sobre su pasado, la prensa y el público han estado preguntándose si seguirá trabajando en secreto para los extranjeros, sirviendo a otros intereses que no son los nuestros. La han estado llamando «la encantadora espenia». Una grosería. La cuestión es que la guerra de

Urtoko ha puesto a la opinión pública en contra de Adamont Capita. El pasado del hombre del tiempo es un problema para Sin Cumbre.

—Puede dimitir y seguir trabajando para la oficina del hombre del tiempo en una posición menos visible —añadió el señor Orn, de quien Hilo recordaba que no hacía mucho había declarado su intención de presentarse para ocupar un puesto en el Consejo Real —. Simplemente necesitamos a alguien más apropiado para ser un jefe comercial de cara al público.

Hilo no le hizo caso y se dirigió al señor Eho:

—¿Quién la llama así? —Cuando el linterna parpadeó, confundido, Hilo repitió—: ¿Quién está llamando puta a mi hermana?

—Yo… Nunca dije… —tartamudeó el señor Eho, de repente compungido y un poco asustado, como si acabara de recordar que Kaul Hilo también tenía una reputación.

—No hace falta que contestes —dijo Hilo—. Sé quién. Ayt Mada ha armado todo un montaje para aparecer como una patriota. Está calumniando a Shae para debilitar a Sin Cumbre.

—Aun así, no se pueden negar los hechos —argumentó el consejero Kowi.

—No. No los niego. Mi hermana cometió algunos errores cuando era joven, pero eso nos pasa a todos. Tuvo un romance estúpido con un extranjero, pero eso se acabó, y cualquier contacto que tenga con los espenios en la actualidad es a beneficio de Sin Cumbre, obedeciendo el juramento que me hizo como pedestal. Si está cumpliendo su trabajo de hombre del tiempo, no hay ningún problema.

—Kaul-jen —exclamó el señor Eho—, ¿no te importa lo que parece todo esto, lo que piensa la gente?

Hilo barrió con una mirada fulminante a Eho, Orn y Kowi, y luego la clavó en Hami, como si a los otros les pudiera perdonar que le hubieran hecho perder el tiempo, pero de un huesos verdes esperara algo mejor. El pedestal era la columna vertebral del clan; no tomaba decisiones para agradar a otros, y menos a políticos sin jade.

El aura de Hami se encogió.

—Por mi parte —dijo, un poco a la defensiva— sería irresponsable, como jefe de los hacedores de fortuna, no señalar las

consecuencias que esto podría tener para Sin Cumbre y para tu liderazgo,
Kaul-jen
. Tu abuelo y la mayoría de sus camaradas han desaparecido, que los dioses los reconozcan. Cuando la gente mira ahora a los huesos verdes no ve a los héroes de la Guerra de las Naciones. Lo que ve son jóvenes líderes que han crecido con riquezas e influencias extranjeras, y se pregunta si serán bastante verdes para defender el país como sus padres y abuelos.

Hilo se inclinó hacia delante y recorrió con una mirada impasible el círculo de hombres.

—Mi abuelo mantuvo a su viejo compañero Yun Dorupon como hombre del tiempo durante décadas, hasta mucho después del momento en que habría debido retirarse y sin dar importancia a cuántas chiquillas prepubescentes se follara, y no os vi quejaros demasiado. Tomé la decisión de poner a mi hermana en la calle del Barco y no voy a sacarla ahora solo porque Ayt Mada está escarbando mierda y dándosela de comer a los periódicos. —Se puso en pie; la reunión había terminado. De mala gana, los visitantes se levantaron también. El consejero Kowi y los dos linternas estaban claramente descontentos; saludaron envarados sin decir nada. Hilo volvió a hablar—: Me gusta que digas lo que piensas,
Hami-jen
, mientras sigas usando tu sensatez al servicio del hombre del tiempo. —El jefe de los hacedores de fortuna se inclinó sin decir una palabra y después se marchó tras los otros.

Después de que se fueran, Hilo paseó en círculos por el despacho, maldiciendo entre dientes. Después descolgó el teléfono y marcó el número de las oficinas del hombre del tiempo. Contestó la secretaria de Shae.

—Dile a mi hermana que tenemos que hablar.

# Capítulo 28
# No soy tan idiota

Las perspectivas de Bero, que durante el último año habían parecido tan prometedoras, llevaban meses atascadas desde el día en que Montaña interceptó la operación de saqueo y asesinó a la cuadrilla de uwiwanos. Mudt y Bero habían necesitado el resto de aquella noche de mierda y otros dos días enteros para salir de la montaña y regresar a Yanlún haciendo autoestop. Cuando por fin llegaron, hambrientos, agotados y andrajosos, y le dijeron a Soradiyo que los huesos verdes habían matado a los recogedores, robado los camiones y confiscado el jade, el barukano estaba rojo de furia y parecía dispuesto a matarlos a los dos allí mismo.

—¿Con todo el puto jade que portáis y no pudisteis Percibirlos a tiempo para salir de allí con algo?

—Salimos con vida —murmuró Mudt.

—Sí, y ¿cómo es que estáis vivos? —preguntó Soradiyo, mirándolos con desconfianza—. ¿Por qué Nau no os rompió el cuello?

—Quería que te transmitiéramos un mensaje —dijo Bero—. Dice que quiere hablar contigo; que a este ritmo no vas a ganar dinero. Creo que quiere comprarte.

El estrecho rostro de Soradiyo pareció alargarse aún más cuando frunció el ceño.

—Fuera de mi vista —dijo.

Bero pensó que el siguiente trabajo les daría la oportunidad de compensar el desastre anterior, pero resultó que ni siquiera era un saqueo; los llevaron en camión a una cueva ventosa del lejano extremo occidental de la isla para que ayudaran a cargar en lanchas pesqueras motorizadas piedras de jade en bruto, escondidas bajo el hielo y la pesca. Al parecer, los clanes hacían de guardacostas

extraoficiales y patrullaban las aguas de Kekon con tanto celo que cada vez era más difícil sacar el jade de contrabando. Soradiyo estaba dividiendo los cargamentos para las islas Uwiwa y mandaba al mismo tiempo media docena de barcos en direcciones diferentes, esperando que al menos unos pocos atravesaran el cerco. Durante varios días después de cada carga, Bero se notaba el olor a pescado podrido en la ropa, la piel y el pelo.

El siguiente saqueo que les había programado Soradiyo hubo que cancelarlo al recibir un soplo sobre una patrulla de huesos verdes en la zona, y después empezaron las lluvias torrenciales de primavera y las montañas se volvieron inaccesibles, lo que interrumpió las actividades mineras legales e ilegales durante tres meses.

Bero esperaba que volvieran a trabajar cuando llegara el verano, pero Soradiyo no se puso en contacto con ellos. El barukano parecía distraído y era cada vez más difícil verlo en persona. Bero se lo encontró una vez en la Casa de las Ratas y le pidió explicaciones, a lo que respondió de mal humor: «Pronto, pronto, ¿vale? Tengo otras cosas que hacer, y puede que nos resuelvan un montón de problemas», pero se negó a dar más detalles. Bero se sentía frustrado y se fue impacientando.

La actitud de Mudt no ayudaba.

—Te lo dije desde el principio, keke: no necesitamos a ese gilipollas barukano de poco fiar. Era mala idea para empezar, pero, bueno; lo hicimos, seguimos vivos y ganamos algo de dinero que nos durará una temporada. Los clanes atacan el contrabando cada vez con más fuerza, y Soradiyo va a acabar dando de comer a los gusanos, así que es mejor que nos marchemos mientras todavía podemos. Volvamos a entrenarnos en serio y después vamos a por los Maik.

—Los Maik me importan una mierda —espetó Bero.

—¡Maik Tar mató a mi padre! —gritó Mudt.

—Tu padre se lo estaba buscando —dijo Bero—. A quién se le ocurre mezclarse en una guerra de clanes, y tú acabarás igual si no cierras el pico.

Sin embargo, al día siguiente, Bero se sintió mal por haberle hablado así. Mudt y él habían superado juntos varias rachas bastante jodidas. Habían robado jade y se habían jugado la vida

juntos. Los dos estaban solos, así que habían acabado siendo amigos, más o menos. Se sorprendió al darse cuenta de que no quería perder su amistad; en el fondo le caía bien. Así que lo llamó y se fueron a jugar al billar en el sótano de la Casa de las Ratas.

—No pretendía decir eso de tu padre —se disculpó Bero—. Pillaremos a Maik. Te ayudaré a devolvérsela a ese cabrón. Y luego le quitaremos el jade, igual que se lo quitamos a Kaul. Los dos juntos.

Mudt levantó la mirada, ilusionado, y después de eso estuvo de mucho mejor humor. Anduvieron juntos y se entrenaron, y Bero volvió a traficar con shine, pero aún tenía la esperanza de que Soradiyo los llamara con más trabajo o de que surgiera alguna nueva oportunidad, porque a pesar de lo que le había dicho a Mudt para animarlo, no tenía la menor intención de ir tras los Maik para satisfacer un estúpido sentimiento de venganza que a él ni le iba ni le venía.

Cuando Soradiyo los llamó por fin y se reunieron con él en la Casa de las Ratas, les dio una palmada en la espalda y les habló con un tono perfectamente amistoso, como si nunca hubiera habido problemas entre ellos. Después de tomar unas copas y charlar un poco sobre chorradas, Bero dijo:

—Hemos estado trabajando más de un año como pescadores de rocas. ¿Dónde está el jade que prometiste que estaríamos ganando ahora?

Soradiyo extendió las manos.

—Lo vas a conseguir pronto, keke. —Parecía que se le había pegado algo del argot kekonés desde que Bero lo conoció—. Pero la estación de las lluvias no cuenta. Es la temporada de vacaciones. Aún os faltan un par de meses para el año.

—¿Eso es que tienes más trabajo para nosotros? —preguntó Bero con mala cara.

Por primera vez desde que Bero podía recordar, Soradiyo pareció nervioso. El barukano se lamió los labios y se inclinó hacia ellos para hablar sin que nadie pudiera escucharlos.

—Sí, pero no es un saqueo —dijo.

—Entonces, ¿qué? ¿Volver a cargar piedras?

—Es lo que vosotros llamáis un nombre susurrado. Tampoco podéis portar jade para hacerlo, porque no es un nombre

cualquiera. Nos han ofrecido la oportunidad de pasar a la ofensiva. De meternos en la guarida del tigre, por así decirlo. Necesito un par de kekes sin miedo que quieran ganar un montón de dinero.

—¿A por quién hay que ir? —intervino Mudt, que parecía interesado por primera vez.

—Primero tengo que estar seguro de que estáis a la altura de la tarea. Tenemos un plan para que entréis, hagáis el trabajo y salgáis sin problema. Aun así, va a ser…

—No nos interesa —dijo Bero.

Soradiyo se echó hacia atrás en la silla, sorprendido por aquella negativa tan rápida.

—Es una gran oportunidad. Si no la aprovecháis, se la ofreceré a Mo y a Gamba. —Eran otros dos jefes de pescadores de rocas.

Bero se encogió de hombros. No se molestó en explicar que esa canción ya se la sabía. Cada vez que había tenido un encontronazo con huesos verdes había salido con vida de milagro y, lejos de ganar lo que le hubieran prometido, su suerte había caído en picado. Había pasado por demasiadas experiencias cercanas a la muerte para tener solo veinte años, y a aquellas alturas había aprendido que había formas más fáciles de conseguir jade que intentar matar a un huesos verdes directamente. Por fin sabía lo que era portar jade y andar por ahí con una sensación secreta de poder sobre la gente más débil que lo rodeaba, pero los huesos verdes podían quitárselo todo en un instante y dejar su cadáver flotando en las aguas de Puerto Verano.

—Dame otro trabajo de saqueo. Hasta puedo cargar pescado una vez más, pero no me voy a quitar el jade por nada, y no voy a hacer trabajos de susurros si hay huesos verdes implicados. No soy tan idiota.

Soradiyo se levantó.

—Espera, ¿y yo? —protestó Mudt, pero el barukano echó en la mesa dinero para pagar las bebidas, les dirigió una mirada despectiva, como si lo hubieran decepcionado, y se marchó de la Casa de las Ratas.

# Capítulo 29
# Puertas que se abren y puertas que se cierran

El señor Enke, el linterna, estaba de nuevo en el despacho de Shae. Su comportamiento general era considerablemente más sumiso en aquella ocasión, porque había ido a pedir dinero.

—La guerra de Urtoko está teniendo un efecto terrible en el mercado inmobiliario de Yanlún —dijo—. Mi empresa necesita diversificar sus propiedades. Los terrenos en Puerto Massy son una inversión fiable y muy rentable. Y esta promoción en concreto es muy valiosa debido a su situación.

—Y quieres que el clan te preste el capital —concluyó Shae.

El señor Enke sacó del maletín una carpeta, la dejó en la mesa y la abrió para dejar a la vista una página con un esquema financiero que detallaba su petición.

—Con la ayuda de la oficina del hombre del tiempo, el Grupo Inmobiliario Enke podría adquirir una participación del cuarenta por ciento.

Los préstamos eran una de las actividades más habituales del lado de negocios del clan. Por supuesto, el señor Enke podía acudir a un banco independiente para solicitarlo, pero los bancos no eran más que instituciones financieras que funcionaban dentro de un marco limitado. Una relación con el clan significaba que el señor Enke tenía acceso a innumerables contactos comerciales por todo Kekon y en el extranjero; la garantía de que los huesos verdes protegerían sus propiedades contra criminales y rivales, y tipos de interés preferentes que reflejaban el hecho de que tenía dos hijos entrenados en la academia que portaban jade y servían al clan como puños. Recurriría al mercado abierto si Sin Cumbre no le concedía todo lo que esperaba, pero, como la mayoría de los linternas de

categoría, primero acudía al clan.

Shae estudió las cifras que tenía delante y luego le pasó la carpeta a Woon, a quien tenía detrás. Observó en silencio al señor Enke mientras su sombra revisaba los documentos. Si Woon veía algo que le pareciera preocupante, le haría alguna señal sutil (una tos, un carraspeo) para indicarle que debía aplazar la decisión. Pero Percibió en el zumbido uniforme del aura de Woon que estaba satisfecho con lo que veía. El señor Enke, en cambio, no podía adivinarlo; al afrontar el silencio intimidante del hombre del tiempo y la expresión inescrutable de su ayudante, siguió hablando:

—He enviado a Puerto Massy a mis observadores más expertos, y todos me informan de que la zona de Lochwood es idónea. Está bien comunicada, se está gentrificando deprisa, se llega andando en poco tiempo a la universidad de Puerto Massy y a los barrios comerciales más importantes. La promoción será mixta: edificios de viviendas, con zona de tiendas en la planta baja, y…

Woon cerró la carpeta y se la devolvió Shae, que la dejó en la mesa y dijo:

—Señor Enke, la oficina del hombre del tiempo estará encantada de patrocinarlo.

El señor Enke sonrió y se llevó las manos unidas a la frente.

—Kaul-jen, no podría alegrarme más tener la aprobación del clan. Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin C…

—Quiero que adquieras toda la promoción.

El linterna parpadeó.

—Eso es mucho más de lo que…

—Tendrás que ajustar los cálculos —dijo Shae—. El clan está dispuesto a financiar la adquisición de una participación mayoritaria en el proyecto. Como dices, es una buena inversión.

El señor Enke se aclaró la garganta.

—Me gustaría aprovechar tu generosidad,

Kaul-jen

, pero la normativa espenia limita estrictamente la posesión de propiedades por parte de extranjeros.

—El embajador espenio me dio hace poco garantías de que, dentro de tres meses, esa normativa se relajará para los inversores de algunas naciones preferentes, y Kekon es una. —No era todo lo que Shae había esperado conseguir en cuanto a concesiones

comerciales, pero era un buen comienzo. Los espenios eran tacaños, pero fiables—. Compra ahora la participación del cuarenta por ciento, tal como habías planeado, y adquiere el resto el año que viene.

El señor Enke se quedó boquiabierto.

—Mi tasa de tributo actual… —empezó a decir.

—Normalmente subiría, pero hay una forma de esquivarlo —dijo Shae—. Cada vez es más habitual que los licenciados kekoneses completen su formación en Espenia. Cuando yo fui, hace cinco años, era algo excepcional, pero en la actualidad, muchas familias animan a sus hijos a que adquieran un poco de experiencia internacional. Mi primo está en Espenia ahora mismo, viviendo con una familia de acogida. Cuando se construyan esas viviendas podrás alquilárselas a estudiantes kekoneses que vayan a clases en Puerto Massy. Cóbrales la mitad de la tarifa del mercado en esa zona. A cambio, el clan evaluará a los inquilinos potenciales de las familias de Sin Cumbre y abonará la diferencia. Nuestro subsidio compensará tus obligaciones en cuanto al tributo, y tendrás garantizados inquilinos respaldados por el clan.

El señor Enke se humedeció los labios, receloso. Sus espesas cejas se fruncieron hasta tocarse.

—Kaul-jen —dijo despacio—, ¿puedo considerar que esto es un acuerdo vinculante con la oficina del hombre del tiempo?

Normalmente sería innecesario hacer una pregunta semejante; la palabra del hombre del tiempo garantizaba el cumplimiento del contrato. Pero el señor Enke no estaba seguro de que Shae fuera a seguir al mando de la calle del Barco el tiempo suficiente para cumplir el acuerdo. Desde que, hacía seis semanas, había salido a la luz el escándalo sobre su antigua conexión con los servicios de inteligencia militar espenios, la habían criticado constantemente en los medios de comunicación y había habido peticiones de que dimitiera.

Shae no mostró ninguna señal de que compartiera las dudas del señor Enke.

—Woon-jen preparará por escrito un acta de nuestra conversación y te la enviará al final del día —dijo.

Satisfecho, el señor Enke prometió que a la semana siguiente tendría preparada una propuesta económica actualizada para la

oficina del hombre del tiempo. Woon lo acompañó a la puerta, y después ocupó la silla vacía delante de Shae.

—Esperas convertir esto en una ventaja en cuanto a recursos humanos —dijo.

—Abrir puertas, como dices —respondió Shae. Woon asintió lentamente.

—Ofrecer incentivos para que las familias del clan manden a sus hijos a estudiar en Espenia puede beneficiar a Sin Cumbre a largo plazo, pero solo si ponen su educación al servicio del clan. ¿Qué impedirá que los estudiantes se vean atraídos por las brillantes luces de Espenia? Podemos perder en el extranjero a muchos talentos potenciales.

—Además de subvencionarles el alojamiento les pagaremos los estudios, pero solo si después regresan a Kekon y trabajan para la oficina del hombre del tiempo durante tres años. —Esperaba que muy pocos estudiantes becados, si había alguno, cometieran la estupidez de incumplir una promesa hecha al clan, y menos si en Yanlún tenían familia cuya vida y sustento dependían del favor ininterrumpido de Sin Cumbre—. El hijo del consejero Kowi sería un buen candidato —añadió.

—Me aseguraré de transmitir la idea a la familia Kowi. —Woon se levantó y se dispuso a marcharse, pero se detuvo en la puerta y miró a Shae con preocupación—. ¿Necesitas algo más ahora mismo, Shae-jen?

Shae llevaba toda la mañana intentando actuar con normalidad, pero estaba segura de que Woon, que la conocía bien, podía Percibir el torbellino emocional de su aura, por muy serena que se las arreglara para parecer delante de los linternas y los demás empleados de la oficina. Como mínimo supondría que se debía a los ataques verbales que le lanzaban sin cesar, incluido el hecho de que Ayt Madashi no desperdiciaba una oportunidad para declarar que, como pedestal huesos verdes y como patriota, ella jamás permitiría que una antigua espía espenia anduviera cerca del liderazgo de Montaña. A solo dos semanas del Día de los Héroes, Shae imaginaba que las cosas solo iban a empeorar.

No quería que Woon sospechara que tenía más motivos de preocupación.

—No, Papi-jen —dijo intentando sonar despreocupada, incluso una pizca optimista—. Te dije que el embajador Mendoff cumpliría su parte del trato, ¿verdad?

Cuando Woon se hubo marchado, sonó el teléfono de la mesa y Shae estuvo a punto de pegar un salto. No era la llamada que estaba esperando.

—No quiero molestarte en el trabajo —dijo Maro—, pero esta mañana he visto el periódico y quería llamarte para saber si estabas bien.

Shae sintió como si un puño le estrujara el pecho al oír la voz de Maro. Miró el reloj y cerró los ojos; no podía hablar con él en aquel momento.

—Estoy bien —dijo—. Esto no es ni de lejos lo peor que Ayt Mada le ha hecho a mi familia.

Sin embargo, estaba resultando eficaz. Había presentado una declaración pública en la que afirmaba que su trabajo de consultoría para el gobierno de Espenia había terminado hacía años, y negaba categóricamente que hubiera algún conflicto de intereses que pudiera comprometer su lealtad a Sin Cumbre y a Kekon. Había respondido con detalle a los ataques en una entrevista que le había hecho Toh Kita en la
RNK
. Había criticado y presionado a la redacción del Diario de Yanlún. No había servido de nada; el propietario del periódico, para sorpresa de nadie, tenía lazos familiares y comerciales con Montaña, y además tenía que vender periódicos. La cara sonriente de Jerald había mirado a Shae aquella mañana desde la página en blanco y negro. Algún reportero diligente le había seguido el rastro hasta la ciudad de Loruge, al sur de Adamont Capita, donde ahora trabajaba de agente hipotecario, pero habían ilustrado la entrevista al estilo de la prensa amarilla, con una vieja fotografía en la que vestía el uniforme de oficial de la marina de la República de Espenia.

—Todo esto son chorradas —estalló Maro al otro lado del teléfono—. Las cosas que dicen de ti son completamente injustas. Es histeria estrecha de miras, misógina y xenófoba. No les des lo que quieren. Te mereces tu puesto de hombre del tiempo, digan lo que digan. —Shae jamás lo había visto tan alterado y furioso—. ¿Puedo

hacer algo para ayudar?

—No. Es otra vez la guerra de clanes, librada de otro modo. Mi hermano y yo lo gestionaremos. Solo… mantente al margen de todo este lío y no hables con ningún periodista. —Ni Ayt ni la prensa sabían nada de Maro ni de sus antecedentes familiares, y quería que las cosas siguieran así. Habría querido decirle algo más, pero se despidió—: Tengo que irme. Te llamo más tarde.

—Vale —dijo Maro—. Aguanta. Te quiero.

Shae tragó saliva, alegrándose de que la Percepción no funcionara por teléfono.

—Y yo a ti.

El teléfono volvió a sonar al cabo de veinte minutos. En aquella ocasión era la llamada de la clínica que había estado esperando. La enfermera que habló con ella fue directa al grano.

—La muestra de orina que nos entregó ayer ha dado positivo.

—¿Está segura? —preguntó Shae.

—Sí. Está embarazada. ¿Quiere concertar una cita con el tocólogo? Tenemos hueco la semana que viene.

—Ahora mismo, no. —Shae le dio las gracias a la enfermera y colgó. Se quedó sentada en silencio durante lo que le parecieron unos minutos, pero bien podría haber sido mucho más tiempo, porque tenía la sensación extraña y mareante de que todo cuanto la rodeaba (los sonidos de la oficina, la energía de las personas cercanas, el movimiento del aire) había adoptado una desagradable inmovilidad.

Volvió a coger el teléfono. Tuvo un impulso repentino de llamar a la clínica y pedir que repitieran la prueba porque tenía que haber habido algún error, pero sabía que se trataba de pura negación, así que marcó la extensión de su secretaria y le pidió que cancelara todas las citas del día y las concertara para más adelante, pues no se sentía bien. Se levantó, fue en el ascensor hasta la planta baja, recorrió el amplio vestíbulo del rascacielos de oficinas del clan y cruzó la puerta.

Al salir, Shae echó a andar hacia el oeste. Era un día caluroso pero húmedo; la gente recorría la acera en los dos sentidos, vestida con ropa de verano, pero con paraguas. Shae caminó media hora hasta que le dolieron los pies, calzados con tacones negros, y el sudor le pegó la blusa a la espalda bajo la chaqueta. Llovía, no sin parar,

pero con una indiferencia insultante: gruesas gotas que salpicaban el asfalto y aterrizaban ruidosamente en los toldos, los capós de los coches y las tapas de los cubos de basura. Al llegar al final de la calle del Barco giró a la derecha y siguió andando, ya fuera del Barrio Financiero, hasta que pasó entre las columnas de piedra y atravesó el patio arbolado del Templo del Divino Retorno.

Fue directa al santuario y se arrodilló en uno de los cojines de oración verdes. Las gotas de lluvia que le caían del pelo mojaron el suelo de piedra cuando lo tocó tres veces con la cabeza y susurró, entonando una letanía que había repetido tantas veces que apenas tenía que recordarla conscientemente: *Yatto, Padre de Todos. Jenshu, Anciano Tío. Os ruego que reconozcáis a mi abuelo, Kaul Seningtun, la Antorcha de Kekon, que partió en paz de esta tierra para esperar el Retorno. Reconoced a mi hermano, Kaul Lanshinwan, que nos fue arrebatado demasiado pronto. Apiadaos del alma de Yun Dorupon. Otorgad paz de espíritu a Haru Eynishun. Sobre todo, guiad y proteged a los que seguimos en este mundo, especialmente a Wen, a Niko y a Ru, y a mi hermano Hilo, para quien también os ruego el perdón.*

Se quedó en silencio, intentando poner en palabras sus agitados pensamientos y emociones. De la parte delantera de la sala llegaba la energía ardiente de los penitentes que meditaban, llenando los espacios en blanco de la mente de Shae.

—Y ahora, ¿qué hago? —dijo en voz alta, casi como una exigencia.

No se podía creer que estuviera embarazada, al menos intelectualmente, aunque no tenía motivos para dudar del veredicto de la clínica. Cuando se le retrasó el periodo supuso que el estrés causado por el escándalo público había tenido algo que ver. Maro y ella habían tomado precauciones. Era una profesional culta; era el hombre del tiempo. En la lista de cosas que le parecía posible que le pudieran pasar, habría puesto un embarazo no planeado bastante por debajo de que la asesinaran. Pensó con desesperación que el momento no había podido ser más inoportuno.

Jamás había podido decidir si quería tener hijos. Adoraba sin reservas a sus dos sobrinos, pero no sentía instinto maternal. No tenía espacio para sentirlo; su posición en el clan se lo exigía todo, y se había visto acosada desde el instante en que la ocupó. Quizá, si

las cosas fueran diferentes, el impulso de tener hijos habría aparecido de forma natural. Pero nada en su vida aparecía de forma natural, por lo visto; todo eran golpes inevitables, como asestados por un martillo pilón.

No había precedentes de mujeres con hijos en posiciones de liderazgo de un clan de huesos verdes. Ayt Mada no tenía descendencia y seguía haciendo caso omiso sin rodeos a los que le preguntaban por la sucesión. Tras la muerte de Lan y la expulsión de Doru había costado trabajo que Sin Cumbre aceptase a una joven como hombre del tiempo, pero había ocurrido en un momento desesperado de la guerra entre clanes, y Shae era una Kaul. Seguía luciendo la etiqueta de ser la nieta favorita de la Antorcha; la respaldaban y respetaban hombres como Woon y Hami, y pocos se atrevían a desafiar a su hermano.

Aquellas ventajas no la ayudarían ahora. Ya estaba bajo asedio por las presuntas faltas de su pasado; no podía entrar en una sala de juntas ni en el Salón de la Sabiduría embarazada extramatrimonialmente de un hombre procedente de una familia de baja categoría dentro de la comunidad de huesos verdes. Ayt y la prensa hurgarían en el pasado de Maro, cuestionarían su ascendencia y los numerosos viajes a Shotar, despellejarían su historia familiar y descubrirían que era el bastardo de un soldado shotariano. Maro no era un Kaul; apenas era verde. No estaba preparado para soportar la animosidad y el escrutinio, el riesgo profesional y para su seguridad. Le arruinaría la vida.

¿Y ella? Era cierto que el clan era un barco grande y viejo, pero durante dos años y medio había empuñado el timón contra viento y marea, guiando a Sin Cumbre rumbo al crecimiento y el cambio que necesitaba para sobrevivir a los enemigos que tenía en casa y a las amenazas del mundo moderno de más allá. Sus esfuerzos empezaban a dar fruto: había recuperado la sólida base financiera, conseguido acuerdos militares y comerciales ventajosos con los espenios, ampliado las operaciones del clan y abierto la puerta a nuevas oportunidades. Si la expulsaban debido a un escándalo personal, todo lo que había conseguido se perdería. Woon y Hami eran hombres capaces, no cabía duda, pero no habían vivido en el extranjero y carecían del talento estratégico de Ayt Mada; tampoco sabrían cómo plantar cara a Hilo o convencerlo. Y lo peor: Hilo la

había nombrado hombre del tiempo y la había mantenido testarudamente como tal a pesar de todas las presiones en contra; su deshonra provocaría un efecto dominó en el clan, repercutiría en toda la familia y afectaría a su posición como pedestal.

Todos aquellos pensamientos bajaron desde la mente de Shae, le atravesaron el cuerpo y se le asentaron como una pila de rocas en el vientre. Había asumido el liderazgo del lado de negocios del clan a la fuerza, obligada por sus propios actos y por la muerte de su hermano y, cuando los días se alargaban y el trabajo era más duro, se decía que lo hacía por Lan y por su abuelo. Pero en el fondo no se engañaba: quería ser el hombre del tiempo.

Levantó la mirada hacia el techo del santuario y después cerró los ojos. Esperaba una epifanía, una sensación de paz espiritual que la llenara y la guiara con certeza. Extendió su Percepción e intentó captar un mensaje en el canturreo de la energía de jade que vibraba en su carne y sus huesos. No sintió nada procedente de los dioses, salvo quizá una vigilancia lejana, y en su interior, solo una turbulencia que se arremolinaba y que acabó concentrándose en resignación y determinación.

Se levantó y se marchó del templo.

# Capítulo 30
# El Día de los Héroes

Solo Wen acompañaba a Shae cuando fue a la clínica el segundodía por la mañana. Dejaron en el garaje el vistoso descapotable Lumezza de Wen y el Cabriola rojo de Shae y cogieron un coche que no llamaba la atención. Wen siempre podría decir que iba al médico a hacerse un chequeo prenatal de rutina y que era Shae quien la acompañaba a ella. A las doce semanas, Wen mostraba claramente su segundo embarazo. Aún estaba amamantando a Ru, de modo que entre los pechos agrandados y el vientre hinchado, su cuerpo era una colección de suaves curvas maternales. Shae se sentía como si estuviera haciendo algo incorrecto, quizá invocando a la desgracia, al convertir a Wen en cómplice de la conclusión de una vida nonata cuando ella misma llevaba otra en su interior.

—No hace falta que entres —dijo a su cuñada—. Ya me ayudas bastante llevándome y trayéndome después a casa. Es lo único que pido.

—Si fuera yo, me gustaría que hubiera otra mujer conmigo —dijo Wen—. ¿Por qué tenemos que pasar a solas los momentos más duros de la vida? —Estacionó en el aparcamiento casi vacío. El día aún estaba oscuro; la clínica no abriría hasta dentro de unos minutos.

—Que estés ahí, ¿no sería como llamar a la mala suerte? —dijo Shae.

Wen rodeó con las manos el termo lleno de la infusión de jengibre que bebía todas las mañanas para asentarse el estómago. Sonrió sin humor.

—Desde que nací me han dicho que llamo a la mala suerte. Tenerle miedo sería como si un pájaro tuviera miedo de sus plumas.

Entraron en la clínica y Shae se registró. Abortar no era

especialmente fácil ni especialmente difícil en Yanlún. Las clínicas tenían reputaciones variadas y el precio era moderado, pero la restricción principal era que una mujer debía obtener el consentimiento de su marido, si estaba casada, o de un pariente varón. Aquella regla se pasaba por alto a menudo a cambio de un pago adicional. Shae había rellenado con antelación el papeleo necesario y había falsificado la firma de Hilo al lado de la suya al final de la página. La recepcionista echó un vistazo a los formularios, y luego a Shae, y abrió mucho los ojos. Shae sospechó que la joven no veía a menudo por allí a huesos verdes cargados de jade.

Wen entró con ella en la habitación y le sostuvo la mano durante todo el proceso, que duró menos de lo que Shae había esperado. Después, mientras descansaba placenteramente sedada, dijo:

—Tenías razón. Me alegro de que estés aquí. —Shae estuvo a punto de añadir: «Por favor, no se lo cuentes a nadie», pero se contuvo a tiempo, dándose cuenta de lo insultante y risible que sonaría. Ya sabía de sobra que a su cuñada se le podían confiar secretos.

Wen condujo de vuelta a casa. Shae se sentía aliviada, aunque algo maltrecha. Pensó en Maro (su expresión fervorosa, su amabilidad, su sincero optimismo y su fe en ella) y un lazo de tristeza y culpa pareció cerrársele en torno al cuello, haciendo que le costara respirar. No habían hablado de tener hijos, pero por la manera en que Maro hablaba de sus sobrinas, Shae estaba segura de que en algún momento querría forma una familia. No lo había llamado ni había contestado a ninguno de sus mensajes desde que habían hablado por teléfono cuando ella estaba en su despacho, hacía tres días, antes de que hubiera decidido qué tenía que hacer. Y lo que aún le quedaba por hacer. Le aterrorizaba la idea de que, si hablaba con él, algo en su voz la delataría y él lo sabría todo, o que si notaba la preocupación de Maro o lo veía de nuevo perdería la determinación.

Apoyó la cabeza en la puerta del coche.

—¿Piensas mal de mí? —preguntó.

Su cuñada dio un brusco frenazo que le hizo apoyar la mano en el salpicadero. Wen acercó el coche a la acera y lo dejó en punto

muerto. Se giró para mirar de frente a Shae con ojos llameantes.

—Shae-jen, me avergüenza decir esto, pero hubo un tiempo en que no confiaba mucho en ti porque no estaba segura de que fueras la clase de persona que pone a los demás antes que a sí misma. —Clavó en Shae una mirada tan firme que casi resultó inquietante—. Podrías haber abandonado tu puesto para casarte con tu novio y tener un hijo. Se armaría un escándalo durante un tiempo, pero luego quedarías libre para vivir una vida mucho más cómoda. Pero ¿qué sería de Sin Cumbre si no eres el hombre del tiempo? ¿Cómo podría mi marido ser el pedestal sin tus consejos? ¿Qué sería de todo el trabajo valioso que hemos realizado juntas, y cómo podría yo hacer algo por el clan en el futuro sin ti? —Su tono era prácticamente furioso—. Jamás podría perdonarte si decidieras ser tan egoísta. Así que, ¿cómo se te ocurre que pueda pensar mal de ti por ser responsable?

Shae se había quedado pasmada.

—Pero tú tienes hijos.

Wen metió primera y empezó a conducir de nuevo. Se terminó la infusión y habló con absoluta naturalidad:

—Cada una sirve al clan como mejor puede. Mira a Ayt Mada y lo sola que está. Nunca debemos ser como ella.

Antes de marcharse de Kekon para ir a Espenia a estudiar a la escuela de negocios de Belforte, en Windton, Shae había pasado tres semanas en una habitación del hotel Suites Serenas, en la isla de Euman. Jerald se había licenciado del ejército dos meses antes y la estaba esperando en su país natal, y después de la última bronca familiar, Shae no aguantaba estar cerca de su abuelo y no podía ni verle la cara a Hilo, así que hizo el equipaje y se marchó de la mansión Kaul.

Lan era el único que fue a verla, la noche antes de que se marchara. Fue en el transbordador desde Yanlún, llamó a la puerta de la habitación del hotel y la invitó a cenar. Shae dijo que le daba igual dónde, así que Lan propuso un local de tallarines cercano.

—A partir de mañana tendrás que comer comida espenia, así que vamos a por algo hogareño —dijo. El restaurante estaba en la calle principal de la ciudad portuaria. Las casas de comidas y los bares tenían carteles y menús escritos en espenio, y al ser una agradable noche de verano, el personal militar de permiso llenaba

los recintos al aire libre y charlaba ruidosamente en las aceras. No había linternas colgadas en los escaparates; a Lan y Shae no los atendieron por delante de los demás. El vuelo de Shae no despegaba hasta el día siguiente, pero ya se sentía como si estuviera en otro país.

A Lan no parecía molestarle que no lo reconocieran y saludaran. Mientras esperaban a que les llevaran la comida, observó pensativo y perplejo lo que lo rodeaba.

—No me sorprendería —dijo— si acaba así el mundo entero: una amalgama irreconocible, gente y culturas mezcladas. Me pregunto si el jade, los clanes y los huesos verdes encajarán.

—Es tu problema, no el mío. —Echando la vista atrás, había sido descortés con su hermano, pero en aquel momento, las gemas de Shae estaban encerradas en la caja de seguridad de un banco y ella seguía de mal humor y acusando la resaca del jade.

—Deberías comer más —dijo Lan al ver que no se había acabado el cuenco—. Tienes por delante un viaje largo y agotador, y después estarás sola en tierra extranjera.

—No estaré sola —replicó—. Estaré con Jerald.

—Siempre estamos solos con nuestras decisiones. —Lan le echó una mirada compasiva. Llevaba un año de pedestal, y en ese tiempo se había vuelto más adusto y directo; había parecido envejecer de una manera que ampliaba los nueve años que los separaban—. Puedes tomar una decisión racional y bien informada y aun así no estar preparada para lo que implica. Eres la más joven de la familia, y mujer, y una Kaul; ninguna de esas cosas te hace la vida más fácil en Kekon, pero en Espenia empezarás por debajo de todos los demás. Tendrás que pelear por cada brizna de respeto que estabas acostumbrada a recibir en casa.

—Te ha mandado el abuelo para que intentes por última vez hacerme cambiar de idea.

—No —contestó Lan con una mirada de reproche y tanta frialdad que Shae apartó los ojos, avergonzada—. He dicho que apoyo tu decisión, pero soy tu hermano mayor y el pedestal, así que tengo un poco más de experiencia sobre la vida; la suficiente para decirte que, vayas adonde vayas, otros intentarán definirte. A menos que te definas a ti misma.

—Tengo veinticuatro años, Lan —dijo Shae—. Puedo cuidarme.

—Ya lo sé —dijo Lan con tristeza. El camarero se acercó y se llevó los platos. La luna hinchada y anaranjada se reflejaba en el estrecho tramo de agua que separaba la isla de Euman de la silueta de Yanlún, que Shae pronto vería desaparecer por la ventana del avión y no volvería a encontrar en dos años—. Tan solo intenta no olvidar quién eres.

Aunque varios países celebraban el final de la Guerra de las Naciones (el Día de la Victoria, en Espenia; el Día del Fin de la Guerra, en Tun; el Día de la Liberación, en las islas Uwiwa, por mencionar algunos), la fiesta nacional de Kekon conmemoraba la derrota de las fuerzas de ocupación shotarianas y la restauración de la soberanía del país, cincuenta y dos días antes de la firma del armisticio internacional. El nombre oficial de la festividad, «el Triunfo de los Héroes de la Nación contra la Opresión Extranjera», rara vez se usaba por resultar rebuscado; se conocía simplemente como «el Día de los Héroes».

Cuando era pequeño, a Hilo le encantaba el Día de los Héroes, porque además de ser una fiesta patriótica se celebraba la cultura de los huesos verdes. La academia Kaul Du y la escuela del templo Wie Lon abrían las puertas al público y hacían demostraciones de las disciplinas del jade. Los cines programaban maratones de películas de aventuras sobre Beijen, el legendario guerrero huesos verdes. Se alababa y se honraba a los veteranos como su abuelo o su ya fallecido padre. Por la noche había un desfile y fuegos artificiales. Cuando acababa la fiesta, Hilo se iba a dormir sonriendo y sintiéndose como un príncipe.

Como pedestal del clan temía el Día de los Héroes, y aquel año más que nunca. Se esperaba de él que apareciera en público en muchos sitios y aceptara graciosamente los respetos de una cantidad innumerable de gente, a la vez que mantenía la solemnidad apropiada en memoria de los caídos durante la lucha por la libertad de Kekon. Imaginaba que, aquel año, la fiesta estaría impregnada de la tensión del sentimiento antiextranjero que, además, haría que el escándalo del pasado de Shae empeorase las cosas para Sin Cumbre. Shae había avisado de que no se encontraba bien, pero Hilo no la habría culpado si hubiera dicho que prefería saltarse el montón de mierda y la inevitabilidad de ver la cara de jactancia de Ayt Mada.

—Olvida la basura que están esparciendo Ayt y los periódicos —le había dicho Hilo—. Tienes que mantener el control de la calle del Barco. Hami estaba en el despacho con los dos que fueron a verme. No habló en contra de ti, pero tampoco te defendió. Eso no es bueno, Shae.

Su hermana estaba pálida y mucho más silenciosa de lo habitual.

—Me encargaré de ello —dijo.

—Si los tuyos te apoyan, da igual lo que piensen esos otros cabrones. Pero los tuyos tienen que apoyarte.

—He dicho que me encargaré —repitió Shae—. ¿Confías en mí?

—No tengo alternativa, ¿no?

Hilo no tenía intención de ceder a presiones de fuera del clan, pero ¿qué pasaría si las cosas se pusieran tan mal que Shae no tuviera credibilidad para dirigir el lado de negocios de Sin Cumbre? No quería ni pensar en la posibilidad de tener que retirar a su hermana del puesto; estaba seguro de que eso era justo lo que esperaba Ayt Mada. Tres años antes, Montaña había intentado debilitar la posición de Lan asesinando a Hilo; ahora trataba de hacerle lo mismo a él: socavar su posición atacando a Shae.

Hilo había pasado a la ofensiva. Koben Ato, que ya contaba diez años, había pasado una semana enfermo hacía poco debido a un fuerte virus estomacal, un detalle que solo había trascendido porque el chico había empezado a entrenarse en la escuela Wie Lon y era una especie de celebridad. Cuando la prensa le preguntó por el pasado de Shae, Hilo respondió que sería mejor que dirigiera la indignación a los pasados crímenes de líderes de clan de los que se sabía que asesinaban a sus propios parientes. Dijo explícitamente que esperaba que la enfermedad del sobrino de Ayt no fuera nada más siniestro; quizá la familia Koben debería preocuparse por la posibilidad de que sufriera el mismo destino que su padre.

El intento desvió un poco la atención, pero no tuvo mayores consecuencias. La idea de que Ayt Mada pudiera atentar contra un niño era escandalosa pero infundada, y a pesar de que recordó a la gente el fratricidio, en el clima político del momento parecía que llegar al poder a base de asesinatos era más perdonable que acostarse con un extranjero. Sin Cumbre seguía en una posición exasperante e Hilo aún no sabía qué hacer. Tuvo el problema en mente toda la mañana del Día de los Héroes mientras caminaba por

el parque de la Viuda acompañado por un gran contingente de leales al clan Sin Cumbre, dejando flores y frutas en el mausoleo de la familia Kaul y en las tumbas de otros huesos verdes muertos durante el derrocamiento de la ocupación shotariana, durante la Guerra de las Naciones. Aquella parte del programa fue en realidad agradable, pues su familia estaba con él. Wen había vestido a los niños de traje (incluso Ru llevaba una minúscula chaqueta y una corbata de clip que ya había cubierto de babas), y la gente exclamaba lo guapos que estaban, lo que agradaba enormemente a Hilo. Niko echó carreras entre las lápidas y se puso perdidos los zapatos.

La tarde, sin embargo, fue una ordalía. Wen y los niños se marcharon a casa, e Hilo se dirigió en coche al Barrio Monumental, donde Su Celestialidad el príncipe Ioan III realizaría una gran aparición pública ante el Palacio Triunfal. En los retratos lo representaban como un hombre de aspecto regio e imponente, pero en persona, el ceño recargado y el mentón menguante le daban un aspecto de confusión perpetua. De todas formas, cumplía sus obligaciones ceremoniales y caritativas con bonhomía y buena disposición, y había engendrado dos hijos y dos hijas, de modo que era bastante popular. Cuando salió del palacio y saludó con la mano a la muchedumbre, lo vitorearon con entusiasmo.

Como dictaba la costumbre del Día de los Héroes, los jefes de los clanes de huesos verdes asistían para demostrar su fidelidad al monarca del país. Subían por turno los escalones del palacio, se arrodillaban ante el príncipe y declaraban la lealtad de sus clanes y su disposición a servir. El acto tradicional y ceremonial era un recordatorio de la fundación moderna del país, cuando los guerreros de jade que triunfaron sobre la ocupación extranjera renunciaron al poder político, como dictaba el aisho, y guiaron el restablecimiento de la monarquía y el Consejo Real.

Hilo hizo una mueca burlona cuando Ayt Mada subió los escalones de mármol y se inclinó como un tigre dispuesto a consentir que un niño lo acariciara. El príncipe era una figura de autoridad sin auténtico poder, pero, una vez al año, la gente se animaba con orgullo patriótico al comprobar que incluso los huesos verdes más poderosos, los que poseían auténtica influencia en la sociedad, se mostraban unidos como siervos de Kekon. Ese tipo de

garantía era especialmente importante en aquel momento, con una guerra que se desarrollaba en el extranjero, no muy lejos.

Hilo siguió a su enemiga, se arrodilló en la entrada del palacio y tocó el suelo con la frente.

—Su Celestialidad —dijo—, yo, Kaul Hiloshudon, pedestal de mi clan, pongo a Sin Cumbre a vuestro servicio. Que viváis trescientos años bajo el favor de los dioses.

Cuando acabó aquella parte de la pompa ceremonial, el séquito del príncipe lo escoltó en el trayecto hasta los jardines públicos situados tras el Salón de la Sabiduría, donde bendijo la inauguración de una estatua que conmemoraba la famosa asociación, durante la guerra, de Ayt Yugontin y Kaul Seningtun, la Lanza y la Antorcha de Kekon. Hilo estaba obligado a asistir al acto y contemplar la representación en bronce de aquella versión mucho más joven de su abuelo, erguido y ufano al lado de su camarada y con la mirada perdida en la lejanía, presumiblemente dirigida al glorioso futuro de Kekon.

Tras la declaración de la tregua entre los clanes, ocurrida el año anterior, a alguien del gobierno municipal de Yanlún debió de ocurrírsele que era una buena idea encargar una obra de arte pública para celebrar el restablecimiento de la armonía entre los huesos verdes. Teniendo en cuenta que los clanes se encontraban en aquel momento en una competición por socavar y arruinar al contrario, competición que parecía ir ganando Montaña, todo el asunto le resultaba a Hilo de lo más irónico.

Después de que el príncipe y unos cuantos funcionarios hubieran pronunciado sus discursos, Ayt cogió el micrófono y habló con elocuencia de la clase de hombre que había sido su padre adoptivo: un general brillante, un huesos verdes honorable y, por encima de todo, un patriota ejemplar.

—Mi padre sostenía que el jade iba acompañado de una gran responsabilidad, y que los huesos verdes debían su lealtad al país por encima de todo. —Ayt dejó que sus palabras colgaran en el aire mientras sus ojos recorrían la multitud allí reunida, para al final detenerse en el pedestal rival, que estaba cerca de la primera línea y debería hablar a continuación. Hilo sintió el peso de su mirada y la presión de su densa aura, que lo bañaba como un foco inoportuno. Ayt siguió hablando sin apartar la vista de Hilo—: La lealtad a una

causa más elevada, a la seguridad del país, está por delante incluso de los preciados lazos entre amigos y parientes. Un líder fuerte debe ser capaz de dejar a un lado los sentimientos y tomar decisiones dolorosas por el bien de la mayoría.

El mensaje estaba claro: todo lo que había hecho para convertirse en el pedestal de Montaña, incluso el asesinato del juerguista inútil que era su hermano adoptivo y de la vieja guardia de su padre, lo había hecho por el bien del clan y del país. Kaul Hilo, por el contrario, al apoyar con testarudez a su indigna hermana, no era un gran líder.

—Mi padre, si estuviera vivo —prosiguió Ayt, volviéndose hacia la muchedumbre—, se desesperaría al ver que los intereses extranjeros han vuelto a invadir nuestro país, esta vez con la ayuda de quienes deberían ser sus defensores más férreos. Como hija de la Lanza de Kekon y pedestal de mi clan, estoy profundamente preocupada.

Shae le había preparado un discurso a Hilo; contenía palabrería inocua sobre el Día de los Héroes y algunas anécdotas conmovedoras y amenas sobre el abuelo. Hilo había acudido al acto decidido a ceñirse al texto al pie de la letra, sin responder a las provocaciones de Ayt, pero se fue indignando a marchas forzadas mientras Ayt seguía hablando.

—El hombre del tiempo del segundo clan más importante del país es una sierva de los extranjeros y de sus costumbres. Sus actos pasados demuestran que tiene un carácter débil, no es digna de ser llamada kekonesa y no se le puede confiar una posición de poder e influencia. Es hora de que mi homólogo escuche las preocupaciones del público.

Ayt Mada estaba empalmando lo que se suponía que iba a ser un discurso amable sobre su padre con una acusación directa a su rival. Algunos miembros del Consejo Real que asistían al acto se empezaban a agitar, incómodos. Algunos espectadores asentían; otros escuchaban inexpresivos o miraban a Hilo, pendientes de su reacción. Los ojos de Hilo se habían convertido en rendijas; mantenía el semblante inalterado, pero sabía que cualquier huesos verdes cercano estaría Percibiendo su furia contenida.

—Hilo-jen —gruñó Kehn detrás de él, en voz baja e inquieta—, no tenemos que quedarnos y escuchar toda esta mierda. Podemos

irnos ahora mismo.

Hilo no respondió a su cuerno; podía sentir el aura de Ayt Mada zumbando con curiosidad engreída. ¿Podría provocarlo hasta hacerlo estallar delante de todo el mundo? ¿Cedería por fin a la presión y retiraría a Shae del cargo de hombre del tiempo, haciendo que Sin Cumbre pareciera culpable y débil, o se negaría obstinadamente y contemplaría la caída en picado de la reputación del clan y el cuestionamiento de su propia aptitud, ganada con esfuerzo, como pedestal?

No Percibió que Shae se acercaba hasta que estuvo justo a su espalda. El aura de su hermana chisporroteaba como electricidad estática contra la suya, y cuando se giró, sorprendido, vio que avanzaba en línea recta hacia él. Llevaba el pelo recogido en una coleta apretada, y, a la luz del sol, el jade le resplandecía en el cuello. Sus pálidos rasgos estaban tan inmóviles como los de una máscara. Se detuvo al llegar junto a él, pero apenas miró en su dirección.

—Creía que no te encontrabas bien —dijo Hilo—. ¿Qué haces aquí?

—Acabar con esto —dijo el hombre del tiempo, y dio un paso adelante con la determinación de alguien que salta a las vías desde un andén del metro.

Hilo se dio cuenta de lo que pretendía un segundo antes de que hablara, pero para entonces, Shae había recorrido la mitad de la distancia hasta el estrado.

—Basta —dijo Shae, en voz bastante alta para cortar a Ayt a mitad de frase y que la oyeran los que estaban cerca. Una ola de asombro recorrió la multitud, y el aura candente de Ayt tocó la de Shae como lava que se derramara sobre rocas. Shae siguió avanzando, implacable, fría como la luna—. Ya me has insultado y difamado bastante. Me has llamado mala nieta y hombre del tiempo incapaz; has dicho que soy indigna del jade, una traidora y una puta.

Se detuvo; durante un instante, el silencio fue abrasador.

—Ayt Madashi, pedestal de Montaña, te ofrezco una hoja limpia.

# Segundo interludio
# Los dos tronos

Después de la época de las Tres Coronas de la historia kekonesa, que terminó con la autodestrucción de la estirpe real Hunto, los dos reinos triunfantes (Jan en el norte y Tiedo en el sur) intentaron mantener una relación pacífica siguiendo la costumbre ancestral de intercambiar vástagos de la realeza. El monarca de Jan tenía tres hijos, pero solo uno era varón, de modo que ofreció a su hija mayor como rehén de Tiedo.

En Tiedo, el azar quiso que la cautiva princesa Jan y el príncipe primogénito se enamoraran profundamente y se casaron. Sin embargo, cuando el príncipe sucedió a su padre, su esposa lo presionó para que atacara el hogar natal de esta y gobernara todo Kekon. Los historiadores debaten hasta qué punto la guiaban la ambición política, la confianza ciega en su marido o el rencor hacia la familia que la había entregado como pieza de cambio. El nuevo rey dudó al principio, pero después de que su hermano menor, cautivo en Jan, pereciese en un accidente sospechoso mientras se entrenaba, cedió a los estímulos de su esposa y declaró la guerra.

Su rival, el príncipe de Jan, era inteligente, pero de constitución enfermiza. Aunque en aquella época era poco habitual que las mujeres se formaran como huesos verdes, permitieron que su hermana menor aprendiera las disciplinas del jade. Esta se casó con un guerrero que llegó a ser un famoso general del ejército de Jan, y después se convirtió en una figura clave en la campaña contra su hermana y su cuñado de Tiedo. La victoria final de Jan, que tuvo lugar doscientos años más tarde, unificó la isla bajo una monarquía cuya capital quedó situada en la costa septentrional, donde continúa en la actualidad. Aunque la lucha entre los reinos norteño y sureño se alargó más allá de la vida de sus instigadores, este

fragmento de la historia de Kekon se sigue llamando la era de las Hermanas Batalladoras.

Los kekoneses tienen una visión general negativa sobre esta época, pues el largo conflicto debilitó el país y redujo la población de guerreros de jade, lo que permitió que los sucesivos invasores extranjeros se asentaran en la isla. A pesar de todo, y a juzgar por la cantidad desproporcionada de novelas y películas kekonesas ambientadas en la época, la historia de la traidora princesa de Jan y el príncipe de Tiedo se considera uno de los grandes romances de la historia, y la guerra resultante entre las dos hermanas se relata como uno de sus dramas clásicos. La obra más famosa sobre este periodo, Los dos tronos, empieza con una cita ampliamente divulgada que proviene de la visión de la filosofía deísta sobre el origen de los conflictos terrenales: «De las rencillas más nimias surgen las peores guerras».

# Capítulo 31
# Conservar la dignidad

Se acordó que el duelo tendría lugar a la mañana siguiente, pues habría sido de mal gusto derramar sangre en una celebración nacional y alterar los festejos programados para el Día de los Héroes. Las combatientes se encontrarían en el bosque Juro, a mitad de camino entre las residencias Ayt y Kaul. Shae sabía que debería levantarse temprano, pero la idea de dormir parecía imposible teniendo en cuenta que aquella podía ser la última vez en su vida. Alrededor de medianoche, con el sonido de los fuegos artificiales oyéndose aún esporádicamente por la ciudad, entró en la sala de oración de la mansión principal y se arrodilló en el cojín colocado ante el pequeño altar. La oscura certidumbre y el sentimiento de fría determinación que la habían invadido antes no estaban por ninguna parte. Lo único que sentía eran un miedo y una angustia nauseabundos.

Shae era una huesos verdes hábil y cargada de jade que se había licenciado como primera de su clase en la academia Kaul Dushuron. Ahora pasaba la mayor parte de los días detrás de una mesa o en reuniones. Mantenía una rutina de entrenamiento matinal diario y sesiones periódicas con un entrenador privado, pero, a diferencia de Hilo, no había practicado con constancia para mantener sus habilidades marciales al máximo. Si hubiera tenido el más mínimo indicio de que se encontraría en aquella situación, habría pasado los seis últimos meses trabajando con regularidad con el maestro Aido. Ayt Madashi portaba más jade y había matado a más hombres en combate singular que cualquier mujer huesos verdes de la historia reciente. Habían pasado años desde su violento ascenso a la posición de pedestal; quizá también se hubiera relajado. Shae esperaba que fuera así, pero no se sentía muy optimista.

Inclinó la cabeza.

—Anciano Tío que estás en el Cielo, júzgame mañana como la más verde de los tuyos, si tienes a bien —musitó rezándole a Jenshu el Monje, El Que Regresó, dios protector de los huesos verdes. Hizo una pausa—. Y si tu veredicto es otro, al menos concédeme el crédito por haberlo intentado.

La expresión de auténtica sorpresa en la cara de Ayt, la tarde anterior, le había granjeado un momento de pura satisfacción. Si el pedestal de Montaña había considerado en algún momento la posibilidad de que Shae la desafiara a una hoja limpia, había descartado la idea. El objetivo de su ataque era una joven sentada en un despacho, no un puño varón cargado de testosterona y hambriento de jade. No alguien ansioso por morir.

Una atmósfera de mutua incredulidad había colgado sobre las dos mujeres durante unos instantes, y después, el aura de jade de Ayt se había hinchado de forma amenazadora cuando clavó en Shae una mirada que pareció difuminar al público estupefacto que las observaba. Ayt dejó en el estrado los papeles del discurso. En el silencio antinatural, el micrófono magnificó el roce de las páginas. El pedestal de Montaña se apartó del podio y habló con una voz firme y clara que no necesitó amplificación.

—Acepto.

Tras superar la conmoción inicial por lo que acababa de hacer su hermana, Hilo se enfureció, lo que no fue una sorpresa. Ni siquiera el pedestal podía cancelar un desafío entre dos partes una vez declarado y aceptado voluntariamente, pero a juzgar por el rugido explosivo de su aura de jade, Shae pensó que Hilo sería capaz de matarla él mismo antes de que Ayt tuviera la oportunidad. Cuando estaban en el Duchesse, tras escapar del alboroto que se desató, Hilo luchó por encontrar palabras.

—Pero ¿qué cojones, Shae? —gritó.

—Es la única forma —susurró Shae, aturdida por lo que acababa de hacer.

La única forma de acallar el escándalo, de barrer todas las dudas, de silenciar a Ayt Mada y a cualquiera que la acusara de ser demasiado espenia, de estar demasiado influida por los extranjeros, de ser una ingenua indigna de confianza. Daba igual que Hilo la mantuviera en su puesto o no; después de las dañinas acusaciones

de Ayt, jamás la volverían a tomar en serio como hombre del tiempo a menos que respondiera a los críticos de forma tajante.

—Detén esta estupidez mientras puedes —le había ordenado Hilo—. Retira el ofrecimiento de una hoja limpia. Eres bastante verde, desde luego; más que la mayoría de los hombres, pero no tienes esperanza de vencer a Ayt Mada, a menos que tengas algún truco que no me has contado o que hayas estado entrenándote en secreto por las noches todo el año. —Del silencio de Shae dedujo que no era el caso, y estalló otra vez—: ¿Intentas que te maten, entonces? ¿No se supone que tú eres la inteligente?

Lo cierto era que Shae había sentido un impulso aterrorizado de retirar la oferta en cuanto salió de sus labios, pero la esperable furia de Hilo la empujó de nuevo al estado de lógica inexorable que la había poseído antes. Renegar del desafío daría al traste con cualquier reputación que le quedara y sería una vergüenza irreparable para Sin Cumbre. Hilo, que se había batido en suficientes duelos durante su vida, lo sabía, de modo que el hecho de que siquiera lo sugiriese era curiosamente conmovedor.

—Está hecho, Hilo —dijo—. No puedo dar marcha atrás.

—Tiene razón —dijo Kehn desde el asiento del conductor—. Ayt es la ofensora. Además, nadie de Sin Cumbre ha visto nunca pelear a esa zorra. Shae-jen tiene tantas posibilidades como cualquiera.

—No te he preguntado tu opinión —le ladró Hilo a su cuerno, algo que Shae no le había visto hacer jamás—. Ayt siempre está buscando formas de hacernos daño. Ahora tiene una hoja limpia y la posibilidad de cortarle la cabeza a mi hermana a la vista de todo el mundo. ¡Tiene que estar dando saltos de alegría!

Shae tuvo que reconocer que la situación era de una ironía dolorosa. Cuatro años antes no estaba muy segura sobre volver a Yanlún; ahora estaba sacrificando una relación, un embarazo y muy probablemente su propia vida para defender su posición y su reputación como hombre del tiempo de Sin Cumbre. Normalmente, ella no era la audaz y temeraria; dentro de la familia, ese papel siempre le había correspondido a Hilo.

«Cómo cambian las cosas». Por otro lado, todos los actos que Ayt Mada había hecho públicos como pruebas de la debilidad de carácter de Shae (ennoviarse con un extranjero, trabajar para los espenios, quitarse el jade y dejar el clan para ir a estudiar fuera del

país) habían sido declaraciones de rebeldía, intentos de demostrarse que era igual o mejor que sus hermanos. Quería lo que otros le decían que no podía tener, estaba dispuesta a inmolarse dramáticamente antes de aceptar imposiciones. Así que no; algunas cosas no habían cambiado en absoluto.

Se abrió la puerta de la sala de oración y entró Hilo. Shae no se levantó ni se giró para mirar a su hermano, pero para su sorpresa, él se arrodilló a su lado y tocó el suelo con la frente tres veces, como era la costumbre. Shae jamás lo había visto en aquella estancia.

—Pensaba que no creías en los dioses —dijo cuando él se irguió.

—Y no creo —dijo Hilo—, pero el sentimiento es mutuo, así que quizá no me lo tengan en cuenta. —Su aura de jade seguía zumbando con un tono más alto de lo habitual, pero estaba más tranquilo que antes. Quizá Wen hubiera hablado con él; siempre había sido capaz de apaciguar la mente de su marido.

Shae podía oír en la planta alta los pasos de su cuñada, que acunaba a Ru antes de acostarlo, y podía Percibir la suave energía de Niko, que estaba dormido. Pensó en que quizá no viviría para ver crecer a sus sobrinos, y sintió un dolor en el pecho. Hilo volvió a hablar.

—Si esto es la paz, creo que prefiero la guerra —murmuró.

Shae lo miró.

—Ayt nos tenía pillados y lo sabía. Daba igual que yo abandonara el puesto o no; Sin Cumbre quedaría dañado. Se nos vería como más débiles que Montaña. Hacerme trizas sería solo el principio. —Volvió a mirar el altar, alzando la barbilla—. Ocurra lo que ocurra mañana, le habremos quitado la ventaja.

—No nos servirá de mucho si estás muerta. —Hilo le dirigió una mirada feroz—. No me escuchaste. Nunca me escuchas. Hiciste una locura, como siempre. Así que ahora tienes que seguir adelante… y ganar. —Le agarró un brazo con tanta fuerza que le hizo daño y la obligó a mirarlo—. Lo que ha dicho Kehn es verdad: tienes la posibilidad de acabar con Ayt Mada. Los dos sabemos que en una pelea puede pasar cualquier cosa, y un duelo se desarrolla aquí. —Se tocó el centro de la frente con el dedo—. Antes de que se desenvainen las espadas. Así que dime que lo conseguirás, Shae. Le cortarás a Ayt la puta cabeza y acabarás con todo esto.

Shae sintió un cosquilleo en los huesos, provocado por la presión insistente del aura de su hermano. Se obligó a hablar pese al nudo que se le había formado en la garganta.

—Lo conseguiré —dijo, con voz muy baja pero firme—. Mañana venceré.

Hilo la soltó y se puso en pie; la fiereza de su expresión no había cambiado.

—Entonces, deja de estar aquí sentada fingiendo que hablas con los dioses. Vete a la cama y descansa. O coge la espada luna y practica; pon tu mente en el lugar adecuado. —Abrió la puerta—. Estaré en la sala de entrenamiento.

Por la mañana, Shae se levantó y se puso unos pantalones cómodos, una camiseta ajustada, la chaqueta tradicional de cuero y calzado de suela fina. Se sujetó el pelo en una coleta y se examinó en el espejo, planteándose cuánto jade portar. Los luchadores que esperaban conseguir hasta la última brizna de ventaja llevaban al duelo todo el jade que tenían, pero eso significaba perderlo todo si los derrotaban. Los huesos verdes que pretendían conseguir una pequeña ventaja marcial al cargar con su arsenal entero deberían pensar en su jade con más prudencia, considerarlo una riqueza familiar que sería mejor que pasara a otros parientes en vez de adornar el cuerpo de un enemigo. A pesar de la victoria que le había prometido a Hilo la noche anterior en la sala de oración, Shae, por naturaleza, era realista sobre sus posibilidades. Tras un largo momento de consideración se quitó los pendientes y las pulseras, y conservó las tobilleras y la gargantilla doble.

Tomó su mejor espada luna: setenta y cinco centímetros de largo, con una hoja de un solo filo, levemente curvada, de cincuenta y dos centímetros, del exquisito acero templado Da Tanori y empuñadura punteada con piedrecitas de jade. No tenía ni pizca de hambre, pero cascó un huevo en unas gachas calientes y se obligó a comer. Miró alrededor, pensando que la casa era agradable y que Wen la había decorado con buen gusto; el suelo de madera y los muebles oscuros de líneas sencillas contrastaban con los almohadones, las paredes claras y las cortinas de tonos pastel.

Era demasiado grande para una persona, de todas formas. Shae pensó en Maro, en todos los mensajes que había pasado por alto y que llenaban la cinta del contestador, y se le formó un nudo en la

garganta que le hizo imposible acabarse los últimos bocados del desayuno. La culpa y el arrepentimiento se hincharon y se le asentaron en las tripas como si fueran gases. Anhelaba, con más desesperación de lo que había esperado, ver la cara de Maro, oír su voz, aprovechar la oportunidad de decirle que lo amaba. Lo había sabido al fin, cuando ya era demasiado tarde. Deseó haber pensado en escribirle una carta, pero ya no había tiempo para hacerlo como era debido, y hablar con él en aquel momento no les haría ningún bien a ninguno; no estaba segura de poder explicarse, y Maro, el idealista, racional y discutidor Maro, con sus dos piezas de jade y su escepticismo en cuanto a la cultura de los clanes, no la comprendería. Maro jamás se había batido en duelo; se había retirado en vez de derramar sangre o jugarse la vida para satisfacer los conceptos tradicionales del honor de los huesos verdes. Le diría que hiciera eso mismo.

Lavó y secó el cuenco y la cuchara, los guardó y apagó todas las luces de la casa. Después salió y se reunió con Hilo y los Maik, que esperaban junto al Duchesse.

El trayecto lo realizaron en silencio. El tono oscuro por debajo de los ojos de Hilo daba a entender que no había dormido; no más que ella. Hilo no habló, y los hermanos Maik, siguiendo el ejemplo, tampoco. En la mañana siguiente a una festividad, el tráfico era ligero, y no tardaron mucho en llegar a la residencia y los jardines de la guarnición, en el bosque Juro. Shae sospechaba que Ayt Mada había elegido aquel lugar por su simbolismo. Era una mansión colonial de azulejos rojos y columnatas blancas; había sido la residencia del gobernador shotariano durante la época de la ocupación, y se había librado de la demolición al convertirse en un hito histórico nacional que ahora contenía un museo y jardines públicos. Shae y Ayt se enfrentarían en el prado, con el telón de fondo del símbolo más visible de la pasada dominación extranjera del país.

La calidez que se insinuaba en el aire prometía que el día sería tórrido, pero el cielo estaba cubierto de espesas nubes y una capa de neblina veraniega colgaba sobre la ciudad, creando un resplandor difuso bajo un sol invisible. Cuando el Duchesse se detuvo delante de los jardines públicos, Shae vio que una muchedumbre rodeaba el prado. Algunos llevaban cámaras y otros habían extendido mantas

en el suelo. Durante un instante, Shae pensó que habían interrumpido algún acto público y que quizá incluso tuvieran que cambiar el lugar del duelo. Entonces cayó en la cuenta de que el acto público era precisamente el duelo. Por supuesto, los duelos eran habituales, pero aquel no era uno cualquiera. El desafío de Shae había desatado una tormenta de interés a lo largo de la noche. Unas hojas limpias entre el pedestal y el hombre del tiempo de los dos clanes principales de país ya eran algo bastante espectacular por sí mismo, pero, además, nunca había tenido lugar un duelo entre dos mujeres de tan alto rango en sus clanes respectivos. Solo en la generación posterior a la guerra, con la población de huesos verdes varones diezmada, se había convertido en algo corriente que las mujeres se entrenaran para portar jade. En la actualidad, una de cada cinco licenciados de las escuelas de artes marciales del país era mujer, pero la mayoría de los hombres seguía rechazando batirse contra ellas, y los duelos entre mujeres, incluso si eran puños, se seguían menospreciando como algo risible.

Pero aquel combate no sería ninguna broma. Shae y Ayt Mada iban a hacer historia, fuera cual fuera el desenlace. Progreso social al estilo kekonés, pensó Shae. Igualdad de oportunidades de morir bajo la espada.

Cerró los ojos un momento antes de salir del coche. Incluso cuando la mente estaba decidida, el cuerpo se oponía con vehemencia a la posibilidad de acabar herido o muerto. Se le habían humedecido las manos, y sentía en el pecho una presión que intentó aliviar controlando la respiración. Se preguntó si los huesos verdes cercanos Percibirían los latidos de su corazón con tanta intensidad como ella. De repente se le pasó por la cabeza que sus compañeros de la escuela de negocios de Belforte, en Windton, se quedarían horrorizados y estupefactos ante lo que estaba a punto de hacer. La idea, curiosamente, la hizo sonreír.

Tar se apeó y abrió la puerta para que Hilo y ella salieran; los espectadores se acercaron con interés, aunque mantuvieron una distancia respetuosa ante la intimidante presencia de los líderes de Sin Cumbre cuando estos entraron en el prado. Apenas unos segundos después de su llegada, un Stravaconi Monarch plateado, largo y elegante, se detuvo tras el Duchesse. De él salió Ayt Mada, seguida por su cuerno y dos puños. Ayt no se mostró perturbada por

la presencia de la multitud; respondió con un movimiento de cabeza a los leales a Montaña que gritaron su nombre y la saludaron. Llevaba una camiseta negra ajustada y pantalones cómodos de seda, con un cordel como cinturón. Se había atado el pelo en una cola de caballo apretada, y llevaba a modo de diadema unas gafas de sol, que se quitó y entregó a Nau Suen mientras se dirigía al centro del prado. Nau se las guardó en el bolsillo de la camisa, como si fuera lo que hacía siempre que su pedestal participaba en un duelo. Ayt daba la impresión de haberse pasado por allí mientras hacía las compras del sextodía, salvo por el detalle de que llevaba colgada al hombro la espada luna de treinta y un centímetros con empuñadura tachonada de jade. Portaba todo su jade de la forma habitual, en brazaletes de plata enroscados en los dos brazos.

Había llegado el momento. Shae desenvainó la espada luna y se la mostró a Hilo. Este giró la cabeza y miró al otro lado del prado, a Ayt y a sus acompañantes. Giró lentamente, miró el arma de Shae y escupió en el metal blanco para llamar a la suerte. Shae fue a decir algo, ni siquiera estaba segura de qué, pero Hilo le puso las manos en los hombros. El agarre y el aura de su hermano cayeron sobre ella como una cálida chaqueta de plomo. Hilo se inclinó hacia ella hasta quedar mejilla contra mejilla.

—Vienen de camino cuatro coches llenos de puños y dedos —le susurró al oído—, para bloquear el túnel de la calle Lo Low y todas las vías que salen de aquí. Otros se dirigen a la mansión Ayt, a la Fábrica y a otra media docena de propiedades de Montaña dentro de la ciudad. —Hablaba con voz baja y escalofriantemente desprovista de inflexión—. Hay hojas que no se pueden limpiar.

La frialdad de las palabras de Hilo recorrió la columna vertebral de Shae en una oleada de súbita comprensión. A diferencia de ella, Hilo no se había pasado la noche preocupándose ni rezando; había estado haciendo preparativos militares. Si Shae caía bajo la espada de Ayt, Hilo no permitiría que sus enemigos salieran con vida. Quebrantaría la inmutable ley de la hoja limpia: se cobraría una venganza prohibida sobre su asesina y arrastraría a los clanes y a la ciudad entera a una guerra sin cuartel.

Shae estaba horrorizada. Se iba a jugar la vida para limpiar su nombre y la reputación del clan, para resolver un conflicto de honor personal al viejo estilo, al estilo de los huesos verdes, bajo la mirada

del Anciano Tío y de acuerdo a las reglas que todos los kekoneses consideraban inviolables. El objetivo tradicional de los duelos era contener las disputas personales y evitar una escalada que las convirtiera en rencillas familiares o de clanes. Romper el pacto de la hoja limpia era inaceptable; cargaría sobre Sin Cumbre toda la culpa de la reanudación de la guerra. Hilo era un huesos verdes hasta la médula y el pedestal del clan; si quebrantaba de una manera tan flagrante el código moral bajo el que vivían…, lo echaría todo a perder. Convertiría en una farsa el honor de los guerreros de jade, honor por cuya defensa ella se iba a batir, para empezar.

Antes de que Shae pudiera expresar con palabras aquellos pensamientos, Hilo se apartó, con una expresión sombría e inescrutable, y caminó hasta la esquina donde esperaban los hermanos Maik. Shae se quedó sola en el centro del prado. Sola… salvo por la intensidad roja e impaciente de Ayt Mada, plantada ante ella, la espada luna ya desenvainada, esperando el comienzo del duelo.

Shae luchó por recobrar la concentración. Se preguntó durante un instante si Hilo se estaría marcando un farol, si aquello sería su retorcida manera de motivarla para que sobreviviera al duelo, pero no tuvo tiempo de valorar la idea. Un silencio preventivo había caído sobre la multitud; oyó a su alrededor el chasquido de los disparos de las cámaras. Su Percepción captó innumerables latidos, intensos y que parecían ir al ritmo de su propio pulso, todos ellos ansiosos y expectantes. Entre la muchedumbre destacaban las auras de jade de los huesos verdes de los dos clanes que se habían reunido para presenciar el acontecimiento, que supuestamente era una cuestión de honor personal entre las dos participantes pero que todos sabían que era mucho más. Los habitantes de Yanlún deseaban que los clanes mantuvieran la tregua, que respetaran los límites territoriales y colaboraran para combatir el crimen, el contrabando y las presiones internacionales, pero aun así habían acudido con entusiasmo sin apenas aviso previo para ver cómo se derramaba la sangre entre Montaña y Sin Cumbre.

Shae dio la cara a su adversaria y se llevó la hoja de la espada a la frente a modo de saludo. Ayt la imitó. La actitud despreocupada de Ayt había desaparecido. Su inmovilidad poseía ahora una

cualidad estremecedora, casi reptiliana en la forma en que se mantenía erguida y observaba a la mujer más joven, esperando que atacara primero. En la Percepción agudizada de Shae, Ayt era una columna de energía roja, el interior de una fragua cuyo calor doloroso impregnaba todo lo demás. Cuanto más contemplaba la mente de su rival, más inexpugnable parecía. Si seguía así, perdería el aplomo; Shae hizo acopio de Fuerza y se lanzó hacia delante con un estallido de velocidad. La espada luna cayó dando un corte diagonal descendente destinado a partir el torso de Ayt desde el hombro izquierdo hasta la cadera opuesta.

Ayt se echó hacia la izquierda hasta quedar justo tras el límite del alcance de la espada, desvió con habilidad el siguiente tajo de Shae y giró agachándose; el pelo se le enroscó en el cuello y la espada extendida se transformó en un borrón de acero. Shae saltó con Ligereza, librándose por los pelos de que le segara las rodillas, y descendió golpeando duramente desde arriba. Ayt sujetó el canto de su espada con la mano izquierda y bloqueó el ataque de Shae. Durante un instante, el metal blanco rechinó contra el metal blanco, la Fuerza chocó contra la Fuerza y las auras de jade de las dos mujeres vibraron con el impacto. Luego, Ayt se despegó, cambió de dirección como la cola agitada de un pez y su espada emprendió una trayectoria letal hacia el cuello de Shae.

Shae sacudió la cabeza, apartándola del arma, y levantó instintivamente el brazo Acerado para cubrirse. La espada luna de Ayt alcanzó el antebrazo alzado; el filo rasgó la piel, pero se detuvo sin alcanzar el músculo ni el hueso. Con toda su atención centrada en el arma enemiga cuando le pasó a centímetros de la cara, Shae estuvo a punto de no Percibir el golpe de Canalización que Ayt lanzaba con la mano izquierda, dirigido hacia el centro como un afilado ariete de metal, con intención de atravesarle el corazón y los pulmones.

Shae retorció el torso para quitarse de en medio a la vez que se escudaba con Acero; la caja torácica se le estremeció con la energía de jade concentrada al encajar el impulso letal de Ayt. Contraatacó con desesperación ciega: un rápido golpe de Canalización dirigido al esternón, seguido de una Desviación lanzada sin apuntar pero que, a pesar de todo, restalló contra la cintura de su adversaria. Ayt retrocedió varios pasos tambaleándose, con una mueca en el rostro.

Los ojos del pedestal se ensancharon de asombro, y su compostura normalmente perfecta se agrietó cuando las dos mujeres se dieron cuenta a la vez de una cosa: Shae tenía una posibilidad de vencer. En los primeros instantes del duelo, cualquiera pudo ver que Ayt Mada era una luchadora de jade excepcional, una combatiente poderosa y preparada, de sobras merecedora de su reputación; pero Shae era rápida, hábil y, lo que quizá era más importante, doce años más joven: una huesos verdes en plenitud física.

Durante un momento parecieron estar en tablas emocionales. Entonces, el aura de jade de Ayt se iluminó con la violencia de una supernova a la vez que una oleada de adrenalina y una extraña sensación de tiempo ralentizado se adueñaron del cerebro febril de Shae. Ayt se lanzó al ataque con la espada alzada y los labios contraídos y, con un grito salvaje, Shae correspondió con Ligereza y su arma cortó hacia delante en horizontal convertida en un borrón asesino.

A los testigos les costó trabajo seguir el movimiento de las espadas luna mientras las duelistas les hacían entonar una canción mortal enfrentándolas una a la otra, buscando ángulos de ataque, esforzándose con igual fiereza por hacer que el metal mordiera la carne. Entre los espectadores corrieron murmullos de alarma mientras se apartaban del límite del prado para dejar más espacio a las luchadoras que lo recorrían enloquecidas. Toda la realidad de Shae se concentró en la pureza desesperada del combate. Su mente consciente se desconectó; solo la Percepción, el entrenamiento y los reflejos podrían salvarla de la matanza. Vio que el rostro de Ayt se retorcía en un rictus de impaciencia mientras esta atacaba con un torbellino de golpes rápidos e impredecibles, destinados a abrumar y confundir la vista y la Percepción de su adversaria. Llovieron tajos contra los brazos y el torso de Shae; su Acero temblaba bajo la tensión de la activación constante y los pulmones se le hinchaban como fuelles, ardiendo por la fatiga. Sintió más que vio el golpe letal inminente: una estocada de abajo arriba que le atravesaría la garganta. En vez de bloquearlo con su espada, lanzó una Desviación concentrada con la intensidad justa para desbaratar la puntería de Ayt; la estocada le pasó a centímetros de la mejilla izquierda al mismo tiempo que su hoja saltaba hacia el cuello de su enemiga.

Ayt apenas consiguió esquivar el movimiento letal. Shae continuó el ataque con un rápido tajo hacia arriba, y un corte sangriento se abrió a un lado de la cabeza de Ayt, segando la oreja izquierda y haciendo volar limpiamente la mitad.

Oyó que la muchedumbre en bloque contenía la respiración un segundo antes de Percibir el dolor y la rabia de su oponente. El resultado del corte era una herida sin importancia comparada con el golpe mortal que había buscado Shae, pero en la cultura kekonesa había pocas cosas más simbólicas que perder una oreja. Ayt tocó con incredulidad la sangre que le cubría media cara. Durante una fracción de segundo, Shae se quedó igualmente estupefacta. Una parte de ella no acababa de creer que Ayt fuera una simple mortal, una mujer de carne y hueso como ella misma, alguien que sangraría si le cortaban, alguien a quien se podía matar… Y de repente recobró el juicio. Se estaba cansando con rapidez y no podría seguir mucho tiempo luchando de aquella manera. Esos breves segundos en los que Ayt estaría desequilibrada… Tenía que aprovechar la ventaja de inmediato, vencer mientras tenía la oportunidad.

Shae se desplazó a un lado y aprovechó la momentánea bajada de guardia para cargar todo su peso en un golpe destinado a decapitar. Lejos de estar distraída por la herida superficial, Ayt pareció haber anticipado el golpe; cambió de postura y respondió de frente al ataque: atravesó la espada en la trayectoria del arma de Shae con tanta fuerza que esta sintió que el impacto le reverberaba por todo el cuerpo y le hacía chocar los dientes. Durante un instante, las dos mujeres se quedaron clavadas por la sacudida del golpe. El aura rugiente de Ayt chocó contra la de Shae como una ola; el remolino de las energías que la primera intentaba acumular desesperadamente llenó hasta el último rincón de su Percepción. Más veloz que una cobra, la mano izquierda de Ayt se disparó y atrapó la mano armada de Shae, aplastándole la carne del pulgar con un agarre de Fuerza extraordinario. Con un rápido giro de muñeca obligó a que el arma de Shae quedara vertical y apuntando hacia abajo, y el golpe de un antebrazo Acerado la arrancó del debilitado agarre de su adversaria. Todo ocurrió en menos de un segundo: la espada luna de Shae salió volando y Ayt lanzó un tajo con su arma, gruñendo mientras aplicaba toda su Fuerza en un golpe destripador.

Shae puso toda su vida en el Acero. No fue bastante rápido ni duro; el dolor le atravesó el abdomen como una llama que recorriera un hilo de pólvora. Una repentina humedad ardiente pareció fluir por la parte delantera de los pantalones, como si su vejiga hubiera vaciado todo el contenido de repente. Al mirar hacia abajo vio que la sangre le corría por las piernas como si se le hubiera abierto una catarata en la cintura.

Se sintió desvanecer; la realidad de la muerte inminente le vació los pensamientos. El tiempo se estiró y el mundo quedó extrañamente inmóvil. En la periferia de su Percepción sintió el triunfo asesino de Ayt Mada, que descendía junto al giro ejecutor de la espada. Con cada partícula de los recursos que le quedaban, Shae se tambaleó hacia atrás y cayó de rodillas en la hierba, con los brazos extendidos.

—¡Ayt-jen! —gritó con voz ronca, la cabeza echada hacia atrás —. ¡Me rindo!

Cerró los ojos. En cualquier segundo moriría.

—Me rindo —volvió a declarar. Apenas podía reconocer su propia voz; parecía salir de una persona diferente. Era difícil pensar, reunir palabras y enhebrarlas en un esfuerzo final, una cuerda salvavidas estrecha y calculada—. Eres el guerrero huesos verdes más fuerte, una digna hija de la Lanza de Kekon. Mi vida y mi jade son tuyos para que los tomes. Si en tu misericordia me perdonas la vida, será solo para que pueda seguir tu ejemplo y continuar contribuyendo con el escaso valor que tenga al bien de Kekon.

Pasó un segundo. Otro. El dolor de la herida del abdomen era insoportable; quería dejarse caer en la hierba húmeda y plegarse en torno a la herida, pero se mantuvo inmóvil. Con los ojos cerrados Percibió la vacilación de Ayt; la hoja detuvo su descenso. A menos de diez metros, el aura de jade de Hilo rugía como un monstruo en un pozo, con una inconfundible intención temeraria y salvaje. Shae abrió los ojos y miro la expresión enloquecida de Ayt, el lado izquierdo de la cara cubierto de sangre, y después más allá. Dos coches grandes bloqueaban la pista de dos carriles que llevaba a la residencia y los jardines de la guarnición. Otros dos se habían detenido en la acera, detrás del Stravaconi plateado de Ayt. Una docena de puños de Sin Cumbre salía de los vehículos. Los civiles

que observaban pasaban miradas temerosas de Ayt a Shae y a Hilo, y a los soldados de los dos clanes que los rodeaban, cuyas manos se habían cerrado en torno a la empuñadura de sus armas.

A pesar del dolor que sentía en el torso y del clamor aterrorizado de su pulso, Shae miró a los ojos a su rival y vio que la expresión temible se transformaba en una comprensión amarga conforme Percibía también la llegada de los guerreros de Hilo, el repentino y peligroso cambio en la atmósfera. Incluso en aquel momento, enfrentándose a la muerte, Shae estaba jugando con desesperación las cartas que le quedaban. Con la atención de todo el país concentrada en ellas, había luchado bien y con valor, defendiendo al auténtico modo kekonés su reputación y la de su clan, y al final había concedido la victoria del duelo al mejor guerrero. Durante un instante, Ayt había tenido la oportunidad de tomar dignamente la vida de Shae, pero ya había pasado. Un duelo de hoja limpia era una tradición honorable; matar a un adversario que se había rendido carecía de honor.

Si mataba a Shae, arrodillada y desarmada, demostraría que el pedestal de Montaña era implacable y sediento de sangre; confirmaría ante todo el mundo que era lo que Hilo les recordaba a todos que era: la mujer que había conseguido el poder haciendo que asesinaran a su hermano mientras dormía. El tipo de persona capaz de decapitar a un adversario derrotado y arrodillado sería capaz de cualquier cosa, podría quebrantar el aisho de otras formas; podría incluso hacer daño a un niño. La imagen de Ayt como una mujer de estado, una guerrera y una patriota, que llevaba dos años cultivando con cuidado mientras reconstruía la reputación de su clan, quedaría arruinada. E Hilo tendría la justificación que necesitaba, si necesitaba alguna, para convertir la escena en una carnicería.

La sangre de Shae que empapaba la hierba reseca desprendía un punzante olor metálico que hizo que le cosquilleara la nariz. Con dedos temblorosos buscó el cierre de la gargantilla de jade y lo rompió. Las dos tiras cayeron del cuello, corriendo por la piel como la sangre corre por una vena. Se la tendió a Ayt; incluso aquel pequeño esfuerzo hizo que le temblaran los brazos. Podía Percibir la incertidumbre, los cálculos frenéticos, detrás de la mirada ardiente que la otra mujer tenía clavada en ella. Ayt debatía ferozmente

consigo misma si eliminar ahora a un enemigo o conservar la superioridad moral, y no estaba segura de si Hilo sería capaz de ir tan lejos como para romper el pacto de la hoja limpia, por no hablar de la tregua entre Montaña y Sin Cumbre, y arrojarlos a todos de nuevo a la guerra entre clanes. Ayt entrecerró los ojos. La mente de Shae repiqueteaba con la Percepción combinada de toda la gente que estaba observando y esperando, cada vez más preocupada, conteniendo la respiración.

Ayt bajó la espada. Alargó el brazo y se llenó el puño con el jade de Shae. Cuando habló, alzó la voz para que todos los que estaban cerca pudieran oírla.

—Has actuado deshonrosamente en el pasado, Kaul Shaelinsan. Sin embargo, sería un desperdicio matar a una compañera huesos verdes en un momento en que Kekon nos necesita a todos. —El pedestal de Montaña se limpió los dos lados de la espada luna en una pernera del pantalón de seda—. Mi hoja está limpia.

Alrededor estallaron ruidosas exclamaciones de alivio y reconocimiento. La febril tensión colectiva de las auras de huesos verdes se rebajó a un zumbido receloso. Ayt se inclinó hacia Shae, acercándose lo suficiente para que no la pudiera oír nadie más. Shae se quedó mirando su jade en el puño de Ayt con una mezcla de horror y curiosidad, como si fuera una parte de su propio cuerpo (una mano cortada, el corazón, las entrañas) lo que la otra mujer sostenía entre las dos. El lado izquierdo de la cabeza de Ayt era una imagen horrible allí donde le faltaba parte de la oreja, pero no daba señales de acusarlo.

—Te prometí, estúpida cría, que vivirías para ver tu clan en ruinas —susurró—. No sería honorable matarte antes. —Se volvió con tranquilidad y desapareció envuelta en las felicitaciones de los guerreros de Montaña.

La resaca del jade y la pérdida de sangre golpearon a Shae al mismo tiempo, como un tifón que la arrancase con violencia de la faz de la tierra. Todo se quebró y se alejó mientras su cuerpo debilitado colapsaba. Fue vagamente consciente de un gran alboroto: Hilo y los Maik se agachaban sobre ella; el doctor Truw, el médico huesos verdes de la familia, le presionaba la herida y Canalizaba hacia ella, forzando que un calor tintineante penetrara las extremidades temblorosas. Otras personas hablaban, parecía que

muy lejos: «Metedla en la ambulancia». Shae aspiró el olor de la hierba en la que descansaba su mejilla y dejó que la inconsciencia la alejara de todo.

# Capítulo 32
# Conversaciones pendientes

Shae necesitó una transfusión y doce días en el Hospital General de Yanlún antes de que el médico encargado y el doctor Truw dijeran que podía volver a casa. A petición suya, nadie salvo la familia directa había recibido permiso para visitarla mientras estuvo en el hospital. Aturdida por los calmantes y temblorosa a causa de la resaca del jade, lo último que quería era contestar a las preguntas de los periodistas, que la viera en aquel estado ningún compañero de la calle del Barco o enfrentarse a Maro llena de culpabilidad. En consecuencia, cuando llegó a su casa se sentía absolutamente desconectada del mundo y abrumada ante la tarea de empezar siquiera a recuperarse. Aunque se había entrenado en la academia y había combatido y matado antes, según los criterios de los huesos verdes en general y de la familia Kaul en particular había disfrutado de una existencia relativamente segura: mimada por su abuelo, protegida por Lan, educada para atender el lado de negocios del clan, viviendo en el extranjero, en Espenia, y luego trabajando en la planta superior de un rascacielos de oficinas. Nunca había estado tan cerca de la muerte, y la experiencia había sido una lección de humildad.

Estaba desnuda ante el espejo del baño. Una larga cicatriz rosada, blanquecina en los extremos y fruncida por la sutura, le cruzaba el abdomen, deformándole el ombligo. Aún le dolía cuando giraba el cuerpo a los lados o doblaba la cintura. Tenía un sordo dolor de cabeza, provocado por la resaca del jade, asentado en la base del cráneo, y todos los músculos del cuerpo parecían pesar como el plomo. Aún conservaba los pendientes de jade, las pulseras y las tobilleras, que Hilo le había llevado al hospital en cuanto tuvo fuerza suficientes para portarlos, pero se veía el cuello pálido y

desnudo sin la gargantilla doble.

Se vistió y llamó por teléfono a Woon. Este acudió de inmediato e, inundados ambos de alivio, se abrazaron en la puerta.

—Shae-jen —dijo Woon con voz trémula—, entiendo por qué actuaste así, pero al mismo tiempo creí que te iba a perder. De haber sido así, creo que habría acudido al pedestal y le habría rogado la muerte.

—Ni se te ocurra pensar así,

Papi-jen

—dijo Shae, un poco afectada por aquellas palabras. Fueron a la cocina. Shae se apoyó en la mesa mientras sacaba una silla; Woon la sujetó con mano firme por el codo y la ayudó a sentarse.

—¿Ha sido insoportable,

Shae-jen

? —preguntó, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿La resaca? —Shae hizo una mueca—. La puedo aguantar, y no durará mucho. —Estaba dolorida y agotada, y a veces se sentía como si tuviera telarañas cubriéndole los ojos y los oídos, pero no estaba incapacitada. Todavía conservaba las habilidades del jade. Los síntomas del síndrome de abstinencia eran peores al sumarse a las heridas físicas, pero no eran tan graves como habrían sido si hubiera perdido todo su jade y sabía por experiencia que desaparecerían en pocas semanas.

—Te traeré jade del almacén del clan —dijo Woon, que interpretó sus palabras de forma diferente—. ¿Cuánto necesitas para hacerte otra gargantilla?

Shae negó con la cabeza.

—No quiero otra.

Nada le impedía recurrir a las reservas de la familia Kaul para reemplazar el jade perdido en el duelo, pero después de haber estado a punto de morir de la forma más pública posible, le parecía deshonroso, de algún modo una vergüenza personal, dejarse ver con una gargantilla nueva fabricada con jade por el que no había luchado. Sería como si la herida casi mortal que había sufrido no tuviera consecuencias duraderas, como si lo que había perdido aquel día pudiera sustituirse con facilidad. A Ayt Mada no le crecería el trozo de oreja que había perdido; Shae luciría abiertamente la ausencia del jade, como una cicatriz.

Woon no pareció estar demasiado de acuerdo con la negativa, pero comprendía que era una decisión muy personal y aceptó la explicación sin discutir. Shae le pidió que le contara lo que había pasado en los doce últimos días. La sombra del hombre del tiempo había ocupado con firmeza el puesto de Shae en la calle del Barco. Las decisiones que hubo que tomar, las tomó de la forma que consideró que ella aprobaría; respondió a todas las demás preguntas y solicitudes diciendo que el hombre del tiempo las atendería cuando volviera.

Woon había hecho algo que Shae no había previsto: acudió a Hami Tumashon, el jefe de los hacedores de fortuna, y le preguntó si pensaba dimitir. Los dos hombres de más alto rango de la oficina del hombre del tiempo tenían una relación laboral respetuosa desde hacía muchos años, desde que Woon era el asistente del pedestal de Lan, y Hami, un hacedor de fortuna veterano a órdenes de Doru, pero Hami no se tomó bien la pregunta y la vio como lo que era: una acusación de deslealtad.

—Solo el pedestal o el hombre del tiempo pueden pedir mi dimisión,

Woon-jen

—había contestado Hami con frialdad—. Me siento tentado de ofrecerte una hoja limpia, pero creo que estaremos de acuerdo en que cualquier otro duelo sería improcedente a estas alturas.

El jefe de los hacedores de fortuna siguió gestionando las actividades cotidianas de la calle del Barco con su competencia habitual, pero después de aquel choque, Woon y él solo se dirigieron la palabra cuando fue estrictamente necesario.

Cuando Woon la puso al tanto de todo lo que necesitaba saber, Shae pensó que no habría estado tan mal quedarse en el hospital unos cuantos días más.

—Nunca te lo podré agradecer bastante,

Papi-jen

—dijo—. Y siento haberte dejado con tanto que hacer en un momento en que deberías haber estado planeando tu boda. —Woon se casaría dentro de pocos meses. Shae no conocía a la prometida de su ayudante, pero había visto una bonita foto de ella en su mesa.

El aura de jade de Woon se agitó con la mención de la boda.

—No ha sido nada comparado con lo que has tenido que pasar.

Además, Kiya y mi madre están encargándose de todo; lo único que tengo que hacer es presentarme allí. —Después añadió—: Sin embargo, la próxima vez que desafíes a Ayt Madashi a una hoja limpia te agradeceré que tengas la amabilidad de elegir un momento más oportuno. —El sentido del humor de Woon, cuando se dignaba aparecer, era tan estoico que Shae no estaba segura de si echarse a reír o no.

Cuando al día siguiente regresó a la calle del Barco se sentía físicamente más fuerte y menos desorientada, tras haber dormido catorce horas en su propia cama. Un abrupto silencio acompañó su llegada al edificio. Mientras caminaba del ascensor a su despacho, la gente interrumpía las conversaciones o el trabajo que estuviera haciendo. La Percepción de Shae estaba aletargada por la mezcla de la pérdida de jade y los días de convalecencia, pero sintió la oleada de preocupación que se extendía desde el pasillo.

A su izquierda, un hombre se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en saludo.

—Kaul-jen —dijo—. Bienvenida de vuelta.

La mujer de la mesa de al lado lo imitó, y luego otra, y los hacedores de fortuna más cercanos se levantaron y fueron a la puerta de su despacho o a la entrada de su cubículo para saludar al hombre del tiempo cuando pasaba por delante. Shae vio débiles sonrisas, de felicitación y consuelo a la vez. Había perdido el duelo y la mayor parte de su jade, pero se había defendido, y había defendido al clan, de las calumnias. Había luchado tan bien como habría podido esperar cualquiera, y había demostrado estar dispuesta a morir por su reputación personal y la de su familia. En aquellos aspectos críticos había eliminado las dudas sobre su integridad y su aptitud como líder de huesos verdes.

La secretaria de Shae apareció y la acompañó al despacho.

—Kaul-jen, el canciller Kowi y dos linternas vinieron ayer y anteayer por la mañana y ahora están esperando en el vestíbulo para hablar contigo. ¿Quieres verlos, o les digo que se vayan?

—Los recibiré —dijo Shae. Detrás de ella, la gente reanudó el trabajo como si no hubiera ocurrido nada que se saliera de lo normal.

Kowi y los dos linternas entraron en el despacho de Shae. La excusa para la reunión era ponerla al día de lo que había tratado el

Consejo Real durante su ausencia, especialmente en lo relativo al presupuesto nacional y a la cuestión de cuál sería la postura de Kekon sobre los refugiados de la guerra de Urtoko, que llevaba ya casi un año en marcha. Shae conocía el auténtico motivo de la visita: habían corrido un riesgo al presentarse ante Hilo proponiendo que la retirara del cargo de hombre del tiempo. Ahora que estaba claro que habían fracasado y que ella seguiría en el puesto, habían acudido para hacer control de daños y no caer en desgracia.

—Kaul-jen —saludó nervioso el canciller Kowi, con una profunda inclinación—. Hablo por todos al expresar lo aliviados que estamos de ver que te encuentras bien.

Los dos linternas se hicieron eco de aquel sentimiento con vehemencia. Shae aceptó con elegancia los buenos deseos, y los veinte minutos siguientes fueron de charla sobre asuntos del Consejo. Por último, Kowi carraspeó y dijo:

—Kaul-jen, los lazos de mi familia con Sin Cumbre se remontan a varias generaciones, así que huelga decir que mi lealtad al clan es a prueba de fuego, y personalmente espero seguir trabajando contigo muchos años.

—En estos tiempos —intervino el señor Eho, un linterna—, las noticias corren más deprisa que nunca, y las cosas se imprimen en los periódicos o se mencionan en la radio incluso antes de que se haya comprobado su veracidad. Me avergüenza decir que quizá llegué a conclusiones precipitadas basándome en comentarios negativos, pero nunca debería haber perdido la fe en el clan y en la oficina del hombre del tiempo.

—Estoy dispuesto a presentar públicamente mis disculpas al pedestal por cualquier malentendido —dijo el señor Orn, contrito y fervoroso, aunque su expresión afligida daba a entender que no le apetecía demasiado. La ausencia de una oreja no quedaría demasiado bien en alguien que aspiraba a dedicarse a la política.

Shae dejó que el silencio llenara la sala durante el tiempo suficiente para Percibir que la preocupación de sus visitantes crecía. Los miró uno por uno con el rostro inexpresivo; ninguno de los tres hombres le sostuvo la mirada más de unos pocos segundos. Shae cruzó las piernas y unió las manos sobre una rodilla.

—No será necesario —dijo—. Mi abuelo me enseñó, que si un

amigo pide perdón, siempre hay que concedérselo. —Los visitantes se relajaron enormemente; bajaron los hombros y en su cara empezó a aparecer una sonrisa. Antes de que cualquiera de ellos hablara, Shae añadió—: También me enseñó, que si hay que volver a concederlo, es que en realidad no era un amigo. —Se levantó del asiento para dar por terminada la reunión—. Sé que puedo contar con vuestra amistad y vuestra lealtad de ahora en adelante.

Shae pasó los siguientes días poniéndose al corriente. El quintodía por la mañana llamó a su despacho a Hami Tumashon.

—Hami-jen —le dijo sin preámbulos—, es hora de que hablemos de tu futuro en la oficina del hombre del tiempo y en el clan Sin Cumbre.

La expresión de Hami se tornó rígida y cautelosa, y su aura de jade empezó a chisporrotear a la defensiva. Shae siguió hablando:

—No siempre nos hemos entendido desde que soy el hombre del tiempo. A veces has puesto mis decisiones en tela de juicio, o has dejado claro que creías que mi actuación era incorrecta.

—He hablado cuando lo he considerado necesario —dijo Hami con brusquedad—. Hacía lo mismo cuando Yun Doru era el hombre del tiempo. Aunque era demasiado estrecho de miras, lo cierto es que el clan estaba a gusto con él porque era de la vieja guardia, un camarada de la Antorcha. Tú no tienes ese lujo. Incluso si estoy de acuerdo con la dirección general que estás marcando al clan, debo señalártelo cuando actúas de formas que no están bien vistas o que socavan el respeto hacia ti o hacia Sin Cumbre.

—Y haces bien —dijo Shae—. Aunque tu sinceridad me ofendiera en ocasiones, debo reconocer que eres la persona que mejor engloba las distintas facetas del clan Sin Cumbre. Tienes la presencia y los fríos instintos de un puño, pero el cerebro y la experiencia de un buen hacedor de fortuna. Ves la necesidad de cambiar con los tiempos, pero también la importancia de ser fieles a nuestra esencia de huesos verdes. Por eso te he llamado: quiero que te traslades a Espenia y organices una sucursal de la oficina del hombre del tiempo en Puerto Massy.

Fuera lo que fuera lo que Hami esperaba cuando lo convocaron al despacho de Shae, no era aquello. Como al principio estaba demasiado asombrado para contestar, Shae prosiguió:

—A pesar de los sentimientos políticos actuales, la realidad es

que estamos atados económicamente a Espenia. Compran nuestro jade; tienen bases militares en nuestro territorio, y ahora nuestros intereses comerciales en ese país están creciendo más que nunca. No podemos gestionarlo todo desde Yanlún. Necesito a alguien allí. Alguien que yo sepa que es leal al clan, que sea capaz de adaptarse a unas circunstancias nuevas pero que lleve los negocios como un auténtico kekonés.

Estaba claro que Hami seguía intentando digerir la idea.

—¿Qué apoyo tendré desde Yanlún? —dijo con cautela. Quería saber si Shae hablaba en serio sobre la expansión o si se trataba tan solo de una excusa conveniente para mandarlo al extranjero, a lo que sería *de facto* un exilio.

—Todo el que pueda darte. Elige a unos cuantos hacedores de fortuna para que te ayuden a poner en marcha la sucursal. Tenemos contactos en Puerto Massy que te ayudarán a contratar personal local adicional. Responderás directamente ante mí, como siempre has hecho. El clan pagará la mudanza de tu familia y todos los gastos de vuestra residencia. Tienes dos hijos, ¿verdad,
Hami-jen
?

—Uno de seis años y el otro de cuatro.

—Si aceptas, te pediré que te comprometas a seguir en el puesto durante al menos tres años. Tus hijos irán a la escuela en Puerto Massy y aprenderán espenio con fluidez, pero seguirán siendo bastante jóvenes para asistir a la academia Kaul Du cuando vuelvas a Yanlún.

Podía ver que Hami estaba sopesando la oferta. Como jefe de los hacedores de fortuna, estaba en la cúspide de su trayectoria profesional; ya no había muchas vías para seguir progresando. Sin duda esperaba seguir en la calle del Barco durante otra década o más. Pero era relativamente joven, solo tenía cuarenta y un años; la idea de que le pagaran por vivir en el extranjero y crear una división de las operaciones del clan era atractiva.

—Mi mujer y yo hemos hablado de pasar algún tiempo en el extranjero —reconoció.

—Debes considerar una cosa más —dijo Shae, sabiendo que podría hacerle rechazar la idea, pero era una cuestión que había que tratar—. Ahora, en Espenia es ilegal que los civiles posean jade.

Tendrás que entregar tu verde. Puedes guardarlo con seguridad aquí en Yanlún, o podemos encontrar una forma de llevarlo de tapadillo a Puerto Massy, pero no puedes portarlo mientras estés en ese país. Podríamos conseguirte una exención para visitantes si solo fueras a pasar poco tiempo, pero vas a vivir allí. Portar jade te expondría, y expondría los negocios del clan, a demasiados riesgos jurídicos.

Hami parpadeó. Hacía mucho tiempo que había abandonado el lado militar del clan, y Shae dudaba que hubiera necesitado recurrir a sus habilidades marciales de jade desde hacía años, pero la idea de desprenderse de las gemas era escandalosa para la mayoría de los huesos verdes. Incluso aunque fuera una medida temporal y voluntaria en vez de una pérdida permanente por la derrota frente a un enemigo, Shae se daba cuenta de que el hombre se estaba preguntando si podría soportar vivir en un lugar donde no pudiera portar jade, por buenos que fueran el sueldo, el desafío profesional y las ventajas para su familia.

Hami la miró.

—Tú ya te quitaste todo el jade una vez. ¿Cómo es de malo?

Shae dio vueltas a la pregunta antes de contestar con sinceridad. Sus síntomas recientes se habían reducido mucho, pero tenía el recuerdo fresco.

—La resaca no es agradable, pero no es tan grave como cree la gente —dijo—. La pasarías aquí, en casa, bajo supervisión médica, de modo que probablemente desaparecerá en un par de semanas. No portar jade es diferente cuando se está en Espenia. Jamás le pediría algo así a un huesos verdes en Kekon, pero allí, donde no vas a ver verde en ninguna parte, al cabo de un tiempo dejarás de echarlo de menos.

—Como estar sordo en un país de sordos. —El jefe de los hacedores de fortuna caviló durante un rato—. No puedo tomar una decisión tan importante ahora mismo. Tengo que hablar con mi familia.

Shae asintió.

—Dame tu respuesta el próximo quintodía.

Shae se marchó de la oficina una hora después de comer y recorrió el trayecto de treinta minutos en metro para ir al encuentro de Maro en la Universidad Real Jan. Llevaba un libro para leer por el camino, pero no podía concentrarse en las palabras. Le apetecía

muchísimo volver a ver a Maro, pero le daba miedo la conversación que tendrían. Cuando por fin reunió valor para llamarlo, una parte de ella deseaba que colgara en cuanto oyera su voz; eso le pondría las cosas fáciles. No tuvo tanta suerte; hubo varios segundos de silencio al otro lado de la línea, y entonces él dijo, con una voz en la que no pudo distinguir ninguna emoción:

—Puedo verte después de la última clase.

—Iré adonde estés —propuso Shae, como si, de alguna forma ridícula, aquella pequeña consideración por su parte pudiera compensar las semanas que había estado fuera de contacto.

En pleno verano, el metro estaba saturado de humedad y cargado de olores, pero el campus era agradablemente verde y abundaba la sombra. Shae vio a Maro sentado a una mesa exterior, delante de la cafetería del departamento de Estudios Extranjeros. Le daba la espalda. Tenía un libro abierto en la mesa, pero no estaba leyendo; las páginas se extendían imperturbadas en el aire cálido e inmóvil. Shae sintió un intenso deseo de acercarse y rodearle los hombros con un abrazo, de fingir que no había pasado nada y todo era como antes. Sin embargo, en el mismo instante, la idea le pareció imposible, incómoda, inapropiada; como abrazar a un desconocido. La comodidad que sentía cuando estaba con él, la huida y la aceptación que representaba y que Shae se daba cuenta de que era lo que sacaba de él… Aquella sensación había desaparecido. Podía darse cuenta incluso a aquella distancia.

Rodeó la mesa y se sentó en la silla de enfrente de Maro. Este la observó: vestida con el traje de negocios habitual, las feas cicatrices nuevas ocultas, el cuello desnudo y pálido donde antes estaba la gargantilla de jade. Una expresión extraña le cruzó la cara; una mezcla de confusión dolida, afecto, ira y alivio que pareció retorcerle los rasgos en varias direcciones indecisas antes de que los obligara a adoptar una sonrisa cautelosa y neutral. La sonrisa de alguien que intentaba mostrarse civilizado con otro conductor que le hubiera abollado el coche.

—Me alegro de que estés bien —dijo despacio—. Y me alegro de que hayas venido a verme.

—Lo siento —dijo Shae. Parecía la única forma posible de empezar.

—¿Por qué? —Las palabras sonaron tensas, pero podían referirse

a tantas cosas que Shae no estaba segura de cómo responder. Maro bajó la voz—. ¿Por qué no respondiste a ninguna de mis llamadas? ¿Ni antes ni después de que hicieras eso? —Durante un instante, Shae estuvo insegura; ¿se referiría al aborto o al duelo? Pero Maro no sabía nada de lo primero, así que tenía que ser lo segundo—. ¿Por qué dejaste que me tuviera que enterar por las noticias? ¿Por qué ni siquiera hablaste conmigo?

—Lo siento —repitió Shae—. Pasaron muchas cosas muy deprisa. Sabía que si hablaba contigo, perdería el aplomo y no sería capaz de hacer lo que tenía que hacer.

—¿Lo que tenías que hacer? —preguntó Maro; el escepticismo ahogaba cada palabra—. ¿Tenías que ofrecerte voluntaria para morir dramáticamente en público?

—Me estaban desacreditando y me obligaron, Maro. Montaña me estaba usando para socavar y debilitar a Sin Cumbre. —Se había prometido no ponerse a la defensiva, pero notó que a pesar de todo se le traslucía en la voz—. Tenía que ponerle fin. Cuando hablamos por teléfono me recordaste que merecía mi posición. Me dijiste que no me rindiera.

Maro negó con la cabeza.

—¡No estaba pensando en un duelo! Podrían haberte matado.

—Sí, pero no me mataron. Sigo aquí. Sigo siendo el hombre del tiempo.

—Pero si te hubieran matado, y estuvieron a punto, ni siquiera habrías hablado conmigo antes. Así… —La incredulidad y la ira le deformaron los rasgos—. Así no es como se hacen las cosas entre dos personas que se quieren. ¿Cómo pudiste no hablarme de ello?

—¿Qué habrías dicho? —preguntó Shae—. ¿Habrías apoyado mi decisión? ¿O me habrías pedido que no arriesgara la vida? ¿Que evitara el duelo no presentándome?

Lamentó las últimas palabras en cuanto las pronunció. Maro abrió mucho los ojos, y después se le ablandó la expresión.

—Sí —dijo—. Supongo que es exactamente lo que te habría dicho. Te habría dicho que estabas por encima de esas cosas, por encima de usar la violencia para demostrar tu valía. Daban igual las presiones; te habría recordado lo que me dijiste una vez: que el valor está en ser fiel a lo que se es.

—Esto es lo que soy —dijo Shae en voz baja.

Maro alargó la mano sobre la mesa, pero no llegó a tocar la de ella.

—No es lo que eres cuando estás conmigo —dijo. Como Shae no lo miró a los ojos, asintió con tristeza—. Pero no te conozco de verdad, ¿no? Todo el tiempo que pasamos juntos estuve viendo lo que quería ver y lo que tú querías mostrarme. Tu otro lado, el lado… más verde… A esa persona no la conozco en absoluto.

Shae sintió que se le acaloraba el rostro, como si Maro le hubiera dado una bofetada.

—Nunca pretendí mentirte ni dejarte fuera. Intenté advertirte de que había cosas del clan y de mí con las que no estarías de acuerdo.

—¡Estuviera de acuerdo o no, no deberías haberme dejado en la inopia! —Maro había alzado la voz, y se obligó con esfuerzo a bajarla de nuevo—. Tienes razón; quizá haya cosas en tu vida y en tu familia que nunca podré aceptar. Ya he pensado en ello, ¿cómo no iba a pensar? Me pregunté si tendría que unirme al clan para poder casarme contigo, cómo podríamos crear una familia con lo que te exige ser el hombre del tiempo, si mi familia shotariana podría conocer alguna vez a la tuya… Hay muchas cosas sobre las que sabía que tendríamos que hablar, pero siempre supuse que podríamos. Que seríamos sinceros sobre los problemas y que los superaríamos juntos. —Buscó la cara de Shae con mirada dolida—. Es la única forma en que quiero tener una relación contigo: si somos sinceros del todo. Sé que no puedes contarme todo lo que haces como hombre del tiempo. Puedo con ello. Pero las cosas que afectan a tu seguridad, a nuestras vidas… Creo que me merezco eso al menos. ¿Puedes prometerme que no me ocultarás las cosas importantes?

Shae tenía la garganta seca. Desde luego, no podía contarle a Maro lo del aborto en aquel momento, con lo herido que ya estaba. ¿Qué más podría tener que hacer en el futuro que no pudiera explicar?

—Los últimos años he hecho cosas de las que nunca me habría creído capaz —reconoció con voz quebrada—. Ya no estoy segura de qué puedo prometer.

El silencio de Maro duró un minuto interminable. A Shae le parecía que se estaba alejando de ella, encogiéndose al final de un túnel. Maro retiró la mano a su lado de la mesa y miró a lo lejos,

por encima del verde césped del campus, tensa la línea de la mandíbula cubierta por la barba.

—No sé dónde nos deja eso.

—Como amigos, por ahora —consiguió decir Shae—. Si es algo que aún estás dispuesto a aceptar de mí.

Maro cerró el libro que tenía en la mesa, metiendo un dedo entre las páginas para marcar el punto de lectura, y se levantó. Sus labios trazaban una leve sonrisa, pero era una sonrisa desprovista de humor.

—Por supuesto. ¿Quién sería tan estúpido en todo Kekon para rechazar la amistad del clan Sin Cumbre?

# Capítulo 33
# No es un lugar seguro

Durante su segundo año en Puerto Massy, Anden consiguió un empleo a tiempo parcial en una ferretería, como reponedor y cajero, y también asesoraba a los clientes sobre sus proyectos domésticos. Aún tenía que atender la carga de estudios habitual, pero quería ganar algo de dinero para poder ayudar a los Hian en los gastos mensuales, ahorrar un poco y tener un extra para caprichos. En lo económico había dependido toda la vida de la familia Kaul; ahora que sus perspectivas dentro del clan no parecían muy boyantes, pensó que debería estar mejor preparado para ser autosuficiente. Trabajar en Maderas y Suministros Starr mejoraría su capacidad para conversar en espenio, así que en cierto modo podía considerarlo parte de sus estudios. Ya era capaz de manejarse en el transporte público, leer carteles y entablar conversación con desconocidos. Era muy satisfactorio sentir que podía valerse por sí mismo. Nunca había entendido por qué, hacía años, su prima Shae se había ido al extranjero y se había alejado del clan; ahora le parecía que tenía una idea más clara.

Durante el invierno y la terriblemente húmeda primavera había seguido viéndose con Cory Dauk y los compañeros de balón relevo en el reñidero. Cuando les contó al señor y a la señora Hian adónde iba los quintodías por la noche, le sorprendió que no parecieran aprobarlo. Creía que les gustaría saber que pasaba más tiempo con amigos del barrio. Pero la señora Hian dijo, en un tono que denotaba que Anden había tomado una mala decisión:

—Anden-se, ese lugar es una mala influencia para los jóvenes. Demasiada violencia. Hace que la gente tenga una mala impresión de nosotros.

—Les tengo un gran respeto a los Dauk —dijo el señor Hian,

dirigiendo a Anden una mirada de preocupación paternal—, pero el reñidero… Yo no pasaría tiempo allí. Las peleas de gallos, el juego y los duelos están prohibidos. ¿Qué pasará si la policía hace una redada en el edificio y te pillan haciendo algo ilegal? Podrían revocarte el visado de estudiante.

A Anden se le pasó por la cabeza, que si sucedía algo así, lo deportarían de inmediato a Kekon e Hilo no tendría más remedio que acogerlo. Pero no les comentó a los Hian aquel detalle de optimismo irónico; lo que hizo fue prometerles que nunca participaría en juegos ni en duelos de ningún tipo.

—Pero siempre hay un montón de huesos verdes allí —dijo la señora Hian, insistiendo en su inquietud—. No es un lugar seguro.

En Yanlún era bien sabido que los lugares más seguros eran los frecuentados por huesos verdes. Salvo en circunstancias excepcionales, como una guerra de clanes, había pocos lugares menos propensos a tener problemas que los establecimientos como el restaurante Dos Fortunas o el club de caballeros Lila Divina. De modo que la preocupación de la señora Hian no tuvo sentido para Anden hasta que recordó que el proyecto de ley del que había hablado Dayk Losun el verano anterior se había aprobado en la Asamblea Nacional, y que el jade era ahora otra cosa ilegal en Espenia.

A menudo lo olvidaba. Podía aceptar que en Espenia hubiera muchas cosas diferentes, pero le costaba asimilar la idea de prohibir el jade, tanto como si se hablara de prohibir usar los coches o el dinero. Por supuesto, no todo el mundo podía o debía tener esas cosas, porque eran peligrosas en las manos incorrectas, pero intentar eliminarlas del todo sería ridículo. ¿Cómo iba a funcionar la sociedad, entonces?

Anden se recordó que estaba reaccionando desde la estrechez de miras kekonesa. Otros lugares del mundo habían salido adelante miles de años sin usar jade en absoluto, de modo que disponer de él ahora era algo nuevo y dañino. La reciente prohibición de que los civiles poseyeran y vendieran jade no había cambiado nada, que Anden hubiera visto; ningún huesos verdes que conociera había renunciado a su jade debido a ella. Lo único que había conseguido la nueva ley, pensaba Anden, era potenciar una imagen negativa de los kekoneses.

Pero el señor Hian no estaba pensando en las exigencias de la ley, sino en algo diferente:

—Las bandas han dejado nuestro barrio en paz mucho tiempo, pero los jefes ven que aquí hay juego y actividad prestamista que no controlan. Y jade. —Frunció el ceño—.

Dauk-jen

dijo que no pasaría mucho tiempo antes de que el acuerdo tácito se rompiera. Si ocurre algo malo entre los huesos verdes y la banda del jefe Kromner, no querrás que te pille en medio.

Aquel argumento era algo que Anden podía entender mejor. Siempre era buena idea que los civiles se apartaran de los conflictos que no los implicaban. Sentado allí, en la cocina de los Hian, se quedó en silencio y pensativo. No quería que los Hian se tuvieran que preocupar por él, pero no podía renunciar a ir al reñidero y ver a Cory.

Al verlo así, los Hian transigieron.

—Eres nuestro invitado y nos sentimos tan responsables de tu seguridad como si fueras un hijo nuestro, pero no nos corresponde decirte lo que puedes o no puedes hacer; eres un adulto capaz de tomar sus propias decisiones. —La señora Hian suspiró—. Has crecido con huesos verdes, así que es natural que quieras estar otra vez entre ellos, y ¿quiénes somos para decirte que no? Lo único que te pedimos es que tengas cuidado.

Anden, agradecido, les prometió que lo tendría y que no debían preocuparse.

En realidad, no era que quisiera estar entre huesos verdes, como había supuesto la señora Hian. Aunque disfrutaba con la comida y la bebida, las exhibiciones de habilidades de jade y la atmósfera en general cordial del reñidero (salpicada de tarde en tarde por la resolución mortífera de auténticos agravios), aquel lugar, como se había dado cuenta la primera vez que lo visitó, no era en realidad como Kekon, en absoluto. En el mejor de los casos era algo del todo diferente; en el peor, una imitación exagerada de una taberna kekonesa de barrio obrero. A decir verdad, le hacía echar de menos Kekon más que nunca. Lo que verdaderamente quería llegaba después de las visitas al reñidero, cuando Cory se ofrecía a llevarlo en coche de vuelta a casa de los Hian pero lo que hacían era ir los dos a su casa.

Cory no era el propietario del lugar donde vivía, un apartamento situado a diez minutos de la casa de sus padres. Los Dauk lo habían adquirido como inversión y planeaban renovarlo y sacarlo al mercado cuando Cory se fuera a la facultad de Derecho al otoño siguiente. Había corriente, la calefacción era ruidosa y el calentador necesitaba una sustitución urgente, pero se trataba de incomodidades menores. A regañadientes y con algo de vergüenza, Anden tenía que reconocer que probablemente iría con Cory a cualquier lugar que este le pidiera.

Tras aquella primera vez en el coche, Anden había pasado toda la semana siguiente pensando en su amigo, en la pálida piel del torso de Cory iluminada por los faroles, en los ojos tentadores y la pronta sonrisa, en la forma de las manos y la boca. El siguiente quintodía seguía haciendo mal tiempo; Cory llamó por teléfono a casa de los Hian para preguntar si Anden quería ir otra vez al reñidero, y Anden dijo que sí. Después dijo que sí a ir al apartamento de Cory. Y dijo que sí a todo lo que Cory propuso aquella noche y todas las noches que la siguieron.

A la hora de practicar el sexo, Cory era como era para todo lo demás: animoso, bienhumorado, ansioso por complacer y fácil de complacer a cambio. Anden lo agradecía porque era muy consciente de que en su caso sucedía lo contrario, dividido como estaba entre la fuerza casi insoportable del despertar de su deseo y la inseguridad provocada por su inexperiencia y su nerviosismo. Cory no se tomaba muy en serio en nada: tocaba música en el dormitorio y bailaba en ropa interior; daba consejos burlones a Anden sobre lo que tenía que hacer en la cama; reconocía que cuando estaba con hombres prefería ser el receptor, pero no insistía en ello y sugería que tuvieran amplitud de miras y descubrieran qué le gustaba a Anden. Cuando estaban juntos, Anden podía sentir el jade de Cory casi tan intensamente como si lo portara él mismo; todas las sensaciones se incrementaban en un grado exquisito. El aura de Cory era luminosa y soleada, como él, como la nata montada o el sol primaveral, suavemente dulce y adictiva, tan excitante y tangible para Anden como el sudor de la piel de su amigo o el olor de su pelo. A veces, Anden se preguntaba cuánto de aquel apetito recién descubierto se dirigía hacia el propio Cory y cuánto se debía al efecto amplificador del jade que este portaba, pero la

combinación era absolutamente embriagadora.

Se veían cada una o dos semanas, y a veces más de una vez a la semana si conseguían escaparse de sus obligaciones respectivas. Anden, que jamás en su vida se había saltado una clase ni había llegado tarde al trabajo, se descubrió apurando los límites con asiduidad. Siempre que tenía la mente desocupada, sus pensamientos derivaban hacia Cory, a los recuerdos eróticos y a la anticipación de la próxima vez que se verían, que nunca llegaba demasiado pronto ni aunque fuera al día o a la hora siguientes.

Se preguntó si eso sería amor.

Con la llegada de la primavera volvió a empezar el balón relevo. Habían perdido algunos jugadores y conseguido otros, pero Anden ya formaba parte del grupo habitual; otros lo querían en sus equipos, lo saludaban al verlo por el barrio, mostraban un interés amistoso hacia él y le preguntaban por los estudios, por el trabajo o cómo había sido criarse en Yanlún.

Entonces llegó el verano y Cory se preparó para emprender los viajes que llevaba mucho tiempo planeando, que lo llevarían por las principales ciudades de la costa de la bahía de Whitting, después a viajar como mochilero por las zonas silvestres del noroeste de Espenia y, por último, de vuelta al corazón del país para acabar en Adamont Capita, donde empezaría sus estudios de Derecho en la universidad de Watersguard.

—Vente conmigo —le propuso a Anden.

—No puedo. —Anden quería. La idea de pasar seis semanas con Cory era de lo más atractiva. Pero ya se había inscrito para seguir con el programa

EIHOI

durante el verano, y no tenía ni fondos suficientes ni días libres en el trabajo, y no pensaba abusar de la generosidad de los Hian o de sus primos pidiéndoles dinero. Además, imaginó que los Dauk desconfiarían de sus motivos para querer abandonar de repente sus obligaciones y viajar a solas con su hijo—. ¿Qué iban a decir tus padres si supieran lo nuestro? —preguntó.

Cory hizo una mueca.

—¿Qué más da lo que digan mis padres?

En Kekon, salirse de la norma heterosexual se consideraba una desgraciada aflicción permanente que sufrían las familias que tenían

esa mala suerte, pero que era natural; algo no muy diferente de los ojos de piedra o los defectos congénitos. Cory explicó que en Espenia se consideraba en general como una muestra de debilidad de carácter, parecida a la adicción o a contraer deudas; una situación en la que algunas personas susceptibles estaban predispuestas a caer si no tenían cuidado, pero de la que se podían recuperar. «Se puede dar la vuelta a la mala suerte», era el lacónico resumen de Cory de la actitud dominante entre los kekoespenios.

—Mira, colega —le explicó a Anden—, conozco a mi padre. Es un isleño tradicionalista, como tú. Lo que le importa es que su hijo porte jade. Me dejará a mi aire en prácticamente todo lo demás, pero portar jade, ser fiel a nuestras raíces, es para él una obligación absoluta. Imagino que, en algún momento, mi madre empezará a refunfuñar sobre que me case y tenga hijos, pero, venga ya, ¡tengo veinticuatro años! Tengo tiempo de sobra para pensar en eso más adelante.

Los días veraniegos eran largos y calurosos, y olían a las miasmas del puerto y a orín. Las gaviotas surcaban el cielo y se cagaban en los jardines. Los turistas atestaban el transporte público. Las calles estaban llenas de tráfico y de vendedores ambulantes, rateros y zonas en obras. Puerto Massy era una ciudad expansiva de fama mundial, que jugaba en una liga por encima incluso de una metrópoli pujante como Yanlún; aunque llevaba dieciséis meses viviendo allí, Anden todavía tenía la impresión de que el lugar se resistía por completo a que se sintiera en casa. A veces le parecía que el tamaño y la amplitud cultural de Puerto Massy solo hacían que su vida se encogiera, que quisiera refugiarse en las rutinas y en la gente en la que sentía que podía confiar.

La noche del quintodía anterior a la marcha de Cory jugaron al balón relevo en el campo del instituto. Anden era todo el tiempo muy consciente de la presencia de su amigo. Se sentía como si fuera un pequeño planeta atrapado por la gravedad de una estrella, dando vueltas en círculos a una distancia inescapable de su brillo. Lo vio batirse y saltar para atrapar pases, reír y bromear, apartarse el pelo de los ojos y hacer el baile estúpido con el que celebraba haber metido la pelota entre los postes. Se le escapó el siguiente pase y la pelota se encajó en la red. Maldijo entre dientes.

Cuando fueron después al reñidero, Sano, el portero, le dio una

palmada en la espalda a Cory y le dijo: «No te vamos a ver en una temporada, ¿eh? Que tengas buen viaje, y no te olvides de los colegas de Trampasur cuando seas un abogado de postín». En el sótano, los amigos de Cory habían juntado varias mesas. La madre de Derek había preparado una tarta de cerezas y especias, y la gente escribía mensajes en una libreta para que Cory se la llevara de recuerdo. Anden no tenía ni idea de qué poner, así que cuando le llegó el turno, escribió cuidadosamente en espenio: «Gracias por este año de amistad. Has hecho que me sintiera en casa en Puerto Massy. ¡Buena suerte en la facultad!», y luego se sintió fatal. Se giró para mirar otra vez a Cory y lo vio pasando el brazo por los hombros de Derek, riendo a carcajadas por algo que había dicho Sammy. Los celos lo apuñalaron como un cuchillo garra en las tripas. En Watersguard, Cory se vería inmerso en experiencias nuevas y rodeado de amigos nuevos, jóvenes espenios llenos de confianza. Anden se apartó y cogió un trozo de tarta.

Aquella noche no había duelos en el reñidero, solo los entretenimientos habituales. Ni Dauk Losun ni Dauk Sana asomaban por ninguna parte, quizá para que Cory pudiera disfrutar una de las últimas noches en Puerto Massy lejos de la mirada de sus padres, pero Rohn Toro estaba allí, sentado a solas en una mesita junto a la puerta, disfrutando tranquilamente de una bebida y respondiendo con una inclinación de cabeza a los que se llevaban las manos a la frente en saludo silencioso al pasar a su lado.

—¿Sabes lo de Tim Joro? —oyó decir Anden a un hombre que hablaba con otros dos—. Ha muerto; un ataque al corazón. Solo tenía cincuenta y cuatro años. Siempre estaba bebiendo y metiéndose en líos con la ley, así que tampoco me sorprende mucho.

—¿Y su pobre esposa? —preguntó una mujer.

—Se ha ido a vivir con sus padres.

La conversación continuó en tono más bajo. Anden echó una ojeada a Rohn. De vez en cuando, alguien se sentaba con actitud respetuosa en la silla vacía que tenía enfrente y se inclinaba para hablar con él en susurros. La expresión de Rohn cambiaba raras veces; podía asentir levemente o hacer una pregunta, pero mantenía el gesto sereno e impasible de un animal en reposo, alerta incluso dentro de su propia guarida. La gente que iba a hablar con él no se

entretenía ni charlaba de intrascendencias; se levantaba para dejar el turno al siguiente. Algo en la discreta seriedad de aquellas pequeñas interacciones hizo que Anden pensara en su casa, en la seguridad que siempre había sentido y dado por supuesta en territorio de Sin Cumbre.

Cory se le acercó por detrás y le dio un abrazo de oso.

—Eh, colega, hoy esto mola —dijo Cory, soltándolo con aire inocente—. ¿Lo pasas bien? ¿Has probado la tarta? ¿Quieres otra copa?

Anden giró y se obligó a sonreír.

—No, ya voy servido. Una fiesta estupenda. —Se le quebró la voz—. Me alegro por ti. Es solo que… Ojalá Adamont Capita no estuviera tan lejos.

—Ya te he dicho que solo son tres horas en autocar, colega —exclamó Cory—. Vendré de visita a menudo. —Anden no se consoló mucho, pero Cory siguió hablando—: Venga, vente con la panda. —Se llevó a Anden con el grupo de jugadores habituales de balón relevo y anunció con alegría—: ¡Gente!, ¿sabíais que Anden ha sido tío?

Abrumado por el interés, pero orgulloso a pesar de todo, Anden sacó las fotografías que le había mandado Shae. En una aparecía Niko sentado en el suelo de la cocina de la mansión Kaul, vestido con una camiseta verde y pantalones cortos azules, con un cuchillo garra de juguete en una mano y una galleta a medio comer en la otra. Sostenía apartada la galleta como si se la estuviera ofreciendo al fotógrafo, que probablemente sería Wen. La cámara parecía haberlo pillado por sorpresa; miraba desde la foto con expresión un poco asombrada, la barbilla cubierta de migas y un ojo entrecerrado de una forma que lo hacía parecerse tanto a Lan que a veces a Anden le dolía mirar la imagen.

Se había quedado atónito al conocer la existencia de Niko. Cada vez que pensaba en aquel niño al que nunca había visto sentía una intensa punzada de compasión. Niko era también un huérfano que había ido a parar al hogar de los Kaul en la estela de una tragedia (su madre y su padrastro habían muerto en un terrible incendio en su casa, le había explicado Shae). Sin duda se sentía tan perdido y confuso como lo había estado Anden. Deseaba tener alguna forma de tranquilizar a Niko, de decirle que no se preocupara, porque a

diferencia suya, era un Kaul de nombre y de sangre.

La otra fotografía era de Ru, un bebé de ocho semanas, aunque en aquel momento debería de tener ya cerca de ocho meses. Anden había pedido en su última carta que le mandaran fotos más recientes pero tardaban mucho en llegar, y de todas formas no pensaba molestar con aquella trivialidad al hombre del tiempo. Ru era un querubín con un montón de pelo negro; tenía un puño regordete pegado a la cabeza y el otro brazo extendido, como en postura de combate, lo que hacía sonreír a Anden. Los amigos del reñidero recibieron las fotos con exclamaciones admiradas y luego se las devolvieron.

—¡Qué monos son! —exclamó Tami, una joven coqueta que, según le habían dicho a Anden, estaba estudiando en el politécnico de Puerto Massy para ser higienista dental.

—¿Nos vas a contar tu noticia, Tod? —dijo Derek.

Tod pasó la mirada por el grupo e irguió los hombros.

—Me alisté ayer.

Un breve silencio siguió a aquel anuncio.

—Bien por ti, Tod —dijo Cory al fin—. Sí, eso mola.

—¿Qué dicen tus padres? —preguntó con algo de preocupación Ema, la amiga de Tami.

—A mi madre le da miedo que me manden a Urtoko, pero me apoya. Mi padre está en contra; dice que es una traición pelear del lado de los shotarianos después de lo que les hicieron a Kekon y a nuestra familia. —La mayoría de los kekoespenios procedía de familias cuyos padres o abuelos habían tenido que huir de la ocupación shotariana. Muchos tenían parientes lejanos que habían pertenecido a la Sociedad de la Montaña y habían sido torturados o ejecutados—. Yo no lo veo así en absoluto —siguió Tod, un poco enfadado—. La ocupación terminó hace treinta años, y, además, no lucharé por los shotarianos; estaré luchando por Espenia, para impedir que los gutis se crean que pueden hacerse con el mundo entero. El reclutador con el que he hablado dice que les interesa mucho que se alisten más kespis como nosotros.

—Yo también me lo he estado pensando —dijo Sammy.

—Ahora es la única forma legal de portar jade —señaló Tod—. Y si los registros de inmigración muestran que tu padre o tu madre vinieron de Kekon, te preparan directamente para ir a las fuerzas

especiales. Si consigues entrar, te dan una exención médica: dosis pequeñas, o quizá ninguna, de
SN1
, y eliminan la restricción de tres años. Y quedas indultado automáticamente si has portado jade antes de entrar en el ejército.

—Pero no podrás portar tu propio jade —dijo Cory—. He oído que todos tienen que empezar desde cero. Aunque ya te hayas entrenado en las disciplinas tradicionales, quieren formarte a su manera.

—Creo que vale la pena —dijo Tod, encajándose las manos en los bolsillos—. Me gustaría que la gente nos viera como patriotas, ¿sabéis? Que se den cuenta que el jade se puede usar para el bien, para servir a Espenia.

Anden podría haber señalado que esas dos cosas no eran lo mismo en absoluto, pero se mordió la lengua. Aquella era la conversación más desconcertante que había escuchado desde que llegó a Puerto Massy. ¿Un huesos verdes al servicio del gobierno que había prohibido el jade? ¿Abandonar por voluntad propia el hogar para pelear en un país lejano por gente a la que no debían nada, de una forma que era casi seguro que llevaría a matar a civiles sin jade y a quebrantar el aisho? Era todo increíblemente antikekonés.

Anden sabía, por las conversaciones con los Hian a la hora de cenar y por el periódico en kekonés al que estaban suscritos, que Kekon acuartelaba a más de cien mil soldados de la República de Espenia en la isla de Euman y que proporcionaba apoyo económico y logístico a la campaña bélica, y a pesar de ello, el gobierno espenio seguía presionando al Consejo Real para obtener más. Era comprensible que los kekoneses estuvieran furiosos. Habían vilipendiado a Shae por su antigua relación con los militares espenios y se había visto obligada a defender su reputación en un duelo a hoja limpia con Ayt Mada, lo que casi le había costado la vida; Anden apenas podía imaginárselo y se sentía enfermo cada vez que pensaba en ello. Los extranjeros y su guerra no causaban más que problemas a sus primos y a Sin Cumbre.

Tuvo que reconocer que le había perdido un poco de respeto a Tod.

Al parecer, Cory no sentía lo mismo:

—Creo que mola lo que estás haciendo, Tod. Espero que…

No terminó la frase porque un movimiento repentino atrajo su atención. Rohn Toro se había puesto en pie de repente y estaba inmóvil, como conmocionado, con la mirada perdida; Anden sabía que aquella era la expresión de un huesos verdes concentrado intensamente en algo que había entrado en su Percepción. Desde la calle llegó una ráfaga sorda de ruidos repiqueteantes, como el estallido de una docena de petardos. Disparos.

Rohn subió la escalera como un demonio. Una ola de confusión, después de preocupación y por último de temor recorrió el espacio cerrado del sótano del reñidero. Algunas personas empezaron a correr hacia la escalera para intentar escapar, pero Cory reaccionó con rapidez, igual que cuando la mujer de Tim Joro se había lanzado a la calle llena de tráfico.

—¡No subáis! —gritó con un tono apremiante y autoritario que Anden nunca le había oído usar—. Quedaos todos aquí. —Miró a Tod y a Sammy—. Los huesos verdes iremos primero. No salgáis hasta que alguno os digamos que no hay peligro.

Tres hombres y una mujer, a los que Anden había visto alguna vez en el reñidero pero que no sabía cómo se llamaban, abandonaron sus sillas y se unieron a Cory, Tod y Sammy mientras corrían hacia la escalera. La mayoría de la gente se apartó para dejarlos pasar, pero unos pocos intentaron seguirlos o adelantarlos. Empezaron a oírse protestas. Al pie de la escalera, Tod se giró y lanzó una Desviación amplia y controlada que barrió la sala, haciendo caer sombreros y vasos.

—¡Que os quedéis aquí!

Los huesos verdes subieron la escalera corriendo.

Anden se quedó clavado al suelo un instante. Luego, corrió tras ellos. No podía explicar por qué; no portaba jade y la única arma que tenía era un pequeño cuchillo garra. Pero no pensó en nada de eso; lo único que ocupaba su mente era el hecho de que Cory desaparecía escalera arriba sin él.

—¿Adónde crees que vas, isleño? ¡Han dicho que nos quedemos! —gritó Derek, pero ni este ni nadie intentaron detenerlo.

En la planta alta, Anden vio a la señora Joek y a otros vendedores de comida acurrucados bajo las mesas, temblando de miedo. A Rohn Toro no se lo veía por ninguna parte. Anden llegó

junto a Cory, que lo miró con los ojos llenos de asombro y preocupación.

—¿Qué haces? —siseó—. ¡Baja con los demás!

Un gemido ahogado de dolor llegó del otro lado de la puerta metálica.

—Sano —dijo Tod. Corrió a la entrada y la abrió. El gigantesco portero estaba desplomado contra la pared de ladrillo, gorgoteando y sangrando por un montón de heridas de bala. Todd se agachó a su lado—. Oh, mierda. ¡Mierda! —Otro hombre corrió a ayudar a Tod a meter a Sano en el edificio. Dejaron tras ellos un rastro rojo resbaladizo en el suelo de hormigón.

—Si mi madre estuviera aquí, quizá pudiera hacer algo… —A Cory le temblaba la voz—. ¿Alguno puede hacer Canalización médica? —Los otros negaron con la cabeza, con expresión de pánico. Anden apretó los puños, impotente; en la academia había aprendido los fundamentos de los primeros auxilios mediante Canalización, pero ahora no le servía de nada. Tod lo intentó de todas formas, pero Anden se daba cuenta de que ya era tarde; Sano había perdido demasiada sangre y se le estaba apagando la luz de los ojos. La señora Joek empezó a salir a rastras de debajo de la mesa, ahogando los sollozos en el hueco del codo—. No, quédate ahí —le ordenó Cory.

—Vamos a comprobar la puerta delantera —propuso Sammy. Su voz era un susurro ronco—. ¿Dónde cojones está Rohn?

Corrieron hacia la puerta doble interior que daba a la parte delantera del edificio, el centro comunitario propiamente dicho. Anden los siguió, a pesar de que Cory volvió a gritarle que se quedara atrás. El centro comunitario estaba a oscuras; las mesas, las sillas y los estantes apenas se distinguían como siluetas. Los disparos habían destrozado las ventanas de la fachada; la moqueta estaba cubierta de trozos de cristal y las farolas de la calle iluminaban los agujeros de bala de la puerta y las paredes. Ante el edificio se alzaba una figura que miraba la calle, enmarcada por la línea quebrada de la ventana rota. De una rejilla del suelo salían ráfagas de aire que agitaban la chaqueta de Rohn; salvo por eso, el hombre estaba tan inmóvil como un poste.

—Rohn-jen —dijo Cory; se acercaron con cautela por detrás de él, observando los destrozos.

Rohn levantó una mano enguantada para detenerlos.

—Vienen a dar otra pasada. —Tres coches doblaron la esquina, los motores rugiendo. Un instante después revivió el sonido de las armas automáticas.

Cory se arrojó sobre Anden y lo arrastró al suelo mientras Rohn, Tod, Sammy y los otros huesos verdes lanzaban Desviaciones superpuestas que mandaron las balas contra las paredes y los muebles, contra el techo, donde hicieron añicos las luces, y contra el suelo, donde arrancaron trozos de moqueta. Anden golpeó el suelo con el hombro. Oyó que alguien lanzaba un grito, de rabia o quizá de dolor.

—¡No te levantes! —ordenó Cory, y luego, su peso desapareció cuando se puso en pie para intentar ayudar a los otros.

Varios objetos entraron volando por las ventanas rotas y rebotaron en la moqueta. Anden, todavía en el suelo, miró parpadeando la llama roja que rodaba hacia él: un trapo ardiendo encajado en el cuello de una botella llena de líquido. Se dio cuenta de que en cuestión de segundos la llama alcanzaría la gasolina y el explosivo casero estallaría e incendiaría el edificio.

Se lanzó hacia delante y agarró la botella. Sintió un pinchazo agudo en la rodilla cuando una esquirla de cristal le cortó la piel. Se puso en pie con torpeza, corrió hacia la ventana rota y levantó la bomba para arrojarla a la calle. La tela en llamas le quemó el dorso de la mano, y Anden gritó de dolor. El lanzamiento se quedó corto; la botella volaba girando como un trompo en dirección a la acera.

Una mano enguantada se movió como un borrón y atrapó al vuelo el objeto llameante como si interceptara un pase de balón relevo. Con una explosión de Fuerza y Ligereza, Rohn Toro corrió hacia los coches negros que escapaban por la calle mostrando los faros de cola. Lanzó la botella, que voló como un cohete por encima del último coche, se hizo añicos contra el capó y prendió un pequeño muro de fuego cuando la gasolina salpicó el parabrisas. El coche dio un bandazo; la rueda delantera saltó el bordillo. El radiador chocó contra una boca de incendios con un crujido metálico. Se abrieron las puertas delanteras y dos hombres salieron tambaleándose.

Rohn caminó hacia ellos mientras se sacaba un revólver del bolsillo interior de la chaqueta. Le metió al conductor dos balazos

en el pecho. El otro hombre lo apuntó con el subfusil Fullerton que había usado para ametrallar el edificio, pero Rohn lo hizo caer hacia atrás con una Desviación lanzada con la mano izquierda; el tirador chocó contra la puerta abierta del coche negro. Rohn le pegó un tiro en la cabeza. El hombre cayó al asfalto, y Rohn le metió otra bala en la cara. Después miró calle abajo; los otros dos coches se habían marchado.

Anden se giró sujetándose la mano herida, intentando ver algo a través de las manchas rojas que le salpicaban la visión y la suciedad de las gafas. Cory había cogido otro explosivo y le había arrancado el trapo; estaba apagando las llamas con las manos Aceradas, torciendo el gesto por el dolor y la intensa concentración. Otro huesos verdes se dedicaba a desactivar del mismo modo otra botella intacta, y los demás luchaban desesperadamente contra los fuegos provocados por las que se habían roto. Una bomba había estallado contra la pared de hormigón, fuera del edificio, y se estaba apagando sola, pero otra se había roto al chocar con una mesa del interior y había incendiado la moqueta. Una tercera había ido rodando hasta el templo deísta y estallado allí; el fuego ardía delante del mural y había prendido los ajados cojines para arrodillarse.

Anden cogió lo primero que pudo, una alfombra de lana azul del centro de día; la arrojó sobre el fuego del templo y empezó a pisotear. La huesos verdes entró corriendo con un extintor que había encontrado en la cocina y, tras pelearse un momento con el mecanismo, esparció espuma sobre las llamas que quedaban. Después corrió a ayudar a Tod y a Sammy, que intentaban sofocar los demás incendios con cubos de agua. Al cabo de unos minutos, el centro comunitario había vuelto a quedar a oscuras. Anden volvió tambaleándose a la sala principal. Las caras que lo rodeaban estaban manchadas de sudor y, en algunos casos, de sangre debida a cortes con fragmentos de cristal; pelo, ropa y manos estaban chamuscados.

—Por los huevos del Vidente —jadeó Tod, inclinado hacia delante y con las manos apoyadas en las rodillas—. Eran pandilleros; hombres de Kromner. Esos cabrones…

Rohn Toro entró por la ventana rota al tiempo que se empezaba a oír el sonido lejano de unas sirenas.

—Todos los que tengáis jade tenéis que largaros antes de que llegue la policía —dijo—. Dispersaos y escondeos un tiempo. No habléis con ningún policía; no sabéis nada de lo que ha pasado aquí. Os llamaré y dejaré mensajes cuando sea seguro.

—La gente que está en el sótano del reñidero… Tenemos que sacarla —dijo Cory.

—Yo me encargo —dijo Rohn. Se volvió hacia Anden—. Quédate y ayuda.

Anden asintió, aturdido, aunque no tenía ni idea de por qué Rohn creía que podía servir de algo.

—No metas a Anden en esto —protestó Cory—; ni siquiera debería estar aquí.

—Pero está —dijo Rohn—. Después lo llevaré a casa de los Hian. —Las sirenas sonaron más cercanas; aun así, Cory vaciló—. Si te pillan aquí ahora, no podrás ir a Watersguard —gruñó Rohn.

Cory parecía dispuesto a seguir discutiendo, pero cerró la boca.

—Cory, tienes que irte —apremió Anden.

El hijo del pedestal le lanzó una mirada desesperada; después se volvió hacia los otros.

—Vale; ya habéis oído a

Rohn-jen

.

Los seis huesos verdes salieron a toda prisa, se separaron en la acera y desaparecieron por calles diferentes. Rohn se volvió hacia Anden.

—Necesito tiempo para sacar a todos del edificio antes de que la policía pueda detenerlos e interrogarlos. Los policías que van a aparecer esta noche no serán tan fáciles de engatusar como los que vemos normalmente; si pueden, acosarán y amenazarán a la gente para que les diga quiénes del barrio son huesos verdes, quizá incluso para que señalen a la familia Dauk. —Rohn estudió la cara de Anden—. Necesito que alguien salga ahí delante y entretenga a la policía un rato. ¿Podrás?

—Yo me encargo, Rohn-jen —dijo Anden.

Rohn asintió y le dio una palmada en el hombro con una mano enguantada. Anden sintió durante un instante la presión de su aura de jade, y luego, Rohn se marchó atravesando los destrozos.

Anden salió a la calle por la parte delantera del edificio y corrió

hacia el sonido de las sirenas que se acercaban. Cuando vio las luces rojas y azules del coche de policía, bajó de la acera y se puso a agitar los brazos con insistencia. El coche se detuvo delante de él. Anden levantó la mano para escudarse los ojos del brillo de los faros mientras se abría la puerta del coche y salía un policía de mediana edad. Tenía un bigote espeso y los ojos entrecerrados; no era uno de los policías sobornables que Anden había visto antes en el reñidero.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el agente—. ¿Has llamado tú para denunciar un tiroteo?

Anden no tenía ni idea de quién había llamado, pero asintió de inmediato. Entendía por qué Rohn le había encargado aquella tarea: no portaba jade y tenía aspecto de espenio. Podía pasar por un transeúnte preocupado no kekonés, alguien que no tuviera absolutamente ninguna relación con el reñidero ni con los Dauk.

Obedeciendo a una inspiración repentina, Anden habló con un leve acento estepenio.

—Vi tres coches corriendo arriba y abajo por la calle. —Nunca había estado en Stepenland y no sabía ni una palabra del idioma, pero algunos compañeros del programa
EIHOI
eran estepenios. Tenían un acento muy reconocible y fácil de imitar, y como el espenio de Anden había mejorado mucho pero no era todavía perfecto, le serviría para ocultar la única señal evidente de que era kekonés—. Iban muy deprisa y la gente que iba dentro agitaba armas y disparaba por las ventanillas.

—Los putos matones típicos de Trampasur —gruñó el policía—. ¿Viste hacia dónde iban?

Anden asintió y señaló hacia el oeste, en dirección opuesta al centro comunitario.

—Por allí. Hará cinco minutos.

El agente le dio las gracias con una inclinación de cabeza, montó en el coche patrulla y partió en la dirección que le había señalado Anden. Este dudó que la distracción durase mucho. El agente no tardaría en descubrir los cadáveres, el coche en llamas, los casquillos en el asfalto y las ventanas rotas del centro comunitario. Pero había conseguido lo que le había pedido Rohn: ganar tiempo.

Anden esperó hasta estar seguro de que el coche patrulla se

había ido y no llegaban otros de camino. Miró a su alrededor para comprobar que estaba solo y nadie lo observaba y echó a andar deprisa, pero no demasiado, de vuelta al centro comunitario; lo rodeó hasta la entrada trasera, la del reñidero. Rohn Toro estaba cerrando la puerta metálica. Estaba solo, y los coches del aparcamiento se habían marchado. Parecía que había conseguido vaciar el edificio para que todo el mundo pudiera irse a casa.

—He mandado a la policía hacia la calle Cincuenta y cuatro —dijo Anden, acercándose deprisa. Miró el charco de sangre que había al lado de la puerta—. ¿Y Sano?

—La señora Joek se lo ha llevado al hospital —dijo Rohn—. Pero era tarde, de todas formas.

—Que los dioses lo reconozcan —musitó Anden.

—Mi padre decía eso. Pero me parece que en Espenia no hay dioses. Al menos, no los nuestros.

Rohn echó a andar con decisión, alejándose del edificio; atravesó el aparcamiento y entró en un callejón cercano. Anden lo siguió. Volvieron a oír una sirena; quizá el policía había dado la vuelta y ya había descubierto los cadáveres y el coche incendiado.

Rohn Toro se detuvo y giró hacia la pared de ladrillo. Tanteó la superficie con las manos enguantadas y cerró los dedos alrededor de uno que sobresalía un poco. Tiró de él y, al retirarlo, reveló un espacio ahuecado. Se quitó con cuidado los guantes de cuero negro, los dobló pulcramente, casi con veneración, y los metió en el agujero. Después volvió a colocar el ladrillo de modo que lo único que se notaba era un pequeño desnivel entre este y el de al lado.

El cuerno torció el gesto y se apoyó pesadamente contra la pared unos instantes, como si de repente sintiera náuseas. Anden reconoció sus síntomas de incomodidad como lo que eran: resaca del jade. Lo llevaba cosido al forro de los guantes de cuero. Cuando era necesario se los podía quitar y esconderlos en algún lugar secreto hasta que pudiera volver a por ellos. Si más tarde, aquella noche, la policía lo detenía y lo interrogaba, podían desnudarlo por completo y no encontrarían en él ni una brizna de verde.

Rohn se irguió y se apartó de la pared. Con cierta vacilación, Anden le ofreció una mano para ayudarlo; aquella noche había presenciado sus habilidades y sabía que era imposible que resultara fácil vivir como huesos verdes en esas condiciones, poniéndose y

quitándose de golpe tanto jade. Además, Rohn no era joven, tendría unos cincuenta años; ¿cómo podía soportar aquello su cuerpo? Pero el cuerno ya se había afirmado; miró a Anden e hizo una mueca algo avergonzada, como si el joven lo hubiera visto en un momento de debilidad, con la bragueta abierta y meando contra la pared.

Siguieron andando por el callejón sin luces.

# Capítulo 34
# La amistad del clan

Los dos meses posteriores al ataque al reñidero fueron los peores que Anden pasó en Espenia; incluso peores que cuando acababa de llegar y lo devoraba la nostalgia de casa. Cory se había ido; había llamado desde la estación para despedirse. Explicó que le habría gustado ir a ver a Anden en persona, pero era demasiado peligroso; no solo andaban todavía por ahí los pandilleros de Kromner, sino que la policía había empezado a parar por la calle a kekoneses al azar, y los registraban para ver si portaban jade. Los Dauk se alegraban de que su hijo fuera a marcharse de la ciudad.

—Siento no haberte hecho caso cuando me dijiste que me quedara abajo —se lamentó Anden por teléfono, mohíno—. Solo quería ayudar.

Cory se quedó callado unos instantes, después suspiró.

—Me preocupas, isleño, ¿sabes? Para ser un tipo que parece tan responsable te las arreglas muy bien para meterte en líos. —Sonó un aviso por los altavoces de la estación—. Tengo que irme, colega. Volveré en las vacaciones de la fiesta de la Cosecha. No hagas tonterías mientras estoy fuera, ¿vale?

Cuando colgaron, Anden no solo se quedó decaído por la marcha de Cory, sino preocupado por la conversación. Después de abandonar el reñidero la noche del ataque, Rohn y él se habían alejado tres manzanas de la escena de destrucción antes de que Rohn parara un taxi y le pidiera al conductor que los llevara a la casa de los Hian. El señor y la señora Hian se mostraron aliviados y perplejos al abrir la puerta. Mientras Anden dejaba que el agua del fregadero le refrescara la quemadura de la mano, Rohn explicó lo que había pasado.

—¿Por qué tuviste que meterte? —regañó la señora Hian a

Anden mientras sacaba vendas y un tubo de pomada antibiótica de un cajón—. Eres un estudiante extranjero; ¿por qué no te quedaste en el sótano con los demás, donde estabas a salvo? Tenías que haber dejado que se ocuparan los huesos verdes. ¿Qué le íbamos a decir a tu familia si te herían o te mataban? —Estaba al borde de las lágrimas.

Anden se sentía tan culpable que no podía hablar, pero Rohn intervino:

—No seas muy dura con él, no ha podido evitarlo. Tiene el alma verde, como dijo

Dauk-jen

. De hecho, ha sido de gran ayuda.

Rohn les contó cómo el joven había distraído a la policía el tiempo suficiente para que él pudiera poner a salvo a todos los que estaban en el reñidero. Los Hian aceptaron a regañadientes que Anden había actuado muy bien. Rohn se bebió un té caliente y se levantó para marcharse, diciendo que al día siguiente tenía que ir a trabajar temprano. A Anden le costaba a veces recordar que Rohn Toro no era tan solo un puño del clan, que tenía que ganarse la vida con un trabajo normal; llevaba una pequeña empresa de mudanzas con un par de amigos.

En cuanto Rohn se fue, los Hian insistieron.

—Anden-se, lo que ha pasado esta noche va a causar muchos problemas. A partir de ahora no te acerques al reñidero ni a casa de los Dauk; limítate a ir a la escuela y al trabajo, y vuelve a casa en cuanto salgas. Si la policía te identifica como la persona que la despistó, querrá interrogarte.

Anden hizo lo que le mandaban, pero los días siguientes no dejó de recordar la expresión de alarma en el rostro de Cory, la forma en que lo tiró al suelo para apartarlo de los disparos, lo mucho que se enfadó con Rohn y cómo le dijo que no lo involucrara: «Ni siquiera debería estar aquí».

Hasta aquel momento había pensado en Cory como en el líder de la relación, y en sí mismo como el seguidor. Espenia era el país de Cory, y aquellos eran su ciudad y su barrio; era más gregario, y sexualmente tenía más confianza y experiencia. Nada de aquello molestaba a Anden, y de hecho hacía que Cory le resultara más atractivo y tentador. Pero ahora, por primera vez, se vio como el

más débil de los dos. La señora Hian tenía razón: Cory portaba jade, y Anden, no. Cuando se había lanzado hacia el peligro, el hijo del pedestal se había visto obligado a protegerlo. Si su relación duraba, ¿sería siempre así?

Aquello le causó una intensa preocupación. Él había nacido en una familia de huesos verdes, lo habían adoptado y criado unos huesos verdes, y había estudiado en una escuela de huesos verdes. Toda la vida le habían enseñado a defender no solo su honor y su reputación, sino los de su familia y su clan, y también a defender a los más débiles: la gente que no poseía jade y que estaba bajo la protección del clan. Incluso exiliado de Sin Cumbre, incluso sin jade, no había acabado de asumir la realidad: él era ahora uno de los débiles, alguien que necesitaba que lo defendieran. Todas las personas que habían sido cercanas a Anden, todas las que eran importantes en su vida, eran huesos verdes. No tenía ninguna guía sobre cómo ser un miembro de la familia Kaul, ni de hecho sobre cómo ser un kekonés, sin jade. Se le apareció de pronto la imagen de Cory siguiendo un día los pasos de su padre y convirtiéndose en el pedestal de Trampasur, con Anden reducido a ser su amante secreto; un novio indefenso que nunca se haría un hueco propio en Espenia, y la idea hizo que por primera vez en casi un año que llevaban juntos se sintiera avergonzado por la situación.

No le ayudó a mejorar el estado de ánimo el haber perdido las partes de su rutina que más disfrutaba. Tras el incidente interrumpieron los partidos de balón relevo dos semanas, y después no consiguió reunir el entusiasmo necesario para ir a jugar sabiendo que Cory no estaría. Habían cerrado el reñidero indefinidamente; un día pasó por delante y vio que un aspa de cinta policial bloqueaba la puerta delantera rota.

La policía de Puerto Massy interrogó a los residentes de Trampasur, pero no sacó mucho en claro. Nadie dijo haber estado allí en el momento del tiroteo. Nadie dijo nada sobre el motivo de que hubieran atacado el centro comunitario. Aquella misma noche, por todo Trampasur, habían vandalizado negocios kekoneses y escrito pintadas insultantes en las paredes, pero nadie señaló a la policía lo evidente: que los crímenes tenían una motivación racial; que los pandilleros de Kromner tenían en el punto de mira a los kekoneses por el juego y el jade.

Anden estaba al tanto de rumores que le habían llegado por Derek, Tami y algunos conocidos más con los que se había cruzado al ir o al volver de la escuela y el trabajo. Dauk había mandado a Rohn Toro con unos cuantos hombres a ejecutar represalias contra la banda de Kromner. Habían atacado y robado dos casas de apuestas, y dos pandilleros sospechosos de haber formado parte del grupo que atacó el reñidero aparecieron desnucados. La respuesta fue un aumento de los ataques contra negocios y civiles kekoneses: incendiaron la peluquería a la que el señor Hian llevaba yendo ocho años; a un huesos verdes anciano lo emboscaron, le dieron una paliza delante de su casa y le robaron las pocas piezas de jade que portaba; atacaron en la parada del autobús a un tendero del barrio del que creían equivocadamente que era un huesos verdes. La policía no detuvo a nadie.

El hijo mayor de los Hian, un cuarentón constantemente preocupado aunque bienintencionado, a quien Anden había visto unas pocas veces y había tratado con cortesía pero de forma superficial, fue a casa de sus padres e intentó convencerlos de que abandonaran el barrio y se mudaran a las afueras de la ciudad. Anden estaba en su habitación intentando no escuchar, pero no pudo evitarlo.

—Trampasur se está convirtiendo en un gueto étnico —argumentó el hijo—. ¿No os gustaría vivir en algún sitio con más espacio y menos criminalidad?

Pero los Hian insistieron en que no querían irse. Les gustaba el lugar y tenían amigos allí; ¿en qué otro sitio podrían ir a pie a una tienda de alimentación kekonesa? Quizá, se quejaba la señora Hian, si sus hijos tuvieran la amabilidad de darles nietos mientras aún estaban vivos, tendrían un motivo para mudarse; si no, ¿para qué?
Dauk Losun llamó por teléfono y preguntó si su mujer y él podían ir por la tarde a visitar a los Hian. Explicó que les habría encantado invitarlos a su casa, pero la policía sabía que Sana tenía relación con el reñidero y sospechaba que el matrimonio Dauk no decía toda la verdad sobre el tiroteo y el incendio, así que vigilaban con mucha atención la parte del barrio donde vivían. En cualquier caso, los Dauk no querían causar ninguna molestia al señor y la señora Hian, así que llevarían algo para comer. Y ¿podría estar también presente Anden, por favor?

Los Hian aceptaron con nerviosismo, aunque la señora Hian preparó un montón de comida de todas formas, de modo que cuando los Dauk llegaron con bolsas de plástico blancas con media docena de platos de comida para llevar, había demasiada. Llevaron más sillas a la cocina de los Hian. Anden saludó con respeto a los Dauk, pero tenía los nervios de punta. ¿Para qué quería verlo el pedestal? ¿Aquello tendría algo que ver con Cory? ¿Sabría de su relación? ¿Culparía a Anden y le prohibiría que volvieran a verse?

—¿Cómo está Coru? —preguntó la señora Hian—. ¿Se ha instalado ya en Adamont Capita? ¿Han empezado ya las clases de Derecho en Watersguard?

—Empezaron esta semana —dijo Dauk Sana, pasando platos de cartón y cubiertos de plástico—. Parece contento, pero así es Coru; siempre alegre de espíritu. Aún no ha tenido que empezar a trabajar duro, así que ya veremos. Yo me alegro de que esté lejos, a salvo y ocupado.

Anden había olvidado que las clases de Derecho habían empezado ya. Cory no lo había llamado desde Watersguard; todavía no. Seguramente tendría muchas cosas que hacer. Instalarse, las sesiones de orientación para estudiantes, clases nuevas… Aun así, se sintió dolido y la comida perdió el sabor.

—¿Cómo os va? —preguntó Dauk Losun—. ¿Ha habido algún problema por aquí últimamente?

Escuchó, asintiendo comprensivo, mientras la señora Hian explicaba que el barrio ya no era seguro y que su hijo quería que se mudaran.

—Los matones de Kromner están haciendo daño a negocios y a personas inocentes, y la policía no hace nada —dijo el señor Hian.

—Eso es porque las bandas les pagan para que hagan la vista gorda —dijo Dauk Sana—. Es verdad que nosotros también tenemos algunos policías en el bolsillo, pero ellos tienen más. Y a fin de cuentas, Kromner y sus hombres son espenios y nosotros somos extranjeros, así que la policía se pone de su parte. Igual que hace la gente en general, porque en las noticias dicen que Kekon está perjudicando la campaña bélica de Urtoko al acaparar todo el jade del mundo, a pesar de que eso no es cierto. A veces nos confunden con shotarianos.

—¿Qué vamos a hacer,

—se quejó la señora Hian—, si la ley no permite que la gente porte jade para proteger nuestra comunidad y tampoco podemos confiar en la policía? Es muy injusto.

Dauk Losun tenía una expresión sombría.

—Me temo que esa pregunta no me deja dormir desde hace meses —dijo.

—Es verdad —dijo su esposa—. Tiene que tomar pastillas para la ansiedad.

Anden escuchó todo aquello con un sentimiento creciente de ira y disgusto. En Yanlún, los combatientes en una guerra entre clanes no atacaban a civiles inocentes, ni aunque fueran abukei o extranjeros. Si alguno de los bandos empezara a hacer eso, ¿qué iba a impedirle a la sociedad perder el sentido del aisho y caer en el salvajismo? ¡Y la policía! Habían cobrado tributo del reñidero, Anden lo había visto con sus propios ojos, pero no lo protegían. Dauk Losun había comparado a la policía local con otro clan, pero no era un clan en absoluto; no era más que otro depredador, como las bandas. Entretanto, a los kekoneses los perseguían y los trataban como delincuentes tan solo porque portaban jade para defenderse y se ocupaban de sus asuntos.

La recia figura de Dauk Losun pareció hundirse en la silla.

—Llevo cuarenta y cinco años en este país —dijo con tono de resignación—. La verdad es que soy casi espenio. Quizá por eso prefiero resolver los problemas discretamente, con dinero e influencia. Pero durante todos estos años he sabido que podíamos respaldar nuestras palabras con la fuerza, si era necesario, porque éramos los únicos que tenían jade y los únicos que podían usarlo.

»Pero los tiempos han cambiado a peor. Ahora que el jade es ilegal, las bandas no ven por qué tienen que respetarnos. Saben que no podemos contraatacar sin correr el riesgo de que nos caiga encima la ley. Los huesos verdes expertos que vinieron desde la vieja patria, a los que temen realmente, como Rohn Toro, son pocos y envejecen, y los jóvenes nacidos aquí no están tan bien entrenados ni se lo toman tan en serio. Mirad a mi hijo, por ejemplo, y lo digo con todo el cariño. O a alguien como Shun Todo, que está bien dotado para las disciplinas del jade pero es demasiado espenio; quiere irse de casa y alistarse en el ejército. —Dauk negó

con la cabeza—. Me preocupa que ya no tengamos forma de plantar cara a tiranos como Blaise Kromner. Rohn es el hombre más verde de esta ciudad, pero es un solo hombre. Y me paso las noches en vela temiendo que lo atrapen; antes o después matarán a mi buen amigo. Parece que no tenemos más alternativa que aceptar las condiciones que nos quieran imponer los jefes: pagarles protección, cerrar el reñidero, dejar que sus traficantes y proxenetas entren en nuestro barrio…

Todos habían dejado de comer. La señora Hian se tapó la boca, asustada, y su marido le puso una mano en la espalda para intentar consolarla. Anden había estado picoteando la cena sin ganas, pero en ese momento se dio cuenta de que los Dauk estaban mirándolo. Alzó lentamente los ojos hasta cruzarlos con los del pedestal. Dauk Losun siguió dirigiéndose a los Hian, pero su mirada estaba fija en Anden.

—He pensado mucho sobre la terrible situación en que estamos, y ahora debo preguntar una cosa a nuestro joven amigo. Y ya que sois su familia de acogida, debo preguntaros a vosotros también. —Se dirigió a Anden—: Eres de la vieja patria, y tu familia gobierna uno de los clanes de huesos verdes más famosos y poderosos de Kekon. Todavía tengo amigos en la isla y los rumores cruzan incluso el océano Amárico, así que he sabido desde hace mucho tiempo que eres más de lo que dices. Tus primos y tú fuisteis a la guerra contra un enemigo más fuerte que podría haber destruido vuestro clan, pero triunfasteis.

La primera vez que Anden vio a Dauk Losun le pareció demasiado sencillo y poco imponente para ser un pedestal. En aquel momento, los ojos rodeados de arrugas de Dauk tenían una mirada acerada y firme. Anden entendió lo que le estaba pidiendo; recordó que había previsto algo así desde la vez que cenó en la mesa de aquel hombre y aceptó su ayuda.

—La familia Kaul tiene muchos más recursos que nosotros —dijo Dauk—. Jade, dinero, gente, incluso influencia en los gobiernos. Quizá no tenga motivos para preocuparse por lo que pasa en Espenia, pero si existe una posibilidad de que pueda ofrecer su amistad de alguna manera, podría sernos de ayuda, porque no tenemos nada más a lo que recurrir.

—Dauk-jen —contestó Anden en voz baja—, si yo tuviera alguna

influencia en mis primos del clan Sin Cumbre, no estaría en Espenia.

Dauk Sana levantó un dedo y soltó un gruñido escéptico.

—He visto y oído lo suficiente sobre ti para creer que tus primos, si tienen la sensatez y la inteligencia mínimas, no te echarían de su lado. ¿Cómo puedes estar seguro de que no te han mandado a Espenia por otros motivos? Son tu familia, al fin y al cabo.

La señora Hian se levantó de la mesa y cogió la tetera de porcelana verde del estante de la cocina, la que Anden había llevado y entregado como regalo a su familia de acogida en nombre del clan el primer día que pisó suelo espenio; un símbolo de la amistad del clan, la promesa de un favor que algún día sería devuelto. La dejó frente Anden.

—Por el bien de la comunidad kekonesa, Anden-se —dijo—. Si nos tienes algún afecto, como nosotros te lo tenemos a ti, te rogamos que lo intentes, por favor.

# Capítulo 35
# Extraños aliados

Un año después de que la República de Espenia entrase en la guerra de Urtoko, el ministro de Asuntos Exteriores realizó su primera visita a Kekon; era una etapa de una gira oficial en la que pasaría por ocho países. Lo recibió un desfile militar ante el Salón de la Sabiduría, y también una manifestación silenciosa contra la guerra y varios editoriales mordaces en los periódicos kekoneses. El último día de los tres dedicados a la visita, el ministro mantuvo una reunión confidencial en la base naval de la isla de Euman con el canciller Son Tomarho, varios miembros del gabinete del Consejo Real y el máximo líder de Sin Cumbre. El gobierno de la República de Espenia había descubierto con el tiempo que, en Kekon, el poder político estaba abiertamente en manos de la clase guerrera portadora de jade y en aquel pequeño país no se conseguía nada sin el respaldo de al menos uno de los principales clanes de huesos verdes.

Siempre que le era posible, Hilo intentaba dejar en manos de Shae la tarea de tratar con los políticos. Pero no había ninguna excusa razonable para evadirse de una reunión con un diplomático espenio de tan alto nivel sin que pareciera un insulto intencionado a la República de Espenia, algo que su hombre del tiempo le aconsejaría de forma muy clara que evitase, por muchos motivos. Hilo, Shae y Kehn fueron en helicóptero privado de Yanlún al aeródromo de Euman. Cuando llegaron los recibieron el oficial al mando, a quien Shae reconoció y presentó como el coronel Leland Deiller, y su asistente ejecutivo, un oficial llamado Yancey; los dos espenios los acompañaron en su camino por las instalaciones.

Mientras pasaban junto a un gran campo de entrenamiento, el sordo zumbido colectivo de auras de jade inesperadas atrajo la

atención de Hilo. Había dos hileras de soldados cargados con equipo pesado de frente a una pared lisa de diez metros de alto. A una orden del instructor, la primera fila corrió hacia la pared, le dio la espalda y se agachó alerta. Los soldados de la segunda fila corrieron hacia sus camaradas, que los impulsaron hacia arriba con un tirón simultáneo de Fuerza alimentada por el jade. Los soldados, con todo su equipo pesado, aplicaron Ligereza y se encaramaron a lo alto del muro; al menos la mayoría, algunos no lo consiguieron y cayeron al suelo. Los que lo habían logrado giraron y usaron su propia Fuerza para sostener a los compañeros de la primera fila cuando estos saltaron, y los auparon desde el punto más alto hasta la cima.

Yancey se dio cuenta del interés de Hilo.

—Son cadetes de los Ángeles de la Marina —explicó—, el cuerpo de operaciones especiales de élite más destacado de las fuerzas militares de la República de Espenia. Solo el treinta por ciento de esos reclutas superará el entrenamiento básico del
SCJBI
. —Yancey prácticamente tuvo que gritar para hacerse oír sobre el viento que barría Euman.

Ante la mirada interrogativa de Hilo, Shae tradujo las palabras del oficial y la sigla desconocida. Hilo había oído hablar del Sistema de Combate con Jade Bioenergético Integrado (el término largo y rebuscado que usaban los espenios para describir su versión de las disciplinas del jade, adaptadas y modificadas a partir de lo que conocían de los métodos kekoneses), pero nunca lo había visto en acción. Kehn murmuró en un aparte: «Hay que reconocerles a los espenios que saben cómo convertir las sobras en una comida». Un huesos verdes que dominase la Ligereza podría saltar aquel muro sin ayuda. A juzgar por sus auras, parecía que los soldados espenios no portaban más jade que un licenciado de nivel medio de la academia Kaul Du, pero el
SCJBI
los entrenaba para trabajar en colaboración de modo que su eficacia colectiva se amplificara. La cultura kekonesa reverenciaba la destreza del guerrero de jade superior, respetaba a los vencedores de los duelos y celebraba el heroísmo de los huesos verdes rebeldes y patriotas del pasado, pero los espenios cogían el jade y lo

repartían como otro elemento del equipo militar, de manera uniforme y sin sentimentalismos. Hilo hizo una mueca de disgusto. Estaba seguro de que no había sido coincidencia que llevaran por aquel camino a los visitantes huesos verdes y que hubieran presenciado una demostración en el campo de entrenamiento. Fuera lo que fuera de lo que querían hablar los espenios aquella tarde, estaban subrayando el mensaje al situarlo en el centro de su presencia militar en Kekon y prologándolo con un recordatorio de que también ellos podían usar el jade.

Llegaron al edificio principal y entraron en una sala de reuniones grande, aunque austera, con sillas de oficina alrededor de una mesa gris y la bandera de la República de Espenia colgada de una pared. El ministro Corris, a quien Hilo reconoció por las fotos de los periódicos, ya estaba allí; charlaba con otro hombre a quien Shae se apresuró a identificar con un susurro: el embajador Gregor Mendoff. El ministro y el embajador interrumpieron la conversación y se acercaron a estrechar manos. Quire Corris era un espenio típico, de tórax amplio y ojos azules; Hilo pensó que era idéntico a Mendoff salvo por el bigote. Como la mayoría de los espenios, hablaba animadamente y se detenía lo justo para que el intérprete que estaba a su lado transmitiera sus palabras, pero también poseía cierta reserva en sus modales, un toque calculador y mercenario en su mirada directa. No era que los espenios fueran precisamente avaros, pensó Hilo, pero siempre parecían reprimir en parte la calidez humana, sin dejar de evaluar con astucia cómo hacer tratos para conseguir lo que querían.

El canciller Son y un puñado de miembros del Consejo Real también estaban allí.

—Kaul-jen —dijo Son, saludándolo. Si el ministro Corris y los otros espenios se sorprendieron ante la juventud relativa del pedestal en comparación con los otros ocupantes de la sala, o ante la actitud respetuosa del jefe oficial del gobierno, tuvieron cuidado de no dejar que se les notara.

Además de los líderes de Sin Cumbre, había en la sala otra persona que portaba jade: el general Ronu Yasugon, principal canciller militar del Consejo Real, y quizá el único miembro del gobierno del que podía decirse que era una excepción a la férrea prohibición cultural y legal de que los políticos portaran jade.

Aquella transgresión de la norma se aceptaba porque, al igual que en la medicina, la enseñanza marcial y la penitencia religiosa, la pertenencia a las fuerzas militares kekonesas era una de las pocas formas en que un huesos verdes podía renunciar honorablemente a juramentarse con un clan y declarar lealtad a otra vocación. Pero a diferencia de las otras profesiones, los individuos que portaban jade no podían alistarse en el ejército nada más terminar los estudios; se esperaba de ellos que pasaran al menos un año como dedos. Los clanes se aseguraban de que la mayoría de los jóvenes talentos de jade fueran primero con ellos; pasado algún tiempo, a los dedos menos prometedores se los alentaba sutilmente, o no tan sutilmente, a que sirvieran al país vestidos de uniforme. El general Ronu era una excepción; había cambiado Montaña por la carrera militar hacía dieciocho años, siendo ya un puño primerizo, y portaba más jade que la mayoría de los oficiales: un reloj con seis piedras encajadas en la muñequera de acero. Saludó a Hilo, que correspondió tocándose la frente.

—General…

Cuando todos estuvieron sentados, el ministro Corris dio comienzo a la reunión hablando sobre la agradable y productiva visita que había disfrutado, y dando las gracias al gobierno y a la gente de Kekon por ser unos anfitriones tan generosos. Habló un rato sobre la importancia de la relación entre Kekon y Espenia y el compromiso del primer ministro con seguir reforzando la alianza política, económica y militar entre los dos países.

—Por diferentes que sean nuestra historia y nuestra cultura, tenemos en común una cosa fundamental —dijo Corris, e hizo una pausa para que el intérprete lo tradujera—. Un intenso sentido de orgullo nacional y de independencia, y una lealtad igualmente intensa a nuestros amigos y aliados.

Hilo se sintió tentado de señalar que eran como mínimo dos cosas, no una, pero el embajador Mendoff asintió y sonrió mostrando su acuerdo, y los kekoneses escucharon con cortesía las hipérboles del extranjero. Corris carraspeó y siguió hablando con un tono más serio:

—Como saben, señores… y señoras —añadió con una rápida mirada a Shae—, la República de Espenia ha comprometido recursos considerables en la defensa de la soberanía de Shotar

contra el expansionismo ygutano. Por desgracia, en este punto de la campaña está claro que todavía queda un largo camino para ganar la guerra de Urtoko.

No dejaba de tener importancia que lo reconociera. Los espenios, con plena confianza en su poderío militar, habían calculado que conseguirían la victoria en Urtoko en un año o menos. Sin embargo, la provincia más oriental de Shotar estaba demostrando ser un campo de batalla difícil. El terreno era caluroso, árido y montañoso, con multitud de lugares donde los rebeldes podían ocultar sus campamentos y mezclarse con la población civil. La República de Espenia era una potencia naval sin igual en el mundo, y también podía presumir de disponer de una ingente cantidad de tropas terrestres y de bombas, pero no estaba acostumbrada a la guerra de guerrillas contra enemigos atrincherados.

—Debido a la naturaleza del combate —intervino el coronel Deiller—, los equipos de operaciones especiales ligeros y de tamaño reducido están demostrando ser la clave del éxito en el conflicto de Urtoko. Las ventajas físicas y extrasensoriales que proporciona el jade bioenergético kekonés permiten que nuestras fuerzas de élite operen con gran precisión y eficacia, minimizando así las víctimas civiles.

Hilo entrecerró los ojos con impaciencia. ¿Acaso aquella reunión era otro intento de los extranjeros para convencer a Kekon de que les vendiera más jade? Shae ya les había dejado claro a Mendoff y a Deiller que la Alianza del Jade de Kekon no aumentaría la cuota.

El ministro Corris levantó las manos.

—Entiendo que el tema de las exportaciones de jade ya se ha tratado largo y tendido, y aunque mi gobierno se siente decepcionado por que no hayamos podido entendernos, nos damos cuenta de las presiones que afrontáis debido al sentimiento general del público en lo relativo a la conservación de vuestros recursos naturales. Lo que no hemos debatido hasta ahora es la posibilidad de que Kekon proporcione apoyo militar en Urtoko.

Un hormigueo de incomodidad recorrió el lado kekonés de la sala. El canciller Son se inclinó hacia delante y apoyó los gruesos codos en la mesa.

—Señor ministro —dijo, hablando lentamente para que lo

siguiera el intérprete—, nos sentimos honrados por su visita y valoramos la relación entre nuestros países, pero debe entender que somos una pequeña nación isleña. Jamás hemos agredido a otros países. De hecho, como puede explicar el general Ronu, nuestro ejército no está ideado para cosas así.

Ronu estaba sentado un poco por detrás y a la izquierda del canciller. Al recibir la indicación de que tenía permiso para hablar, se irguió y dijo:

—Mantenemos una pequeña fuerza, sesenta mil miembros en servicio activo, para defender las aguas territoriales, el espacio aéreo y las fronteras de Kekon. —Era de hecho una cantidad pequeña, incluso para un país de solo doce millones de habitantes. El ejército gozaba de un respeto simbólico por parte de los kekoneses, pero desde luego no lo consideraban una institución nacional esencial.

—Creo que lo estamos infravalorando. ¿No es así, canciller? —dijo el embajador Mendoff cuando las palabras de Son y Ronu acabaron de traducirse al espenio—. Vuestro ejército oficial incluye a varios miles de integrantes equipados con jade bioenergético, y vuestra auténtica fuerza de combate está entre la población civil. Si se tiene todo eso en cuenta, no sería exagerado afirmar que tenéis la mayor reserva de soldados potenciados con jade del mundo.

La incomodidad aumentó. El canciller Son se aflojó el cuello de la camisa y miró de reojo a Hilo, que era la única otra persona del lado kekonés sentada a la mesa en posición de hablar con la misma autoridad que él. Un poco por detrás y a cada lado, Hilo podía notar que el aura de jade de su hombre del tiempo crepitaba con preocupada indignación y que la de su cuerno retumbaba de disgusto. Los espenios eran astutos; entendían que la auténtica capacidad de combate de Kekon estaba entre las filas de los clanes de huesos verdes, pero su arrogancia era asombrosa y ofensiva.

Hilo odiaba las chorradas diplomáticas. Se planteó dejar que Shae respondiera por él; estaba acostumbrada a tratar con los extranjeros y sin duda daría una respuesta diplomática. Sin embargo, se inclinó hacia delante. Los políticos kekoneses sentados a la mesa recularon un poco. El pedestal clavó la mirada en el ministro extranjero.

—Esos soldados de jade, como los llamas —dijo—, viven de

acuerdo a un código que no entenderías. —Aunque su expresión seguía siendo de neutralidad amistosa, su tono tenía un filo que hizo que el intérprete vacilara un instante antes de transmitir sus palabras—. Los huesos verdes defienden a Kekon y luchan por el clan al que han jurado lealtad, no por ningún gobierno extranjero.

—Usted es el jefe de Sin Cumbre, señor Kaul-jen —dijo el ministro Corris sin titubear—. Así que supongo que es quien decide cuáles son los intereses de su clan. Y por lo que sé, diría que están en la misma línea que los nuestros. Su gente se ha asociado con nosotros para luchar contra el tráfico de jade ilegal y de drogas, ha buscado oportunidades para invertir y ha presionado para reducir las barreras de los negocios internacionales entre nuestros países. A diferencia del otro líder de clan importante de este país, cuya retórica pública ha sido directamente antagónica y patriotera, su familia parece interesada en mantener las buenas relaciones, algo que agradecemos enormemente. Por eso nos estamos esforzando por dialogar abiertamente con usted. —Ningún kekonés presente en la sala había pasado por alto el detalle de que no estaban allí ni Ayt Mada ni ningún representante de Montaña. El ministro Corris continuó—: El primer ministro Galtz, el ministro de Industria y yo estamos dispuestos a aprobar varias reformas comerciales que habéis solicitado. Ya hemos retirado las restricciones sobre la propiedad de bienes inmuebles, nos disponemos a reducir las tasas de las importaciones kekonesas en algunas industrias y estamos acelerando el proceso de aprobación de visados para los expatriados kekoneses que quieran trabajar o cursar estudios superiores en Espenia. Por supuesto, varias empresas y organizaciones kekonesas que nos inspiran confianza serían los socios preferentes. —El secretario inclinó la cabeza para dejar claro que aquella frase se refería a los presentes en aquella sala.

Hilo estaba un poco sorprendido; los espenios no eran tan ignorantes sobre los clanes como había supuesto. Estaban ofreciendo algo que daría a Sin Cumbre ventaja sobre Montaña, y sabían lo suficiente para entender lo valioso que era para la familia Kaul. Sospechaba que si se giraba para consultar a Shae, esta podría cuantificar el valor de la oferta hasta el último dien, pero daba lo mismo. Todo era una transacción comercial para los espenios, y

algunos precios eran demasiado caros.

—Mi hombre del tiempo ha estado trabajando duro para expandir nuestros negocios —dijo Hilo, apoyando las manos en la mesa—, de modo que, naturalmente, nos gustaría ver que todo eso que mencionas se hace realidad. —Shae le había dicho una vez que los espenios interpretaban la palabra no como un simple punto de partida de la negociación, de modo que hizo una pausa para dejar absolutamente claro que lo siguiente que iba a decir iba en serio—: Pero como pedestal de mi clan, jamás enviaré a huesos verdes a luchar por extranjeros, se ofrezca lo que se ofrezca a cambio.

Aquella negativa tajante no pareció alterar al ministro.

—Kekon es el eje de nuestra presencia estratégica en el este amárico. Si no podemos contar con vuestra contribución militar a este esfuerzo vital, eso hace más importante aún que tengamos vuestro apoyo político inquebrantable.

El canciller Son soltó una tosecilla.

—Kekon está alojando más tropas extranjeras en su suelo que en ningún otro momento desde que obtuvimos la independencia en la Guerra de las Naciones. Eso es un apoyo considerable.

—Es en beneficio mutuo —dijo el coronel Deiller—. La presencia de tropas de la República de Espenia en la isla de Euman actúa como elemento disuasorio de agresiones en esta zona y garantiza la seguridad de su país.

—Hace pocos meses —dijo Hilo, casi con placidez— hablé con un matrimonio a cuya hija de dieciséis años habían violado unos soldados espenios. Pregunten al señor y a la señora Eyun si las tropas extranjeras que juegan, van de putas y se emborrachan cuando están de permiso en nuestras calles son buenas para su seguridad.

El embajador Mendoff hizo una mueca de disgusto.

—A pesar de cualquier trágico incidente aislado —dijo impertérrito—, lo que nos preocupa es la voluntad de Kekon de mantenerse firme en las cuestiones de seguridad de la zona, es decir, de actuar como un baluarte fiable contra la amenaza creciente de Ygutan.

—El objetivo de Ygutan es extender su territorio y su influencia de cualquier forma posible —añadió el coronel Deiller—. El Comisariado de Dramsk y su cuerpo de líderes religiosos, los

protectos, predican una visión de destino nacional manifiesto en la que la coalición ygutana se extiende por todo el continente de Orius, desde el océano Amárico hasta el océano Ulírico. Si, y esperemos que no ocurra, Urtoko cae ante los ygutanos, eso alentará a Dramsk a cometer otros actos de agresión. La cercanía de Kekon al continente de Orius, sus recursos únicos y su posición estratégica en el mar occidental de Tun lo convertirán en un objetivo evidente.

Los políticos kekoneses cruzaron miradas decaídas, pero no respondieron a las afirmaciones de Deiller. No se podía descartar del todo un ataque ygutano, pero Hilo estaba seguro de que los espenios exageraban el peligro. La verdad era que una victoria ygutana en Urtoko tendría una consecuencia mucho más indudable e inmediata para Kekon: causaría el pánico en la República de Espenia y esta enviaría aún más recursos militares a la zona para afianzar el control sobre Kekon antes que sus enemigos, todo en virtud del interés declarado de «defender» a sus aliados.

—Somos conscientes —dijo el ministro Corris— de que existe en la población civil y en algunos sectores del gobierno un deseo creciente de que Kekon aumente su implicación humanitaria en la guerra, especialmente en lo relativo a aceptar y realojar refugiados.

El canciller Son asintió con desconfianza. El incremento de muertes de civiles en la región de Urtoko había atrapado la atención del público; le afectaban los ruegos de los habitantes de etnia kekonesa del lugar, gente que se había desplazado a Shotar hacía generaciones, oprimida y discriminada por la sociedad shotariana y que ahora sufría atrapada en medio de una lucha entre potencias extranjeras. Ni siquiera el estereotipo más extendido sobre los kekoshotarianos («son todos unos gánsteres barukanos de sangre mestiza que portan nefrita») había desmotivado las peticiones de que Kekon repatriara a los refugiados de Urtoko. Hilo pensó con pesimismo que aquel era el innegable poder de la televisión; los kekoneses no se habían parado a preocuparse por lo que le pasara a la gente que vivía más allá de Kekon en ningún otro momento de la historia.

—El sentimiento humanitario es comprensible, pero plantea un riesgo de seguridad que no sabemos si habrán analizado a fondo — dijo el embajador Mendoff. A Hilo le resultaba irritante que los

espenios cambiaran continuamente de interlocutor, lo que hacía que tuviera que estar cambiando sin parar el foco de su atención. Se suponía que el ministro Corris era la persona de mayor rango en el lado espenio, y parecía que los otros estaban de acuerdo con él, así que ¿por qué tenían que estar turnándose para hablar e interviniendo sin que se dirigieran a ellos?

Como para dar la razón a Hilo, habló ahora el coronel Deiller:

—Los agentes ygutanos están por todas partes en Urtoko, y nuestro servicio de inteligencia ha confirmado que existen conexiones entre los rebeldes y los grupos criminales organizados kekoshotarianos. A menos que Kekon se mantenga alerta en la vigilancia de sus fronteras, corre el riesgo de que los ygutanos se infiltren, lo que sería un peligro inaceptable para nuestros activos militares instalados aquí.

—«Vuestros» activos —recalcó con recelo el canciller Son.

—Os interesa tomar en serio esta amenaza —respondió el coronel Deiller—. En la actualidad no hay restricciones de movimiento dentro de Kekon. Los civiles viajan con libertad entre la isla de Euman y el resto del país. Esto cambiaría si entre la población hay agentes ygutanos que puedan robar información militar, sabotear nuestras instalaciones o enviar coordenadas de bombardeo a Dramsk. Incluso podrían trabajar para socavar el gobierno e instalar un régimen más amistoso hacia Ygutan. De entrada, la mejor línea de defensa conjunta contra esos riesgos inaceptables es impedir que se cuelen en el país.

Durante un momento, nadie respondió. Luego, la boca de Hilo se curvó en una sonrisa sardónica.

—Queréis que impidamos el paso a otros extranjeros para proteger a los que ya tenemos metidos aquí.

El ministro Corris frunció los labios y se encogió de hombros; no era una aceptación explícita de lo que había dicho Hilo, pero lo confirmaba de sobra.

—Lo que queremos es la garantía de que nuestros aliados de Kekon harán todo lo posible por influir en la normativa pública y en la legislación de una forma que preserve a largo plazo la fuerza de nuestra relación y nuestra mutua seguridad. Queremos tener confianza en que os alzaréis contra otras voces más alborotadoras y estrechas de miras, y os ayudaremos haciendo que seguir siendo

amigos os suponga una ventaja económica.

Hilo asintió y se puso en pie. Los espenios habían dicho todo lo que pretendían decir y se estaba cansando ya de la acaramelada e interminable palabrería política, por no hablar del continuo pretexto de que aquello era cualquier cosa menos un soborno al más alto nivel. Dioses del Cielo, había sido puño y después el cuerno del clan durante años, antes de convertirse en el pedestal; sabía todo lo que había que saber sobre el delicado equilibrio entre amenaza y seducción necesario para sacarle lo que uno quería a un aliado reticente. Shae y Kehn se levantaron a su vez, y, un instante después, los imitaron el canciller Son y los demás políticos kekoneses. El ministro Corris se levantó también, alzando levemente las cejas.

—Ayt Madashi es mi enemigo —dijo Hilo—, pero eso no significa que tú seas mi amigo. Trataré contigo y con tu gobierno mientras eso beneficie a Sin Cumbre. Pero seguís siendo visitantes aquí. No pidáis demasiado ni supongáis que controláis Kekon. Otros extranjeros lo intentaron antes que vosotros.

Cuando el intérprete acabó de traducir las palabras de Hilo, el ministro Corris sonrió, mostrando una hilera de dientes blanquísimos, y para sorpresa de todos los presentes levantó las manos unidas y se tocó la frente, saludando a la manera kekonesa tradicional. Lo hizo con la cantidad justa de parsimonia para que constituyera una réplica intencionadamente informal sin llegar a parecer una burla directa.

—Que el resplandor de los dioses ilumine a tu clan, como dicen en tu país, señor
Kaul-jen
—dijo el diplomático espenio—. O, como dicen en el mío: que veas la Verdad y des fe de ella.

—Putos espenios —dijo Hilo aquella noche, después de cenar.

Kehn gruñó para mostrar su acuerdo y apartó el plato vacío.

—Tratar con ellos es como pelear con una criatura de muchas cabezas. Una te sonríe, otra te roba la comida y otra te pega un bocado en el culo. —El cuerno se cruzó de brazos—. Sabían que no íbamos a mandar huesos verdes a luchar a su lado en aquel infierno. Si lo han propuesto, ha sido para poder hacer más presión al pedir lo que creían que sí podrían sacar.

—Los espenios harían fila para vender a su madre, solo para ver quién conseguía el mejor precio. —Tar estaba reclinado en la silla con una expresión satisfecha en la cara; había pasado la tarde con Iyn Ro, su amante esporádica, en vez de en la base naval de Euman.

—Podrías haberme dejado comentar unas cuantas cosas en la reunión —dijo Shae un poco disgustada—. Por ejemplo, que los acuerdos de comercio propuestos también beneficiarían su economía. La capacidad industrial de Espenia se ha desviado a los trabajos bélicos, y necesita mercancía extranjera para satisfacer la demanda de los consumidores. No es como si la presión que intentaban aplicar tuviera que soportarla entera un lado.

—Ya había demasiados en esa reunión intentando parecer los más listos de la sala —dijo Hilo—. Lo importante es que estamos pillados: la mayoría de la gente odia que los extranjeros estén aquí y quiere chupar de la teta de Ayt cada vez que la muy zorra suelta uno de sus discursos, pero nos hemos atado a su maldito dinero.

Shae se cruzó de brazos en respuesta a la mirada de Hilo.

—Me miras como si fuera culpa mía que los espenios fueran exigentes y no tuvieran escrúpulos. Sí; intentan aprovecharse de nosotros, hacen peticiones ofensivas, regatearán para sacar el máximo de cada situación: son así. Pero siguen siendo nuestra mejor arma contra Montaña. —La destrucción de las fábricas de shine que Montaña tenía en Ygutan, hacía cinco meses, había asestado un duro golpe financiero a Ayt. Shae estaba impaciente por reforzar la ventaja cortando las otras posibilidades económicas de su rival en el extranjero, especialmente en Espenia, donde la oficina del hombre del tiempo estaba concentrada en expandirse—. Montaña sigue en una posición más fuerte que la nuestra en cuanto a la base de negocios en Kekon. Pero si nos aseguramos acuerdos comerciales que nos beneficien y a ellos les corten el acceso al mercado espenio, dentro de cinco o diez años seremos el clan más grande.

Hilo aprobaba que Shae y su gente obtuvieran todas las victorias económicas posibles sobre Montaña; todo valía para debilitar la posición de Ayt Mada como líder y reforzar la oposición interna en su clan, pero no estaba dispuesto a esperar cinco o diez años para ver resultados. La naviera

prosperaba, aumentando la importancia de la familia Ven en Montaña, pero la oposición de Ven Sando a su pedestal aún no se había materializado en ninguna acción concreta que acabara llevando a Ayt a dar de comer a los gusanos en el cementerio El Cielo Espera.

—Ayt está muy tranquila últimamente —reflexionó Hilo. Quizá no estuviera tan ansiosa por aparecer en público ahora que Shae le había cortado media oreja, pero Hilo no era tan optimista como para pensar que el fracaso de su intento de ahuyentar a Shae y hundir de paso a Sin Cumbre la había disuadido. Era mucho más probable que estuviera haciendo acopio de fuerzas para lanzar otro ataque—. El dinero solo no basta; necesitamos seguir removiendo la mierda de Montaña para que no se estanque. ¿Has investigado a la familia Iwe, como te pedí?

Shae torció el gesto ante la forma en que Hilo cambió de tema, pero contestó:

—No hay nada sobre Iwe Kalundo. Lleva dos anillos de jade, uno en cada meñique, y una muñequera con tres piedras en el brazo izquierdo; nunca ha tenido problemas, hasta donde se puede saber. —Abrió las manos y las puso palmas arriba—. Pero… su tía estuvo a punto de morir de sobredosis de
SN1
hace dos años, y ahora no porta nada de jade. Sus dos hermanos pequeños y todos sus primos son adictos, y usan el mismo proveedor: un traficante del Cruce de quien se rumorea que vende de tapadillo shine de primera calidad a huesos verdes.

—¿Cómo te has enterado de eso? —Hilo miró a su hermana, impresionado.

—Ahora hay ratas por todas partes —dijo Shae, con tanta petulancia que Hilo sonrió. Los chismes sobre adicciones a las drogas y a vicios diversos no eran exactamente el tipo de información que esperaba obtener la red del hombre del tiempo, pero si Shae estaba ejerciendo su papel de forma creativa, él no iba a protestar.

Wen sonrió e intervino. Parecía que había pasado mucho tiempo desde que se mordía la lengua excepto cuando estaba a solas con Hilo.

—Si supiéramos qué tipo de persona tenemos que buscar, los

dedos de Kehn no tardarían mucho en encontrar a ese traficante.

—Encárgate, pero con discreción —le dijo Hilo al cuerno—. Avísame cuando hayas dado con él, pero no actúes hasta que yo diga. Ya estás bastante ocupado dirigiendo los ataques a Ti Pasuiga.

Lina, la mujer de Kehn, entró en el comedor con Ru, al que acababa de cambiar el pañal, y lo dejó en brazos de Wen. Dio un beso de buenas noches a su marido y dijo que se volvía a casa a terminar de corregir exámenes. Kehn asintió y la contempló mientras se marchaba, con la evidente mirada embriagada de un recién casado. Hilo sonrió al verlo. La boda, celebrada el mes anterior, había sido una fiesta espléndida digna de la posición del cuerno, y entre la enorme familia de Lina y todos los puños y dedos de Sin Cumbre habían ocupado casi por completo el hotel General Estrella. Tar hizo una falsa mueca de disgusto y le tiró una servilleta a su hermano.

Kehn le tiró de vuelta la servilleta y recuperó la sequedad habitual al dirigir de nuevo su atención a la mesa.

—Sobre los ataques a Ti Pasuiga hay una noticia buena y otra mala —dijo—. La buena es que hemos matado a docenas de pescadores de rocas de Zapunyo, y confiscado jade tallado por valor de unos quinientos millones de dien y cientos de kilos de mena.

No por primera vez, Hilo envidió a su cuñado. Las tareas del cuerno eran difíciles y peligrosas, pero sencillas y más tangibles.

—La mala noticia —continuó Kehn— es que ese perro astuto de Zapunyo sigue poniéndose creativo. He visto jade camuflado como botones y cuentas de sonajero, empaquetado en marisco congelado y escondido en latas de comida. Hemos interceptado un poco, pero la armada espenia pilla mucho más. Es otro motivo por el que Shae-jen tiene razón. Tenemos que seguir encamados con los extranjeros si queremos dejar fuera de combate a ese perro uwiwano.

Tar meneó la cabeza ante aquella ironía.

—Los espenios han empezado una guerra que ha hecho crecer el mercado negro del jade. Hemos recurrido a ellos para que nos ayuden a acabar con el contrabando que provocaron ellos, para empezar, y a cambio esperan que les demos las gracias y hagamos lo que nos mandan como si fuéramos críos.

Las exigencias políticas de los espenios, la amenaza constante de

Montaña, las sucias artimañas de Ti Pasuiga… Cada cosa por separado era un quebradero de cabeza más que suficiente, pero todas juntas se conectaban de formas inextricables que dejaban a Hilo frustrado e inquieto.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Ya está bien de charla por hoy.

Kehn y Tar se fueron a su casa. Niko bajó la escalera y dijo que había tenido una pesadilla y no quería estar solo. Wen le pasó a Ru a Hilo, se levantó dejando escapar un gemido y se llevó al niño de vuelta a la cama. El pedestal y el hombre del tiempo se quedaron a solas en el comedor, salvo por el bebé soñoliento que Hilo tenía en brazos y los ruidos que hacía Kyanla al fregar los platos en la cocina. Shae parecía sumida en sus pensamientos; Hilo se dio cuenta de que había desarrollado el hábito de frotarse distraídamente el cuello desnudo, allí donde antes lucía la gargantilla de jade.

Shae bajó la mano y se volvió hacia él.

—Voy a ir a Espenia un par de semanas —dijo—. He estado pensando en lo que me contó Anden por teléfono y creo que deberíamos conocer a esa gente, a esos huesos verdes de Puerto Massy. Hoy ha quedado una cosa clara en la reunión de la isla de Euman: los espenios nos pueden presionar porque tienen gente aquí y saben más sobre lo que pasa en nuestro país de lo que nosotros sabemos sobre lo que pasa en el suyo. Parece que todo lo que hacen los espenios nos afecta de algún modo, y por lo que dice Anden, su ciudad más grande se está convirtiendo en un campo de batalla por el jade, tal como pasa aquí. Tengo que ir y descubrir más cosas.

Hilo se lo pensó.

—No —dijo al cabo de un rato—. Tú tienes que seguir aquí. Hay demasiadas mierdas políticas en marcha, entre el Consejo Real, la AJK
y los espenios. No puedes permitirte estar fuera de Kekon tanto tiempo, por si pasa algo, y ahora que has recuperado el apoyo del clan, lo último que puedes hacer es marcharte de la calle del Barco y viajar otra vez a Espenia. —El hombre del tiempo abrió la boca para protestar, pero Hilo añadió—: Iré yo.

Shae no ocultó la sorpresa.

—Tú… ¿irás?

—Soy el pedestal; si esto resulta ser tan importante como dices, debería ocuparme en persona. No dejas de decirme que nuestra ventaja está en Espenia, que tenemos que invertir allí. Voy a ir a ese país para verlo con mis propios ojos.

Parte del problema, pensó Hilo, era que la gente y los negocios extranjeros siempre habían sido asunto de Shae. Ahora eran una parte demasiado importante del destino de Sin Cumbre, y de hecho del de Kekon, para que los dejara en exclusiva en manos de su hermana. Hilo siempre había comprobado que cuando las cosas no estaban claras, cuando no podía ver de inmediato cuál era la acción correcta en una situación confusa, tenía que acercarse. Hablar con la gente adecuada, entenderlo todo mejor. La solución siempre estaba en la calle, en algún lugar a plena vista.

Ru empezó a alborotar, e Hilo se levantó y lo paseó para calmarlo.

—Además —dijo en voz baja—, hace mucho que no veo a Andy. Demasiado, me parece.

# Capítulo 36
# Lo que te mereces

Bero y Mudt estaban en el apartamento del primero, sentados en el suelo, bebiendo y practicando Canalización con un par de ratas que Mudt había atrapado con un cubo de plástico en el callejón de la parte trasera del edificio.

—Deberíamos aprender a fabricar shine —dijo Bero—. Así podríamos venderlo y guardar para nosotros lo que nos queda del material bueno.

—Claro, keke. —Mudt abrió un botellín de cerveza y bebió un buen trago—. ¿Tienes algún laboratorio para sintetizarlo?

—No somos el puto ejército espenio —se burló Bero—. Se puede hacer shine callejero si se consigue el jarabe.

Algunos medicamentos de origen botánico usados desde tiempos inmemoriales contenían pequeñas cantidades del ingrediente principal del
SN1
; si uno conseguía robar los medicamentos o falsificar recetas para sacarlos de un hospital o una farmacia, los podía destilar como «jarabe» y amplificar su potencia con productos químicos de uso industrial.

Bero mantuvo la mano alzada encima del cubo. Si cerraba los ojos podía Percibir las ratas con más claridad, como puntos de energía vibrantes y cálidos. Intentó visualizar su propia energía de jade como algo que podía extender más allá de su cuerpo, como un arma afilada que sostuviera en la mano, y Canalizó hacia uno de los roedores una estocada con dos dedos. El animal cayó aturdido de costado, con las patas temblando de dolor, pero aún vivo.

—Maldita sea.

Mudt le pasó el botellín de cerveza.

—Acábatela.

—Creía que te gustaba.

—Esta no. Es mierda ygutana barata. —Mudt levantó la mano por encima del cubo y, con una expresión concentrada que casi parecía furiosa, tocó la otra rata. El animal dio un saltito, hizo un trompo y cayó muerto patas arriba. Bero frunció el ceño y se terminó la cerveza. ¿Desde cuándo Mudt Canalizaba mejor que él? ¿Habría estado practicando por su cuenta?

Bero reconoció que en los tres últimos meses no habían tenido mucho más que hacer. No habían vuelto a saber nada de Soradiyo. Ese follaovejas barukano ingrato los había dejado de lado y probablemente les estaba dando todos los trabajos a Mo y a Gamba. Lo que significaba que Bero tenía que volver a pensar en una forma de aumentar sus ingresos. Volvió al tema:

—Tengo clientes fijos que me compran el shine. Lo único que necesitamos es crear nuestro propio suministro.

Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano; el último tifón de la temporada había disipado un poco el calor remanente del verano, pero también se había cargado la electricidad del edificio, así que no funcionaban los ventiladores.

—Tus clientes no vienen para quedarse ciegos con un producto flojo cocinado con desatascador de cañerías —dijo Mudt—. Te buscan porque tienes shine de calidad. —Se volvió hacia Bero y le dirigió una mirada gélida—. El que robaste del almacén de mi padre cuando murió.

Bero se quedó mirándolo. «Está muy borracho». Pero la mirada de Mudt era firme, y el color rojo de la cara lo causaba la furia, no la bebida. Bero soltó un gruñido.

—¿Me estás llamando ladrón? —dijo con tono amenazador.

Aquello era un cliché, puro postureo; el tipo de desafío que provoca peleas de bar. Mudt soltó una risilla curiosamente aguda.

—Eso tiene un huevo de gracia, keke. Somos ladrones, ¿se te ha olvidado? Somos lo más bajo de lo más bajo. —Su voz adquirió de repente un tono extraño—: Pero tú… Tú eres otra cosa. Mi padre te dio trabajo y te pagaba bien, y cuando todo el mundo estaba intentando matarte, te salvó la vida. Y tú te quedaste con su shine y lo vendiste, y todo el tiempo fingías que te importaba ayudarme a vengar su muerte, pero nunca moviste un dedo. Solo me mantenías

a tu lado porque te era útil, pero en ningún momento tuviste intención de pagarle a mi padre lo que había hecho por ti. Jamás te has jugado el cuello por nadie más que por ti mismo. Tienes jade, pero no sabes qué hacer con él porque no tienes nada por lo que vivir. Puede yo sea un ladrón, pero al menos tengo algo que me motiva. Tú no tienes nada. No eres nada.

Bero lo miró estupefacto; era el discurso más largo que le había escuchado a Mudt en su vida. Luego estalló.

—¿Quién cojones te crees que eres para hablarme así? ¿Crees que me haces falta? Si no fuera por mí, ni siquiera tendrías jade. Yo pensé la manera de conseguir el jade de Kaul; yo nos metí en la Casa de las Ratas; yo nos conseguí el trabajo de saqueadores. Todo ha sido idea mía todo el tiempo; tú eres el que no es nada, ¿y me dices que yo no soy nada? Debería…

Intentó agarrar por el cuello a Mudt, pero este dio un salto y se apartó de su alcance. Bero saltó tras él, pero, de repente, el suelo pareció inclinarse bajo sus pies; se tambaleó y cayó en el sofá. Se sintió mareado de golpe y la cabeza empezó a darle vueltas. Aún no había bebido tanto, y desde luego menos que Mudt, que estaba de pie sin problema, observándolo impasible, expectante.

En un repentino instante de lucidez se dio cuenta de lo que pasaba. Miró la botella de cerveza vacía que había dejado caer. Recordó que una vez le contó a Mudt por qué tenía la cara deformada; le había explicado con pesar, y a la vez con algo de orgullo, que hacía unos años casi había conseguido robarle el jade a un huesos verdes borracho mediante el procedimiento de echarle droga en la bebida.

—Hijo de puta. —Bero intentó sacudirse la cortina que se le cerraba en la cabeza; parpadeó, maldijo y se arrastró hacia Mudt con pensamientos asesinos—. ¡Rata comemierda hijo de puta! —Se le revolvió el estómago y unas punzadas convulsas de dolor le atravesaron las tripas. Intentó concentrarse; con un gruñido de esfuerzo lanzó una Desviación débil en dirección a Mudt. Le salió amplia; arrancó la lámpara de la mesa y la estrelló contra la pared. Mudt ni siquiera se movió.

Bero se retorció sobre la alfombra, sudando y abrazándose el vientre, con la lengua fuera. A través de una nube vio que Mudt se acercaba y se colocaba a su lado con algo en la mano. No pudo ver

qué era hasta que Mudt se agachó y se lo clavó en el muslo. El joven apretó la jeringa e inyectó una dosis triple de
SN1
concentrado en las venas de Bero. Suficiente para hacerle convulsionar el corazón. Suficiente para matarlo.

Bero volvió a intentar cerrar las manos alrededor del cuello flacucho de Mudt, pero este usó la Fuerza y se libró con facilidad del agarre. Se sentó en el pecho de Bero y le sujetó los brazos, y mientras Bero ponía los ojos en blanco y boqueaba frenéticamente, le quitó el collar de jade y se lo puso. El mundo de Bero empezó a oscurecerse. El veneno en la cerveza, la sobredosis de shine en la sangre, el jade arrancado… Era incapaz de decir cuál de las tres cosas le estaba robando más deprisa la capacidad de moverse, de hablar, de pensar.

Mudt se levantó.

—No me das pena —dijo, pero sonaba titubeante, como si lo dijera para convencerse. Miró a Bero un largo instante y luego dijo, con más aplomo—: Tú en mi lugar me habrías hecho lo mismo. Solo tienes lo que te mereces.

Los dedos de Bero intentaron alcanzar el tobillo de Mudt, que se apartó, y Bero se desplomó e intentó rodar tras él, arrastrándose por el suelo como un pez en la cubierta de un barco. Oyó que Mudt se alejaba, y luego, el sonido de la puerta del apartamento al abrirse y cerrarse. Mudt se había ido, se había llevado el jade y lo había dejado ahí para que muriera. ¡Mudt! Ese canijo apestoso, ese donnadie, ese chico que había trabajado en el Todo Bueno y que siempre había parecido irrelevante. Lo había matado Mudt, que se suponía que era más débil, que tenía que ser el acólito y que había llegado a ser la única persona a la que Bero podría haber llamado amigo… Y todo era tan irónico que a Bero lo abrumaba el deseo de reír a carcajadas, y gritar, y aplastar a golpes el cráneo del muchacho.

Con un último impulso alimentado por el odio, Bero se arrastró hasta la puerta del apartamento y se levantó apoyándose en ella; la vieja cerradura saltó y Bero cayó al otro lado, y luego le pareció que lo arrastraban por un túnel muy largo y oscuro.

# Capítulo 37
# Amenazas e intrigas

En un cobertizo de las Dársenas encontró un gran contenedor frigorífico, marcado como un envío destinado a Sin Cumbre, gracias a un soplo anónimo. El contenedor, del tipo usado normalmente para transportar pescado congelado, tenía dentro el cadáver descuartizado de un uwiwano: brazos, piernas, manos, pies, polla, torso, cabeza. Heike, un dedo del clan, se inclinó sobre el borde del muelle y vomitó lo último que había comido; Lott logró contener las náuseas al contemplar la sangrienta estampa, pero se apartó rápidamente.

—¿Quién era, Maik-jen?

Kehn cerró la tapa; parecía indecente quedarse mirando mucho tiempo los pedazos, sobre todo considerando que era muy probable que el hombre hubiera estado vivo durante al menos una parte del proceso de despiece.

—Una de las ratas que tenemos en Tialuhiya —dijo—. Apostaría algo a que fue quien nos dio el soplo sobre el Orgullo Amárico.

Kehn no era de los que mostraban abiertamente y en toda su extensión su decepción o su ira; desde que era pequeño había sido el tranquilo, el que evitaba que Tar los metiera en líos o, si ya se habían metido, el que los sacaba. En aquel momento, sin embargo, salió como una tromba del cobertizo, envuelto en una nube oscura. Establecer y mantener una red de informantes en las islas Uwiwa era un trabajo laborioso y una importante inversión de tiempo y dinero por parte del lado del cuerno del clan. En Kekon, Sin Cumbre tenía muchos recursos e influencia, pero no era fácil reclutar, controlar y proteger en otros países a las ratas blancas. Cuando, a pesar de todos los esfuerzos, Ti Pasuiga descubría y castigaba de forma grotesca a alguna, las otras se asustaban y Sin Cumbre no

podía tomar represalias eficaces.

Kehn le dio vueltas al problema y pensó en cómo presentárselo al pedestal.

—Ya hemos perdido ratas antes —explicó al día siguiente mientras comían en el Dos Fortunas—, pero simplemente desaparecían. Esta es la primera vez que Zapunyo nos lo restriega por el morro, mandándonos un cadáver descuartizado. Antes, los contrabandistas eran como mucho una molestia, pero la banda Ti Pasuiga está bien organizada y en esas islas la temen, y está claro que ya no tiene miedo de ofendernos descaradamente. Ese perro uwiwano se ha envalentonado demasiado.

—Se siente frustrado —dijo Hilo, pasándole a Tar el plato de brochetas de pato—. Zapunyo tiene un montón de dinero sucio y lacayos baratos, pero si no puede sacar jade de Kekon y ponerlo en manos de sus compradores, no tiene negocio. Los ygutanos, los rebeldes urtokos y los barukanos que apoyan la rebelión porque odian al gobierno shotariano son sus clientes más importantes, y con la presión que estás aplicando a sus rutas a través del golfo de Origas y el Amárico oriental, está en un atolladero.

El pedestal parecía menos molesto por la rata asesinada de lo que Kehn había esperado, o quizá simplemente estaba distraído pensando en su inminente viaje a Espenia. Mientras estuviera ausente, el hombre del tiempo quedaría a cargo de Sin Cumbre, y aunque le caía bien a Kehn, trabajaba detrás de una mesa y no conocía realmente el lado militar del clan. Kehn estaba acostumbrado a poder consultar a

Hilo-jen

casi cualquier aspecto de las responsabilidades del cuerno.

—Zapunyo está empezando a buscar otros mercados —dijo—. Ya está fabricando

SN1

para evitar que sus pescadores de rocas y sus tallistas contraigan la comezón; es natural que también lo fabrique para venderlo, sobre todo ahora que han desaparecido las fábricas de Montaña en Ygutan. Hemos oído que está intentando asociarse con otros grupos: cárteles de la droga, traficantes de armas, redes de prostitución…, para distribuir jade y shine en otros lugares del mundo.

—¿Por qué los espenios no hacen que el gobierno uwiwano se

ocupe de Zapunyo? —preguntó Tar—. Saben dónde está su mansión; ¿por qué no lo matan y ya está?

—El gobierno de Uwiwa es un agujero negro de corrupción —dijo Hilo—. En algunas zonas del país no hay ninguna ley, y la mitad de la ayuda extranjera que entra ahí desaparece.

—Ti Pasuiga paga a la policía más que el gobierno —dijo Kehn —. Y Zapunyo se muestra generoso y da dinero a las ciudades y los pueblos para que construyan carreteras, escuelas y templos. Dentro del país es prácticamente intocable. Podemos dañar sus negocios, pero mientras siga vivo, seguirá siendo un problema para nosotros. —Kehn se rascó la mandíbula—.

Hilo-jen

, tenemos que pensar una forma de susurrar su nombre.

Hilo no reaccionó apenas a la declaración del cuerno. Kehn suponía que el pedestal ya había pensado en aquello, pero aún no había llegado a una conclusión satisfactoria.

—En casa tenemos enemigos que llevamos años intentando enterrar. Hay un límite a lo que podemos manejar al mismo tiempo —dijo Hilo.

Dos semanas antes, siguiendo unas instrucciones discretas del pedestal, la policía de Yanlún había detenido e interrogado al traficante de shine que había mencionado Shae y habían rastreado los dedos de Kehn. El traficante llegó a un acuerdo con las autoridades y confesó los nombres de varios clientes huesos verdes de alto nivel, incluidos parientes cercanos de Iwe Kalundo, el hombre del tiempo del clan Montaña. Sin Cumbre se había asegurado de que la noticia de la detención y los nombres de los clientes se filtraran a la prensa. Ayt Mada no era la única que podía usar los medios de comunicación para dejar en mal lugar a sus rivales. Eso había revivido el debate público sobre los peligros del

SN1

, y además, lo que era más importante, había renovado la preocupación por que el liderazgo del clan Montaña pudiera caer en la familia Iwe.

Entretanto, Sin Cumbre había resuelto algunos de los problemas que tenía en la calle del Pobre descargándolos sobre sus rivales. Por órdenes de Hilo, los huesos verdes de Kehn habían desmantelado la prostitución en el triángulo de juego del distrito del Sobaco; habían

obligado a marcharse a los proxenetas y les habían advertido que más valía que no los pillaran cerca de los casinos. De paso, las casas de apuestas de Sin Cumbre habían colgado carteles y repartido folletos publicitando los clubs de *striptease* y los burdeles de los distritos cercanos controlados por Montaña: Cabeza de Perro y Punta de Lanza. Los pendencieros soldados espenios estaban llevando su dinero y sus camorras al territorio de Montaña; hacía poco, tres marineros extranjeros borrachos se habían visto envueltos en una pelea con varios huesos verdes de la familia Koben y habían acabado en el hospital, lo que dejó a Ayt Mada en la humillante posición de tener que apoyar públicamente a los imprudentes Koben y, a la vez, pagar bajo mano a los espenios.

Kehn admiraba la astucia táctica de Hilo-jen, aunque no podía evitar pensar que su interés por desestabilizar a Montaña era como intentar prender fuego a la hierba mojada: se levantaban muchas chispas y humo, pero hasta el momento no se veían llamas rugientes.

Quizá Hilo estuviera pensando eso mismo, porque apartó el plato y le dijo a Tar:

—Mata a alguien de la familia Koben. No al hijo ni a la madre, sino a un huesos verdes, a alguien que les sea cercano. No lo hagas personalmente ni se lo encargues a tus hombres; contrata a un asesino a sueldo y asegúrate de que no se pueda rastrear de ninguna forma hasta Sin Cumbre. No debe parecer un accidente; tiene que ser algo obvio.

—La madre del chico tiene un hermano que porta jade, y también un tío —dijo Tar.

—Va bien —dijo Hilo—. Cualquiera de los dos sirve. Es mejor que el que sea acabe muerto, pero si no es posible, no pasa nada. Lo importante es que no sepan a quién culpar.

Los Maik asintieron. Los Koben eran muchos, pero poco inteligentes; ahora que parecía que se habían librado de los Iwe, quizá se los podría provocar para que ejercieran una violencia útil, como había ocurrido con los extranjeros borrachos. Tar empezó a preguntar algo, pero el señor Une, el linterna propietario del Dos Fortunas, se acercó a presentar sus respetos y charlaron amigablemente con él unos minutos. Cuando el sonriente

restaurador saludó y se fue, Hilo respondió a su asistente.

—Lo de matar a un Koben no corre prisa; irá bien en cualquier momento después de que volvamos de Espenia.

Cuando se levantaron para marcharse, Hilo puso una mano en el hombro de Kehn.

—No me olvido de lo que has dicho sobre Zapunyo. Perder algunas ratas es de esperar, pero tienes razón al estar furioso y ofendido. Ahora mismo tenemos muchas cosas en marcha, pero estoy de acuerdo en que tenemos que cargar con más fuerza contra Ti Pasuiga. Cuando vuelva pensaremos un poco más en el asunto.

Tras una comida de negocios con la junta directiva de Cuatro Virtudes, Tau Maro regresó sintiéndose a la vez cautelosamente optimista y profundamente frustrado. Aquella organización benéfica popular solo llevaba funcionando un año, pero ya había superado sus objetivos iniciales de captación de fondos y estaba recibiendo una publicidad muy positiva; por otro lado, los intentos de influir en el Salón de la Sabiduría en asuntos clave como el de los refugiados no estaban teniendo mucho éxito. En cuestiones de negocios y política seguía siendo muy difícil conseguir nada a tiempo sin el apoyo de un clan. Maro pensó que debería existir una palabra para nombrar esa combinación concreta de esperanza persistente y dificultad inevitable que parecía dominar todos los aspectos de su vida, desde el ascenso por el escalafón académico hasta el trabajo benéfico y político, pasando por los asuntos del corazón.

Entró en su despacho y se encontró a tres hombres esperándolo. Dos eran suficientemente jóvenes para ser estudiantes, pero no los reconocía de sus clases. El otro, sentado en la silla de Maro y haciéndola girar despacio, tenía aura de jade pero no lo portaba a la vista. En Yanlún, aquello era equivalente a dejar que se notara el bulto de la chaqueta que ocultaba un arma de fuego ilegal; solo podía significar que aquel hombre no tenía derecho a su verde y era un delincuente de algún tipo.

Maro se quedó en la puerta y se esforzó por disimular la alarma y las sospechas.

—Lo siento, este no es su despacho —dijo.

—Estamos buscando al doctor Tau Marosun —dijo el hombre sentado.

—¿Quién es usted? —preguntó Maro, manteniendo el tono tranquilo.

—Un bastardo medio shoti —respondió en un shotariano perfecto—. Como usted. —Maro se tensó cuando el hombre se levantó y se le acercó con una sonrisa en la cara, cetrina y alargada. Sus modales no eran amenazadores ni mostraba hostilidad en su aura, pero Maro dio un paso involuntario hacia atrás cuando el otro cerró con suavidad la puerta del despacho—. No pasa nada, doctor Tau. No estoy intentando ofenderlo. Sé lo prejuiciosos que pueden ser los kekoneses, y entiendo que no quiera que sus compañeros conozcan el auténtico motivo por el que viaja tanto a la ciudad de Leyolo.

El hombre no se había presentado. Parecía un villano sacado directamente de una película policiaca shotariana, pensó Maro. Nudillos hinchados y boca taimada. Maro se quedó mirándolo con una sensación de incredulidad y, a su pesar, con un escalofrío de miedo.

—Al fin y al cabo —siguió diciendo el desconocido—, tiene que mirar por sí mismo. No es fácil progresar en esta ciudad sin ser un secuaz de alguno de los grandes clanes de huesos verdes. Los hombres como usted no obtienen la consideración que merecen. —Se dio cuenta de que Maro miraba a los dos jóvenes y añadió—: No se preocupe por ellos; no entienden el shotariano. Veamos, doctor Tau: ¿sigue follándose a la Kaul o se han acabado las cosas entre ustedes?

Maro giró la cabeza de golpe para mirarlo; bruscamente, su inquietud se convirtió en ira.

—Si cree que puede sobornarme o chantajearme, se equivoca. No sé nada especial sobre Sin Cumbre, y aunque lo supiera no se lo diría, ni por un precio ni con amenazas. Adelante, dígale a todo el mundo que soy mestizo. Desate un escándalo xenófobo, como hicieron con Kaul Shae. No me da miedo perder el trabajo; dejaré que mi labor hable por sí misma.

El hombre de la cara estrecha levantó las manos fingiendo querer aplacarlo.

—Tranquilo. ¿Tengo pinta de pertenecer al clan Montaña? Ni mis amigos ni yo tenemos nada que ver con las desagradables acusaciones contra su novia. Y no queremos sacarle información.

—Entonces, ¿qué quieren?

—Una presentación. Eso es todo. Como he dicho, no somos de Montaña. Usted conoce en persona a la familia Kaul. Queremos que organice una reunión.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Maro. Abrió de un tirón la puerta.

—Fuera —dijo, intentando que no le temblara la voz y fracasando—. Y no se le ocurra volver.

—No está siendo razonable —replicó el hombre con una voz repentinamente gélida—. ¿Qué le debe a Sin Cumbre para negar tan groseramente mi petición? Piénselo. —Con una sacudida de cabeza, indicó a los dos matones jóvenes que salieran. Estos se encogieron de hombros y se apartaron de la pared en la que estaban apoyados —. Recuerde —añadió como de pasada, aún en shotariano— que sabemos sobre usted mucho más que lo que usted sabe sobre nosotros, doctor Tau. Piense en eso antes de precipitarse a hacer o decir algo.

Los tres hombres se marcharon sin prisa. Maro cerró la puerta del despacho y se dejó caer en la silla. Se estremeció al notar que el cuero aún conservaba el calor corporal del desconocido.

# Capítulo 38
# No puede ser auténtico

Mudt entró en el bar Cerdo y Cerdo, en Lavamoneda, y se sentó a la barra.

—Una ración de gambas rebozadas y una Brevnya.

El camarero lo miró con suspicacia por lo joven que era, pero al ver que parecía un huesos verdes muy cargado de jade, se limitó a preguntar:

—La cerveza, ¿normal o extragrande, jen? Los segundodías, la grande solo cuesta cinco dien más.

—La extragrande, pues —dijo Mudt.

Cuando llegaron las gambas y la cerveza, Mudt se puso a disfrutar con calma de la comida. Estaba de humor para celebrar; aquel día, por primera vez, había combinado Ligereza y Acero. Había corrido hasta el borde de la azotea de su bloque y había saltado veinte metros hasta el edificio de al lado. Aterrizó rodando en el hormigón y al final quedó tumbado de espaldas, con el corazón a toda marcha a causa de la adrenalina y sin aliento, pero ileso del todo; ni siquiera se había hecho un rasguño. Las interminables horas de práctica obsesiva empezaban a dar fruto. Sabía que aún le quedaba mucho para ser capaz de ganar a alguien como Maik Tar, un huesos verdes con años de entrenamiento a cuestas. Necesitaba esperar al momento adecuado y también pensar en cómo conseguir alguna ventaja inesperada, tal como había hecho cuando drogó la bebida de Bero.

No podía evitar sentir remordimientos por haber asesinado a Bero; aunque habían pasado muchas semanas, echaba de menos su compañía y le habría gustado tener alguien con quien hablar, con quien compartir el éxito de aquel día. Aún lo acosaba la forma en que Bero se había quedado espasmódico en el suelo los últimos

minutos, con los ojos llenos de rabia impotente, pero con cada reconfortante trago de cerveza iba disminuyendo la sensación. En aquel mundo no había margen para la debilidad. Bastaba con observar a los clanes de huesos verdes. Un auténtico huesos verdes no se lo pensaría dos veces a la hora de matar a un enemigo y quedarse con el jade. Ese era el tipo de persona que Mudt necesitaba ser si quería ejecutar su venganza contra Maik Tar y el clan Sin Cumbre.

Mudt pidió otro vaso extragrande de cerveza y se reconfortó sabiendo que el mundo no había perdido mucho por que Bero ya no formara parte de él. Una vez había oído decir a su padre: «Creo que es un sociópata». En su mundo, eso no era necesariamente malo. Mudt había tenido mucho tiempo como ejemplo al otro joven: era mayor que él y siempre había parecido mucho más duro y seguro de sí mismo, sin miedo de nadie. Mudt le admiraba eso.

Notaba cálido y pesado el jade que llevaba al cuello. Se movía y rodaba por la piel como si estuviera vivo; no…, como si le diera vida. Mudt había tenido que aumentar la dosis diaria de shine para poder portarlo todo. Por suerte sabía dónde había guardado Bero el alijo, y a diferencia de este, también sabía cómo conseguir más. En otra época se lo podría haber contado a Bero si se hubiera molestado en preguntarle.

En el bar había poca gente al principio, pero fue llegando más al avanzar la noche. Entró un grupo de universitarias con falda corta y tacones de aguja. Estaban en una misión destinada a emborrachar como era debido a una amiga a la que el gilipollas de su novio acababa de dar puerta.

—¡Un huesos verdes! —exclamó una, dirigiéndole una sonrisa tímida a Mudt después de pedir las bebidas—. Nunca te había visto, pero debes de ser puño. ¿Es la primera vez que vienes por aquí?

—No es puño —dijo otra chica de mayor edad, poniendo los ojos en blanco ante la ingenuidad de su amiga—. Es demasiado joven. Ese jade no puede ser auténtico.

—Es auténtico —dijo Mudt, acalorándose. Las mujeres nunca se habían fijado en él, y pocas veces había hablado con una. La cabeza le zumbaba por la bebida y sentía el estómago pesado a causa de la fritanga. Con todo el jade que portaba, su Percepción era abrumadora y lo distraía. Las jóvenes parecían hornos de energía a

su lado; le costaba trabajo concentrarse en las caras—. ¿Tengo pinta de posturero barukano? Hasta el último trozo de verde que veis es de verdad.

—¿Y cómo lo conseguiste? —dijo la mayor—. Seguro que no tienes ni veinte años. —Y añadió, haciendo una parodia de grandísimo interés—: ¿Lo ganaste en duelos? ¿Te apellidas Kaul?

La amiga se echó a reír. Las jóvenes llevaban perfume y maquillaje, y eran tan guapas como modelos de la televisión incluso mientras se reían de él. Dos riadas gemelas inundaron el cerebro de Mudt: vergüenza y rabia. La gente trataba a los huesos verdes con respeto. Así tenía que ser; así había sido siempre. Nadie se atrevería a preguntar a un huesos verdes cómo había conseguido su jade ni a hablarle de forma paternalista, de la forma en que esas dos chicas le estaban hablando a él.

Pero no todos los que portaban jade ahora eran dignos de ese respeto. Se los podía ver en Yanlún y en la televisión, y se los mencionaba en los cotilleos: nuevos verdes, barukanos, gánsteres extranjeros, soldados espenios que mataban incluso a mujeres y niños.

Mudt tenía jade, pero no era huesos verdes; no había crecido ni se había entrenado como tal, de modo que no resultaba convincente. Tenía una actitud desconfiada, nerviosa y cohibida que saltaba a la vista para cualquiera que hablara con él un par de minutos. A cierto nivel profundo y vergonzante, Mudt lo sabía, y sabía que las jóvenes del bar también se daban cuenta. En aquel instante recordó la forma en que Bero se había comportado, para incredulidad y jolgorio de los huesos verdes de Montaña, aquella noche en la selva en la que Mudt estaba seguro de que los iban a matar. Bero había sido egoísta y temerario, pero no había mostrado miedo.

Se volvió hacia las jóvenes.

—¿Por qué creéis que los Kaul son tan especiales? —espetó—. ¿Queréis saber de dónde he sacado mi jade? Lo he ganado. Lo cogí del cadáver del mismísimo Kaul Lan.

Las dos jóvenes se quedaron mirándolo. Mudt sabía que había ido demasiado lejos; para el caso podía haberse subido a la barra y proclamado que era la reencarnación de Jenshu. A diferencia de Nau Suen y los huesos verdes de Montaña, a ninguno de los

presentes le hizo gracia la bravata del nuevo verde y nadie quería que lo asociaran con él. Las jóvenes empezaron a apartarse como si hubiera confesado que padecía una enfermedad contagiosa, sin dejar de mirar a todas partes para ver si en el bar había algún huesos verdes que hubiera oído la conversación y acudiera para romperle las piernas al chaval por semejante blasfemia.

Mudt se apresuró a soltar una carcajada y después sonrió. No tenía mucha práctica, así que lo que se salió fue una especie de mueca llena de dientes.

—Tendríais que haber visto la cara que habéis puesto —comentó.

—Estás borracho —dijo la mayor sin sonreír en absoluto, y tiró de su amiga para volver con el grupo.

Mudt reconoció para sí que era posible que lo estuviera. Pagó la cuenta y se marchó antes de arriesgarse a decir alguna otra tontería. El camarero solo llevaba un mes en ese local, pero tenía buen oído y no era en absoluto un recién llegado al barrio. Cuando Mudt se marchó, fue a la parte trasera de la cocina, descolgó el teléfono para empleados que había al lado del baño e hizo una llamada.

# Capítulo 39
# Reunión de pedestales

Anden fue con Rohn Toro al aeropuerto internacional de Puerto Massy para recibir a Hilo. El vuelo llevaba una hora de retraso. Mientras esperaban, Rohn compró un café para llevar en el área de restauración y ojeó los expositores giratorios de prensa de la tienda de la terminal. Anden se sentó en una de las sillas amarillas cercanas a la puerta e intentó sin éxito leer una revista. No había visto a su primo desde el funeral del abuelo, cuando prácticamente lo había desterrado de Yanlún, y las últimas palabras que se habían dirigido habían sido secas y dolorosas. Cuando Anden telefoneó a casa, habló con Shae y le explicó la situación y la petición de ayuda de los Dauk, lo último que habría esperado era que ella lo llamara dos semanas después y le dijera que Hilo iba a coger un avión y presentarse personalmente en Puerto Massy.

Hizo falta otro mes para conseguir todos los documentos de viaje necesarios y hacer hueco en el calendario de Hilo. Entretanto, las hojas amarillearon en Puerto Massy y el cielo se oscureció hasta adoptar un tono gris pastel. Colocaron las decoraciones para la fiesta de la Cosecha: guirnaldas de mazorcas y manzanas desecadas, muñecos y figuras de Jack Esparto, hileras de velas amarillas en las ventanas. Las calles y las paredes de la ciudad estaban alfombradas de folletos y cubiertas de carteles; las tiendas de alimentación y los restaurantes anunciaban banquetes de bizcocho de maíz y conejo cebado; las demás tiendas declaraban que ofrecían los mejores descuentos del año.

En Trampasur, las bandas siguieron atacando a los kekoneses y sus negocios. Después de que el cadáver de un traficante de rango medio del jefe Kromner apareciera flotando en el río Camres, tres pistoleros entraron en un restaurante donde estaba comiendo Rohn

Toro. El huesos verdes Percibió que se acercaban y escapó por la puerta trasera, pero desde entonces, casi siempre que Anden veía a Rohn, este llevaba puestos los guantes de cuero. Incluso en aquel momento, en el aeropuerto. Se calaba a fondo el sombrero y a menudo interrumpía lo que fuera que estuviera haciendo y sus ojos adoptaban una mirada perdida mientras activaba la Percepción en busca de amenazas.

Para pasar el tiempo mientras esperaban, Anden intentó charlar con él.

—¿Tienes familia que venga a visitarte en la fiesta de la Cosecha,
Rohn-jen
?

Rohn apartó un momento la vista de la guía turística que estaba hojeando.

—Mi hija vendrá unos días. —Anden no tenía idea de que Rohn tuviera una hija, o alguna familia en absoluto; lo conocía desde hacía tanto tiempo como a los Dauk, pero por instinto lo había tratado siempre con cierto distanciamiento respetuoso, de modo que sabía muy poco de él—. Es mayor que tú. Vive en Evenfield, cerca de su madre. Me gustaría verla más, pero eso es decisión suya, no mía. —Evenfield estaba a cinco horas en tren o en autocar. Rohn pareció melancólico durante un instante; después se encogió de hombros—. Quizá hubo un tiempo en que habría podido ser más hogareño en vez de lo que soy, pero estoy en deuda con los Dauk. Ahora ellos son lo más cercano a una familia que tengo.

El vuelo de Yanlún aterrizó al fin, y los pasajeros empezaron a desembarcar. Hilo y Maik Tar fueron de los primeros en salir. Anden se levantó con nerviosismo y fue a saludar a su primo. Se detuvieron cuando los separaban diez pasos, como si los hubiera golpeado a la vez la incertidumbre.

—Kaul-jen… —dijo Anden, bajando la mirada y llevándose las manos unidas a la frente. Luego volvió a alzar los ojos. Hilo parecía un poco mayor de lo que recordaba; su expansiva energía parecía un poco más contenida, aunque quizá se debía a que lo estaba viendo ahí, en medio de un bullicioso aeropuerto de un país extranjero, donde parecía otro viajero con desfase horario. Hilo llevaba la chaqueta colgada del brazo y la camisa azul con los

botones abrochados hasta el cuello para ocultar las gemas de jade de la clavícula, que Anden siempre le había visto mostrar sin disimulo. No sonreía, pero mientras Anden lo observaba, en sus ojos apareció una especie de ternura reticente. Sus labios se movieron con indecisión, como si estuvieran en conflicto entre el dolor y la alegría. Al final recorrió el espacio que los separaba y le dio a Anden un abrazo incontenido.

—¡Andy! —dijo, y besó a su primo en las dos mejillas.

Una oleada de alivio inesperadamente intenso cubrió a Anden e hizo que le temblaran las rodillas. La suave intensidad zumbante del aura de jade de Hilo, tan cerca, era más cegadoramente familiar que su voz o el olor de su ropa: el olor débil a humo de tabaco mezclado con el aroma indescriptiblemente pungente de Yanlún, que hizo que Anden sintiera nostalgia de inmediato. Fue a responder, pero entonces recordó su papel. Se apartó de Hilo y saludó a Maik Tar, que también lo abrazó con calidez aunque no de forma tan exagerada, y luego se giró un poco y dijo:

—Kaul-jen, te presento a Rohn Toro. Es… —Anden se dio cuenta de que no sabía si Rohn tenía un título oficial en el clan, ni, de hecho, si algún huesos verdes aparte de Dauk lo tenía—. Piensa en él como el cuerno. Entre los huesos verdes de Puerto Massy solo está por debajo de su buen amigo Dauk Losunyin, a quien vamos a ver ahora.

—Aquí no somos muy de ceremonias —dijo Rohn, con su voz uniforme y parsimoniosa habitual—, pero es un honor darte la bienvenida a Espenia,

Kaul-jen

.

Empezó a inclinarse para saludar, pero Hilo lo sorprendió extendiendo la mano y estrechándosela de modo firme y amistoso. Los dos hombres cruzaron la mirada por encima de sus auras de jade, y Anden vio que Hilo reconoció de inmediato a Rohn Toro, igual que Anden lo había reconocido cuando entró en la sala de la casa de los Dauk después de la cena: el tipo de hombre al que todos los clanes deberían tener.

—He oído mucho sobre Espenia, pero es la primera vez que vengo en persona —dijo Hilo, sonriendo ahora a su manera amistosa y cautivadora pero a la vez sutilmente formal—. Soy un

invitado en este país, de modo que agradezco que me den la bienvenida y me acompañen los amigos de mi primo. —Señaló con un gesto de cabeza a Tar—. Maik Tar asistente del pedestal y cuñado mío.

Rohn y Tar se saludaron con leves inclinaciones perfectamente idénticas; fue como un encuentro entre dos perros del mismo tamaño.

—Ha sido muy generoso por tu parte venir solo por la palabra de Anden —le dijo Rohn a Hilo.

La sonrisa del pedestal se mantuvo inalterada mientras contestaba, sin mirar directamente a su primo.

—Andy no me lo habría pedido si no hubiera una buena razón. ¿En quién vamos a confiar, si no en nuestra familia? —Y Anden supo que, aunque Hilo se alegraba de verlo, aún no lo había perdonado del todo.

Cuando Hilo y Tar recogieron el equipaje, Rohn Toro abrió la marcha hacia la zona de aparcamiento de tiempo limitado donde los esperaba una limusina alquilada negra. Explicó a los visitantes que Dauk Losun les había reservado habitación en el hotel Crestwood, en el centro de Puerto Massy. ¿Preferían ir directamente y descansar un rato? Hilo miraba por la ventanilla con interés mientras Rohn sacaba el coche del aeropuerto y entraba en la autopista. No, contestó Hilo, ya había dormido en el avión y no había necesidad de ir al hotel si ello implicaba tener esperando a otro pedestal; deberían reunirse con Dauk Losun de inmediato.

Rohn condujo por el centro de Puerto Massy, siguiendo a propósito un camino más largo para que los visitantes pudieran contemplar parte de la ciudad. Hilo guardó silencio la mayor parte del trayecto, pero unas cuantas veces le dio con el codo a Maik Tar y señaló tal o cual detalle interesante: el mundialmente famoso edificio Mástil, los autobuses naranja chillón, una marca conocida en un cartel publicitario. Anden quería decirle mil cosas a su primo; sentía el extraño impulso de hacer de guía turístico y señalar detalles que él desconocía cuando llegó a Puerto Massy y había ido descubriendo, que sabía que al pedestal le interesarían… Pero estaba indeciso; no sabía con cuánta familiaridad tratarlo, ni si su primo agradecería los comentarios o lo reprendería.

Anden se giró a medias en el asiento.

—Esa es la universidad de Puerto Massy, Hilo-jen —comentó—. Esos arcos son la entrada del campus. —Cuando llegaron a Trampasur dijo—: Yo vivo a tres manzanas en esa dirección. Si tienes tiempo, quizá podrías visitar a los Hian; son el matrimonio que me está acogiendo.

Hilo no respondió, pero cuando, unos minutos más tarde, el coche se detuvo frente a la casa de los Dauk, se inclinó hacia delante y le dio a Anden una palmada en el hombro antes de abrir la puerta y bajarse. Anden se quedó inmóvil un momento, sintiéndose idiota. Llevaba casi dos años viviendo en Puerto Massy, le iba bien con los estudios, podía hablar y leer espenio y tenía un trabajo a tiempo parcial en el que ganaba un sueldo razonable. Tenía amigos y más o menos un hogar. Pero en presencia de Kaul Hilo volvía a sentirse un chiquillo nervioso. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que anhelaba todavía la aprobación y el perdón de su primo. Tenía que haber sido evidente no solo para Hilo, sino para todos los que iban en el coche.

Se apeó y siguió a los demás.

Dauk Losun y Dauk Sana recibieron a los visitantes en la puerta. Cory también estaba, llegado de la Universidad de Watersguard para pasar las dos semanas de vacaciones de la fiesta de la Cosecha. Por suerte, después de meses de vigilancia infructuosa, la policía parecía haber renunciado a vigilar la casa de los Dauk, o quizá era que también estaba de vacaciones.

Los Dauk se habían esforzado para que su modesto hogar quedara presentable para recibir aquella importante visita. Las encimeras y los pasamanos resplandecían; habían puesto luces nuevas y más intensas en la cocina; en la mesa del comedor, un jarrón con flores frescas perfumaba agradablemente el aire. Dauk Losun iba más formal que de costumbre: en vez de su jersey habitual llevaba una camisa gris y una corbata roja con un pasador de oro, y no mostraba su actitud sencilla de siempre. Recibió a Kaul Hilo con un saludo respetuoso, comentó lo honrado que se sentía al conocer en persona al pedestal del gran clan Sin Cumbre y preguntó qué tal había ido el vuelo. Desde detrás de su padre, Cory le dirigió a Anden una sonrisa rápida, que Anden respondió apenas con otra antes de apartar la mirada. Había pasado meses impaciente por

verlo de nuevo, pero en aquel momento estaba demasiado alterado por la presencia de su primo y por lo extraño que era que diferentes partes de su vida se hubieran reunido bajo un solo techo.

Hilo no tardó en hacer que sus anfitriones se sintieran cómodos al dedicarles su típica sonrisa ladeada, alabar diferentes detalles de la casa y bromear sobre la comida que servían en Air Kekon. Al entrar en el comedor, Anden se dio cuenta de que la mirada de su primo se posaba en las estatuas y jarrones tallados en jade de los tontos. Los labios de Hilo se curvaron en una sonrisa burlona imperceptible para todos menos para Anden; desapareció en un instante. Cuando Dauk Losun sacó una botella de hoji de primera y la abrió para servir unas copas antes de la cena, Hilo le comentó que uno de sus puños había quedado mutilado en una batalla y perdido los dos brazos, pero ahora dirigía una de las mejores destilerías de hoji de Yanlún. Si a Dauk le gustaba el hoji, Hilo estaría encantado de enviarle una caja. Maik y Rohn se quedaron en silencio cerca de sus jefes, atendiendo a la conversación y vigilándose mutuamente con respeto y cautela sutil.

Dauk Sana, con un sobrio vestido verde de cuello alto, llevó a la mesa plato tras plato, pidiendo disculpas por lo austero del festín a pesar de que era evidente que se había pasado todo el día en la cocina para preparar una docena de manjares. Hilo dijo que ni su propia madre lo habría hecho mejor, lo que hizo que Dauk Sana resplandeciera de contento.

—Me habría gustado hacer otro plato de pescado y una tarta, y los habría hecho si mis hijas hubieran estado aquí para ayudarme, pero una vive muy lejos, otra está en su casa cuidando a su hijo enfermo y la tercera está de viaje, asistiendo a una especie de congreso profesional. —Suspiró y añadió—: Al menos Coru ha tenido el detalle de echarme una mano en la cocina esta tarde. —Echó más comida en el plato de su hijo con evidente cariño—. Normalmente, el hijo pequeño es el que más ayuda.

Hilo pareció valorar aquel comentario mientras observaba a Cory, sin duda Percibiendo que era un huesos verdes como sus padres y Rohn. Anden sintió un temblor en las tripas, un impulso de protección repentino y ridículo. Hilo sonrió con simpatía y levantó el vaso de hoji hacia Dauk Coru.

—El pequeño es también el más mimado, el que se libra da casi

todo.

Cory, poco convencido, soltó una risilla y miró a su padre.

—No estoy tan seguro de que sea el caso.

—¿Tú tienes hijos, Kaul-jen? —preguntó Dauk Losun, sentado frente a Hilo.

—Dos. Uno tiene un año y el otro tres. Mi esposa y yo estamos esperando el tercero. —Hilo era treinta años más joven que Dauk Losun.

—Los dioses te favorecen,
Kaul-jen
, para haberte dado ya dos hijos y quizá un tercero en camino —dijo Dauk.

—El tercero será una niña —dijo Hilo—. Parece que en nuestra familia siempre es así.

—A pesar de todo es una bendición.

Después de cenar, Dauk Sana llevó los platos vacíos y las sobras a la cocina. Aún quedaba bastante comida; Hilo, Anden y los Dauk habían cenado en abundancia, pero Maik Tar y Rohn Toro, sentados junto a sus pedestales respectivos, habían comido poco y hablado menos. Era su papel implícito pero mutuamente sobreentendido: observar y estar en guardia. Había sido una reunión amistosa, pero eso no borraba el detalle de que era una reunión entre dos pedestales que no se conocían.

Cory se levantó y ayudó a su madre a recoger la mesa. Anden se levantó también, queriendo ser útil y sintiéndose de repente fuera de lugar en una mesa llena de huesos verdes. En la cocina, Cory dejó una pila de platos en la encimera y susurró:

—Tu primo no es como me esperaba.

—¿Y qué esperabas? —preguntó Anden.

—Alguien parecido a ti pero mayor. Serio e intimidante. Traje negro, gafas de sol y cargado con una docena de cuchillos repartidos por el cuerpo. Jade en cadenas de oro colgando del cuello y las muñecas.

—Has visto demasiadas estúpidas películas shotarianas de gánsteres.

Cory soltó una risilla, un sonido que siempre hacía que a Anden se le alterara el pulso.

—¿Crees que de verdad va a hacer algo para ayudarnos contra

las bandas, o ha venido por algún otro motivo?

Anden se sintió acusado, como si se esperara de él que conociera los pensamientos del pedestal y fuera culpa suya que los Dauk se hubieran tomado tantas molestias para preparar aquella velada.

—No lo sé —respondió.

Dauk Sana llevó una tetera recién hecha a la mesa del comedor.

—¿Cuándo nos juntamos tú y yo? —susurró Cory cuando se quedaron solos en la cocina. Puso la mano en la base de la espalda de Anden y le pasó los dedos por dentro de la cinturilla del pantalón.

Anden se apartó, soltándose. ¿Cómo podía pensar Cory en eso en aquel momento, con sus padres y el pedestal de Sin Cumbre sentados en la sala de al lado?

—Quizá el segundodía —dijo al ver la expresión dolida de Cory —. Ya hablaremos luego.

Volvieron al comedor. En la mesa había té, cigarrillos y ciruelas glaseadas cortadas en cuartos. Maik y Rohn habían corrido hacia atrás sus respectivas sillas, de modo que quedaron sentados un poco por detrás de los dos pedestales. Anden se quedó un momento parado en la puerta, no muy seguro de dónde debía colocarse, pero Maik Tar enganchó con el pie la pata de la silla vacía y la arrastró tranquilamente hasta dejarla a su lado; quedó claro que Anden debía sentarse con los Kaul, detrás de Hilo.

Y eso hizo. Para su sorpresa, las sillas de Sana y Cory siguieron frente a la mesa, una a cada lado de Dauk Losun.

—Kaul-jen —dijo Dauk con tono despreocupado—, espero que no te importe que le pida a mi mujer que participe en la conversación. Aquí no somos muy dados a las formalidades, y aunque la gente del barrio me llama «pedestal», no es tanto un título oficial como una muestra de respeto. Alguien tiene que dirigir la comunidad en caso necesario; tengo el honor de cargar con esa responsabilidad, pero no me avergüenza reconocer que la mayor parte del tiempo dependo de la sensatez de mi mujer. De los hijos que tenemos, Coru es el único que porta jade. Es como una abeja que liba de flor en flor; lo conoce todo el mundo y a todos les cae bien, y, los cielos me amparen, está estudiando para abogado, así que prefiero tenerlo cerca.

Anden rara vez había oído a Dauk Losun soltar una parrafada

tan larga y en un tono tan humilde. Sin embargo, con aquella introducción, Dauk estaba estableciendo los términos de la conversación y declarando su posición como alguien influyente. Era como un leopardo frente a un tigre: poseía mucho menos jade, mucha menos riqueza y mucho menos poder en su país que Kaul Hilo en Kekon, pero era un líder de huesos verdes por derecho propio y en absoluto un hombre que se dejaría avasallar en su propia casa por un visitante.

—Jamás me atrevería a cuestionar la manera en que otro pedestal dirige su clan —dijo Hilo con solemnidad—, y menos cuando estamos en otro país. Sé lo importante que es tener al lado a un buen consejero.

Dauk se relajó un poco. Anden pensó que no se podía negar que Kaul Hilo sabía adoptar el tono adecuado para cada momento. Durante la cena había sido el invitado perfecto: desenfadado, halagador, de sonrisa fácil y risa aún más fácil. Ahora estaba sentado casi inmóvil, con fría atención y firmeza animal.

—Tengo muchas preguntas sobre Espenia,
Dauk-jen
, y sobre el jade en este país —prosiguió—. Desde que me convertí en pedestal he concentrado mi atención en lo cercano; las circunstancias lo hicieron necesario. Además, antes de ser pedestal fui el cuerno del clan, por lo que en ese entorno es donde me sentía más cómodo. Pero al igual que tú, tengo a mi lado buenos consejeros, y gracias a ellos me he dado cuenta de que el jade se ha convertido en una cuestión internacional, y de que las amenazas a Kekon y al estilo de vida de los huesos verdes llegan también desde el otro lado del océano.

—Muchos kekoneses que viven en este país —dijo Dauk Sana— proceden de familias que vinieron para huir de los shotarianos. Conservamos algunas costumbres antiguas, pero, por desgracia, hemos perdido el contacto con nuestros parientes de la isla. Algunas familias, como la mía, trajeron jade, y eso nunca ha sido un problema porque hemos sido discretos. Pero ahora parece que el mundo está cambiando y todos se vuelven contra nosotros.

—Nosotros tampoco hemos contactado con nuestros compatriotas asentados en el extranjero —dijo Hilo—. A los kekoneses nunca se nos ha dado bien mirar más allá de nuestras

orillas, pero mis amigos y mis enemigos me han enseñado que eso tiene que cambiar. Por eso he querido venir a conocerte en persona, Dauk-jen, y para descubrir cómo podemos ayudarnos los huesos verdes entre nosotros.

Siguieron tres horas de intensa conversación. Los Dauk le hablaron a Kaul Hilo sobre la vida secreta que llevaban los huesos verdes en Puerto Massy, y le contaron que no podían portar jade abiertamente y que tenían que entrenarse en sus disciplinas a escondidas; tenían que usar sus habilidades para manejar sus asuntos dentro de la propia comunidad y para defenderse de los ataques de las bandas, y, a veces, de la hostilidad y la desconfianza de los espenios. La hostilidad y la desconfianza, de hecho, habían ido en aumento en los últimos años debido a la tirantez de las relaciones con Kekon a raíz de la guerra de Urtoko y de la propaganda del gobierno de Espenia sobre lo peligroso y dañino que era que los civiles usaran jade. Explicaron cómo habían mantenido en funcionamiento el reñidero durante mucho tiempo a base de sobornar a la policía de Puerto Massy, pero que la mayor amenaza la representaban ahora las bandas, que habían visto la oportunidad de ampliar a los barrios que habían estado controlando los kekoneses sus tinglados de protección, juego y drogas… y la de robar jade.

Fue pasando el tiempo. Dauk Sana llevó más té y un cuenco de castañas asadas. Abrió la ventana para despejar el aire del comedor, que se había ido saturando del humo de tabaco. En el exterior, la noche había caído hacía ya un buen rato. Hilo fue haciendo preguntas cada vez más concretas: ¿Cuántos huesos verdes había en Puerto Massy? ¿Estaban organizados? ¿A cuántos podía convocar Dauk si era necesario? ¿Cómo era ese jefe Kromner? ¿Y su mayoral, Reams el Flaco?, ¿cuáles eran sus negocios principales? ¿Quiénes eran sus rivales? Anden conocía la existencia de esa faceta de Kaul Hilo, pero jamás la había presenciado: la mente de un cuerno en acción.

Anden se dio cuenta de que Cory se iba hundiendo lentamente en la silla y sus ojos empezaban a desenfocarse mientras su atención se dispersaba como la de un estudiante aburrido en clase. Dauk Sana lo pinchó para que se irguiera. Cory se excusó para ir al baño,

y después se puso a lavar y secar los platos. Anden lo oyó abrir el agua y trastear en la cocina, y contuvo una punzada de irritación. Él también estaba cansado y entumecido, pero no le parecía apropiado levantarse e ir a hacer otra cosa mientras los pedestales debatían estrategias que los afectarían a todos. Dauk Losun no reprendió públicamente a su hijo ni le ordenó volver al comedor, pero Anden vio que apretaba los labios, decepcionado.

—Me gustaría conocer a esos jefes —dijo Hilo al fin—. A todos; todos juntos, en una misma sala.

Dauk Losun guardó silencio unos instantes. Después habló con preocupación evidente:

—Kaul-jen, dudo que eso sea posible. Incluso si los convencieras de que se prestaran a ello, y no creo que pudieras, las leyes son muy estrictas en lo relativo a la violencia, incluso contra criminales que se la merezcan. Sería muy arriesgado, y las consecuencias serían graves para ti y para la comunidad kekonesa. Si a los jefes les ocurriera algo en esa reunión, las bandas se vengarían con todos nosotros, incluidas todas las personas inocentes de Trampasur.

Hilo se recostó en la silla.

—Amigo mío, ¿qué crees que pretendo? ¿Matar yo mismo a todos los jefes?

En el incómodo momento de silencio que siguió fue evidente que eso era exactamente lo que Dauk había pensado. Una leve sonrisa curvó los labios de Hilo; parecía divertirle que, a pesar de ser también huesos verdes, Dauk hubiera sacado conclusiones apresuradas basadas en el tópico de que los kekoneses eran violentos por instinto.

Hilo negó con la cabeza, rompiendo la tensión.

—Mi hombre del tiempo —dijo— me ha conseguido una dispensa especial del gobierno para portar jade mientras visito el país. No puedo pasar en Espenia más de veinte días; tuve que declarar al entrar todas las piezas de verde que porto, y cuando salga debo llevar exactamente las mismas. —Volvió a negar con la cabeza, asombrado—. Me doy cuenta de lo diferentes que son las cosas aquí y no pretendo causar problemas. Y lo que es más importante: no me corresponde susurrar nombres ni tomar vidas en el territorio de otro pedestal, cuando lo respeto y me gustaría que siguiéramos siendo amigos. —Sonrió para demostrar que las

palabras de Dauk no lo habían ofendido—. Se puede aprender mucho de las personas cuando se está con ellas en la misma habitación. Por eso quiero reunirme con los jefes. O, mejor dicho, quiero que tú te reúnas con ellos. Yo solo soy un invitado.

—Kromner desconfiará —dijo Dauk Sana—. Llevamos ya meses de asesinatos y destrozos por ambas partes. Nos han causado problemas, pero no estamos indefensos. Sobre todo porque tenemos a

Rohn-jen

. ¿Por qué iban a aceptar los jefes reunirse con nosotros ahora?

—Sé algo de guerras de clanes —respondió Hilo—, y una cosa que sé es que se combate a muchos niveles. La guerra en las calles, donde pelean los dedos, va por un lado, pero la guerra que tiene lugar a base de llamadas telefónicas, en habitaciones cerradas y en rascacielos de oficinas…, esa va por otro lado. Si ese jefe Kromner es un líder realmente hábil, no permitirá que un poco de sangre en las calles le impida conseguir lo que desea realmente: una tajada del comercio de jade. Vosotros tenéis un poco; el clan Sin Cumbre tiene mucho más. Le interesará reunirse con nosotros.

Sana no se lo podía creer.

—¿De verdad estás dispuesto a negociar jade con las bandas?

—Ya se verá. —Por primera vez en la velada, Hilo miró el reloj —. Tenemos que hablar de más cosas y planear muchas más, pero se está haciendo tarde. —Se puso en pie; Tar y Anden lo imitaron—. Gracias por la deliciosa comida, señora Dauk. Seguiremos mañana; me toca invitar a mí. Tendréis que recomendarme un sitio donde sirvan buena comida espenia; quiero probarla mientras estoy aquí. —Hilo había recuperado su actitud despreocupada; se había acabado la reunión.

Los Dauk se levantaron y los acompañaron a la puerta.

—Rohn-jen está a tu disposición durante tu estancia en Espenia —dijo Dauk—. Te llevará al hotel. —Hilo aceptó con cortesía. Rohn dijo que de paso llevaría a su casa a Anden, que echó una mirada de reojo a Cory y subió a la limusina.

Cuando se detuvieron ante la entrada del hotel Crestwood, Hilo se dirigió a Anden:

—Entra con nosotros a tomar algo en el bar, Andy. Luego te pago un taxi a casa.

Anden se despidió de Rohn con una inclinación de cabeza, se apeó del coche y siguió a Hilo y a Tar al vestíbulo del hotel. El bar estaba casi vacío; la víspera de la fiesta de la Cosecha, la gente se quedaba en casa con la familia. El pedestal se dejó caer en un sillón, tras una mesa vacía, y Tar fue a la barra a pedir las bebidas. Hilo se quitó la chaqueta y la tiró en otro sillón, y después se desabotonó el cuello de la camisa. El verde atrapó reflejos de las lámparas de techo del bar. Hilo se frotó la cara con una mano; parecía agotado, aunque unos minutos antes no mostraba la menor señal de cansancio.

—Siéntate, Andy —dijo. Anden obedeció y ocupó el asiento de enfrente de su primo.

Hilo se ladeó sobre una cadera; sacó la cartera, y de ella, un par de fotografías que entregó a Anden.

—Tus sobrinos —dijo; el orgullo y el cariño le animaron la voz a pesar del desfase horario que, sin duda, empezaba a cobrarse factura a marchas forzadas—. Se están poniendo grandes. A veces se pelean, pero eso les pasa a todos los hermanos. —En una foto, Wen sostenía a los dos niños en el regazo, sentada en el banco de debajo del árbol, en el patio de la mansión Kaul; en la otra, los dos niños se apretujaban montados en un coche de juguete, Ru sentado delante y Niko detrás. Niko había crecido mucho desde la última fotografía que había visto Anden. Se lo veía feliz y robusto, y se parecía a Lan más que nunca—. Les he dicho que tienen un tío que está estudiando en otro país, y que lo conocerán algún día. Ru es demasiado pequeño para entenderlo, pero Niko lo pilla. —Hilo parecía más cansado a cada instante que pasaba—. Quédatelas; te las he traído a ti. Shae nunca manda las más recientes.

Anden contempló las fotos y se las guardó en la cartera. Tar llegó con las bebidas.

—Ni idea de qué es esto —dijo—. He señalado la botella que parecía más cara y he pedido tres copas. —Al probarlo descubrieron que era *brandy*—. Mira por dónde —dijo Tar, chasqueando los labios—. Un poco dulce, pero no está nada mal.

—Aquí estamos —dijo Hilo—, juntos en la otra punta del mundo. —Bebió un trago de su copa, recostó la cabeza en el sillón y cerró los ojos un momento. Cuando los abrió de nuevo, volvió la cara hacia Anden. Durante unos instantes guardó silencio; después

dijo en voz baja—: Tienes buen aspecto, primo. No estás tan pálido ni tan desnutrido como me temía. Cuéntame cómo te va y qué has estado haciendo este par de años.

# Capítulo 40
# Los jefes

Dauk Losun mandó a su cuerno como emisario ante Blaise Kromner, el Toro, para solicitar una reunión, que debería celebrarse cuanto antes, entre Dauk y los tres jefes de bandas más poderosas de la ciudad de Puerto Massy. Rohn debía dejar claro que los kekoneses estaban ya hartos del acoso que sufrían en Trampasur y deseaban negociar la paz. Para demostrar que era sincero, Dauk estaba dispuesto a que la reunión tuviera lugar en el momento y el lugar que eligiera Kromner, a llevar solo tres acompañantes y a no pedir garantías especiales en cuanto a su seguridad.

Cuando Rohn regresó les dijo a los Dauk y a Kaul Hilo que Kromner había aceptado asegurar la asistencia de los otros dos jefes a una reunión de todas las partes en terreno elevado; el lugar sería la isla Jons, y el momento, el primerdía siguiente al amanecer. Mientras cruzaban el puente del Ojo de Hierro de buena mañana, Hilo preguntó cuál era el motivo de que Kromner hubiera elegido ese momento y lugar.

—El amanecer es una hora sagrada para los testigos de la Verdad —explicó Dauk, sentado en el asiento del copiloto, mirando a Hilo y a Tar por el retrovisor—. Se dice que es el momento en que el Vidente finalizó el Peregrinaje de los Siete Años, al llegar a la cima del monte Icana, y le fue revelada la Verdad Única. Un pecado cometido en terreno elevado cuando despunta el amanecer no tiene perdón. Es el momento más seguro para reunirse.

—¿Es que los jefes no saben que somos unos paganos? —se burló Tar.

—Nosotros no los preocupamos —dijo Rohn Toro mientras conducía—. Estamos desarmados, y en una inferioridad numérica tan aplastante que ni el jade equilibraría las cosas. Es que no se fían

unos de otros. La banda del Barrio Sur es la más fuerte, pero las de la calle Baker y Wormingwood juntas suman más que la organización de Kromner. De todas formas, se portarán bien; los espenios son más religiosos de lo que parece. Todos repudiarían a cualquiera que derramase sangre al amanecer, no solo en Puerto Massy sino en todo el país, y mucho más en la mismísima Mesa de los Jefes. Y esa persona perdería además toda la influencia sobre la policía y los tribunales conseguida a base de sobornos.

—Ya veo. Es como llevar penitentes —dijo Tar—. Tiene gracia, ¿verdad? Estemos en la parte del mundo en la que estemos, lo único que impide que los hombres se maten entre ellos es el miedo a lo que les pasará después de muertos.

Soltó una risilla y miró al pedestal como buscando una respuesta aprobadora, pero este siguió callado, mirando por la ventana mientras pasaban por delante del parque de atracciones, el acuario y las casetas instaladas a lo largo del paseo marítimo del parque Guildman, todas cerradas a aquella hora. Después empezaron a subir por la colina que llevaba a la mansión Thorick, la histórica residencia del barón pirata convertida en club social, de la que todo el mundo sabía que tenía relación con las bandas. Esto quedaba claro por el hecho de que estaba abierta y a disposición de los jefes a aquella hora tan inusitada.

Rohn aparcó a cierta distancia de media docena de coches de lujo grandes y ostentosos, entre ellos, algo que llamó la atención de Hilo, un Duchesse Priza del mismo modelo y año que el suyo. Varios soldados de las bandas, con sombrero negro y casaca, se alineaban ante las puertas, e Hilo Percibió la presencia de muchos más dentro del edificio y alrededor, todos bien armados sin lugar a dudas. Antes de bajarse del coche, Hilo habló en voz baja con Tar.

—Recuerda que Dauk está a cargo de la reunión. Los espenios no saben quiénes somos tú y yo, y es mejor que sigan sin saberlo, así que no lleves el jade a la vista.

Se había dado cuenta de que el asistente del pedestal se había estado toqueteando los dedos y las muñecas por el camino. Tar se había colocado todo el jade en una cadena que le colgaba del cuello, bajo la ropa; estaba claro que no portarlo en su lugar habitual lo ponía nervioso. Los huesos verdes solían tener pequeñas manías: hacer girar los anillos, recolocarse las pulseras bajo los

puños de la camisa, tocarse el collar o tirar de él… Movimientos sutiles para dirigir la atención hacia el verde cuando se relacionaban con otras personas. Era difícil darse cuenta de que se caía en esas costumbres inconscientes, y más aún reprimirlas. El jade de Hilo estaba oculto bajo la camisa incómodamente abotonada y la corbata ceñida, y a pesar de que se iba a reunir con gánsteres extranjeros a los que consideraba casi tan viles como Zapunyo, no le gustaba la sensación de falta de honradez de ocultar su posición y su identidad, como si llevara una máscara. La manera en que las cosas funcionaban allí, la cultura de ocultación generalizada… No era de extrañar que en aquel país hubiera tanta criminalidad.

Salieron del coche y se dirigieron a la entrada de la mansión. Los guardias los hicieron detenerse y los cachearon en busca de armas. Tar pareció ofendido ante aquella indignidad, pero cuando Hilo abrió los brazos y se dejó registrar sin objeciones, el asistente del pedestal lo imitó. Los casacas apenas les prestaron atención, pero observaron a Rohn Toro con incomodidad hostil, apoyando las manos en las armas y guardando las distancias. Hilo se dio cuenta, y el detalle mejoró su opinión sobre Rohn y también sobre Dauk. No consideraba a Dauk un auténtico pedestal, del mismo modo que el alcalde de Yanlún no consideraría al cacique del poblado de Opia como alguien de su mismo rango, pero que disfrutara de la amistad y la lealtad de un subordinado que provocaba un temor tan evidente indicaba que era una persona capaz.

Un casaca los precedió al interior. Lámparas de araña colgaban del techo de la mansión, y muebles elaboradamente tallados descansaban sobre alfombras iluminadas por los rayos del amanecer que atravesaban las vidrieras. El aire tenía el olor mohoso habitual en las casas antiguas. Entraron en una sala dominada por una enorme mesa de reuniones de roble; cuadros al óleo que representaban a magnates de Puerto Massy decoraban las paredes. A un lado de la mesa estaban sentados cinco hombres y una mujer. Media docena de casacas que actuaban como guardaespaldas de sus respectivos jefes se habían repartido cerca de las paredes y las puertas, en actitud relajada pero con los brazos en jarras o las manos en los bolsillos, de forma que dejaban a la vista las pistolas, observando a los recién llegados pero también vigilándose entre

ellos. Los kekoneses habían llegado los últimos. Estaba claro que formaba parte de un plan intencionado: los jefes de las bandas recibían a Dauk como un consejo de reyes recibiría a un emisario extranjero. Hilo esperó a que Dauk Losun ocupara una silla vacía y después se sentó a su lado.

Blaise Kromner, el Toro, había nacido en la pobreza, y aunque ahora era gordo y vanidoso, sus enemigos cometerían un error si olvidaran que había llegado a lo más alto del submundo de Puerto Massy a base de astucia y de ser absolutamente implacable, eliminando a numerosos rivales por el camino. Fiel a su apodo, Kromner era un tipo corpulento con el rostro carnoso y enrojecido. Tenía rasgos toscos, como si un escultor los hubiera tallado con prisas haciendo dos hendiduras poco profundas para los ojos y adosando un pegote de arcilla como nariz. El traje de rayas hecho a medida y el chaleco se ajustaban a la perfección a su figura. Sobre los gruesos labios llevaba un bigote exquisitamente recortado, y tenía el espeso pelo negro peinado a la perfección. Llevaba un reloj de oro con la esfera transparente y una corbata de seda roja. El Toro controlaba el juego y la prostitución al sur de Camres, además de una parte considerable del tráfico de drogas. Solo los cárteles de Tomascio, en Espenda Occidental, que controlaban los narcóticos en el resto del país, podían competir con él. Kromner era el jefe de banda más famoso de Espenia y le gustaba que su foto saliera en los periódicos cuando se dejaba ver por clubes caros, iba al teatro o cenaba en los mejores restaurantes. Dentro de su organización quedaba aislado tras múltiples capas, y, aunque su palabra era ley en la banda de Barrio Sur, delegaba la mayor parte de las tareas cotidianas en sus capataces de confianza.

Ocupaba el centro de la mesa. A la izquierda tenía a un tipo achaparrado llamado Joren Gasson y conocido como Pequeño Joe, que estaba a cargo de la banda de la calle Baker y controlaba la zona más rica del nordeste de Puerto Massy, en especial la isla Jons; su dominio principal eran las carreras de caballos y los corredores de apuestas. Gasson tenía una cara redonda de expresión taimada y fama de tacaño y reservado; evitaba llamar la atención y rara vez se dejaba ver en público. También tenía en el bolsillo a muchos policías, políticos y jueces, por lo que las otras bandas solían recurrir a él y pagarle a cambio de su influencia en la sociedad.

Aquel día estaban usando la mansión Thorick gracias a sus contactos.

En el lado derecho de la mesa había una mujer de aspecto de matrona, con un pañuelo blanco al cuello y un sombrero que coronaba la rizadísima melena. Anga Slatter parecía la tía rica y regañona de alguien, pero era la jefa en funciones de la banda de Wormingwood desde que su marido, Rickart Slatter (apodado Ricky el Listo), había ido a la cárcel por blanqueo de capitales. Se decía que actuaba en nombre de Ricky en todos los asuntos y transmitía sus decisiones después de visitarlo en la cárcel y consultar con él. La banda de Wormingwood controlaba el noroeste de la ciudad y los barrios residenciales de aquella zona. Todos los jefes del país le habían perdido el respeto a Ricky el Listo por haber cometido la estupidez de dejarse pillar por un delito menor y por no tener una forma mejor de dirigir la banda que dejar que su mujer se hiciera cargo del negocio. En consecuencia, tampoco sentían mucho respeto por Anga Slatter.

Cada jefe había acudido acompañado de su mayoral. El de Kromner, Willy Reams el Flaco, estaba sentado a la izquierda de su jefe. En contraste con este, era delgado y de aspecto anodino; iba afeitado, llevaba un traje gris y sostenía en las manos un sombrero de fieltro.

Kromner observó con curiosidad arrogante a los kekoneses que acababan de entrar. Cuando todos estuvieron sentados hizo un gesto con la mano abarcando la mesa, como si estuviera presentando a los reunidos. Después se dirigió a los otros jefes:

—Ya sabéis todos los problemas que he tenido con los kekoneses en Trampasur. —Era un orador natural, rápido de palabra; su voz tenía un tono más agudo de lo que se habría esperado en un hombre tan voluminoso—. Me doy cuenta de que esto no os afecta directamente, por lo que os estaréis preguntando por qué os ha molestado el Toro haciéndoos venir de improviso a la isla Jons, y al amanecer de la fiesta de la cosecha, nada menos. —Hizo una pausa, como si esperara que alguien corroborase sus palabras haciendo la pregunta en voz alta. Como nadie dijo nada, Kromner levantó un dedo y continuó—: Este problemilla va de algo más que unos cuantos cráneos rotos en el barrio kekonés. Se trata del negocio del jade. Hay mucho dinero ahí, y es algo que nos concierne a todos los

jefes. —Se giró hacia los cuatro kekoneses, los observó un instante y señaló a Dauk Losun—. El señor Dauk es el jefe de los kekoneses, o así lo consideran. Me ha pedido que nos reunamos para llegar a un acuerdo.

Todas las miradas se volvieron hacia el kekonés de más edad, que estaba sentado con los codos en la mesa, las manos levemente engarfiadas y la espalda rígida, claramente incómodo al ser el centro de atención. Dauk carraspeó y habló en espenio con muy poco acento.

—Durante muchos años, la comunidad kekonesa ha tenido un pacto con los jefes: cada uno se ocupa de sus asuntos. Llevemos aquí el tiempo que llevemos, o incluso si hemos nacido en Puerto Massy, a los kekoneses aún se nos considera unos extranjeros indeseables en este país. Nos dedicamos a nuestras cosas. Queremos ser buenos ciudadanos, miembros respetables de la sociedad espenia. Al mismo tiempo nos aferramos a nuestras tradiciones, y lo único que pedimos es que los demás nos dejen en paz. Nosotros no pretendemos meternos en lo que hacéis, y a cambio nos ocupamos de lo nuestro. Esto se ha aplicado especialmente al juego, al pago por protección y, por supuesto, al jade.

—Pero las cosas han cambiado, ¿verdad? —dijo Jo Gasson con voz aflautada—. Habéis abierto vuestras salas de juego a la gente normal, que apuesta en las peleas de gallos y los duelos en vez de las carreras o las máquinas tragaperras. Eso es hacer la competencia directa a los negocios del jefe Kromner.

—Es cierto que abrimos las puertas del reñidero a los no kekoneses en determinados días de la semana —dijo Dauk—, pero solo se puede asistir con invitación. Es natural que nuestros hijos tengan amigos espenios y se casen con jóvenes de familias espenias; sería injusto decir que los que no sean cien por cien kekoneses no pueden participar en nuestras reuniones. Los días que abrimos el reñidero solo hay apuestas y peleas de gallos, no duelos. La entrada que cobramos se destina a los gastos del centro comunitario y a ayudar a los vecinos que necesitan ayuda. No hacemos intencionadamente nada para alejar a la gente de vuestros negocios.

—Ese no es el tema aquí —dijo Kromner con evidente impaciencia—. Soy generoso y estaría dispuesto a pasar por alto un poco de dinero si los kikus os limitarais a unas pocas apuestas de

vez en cuando. Pero vuestros salones no tan secretos no se dedican solo a los entretenimientos inocentes; es donde vais a presumir de jade y practicar vuestras filigranas. Estáis al cargo del único mercado de jade de la ciudad, y eso no está bien. El negocio del jade es demasiado grande para que os lo queráis quedar todo.

Dauk enrojeció de ira, pero contestó con calma:

—El jade es nuestro patrimonio cultural. Nuestras familias lo trajeron a este país y lo conservamos dentro de la comunidad. No lo vendemos para ganar dinero. Y ahora que el gobierno lo ha prohibido y la gente lo mira mal, tenemos más motivos todavía para mantenerlo oculto y no llamar la atención de los agentes de la ley. Cuando atrapan a alguien vendiendo jade, o cuando alguien que no es kekonés comete un delito usando jade, o cuando alguien contrae la comezón, somos los que nos llevamos la mala fama. Por eso nos entrenamos para usar nuestro verde y nos encargamos del castigo si uno de los nuestros crea algún problema.

—Todo eso suena de lo más inocente, sí —dijo Anga Slatter alzando sus finas y cuidadas cejas—. Como si no hubierais atacado a los corredores de apuestas de Blaise o asesinado a sus casacas.

Kromner soltó un bufido mostrando su acuerdo.

—Ha habido ataques por parte de los dos bandos —dijo Dauk—. No lo negaré. Pero aquí lo principal es que se ha roto el acuerdo pacífico que mantuvimos tantos años. A ninguno le conviene llamar la atención de la policía, pero los kekoneses somos pocos y no tenemos el poder ni la influencia de las bandas. Sabemos que no podemos ir contra vosotros. Por eso he venido a solicitar una cosa.

—Bueno, pues adelante con ello, y di qué ofreces. —Kromner frunció el ceño y las carnosas mejillas tiraron de la piel de alrededor de los ojos cuando dirigió la mirada por primera vez al hombre más joven que estaba sentado al lado de Dauk, y que hasta el momento no había dicho una palabra—. ¿Y este quién es? ¿Sabe hablar?

—Kaul Hiloshudon es el representante de un clan de huesos verdes de Kekon —dijo Dauk—. Ha venido desde Yanlún a petición mía.

Los jefes contemplaron con interés al desconocido sentado junto a Dauk. Parecía joven, apenas entrado en la treintena, aunque a Kromner le costaba trabajo adivinar la edad de los kekoneses. Su atenta mirada iba de uno a otro interlocutor durante la

conversación, y debía de ser bastante importante para viajar con su propio guardaespaldas, otro hombre igual de joven y de aspecto duro que estaba de pie tras él, cerca de la pared. Kronmer tenía algo que reconocer sobre los kikus: eran gente orgullosa, poca broma con ellos; las mujeres eran altivas y los hombres parecían dispuestos a clavarle a uno un cuchillo en los riñones, sin más, a poco que no les gustara la forma en que los había mirado. A Blaise Kromner le gustaba aquella faceta; no se rendían con facilidad, desde luego. Por eso precisamente tenía que romper el monopolio que mantenían sobre el jade, o barrer de la ciudad a todos los matones con gemas.

Dauk dijo algo al hombre de su lado. El visitante asintió, y después se inclinó hacia delante y empezó a hablar en kekonés, haciendo pausas para que Dauk pudiera traducir sus palabras.

—Tengo entendido que tu organización quiere entrar en el mercado internacional de jade —dijo el hombre más joven—. Kekon es el único lugar del planeta que produce jade, y lo controlan los clanes de huesos verdes; quien quiera comerciar con el verde tiene que tratar con ellos. Pertenezco a uno de los clanes más poderosos de mi país y tengo plena autoridad para negociar un acuerdo.

Kromner miró a Dauk.

—¿Estás diciendo que este tío puede vendernos jade?

—Así es. —Dauk asintió lentamente—. Actuaré como intermediario, pero no quiero ninguna tajada. Puedes conseguir el jade directamente de Kekon; el único pago que pido es que se restablezca la paz en Puerto Massy. Si las bandas aceptan dejarnos el control absoluto de nuestra zona de Trampasur, lo que incluye la libertad de dirigir como nos parezca todos nuestros negocios y reñideros, podemos sellar un nuevo acuerdo que beneficie a todos.

—Me parece razonable, Blaise —dijo Pequeño Joe, que no tenía nada que perder en Trampasur pero, desde luego, se beneficiaría de los tejemanejes jurídicos y políticos que serían inevitablemente necesarios en aquella aventura. Kromner no le prestó atención.

—Creía que vuestra gente no vendía jade a los extranjeros —dijo con un claro deje de desconfianza, pasando la mirada de Kaul a Dauk.

Dauk hizo una mueca dolorida, y después volvió a hablar en kekonés con el hombre de su lado. Kaul respondió y Dauk tradujo:

—Eso era cierto en el pasado. Es admirable que nuestros

compatriotas en el extranjero sean capaces de mantenerse fieles a la tradición y guardar su jade para sí. A menudo son los emigrantes los que conservan las antiguas costumbres, mientras que los que estamos en Kekon tenemos que adaptarnos a estos tiempos cambiantes. La verdad es que mi clan está en medio de una larga guerra con otro clan, y nos hace falta dinero. El otro clan ha estado vendiendo jade y shine en Ygutan, y por eso nos saca ventaja. Necesitamos un mercado propio. —El visitante esperó con paciencia a que Dauk acabara de traducir—. Cualquier acuerdo al que lleguemos hoy tiene que incluir un intercambio absolutamente seguro. La confidencialidad debe quedar garantizada. Verás: el gobierno de Kekon vende jade al ejército espenio; no convendría a mi clan, que tiene lazos con el gobierno, que se supiera que al mismo tiempo está vendiendo jade a las bandas.

Kromner agitó una mano como para descartar la preocupación.

—Eso no es un problema, lo prometo —dijo con rapidez—. ¿Cuánto puedes vendernos y a qué precio?

—Depende de si es en bruto o tallado —dijo el visitante—. Hay un cártel estatal, la Alianza del Jade de Kekon, que regula de forma estricta cuánto jade se puede extraer y procesar en el país. Por eso, el suministro de jade tallado es escaso y muy caro. El jade en bruto se puede sacar de contrabando directamente desde las minas, así que por el mismo dinero conseguirás mucho más; pero no sirve de nada si no tienes tallistas que lo puedan cortar y pulir.

—¿Qué opinas, Flaco? —dijo el jefe Kromner, dirigiéndose a su mayoral por primera vez.

—Creo que podremos conseguir sin problema suficientes trabajadores inmigrantes, jefe.

—Manejar jade es peligroso para los no kekoneses —dijo Dauk con preocupación.

—Lo sabemos —replicó Kromner—. ¿Crees que me metería en un negocio sin saber nada de él y sin haber investigado? El shine se inventó en Espenia, no en tu país. Con todos los soldados que hay en Urtoko y los veteranos de guerra que necesitan
SN1
, ¿crees que no podemos conseguirlo? Si Flaco dice que podemos conseguir trabajadores; no costará doparlos.

Dauk se lo transmitió al representante del clan kekonés.

—Jade en bruto, pues —dijo este—. Debes entender que la calidad varía de forma natural en cualquier cantidad de roca extraída. Normalmente se puede esperar un rendimiento de entre un treinta y un cincuenta por ciento de jade tallado. —Kaul extendió las manos sobre la mesa—. El precio de mercado ahora mismo es de diez millones de thalires por kilo.

«Dios, Vidente y Verdad, esa cantidad de dinero hace que incluso el lucrativo tráfico de droga de la banda del Barrio Sur parezca calderilla», pensó Kromner. Ni siquiera él podía meterse en un negocio tan costoso por su cuenta. Antes de responder al kekonés se dirigió a los otros jefes:

—Ahora sabéis que me voy a meter en esto y que hablamos de dinero a lo grande. No voy a pedirles a las bandas de la calle Baker y de Wormingwood que formen parte de los negocios de Barrio Sur, pero todos podemos ver que aquí hay pasta de verdad. Si queréis participar, es el momento de decirlo. También sois libres de decir que no, pero espero la cortesía tradicional de que nos dejemos unos a otros comer en paz.

—Mi banda no está interesada en manejar directamente el jade —dijo Pequeño Jo alisándose la corbata—. Es demasiado arriesgado y conlleva demasiada presión. Somos contables, no luchadores; lo sabéis todos. Pero podemos adelantar el efectivo y gestionar la parte económica a cambio del porcentaje habitual. Y podemos pagar a la gente que haga falta pagar para que mire a otro lado.

Aquello era exactamente lo que Kromner había esperado, y de hecho le habría resultado difícil seguir adelante sin ello; asintió aceptando el trato. Después habló Anga Slatter:

—Blaise, sabes que Ricky querrá que la banda de *Wormingwood* participe en esto. Si hablamos de meter de contrabando jade del otro lado del mar, bueno, todos los cargamentos que entran y salen de la ciudad pasan por los puertos, y nosotros controlamos los sindicatos de estibadores. Digamos que una tajada de un quince por ciento a cambio de meter con seguridad la mercancía. Por supuesto, tendré que confirmarlo con Ricky —añadió—, pero recurriré a mis encantos conyugales y estoy segura de que aceptará si a ti te parece bien.

A Kromner no le apetecía dar ningún porcentaje al idiota de Ricky el Listo ni a su mujer, pero se lo pensó y decidió que un

quince por ciento era un precio razonable a cambio de garantizar la colaboración de la banda de Wormingwood y no tener que invertir el tiempo y la energía de su banda en hacer que la mercancía esquivara las aduanas. A largo plazo, tenía la idea de apoderarse por completo de Wormingwood en cuanto se hubiera establecido en el tráfico de jade y la banda del Barrio Sur fuera lo bastante grande y fuerte para expandirse. Antes o después recuperaría el porcentaje, así que no merecía la pena regatear ahora.

—Dile a Ricky que me parece bien.

El señor Dauk y su invitado kekonés esperaron mientras se desarrollaba la conversación; el hombre mayor, con el ceño fruncido y algo de nerviosismo, y el joven, observando a los jefes y a los mayorales con una mirada extrañamente inmóvil y algo desenfocada, como si se estuviera concentrando en otra cosa mientras los espenios hablaban. Kromner lo miró, y después se volvió hacia Dauk.

—Dile a tu amigo que le ofrezco setecientos millones de thalires por cien kilos de jade en bruto.

Dauk torció los labios como si hubiera mordido algo amargo. Con tono de disculpa, transmitió a su invitado la oferta del jefe. Para sorpresa de Kromner, el hombre más joven no pareció ofendido ni disgustado por lo reducido del importe; volvió a centrar la atención y sonrió.

—En mi país, lo que importa es el honor de establecer una alianza. Los jefes encargan a personas de su confianza la gestión de los detalles.

—Bueno, no estamos en tu país, ¿no? —dijo Kromner—. Setecientos. —Había esperado colocarse en una posición negociadora de fuerza haciendo que el kekonés se sintiera incómodo, y se quedó decepcionado cuando el visitante se encogió de hombros.

—Todos quieren jade. Se lo puedo vender a los shotarianos o a los ygutanos con muchas menos molestias, pero estoy dispuesto a traerlo porque mis amigos kekoneses de Espenia quieren llevarse bien contigo. Novecientos.

Tras el previsible tira y afloja se pusieron de acuerdo en ochocientos millones de thalires por cien kilos de jade en bruto, que se enviarían repartidos en cuatro cargamentos iguales para reducir

el peligro de que las autoridades espenias interceptaran todo el pedido. Kaul explicó que se utilizarían intermediarios y que el jade viajaría en cargueros que no pertenecerían ni estarían registrados a nombre de nadie que tuviera relación con los clanes kekoneses. Todas las comunicaciones se realizarían a través de Dauk Losun o de personas de su confianza.

Kromner estaba encantado de lo bien que había ido todo. Que los kekoneses se quedaran con su trozo de Trampasur y sus salas de apuestas le importaba muy poco; en toda Espenia, solo su banda tendría un suministro de jade directo desde la fuente. Ya estaba pensando en la fortuna que ganaría en el mercado negro. Por supuesto, se quedaría con un poco para equipar a sus capataces y casacas. La banda del Barrio Sur sería más poderosa que ninguna otra; quizá incluso podría lanzarse a la conquista de Wormingwood antes de lo planeado. Al fin y al cabo, no era como si Ricky el Listo pudiera llevar en condiciones sus negocios desde la cárcel. Kromner entregaría el territorio de los Slatter a uno de sus capataces; a Reams el Flaco, o quizá a Duke el Polilla. El Flaco era más competente, no cabía duda, pero tenía demasiada iniciativa propia; bien podría coger lo que le diera Kromner y formar su propia banda. El Polilla no era tan listo como para tener ideas complicadas, así que sería más de fiar.

Kaul, el kekonés, seguía mirando a los jefes y hablando. Era sorprendentemente amistoso y despreocupado; no se parecía al serio señor Dauk ni a ese asesino de Rohn. De todas formas, Kromner no se fiaba de las apariencias. Sospechaba que Kaul era solo un hombre de paja, alguien joven y de trato fácil a quien habían enviado los tipos peligrosos que poseían el auténtico poder en esa isla misteriosa. Blaise Kromner jamás había estado cerca de Kekon, pero sus fantasías incluían un sombrío consejo de ancianos, complicados ritos y espadas de jade.

Dauk tradujo una vez más las palabras de Kaul:

—Ya que sois extranjeros, creo que debo explicaros una cosa: el jade no es como vuestras drogas ni como las armas, que pueden consumirlas o usarlas con facilidad los hombres débiles. En Kekon decimos que el jade puede convertir a los hombres en dioses. Solo los fuertes pueden portarlo. Tendréis que manejar un montón de jade con seguridad y en secreto, teniendo cuidado de que no caiga

en manos de matones callejeros de vuestros territorios ni lo escamoteen pandilleros de bajo nivel para ganarse un dinero extra. ¿Quién será responsable de asegurar que el jade se maneje de la forma adecuada?

A Kromner no le gustaron el tono paternalista que detectó en las palabras del kekonés ni la postura que había adoptado, recostado en la silla con expresión algo taciturna.

—Ningún gamberro callejero, y menos aún uno de mis casacas, se atrevería a robar a la banda del Barrio Sur —dijo—. A menos que quiera dar un paseo sin barca por el río. —Anga Slatter sonrió y Jo Gasson frunció el ceño, pero el kekonés no reaccionó—. Lo garantizo personalmente —añadió Kromner.

Kaul negó con la cabeza.

—Tu palabra como jefe tiene peso, por supuesto, pero es evidente que eres demasiado importante para dedicarte en persona al ingrato trabajo callejero. —Hizo un gesto hacia Kromner para llamar la atención sobre la ropa cara y el cuerpo rollizo—. En un clan kekonés, la persona que se ocupa del trabajo peligroso recibe el nombre de cuerno. Debe ser absolutamente leal, tener el respeto de los hombres a su cargo y despertar el temor de los enemigos del clan. Será a quien se confíe la tarea de dirigirlo si le pasa algo a su jefe. Lo que pregunto es si en tu banda hay alguien así, porque esa será la persona a la que debes poner a cargo del jade.

—Escucha —dijo Kromner, señalándolo con el dedo—. Me gusta hacer negocios contigo, pero no me hace falta que los kikus me den consejos sobre cómo dirigir mi banda. ¿Alguna vez has tenido que mantener firme una organización de cientos de personas? —Como el kekonés no respondió, Kromner añadió—: Ya me parecía. Así que te diré una cosa: no he llegado a ser el jefe de Barrio Sur confiando en incompetentes. Willy Reams, aquí presente, es el hombre adecuado para el trabajo.

Kaul estudió a Willy con interés, y después se volvió hacia Dauk. Los dos kekoneses hablaron un buen rato en su idioma.

—¿Qué dice? —preguntó Kromner. Dauk carraspeó.

—Le preocupa que el jade salga a las calles y dañe a gente inocente, sobre todo a mujeres y niños. Va en contra de su código de honor. Así que me está preguntando si el señor Reams es de verdad el mayoral de Puerto Massy, cuánto tiempo lleva contigo,

qué tal pelea, a cuántos hombres ha matado en combate… Le he dicho que el señor Reams es famoso, pero no puedo darle una respuesta exacta. —Dauk extendió las manos—. ¿Qué quiere que le diga? Mi amigo es de la vieja patria; lo único que respetan allí son la fuerza personal y la violencia.

Willy jugueteó incómodamente con el sombrero, pero Kromner bufó.

—Bueno, dile que no preocupe su cabecita. Jo, Anga: decidle que mi palabra y mis hombres son de fiar.

—Todos saben que Reams el Flaco, de Barrio Sur, es el más duro que hay y que dirige a sus hombres con mano de hierro —dijo Jo Gasson.

—Absolutamente —dijo Anga Slatter, asintiendo.

Dauk tradujo aquellas palabras a Kaul, que volvió a mirar a Reams con toda su atención. Luego, asintió.

—Eso he oído yo también por mis propias fuentes. Soy un forastero en este país y me estoy arriesgando mucho para cerrar este trato en nombre de mi clan, así que perdonadme si os agobio con tantas preguntas. —El representante del clan extendió las manos—. Nuestro acuerdo me satisface.

Tras marcharse de la mansión Thorick, Rohn Toro llevó a Hilo, Tar y Dauk de vuelta a la casa de este último, donde Sana había preparado comida para todos. El comedor no pareció tan abarrotado con solo cinco personas sentadas a la mesa. El hijo de Dauk se había ido con unos amigos, y Anden estaría con él o trabajando en la ferretería en el turno extra del festivo.

Hilo se daba cuenta de que Tar tenía preguntas que hacerle, pero tenía buenos modales y no las plantearía mientras comían con personas ajenas al clan. Hilo se esforzó por mantener una conversación intrascendente, pero le dolía la cabeza por haberse levantado tan temprano y haberse pasado toda la mañana tensando su Percepción. No había entendido todo lo que hablaron los extranjeros entre ellos durante la reunión, pero se había fijado en cada expresión y cada ademán, en la forma en que se sentaban unos respecto a otros y en su tono de voz, y había Percibido con cuidado cada latido, pulso, respiración y tic corporal que indicaban cambios sutiles de emociones durante la conversación. De modo que aunque su espenio no estaba al nivel del de Shae, consideró que había

comprendido a la gente con la que trataba.

Se alegró de haber decidido ir él mismo a Puerto Massy en vez de enviar al hombre del tiempo; su hermana era muy inteligente, pero a veces no era del todo consciente cuando se trataba de conectar con la gente y tocar la nota adecuada ante amigos o enemigos en potencia. Aquel mismo día, más tarde, Hilo pensaba reunirse con Hami Tumashon, el jefe de los hacedores de fortuna, para darle a entender que incluso allí, tan lejos de Yanlún, seguía teniendo el apoyo del clan y el pedestal se fijaba en él. No había nada más importante que las relaciones personales; eran lo que hacía que los juramentos al clan fueran reales y no meras palabras que podría pronunciar cualquiera.

Miró el reloj; era demasiado tarde para telefonear a Yanlún. Wen y los niños ya estarían en la cama.

Cuando acabaron de comer, una atmósfera de expectación cubrió la mesa. Hilo echó atrás la silla.

—Dauk-jen —dijo—, ¿me acompañas a dar un paseo por el barrio? Todavía no he visto gran cosa de Trampasur, pero mi primo me ha dicho que hay una juguetería al final de la calle, y quiero comprarles algo a mis hijos.

Dauk se levantó, y los demás apartaron las sillas para que los dos pedestales pudieran salir de casa y hablar a solas. En la calle, el aire frío y seco hizo que le cosquilleara la nariz. Hilo cubrió con la mano un cigarrillo mientras lo encendía y luego le ofreció la cajetilla a Dauk, que la rechazó dándole las gracias y explicando que estaba intentando dejarlo.

—Pareces desconcertado,
Dauk-jen
—dijo Hilo mientras caminaban—. Imagino que tienes preguntas.

—Intento adivinar tu intención al venir aquí,
Kaul-jen
.

—Mi primo pidió un favor al clan en nombre de la familia que lo aloja: que os ayudara con las bandas. El trato que hemos hecho esta mañana hará que el jefe Kromner consiga el jade que quiere y os deje en paz a tu comunidad y a ti. ¿No era lo que esperabas?

—No es la solución que esperaba —respondió Dauk—. Vender jade a la banda del Barrio Sur tendrá contento a Kromner una

temporada, pero es codicioso y no se contentará para siempre con lo que tiene; no dejará de buscar más dinero y más poder.

Hilo asintió.

—Un hombre así no puede ocultar lo que es —dijo—. Un perro que pasó hambre siempre ladrará a cualquiera que se acerque a su comida, por mucha que tenga. Y cree que todos son como él. Sus hombres lo siguen por codicia o por miedo, pero nadie tiene cariño a un jefe que solo se preocupa por su propia ganancia.

—He investigado sobre ti y sobre tu familia,

Kaul-jen

—dijo Dauk, refrenando el paso—. Sin Cumbre se ha opuesto siempre a vender jade a los extranjeros. Pero hoy has aceptado vender jade de las reservas de tu propio clan a las bandas, que no son más que criminales. Me han dicho que tienes fama de fiero e intransigente, pero has dado a los jefes exactamente lo que querían.

—Esperabas una solución más espectacular y permanente.

—Cuando vivía en Kekon, de pequeño —dijo Dauk despacio—, la Sociedad de la Montaña podía susurrar cualquier nombre. Incluso los de shotarianos de alto rango, capitanes de policía o generales del ejército.

—Es cierto —replicó Hilo—. Pero, como ya has dicho antes, esto no es Kekon. Hace un par de años derramé sangre en las islas Uwiwa y el asunto acabó convirtiéndose en un problema, como no deja de recordarme mi hermana. Ahora nos es imposible a mis puños y a mí entrar en ese país y ocuparnos de los enemigos que tenemos allí. Mi hombre del tiempo me arrancaría la cabeza si cometo el mismo error en Espenia. —Sonrió sin humor y añadió—: Así que tendremos que gestionar esto de otra forma.

—Entonces, ¿por qué venir en persona desde Yanlún? Si siempre has tenido intención de vender jade, podrías haber enviado a un representante del clan para negociar el trato.

—Esa nunca fue mi única intención. —Hilo volvió a acelerar el paso: quería resguardarse del frío—. Los clanes de Kekon llevan años luchando contra el tráfico ilegal de jade. Mi cuerno y sus puños han confiscado miles de kilos de jade en bruto robado de las minas del país y camino de que lo mandaran al extranjero los pescadores de rocas adictos al shine. Una parte se puede aprovechar, pero la mayoría es de una calidad demasiado baja para

que compense el coste de tallarlo y pulirlo. Quizá algo pueda ir a las escuelas y los templos, para que practiquen los aprendices, pero lo último que quiere un huesos verdes es jade defectuoso que pueda debilitar sus habilidades en un momento crucial. —Hilo se detuvo ante la juguetería, miró el escaparate y aplastó el cigarrillo—. Sin embargo, la mayoría de los extranjeros, con la excepción de los especialistas militares espenios, es incapaz de ver la diferencia, y sospecho que el jefe Kromner no tiene a mano expertos en jade kekoneses. Esas virutas de jade que no hacen más que ocupar espacio en los almacenes de Sin Cumbre… Justo eso es lo que pienso venderles al Toro y a su banda.

Entraron en la tienda. Hilo se fijó en una maqueta de trenes, pero era demasiado grande para llevársela en el equipaje. Compró unos cuantos libros infantiles bilingües, una pistola de agua para Niko y un tigre de peluche para Ru. La mujer del mostrador saludó a Dauk por el nombre y preguntó a Hilo si estaba de visita en la ciudad. Se quedó encantada al saber que procedía de Yanlún; sus padres eran de allí.

—Incluso si lo que le vendes a Kromner es de poca calidad —dijo Dauk mientras volvían a casa—, hará que las bandas sean más fuertes y peligrosas. No es una solución.

—Distraerá su atención una temporada —replicó Hilo—. Te servirá para ganar tiempo. Tiempo para reforzar tu posición… con más hombres y más jade.

—¿Qué propones? —dijo Dauk, deteniéndose en mitad de la acera. Hilo se paró también y se volvió hacia él.

—Que Sin Cumbre te suministre jade tallado y de buena calidad, y también mandaré a unos cuantos instructores para que entrenen a los huesos verdes que tienes o tendrás. Rohn Toro no es joven, y tú mismo has dicho que tienes pocos como él. ¿Cómo te dejará eso dentro de cinco años? Puedo resolver tu problema ayudándote a consolidar la ventaja que necesitas contra las bandas.

El hombre mayor no reaccionó de inmediato.

—¿Puedes enviar tanto jade tallado?

—Mi hombre del tiempo es muy inteligente —dijo Hilo—. Seguro que se le ocurre algo.

—Nadie regala jade, ni siquiera a un amigo —dijo Dauk despacio, metiéndose las manos en los bolsillos y mirando a Hilo

con desconfianza—. Todo tiene un precio, sobre todo el jade. ¿Qué tendremos que pagar a Sin Cumbre?

Hilo le puso una mano en el hombro.

—Acabamos de conocernos, así que no tenemos una historia común en la que basar la confianza. Pero yo también he investigado,

Dauk-jen

. Naciste en Yanlún y procedes de una familia de huesos verdes; tu padre fue un héroe de guerra en la lucha contra los shotarianos. Viniste como refugiado y ahora la gente del barrio te llama pedestal. Has sido acogedor con mi primo y lo has protegido, lo que te agradezco, y en el tiempo que llevo aquí no me has mostrado otra cosa que hospitalidad. Fuiste capaz de organizar una reunión con los jefes sin previo aviso, y seguiste mis instrucciones a la perfección. Así que me caes bien y confío en ti. Y eso me hace pensar que podemos ayudarnos mutuamente de ahora en adelante.

—Quieres un tributario extranjero del clan Sin Cumbre —dijo Dauk, dirigiéndole una mirada firme. Hilo meditó un momento.

—No exactamente, aunque algo de eso hay.

Sin Cumbre tenía un puñado de tributarios entre los clanes menores de Kekon. Estos gozaban de los recursos, la protección y el reparto de jade del clan; a cambio, o bien pagaban tributo derivado de las ganancias de sus negocios, igual que en el caso de los linternas, o bien eran socios del clan en determinadas ciudades o industrias. El principal tributario de Sin Cumbre, el clan Cuenco de Piedra, no tenía territorio callejero propio pero gestionaba una parte importante del negocio de la construcción, mientras que el segundo en importancia, el clan Jo Sun, controlaba la mayor parte de la península meridional de Kekon.

—Mi clan está expandiendo sus intereses comerciales en este país —dijo Hilo—. Estamos comprando propiedades inmobiliarias. Tenemos planes para aumentar las exportaciones de productos kekoneses a Espenia, y queremos ayudar a nuestros linternas para que sus empresas crezcan y entren en el mercado espenio. Mi hombre del tiempo quiere mandar aquí a más estudiantes kekoneses, como mi primo Andy, para que tengan formación internacional antes de volver a las oficinas de la calle del Barco. Y para hacer todo eso necesitamos ayuda. Necesitamos contactos en

este país, y necesitamos socios y aliados. —No solo los socios pragmáticos que Hilo sabía que estaba cultivando la oficina del hombre del tiempo: políticos extranjeros, empresarios, licenciados universitarios…, sino auténticos aliados que entendieran la responsabilidad del clan y el jade, aunque fuera a su manera extraña y provinciana. Le dio a Dauk una palmada en el hombro—. No te tomes esto a mal: no te pareces a ningún pedestal que haya conocido en Kekon; pero ahora veo por qué eres la clase de hombre que sería un pedestal en un lugar como Espenia. Te mantienes en segundo plano, pero haces que ocurran cosas. Me gustaría que los huesos verdes fueran fuertes a los dos lados del mar. ¿Me ayudarás a conseguirlo,

Dauk-jen

?

Dauk guardó silencio un rato.

—Espero que entiendas que no acepte una propuesta así ahora mismo —dijo al fin—. Los de Trampasur somos una comunidad pequeña pero orgullosa, y aunque la gente me llama pedestal, es solo una muestra de respeto. Hay otros que tendrán que aceptar también, y sin ánimo de ofender,

Kaul-jen

, aún eres un desconocido. No sabemos qué pasará después de este trato que has hecho con las bandas, ni si aguantará o solo traerá más problemas.

Hilo soltó el hombro de Dauk, unió las manos en cuenco y se sopló para calentarlas. A Dauk no parecía incomodarlo el frío.

—Tu reticencia no me ofende en absoluto —aseguró—. De hecho, habría tenido que reconsiderar mi impresión favorable sobre tu buen juicio si hubieras dicho que sí de inmediato sin hablarlo primero con tu mujer y tus amigos. Solo diré otra cosa, y después volveremos a casa a entrar en calor. No hago promesas a la ligera. Puedes preguntar a cualquiera que me conozca. Y te hago esta promesa: si estás dispuesto a confiar en mí y a aliarte con el clan Sin Cumbre, dentro de cinco años los kekoneses tendremos más poder en este país que cualquiera de las bandas.

El pedestal de Trampasur se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en saludo.

—Eso es algo que me gustaría,

Kaul-jen
.

# Capítulo 41
# Verde de cojones

Anden vio a Hilo una vez más antes de que este regresara a Yanlún. Hilo fue a la casa adosada amarilla de los Hian un sextodía por la mañana, él solo en un taxi, vestido con pantalones cómodos para viajar y una cazadora de cuero nueva que se había comprado en una tienda de lujo de la calle Bayliss, cerca del hotel Crestwood.

—Tío Hian, tía Hian —dijo al entrar—. Me alegro de tener la oportunidad de daros las gracias en persona por lo bien que cuidáis de mi primo. —Les regaló un hermoso grabado en seda firmado por un famoso artista de Yanlún, además de entregarles una generosa cantidad de efectivo. La anciana pareja se sentía intimidada hasta el punto de casi no poder hablar; musitaron palabras de agradecimiento sin dejar de inclinarse una y otra vez—. Vamos a desayunar, Andy.

Fueron a Lochwood, a una cafetería estepenia que tenía tahona propia.

—Había un sitio como este cerca del hotel donde me alojé cuando fui a Lybon a buscar a Niko —explicó—. Me gustan los pastelillos que hacen. En Yanlún no los hay; alguien tendría que montar una sucursal. —Llegó la camarera e Hilo le dijo a Anden que pidiera lo que quisiera. Cuando la mujer se alejó, siguió hablando—: Todo esto va a ser de provecho, Andy. Me refiero a tus estudios.

—¿Qué crees que va a pasar ahora con las bandas? —preguntó Anden.

—He hecho un trato con Kromner. Tiene su peligro, porque implica poner un poco de jade en manos de criminales. Si me decidí fue porque creo que nos acabará beneficiando, pero nunca se sabe. A partir de ahora necesito que tengas los ojos y los oídos bien

abiertos y nos cuentes todo lo que veas, aunque no parezca importante. Pero no te metas en líos. Es bueno que tengas amigos aquí, pero no son familia ni miembros del clan, y Sin Cumbre no puede protegerte estando tan lejos.

La camarera les llevó la comanda. Anden probó un pastelillo; era un hojaldrado dulce. Hilo bebió un trago de café, torció el gesto y miró con seriedad a Anden.

—Me preocupo por ti. Un sitio donde la gente tiene que ocultar el jade no es un buen sitio. ¿Conoces la expresión «Demasiado oscuro para ver el verde»?

Anden asintió; la frase hecha se refería normalmente a lugares o situaciones tan malos y desesperados que ni siquiera los huesos verdes se sentían seguros. También se usaba a menudo para describir libros y películas de temática especialmente tenebrosa en los que la moralidad estaba ausente y los protagonistas morían al final; lo contrario de las aventuras tradicionales que terminaban con la victoria de los heroicos huesos verdes. Anden sintió una punzada de resentimiento ante lo irónico de la situación: Hilo lo había desterrado del clan en un arrebato de ira y se había negado a hablar con él durante mucho tiempo, pero ahora que aquello había quedado atrás, estaba lleno de preocupación fraternal.

—Deberías llamar a casa más a menudo —dijo Hilo—. Llama a cobro revertido, no te preocupes por el precio.

—Hilo-jen —dijo Anden. No sabía muy bien cómo sacar el tema que tanto le agobiaba, y decidió que no quedaba más remedio que soltarlo directamente—. He estado trabajando duro y tengo notas bastante buenas. Pronto me graduaré en el programa
EIHOI
, el verano que viene, y obtendré un título adjunto en comunicaciones además del certificado de idiomas. ¿No deberíamos hablar de qué pasará después?

Hilo guardó silencio unos instantes. Después se giró hacia la ventana y dio unos golpecitos en el cristal.

—¿Ves ese edificio de ahí? —Al otro lado de la calle estaban construyendo un bloque de viviendas—. Es nuestro; está a nombre de un linterna del clan. Y no es lo único que poseemos aquí. Las cosas están cambiando mucho, Andy. Shae está abriendo una sucursal de la oficina del hombre del tiempo aquí, en Puerto Massy.

Se encargará de velar por nuestros intereses en este país y de ayudar a los linternas que quieran ampliar su negocio al mercado espenio. Ha encargado la tarea a Hami Tumashon, pero necesitan más gente; gente que esté familiarizada con las dos culturas. Las relaciones con la comunidad kekoespenia serán muy importantes; es uno de los motivos por los que he venido: establecer contactos en persona. Cuando termines los estudios trabajarás en la nueva oficina.

En el cerebro de Anden empezó a elevarse un rugido sordo.

—Cuando me mandaste a estudiar aquí dijiste que podría volver a casa pasados dos años.

—Dije que hablaríamos sobre tus alternativas. Eso estamos haciendo ahora mismo —dijo Hilo.

—No estamos hablando de alternativas; me estás diciendo lo que tengo que hacer. Que tengo que quedarme aquí. —Anden apretó los puños por debajo de la mesa y retorció la servilleta que tenía en el regazo—. ¿Cuánto tiempo debo quedarme? ¿Un año más? ¿Cinco? ¿Toda la vida? ¿Quieres que sea útil a Sin Cumbre pero que siga exiliado para no tener que verme ni hablar conmigo más de una vez cada par de años?

En los ojos de Hilo destelló de repente un brillo peligroso, e incluso al otro lado de la mesita, Anden sintió la oleada ardiente de su aura de jade. No pudo evitar encogerse, pero no desvió la mirada ni se disculpó por lo que acababa de decir. Durante el tiempo que había pasado en Espenia se había esforzado con diligencia y había hecho todo lo que le había pedido la familia. En el aeropuerto, Hilo le había dado un abrazo y lo había llamado «primo»; lo había sentado en el lado de la mesa de los Kaul cuando comieron en casa de Dauk; había reservado tiempo para pasar con él y le había enseñado fotos de sus sobrinos. Todo ello había elevado las expectativas de Anden y le había hecho esperar el perdón del clan y un lugar en Yanlún. En aquel momento ya no sabía qué pensar.

Transcurrió un minuto dolorosamente largo y desagradable mientras los dos hombres se sostenían la mirada, olvidando los pastelillos y dejando que se enfriara el café. Después, para sorpresa de Anden, Hilo dejó escapar un suspiro y fue el primero en romper el silencio.

—Debí pedir a Shae que te lo explicara. Fue idea suya, no mía,

pero me toca ser el malo de la película. De todas formas estoy de acuerdo con ella. Aprender espenio solo sirve de algo si se utiliza. No querrás que estos dos años hayan sido una pérdida de tiempo, ¿no? ¿Qué podrías hacer en Yanlún que sea tan útil para el clan como lo que puedes lograr aquí?

—Algo tiene que haber —insistió Anden.

—Dime que te pondrás el jade y te compro un billete de vuelta para mañana mismo —dijo Hilo con voz fría.

Anden tragó saliva pero no contestó. Debería haberse dado cuenta de que aquello seguía siendo el problema.

Hilo cerró los ojos un momento y se frotó la frente con una mano. En ese instante pareció mucho mayor que hacía apenas unos pocos años, cuando era el joven y poderoso cuerno del clan Sin Cumbre y nada podía hacer mella en su alegre ego. Volvió a alzar la mirada.

—Crees que estoy siendo cabezota. —Ya no había rastro de ira en su voz—. Que te estoy castigando más de lo necesario, que sigo intentando obligarte a ser un huesos verdes. —Anden siguió callado, e Hilo asintió con expresión triste y continuó—: Me doy cuenta de por qué piensas eso, Andy, pero no es cierto. Ya no.

»Yanlún es una ciudad de huesos verdes. Es verdad que la mayoría de la gente corriente que vive allí no porta jade, pero sigue siendo una ciudad de huesos verdes y tú no eres gente corriente. No se puede cambiar el pasado. Si vuelves ahora a Yanlún, serás siempre el inferior de los Kaul; el chico destrozado por el jade y que no puede volver a portarlo. Te tratarán como a un alcohólico rehabilitado o a un expresidiario: con lástima. ¿Es lo que quieres? Si quieres ser algo más, tendrás que descubrirlo por ti mismo. Y bien puedes descubrirlo aquí, donde nadie te juzga.

—¿Te preocupas por mí o por la reputación de la familia?

—Mi mujer es una ojos de piedra que proviene de una familia que tenía una reputación de mierda antes de que nombrara a Kehn y a Tar mis puños de confianza. ¿Crees que me importa eso? —Volvía a sonar irritado—. Tienes veinte putos años, Andy; eres demasiado joven para estar en Yanlún y quedarte sin perspectivas de futuro en una ciudad verde de cojones. —La camarera se acercó; Hilo le sonrió y pagó la cuenta. Después se volvió hacia Anden y añadió—: Ya te has instalado aquí, has aprendido el idioma y has

empezado a organizarte una vida. ¿Qué pasa con Dauk Coru? ¿No quieres quedarte con él?

Anden enrojeció; era incapaz de mirar a su primo a los ojos. Estuvo a punto de balbucear: «Solo somos amigos», pero logró contenerse. El pedestal se habría dado cuenta de inmediato de que mentía, y entonces Anden se sentiría aún peor. Hilo no pensaba que no ser hetero fuera mala suerte ni un castigo de los dioses, igual que no juzgaba a los Maik por sus antecedentes familiares ni a Wen por ser una ojos de piedra. Pero Anden nunca había hablado con su primo de asuntos románticos (de hecho, nunca había hablado de esos asuntos con nadie), y su primer impulso era negarlo. Lo cierto era que quería quedarse con Cory; quería verlo mucho más a menudo que ahora. Y a su pesar, Puerto Massy había empezado a gustarle; empezaba a considerar la naturaleza abigarrada y las extrañas costumbres del lugar como algo único y vibrante a su manera. Pero también quería volver a casa, oír su idioma en la calle y estar rodeado de los paisajes y los olores de Yanlún, el lugar en el que se había criado y que siempre había dado por supuesto. Parecía un conflicto irresoluble.

Se obligó a alzar la mirada.

—Cory sabe que solo planeaba estar aquí dos años. Además, se irá un tiempo a la facultad de Derecho. No hemos hablado del futuro —dijo. Hilo lo observaba fijamente y Anden se sintió incomodísimo, pero siguió hablando tras decidir que ya le daba igual—: No sé si querría vivir en Yanlún, pero si lo nuestro se pone serio de verdad, quizá se lo plantee. A fin de cuentas, es kekonés.

—Supongo que sí, en cierto modo —dijo Hilo con un encogimiento de hombros.

—¿Cómo que «supones»?

—Andy, puede que tus rasgos no llamen la atención aquí, pero eres mucho más kekonés que lo que pueda llegar a serlo nunca el hijo de Dauk. Porta jade, pero es fácil ver que nunca ha tenido que matar para conseguirlo ni ha tenido miedo de que lo maten para quitárselo. No sobreviviría como huesos verdes en Yanlún; lo sabes. Tú eres más verde aquí. —Hilo se tocó el pecho—. Y aquí. —Se tocó una sien—. Y por eso te necesita el clan… Por eso te necesito yo. Necesito que seas por ahora el hombre de Sin Cumbre en Espenia.

En las palabras del pedestal había autoridad, pero también una

sinceridad sin reservas. Cuando Kaul Hilo daba una orden difícil, la daba de una forma que demostraba que entendía la dificultad; por eso sus hombres harían cualquier cosa que les pidiera. A Anden no se le ocurrió nada más que decir.

Salieron de la cafetería e Hilo paró un taxi para volver al hotel Crestwood, donde lo esperaba Maik Tar y recogería el equipaje antes de ir al aeropuerto. Anden no sabía cómo despedirse; ni siquiera sabía cuándo volvería a ver a su primo. No se decidía entre darle un abrazo, saludarlo o dar media vuelta y marcharse sin volver la vista atrás. Un taxi se detuvo delante de ellos.

—Que tengas buen viaje,

Hilo-jen

—murmuró al fin—. Saluda a todos de mi parte.

Hilo lo cogió por el cuello con una mano y lo atrajo hacia sí.

—Cuídate, primo —dijo. Después subió al taxi y cerró la puerta, y el vehículo desapareció en el tráfico de Puerto Massy.

Anden se quedó en la esquina un buen rato. Después volvió a entrar en la cafetería y se dirigió al teléfono público que había cerca de la puerta. Descolgó el pegajoso auricular e introdujo una moneda. A los tres timbrazos se oyó la voz soñolienta de Cory.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Anden—. ¿Tienes algo que hacer hoy?

—No. Solo preparar el equipaje. —Al día siguiente, por la mañana, Cory tenía que volver a Adamont Capita. Debió de notar algo raro en la voz de Anden, porque añadió—: ¿Qué ocurre, colega?

Anden apoyó la frente en la superficie metálica del teléfono.

—Estoy en una cafetería de Lochwood, en la esquina de Thurlow y la 57. Si no estás ocupado ahora mismo…, ¿podrías venir a buscarme?

—Eh, claro; muy bien. Espera a que me vista. —Se oyó movimiento—. ¿Quieres que hagamos algo?

—Quiero follar —dijo Anden con ferocidad. Transcurrió un instante de silencio.

—Voy a buscarte —dijo Cory.

# Capítulo 42
# Una posición difícil

Shae estaba asombrada por la cantidad de problemas que su hermano se había apañado para crearle en tan poco tiempo. Llegó a la conclusión de que era peligroso dejar salir a Hilo de la isla de Kekon. Parecía que cada vez que volvía de un viaje al extranjero traía la noticia de algo escandaloso e irrevocable que había hecho fuera. Al menos en esta ocasión no había matado a nadie. Sin embargo, Shae sabía que las consecuencias inevitablemente violentas aún estaban por llegar.

—El viaje ha ido bien —dijo Hilo—. He tenido unas cuantas conversaciones provechosas.

—Has vendido cien kilos de jade en bruto a un jefe mafioso espenio. Has prometido jade tallado, hombres y, por lo que veo, categoría de clan tributario a unas cuantas personas a las que acabas de conocer.

—¿Te parece mal? —preguntó Hilo con voz tranquila, pero en el tono había un deje de tensión—. Resolví el problema que tenían con las bandas y conseguí exactamente lo que querías: información y aliados en Puerto Massy. Una vía para afianzarnos mejor en Espenia y ampliar allí los negocios del clan sin depender únicamente de los retorcidos políticos extranjeros.

—Mediante la venta de jade en bruto a un famoso magnate criminal —repitió.

Hilo se agachó para ponerle a Niko un zapato que se le había salido.

—La
AJK
controla la minería oficial, y gracias al Consejo Real, ahora hay una montaña de normativas para llevar un registro público de las

actividades de extracción. Pero Montaña y Sin Cumbre llevan ya tiempo confiscando el jade de las operaciones de contrabando, y ese jade no está declarado oficialmente en ningún sitio. Todo se lo lleva el lado del cuerno del clan; se considera botín de combate, como el conseguido en una guerra o un duelo. Tengo una bolsa llena en un cajón de mi despacho. No aparece en los archivos de la
AJK
. Nau Suen ha estado atacando las operaciones de Zapunyo igual que nosotros; ¿qué crees que estará haciendo Ayt Mada con su parte del jade? ¿Crees que ha renunciado a fabricar shine después de que filtraras a los espenios la existencia de las fábricas de Ygutan? —Negó con la cabeza. Sentó a Niko en el columpio que habían montado en el césped del jardín y se puso a empujarlo adelante y atrás—. Te apuesto mi verde a que Montaña se sigue llenando el bolsillo de formas que no conocemos y que no podemos demostrar. Parte de la estrategia de Ayt ha sido siempre que Kekon provea a los dos bandos de la guerra.

Shae se sentó en el banco de piedra, junto al estanque, y contempló pensativa el agua. Lo que Hilo decía era verdad; una rata blanca de Wen les había entregado registros telefónicos que demostraban que Iwe Kalundo y sus principales hacedores de fortuna seguían haciendo llamadas a Ygutan. Otro informante dijo que el hombre del tiempo de Montaña había ido al país hacía poco en viaje de negocios. No cabía duda de que Ayt Mada conocía la alianza de Sin Cumbre con los espenios y por su parte intentaba ampliar los negocios de su propio clan, los que eran legales y los que no. Debido a las actividades anteriores de Montaña en Ygutan y a los contactos que tenían allí, como en el caso del difunto Tem Bem, tenía sentido que Ayt hubiera optado por concentrarse en la otra potencia mundial que tenía un mercado suficientemente grande para rivalizar con Espenia. A Shae no le habría sorprendido descubrir que Montaña estuviera reconstruyendo ya las fábricas de
SN1
(quizá en algún lugar más difícil de descubrir y menos vulnerable en caso de ataque, como la zona desmilitarizada de la frontera de Tun e Ygutan), o urdiendo un plan aún más elaborado.

Pero a pesar de estar de acuerdo con la valoración de Hilo, a Shae le preocupaba el camino que les había hecho emprender.

—Ayt Mada está socavando la
AJK
al poner jade en las manos de extranjeros y criminales que no lo merecen y no lo pueden controlar —dijo—. Si vendemos jade a Kromner, estaremos haciendo lo mismo. Estaremos actuando igual que nuestro enemigo.

Hilo soltó un gruñido.

—Si por mí fuera, los extranjeros no recibirían jade en absoluto. Pero a estas alturas no hay vuelta atrás, Shae. La generación del abuelo fue por ese camino hace treinta años, en el momento en que dejó entrar a los espenios en nuestro país y aceptó su dinero para reconstruirlo después de la guerra. Y mira dónde estamos ahora: el
SN1
y el
SCJBI
y todas esas mierdas. —Dirigió una mirada levemente acusadora a su hermana, como insinuando que ella tenía tanta culpa como cualquiera al tomar decisiones que los habían enredado más todavía con los intereses extranjeros—. Ayt venderá jade bajo mano para que el clan Montaña sea más poderoso y así poder destruirnos y gobernar en solitario el país. Si no estamos dispuestos a actuar a lo grande por nuestra cuenta, eso es exactamente lo que pasará. —Dejó la mirada perdida mientras seguía empujando el columpio con una mano—. Pero a diferencia de Ayt, no tengo intención de conservar esos clientes. Las bandas no son un país y sus miembros no son guerreros. Son como los marinos codiciosos que anclaron en Kekon hace siglos. No tienen lealtad al clan; no tienen una auténtica hermandad. Quieren el jade, pero no saben lo que significa ni cómo manejarlo. Cogeremos el dinero que ofrecen y lo gastaremos donde nos haga falta para reforzarnos, porque Montaña volverá a atacar; es cuestión de tiempo.

—¿Cómo se supone que voy a transportar tanto jade al otro extremo del océano Amárico? —dijo Shae. Hilo le dirigió una sonrisa ladina.

—Kehn y su gente tienen experiencia con los métodos de Zapunyo, hemos confiscado barcos y contenedores y tenemos empresas y gente a los dos lados del mar. Estoy seguro de que al hombre del tiempo se le ocurrirá algo.

Shae torció el gesto. Ya le incomodaba demasiado usar la influencia del clan en el Consejo Real para apoyar los planes políticos de los espenios. El acuerdo al que había llegado Hilo podría convertirse en otra área en la que ella tendría que rezar a menudo pidiendo la comprensión y el perdón de los dioses.

—El contrabando y el mercado negro. Estamos jugando a un juego peligroso, Hilo.

—Hay que ir adonde están los enemigos —dijo Hilo—. Y después, más lejos todavía.

Shae se quedó observando a su hermano. Estaba acostumbrada a ser ella quien tomaba las decisiones relacionadas con los intereses del clan en el extranjero; la idea de que Hilo actuara como un cuerno implacable en el terreno donde jugaba la oficina del hombre del tiempo la ponía nerviosa. Deseó poder hablar con Lan. Le habría gustado recurrir a su firme y sensata brújula moral, a su visión extensa del aisho, a su prudente cerebro. Imaginó que si fuera el hombre del tiempo de Lan, antes de tomar cualquier decisión importante que afectara al clan tendrían conversaciones minuciosas y racionales. A Hilo lo guiaban sus estrictos principios, eso era indudable, pero dejado a su aire actuaba por instinto, aplicando toda la astucia militar drástica que le pareciera necesaria, y ya lo racionalizaría después.

—Me han dicho que la semana pasada mataron a un Koben en un aparcamiento —dijo.

—Pudo haber sido cualquiera —replicó Hilo encogiéndose de hombros con satisfacción. No solo había venido bien que la policía hubiera matado al asesino (un hombre sin lazos con los clanes y un largo historial de delitos menores y problemas psicológicos) mientras intentaba huir, sino que el propio Koben Ento los había ayudado inesperadamente y sin querer al acusar a gritos a un rival comercial asociado con la familia Iwe, pocas horas antes de morir en el hospital a causa de las heridas. Por supuesto, existía la sospecha de que Ayt había susurrado el nombre del muerto, y la de que Sin Cumbre estaba detrás del asunto, pero las conjeturas contradictorias eran de esperar. Lo importante era que las diferentes facciones de Montaña se estaban tirando al cuello entre ellas, cada una convencida de que las demás le buscaban la ruina, y exigían a Ayt Mada que acabara de una vez con las luchas internas

nombrando a un sucesor.

Llegaron unos criados empujando un carrito lleno de sillas plegables. Estaban montando grandes carpas rojas en el patio para la fiesta del día siguiente. Woon Papidonwa y su prometida se casarían en el Templo del Divino Retorno, pero Hilo había ofrecido generosamente la mansión Kaul para la celebración, a modo de regalo de bodas y como reconocimiento de la posición de Woon dentro del clan. Desde que Shae había convencido a la sombra del hombre del tiempo para que no abandonara su puesto había pasado más de un año, pero Woon no había vuelto a mencionar el asunto de la dimisión; quizá se debía a que ahora parecía mucho más feliz. Shae se alegraba por él, pero tenía sus reservas.

Niko tendió los brazos para que lo bajaran del columpio, e Hilo lo ayudó y se quedó mirándolo cuando este se alejó corriendo por el sendero del jardín.

—Hace tiempo que no veo a Maro por aquí —dijo—. ¿Se ha acabado lo vuestro?

—Nos estamos tomando un descanso —dijo Shae, intentando sonar despreocupada. Le pareció que la frase sonaba tan evasiva y confusa como lo era el problema en sí, y se sintió decepcionada al darse cuenta de que la opinión de su hermano le seguía importando más de lo que creía—. Seguimos siendo amigos —añadió—. Mañana vendrá a la boda como mi acompañante.

Hilo le dirigió una mirada cómplice, casi triste, como si adivinara lo mucho que había perdido en el duelo con Ayt además del jade.

—Si sois amigos, como dices, tienes que ser sincera con él.

Shae fingió no haberlo oído.

—Maro ha estado metido en un grupo internacional de actividades humanitarias que se llama las Cuatro Virtudes. Me ha preguntado si te importaría reunirte con sus representantes, que están intentando conseguir el apoyo del clan. Sería muy importante para él.

Hilo suspiró, exasperado. Posiblemente porque su hermana estaba desviando la conversación; quizá porque al ser el pedestal, siempre había grupos de todo tipo intentando conseguir una audiencia y aquello le resultaba de lo más aburrido.

—Vale. Por hacerle un favor a tu… amigo —dijo—. En algún

momento alrededor de año nuevo, cuando las cosas estén más tranquilas. —Wen daría a luz dentro de un mes.

Niko regresó con un puñado de guijarros de colores; Hilo hizo una pantomima de estudiarlos con admiración, y luego cogió en brazos al niño para llevarlo a la casa, pues era la hora de comer.

—A Andy le va bien —añadió antes de irse, volviéndose hacia Shae—. No le ha hecho gracia tener que seguir allí, pero lo entiende.

Shae se quedó mirando a su hermano mientras se alejaba. Lo llamó.

—¿De verdad lo habrías hecho? Si Ayt me hubiera matado en el duelo, ¿habrías quebrantado el aisho e ido a la guerra con una hoja sucia?

El aura de Hilo estaba tan calmada como un río manso.

—Ayt creyó que sí. Eso es lo que importa.

Aquella tarde, el canciller Son estaba calentando en el campo de tiro del club de campo Tres Manantiales cuando Shae se reunió con él.

—Kaul-jen —exclamó con aire relajado y alegre—. Hace un día precioso, ¿verdad? —Le quedaban tres meses para terminar lo que había sido un mandato agotador de seis años, y era obvio que estaba impaciente por tener más tiempo que dedicar al negocio familiar, a sus nietos y a jugar al chasso.

El chasso era un deporte al aire libre que consistía en pasear por un gran parque bien cuidado, detenerse a intervalos regulares para disparar flechas a simulacros de aves (pelotas de goma blanda lanzadas por mecanismos ocultos) con una ballesta especializada. Aunque empezó siendo un deporte para extranjeros de clase alta, con orígenes en la caza y la arquería, en los diez últimos años se había generalizado como pasatiempo entre los kekoneses adinerados. Los políticos y empresarios más prósperos de Yanlún solían cerrar negocios mientras jugaban, y no hacía mucho se había construido el club de campo Tres Manantiales, situado a media hora al sur de la ciudad.

A Shae le parecía un deporte increíblemente aburrido, pero entendía por qué le podía gustar a alguien como Son Tomarho. Dedicar una extensión tan grande de terreno privado en una isla donde el espacio era un bien escaso implicaba tarifas de admisión

exorbitantes y toda una declaración de categoría. El juego exigía reflejos, puntería y un equipamiento carísimo, pero no requería estar especialmente en buena forma física, y a los kekoneses entrados en años les gustaba seguir fingiéndose guerreros capaces. También sospechaba que Son disfrutaba venciéndola, ya que las habilidades de jade suponían una ventaja minúscula.

Los dos primeros lanzamientos de pelotas los pasaron charlando de trivialidades. Mientras ascendían con el viento en contra por una colina en dirección al punto del tercer lanzamiento, Shae decidió abordar el tema que había ido a debatir.

—Nadie merece más que tú un descanso de la carga del Salón de la Sabiduría, canciller Son, pero para el clan Sin Cumbre será una lástima no tener el año que viene a un amigo de tanta confianza en tu despacho.

El Consejo Real había votado como sucesor de Son a Guim En, el actual ministro de Asuntos Domésticos. A Guim se lo consideraba un hombre de estado experto y económicamente responsable con una vena populista. También era desde siempre miembro del clan Montaña.

—Guim es razonable —dijo despreocupadamente Son, colocándose en el marcador de tiro y alzando al hombro la ballesta de chasso. Levantó la mano izquierda para indicar al operador de la máquina que ya estaba preparado. Una tras otra, media docena de pelotas salieron volando desde detrás de una fila de setos. Son disparó en rápida secuencia y soltó un gruñido de satisfacción cuando tres pelotas cayeron al césped atravesadas por las flechas.

—Es una época difícil para el país y para Sin Cumbre —dijo Shae—. Los clanes se han mantenido en paz, pero solo porque no ocurre lo mismo con el mundo que nos rodea. ¿Podemos contar con Guim En para que siga presionando a las islas Uwiwa en lo tocante al contrabando? ¿Hará que Montaña siga rindiendo cuentas ante la AJK
? ¿Se opondrá a la Ley de Refugiados de la guerra de Urtoko cuando llegue el momento de votarla en el Consejo Real?

Son se apartó y dejó que Shae ocupara su lugar en el marcador de tiro. Las pelotas de chasso salieron volando; Shae acertó a dos con la ballesta que había alquilado en la tienda del club de campo. Hizo una mueca y se sintió tentada de hacer trampas Desviando las

flechas de su contrincante en la ronda siguiente. Mientras se dirigían a recoger sus puntos, Son dijo, con un tono mucho más sombrío:

—Kaul-jen, yo estaba en la sala durante la visita del ministro de Espenia y soy muy consciente de la preocupación de los extranjeros en cuanto a la seguridad. Pero la ley de Refugiados es un asunto humanitario. Sin Cumbre parecerá despiadado si se opone a ella. —Se secó la frente e inclinó su inmensa figura para recoger las pelotas de chasso, y después se las dio al joven asistente que los seguía a una distancia respetuosa cargado con el equipo y botellas de agua, y que llevaba la cuenta de los puntos—. Al fin y al cabo, la compasión es una de las cuatro Virtudes Divinas.

Shae no estaba en desacuerdo con los sentimientos de Son. A pesar de todo, tuvo que replicar.

—En un mundo perfecto, la gente actuaría todo el tiempo de acuerdo a las Virtudes Divinas; cuando eso ocurra, supondré que el Retorno está cerca. Pero nuestro mundo dista de ser perfecto, y los dos sabemos que hay que llegar a compromisos.

Son se giró y hendió el aire con una flecha.

—Los espenios nos están pidiendo que rechacemos a viudas y huérfanos sin hogar porque tienen miedo de que alguno sea un espía ygutano. ¿Tenemos que renunciar a nuestros principios morales por culpa de la presión extranjera?

Las palabras de Son eran de indignación pero las pronunció con tono resignado, y sus objeciones eran más retórica que auténtico desacuerdo. Sabía tan bien como Shae que Sin Cumbre estaba en una posición difícil. El desafío militar de Urtoko había convertido a los espenios en paranoicos calculadores. Para disgusto de Espenia, el Consejo Real de Kekon se mantenía firme en su negativa a aportar soldados y suministrar más jade para la campaña bélica. Al mismo tiempo, Shae había orientado al clan en la dirección de ampliar los negocios y los acuerdos comerciales con Espenia, y estaba abriendo una sucursal de la oficina del hombre del tiempo en Puerto Massy. Ahora que Hilo había establecido lazos con los huesos verdes de Espenia, y sabiendo que Montaña también buscaba oportunidades en el extranjero, Shae estaba segura de que Sin Cumbre necesitaba hasta la última pizca de influencia política que pudiera conseguir, en casa y en el extranjero. El clan necesitaba

gozar del favor ininterrumpido de Adamont Capita. Como lo necesitaba el país entero, de hecho, si deseaba mantener el veloz crecimiento económico. El negocio textil de la familia de Son estaba obteniendo pingües beneficios de la reducción de los aranceles.

—Has ocupado el cargo político más importante de Kekon durante la guerra de clanes del país, y ahora durante la guerra extranjera que tiene lugar a nuestro alrededor —señaló Shae—. Sabes todo lo que hay que saber sobre la presión… y sobre cuándo hay que ceder.

Son negó con la cabeza.

—Eso es ya problema de mi sucesor,

Kaul-jen

.

Bajaron por un sendero de guijarros hasta un bosquecillo. Empezaba a refrescar deprisa; dentro de poco, el frío otoñal y la falta de luz los empujarían puertas adentro.

—Todavía no eres viejo, canciller. Mira, me estás sacando ventaja en la pista de chasso. —Shae se detuvo en mitad del sendero y miró de frente a Son—. En nombre del pedestal debo pedirte un acto más de amistad con Sin Cumbre. No te retires al final de tu mandato. Conserva tu asiento en el Consejo Real. Tendrás tiempo de sobra para disfrutar después, pero sigue en el gobierno un año o dos, y sigue haciendo el buen trabajo que necesita tu país. —Hizo una pausa para enfatizar sus siguientes palabras—: El clan te lo agradecerá, a ti y a tu familia.

Como antiguo linterna, el canciller Son sabía que el agradecimiento del clan no era nada que se concediera a la ligera, y casi con toda seguridad significaría una recompensa monetaria importante. Si seguía en el Consejo Real, Son seguiría actuando como el político de Sin Cumbre más veterano del Salón de la Sabiduría, y votaría en línea con los intereses del clan. En caso de empate, su posición como canciller emérito le daría el mismo privilegio que al canciller en activo: emitir un voto de desempate, lo que en la práctica podría anular el poder decisorio de Guim.

Frunció los gruesos labios y a continuación habló con tono pensativo, pero no sin un deje de orgullo.

—Bueno, después de toda una vida dedicada al servicio público, ¿qué es un año más? —Clavó en Shae una mirada seria y

calculadora; después sopesó la ballesta y reanudó la marcha—. Sigo siendo un amigo leal del clan,
Kaul-jen
, pero no puedo contener la marea. La mayoría de la gente no entiende los acuerdos comerciales ni se preocupa por la seguridad de los espenios. Muchos no entienden por qué tenemos que contemporizar siquiera con los extranjeros. Caminas por la cuerda floja. Si sigues impulsando los intereses de Sin Cumbre contra la voluntad del país, saldrás perdiendo.

Shae no acostumbraba a beber en exceso, pero a la tarde siguiente, en la boda de Woon, vació unas cuantas copas de vino. En algún momento pasada la medianoche, entre los vítores de los invitados, los recién casados se marcharon en una limusina adornada con peonías rojas y amarillas, símbolos de felicidad marital y fertilidad. Poco después, Shae abandonó la fiesta y se retiró a la residencia del hombre del tiempo. Maro, con traje azul de lino y corbata, la acompañó hasta la puerta. Shae se detuvo justo antes de entrar y volvió la cara hacia él.

—¿Quieres pasar un rato?

No estaba segura de si había preguntado por cortesía, por tristeza ebria o por algo diferente, pero en aquel momento deseó que contestara que sí. Docenas de invitados los habían visto marcharse juntos, pero después de haber sobrevivido al escándalo público nacional, a Shae le importaban un bledo los cotilleos del clan.

Maro apartó la mirada, y después volvió a observarla con expresión a la vez esperanzada y cautelosa.

—Un rato —dijo.

Dentro, Shae se quitó los zapatos, se sentó en el sofá y se puso a frotarse los pies doloridos. Maro llenó dos vasos de agua con menta de la jarra que había dentro del frigorífico. Shae aceptó el suyo con agradecimiento y se apoyó el vaso frío en la frente antes de vaciar la mitad de un trago. Aunque la residencia del hombre del tiempo se alzaba en el extremo más alejado del patio central, aún podía oír la música y Percibir como una pulsación lejana la energía de los que seguían en la fiesta. A aquellas alturas, su cuerpo ya se había aclimatado a portar menos jade, pero a veces se sentía como si tuviera los sentidos embotados. El alcohol consumido aumentaba el

efecto; estaba cansada y todo parecía un poco vaporoso.

Maro se sentó en el otro extremo del sofá y se recostó, se aflojó la corbata y bebió un trago de agua. No parecía tan borracho como se sentía ella.

—Tu amigo Woon Papi debe de estar muy entregado al clan —dijo—. Menuda fiesta le ha montado tu familia.

—Era el mejor amigo de mi hermano mayor. —«Y el mío»—. Se lo merece.

—Bueno, gracias por invitarme. —Hizo girar el vaso entre las manos—. Y te agradezco que hayas preparado la reunión de Cuatro Virtudes con tu hermano. —Siguió hablando, como si intentara llenar el aire que los separaba—. La organización está haciendo un buen trabajo, pero hay un límite a lo que puede conseguir sin apoyos de más nivel. Sería un avance enorme que los clanes importantes reconocieran públicamente la necesidad de que Kekon adopte un papel más activo en las tareas humanitarias internacionales. —La miró como si esperase que mostrara su acuerdo—. Quizá podamos convencer a tu hermano para que apoye la Ley de Refugiados de la Guerra de Urtoko.

Shae no estaba de humor para explicar la situación considerando los intereses comerciales del clan y la presión del gobierno espenio, y menos para insinuar que era ella quien estaba forzando al canciller Son y al Consejo Real a ceder ante intereses extranjeros cuestionables.

—No hablemos de política ahora mismo —dijo.

—Como quieras —dijo Maro con tono inseguro, como si Shae le hubiera quitado el último tema de conversación que le quedaba. Se aflojó el cuello de la camisa.

El silencio colgó pesadamente entre los dos. Habían pasado casi cinco meses desde el duelo, pero la relación seguía en el incómodo limbo de dos objetos mantenidos a distancia constante por la fuerza centrífuga, incapaces de acercarse ni de separarse más. Habían hablado por teléfono. Habían quedado para comer unas pocas veces. Shae seguía consultándole sobre asuntos de economía y política internacional, y ahora él esperaba conseguir el apoyo del clan para el voluntariado que había empezado a ocuparle gran parte del tiempo. Se trataban de manera cordial y amistosa pero tanteándose con cuidado, como si la otra persona fuera un fuego

cuyo calor deseaban pero que sabían que podía quemar.

En más de una ocasión, Maro había dado a entender que podrían superar aquella situación difícil si los dos estaban dispuestos a volver a confiar. Al mirarlo en aquel momento, atractivo y solícito, y al ver el anhelo en su mirada y el leve rubor de su cara, Shae deseó más que nada que fuera cierto. Aquella noche deseaba sentir cercanía, pero no merecía la confianza de Maro y no podía soportar la idea de recuperarla sin ser sincera. Pensó en darle las gracias y acompañarlo cortésmente hasta la puerta. Pensó en arrastrarlo hacia sí y follárselo en el suelo. Ninguna de las dos opciones parecía correcta del todo, ni justa con él. No lamentaba las decisiones que había tomado, pero sí el no poder mirar a Maro sin darse cuenta de la distancia insuperable entre las realidades que habitaban.

—Shae… —Maro carraspeó, y después se levantó y volvió a sentarse junto a ella. Su aura suave rozó la de Shae, rebosante de deseos en conflicto, casi de angustia. Se había recortado la barba, y la curva de la mandíbula mostraba la tensión—. Creo que entiendo mejor por qué me apartaste. He aceptado el hecho de que estabas bajo una presión inmensa en aquel momento y querías evitar que me convirtiera en un objetivo. Pero no estoy seguro de poder seguir así; siendo solo tu amigo, quiero decir. Alguien vagamente relacionado con tu familia, al que invitan a las bodas, pero que no forma parte del clan. No… No es una buena posición.

—Lo sé. Ya lo intenté yo una vez y no funcionó —dijo Shae, sintiendo un peso en el pecho. Se hundió más en el sofá. Había empezado a notar una sensación pulsante detrás de los ojos—. Tienes razón. Te he mantenido a distancia y no te he dicho la verdad que mereces saber. Estaba intentando protegerte de mis decisiones, pero he hecho mal.

Un músculo se tensó con un espasmo en la cara de Maro.

—No puedes mantenerme protegido. Sabes que no me hace gracia la cultura de los huesos verdes, pero tú me importas. ¿Recuerdas cuando te propuse que quería que fuéramos completamente abiertos y sinceros entre nosotros? —Estudió su cara—. Necesito saber dónde estamos. ¿Puedes decirme de una vez por todas si tenemos alguna oportunidad?

Las palabras de Hilo la asaltaron: «Si sois amigos, como dices, tienes que ser sincera con él». Sintió en el pecho la presión de un

abandono violento y masoquista. Rodeó con la mano el cuello de Maro y lo besó. El sabor y el olor masculinos le llenaron la boca. Dejó escapar un suspiro lleno de una ferocidad agridulce tan intensa como el regusto del vino. Se separó de él.

—Aborté, Maro. Estaba embarazada antes de batirme en duelo con Ayt Mada.

Maro se quedó inexpresivo durante unos instantes y después se echó atrás en el sofá como si lo hubieran empujado con fuerza. Un nube ensombreció sus rasgos amables, afeándolos con el dolor. Los bordes de su aura de jade parecieron arremolinarse y endurecerse.

—Tú… —La voz sonó como un susurro áspero—. Me lo ocultaste. Tomaste la decisión sin decírmelo siquiera. Igual que el duelo.

—Querías sinceridad absoluta. Eso te estoy dando. Yo también te quiero. —Bajó la mirada a las manos y se dio cuenta de que las tenía apretadas con fuerza en el regazo—. Me has preguntado si tenemos alguna oportunidad, pero es algo a lo que ahora solo puedes responder tú.

Maro dejó el vaso en la mesa y se puso en pie. Shae sintió el peso doloroso de su mirada durante un largo instante de silencio. Recostó la cabeza en los cojines. El techo parecía dar vueltas, así que cerró los ojos. No vio a Maro apartarse y salir de la casa.

# Capítulo 43
# El jade de la familia

Tres semanas antes de Año Nuevo, Hilo salió de Yanlún y condujo durante una hora hacia el interior de la isla. Su destino era una granja abandonada; solo indicaba su existencia una señal en la autopista que apuntaba hacia una pequeña carretera que transcurría por la base de las montañas.

Guio el enorme Duchesse por la pista de tierra llena de baches hasta que se hizo demasiado estrecha y la maleza la cubrió en exceso; entonces se apeó y continuó a pie el resto del camino hasta el ruinoso edificio de ladrillo. El sol ya había empezado a esconderse detrás de las cumbres selváticas que dominaban el horizonte occidental y los murciélagos revoloteaban sobre el campo vacío; eran pequeños destellos de calor en la periferia de la Percepción de Hilo. Dos hombres de Tar estaban en un claro detrás de la casa, cavando un hoyo. Las palas raspaban y golpeaban la tierra reseca, y el aliento de los hombres se condensaba en el aire. Se detuvieron, se secaron la frente con el antebrazo y se tocaron la cabeza en saludo cuando el pedestal pasó frente a ellos. Hilo se inclinó para esquivar el alero torcido y entró en el edificio destartalado.

El interior estaba iluminado por una lámpara de acampada de pilas que colgaba de un gancho metálico arrancado de un perchero. Una capa de polvo, paja y guano cubría el suelo de piedra. Tar y Doun, el lugarteniente del primero, estaban juntos, charlando y fumando mientras esperaban la llegada de Hilo. A los pies tenían un bulto alargado envuelto en una lona atada con cuerda, parecido a una alfombra mal enrollada. Al lado del bulto había un gran contenedor rectangular de acero con la tapa abierta, una caja de herramientas para camiones que Tar había comprado en una

empresa de material de carga.

Cuando Hilo entró, Doun lo saludó, y después se inclinó y cortó las cuerdas que aseguraban el bulto. Apartó la lona y quedó a la vista el cuerpo sucio y cubierto de moratones de un joven. Lo habían atado y amordazado, pero al quedar iluminado de repente parpadeó y se retorció en el suelo, intentando sentarse. Su estridente aura de jade lanzó una llamarada que fue tan dolorosa para la mente de Hilo como el estallido del acoplamiento de un micrófono. Doun retrocedió un paso e Hilo se quedó mirando una cara flaca y cubierta de sudor y unos ojos abiertos de par en par en los que brillaban el odio y el miedo. La mirada del pedestal se apartó de la cara del prisionero y se fijó en las cuentas de jade que le rodeaban el cuello, y después en las muñequeras tachonadas de jade ceñidas a los flacos antebrazos. El jade de Kaul Lan. Ni siquiera lo habían retallado.

Lo invadió un sentimiento de rabia y profunda incomodidad. Años antes, cuando era el cuerno del clan que dirigía su hermano, fue a cenar una noche al restaurante Dos Fortunas, en las Dársenas. Mientras estaba allí, dos jóvenes delincuentes de baja estofa habían intentado robar el jade a un viejo huesos verdes borracho. Hilo y los Maik los habían detenido, pero Hilo recordaba haber pensado que esos dos muchachos eran un síntoma de la podredumbre social creciente; un presagio de cosas peores que estaban por llegar. En aquel momento se repitió la sensación con más fuerza todavía cuando miró a aquel desconocido, aquel donnadie que había causado tanto dolor a la familia Kaul y a pesar de ello había escapado tanto tiempo al castigo. Había quienes creían que, a base de

SN1

, cualquiera podía portar jade, pero jamás sería cierto. Porque si una alimaña podía portar el jade de Lan, el jade no significaría nada. El mundo de los huesos verdes no significaría absolutamente nada. Semejante posibilidad nihilista horrorizaba a Hilo hasta las entrañas. El clan Sin Cumbre era como un tigre y aquel ladrón era como una rata, pero incluso la criatura más poderosa tendría miedo a una plaga de ratas que avanzara a través de la oscuridad con dientes afilados y transmitiendo enfermedades. Era un desequilibrio de la naturaleza, una señal de que algo básicamente erróneo

avanzaba aceleradamente por un mundo que en aquel momento no podía ponerle remedio.

Tar había abierto una bolsa de lona y estaba sacando de ella unas cuantas herramientas: un taladro de batería, tubos de plástico, cinta aislante. Hilo se agachó. El joven se apartó con un movimiento brusco e intentó aplicar Fuerza para romper las ligaduras. Lanzó una Desviación que se dispersó en una onda desenfocada, empujando contra las paredes de piedra la suciedad que cubría el suelo y haciendo oscilar la lámpara de acampada, cuando Hilo disipó sin ningún esfuerzo aquel intento aterrorizado con una Contradesviación. Doun se acercó y sujetó contra el suelo los hombros del joven para evitar que siguiera retorciéndose. Hilo le desabrochó las correas de las muñequeras y se las quitó una tras otra. Después pasó las manos tras el cuello tenso del muchacho, soltó el collar y recogió en la palma de la mano la larga hilera de cuentas de jade. Se guardó en el bolsillo interior de la chaqueta todo el jade de Lan y dio unas palmadas al bulto, asegurándose de que estaba a salvo.

El ladrón gimió; los ojos se le pusieron en blanco y su cuerpo se estremeció con la primera sacudida de la resaca del jade. Hilo le quitó la mordaza. El joven, con los rasgos contorsionados, escupió tierra ensangrentada entre los dientes rotos y, para sorpresa de Hilo, giró la cabeza y clavó en Tar una mirada en la que ardían el odio y un desprecio que parecía mucho mayor que el que podía almacenar aquel cuerpo escuálido.

—¡Tú! —gruñó el ladrón con voz temblorosa—. Tú mataste a mi padre. Lo degollaste y lo tiraste al mar. Espero que tú y toda tu familia muráis gritando, cabrón desalmado.

Tar le dirigió una mirada curiosa y después siguió ajustando el taladro.

—¿Quién era? —preguntó con tono indiferente.

—Se llamaba Mudt Jindonon. —El muchacho se echó a llorar; se abrieron surcos sucios por la cara embarrada—. Tenía una tienda y un poco de jade, nada más. Era mi padre y tú lo mataste.

—Me acuerdo de Mudt Jin. —Tar asintió como si todo tuviera ya sentido—. Espía de Montaña, vendedor de shine, ladrón de jade y jefe de unos rateros. Ayudó a planear el asesinato cobarde de un pedestal huesos verdes. Normalmente no me gusta creer que la mala

sangre es hereditaria, pero supongo que en este caso es así.

Hilo contempló al joven que sollozaba ruidosamente: había matado a su hermano y escapado luego, y después había profanado el mausoleo familiar para robar jade. No tuvo ninguna sensación de triunfo, solo un disgusto abrumador y lástima, y el deseo intenso y apremiante de acabar con un asunto que debería haber quedado cerrado hacía mucho. Se desabrochó la camisa hasta el ombligo y la abrió. Se quitó del pecho tres cuentas de jade, haciendo una mueca leve al soltarlas. Las hizo rodar en la palma de la mano: su propio jade, ganado cuando era joven en el combate contra un enemigo al que ya no recordaba. En ese momento ya casi no Percibía la diferencia al quitárselas, pero en su día, cada pizca de jade que añadía a su cuerpo tenía el sabor del destino.

—Mírame —dijo con voz suave. Mostró las tres cuentas de jade —. Este es el jade de la familia Kaul. Por esto estabas dispuesto a matar y a robar. Te lo doy. Te lo llevarás a la tumba, como cualquier huesos verdes.

—¡No fui yo! —gritó Mudt; el miedo animal se estaba abriendo al fin paso por la rabia—. ¡Había otro conmigo! Él lo hizo… todo; fue idea suya. Yo solo lo acompañaba.

Hilo le agarró la mandíbula y lo obligó a abrir la boca de un tirón, cortando las protestas. Una a una metió las tres cuentas de jade en la boca de Mudt, y después se la cerró. Tar cortó un trozo de cinta aislante y le tapó los labios. Le enrollaron más cinta aislante en las muñecas y los tobillos del ladrón para asegurar las ligaduras. Tar lo garró por los pies y Doun por las axilas; lo levantaron sin esfuerzo y lo metieron en el cajón metálico. Con las rodillas dobladas, apenas quedaba espacio libre y no podía dar la vuelta en el interior. Hilo echó una última ojeada a aquel rostro, pálido y retorcido por el miedo, y cerró la tapa. Golpes, gritos ahogados y llamaradas de aura de jade salieron del cajón, interrumpiendo ocasionalmente el rumor del taladro con el que Tar hacía agujeros a lo largo del borde de la tapa. La aseguró con tornillos para metal; luego, con la broca más ancha, hizo en lo alto un agujero del grosor de un dedo e introdujo un trozo de tubería de plástico para que el aire pudiera circular. No querían que el joven atrapado se asfixiara.

Tar y Doun sacaron el cajón de la casa. Los otros dos hombres

habían terminado de cavar y estaban apoyados en las palas, descansando. Cuando vieron salir al pedestal, soltaron las herramientas y corrieron a ayudar a Tar y Doun a llevar la caja hasta el hoyo y meterla dentro. Tardaron otra hora en cubrir la tumba de dos metros de profundidad; los cinco hombres se fueron turnando: dos manejaban las palas mientras los otros descansaban. Al final, tan solo un trozo de tierra recién alisada marcaba el lugar donde habían enterrado el cajón; en el centro, apenas visible, sobresalía el tubo de plástico.

Sin la dosis cotidiana de shine, un adicto empezaba normalmente a sufrir los efectos de la sobreexposición al jade al cabo de veinticuatro horas. Con el jade dentro del cuerpo sobrecargado de adrenalina, ocurriría mucho más deprisa. La comezón atacaría poco después.

Recogieron la linterna de campamento y las herramientas. Allí, en medio del campo, el silencio era absoluto. El despejado cielo nocturno estaba lleno de estrellas; no llegaban la contaminación ni el ruido de Yanlún; no había más viviendas en los alrededores. La ciudad más cercana, Opia, estaba a treinta kilómetros y solo se podía llegar por carreteras de montaña serpenteantes. Mientras volvían a los coches, Hilo dio personalmente las gracias a los tres clavos (así llamaba Tar a sus hombres, para distinguirlos de los dedos de Kehn) que habían dedicado a aquella tarea lo que habría podido ser de otro modo una tarde agradable. Los tres (Doun, Tyin y Yonu) aseguraron al pedestal que no había sido más que su deber para honrar la memoria de Kaul Lan, y solo lamentaban haber tardado tanto en encontrar al ladrón y aplicarle la justicia del clan.

—¿Te has asegurado de que el camarero que nos llamó haya recibido una recompensa? —preguntó Hilo a Tar.

—Por supuesto.

Entre aquel asunto y susurrar el nombre de Koben Ento, Tar había estado trabajando duro últimamente. Con la expansión del clan a Espenia, Hilo tenía algunas ideas sobre la manera de usar en el futuro el pequeño equipo de Tar, pero no era el momento de abordarlas. Apoyó una mano en la espalda a su asistente.

—Sé que a veces tengo mal genio o me muestro impaciente contigo, pero eso es solo porque ahora eres mi hermano y confío en ti para cosas en las que no confiaría en nadie más —dijo—. Me

alegro de poder contar contigo, Tar. No te lo digo lo suficiente.
Despuntaba la madrugada cuando Hilo llegó a casa. Cerró con cuidado la puerta y no encendió las luces para no molestar a Wen ni al bebé, que solo tenía dos semanas y era una niña, por supuesto. Ya en la cocina, colgó la chaqueta en el respaldo de una silla y se lavó las manos en el fregadero. Estaba cansado, pero también muerto de hambre y sed, así que llenó un vaso de agua y cogió dos naranjas del frutero y una bolsa de cacahuetes y lo llevó todo a la mesa. Se sentó a oscuras y se dedicó a pelar y comer las naranjas y cascar los cacahuetes. Rara vez estaba a solas, así que se recreó en aquel momento de paz y no se apresuró a ir a la cama.

Sacó del bolsillo el jade de Lan, lo dejó en la mesa y lo contempló.

Una sacudida de su Percepción le dijo que alguien más estaba despierto en la casa. Sintió que Niko se acercaba antes de oír sus pasos mientras descendía por la escalera con vacilación y se detenía en la puerta de la cocina. Las cortinas de la puerta del patio estaban descorridas, y el brillo de la luna se mezclaba con las luces del exterior e iluminaban la estancia lo justo para que Hilo pudiera ver en la cara de su sobrino las marcas del sueño y una ligera preocupación.

—¿Tío? —dijo Niko—. ¿Por qué estás aquí a oscuras?

—He llegado tarde a casa y no quería despertaros. —Abrió los brazos y el chiquillo se acercó, se le subió al regazo y le apoyó la cabeza en el pecho. Aunque Niko y Ru se trataban como hermanos y los dos llamaban «mamá» a Wen, Hilo siempre insistió en que Niko lo llamara «tío», para que no olvidara quién era su verdadero padre. Le acarició el pelo y susurró—: Quiero enseñarte una cosa. —Dejó en el suelo al niño de tres años (casi cuatro ya, se recordó) y dijo—: ¿Quieres saber dónde he estado esta noche y por qué he llegado tarde y no he podido arroparte a la hora de acostar? Estaba buscando una cosa que se había perdido hacía tiempo y por fin la he encontrado. —Cogió las muñequeras y el collar de jade y dejó que el niño los admirara y los tocara. Una exposición limitada al jade a aquella edad no era dañina; de hecho, era beneficioso para los niños tener un principio básico de tolerancia al jade antes de cumplir la edad de ir a la academia—. Es el jade de tu padre, Niko. Le pertenecía cuando era el pedestal del clan. Algún día, cuando

seas huesos verdes, será tuyo. Te lo guardaré hasta entonces.

—Pero antes tengo que crecer mucho —dijo Niko con un bostezo.

—Mucho, sí —coincidió Hilo. Cogió en brazos al niño y lo llevó a su habitación.

# Capítulo 44
# El hombre del intermedio

Willum Reams, el Flaco, estaba en un amarradero privado a la sombra del puente del Ojo de Hierro. Era una noche primaveral nublada y sin estrellas, y la oscuridad era casi absoluta a excepción de las farolas que iluminaban la autopista de seis carriles que corría por el puente, por la que un flujo constante de tráfico atravesaba el río Camres. El ruido de los coches sobre su cabeza era más fuerte que el golpeteo del agua a sus pies.

Cuatro casacas esperaban con él el cargamento. Los gemelos Coop y Bairn Breuer estaban junto al coche que habían acercado al muelle. Pats Rudy y Carson Stunter montaban guardia, con una mano apoyada en la culata. No era la primera vez que Reams y sus hombres recibían un cargamento de contrabando transportado por el río. El Camres era una de las vías fluviales comerciales más largas y transitadas del mundo; durante siglos había recibido el nombre de Ruta de la Plata, pero también el menos halagador de Canal del Vicio a causa de la cantidad de drogas y armas que llegaban a la ciudad de Puerto Massy bajando por su cauce. Lo que estaban haciendo era rutinario para Reams, pero aquella noche estaba preocupado debido a la naturaleza de la mercancía. Willum Reams era un capataz inteligente e implacable, respetado en el submundo de Puerto Massy, pero era precavido por naturaleza. A diferencia de su jefe, no despilfarraba ni llamaba la atención; vestía de forma poco llamativa y conducía un Brock anodino y fiable. Era rico, pero guardaba con cuidado el dinero y hacía su trabajo sin perder de vista las cifras. El jefe Kromner lo apreciaba porque nunca olvidaba el trabajo más importante y prioritario de un capataz, que era ganar dinero para la banda.

Reams no estaba de acuerdo con su jefe en lo de meterse en el

negocio del jade. Era indudable que se podía ganar mucho: la banda del Barrio Sur tenía ya una cola de compradores para el jade que les estaban vendiendo los kikus. Coleccionistas ricos, otras bandas, milicias privadas, mercenarios y empresas de seguridad. Incluso esa secta del norte dirigida por un chalado religioso que afirmaba ser la reencarnación del Vidente. Parecía que todo el mundo quería echar mano a las piedras verdes. El material había circulado durante miles de años, pero la gente se comportaba como si lo acabara de descubrir. Reams no creía en la sabiduría de las masas. La mayoría de la gente era idiota, y en su opinión, el jade implicaba demasiados riesgos. Atraería mucho la atención de la policía; el gobierno consideraba el juego y las drogas defectos morales que destruían a sus usuarios, pero no eran una amenaza para quienes mandaban de verdad en el país: las Asociaciones de Comercio. El jade, sin embargo, podía dar fuerza a organizaciones armadas y peligrosas que representarían una amenaza real para las fuerzas del orden y para los que ocupaban posiciones de autoridad. Y como no se podía tener jade sin shine, se produciría también un auge del tráfico de la droga, lo que podría amenazar a los negocios lucrativos más tradicionales de las bandas.

Desde el punto de vista del Flaco, sin embargo, el mayor problema era que el tráfico de jade implicaba tratar con los kikus. Reams no tenía inconveniente en hacer negocios con los espos y los gutis, ni siquiera con los shotis y los tunkis si hacía falta, pero los kikus tenían algo que lo desagradaba especialmente.

Se daba cuenta de que sus hombres también estaban nerviosos; Pats se acercó y dijo: «Por las pelotas del Vidente, Flaco, ¿cuánto tiempo vamos a estar helándonos el culo? Nunca habían tardado tanto. Algo va mal». Reams podía entender la desconfianza del casaca; para reducir el peligro de que lo interceptasen las autoridades, habían dividido la cantidad total de jade en cuatro cargamentos. Estos llegarían al puerto con entre tres y seis semanas de diferencia, pasarían ante las narices de los inspectores de aduanas con la ayuda de los estibadores de la banda de Wormingwood y se los entregarían a Reams en lugares diferentes del río. Los tres primeros envíos habían marchado como la seda, por lo que no había motivos para pensar que aquel no iría igual. Salvo porque si los kikus querían joderlos, aquella sería su última

oportunidad.

Justo en ese momento, el ruido de un motor hizo callar a Pats. Las luces de un barco aparecieron bajo la sombra del puente, rodearon el extremo del muelle y enfilaron hacia el embarcadero donde esperaban Reams y los suyos. Desembarcó un tipo bajito con una cojera pronunciada. Parecía kekonés, pero Reams tuvo la impresión de que los dos hombres de tez oscura que lo acompañaba no lo eran. Quizá procedieran de alguna de las islas tropicales del Amárico Oriental, pero costaba verlos bien. Entre todos descargaron en el muelle una caja pesada. El kiku cojo levantó la tapa y la enfocó con una linterna para que Reams pudiera ver el contenido: trozos de roca de tamaños variados cortados por la mitad para revelar el brillo de las gemas verdes encerradas en su interior.

—Veinte y cinco kilos —dijo—. ¿Quieres pesar?

Reams negó con la cabeza; ningún cargamento anterior había pesado de menos. De hecho, los tres habían sobrepasado los treinta kilos. Cuando Reams lo comentó, el marinero se había encogido de hombros y había dicho: «Damos más. El hombre del intermedio coge su parte».

El «hombre del intermedio». Ese era él, el capataz. El que hacía todo el trabajo y corría todos los riesgos mientras los gordos jefes como Kromner se quedaban en un lugar seguro sin pasar frío, bebiendo *brandy* y fumando puros, en noches como aquella. Reams recordó al desconocido que estaba sentado al lado de Dauk en la reunión, el joven representante del clan de Kekon que había preguntado expresamente por él antes de aceptar el trato. Los kikus no debían de ser tan bárbaros, a fin de cuentas, si eran capaces de reconocer que la capacidad del intermediario que actuaba sobre el terreno era el elemento clave del éxito y entregaban un pequeño extra para asegurarse de que recibía un premio por hacer que todo saliera bien. De modo que a pesar de que era escéptico sobre el tráfico de jade, Reams retiró unos cinco kilos de cada cargamento y los almacenó por su cuenta, a modo de fondo de ahorros. Más tarde, con ayuda de algunos casacas de confianza, lo pondría en el mercado por su cuenta sin que lo supiera nadie, ni siquiera el resto de la banda. Un seguro por si las cosas se ponían feas para Kromner. El resto del jade, la cantidad oficial, iba a un almacén donde los hombres de Duke el Polilla, otro capataz de Kromner, supervisaban

a trabajadores inmigrantes que llevaban guantes forrados de plomo y se dedicaban a tallar y pulir el jade que empaquetarían y enviarían a los clientes finales.

Cerró la caja.

—Trae el dinero —dijo a Pats. El casaca fue a la camioneta y regresó unos minutos después con un maletín que dejó encima de la caja cerrada. Lo abrió y mostró los fajos de billetes de cien thalires —. ¿Quieres contarlo? —preguntó al marinero, sonriendo levemente. El hombre negó con la cabeza.

—Confío. Espenios saben contar dinero. —Cerró el maletín, lo cogió y subió al barco sin más palabras.

Reams hizo una seña a Coop y Bairn para que llevaran la caja metálica al coche. Estaban a mitad de camino cuando se encendieron dos pares de faros y ocho hombres salieron de dos coches negros. Los gemelos Breuer empuñaron las armas en un instante; Reams desenfundó su Ankev, pero entonces oyó la voz del Polilla.

—Flaco, ¿eres tú? —dijo con tono preocupado.

—Soy yo, Polilla. Diles a tus chicos que apunten con los fullis a otra parte, joder. —Los casacas de Duke empuñaban subfusiles Fullerton y cubrían a los que estaban en el embarcadero. Coop y Bairn empezaron a apartar las armas, pero Reams mantuvo su pistola en alto—. ¿De qué va esto, Polilla? ¿Qué cojones haces aquí en vez de esperarnos en el almacén?

—Nos dijeron que iba a haber policía, Flaco; que era una trampa. —La voluminosa figura de Duke se acercó a grandes pasos. Se detuvo delante de sus hombres, perfilado por la luz de los faros. Reams siempre había pensado que parecía un simio con traje—. Así que hemos venido para comprobar que estabas bien y para cubrirte las espaldas si los kikus intentan algo raro. ¿Tienes las piedras?

—Sí, aquí están.

—¿Todas? —preguntó Duke.

Al oír esa palabra, el tono especial de codicia con que la pronunciaba, Reams entendió de inmediato que lo habían traicionado. Se giró y echó a correr por el embarcadero. Los casacas del Polilla abrieron fuego y tumbaron a Coop y Bairn. El motor del barco rugió al acelerarlo el piloto, preso del pánico; las balas acribillaron el casco y Reams vio doblarse hacia atrás al marinero

kiku. El maletín que sujetaba cayó por la borda.

Reams se tiró al agua negra. El río lo tragó con un golpe de frío tan doloroso que, durante un instante, creyó que las balas lo habían alcanzado después de todo. Entonces sintió que se hundía en el Camres, e imaginó que su cadáver descansaría en el fondo de las contaminadas aguas junto a los huesos de los hombres que había ido arrojando allí a lo largo de los años. Un furioso instinto de supervivencia le aclaró las ideas; se quitó los zapatos y la chaqueta de lana que lo arrastraba hacia el fondo y empezó a bucear, incapaz de ver nada y sin saber si llegaría a emerger ni dónde; sin saber si Pats, Carson o cualquiera de los otros casacas seguían con vida, pero seguro de una cosa.

El Polilla no se habría atrevido jamás a volverse contra otro capataz sin consentimiento tácito. Lo que significaba que el jefe Kromner, el hombre al que el Flaco había servido bien durante tantos años, quería verlo muerto.

# Capítulo 45
# Una promesa en el parque

Wen estaba enfadada con su marido. Por supuesto que entendía que el tiempo del pedestal estaba muy solicitado y que las responsabilidades del clan tenían inevitablemente preferencia ante cualquier otra cosa, pero aquello no hacía que en ese momento se sintiera mejor. Cuando Hilo estaba con su familia era alegre y cariñoso; jugaba con los niños, los perseguía y escuchaba el parloteo infantil como si no tuviera nada más en la cabeza. Sin embargo, cuando algún asunto del clan exigía su atención, se inclinaba a gestionarlo en persona y cuanto antes, lo que significaba que nunca era seguro que se realizaran las actividades familiares planeadas. La lluvia de la noche anterior había reducido el calor del verano a una temperatura agradable, haciendo que el día fuera perfecto para un *picnic*, pero Hilo no podía ir con ellos como había dicho; se había encerrado varias horas en el despacho con los jefes de Cuenco de Piedra, un clan menor, para hablar de la huelga de trabajadores de la construcción que estaba descarrilando proyectos que los espenios querían finalizar en la isla de Euman. Después había aceptado ver a los representantes de una organización humanitaria, y después, él y el hombre del tiempo pasarían toda la tarde de reuniones con linternas en el centro de la ciudad.

Wen preparó el desayuno para sus hermanos y sus hijos, dio de comer a la bebé y preparó una cesta para la escapada al parque que había planeado. A Niko y Ru no les hacía gracia que su padre no los acompañara en la aventura y se dedicaban a agobiar a Kehn para que les hiciera caso. Normalmente, su tío era paciente con ellos y les daba golosinas a escondidas de Wen, pero cuando se sentó a desayunar sin ofrecerles nada interesante empezaron a pelearse por una pistola de agua y a darse empujones hasta que Ru se echó a

llorar. Kehn no hizo caso del escándalo y siguió hojeando el periódico, pero Tar les gritó: «¡Eh!», los separó y los sentó a la mesa en sillas apartadas.

—No os peleéis. Los hermanos no deben pelearse.

—Me ha empujado —protestó Niko—. ¡Siempre me coge las cosas!

—Calla y haz caso a tu tío Tar —reprendió Wen mientras llenaba botellas de agua. Tar apuntó con un dedo severo a la cara de Niko.

—Es tu hermano pequeño. Tienes que ser amable con él, porque cuando crezcáis tendréis que apoyaros entre vosotros, ¿entendido? Tendréis que cuidar uno del otro. Así la gente sabrá que si le causa problemas a uno, el otro le causará problemas. —Niko bajó la vista al plato, enfurruñado. Tar insistió—: ¿Crees que es mentira? Unos hombres mataron a tu padre cuando eras un recién nacido; el que quedaba pensó que podría librarse, pero tu tío lo buscó y lo encontró. ¿Sabes lo que le hizo a ese hombre malo?

—Lo mató. —Niko ya conocía la historia.

Tar cogió tres uvas y las sostuvo delante de la cara del chiquillo.

—Le puso gemas de jade en la boca y lo enterró vivo. —Le metió a Niko las uvas en la boca, se la tapó con la mano y le dio un meneo juguetón. Luego lo soltó y le alborotó el pelo con cariño—. Por eso nadie se mete con vuestros tíos. Así que apoyaos. No quiero ver que molestáis a vuestra madre peleando por tonterías; tenéis que portaros mejor.

—Acabad el desayuno y nos vamos al parque —les recordó Wen.

Kehn se ofreció a llevarlos; no tenía planes aquel día, aparte de ir a entrenar a unos cuantos puños nuevos antes de pasar una tarde relajada con Lina, que estaba embarazada y guardaba cama. Pero Wen había prometido a los niños que irían en autobús. El parque se encontraba a solo diez minutos, justo al pie de la colina del distrito de la Llanura Verde, que estaba bajo el control absoluto de Sin Cumbre. Wen se reunía a menudo con las mujeres y los hijos de otros huesos verdes de alto rango en la zona infantil y el parque acuático, y nunca había habido preocupaciones por la seguridad. Kyanla se había cogido el día libre para ir a ver a su anciana madre, que vivía en una aldea abukei, fuera de Yanlún, así que Wen cargó con la bolsa y se peleó ella sola con el carrito de la pequeña. La

tarea habría sido menos complicada si Jaya, que tenía ya seis meses, no fuera la más alborotadora de sus hijos. No soportaba estarse quieta en el carrito ni siquiera cinco minutos. Hilo bromeaba diciendo que cuando creciera sería mucho más verde que sus hermanos, pero Wen replicaba con enfado que aquello era una superstición ridícula inventada para evitar que las madres desesperadas estrangularan a los hijos más incontrolables.

Extendió una manta en el césped, en un trozo sombreado cercano al parque infantil, y dejó que los niños fueran a jugar mientras ella miraba a la bebé, que intentaba arrastrarse hasta la hierba. No pensaba tener más hijos: ya le había dado a Hilo un varón (dos, en realidad) y una hija. Kehn y Lina se habían casado y también estaban esperando un bebé. Wen seguía trabajando con Tar, pero el futuro de la familia estaba más asegurado que antes. La niña aún era demasiado pequeña (desde luego, eso diría Hilo), pero ahora que habían renovado la casa de invitados, Kaul Wan Ria podría volver a Yanlún y ayudar a cuidar de los pequeños, de modo que Wen pudiera volver a trabajar, como diseñadora y de cualquier otra forma que se le ocurriera al hombre del tiempo. A lo largo de los últimos años había seguido reuniéndose ocasionalmente con informantes en el Resplandor Celestial, pero sabía que podía hacer más cosas. Prestaba gran atención a los asuntos del clan de los que hablaban su marido y sus hermanos, e incluso después de que cambiaran de tema, ella seguía pensando en lo que había oído. No olvidaba casi nunca la cara ni el nombre de cualquier persona que se cruzara, de modo que prácticamente conocía a todos los miembros importantes del clan. Seguía yendo a clases de diseño de interiores y de espenio, hojeaba los informes de la oficina del hombre del tiempo que Shae le llevaba a casa a Hilo y leía el periódico todos los días, aunque estuviera agotada después de lidiar con los niños y fuera lo último que hiciera antes de irse a dormir.

Hacía todas esas cosas porque muchas veces, mientras descansaba junto a Hilo en la cama por la noche, él le contaba algún problema en el que estuviera trabajando o le preguntaba algo, y en ese momento, ella sabría qué responder; «Deberías decirle a Kehn que le encargue el trabajo a Lott Jin; este año asciende a puño, ¿no?», o «La semana que viene te reúnes con el alcalde; ¿por qué no vas con esos dos linternas y sacas el tema cuando los tengas

a todos juntos?». Hilo pensaría en lo que le acabara de decir y contestaría: «Eso estaba pensando yo también», o «No se me había ocurrido, pero es buena idea, amor», y después la abrazaría, le daría un beso y, con la mente ya despejada, se quedaría dormido en cuestión de segundos.

Durante aquellos minutos que pasaban antes de que siguiera a su marido al sueño era cuando más realizada se sentía. En esas ocasiones sabía que había ayudado a la familia y al clan. Toda la vida había albergado un profundo resentimiento: si no hubiera nacido con el defecto de ser inmune al jade, podría haber ido a la academia y se habría convertido en huesos verdes. Pero ahora se daba cuenta de que si hubiera nacido diferente, quizá no habría conocido a Kaul Hilo y no se habría casado ni habría tenido hijos con él, de modo que quizá todo fuera como debía ser.

Wen había preparado una ensalada de tallarines, pepinillos en vinagre, almendras fritas y bollos rellenos. Cuando llamó a los niños a comer, estos, como era de esperar, picotearon un poco y se fueron otra vez corriendo a jugar. Wen recogió la comida y después dio de mamar a Jaya y le cambió el pañal. Vio que el Duchesse Priza blanco se detenía junto a la acera del parque y, durante un instante esperanzado, creyó que la agenda de Hilo había quedado milagrosamente libre y había ido a reunirse con ellos. Entonces vio que su hermano iba al volante, y dedujo que el pedestal seguía ocupado y había pedido a Kehn que fuera a recogerlos. Llamó a los niños, que seguían correteando por la zona infantil, y les dijo que era hora de irse. Metió a Jaya en el carrito y lo empujó con una mano de camino al coche, mientras llevaba a Ru pegado a la cadera cogido con la otra. Kehn abrió la puerta para salir e ir a ayudarla.

El Duchesse estalló en una gran bola de fuego.

En un momento estaba allí; al siguiente, Wen se tambaleaba hacia atrás con un grito ahogado en la garganta. Por instinto cogió a Niko y lo atrajo hacia sí, y dio la espalda al coche para escudarlos a Ru y a él del calor de aquel infierno, que podía sentir contra la piel incluso a más de cincuenta metros. Cuando volvió a mirar, vio que las ventanas y las puertas del coche blanco del pedestal habían desaparecido. Había trozos de metal retorcido esparcidos por toda la calle; las llamas y el humo brotaban por las aberturas de la ruina. Padres y madres corrían a coger a sus hijos, sin dejar de gritar.

—Niko, agárrate al carrito de Jaya y no lo sueltes —ordenó al niño mayor—. Vamos a cruzar la calle, ahora, rápido; quédate al lado de mamá y no mires atrás.

Wen empujó el carrito en dirección contraria al coche en llamas, sujetando aún a Ru y comprobando que Niko hacía lo ordenado. Los tres niños lloraban de terror. A su alrededor, la gente corría; algunos se alejaban de la escena de la explosión y otros iban hacia ella. Se oían gritos y el aullido de las sirenas; Wen no los registraba. Su hermano había muerto, lo sabía. Los niños y ella seguían en peligro. Caminó con determinación, concentrada en dirigir las ruedas del carrito por el césped, hasta que llegaron a la acera del otro lado del parque. Tenía las manos empapadas de sudor, pero estaba asombrada de lo tranquila que se sentía. Cruzaron la calle por la esquina y se dirigieron a la primera tienda que vio con una linterna blanca colgada en el escaparate. Era una tienda de ropa masculina; trajes a medida, chalecos y sombreros de fieltro adornaban los maniquíes. Desde la puerta, dos vendedores observaban el humo y el tumulto.

Wen cogió en brazos a Jaya, abrió empujando con el hombro y entró con los tres niños.

—¿Quién es el linterna de esta tienda? —preguntó al vendedor que tenía más cerca. De la parte trasera salió un hombre alto de pelo canoso. Levantó las finas cejas desconcertado y alarmado al ver a Wen y a los tres pequeños. Antes de que pudiera pronunciar una palabra, Wen dijo—: Me llamo Kaul Maik Wen. Kaul Hiloshudon, el pedestal de Sin Cumbre, es mi marido, y estos son sus hijos. Necesito usar tu teléfono de inmediato para llamarlo. Tenemos que esperar fuera de la vista, en la trastienda, hasta que venga a buscarnos. Si aparece alguien y pregunta si nos has visto, di que no, a menos que estés absolutamente seguro de que es un huesos verdes de Sin Cumbre. —El dueño de la tienda la miró horrorizado. Wen le recordó—: Eres linterna del clan, así que sé que eres un amigo y puedo confiar en que nos ayudarás como sea.

El dueño de la tienda abrió y cerró la boca una vez; después tragó saliva ruidosamente.

—Por supuesto, señora Kaul —dijo—. Acompáñeme.

Llevó a Wen a toda prisa a su despacho de la parte trasera, una estancia pequeña llena de muestras de tela y catálogos; descolgó el

teléfono y se lo ofreció. Wen marcó el número de la residencia principal. Nadie contestó. Colgó y llamó a continuación a la oficina del hombre del tiempo. La secretaria de Shae le dijo que esta, junto con el pedestal, había ido a una reunión al club Linterna Blanca. Wen le ordenó que mandara a alguien de inmediato para avisarlos de que había ocurrido algo terrible. Le dio el número de la tienda y colgó.

Hilo llegó al cabo de veinte minutos. Para entonces, los bomberos habían sofocado el incendio y una docena de huesos verdes del clan y la policía de Yanlún controlaban el parque y las calles circundantes. Wen se quedó en la parte trasera de la sastrería y no salió a ver qué pasaba ni a enterarse de si habían recuperado los restos de su hermano. Si la bomba hubiera estallado dos minutos después, los niños y ella también estarían muertos. Su único pensamiento era mantenerlos protegidos y a salvo de miradas enemigas que pudieran seguir vigilando la zona. El personal de la tienda le había llevado cualquier cosa que pudiera servir para entretener a los niños: papel y lápices, un paquete de galletas, viejos catálogos, una caja de tizas. Wen estaba sentada en el suelo, intentando distraer a Niko dibujando con él. Acunaba a Jaya en sus brazos y le daba galletas a Ru. Cuando oyó abrirse de golpe la puerta de la tienda y la voz de Hilo llamándola, salió corriendo y casi se derrumbó contra su marido en un paroxismo de alivio.

A Hilo le temblaban los brazos mientras la abrazaba, con tanta fuerza que prácticamente la tenía inmovilizada. Estaba completamente blanco a causa del miedo. Wen nunca había visto a su marido asustado de verdad, y aquello, más que ninguna otra cosa, hizo que lo sucedido cobrara realidad. Hasta aquel momento, para mantener la calma y que los niños estuvieran tranquilos, no había derramado ni una lágrima y ni siquiera había dejado que su voz traicionara emoción alguna. Pero entonces se deshizo en sollozos ahogados.

Niko y Ru aparecieron y fueron corriendo a abrazarse a las piernas de Hilo. Este se agachó, atrajo a los niños hasta su pecho y les cubrió de besos la cabeza y la cara, sin hacer caso del personal de la tienda ni del grupo de huesos verdes que lo acompañaba. Cuando volvió a erguirse, su cara había recobrado el color.

—Juen, coge a dos dedos y lleva a mi familia a casa —ordenó

con su habitual tono duro y autoritario—. Te confío su vida.

—Ahora mismo Kaul-jen —dijo el primer puño.

—Shae se reunirá allí contigo —dijo Hilo a Wen—. Yo iré para allá en cuanto pueda.

—¿Lo sabe ya Tar? —susurró Wen.

Hilo negó con la cabeza, abatido, y Wen sintió que las lágrimas que había conseguido detener pugnaban por brotar de nuevo. Sus hermanos habían sido siempre las dos caras de una moneda; nada podía interponerse entre ellos. ¿Cómo podría vivir Tar sin su hermano mayor?

—Vete a casa —dijo Hilo, amablemente pero con firmeza—. Cuida de los niños.

Wen agarró a su marido del brazo con una insistencia que lo sorprendió; que la sorprendió incluso a ella.

—Dime que encontrarás a los responsables. —Por dentro estaba derrumbándose; los últimos restos de compostura se desintegraban en una tormenta de fuego rugiente e incoherente. Pero su voz brotó como un siseo calmado—. Sean quienes sean, estén donde estén, tardes lo que tardes. Júrame que los encontrarás y los matarás.

Estudió el rostro de su marido y encontró en él lo que necesitaba: la sombría amenaza en la mirada; la conmoción y el miedo que había sentido, oscureciéndose en la promesa de violencia. Hilo le sujetó la cabeza con las manos y apretó la frente contra la suya.

—Lo juro.

# Capítulo 46
# Imperdonable

Shae se marchó a toda prisa del Barrio Financiero. Al llegar a casa descubrió que la mansión de los Kaul se había convertido en una fortaleza. Solo la familia directa de Hilo y los puños de máxima confianza podían entrar o salir. A juzgar por la hora a la que había salido de casa, Maik Kehn había ido con el Duchesse Priza directamente al parque, sin detenerse en ningún sitio, por lo que la única explicación era que alguien había accedido al vehículo e instalado un explosivo con temporizador mientras estaba aparcado en el garaje de la familia. Aquel ataque cobarde se había producido desde dentro.

Shae apenas podía asimilar la idea. Todos los visitantes de la hacienda eran miembros del clan o asociados conocidos. Era posible que los culpables aún estuvieran en la hacienda, o cerca. Se estaba interrogando a los guardias y al personal de la residencia, uno a uno. Habían hecho una redada con los jefes del clan tributario Cuenco de Piedra, que se habían reunido con Hilo la mañana de aquel mismo día, y otra con los representantes de la organización benéfica. Mandaron a un par de dedos a buscar a Kyanla, con órdenes de llevarla de vuelta; resultaba sospechoso que la abukei se hubiera ausentado precisamente ese día, aunque Shae no podía imaginar que la antigua criada tuviera algo que ver con un acto tan despreciable.

Wen y los niños estaban de vuelta y a salvo en el edificio principal, que habían registrado a fondo en busca de cualquier otro peligro. Shae no estaba segura de que hubieran avisado ya a la mujer de Kehn. Era fácil deducir que la bomba había tenido como objetivo a Hilo; la ciudad entera sabía que el monstruoso Duchesse blanco era suyo. Kehn se lo había llevado para recoger a Wen y a

los niños porque Hilo se lo había pedido; a su Victor MX *Sport* negro le estaban instalando un carburador nuevo y seguía en el taller.

Shae partía de la base de que Ayt Mada estaba tras el ataque. Los dos años de teórica paz entre los clanes no eran motivo suficiente para creer que Ayt hubiera renunciado a su viejo objetivo de matar a Hilo.

En aquel momento estaba al teléfono en el despacho, hablando con Woon y con el personal clave de la calle del Barco. La noticia sobre la bomba había salido por televisión, y la oficina del hombre del tiempo no paraba de recibir llamadas preocupadas preguntando si se iba a reanudar la guerra entre clanes. Shae no conocía la respuesta, pero les dijo a los suyos que dejaran claro que aún no habían llegado a ninguna conclusión. Aún tenía dudas. Ayt Mada susurraba nombres de forma considerada y precisa, enviando a asesinos para que realizaran el trabajo de cerca. Una bomba en un coche era algo impersonal, clandestino, cobarde y propio de sangreflojas; había muchas posibilidades de hacer daño a transeúntes inocentes y de quebrantar el aisho por accidente. No era propio de los huesos verdes.

Juen llamó a la puerta del despacho y entró. Su aura de jade vibraba de impaciencia y nerviosismo.

—Kaul-jen… —dijo el primer puño en cuanto Shae colgó el teléfono. Había una extraña rigidez en su tono—. Un hombre se ha presentado en la puerta. Dice que la bomba es culpa suya.

Una angustia horrible y enfermiza le revolvió el estómago. Tuvo la absoluta certeza de que no quería ver lo que Juen le fuera a enseñar, pero se puso en pie de inmediato y siguió al puño al exterior de la casa, donde media docena de huesos verdes rodeaban a un hombre arrodillado en el camino de entrada. La familiaridad con el aura del hombre la asaltó incluso antes de verle la cara. Maro no parecía haber sufrido daños, pero llevaba la camisa azul arrugada y tenía marcas de arrastre en los pantalones beis. Estaba apoyado en los talones, con los hombros hundidos y la mirada fija en el asfalto. Verlo de rodillas, vigilado por hombres con espadas luna, era tan incongruente que la incredulidad la desbordó; fue refrenando los pasos hasta quedarse clavada en el suelo.

Maro la vio y empezó a ponerse en pie. Uno de los hombres de

Juen le puso una mano en el hombro y lo empujó hacia abajo sin contemplaciones.

—Deja que se levante —protestó Shae, pero Maro no volvió a intentarlo. Se quedó como estaba y la miró con expresión desolada.

Aquello no tenía sentido. Maro no podía haber puesto la bomba en el coche. Shae y él habían puesto fin a la relación y no se habían vuelto a dirigir la palabra, algo que la entristecía y la llenaba de remordimientos, pero Maro no era vengativo. No tenía ningún interés en el clan, le disgustaba la violencia y, por furioso que estuviera con ella, no tenía nada que ganar matando a Hilo.

—Se suponía que nadie más saldría herido —dijo Maro en voz baja—. Me lo prometieron. Jamás habría colaborado si hubiera creído que podían haceros daño a ti o a los niños.

Si hubiera tenido a alguien al lado a quien agarrarse, Shae lo habría usado para mantenerse en pie.

—La reunión con Hilo que me pediste hace meses —dijo el hombre del tiempo—. Ha sido esta mañana. —La comprensión se abrió paso contra la resistencia de su mente como una hoja afilada —. Así entraron los asesinos.

El rostro de Maro se arrugó como un papel.

—La reunión era real —dijo—. Ningún miembro de Cuatro Virtudes tiene nada que ver, te lo juro por mi vida. Lo único que me pidieron fue que añadiera al grupo, en el último minuto, a un par de falsos becarios. Me dijeron que los ayudara a cruzar las puertas para ver al pedestal, eso es todo. No me dieron más detalles.

Juen aspiró entre los dientes apretados. La idea de que un enemigo intentara atacar al pedestal en su propia casa era inconcebible. Todos los que se reunían con Hilo tenían que recibir la aprobación del asistente del pedestal, el hombre del tiempo o el cuerno. Los guardias Percibirían las intenciones hostiles de cualquier aspirante a asesino y este no podría ni acercarse al pedestal, y mucho menos escapar con vida. Sin embargo, dos visitantes desarmados con credenciales legítimas y sin jade, dentro de un grupo que acudía con intenciones sinceras, no despertarían sospechas. Una vez atravesadas las puertas podían encontrar una oportunidad para acercarse al garaje familiar. Estaba claro por el aspecto mísero de Maro que, a pesar de ser cómplice, no se había imaginado más que ellos que alguien pudiera poner una bomba en

un coche.

—¿Quiénes son? —Shae se sentía como si la hubieran apuñalado y tuviera el cuchillo encajado entre las costillas—. ¿Quién se puso en contacto contigo?

Maro se apretó los ojos con la palma de la mano.

—Eran tres. El jefe era un shotariano mestizo y llevaba jade oculto. Oí que uno de los otros lo llamaba Soradiyo.

—Un barukano —escupió Juen—. Ya había oído ese nombre. Es un reclutador de pescadores de rocas que trabaja para Zapunyo.

Las miradas expectantes y las auras de los puños y dedos que los rodeaban eran como una presión física caliente contra la piel de Shae. Se volvió hacia Juen.

—Déjame hablar con él a solas un minuto. Por favor —añadió en voz baja. Como hombre del tiempo no tenía autoridad sobre los puños, y con la muerte de Maik Kehn, Juen Nu era en aquel momento el puño en funciones de Sin Cumbre.

Juen volvió la vista lentamente hacia el prisionero arrodillado, y después de nuevo hacia el hombre del tiempo. Indicó con un gesto a los huesos verdes que se apartaran y volvieran a sus puestos de vigilancia, pero él no se movió.

—Sería irresponsable por mi parte dejarte a solas con este hombre,

Shae-jen

—dijo, y Shae entendió que no era tanto una preocupación por su seguridad como un recordatorio de que, como cuerno, eran iguales, y tenía el mismo derecho que ella a oír lo que se decía si estaba relacionado con amenazas al clan. Shae no intentó discutir. Sentía como si se le estuviera hinchando por dentro la garganta, y tenía miedo de que no tardara en cerrársele por completo. Se obligó a caminar hasta Maro y se arrodilló frente a él para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—¿Por qué lo has hecho? —El susurro que salió de sus labios era seco y casi irreconocible. Suplicante—. ¿Tanto daño te hice?

—Sí. Pero ese no fue el motivo. —Los ojos de Maro se cubrieron de tristeza. Hundió la cara entre las manos—. Me pillaron, Shae. Las bandas barukanas tienen mucho poder en Shotar y son implacables. Supieron de mis visitas y mis llamadas a Ciudad Leyolo. —Le temblaban los hombros y su voz sonaba apagada—. Al principio

intentaron chantajearme con esa información. Cuando los rechacé y no les hice caso, me mandaron fotos de mi padre. De mis hermanastras y de mis sobrinas tras las ventanas de su casa. Fotos sacadas de cerca en el barrio, en la escuela, en el parque infantil. Me dijeron que si no hacía lo que me pedía Soradiyo, les pasaría algo y no llegarían a saber por qué.

Shae agarró los antebrazos de Maro y le apartó las manos de la cara.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podríamos haber hecho algo… Proteger a tu familia, ir tras el barukano…

Maro alzó la mirada y la amarga acusación que Shae vio en sus ojos le cortó las palabras en la boca.

—¿Le contaste tú algo a alguien cuando te sentiste amenazada? ¿Cuándo te diste cuenta de que no tenías alternativas? —preguntó. Shae no pudo responder. Maro se había mostrado visiblemente nervioso después de la boda de Woon, deseando hablar, con la esperanza de la reconciliación. En vez de ofrecérsela, le había contado una verdad que sabía que lo apartaría de ella. Maro hundió los hombros y apartó la cara—. Soradiyo me juró que si le decía una sola palabra a alguien, los barukanos irían a por mis sobrinas antes o después y me mandarían sus deditos uno a uno. Quizá fuera un farol, pero no me atreví a descubrirlo. Aunque mis hermanas son shotarianas, y yo, kekonés, me recibieron con los brazos abiertos. Me hicieron parte de su vida, de la vida de sus hijas. Jamás las habría puesto en peligro. —Apretó la mandíbula; un tono de amargura se filtró en su voz—. Tú nunca me dejaste entrar en tu vida. Me mantuviste aparte, guardaste secretos, ni siquiera me avisaste cuando decidiste deshacerte de… —Se interrumpió y miró a Juen, que aún seguía al lado y los observaba.

Apretó los labios. Cerró los puños en el regazo, los nudillos blancos. Tenía manchas de tiza en la camisa, un detalle al que Shae se había acostumbrado tanto durante el tiempo que habían pasado juntos que se sorprendió de fijarse en él, justo en ese momento, como si fuera algo nuevo.

—Dices que habríais protegido a mi familia —continuó Maro—, pero la verdad es que los clanes solo se protegen a sí mismos. ¿De verdad habría ayudado Sin Cumbre a unos extranjeros, sobre todo si eran shotarianos? Ni siquiera os enfrentáis a los espenios por los

refugiados de Urtoko. —Negó despacio con la cabeza—. Los clanes de huesos verdes gobiernan Kekon, pero solo Kekon. Si los barukanos quisieran ir a por la familia de mis hermanas en Shotar, habrían encontrado la manera. ¿A quién le importan en Kekon, aparte de a mí? No podía correr un riesgo tan terrible. Sabía que intentarían matar a tu hermano; ¿para qué si no querrían burlar a los guardias? Pero ya habías elegido al clan por delante de mí; yo tenía que anteponer la seguridad de mi familia a la de la tuya. Hice lo que me pidieron.

—¿Por qué has venido? —gritó Shae, casi con rabia—. Si los barukanos son tan poderosos como dices, ¿por qué no les pediste que te sacaran del país?

Maro soltó una risilla seca.

—¿Quién en su sano juicio creería que podría escapar de la justicia del clan? Los huesos verdes no tienen rival a la hora de dispensar castigos violentos. Lo sabes mejor que nadie. En cuanto tu hermano susurrara mi nombre, me pasaría el resto de la vida como un muerto ambulante. Al menos así tenía la oportunidad de mirarte a la cara y darte una explicación. —El rencor abandonó la expresión de Maro, y miró a Shae con triste resignación—. Nunca imaginé esto. Morir por la espada… Eso es para hombres más verdes. Habría sido feliz entre libros y conversaciones, y de vez en cuando algún musical estúpido. Lo que tuvimos fue real y perfecto, al menos un tiempo. —Sonrió débilmente, y después dejó escapar un suspiro con esfuerzo. Se secó el sudor de la frente con la manga y miró a Juen con estoicismo—. Por favor, que sea rápido.

—Cuéntanos todo lo que sepas sobre Soradiyo y el barukano que se puso en contacto contigo —dijo Juen con indiferencia—. ¿Quiénes eran los hombres que vinieron a poner la bomba?

—Dos jóvenes que trabajaban para Soradiyo. Puedo describirlos, pero no sé cómo se llaman. El barukano se aseguró de que no supiera demasiado. —No había señales de engaño en el aura de Maro. Después de que añadiera la poca información adicional que poseía, Juen llamó a Lott, uno de los dedos veteranos.

—¿Has localizado al pedestal? —preguntó.

—Está de camino —dijo Lott.

Juen echó una ojeada a Maro, y después miró el reloj. La culpabilidad del prisionero era incuestionable, pero aquella

situación no era solo una traición al clan, sino un intento de asesinato contra la familia del pedestal. Cualquier puño con dos dedos de frente esperaría a ver qué decía Hilo. Shae se puso en pie, abrumada por un temor repentino.

—¿Maik Tar está con Hilo?

—Creo que sí —dijo Juen.

A Shae se le revolvió el estómago. Tar perdería la cabeza; haría pedazos a Maro. Haría que durara horas o días. Quizá Hilo pusiera fin al tormento, pero acababa de perder a su cuerno, un hombre al que consideraba un hermano, y su mujer y sus hijos habían estado a punto de morir. Shae no podía contar con que fuera piadoso.

Ya fuera que se diera cuenta por la expresión de Shae o porque hubiera Percibido la punzada de pánico en su aura, el poco color que le quedaba a Maro en la cara desapareció, sustituido por auténtico terror.

La intensa sensación de haber pasado antes por aquello le aflojó las piernas a Shae. Se recordaba en la choza de Opia, cara a cara con Yun Dorupon. Se lo había contado a Maro. «No pude matarlo». Había pasado años odiando a Doru, pero en aquel momento fue incapaz de desenvainar la espada. Se acercó a Juen, su cara una máscara que ocultaba el torbellino de emociones que se agitaba en su interior.

—Juen-jen. Si vas a ser el cuerno del clan, trabajaremos juntos a partir de ahora. Mi hermano y Maik Kehn me han hablado muy bien de ti, así que quiero que empecemos con buen pie. —Tragó saliva para humedecerse la garganta—. Tau Maro ha traicionado no solo al clan, sino mi confianza personal. Nos ha dicho todo lo que sabe y es incuestionable que debe morir. ¿Estás de acuerdo?

Juen le dirigió una mirada larga y calculadora, pero había compasión en ella. Aún no era oficialmente el cuerno del clan y estaría excediendo su autoridad si actuaba en algo tan personal para la familia Kaul sin consultar al pedestal, pero ese no era el caso de Shae. Juen no tenía motivos para oponerse al hombre del tiempo, y tampoco lo deseaba.

—Lo estoy, Kaul-jen. Todo lo que dices es verdad.

Shae regresó junto a Maro y se arrodilló delante de él. Tenía la nauseabunda sensación de que el suelo iba a tragársela.

—Lo siento —logró decir.

Maro asintió, agradecido. Cogió una mano de Shae y la rodeó con las suyas; se la llevó a la cara y apoyó en ella la mejilla, como si pudiera ofrecer una brizna de consuelo.

—Puede que después de todo sea un cobarde —dijo—, pero tú no lo eres. —Apretó la cara contra la mano de Shae; la barba le hizo cosquillas en la palma. Cerró los ojos.

Ella alargó los brazos y sujetó con las dos manos la nuca y el cuello de Maro. Sintió la vida que pulsaba bajo los dedos, la textura arrugada del aura de jade retorcida por la angustia y los remordimientos, pero libre ya de la tensión de la ira y el miedo.

Shae sintió que no podía respirar; cerró con fuerza los ojos y se imaginó como una columna de hielo, una criatura semejante a Ayt Madashi, hecha de férrea determinación y acero inquebrantable. Con un grito ahogado, reunió toda la energía de jade que pudo y la Canalizó en la base del cráneo de Maro. Él no se resistió en absoluto, no formó ni el más débil Acero. Su energía cedió ante la de la mujer; su aura se desgarró y voló. Le estallaron las venas del cerebro y murió en cuestión de segundos.

Shae lo atrapó cuando cayó en sus brazos. Lo recostó con dulzura en su regazo y se desplomó sobre el cuerpo con un estremecimiento cuando la reacción de la vida que se escapaba pasó a su través. Se aferró a la ola un instante, deseando engancharse a ella y seguirla a cualquier olvido al que se dirigiera, pero se le escurrió entre los dedos, y cuando todo pasó, ella seguía arrodillada en el asfalto con el cadáver de Maro en el regazo. Lo dejó despacio en el suelo, tendido de espaldas. Tenía los ojos cerrados y una expresión indescriptiblemente triste, pero relajada. Le besó la frente y los párpados. Se puso en pie. A su alrededor estaban Juen y sus hombres, pero ninguno habló ni se movió hacia ella.

Se giró y echó a andar hacia la casa del hombre del tiempo. A mitad de camino llegaron los recuerdos; poco a poco al principio, un goteo a través de las grietas de una pared, que fue creciendo hasta convertirse en un torrente y al final la arrastró como la tromba de un embalse destrozado. Largas conversaciones y momentos de ternura, el fuego en la mirada de Maro cuando lo energizaba una idea, la suavidad de su sonrisa, la calidez dolorosa de sus cuerpos apretados. Por puro milagro no alteró el paso, no se tambaleó, ni se derrumbó ni echó a correr, pero se le nublaron los

ojos y apenas pudo ver su puerta cuando llegó a ella. Cuando estuvo dentro de la casa y a solas por fin, Shae cerró la puerta, avanzó tres pasos por el vestíbulo y se desplomó con un aullido largo, silencioso e inarticulado, abrazándose los costados y con la frente apoyada en el suelo de madera en una postura de penitencia eterna.

# Capítulo 47
# De vuelta al trabajo

Durante la semana siguiente, Shae apenas salió de casa. Se vistió y emergió para asistir al funeral de Kehn, pero el acto entero transcurrió como un borrón de paseos, plegarias y silencio resentido. Hilo estaba desolado por la muerte del cuerno; mantuvo la mano de Wen apretada en la suya y no quitó la vista de encima a los niños ni un instante. Tar se derrumbó al lado de la tumba de su hermano y lloró como un chiquillo. Tras aquello se quedó con la mirada perdida, como si estuviera ausente, salvo en el momento en que Shae pasó a su lado. Shae sintió posarse en ella su mirada y su aura centellear con amargura por el hecho de que le hubiera dado a Maro una muerte indolora.

No pudo reunir valor para hablar con Tar y decirle que ella también lloraba la pérdida de Kehn. Al principio no conocía muy bien a los hermanos Maik, pues durante mucho tiempo los consideró poco más que los lacayos de su hermano; pero los últimos años habían cambiado aquella impresión. Había visto a Kehn crecer en su cargo de cuerno, había compartido comidas con él en torno a la mesa familiar y había acabado viéndolo como un hombre leal y peligroso, pero a la vez tranquilo y tenaz, que se merecía al menos la mitad del mérito de la productiva colaboración entre los dos lados del clan. Hilo había insistido en que el lugar del último reposo de Kehn estuviera al lado del espectacular mausoleo de la familia Kaul, en vez de en la parcela pequeña y desatendida donde habían enterrado a su ignominioso padre. Pero, por lo que había sabido Shae, la explosión no había dejado gran cosa que enterrar. Las cenizas de Kehn no habían ocupado ni una esquina del ataúd de acero. La posición de cuerno era peligrosa, una posición en la que un huesos verdes podía esperar dar la vida por el clan… de pie y

con una espada en la mano. No de aquella manera.

Shae regresó a su casa. Woon se encargó una vez más de la tarea de dirigir la oficina del hombre del tiempo en su ausencia. Kyanla le llevaba comida y se la dejaba en el frigorífico, donde casi siempre se quedaba intacta. A los pocos días de la muerte de Lan había entrado en el rascacielos de la calle del Barco y había ocupado el puesto de Doru como hombre del tiempo. La muerte de su abuelo le dolió mucho y estuvo de luto, pero había ido a trabajar. Aquellas tragedias le habían roto el corazón, pero no le habían arrancado un trozo de alma. Esta vez, sin embargo, no podía actuar. No tenía el menor deseo de salir de la cama, de vestirse ni de comer. Le daba igual lo que estuviera pasando en el clan durante su ausencia.

Había matado en combates, pero nunca se había considerado una asesina. No era el caso ahora. Todo lo que había hecho para intentar mantener a Maro alejado del clan y de las decisiones inevitables que había tomado como hombre del tiempo le habían hecho daño y lo habían puesto en peligro, y al final lo habían llevado a la muerte. Lo había amado; se preguntó si él llegó a saberlo, si se lo dijo alguna vez. El mundo necesitaba más gente como Tau Maro, y ella le había quitado la vida con sus propias manos.

A veces, durante su aislamiento, rezaba a los dioses, y otras veces los insultaba y maldecía amargamente. Se cuestionó todo lo que había hecho en la vida; pensó en abandonar otra vez Kekon. Cuando cerraba los ojos veía la cara de Maro, triste y acusadora. Llena de horror y remordimiento impotente, revivía una y otra vez el momento de la muerte. En su interior fue creciendo un odio ardiente e insaciable hacia el cobarde de Zapunyo y los matones barukanos.

Años antes le había dicho con insistencia a Hilo que había cosas más importantes que preocuparse por un contrabandista escondido en las islas Uwiwa. Ahora se daba cuenta de que había subestimado a Zapunyo en un detalle fundamental. Los kekoneses daban por supuesto que, incluso en plena guerra abierta entre clanes, nadie atacaría a los civiles. Pero Zapunyo y los barukanos no eran huesos verdes. No tenían sentido del aisho y no les preocupaba la muerte de inocentes.

A los ocho días, o quizá a los nueve, Shae no estaba segura, oyó

que se abría la puerta y unos pasos cruzaban el vestíbulo hacia su habitación. Al principio pensó que sería Kyanla otra vez, que iba a dejar más comida que tendría que llevarse intacta después, pero cuando activó su aletargado sentido de Percepción se dio cuenta de que era Wen. Su cuñada llamó a la puerta del dormitorio.

—Shae, hermana, ¿puedo pasar?

Shae se planteó hacer caso omiso, pero al final decidió que no tenía derecho. Wen había visto como mataban a su hermano ante sus propios ojos y había estado aterrada por la vida de sus hijos. Tenía tantos motivos como Shae, o más, para quedar incapacitada, y sin embargo allí estaba. Se arrastró fuera de la cama y abrió la puerta. Cayó en la cuenta de que debía de tener un aspecto espantoso; hacía varios días que llevaba la misma camiseta vieja y los mismos pantalones de pijama; estaba despeinada y sospechaba que, si se miraba en un espejo, no se reconocería.

Wen la observó con expresión impasible. Pasó junto a Shae, entró en la sofocante habitación y abrió una ventana para que corriera el aire. Después se volvió hacia su cuñada y se sentó en el borde de la cama sin hacer.

—Shae-jen —dijo como si estuvieran manteniendo una conversación absolutamente normal—, quiero volver a trabajar contigo. No ahora mismo, pero pronto; más o menos cuando Jaya cumpla nueve meses. En el pasado hemos hecho unas cuantas cosas útiles, pero al final las dos estábamos demasiado ocupadas. En el futuro lo haremos mejor. He convencido a tu madre de que vuelva a Yanlún y viva en la casa de invitados, por su seguridad y para que ayude con los niños y así yo pueda volver a trabajar a tiempo parcial.

A Shae le pareció que las palabras de Wen llegaban de otra realidad en la que no habían sucedido los hechos del último par de semanas. Parpadeó y emitió un sonido que podría haber sido una carcajada de incredulidad de no haber tenido la voz tan acartonada.

—¿Por qué me pides esto ahora?

—¿A quién se lo voy a pedir, si no? —exclamó Wen—. Eres el hombre del tiempo, a menos que planees dimitir. —La miró con expresión interrogante—. Estabas dispuesta a morir a manos de Ayt Mada antes que echarte atrás. ¿Ha cambiado algo?

—No es buen momento para pedirme nada, Wen.

—¿Y cuándo lo será? ¿Cuándo piensas salir?

Shae sintió una punzada de irritación.

—¿Cómo puedes pensar en esto ahora?

—A mí también me gustaría esconderme en mi habitación un mes —dijo Wen cruzando los brazos—. Pero no puedo. Tengo que cuidar de mis hijos; no dejan de necesitar una madre solo porque yo esté sufriendo. Tengo que explicar a Niko y a Ro que su tío Kehn ha muerto. Y tengo que conservar mis fuerzas para Hilo, para que pueda concentrarse en dirigir el clan sin preocuparse por nosotros. —Clavó la mirada en Shae y dijo con naturalidad—: Kehn está muerto. Tar está inconsolable. Tú estás encerrada en tu habitación. Ahora mismo, el pedestal está solo.

—Tiene docenas de personas que lo ayudan —musitó Shae.

—Te necesita a ti. La familia te necesita a ti, igual que te necesitábamos después de que mataran a Lan y después de que muriera tu abuelo. Hilo necesita que lo ayudes a dirigir el clan Sin Cumbre. Las otras veces no desapareciste una semana. —Wen suavizó su expresión pero siguió decidida. Cogió a su cuñada del brazo y la hizo sentarse a su lado—. No es la primera vez que nos hieren, pero es la primera vez que te sientes personalmente responsable de lo que ha pasado porque tus buenas intenciones se han convertido en un gran dolor.

—Soy personalmente responsable. —Empezó a notar un ardor detrás de los ojos y los cerró un momento antes de fijar en Wen una mirada acusadora—. ¿No me culpas por la muerte de Kehn? ¿Por que casi os mataran a tus hijos y a ti?

—¿Y por qué te iba a culpar? —Wen sonó exasperada—. Culpo a nuestros enemigos,

Shae-jen

; por retorcer a alguien a quien querías para sus propios fines, para usarlo como herramienta para destruirnos. Puede que hayas acabado con su vida, pero no eres la causante de su muerte. En nuestro mundo son cosas diferentes.

—¿Qué tiene que ver esto con que quieras volver a trabajar?

Wen se levantó y se asomó a la ventana. La luz del sol le hacía daño en los ojos a Shae, peo Wen miraba a lo lejos tranquilamente.

—Un pescador de rocas barukano que trabaja para un contrabandista uwiwano que vive en una isla, a cientos de

kilómetros, nos ha golpeado aquí, en Yanlún, en un parque de nuestro propio barrio. El clan tiene enemigos en todas partes. No luchamos solo contra otros huesos verdes; luchamos contra el mundo,

Shae-jen

. Eso significa que el aisho no protegerá a mis hijos.

Se giró para mirar cara a cara al hombre del tiempo.

—Hilo nunca ha querido que me involucre en asuntos de huesos verdes. Pero las amenazas al clan ya no provienen solo de huesos verdes. —Era la misma voz suave de siempre haciendo una petición razonable, pero esta vez subyacía algo afilado—. Nuestros enemigos están dispuestos a atacarnos desde cualquier dirección. El clan ha perdido a un Maik; quizá a dos, porque Tar apenas reacciona. Pero no a todos. Así que ponme a trabajar. —Se acercó al armario. Frunció los labios, eligió una blusa y una falda y las tiró a la cama —. Cuando desafiaste a Ayt Mada a una hoja limpia, todo el mundo se quedó estupefacto, incluso Hilo. Pero yo no. Las mujeres tenemos que ganar a zarpazos cada centímetro que avanzamos en este mundo, y tú has trabajado demasiado duro para permitir que te quiten tu posición en la calle del Barco. Pero aún la puedes perder si no te vistes y sales de esta habitación. Siempre habrá gente buscando señales de debilidad y oportunidades para robarnos lo que más queremos. —Fue hasta la puerta—. Tus sobrinos preguntan si vas a cenar esta noche con nosotros y les he dicho que sí.

# Capítulo 48
# El Doble Doble

Bero pasó más de un mes en el hospital. Incluso después de que le hubieran limpiado el veneno y el shine de la sangre, estaba demasiado débil para ir a ninguna parte. Ya se había debilitado al estar a punto de morir por sobredosis de
SN1
, pero la pesadez aplastante, el aletargamiento entumecedor y el pánico sudoroso del síndrome de abstinencia del jade le habían arrancado las pocas energías que le quedaban. Yació medio enloquecido en la cama del hospital al lado de otros pacientes de la enfermería, alternando entre desear morirse y maldecir a todos los dioses y su propia existencia.

Los médicos dijeron que había tenido suerte. Mucha suerte, de hecho. Todo aquel shine habría matado a una persona normal, pero la tolerancia de Bero era inusualmente elevada como resultado del uso regular y prolongado de la droga, y el narcótico que Mudt le había echado en la bebida había ralentizado su metabolismo, de modo que la inyección letal no le había afectado los órganos tan deprisa como habría ocurrido en condiciones normales. Su vecina, la señora Waim, indignada por el escándalo que habían armado en mitad de la teleserie que estaba viendo, había salido al pasillo y se lo había encontrado tirado con medio cuerpo fuera de la puerta; tras unos segundos de intenso debate interior entre salvarle la vida o dejarlo morir, había llamado a una ambulancia.

Bero no recordaba nada de aquello y, como mucho, le molestaba que ahora le debiera la vida a la desagradable señora Waim. Cuando le dieron el alta se marchó con una factura hospitalaria de más de veinte mil dien y un odio resplandeciente hacia el mundo. Conservaba la vida, pero nada más. El jade había volado. No le

cabía duda de que Mudt le habría robado el alijo de shine, así que eso habría volado también. Estaba escuálido y tembloroso como un potrillo; indefenso, mareado y traicionado más allá de cualquier medida. Había necesitado años (¡años!) de penurias y esfuerzos, de planificación y trapicheos, de audacia y de sangre espesa lograr lo que había logrado. Tener jade propio y todo lo que eso conllevaba: dinero, respeto, poder, un futuro. Un futuro peligroso, sin duda, pero mucho mejor que el que tenía ahora ante sí, que consistía en… nada.

Fantaseaba con la idea de seguir el rastro de Mudt, meterle la cabeza en un torno e ir apretándolo poco a poco hasta que se le saltaran los ojos del cráneo aplastado. Pero era prudente. Mudt tenía ahora el doble de jade, y él, nada, así que cualquier enfrentamiento estaría desequilibrado incluso sin considerar que Bero apenas podía subir un tramo de escaleras sin marearse. Pero era la única motivación que le quedaba, así que la siguió ciegamente. Sin embargo, al pasarse por la Casa de las Ratas descubrió que Mudt no había vuelto por allí. Visitó unos cuantos sitios más a los que iban con frecuencia, lugares donde el nuevo verde se reunía y conversaba, y el consenso fue que no habían visto a Mudt ni sabido nada de él desde hacía algún tiempo. El muchacho había cogido el jade y el shine de Bero y se había desvanecido.

Bero regresó a su apartamento y no volvió a salir. Pasaron los meses. El invierno se convirtió en primavera, y esta, en verano. Pedía comida a domicilio, veía la televisión y dormía. Se le agravó la cojera que tenía desde que los Maik le habían dado una paliza, y el ceño constantemente fruncido hizo que su cara pareciera aún más deforme. A los veintiún años parecía y se sentía un anciano siniestro al que no le quedaba nada por lo que vivir. Bero siempre se había considerado una de esas personas que no se desanimaban con facilidad, pero tumbado apáticamente en el sofá, sin moverse apenas salvo para comer, mear o cambiar de canal, se descubrió sopesando varias posibilidades: tirarse a las vías cuando pasara el metro, saltar desde el edificio más alto que pudiera encontrar, conseguir una pistola y meterse una bala entre ceja y ceja. Valoró cuál de los sistemas sería más rápido, más fiable, menos desagradable. Ya sabía que debía descartar una sobredosis; dolía demasiado, resultaba demasiado lenta y no era infalible.

Contó el dinero que le quedaba. Un año antes se le salía por las orejas, pero en aquel momento estaba casi en la ruina. Le quedaba suficiente para pagar el alquiler de otro mes y no tenía perspectivas de ganar más. Tomó una decisión. Una mañana se levantó de la cama, se puso la ropa más limpia que le quedaba, se afeitó y se lavó los dientes por primera vez en varios días y salió del apartamento asegurándose de que la puerta quedaba bien cerrada. En el exterior, el mundo era brillante pero un poco desvaído y borroso, opacado por la ausencia de jade. Fue al banco y sacó hasta el último dien que le quedaba, y después paró un taxi y fue a la calle del Pobre, donde estaban las mayores y mejores casas de apuestas de Yanlún. Los letreros luminosos de la fachada del Doble Doble lo llamaron, y se quedó un minuto parado en la acera contemplándolos boquiabierto antes de entrar.

En la mente de Bero, lo que estaba haciendo tenía cierta lógica. Había cabalgado los vientos de la fortuna toda la vida. El viejo Mudt había dicho que los dioses le habían concedido una suerte extraña, y Bero sabía que eso era verdad. Su mala suerte se convertía en buena, su buena suerte se convertía en mala; los caprichosos dioses lo levaban en una dirección y de repente lo desviaban en la contraria de un manotazo, como si fuera una pelota de balón relevo sobre una cuerda. Así pues, aquella iba a ser la prueba final: cogería lo poco que le quedaba en el mundo y lo arrojaría a los vientos de la fortuna. Apostaría hasta el último dien en las mesas de cartas y en las ruletas, y según el resultado sabría si debía seguir adelante; si los dioses lo querían vivo o no.

Se sentó en la mesa de cartas más grande, vaso de hoji en mano, y empezó a jugar al botín del pordiosero, un juego que casi no exigía habilidad y se basaba sobre todo en la suerte al repartir las cartas. Para su sorpresa, al principio tuvo una racha de manos buenas (una ristra de cobre, un doble de latón y plata, un par de jade), pero entonces, como era de esperar, su suerte cambió a peor espectacularmente. Las tres manos siguientes (un par de cobre, un hierro sencillo y una mano del ladrón) le hicieron perder todo lo que había ganado al principio, y a partir de ahí siguió perdiendo con implacable regularidad. Cada vez que perdía bebía un buen trago de hoji, y dos horas después, cuando le quedaba la cuarta parte del dinero con que había entrado, estaba bastante borracho.

Se lo estaba pasando bien, eso sí. Sonrió con alegría fatalista mientras pedía otro vaso de hoji, empujó una pila de fichas al centro de la mesa y asintió hacia el crupier para indicarle que repartiera otra mano. El crupier miró a Bero y la menguante pila de fichas con leve preocupación y habló por primera vez:

—¿Estás seguro?

—¡No te pares ahora! —exclamó Bero. No se había sentido tan vivo, tan lleno de aplomo, desde la noche en que había robado el jade de la tumba de Kaul Lan—. Ya casi estoy listo, keke. Cuando se acabe el dinero me voy a tirar del puente Confín. O quizá del tejado de este casino. —Contó las fichas—. Los dioses solo tienen… eh… quizá cinco oportunidades más para detenerme. —El crupier repartió y Bero puso las nuevas cartas boca arriba. Un hierro sencillo. Bero se echó a reír y bebió un trago de hoji.

El croupier recogió las cartas y carraspeó.

—Los dioses no controlan las cartas, si no te importa que te lo diga. Quizá deberías tomarte un descanso. Sea lo que sea lo que te fastidia tanto, no puede valer la pena que pierdas todo el dinero y luego la vida.

—Justo lo que me hacía falta —se quejó—: un crupier de buen corazón. No es tu trabajo.

El crupier no respondió, pero captó discretamente la mirada de alguien que estaba al otro extremo de la sala y le hizo un gesto sin que Bero se diera cuenta. Perdió otras dos rondas. Con un suspiro de satisfacción, empujó al centro de la mesa todas las fichas que le quedaban.

—No hemos tardado mucho.

—Espera —dijo una voz detrás de Bero. El crupier se detuvo, y Bero giró y se encontró con la cosa más extraña que había visto en la vida: un hombre de camisa blanca, traje de rayas azul oscuro y chanclas. No tenía brazos; las mangas colgaban vacías. Un monito marrón estaba sentado en su hombro derecho.

—¿Qué broma es esta?

El hombre sin brazos saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Ven conmigo.

—No me puedes obligar —dijo Bero, como si fuera un crío. En la cara del hombre apareció una expresión seria e irritada. Dio un paso hacia Bero, inclinó levemente el torso hacia delante, como si

extendiera los brazos que no tenía, y lo sacó de la silla con una firme Desviación. Bero se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo. Se sujetó al borde de la mesa y balbuceó—: ¡No puedes hacer eso! Déjame en paz, hombre mono. No he roto ninguna regla. ¿Por qué me agobias?

—Andando —dijo el hombre, y empujó a Bero con otra Desviación precisa que lo mantuvo de pie pero lo obligó a avanzar.

Bero se tambaleó, borracho, y maldijo mientras el huesos verdes lo hacía cruzar la sala principal del Doble Doble. Los jugadores levantaron la vista de las mesas para verlos pasar, pero, curiosamente, ninguno pareció sorprendido por aquella extraña escena. El mono marrón saltó al suelo, se adelantó y tiró de la manija metálica de una puerta donde se leía: «Solo empleados». El hombre sin brazos empujó la puerta con el pie para que pasara Bero.

—A la derecha. Segunda puerta —dijo.

Bero obedeció, aunque solo fuera porque sentía curiosidad por aquel giro de los acontecimientos. Estaba en un pasillo con moqueta roja. A la izquierda oía los sonidos de la cocina del casino. A la derecha había varios despachos. El huesos verdes sin brazos guio a Bero hasta uno. Dentro había una mesa grande pero muy baja, de la altura del pupitre, un sofá negro y varios certificados enmarcados colgados en la pared y que parecían premios. Detrás de la mesa había un estante en el que descansaba una larga fila de botellas de hoji.

—Siéntate —dijo el huesos verdes, señalando el sofá con una sacudida de la cabeza. Se quitó una chancla, abrió con el pie el cajón inferior de la mesa, sacó una botella de agua y la hizo rodar por el suelo hacia Bero—. Cuando estés sereno te daremos el dinero que te quedaba, y si me prometes que no te suicidarás, te pediré un taxi. ¿Tienes algún sitio adónde ir? ¿Alguien con quien ir?

—¿Qué te importa? —replicó Bero, pero cogió la botella de agua y se dejó caer en el sofá.

—De vez en cuando aparece alguno como tú —dijo el hombre—. Alguien que quiere dar un poco de espectáculo antes de bajar el telón. O que tiene una mala racha y viene con la esperanza de dar la vuelta a las cosas, pero en realidad las empeora. Algunos acaban intentando saltar del tejado del casino o volándose la tapa de los

sesos en una *suite*. Eso es malo para el negocio.

—¿Eres el dueño? ¿O solo el gorila del casino?

Bero lo dijo burlándose, pero el hombre se limitó a encogerse de hombros. Como no tenía brazos, el movimiento creó un efecto extraño, como si la cabeza se le hubiera hundido un instante en el torso.

—Cuando se tiene un buen sentido de la Percepción es fácil identificar a los desesperados. Pero no; no soy el dueño del Doble Doble. Soy fabricante de hoji. —Señaló con un gesto de cabeza las botellas del estante. Bero vio que los marcos de las paredes contenían certificados de premios de la industria—. El Doble Doble tiene destilería propia. La dirijo yo, y soy el… director de sala extraoficial de los casinos. Vigilo toda la calle del Pobre.

—¿Por qué no tienes brazos? —preguntó Bero.

El huesos verdes lo observó un instante con expresión disgustada, como si de repente se arrepintiera de haber interferido con su plan inicial.

—No tengo brazos porque me los cortó el cuerno del clan Montaña —dijo al fin. Empujó la silla hasta colocarla delante del sofá y se sentó de frente a Bero—. He estado en tu lugar. Quise morir. Rogué que me mataran. Sufría mucho dolor y no podía imaginarme un futuro. Pero un amigo habló conmigo en el momento adecuado y me convenció de que viviera. Ahora, el hombre que me cortó los brazos está muerto, pero yo sigo vivo y mi familia y mi negocio prosperan. Así que sea lo que sea lo que te trajo aquí, lo que te haya pasado…, hay algo después.

—Al menos todavía tienes el jade —musitó Bero.

El hombre se inclinó hacia delante.

—Al menos todavía tienes los brazos.

A su pesar, Bero se bebió la botella de agua, y después se recostó y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá negro. Sentía una presión insistente detrás de los ojos, un dolor de cabeza provocado por el alcohol y empeorado por las horas pasadas bajo las luces demasiado intensas de la sala del casino.

—Estoy así por culpa del jade —dijo—. Siempre por culpa del jade. —No sabía por qué le estaba diciendo aquello a un huesos verdes del clan Sin Cumbre, pero ya todo le daba igual. Lo único que sentía era irritación por que aquel hombre estuviera intentando

convencerlo de que viviera cuando él ya había hecho otros planes —. Cometí el error de escuchar a un cabrón barukano que me prometió que si trabajaba un año como pescador de rocas, me ganaría el verde. Pero entonces perdí una cuadrilla a manos de Montaña, ni siquiera fue culpa mía, y después me negué a aceptar el trabajo susurrado que quería que hiciera, así que me echó. ¡El muy cabrón me echó! —Bero sentía ganas de gritar. Las palabras siguieron brotando en un torrente alcoholizado—: Entonces, el tipo con el que trabajaba se volvió contra mí, esa rata pringosa. Yo lo convertí en lo que era, y me drogó, me robó el jade y me abandonó para que muriera. Si alguna vez lo encuentro, voy a matarlo de la forma más horrible que pueda imaginar. —Bero abrió los ojos y sonrió con desprecio al huesos verdes, desafiándolo—. Así es: soy un ladrón y un contrabandista. He trabajado con gánsteres barukanos y saqueadores uwiwanos, y he robado jade de las minas. ¿Sigues planeando mantenerme con vida, jen?

Desde el borde de la mesa, el monito marrón observaba fijamente a Bero. El huesos verdes hizo lo mismo durante un rato. Después tocó con el dedo gordo del pie el teléfono que había en la mesa. El mono dio un salto y acercó el auricular a la cabeza del hombre, que lo sujetó entre el hombro y la oreja y marcó un número. No apartó la mirada de Bero en ningún momento. Bero oyó el sonido de alguien que descolgaba al otro lado de la línea.

—Lott-jen, soy Eiten. ¿Puedes venir al Doble Doble? Tengo en el despacho a alguien que podría interesarle al pedestal.

# Capítulo 49
# La limpieza de la casa de las ratas

Cuando Hilo llegó al Doble Doble, Eiten lo recibió en la entrada.

—¿Quién es ese chico que has encontrado? —preguntó Hilo.

Su antiguo puño abrió camino por la sala hasta la puerta trasera que daba a la destilería adjunta. Los jugadores interrumpían las partidas para saludar al pedestal cuando pasaba frente a ellos. Hilo se fijó en la presencia de unos cuantos militares espenios en el bar, pero se estaban comportando bien. La calle del Pobre, por la que tanto había luchado Sin Cumbre para arrebatársela a Montaña, había sido una zona problemática el último par de años, pero de un tiempo a esta parte no se habían producido incidentes.

—Un antiguo pescador de rocas borracho y arruinado ha aparecido contando una historia sobre que lo había engañado un barukano llamado Soradiyo —dijo Eiten—. Juen y Lott han estado hablando con él, pero nos parece que querrás preguntarle tú mismo algunas cosas,

Hilo-jen

.

Ya en el interior climatizado y en penumbra pasaron por delante de las hileras de bastidores de madera que llegaban hasta el techo y almacenaban los grandes barriles donde maduraba el hoji. La destilería Belleza Perversa había crecido considerablemente y había empezado a exportar el producto a los mercados de ultramar. Ver que el negocio de su amigo iba tan bien le dio a Hilo una pequeña razón para sonreír después de unas cuantas semanas repletas de acontecimientos trágicos y terribles.

—Me alegro de poder contar contigo para que mantengas los ojos y los oídos abiertos, amigo mío —dijo. Eiten quitó importancia al comentario negando con la cabeza.

—Te lo debo todo, Hilo-jen. Lo único que me gustaría es ser de más ayuda. Si este joven dice la verdad, quizá su aparición haya sido un regalo de los dioses que nos ayudará a encontrar y castigar a esos perros mediohuesos que mataron a Kehn.

Hilo no se atrevió a esperanzarse antes de tiempo, pero asintió. Tenía a todos los puños y dedos del clan buscando información sobre los agentes de Zapunyo y buscando al barukano que había mencionado Tau Maro, pero hasta el momento había sido como perseguir a un fantasma.

Lamentó no haberse tomado más en serio las advertencias de Kehn sobre Zapunyo. Había estado concentrado en crear disensiones en el clan Montaña y embaucar a las bandas; a Zapunyo lo había tratado más como un problema persistente e irritante que como un enemigo verdaderamente peligroso. Al fin y al cabo, los contrabandistas y los traficantes de droga eran como las malas hierbas; cuando se arrancaba una, brotaba otra, así que en cierto modo no había prisa. Sin embargo, Zapunyo era una categoría criminal en sí mismo. Hilo se dio cuenta de que había perdido de vista ese detalle. Cuando mandaron a Sin Cumbre el cadáver descuartizado de un informante había cometido el error de no tratar la muerte del uwiwano con la misma seriedad que si hubiera sido un kekonés; tenía que haber comprendido la amenaza y haber respondido a la ofensa drásticamente y en el acto. Aquel error de juicio lo acosaría toda la vida.

Eiten caminó por delante y abrió con una Desviación la puerta batiente metálica que daba paso a la cámara de paredes de hormigón amplia y despejada que contenía los tanques de fermentación de la destilería. Juen y Lott estaban al lado de una mesa plegable de madera. Sobre esta había mapas de la ciudad y del país llenos de marcas de colores y notas manuscritas. Detrás de la mesa, encorvado en una silla plegable metálica, había un joven flacucho y pálido que tenía los ojos inyectados en sangre y una cara que parecía que le habían roto y recompuesto como mínimo una vez en la vida. Juen y Lott interrumpieron su conversación y saludaron al pedestal cuando entró. Juen señaló las notas y los mapas.

—Esto sabemos hasta el momento,

Hilo-jen

—dijo—. Son los lugares de la ciudad adonde va Soradiyo para reclutar pescadores de rocas o reunirse con ellos; la mayor parte son clubes ilegales frecuentados por ladrones de jade y adictos al shine. También tenemos puntos de descarga y recogida a lo largo de la costa y en las montañas, donde se desarrollan las operaciones de recogida de escombros de Zapunyo. Vuay, Iyn y Vin han mandado dedos para que lo verifiquen. Con discreción; no queremos espantar a nadie antes de que decidamos actuar.

Hilo agradecía la forma en que Juen había asumido con rapidez y naturalidad el papel de cuerno. Juen no era un pariente cercano como había sido Kehn, y tenía que aprender a imponer con más fuerza su presencia al tratar con el público y los ajenos al clan, pero era un genio organizador que podía controlar una inmensa cantidad de detalles a la vez y, en aquel momento, esa capacidad estaba siendo especialmente útil. Hilo estudió la información que habían reunido sus hombres e hizo preguntas hasta quedar convencido de que habían tomado o estaban listos para tomar todas las medidas necesarias.

Volvió su atención hacia el joven, aquel informante inesperado. Había algo que le resultaba familiar en aquel rostro asimétrico y aquella mirada hosca y resentida.

—Dices que trabajabas para Soradiyo —dijo—. ¿Por qué lo traicionas?

El joven miró a Hilo con nerviosismo y luego bajó la vista al suelo.

—Ese barukano me dejó tirado —murmuró—. Me prometió que sería un pez gordo, que conseguiría jade, pero me echó a los perros. Todos esos nuevos verdes son unos cagones. Que les den a todos, y que le den a Soradiyo. No merecen lo que tienen. No merecen jade en absoluto.

Hilo se preguntó si el joven estaría todavía borracho; desde luego, sonaba como si lo estuviera. Algunos balbuceos furiosos eran casi inaudibles y parecía estar hablando para sí. Si había en él alguna inteligencia o engaño Perceptibles, quedaban enmascarados por la impresión de abrumadora amargura. Cada vez que sus ojos apuntaban hacia el pedestal, se encogía y apartaba la mirada. Hilo intentó recordar dónde había visto aquella cara torcida, porque tenía la sensación de que ya se había cruzado con ella.

—Has pasado jade de contrabando, has traficado con shine y has trabajado para criminales extranjeros. ¿No tienes miedo de que te matemos? —preguntó con curiosidad.

El joven recorrió con la mirada la estancia de paredes de hormigón desnudo llena de cisternas metálicas como si se diera cuenta en ese momento de que no había ventanas y solo tenía una salida, y de que ninguno de los clientes del casino podría oír nada de lo que se hiciera o dijera allí. Resopló por la nariz y se encogió de hombros.

Seguía teniendo algo inquietantemente familiar. Hilo había conocido a muchísima gente durante sus años como cuerno y después como pedestal, y aunque no conseguía situar al joven, no estaba dispuesto a pasar por alto ese detalle cuando tantas cosas dependían de lo que había contado.

—Mírame —ordenó. El joven se puso tenso, pero obedeció con reticencia—. ¿De qué te conozco? —En esa ocasión, el informante se estremeció visiblemente, como si le hubieran dado una bofetada. Y en ese preciso instante, Hilo lo reconoció—. El Dos Fortunas. —Cuando el joven volvió a estremecerse y asintió, Hilo se echó a reír. Juen, Lott y Eiten se quedaron mirándolo con expresión interrogante—. Hace años, los Maik y yo atrapamos a un par de mocosos del puerto que intentaban robarle el jade a ese viejo borracho de Shon Ju —explicó—. Yo estaba dispuesto a romperle el cuello a este, pero Lan lo dejó marchar. —Soltó una risilla ante la ironía—. Tenía la fiebre del jade, ya lo dije entonces; no es de extrañar que haya acabado de pescador de rocas. Pero ahora está aquí y nos trae las llaves del reino de Zapunyo.

Meneó la cabeza, divertido pero al mismo tiempo lleno de triste nostalgia al pensar que el optimismo de Lan, su buen corazón, había vuelto para ayudarlo en aquel momento y de aquella manera. «Tienes que darle una oportunidad a la gente», había dicho su hermano. Se inclinó por encima de la mesa y sujetó la barbilla del joven con una presa de hierro.

—Dije que si te volvía a ver, te mataría, ¿recuerdas? —dijo en voz baja. El joven abrió mucho los ojos, pero Hilo lo soltó con un zarandeo y suspiró—. Supongo que al final no podré cumplir mi promesa, después de que hayas sido tan útil para el clan y con Lan mirándome.

Pocas horas después de la explosión de la bomba que mató a Kehn, Ayt Mada emitió un comunicado público condenando el atentado y negando categóricamente que el clan Montaña estuviera implicado. Cinco transeúntes inocentes, incluido un niño, habían sufrido lesiones a consecuencia de la explosión, y Ayt declaró con firmeza que aquello había sido obra de criminales, pues ningún huesos verdes de Montaña sería capaz de cometer una transgresión tan vergonzosa del aisho. Transmitió a las familias Kaul y Maik las sinceras condolencias de Montaña y juró que ayudaría de cualquier forma posible a llevar a los responsables ante la justicia.

Hilo reconocía que había sido de lo más convincente, y tenía la intención de hacer que Ayt Mada cumpliera su promesa. Algunas pistas que habían reunido sus hombres llevaban directamente al territorio de Montaña; Sin Cumbre no podía perseguir de forma eficaz la organización de Zapunyo sin la colaboración de sus rivales. Hilo ordenó a Juen que se reuniera con Nau Suen y solicitara que Montaña hiciera honor a la tregua entre los clanes y ayudara a Sin Cumbre, o al menos no lo entorpeciera, en la consecución de la venganza contra el traficante de jade.

Con el permiso de Nau Suen, Juen fue con tres de sus mejores huesos verdes a la Fábrica, la sala de entrenamiento que tenía el clan Montaña en Punta de Lanza. Hilo esperaba fuera, en el Victor MX, acompañado de media docena de hombres, otros dos coches y una buena cantidad de nerviosismo e impaciencia. Apoyó el brazo en la ventanilla abierta y se fumó dos cigarrillos seguidos mientras contemplaba las nubes que cruzaban el cielo por encima de unos contenedores. Cuatro años antes, Lan había combatido en un duelo a hoja limpia justo en aquel lugar. A Hilo le resultaba difícil creer que aquello hubiera sucedido en una misma vida. «Lan no debería haber luchado —pensaba ahora—. Deberíamos haber asaltado ese puto edificio con todo lo que teníamos».

Juen y sus hombres regresaron media hora después. Hilo salió del coche para ver qué le contaba el cuerno.

—Han aceptado dejarnos entrar en territorio de Montaña para perseguir a los objetivos que les indiquemos, siempre que ellos participen. Tenemos que compartir todo lo que sabemos sobre la organización de Zapunyo, y los huesos verdes de Nau estarán con nosotros en cualquier acción que ejecutemos dentro de su territorio.

Hilo asintió; no había esperado conseguir ayuda a cambio de nada. Por supuesto, Montaña querría reclamar el jade, el dinero y el shine que confiscaran en los distritos que quedaban bajo su dominio.

—Ya veo por qué hay gente que cree que Nau puede leer el pensamiento —dijo Juen frunciendo el ceño—. No parece gran cosa, pero me pone la piel de gallina. No se parece a ningún cuerno que haya conocido.

—Porque no es como ninguno que hayas conocido. Es la serpiente de Ayt Mada, y nos cortará el cuello mientras dormimos si le damos la oportunidad. —Volvió a subir al coche—. Tenemos que movernos deprisa. Trabaja con él.

A la noche siguiente asaltaron la Casa de las Ratas. Cualquiera que viera al pedestal aquella noche y en las que la siguieron pensaría que estaba contemplando al Kaul Hiloshudon de hacía seis años, el terrible joven cuerno con su banda de guerreros, cargado de jade y armado hasta las cejas. Y se equivocaría, pensó Hilo con tristeza. Pronto cumpliría treinta y dos años, pero ya no parecía ni se sentía joven.

Llegó al distrito de Lavamoneda en el Victor MX de Kehn en vez de en su conocido Duchesse blanco, aunque Kehn ya no estaba a su lado. Pero Tar sí. El más joven de los Maik tenía un aire desquiciado, algo que recordaba a un marino naufragado o a un animal famélico. Pero Hilo no podía dejarlo al margen en aquello.

Además de Tar lo acompañaban Lott, Vin y tres dedos. En otros lugares de la ciudad, Juen, Vuay e Iyn encabezaban asaltos similares a otras guaridas. Hilo se detuvo en la calle antes de entrar en el club.

—No matéis a nadie hasta que encontremos a Soradiyo —recordó a sus hombres.

Arrancaron la puerta y entraron en el edificio. Dentro había alrededor de una docena de personas con auras de jade extrañas: ásperas y desmañadas, sin entrenar, llameando terror y hostilidad cuando los huesos verdes entraron a la carga. Algunos saltaron de sus asientos y desenfundaron pistolas, pero a tan corta distancia, solo unos pocos llegaron a apretar el gatillo antes de que los huesos verdes les cayeran encima. Moviéndose como un torbellino de Fuerza, Hilo apartó la cabeza de la línea de tiro de un hombre, lo

agarró por la muñeca del brazo extendido y le golpeó el codo con la base de la palma de la otra mano; la articulación se rompió con un chasquido audible. El sonido del disparo ocultó el aullido de dolor. Hilo le rompió la rodilla de una patada, lo agarró del pelo cuando empezaba a caer y le estampó la cara contra la mesa más cercana.

Avanzó un paso. Dos. Saltó a una silla y desde allí a la barra, pivotó al tiempo que ejecutaba Ligereza y rebotó en la pared de detrás. Mientras volaba desenvainó el cuchillo garra y ejecutó Acero al caer con todo su peso sobre el atacante que había percibido detrás. Los dos chocaron a la vez contra el suelo de cemento. Hilo empujó hacia atrás la cabeza del contrario y estuvo a punto de degollarlo antes de recordar su propia orden de mantener con vida a los ocupantes. Su adversario se retorció en el suelo pegajoso, gritó y dio un tirón con Fuerza desesperada y mal enfocada, intentando sujetar a Hilo con una presa. Era un tipo corpulento y fuerte, y podría haber tenido éxito si Hilo no hubiera actuado con rapidez; apretó la palma de la mano contra la espalda del hombre, Canalizó en el espinazo y le rompió los discos intervertebrales. El torso y las piernas del hombre se pusieron rígidos a causa del dolor, y se quedó tirado en el suelo sin volver a resistirse mientras Hilo se levantaba y se sacudía la ropa.

Varios ocupantes de la Casa de las Ratas estaban ya inconscientes o incapacitados, aunque Hilo sospechó que algunos no vivirían mucho tiempo. Tar, espada luna en mano, había cortado el brazo de un hombre a la altura del codo y rajado la tripa de otro, que ahora estaba arrodillado en el suelo, gimiendo débilmente y sujetándose los intestinos para evitar que se desparramaran. Los demás nuevos verdes estaban encogidos con la frente apoyada en el suelo y rogando piedad. Lott y Vin, con el aura de jade zumbando alerta, recorrían el lugar confiscando armas y recogiendo el jade ilegal: anillos, pendientes, cinturones. Hilo se detuvo en el centro de la sala mal iluminada y miró a su alrededor. La Casa de las Ratas era un sitio sofocante y lamentable. La mitad de la superficie estaba ocupada por colchonetas, bloques de hormigón rotos, sacos de arena y otros accesorios para que la gente practicara las habilidades del jade, y la otra mitad la llenaban mesas cochambrosas dispuestas frente a una barra sorprendentemente bien surtida. En una pared habían colgado dos cajas de metal para tirar jeringuillas usadas,

rodeadas de carteles escritos a mano con instrucciones para inyectar shine de forma segura e higiénica.

—Sois todos unos ladrones de jade y no merecéis vivir —anunció Hilo—. Me da igual si trabajáis para Montaña o para criminales extranjeros, o si estáis pillados por la fiebre del jade o sois demasiado estúpidos para saber lo que os conviene; estáis en esta situación porque no os corregisteis cuando tuvisteis la oportunidad.

Dejó que sus palabras fueran calando mientras recorría lentamente el lugar, examinando las caras y comparándolas con los bosquejos dibujados a partir de descripciones y repartidos entre todos los huesos verdes de Sin Cumbre.

—No veo al que estoy buscando —dijo al llegar al extremo de la sala y dar media vuelta—. Os voy a dar un minuto para que me digáis dónde encontrar a Soradiyo, el barukano. Sé que viene por aquí a reclutar escoria como vosotros para trabajar como pescadores de rocas para Zapunyo, así que no intentéis hacerme creer que no sabéis de quién estoy hablando. Y quiero la dirección de cualquier otro agujero de la ciudad donde se esconda el nuevo verde. Si dentro de un minuto he conseguido lo que quiero, perderéis el jade pero conservaréis la vida. Si no, perderéis las dos cosas.

Iyn Ro y sus dedos atraparon a Soradiyo dos días después. El contrabandista había pasado las semanas posteriores a la bomba escondido en el almacén de un gimnasio, en una zona del Muñón conocida como el gueto uwiwano. Al enterarse de que Montaña permitía que Sin Cumbre entrara en sus territorios para buscarlo, había intentado salir del país. Habría tenido más posibilidades de evitar que lo encontraran si se hubiera quitado el jade, pero en su prisa y su desesperación, no pensó en ese detalle. El grupo de búsqueda de Iyn Percibió la presencia de un polizón en un barco que iba a zarpar con destino a las islas Uwiwa. Le quitaron el jade y lo llevaron a un almacén de las Dársenas, donde Tar se encargó de interrogarlo.

—Los barukanos son unos putos cagados —dijo Tar cuando llegó Hilo, unas horas después—. Nos ha dado todo lo que hemos querido. Los nombres de los dos pescadores de rocas que contrató para poner la bomba y detalles sobre las operaciones de Zapunyo:

los puntos de reunión de las cuadrillas de recolectores, las minas que saquean, el sistema para sacar el jade del país, los nombres e identidades de los otros agentes que trabajan en Yanlún, de los miembros más importantes de la organización de Zapunyo y de los policías y los funcionarios que ese cabrón uwi tiene en el bolsillo, e información sobre el sistema de defensa de la mansión de Tialuhiya.

—¿Lo has apuntado todo? —preguntó Hilo.

—Pano ha ido tomando nota —dijo Tar, señalando al dedo que tenía detrás con un portapapeles lleno de anotaciones, y que parecía un poco mareado después de aquella desagradable tarea.

Hilo cogió el portapapeles y leyó todo con atención. Cuando terminó, asintió satisfecho, devolvió las notas y pidió a Tar y Pano que esperaran fuera. Fue a la habitación sin ventanas donde Soradiyo colgaba medio desnudo de las cadenas que le sujetaban los brazos por encima de la cabeza. Estaba cubierto de sangre y moratones y temblaba incontrolablemente a causa de la resaca del jade. Hilo esperó a que se diera cuenta de su presencia.

—¿Has venido a matarme? —preguntó esperanzado el barukano; las palabras con acento shotariano salieron arrastrándose de la garganta reseca y los labios agrietados.

Hilo llevaba encima cuatro cartones individuales de zumo; siempre tenía un par en el coche, además de algo de picar, por si sus hijos tenían hambre o sed cuando iban de viaje. La humedad opresiva del verano de Yanlún era aún peor en aquel almacén sin ventanas que en el exterior. El aire viciado apestaba a los meados del prisionero, que formaban una mancha irregular alrededor de sus pies. Hilo se acercó al hombre. Sacó la pajita del envoltorio de plástico, la clavó en un cartón y lo sostuvo ante Soradiyo, que cerró los labios alrededor y lo vació de un solo trago desesperado. Miró con expresión suplicante otro cartón, pero el pedestal no se lo dio.

—Una pregunta más —dijo Hilo—. ¿Quién dio la orden?, ¿Ayt o Zapunyo?

—Zapunyo —jadeó Soradiyo—. Con la bendición de Montaña. —Intentó cambiar de postura para descargar un poco del peso de los agotados músculos de los hombros—. El año pasado, Nau Suen se puso en contacto conmigo. Quería que actuase como intermediario entre el clan y Zapunyo. No es que tuviera mucha elección; el cabrón estaba matando a mis recolectores y a mis

pescadores de rocas tan deprisa como yo los contrataba. Los de Montaña dijeron que estaban obligados a respetar el acuerdo público con Sin Cumbre y cumplir su parte en la lucha contra el contrabando, pero que si tuvieran el control exclusivo, las cosas podían ser diferentes. Quizá se podría llegar a alguna clase de apaño. Eso fue lo que insinuaron.

—Y Zapunyo se lo creyó.

—Lo vio como lo que era: un negocio. Los clanes nos estaban poniendo las cosas muy difíciles, le estaba saliendo muy caro a Zapunyo. Ayt venía a decir que si nos librábamos de ti, nos dejaría comer.

Hilo asintió.

—Tiene que joder que Ayt te haya dejado tirado tan deprisa. Por eso estás aquí.

Soradiyo hizo un movimiento que podía haber sido un intento de encogerse de hombros.

—Es el precio del fracaso. Ninguna sorpresa. Y no es como si te estuviera diciendo algo que no sospecharas.

—No —reconoció Hilo—. ¿Adónde quieres que mandemos tu cadáver? ¿Tienes familia?

Soradiyo cerró los ojos.

—Sí, en Urtoko. Pero por culpa de la guerra no sé dónde estará ahora mismo, y no quiero que me vean así. Mándame con mi primo Iyilo; está en las islas Uwiwa. Él me enterrará, y si se siente culpable, eso le servirá de lección por dejarme aquí abandonado a mi suerte y por lo que ha pasado.

Hilo no dijo nada más. Desenvainó el cuchillo garra y degolló al barukano con un movimiento rápido. El cuerpo destrozado de Soradiyo se relajó y la barbilla le cayó sobre el pecho teñido de rojo.

—Limpiadlo y enviadlo a las Uwiwa —dijo Hilo al salir.

—Ese montón de escoria mató a Kehn —exclamó Tar, rojo de furia—. ¿Por qué has dejado que se librara con tan poco? Deberíamos tirarlo al mar pedazo a pedazo.

Hilo hizo callar a su asistente con una mirada que no estaba exenta de compasión, pero bastante dura para dejar claro que no quería oír una palabra más.

—Soradiyo y Tau Maro planearon y ejecutaron el atentado, pero

no eran más que marionetas. —Limpió la hoja del cuchillo y lo enfundó—. Ayt Mada está detrás de todo. En cuanto a Zapunyo…, le advertí a ese perro uwiwano que si seguía metiendo sus sucias manos en Kekon, iría a por él, y eso es exactamente lo que vamos a hacer. —La voz del pedestal sonó afilada como un cuchillo—. Vamos a destruir todo lo que ha construido.

# Capítulo 50
# Paciencia

Durante las semanas siguientes, los huesos verdes de Sin Cumbre ejecutaron por toda la ciudad una purga implacable de los antros de jade ilegal frecuentados por nuevos verdes, pescadores de rocas, barukanos y traficantes de shine. Apalizaron, quitaron el jade y encarcelaron a docenas de criminales, cuando no los mataron directamente. Los dos perpetradores contratados por Soradiyo para colocar la bomba en el coche huyeron de Yanlún y consiguieron llegar a la ciudad de Toshon, situada en la península meridional, antes de que los atraparan unos miembros de Jo Sun, un clan local. Los fugitivos rogaron a sus captores que los mataran, pero el clan Jo Sun los entregó a Sin Cumbre como muestra de fidelidad y buena voluntad hacia la familia Kaul. No fueron los únicos que actuaron así; los demás clanes menores de huesos verdes, la policía de Yanlún e incluso el clan Montaña echaron una mano o se quitaron de en medio; no había nada que ganar oponiéndose a la furia de Kaul Hilo.

La mayoría de los habitantes de Yanlún, a juzgar por la atmósfera de la calle y la cobertura de la prensa, aprobaba la ofensiva y la consideraba necesaria. Todo el mundo sabía a esas alturas que el atentado había sido el cobarde designio de un gánster shotariano a sueldo de un contrabandista de jade de las islas Uwiwa. Aunque a los kekoneses no los incomodaba demasiado y tenían tendencia a disculpar la violencia pública ejercida entre aquellos que tenían la misma posición, la idea de que unos forajidos extranjeros carentes de honor atacaran a una familia de huesos verdes grande y poderosa e hirieran a personas inocentes en el corazón de un barrio acomodado de la ciudad era ofensiva hasta el extremo.

Incluso la relevancia de Ayt Mada como figura patriótica quedó eclipsada por la reaparición personal de Hilo en las calles de Yanlún. Tras cuatro años como pedestal, su reputación violenta había empezado a mitigarse. Pero ahora no ocultaba a nadie el hecho de que iba a por sangre, y la gente asentía comprensiva. Sustituyó el Duchesse Priza destruido por un nuevo y reluciente Duchesse Signa, un modelo aún más intimidante que su predecesor, con mayor potencia y una enorme parrilla delantera plateada. Rondaba constantemente, al frente de un grupo de puños. En cualquier lugar donde se dejara ver, la gente retrocedía y se tocaba la frente en un saludo nervioso.

Hubo una época en que Hilo habría disfrutado con aquello, pero en la actualidad solo tenía en mente un objetivo que lo eludía: matar a Zapunyo.

—Por muchos recolectores y pescadores de rocas que mandemos a la tumba, Zapunyo siempre tiene más —gruñó el pedestal mientras extendía en la mesa un mapa de Tialuhiya delante de Shae, Juen y Tar. Se puso a dar vueltas por el despacho—. Una vida cuesta poco en las islas Uwiwa; en menos de un año puede recuperar todo lo que le hemos quitado. Entretanto, se dedica a beber cócteles de papaya en la terraza de la casa del lago.

—No puede beber zumo; es diabético —señaló Shae. Un sarcasmo predecible fue la respuesta a su descaro:

—¿Se te ocurre alguna manera de hacerle engullir una cantidad letal de azúcar? ¿No? Pues entonces tendremos que susurrar su nombre de otra forma. —Hilo se dejó caer en el sillón más cercano y se dirigió a Juen—: ¿Qué alternativas tenemos?

Juen soltó un suspiro pesimista y cogió las borrosas fotografías. Mostraban el perímetro de la residencia de Zapunyo. Los espías de Sin Cumbre en Uwiwa las habían tomado con teleobjetivo, y las acompañaban planos basados en lo que recordaba Teije Runo del edificio tras su prolongada estancia como invitado forzoso, aunque su memoria no era especialmente fiable.

—No será fácil —dijo Juen—. La hacienda de Zapunyo dispone del mejor sistema de seguridad que se puede comprar. Torres de vigilancia, perros guardianes, sensores de movimiento, cámaras de seguridad y, por supuesto, los guardaespaldas barukanos. Es el dueño de todas las fincas que la rodean, de modo que nadie puede

acercarse demasiado.

—Tiene que existir algún modo de colar a alguien en esa fortaleza —insistió Hilo—. O de comprar a alguien que ya esté dentro. ¿No tiene recaderos, criados, jardineros…?

—No deja que se le acerque nadie aparte de sus hijos, su médico y sus guardaespaldas. La mayoría del personal de la mansión lleva años trabajando para él, y solo contrata a uwiwanos de familias de la zona, para estar seguro de que nunca lo traicionarán. Hace unos años, un fabricante de shine rival intentó hacer que el cocinero lo envenenara. Lo mandaron de vuelta con su familia a lo largo de una semana, repartido en siete cubos. Nadie ha vuelto a intentarlo.

—Entonces tendremos que encargarnos nosotros —dijo Tar enérgicamente—. ¿De qué le van a servir las cámaras y los matones a sueldo frente a un par de docenas de nuestros mejores puños? Nos abrimos paso luchando y lo matamos.

—Aunque nos dividamos y viajemos en diferentes vuelos y diferentes fechas —dijo Juen—, no vamos a poder llegar sin que Zapunyo se entere. —Las islas Uwiwa mantenían la prohibición de acceso al país de los huesos verdes y de los ciudadanos kekoneses sospechosos de tener lazos con los clanes (lo que significaba prácticamente cualquiera)—. Podemos intentar llegar en barco, de la misma forma que Zapunyo traslada a sus recolectores. Eso significa pasar dos días en el mar en una embarcación privada. Cuando estemos allí, debemos ir desde la costa hasta la residencia de Zapunyo en las montañas, trescientos kilómetros tierra adentro. Los recorramos como los recorramos, los barukanos nos Percibirán antes de que lleguemos. Tendrán tiempo para poner a salvo a Zapunyo y organizar la defensa.

—Déjame a mí, Hilo-jen —rogó Tar al pedestal—. ¿Acaso te he fallado alguna vez? Déjame llevar diez puños y te juro por mi jade que mandaré a Zapunyo a la tumba.

—Estoy de acuerdo con todos en que tenemos que matar a Zapunyo —intervino Shae. Hilo pensó que su hermana seguía estando tan pálida y delgada que un soplo de viento la arrastraría, pero llevaba días estudiando tan obsesivamente como los demás la información que habían reunido y las fotografías de la mesa—. Pero no podemos hacer eso, Hilo. No podemos mandar una banda de huesos verdes que entre ilegalmente en otro país y asesine a alguien

en una batalla sangrienta, se trate de quién se trate. Zapunyo hará lo mismo que la última vez: protegerse con agentes de policía locales que acabarán muertos en el combate y saldrán en las noticias.

—¿A quién le importan unos cuantos policías uwiwanos corruptos? —exclamó Tar.

—Nos causaría un montón de problemas con los espenios —dijo Shae, aún dirigiéndose a Hilo—. Sabes que nuestra relación con ellos es complicada. Hemos restringido las exportaciones de jade y nos negamos a mandar tropas para que luchen a su lado en la guerra de Urtoko porque, tal como el canciller Son y tú le explicasteis tan claramente al ministro Corris, los huesos verdes protegemos lo que es nuestro, pero no invadimos otros países ni matamos a civiles sin jade. Si ahora hacemos justo eso, será como darles una bofetada y debilitará nuestra posición. Y además socavaría la presión diplomática que intentan ejercer los espenios sobre el gobierno uwiwano para que se responsabilice de la lucha contra la corrupción y la criminalidad internos. —Hilo frunció el ceño, pero Shae insistió—: No son solo los espenios; hay más países que han prohibido que los ciudadanos posean jade. Un montón de gente ignorante ni siquiera conoce la diferencia entre los huesos verdes y los barukanos por culpa de las películas de gánsteres shotarianas. Por nuestro propio bien, tenemos que ser cuidadosos y no llamar aún más la atención de los extranjeros. Si actuamos con imprudencia, sedientos de sangre, y no respetamos las leyes de los países vecinos, retrocederemos de muchas formas, sobre todo en nuestras alianzas el extranjero y los negocios que estamos intentando expandir.

—Los espenios —escupió Tar—. Estoy harto de que tengamos que pensar… —Dirigió una mirada furiosa a Shae—. De que tengas que pensar en los sentimientos de los extranjeros antes de tomar cualquier decisión. ¿Les va a gustar esto a los espenios?… Habría que ver qué es lo que piensan los de aquí. Cuentan con los clanes; ¿quieres que crean que no podemos hacer nada contra los enemigos extranjeros? Si tenemos miedo de actuar, de responder a una ofensa hecha al clan por lo que pueda decir la prensa extranjera de nosotros, no somos más que perros falderos que no se merecen el verde.

Shae lo miró con desdén, entrecerrando los ojos ante el insulto velado.

—No estoy diciendo que nos rindamos. Digo que tenemos que pillarlo de otra manera; de alguna manera que no implique una masacre pública justo delante de la mansión de Tialuhiya.

—Shae-jen no está errada —dijo Juen a Hilo—. Zapunyo tiene que pagar por sus actos, en eso estamos todos de acuerdo. Pero nos arriesgaríamos mucho si mandásemos una docena o más de nuestros mejores puños para intentar golpearlo directamente en su propio país. Necesitamos esos puños; yo, como cuerno, los necesito aquí en Yanlún. No podemos permitirnos perder esas vidas, y menos ahora que sabemos que, con tregua o sin ella, Montaña sigue siendo nuestro enemigo aquí y aprovechará cualquier debilidad.

—Entonces déjame ir solo,
Hilo-jen
—dijo Tar; parecía al borde de las lágrimas y su aura de jade chisporroteaba de frustración—. ¿Cómo puedo vivir, si no? Al menos déjame intentarlo.

Hilo le dirigió una mirada curiosamente amable, pero también enfadada.

—Estás diciendo tonterías, Tar. Tenemos que estar preparados para morir, es cierto, pero no para morir inútilmente. ¿Cómo vas a mirar a la cara a Kehn en el más allá sin quedar como un idiota? ¿Crees que voy a dejar que desperdicies tu vida?

Tar abrió la boca como si fuera a discutir; después la cerró y apartó la mirada, avergonzado. Hilo se hundió más en el sillón, frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás. Al otro lado de la puerta cerrada del despacho se oían los pasitos de los niños que corrían arriba y abajo por la escalera, y después, la voz de Wen llamándolos a comer.

—Le prometí a mi mujer que vengaría a su hermano y castigaría a los que pusieron en peligro la vida de nuestros hijos —dijo Hilo en voz baja—. Si tuviera que decir lo que desearía hacer, sería exactamente lo mismo que ha dicho Tar. —Apretó los labios, levantó la cabeza y miró a sus consejeros—. Pero Shae tiene razón. Siempre ha tenido la cabeza más fría que yo, incluso cuando está furiosa. También estoy pensando en lo que ha dicho Juen. Hemos conseguido muchas cosas las últimas semanas, pero a Ayt le

encantaría que mordiéramos más de lo que podemos tragar y nos creáramos problemas de los que ella pudiera aprovecharse. Es muy probable que cuente con ello, ya que Montaña estuvo todo el tiempo animando al barukano a que fuera a por nosotros. Así que lo de pillar a Zapunyo… No podemos ahora mismo, al menos de esta manera —dijo de mala gana, pero con determinación. Se puso en pie, indicando que la reunión había terminado, pero al levantarse le puso una mano en el hombro de Tar—. Cuál será la manera, todavía no lo sé. Pero recuerda: tardamos años en vengar a Lan, pero a pesar de todo, lo vengamos. Y ni siquiera ese asunto está concluido del todo; no acabará hasta que el clan Montaña esté aniquilado. Así que debemos tener paciencia.

Hilo estaba esperando en la cubierta de recreo del Herencia cuando Ven Sando subió a bordo del yate, como acostumbraba todos los sextodías por la mañana. El presidente de la naviera

K-Star

se sorprendió, como era de esperar, al ver al pedestal de Sin Cumbre sentado a solas con una bebida que había sacado del minibar del barco. Ven pareció estupefacto; después, furioso y, por último, un poco asustado. Abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada, Hilo alzó una mano y se puso en pie con un movimiento fluido.

—Ven-jen, creía que éramos amigos —dijo con un leve tono de decepción que hizo que Ven Sando palideciera y se quedara helado.

—Lo somos, Kaul-jen —protestó el orondo empresario—. ¿Por qué ibas a pensar otra cosa?

—Los amigos no hacen promesas que no pretenden cumplir —dijo Hilo, acercándose despacio a Ven—. La última vez que estuvimos en este bonito barco tuyo me diste la impresión de que podríamos trabajar juntos para crear una situación mejor para los dos clanes. Eso fue hace un año y medio. —Frunció los labios—. Con todo lo que ha pasado los últimos días, me doy cuenta de que hemos estado muy ocupados. Pero mi mayor problema es que Ayt Mada sigue siendo el pedestal de Montaña. Mi hombre del tiempo me ha dicho que no le devuelves las llamadas. No puedo evitar pensar que no te tomas en serio nuestro acuerdo.

—Kaul-jen, he expresado abiertamente mis críticas al liderazgo de Ayt. He tenido conversaciones fructíferas sobre el futuro del clan

con muchos compañeros influyentes y he reunido un fuerte apoyo a la idea de un cambio de dirección; de un regreso a nuestras raíces más honorables, me atrevería a decir. —Ven carraspeó y cruzó los gruesos brazos—. Hace falta tiempo para preparar como es debido un cambio de una naturaleza tan… irrevocable. He supervisado más de unas pocas adquisiciones comerciales durante mi larga trayectoria, y puedo decir…

—Esto no es una adquisición empresarial —interrumpió Hilo—. Ayt Mada procede del lado de los negocios; fue hombre del tiempo, pero cuando murió su padre, solo tardó seis días en matar a sus rivales y hacerse con el control de Montaña. Has dicho que es inepta y ambiciosa, que comete error tras error, así que explícame cómo es posible que en casi dos años no hayas conseguido lo que a ella le llevó seis días. —Ven no respondió—. Creo que has perdido el valor —siguió Hilo, con un tono comprensivo en el que había un deje amenazador—. La guerra de Urtoko está siendo mala para el mundo, pero buena para la economía del país. Hay tantos extranjeros que necesitan transportar cosas alrededor de Kekon que los negocios le van de maravilla a la naviera
K-Star
, por lo que tienes otras cosas en la cabeza. Al público y a los accionistas ha empezado a gustarles esta presunta paz entre los clanes. Así que ahora no estás tan convencido de querer arriesgar la vida. Quizá creas que no estaría tan mal dejar las cosas como están y olvidar lo que hemos hablado.

Ven se apartó de Hilo y se apoyó en la borda.

—No he olvidado lo que hablamos —dijo secamente, aunque no sonaba muy seguro de sí mismo—. Pero necesito el respaldo del clan para actuar. La familia Koben tiene seguidores, incluidos los Tem y los Gam. La familia Iwe tiene sus propios aliados. Después del asesinato de Koben Ento… —Miró a Hilo con desconfianza—. Hay gente en ambos bandos que quiere sangre. Ayt tuvo una reunión privada urgente con los jefes de la familia Koben y se las arregló para calmar la crisis, pero con toda esta tensión es difícil reunir apoyos para una tercera alternativa. Y ahora que Guim va a ocupar el puesto de canciller del Consejo Real, sustituyendo a Son, ni siquiera los detractores de Ayt dentro de Montaña quieren que se note mucho que existen disensiones.

—Hablas como un político, no como un huesos verdes —replicó Hilo con desprecio—. Yo no tenía el apoyo de mi clan entero cuando me convertí en pedestal. Y si Ayt hubiera tenido el apoyo completo del clan, no le habría hecho falta matar al cuerno de su padre y a su propio hermano. Si quieres liderar, no puedes esperar a que todos se pongan en fila detrás de ti. —Fue hasta la borda y se colocó junto a Ven—. Es posible que no me explicara con absoluta claridad la última vez. Te ofrecí el apoyo y la amistad de Sin Cumbre porque compartíamos el deseo de ver a Ayt Mada derribada y despojada del poder. Si ya no es el caso, si ya no deseamos lo mismo, no hay ningún motivo para que sigamos hablando. —Inclinó la cabeza como si estuviera pensando. Su voz se suavizó ominosamente—: Si no hay nadie con quien pueda contar para que la desafíe, bien podría resignarme a pasar página con mi vieja enemiga y hablarle de los traidores de dentro de su clan.

—¿Condenarías a muerte a mi familia? —dijo Ven sin expresión.

—El destino de tu familia es responsabilidad tuya, no mía. Quizá si te cortas la oreja y te arrojas a sus pies, Ayt perdone la vida a tus hijos, pero se podría afirmar que tus días de navegar se habrían acabado. Has elegido un camino en el que no hay vuelta atrás. Ahora tienes que seguirlo hasta el final… o te empujaré afuera. —Dejó el vaso en la repisa de la borda y se inclinó hacia Ven, que se quedó rígido al oír su voz cerca de la oreja—. Se me está agotando la paciencia. El año que viene, por estas fechas, Ayt Mada tiene que estar dando de comer a los gusanos. O responderás ante los dos.

Hilo apoyó una mano en la borda, saltó usando Ligereza y echó a andar por el muelle hacia donde lo esperaba Maik Tar con el Duchesse.

# Capítulo 51
# Los desafortunados

Cuando Kaul Maik Wen fue a pasar el control de aduanas e inmigración en Espenia, puso en la cinta de la máquina de rayos X la chaqueta doblada y el maletín cerrado de acero que llevaba, y a continuación pasó por el detector de metales. Un guardia del aeropuerto internacional de Puerto Massy cogió el maletín cuando llegó al extremo de la cinta y le pidió que lo acompañara. El guardia llevó a Wen a otra zona de control: una habitación de paredes grises con un par de sillas contra la pared, una mesa metálica y la bandera de la República de Espenia colgada de la pared. Llegó otro guardia. Le pidieron el pasaporte y lo estudiaron.

—¿Viene de Kekon? —preguntó uno. Ella asintió—. Abra el maletín, por favor.

Wen marcó la combinación de la cerradura y pulsó los goznes que soltaban el cierre. Abrió el maletín y reveló el interior forrado de terciopelo lleno de gemas pulidas: algunas, sueltas; otras, incrustadas en gargantillas, pulseras y gruesos anillos de oro. El verde pulido brillaba con reflejos amarillentos bajo la luz de los fluorescentes. Un agente de aduanas dio un pequeño paso atrás; el otro se adelantó.

—¿Esto es…? —empezó a preguntar el que llevaba guantes, pero Wen lo interrumpió.

—No, no; por supuesto que no —se apresuró a asegurar a los guardias. Se echó a reír, como si le diera vergüenza haberlos sobresaltado—. Parece jade, ¿verdad? Solo es nefrita. Pero es bonita, ¿verdad? —Cogió una joya, un collar, y se lo tendió a un guardia. El hombre vaciló, pero ella sonrió animándolo y añadió—: Soy vendedora de joyería al por mayor. La nefrita es uno de los sectores que están creciendo más deprisa. Ahora todo el mundo ha

oído hablar del jade y se ha puesto de moda parecer un fiero huesos verdes kekonés. En Shotar lo llaman «estilo barukano, —y en Espenia—, elegancia militar». Mirad. —Aflojó el pañuelo que llevaba al cuello y mostró la gargantilla triple, y se tocó las pulseras de las muñecas—. Viajo a Puerto Massy para reunirme con unos clientes.

El guardia tocó el collar y lo examinó.

—Al principio he creído que era verdadero jade bioenergético —reconoció. Se lo pasó al otro guardia—. ¿Puedes distinguirlos?

Wen se dio cuenta, por la expresión de su cara, de que ninguno podía. Con una lupa y ojo experto se podía ver la diferencia entre la estructura interna de la nefrita y la del jade auténtico. Por supuesto, el contacto con el jade provocaría una reacción fisiológica, pero incluso sin tocar las joyas, cualquier huesos verdes sería capaz de decir con una simple ojeada que las gemas del maletín no eran otra cosa que jade de los tontos; no eran tan duras ni lustrosas y el tono de verde era distinto, más lechoso y opaco que el jade real. Sin embargo, los agentes de aduanas eran espenios que no se habían criado rodeados de la sustancia auténtica. No podían darse cuenta de que las gemas del maletín eran diferentes de las que llevaba en el cuello y las muñecas (jade verdadero que valía muchísimo más que la pila de piedras inertes), y aunque cogieron y examinaron unas cuantas piezas más del maletín, no miraron de cerca la gargantilla ni las pulseras de Wen. Esta contaba con la ignorancia y la maniobra de despiste; el impulso natural de los guardias era prestar atención al gran maletín de gemas, no a las pocas que ella llevaba encima. Algunos de los aeropuertos más importantes, incluido el de Puerto Massy, tenían perros entrenados para detectar las auras de jade, pero Wen había pasado ante ellos sin ningún problema. Los ojos de piedra no abukei eran tan escasos que los espenios no los tuvieron en cuenta al diseñar las medidas de seguridad.

A pesar de todo aquello, habían tomado precauciones: el jade que llevaba Wen iba recubierto de una capa ligeramente opaca para atenuar el color y el brillo y que pareciera nefrita incluso a un ojo experto. Para limpiarlo bastaría usar después un simple quitaesmaltes.

—¿Tiene documentación? —dijo el guardia. Wen tenía; les pasó

unas cuantas hojas con el membrete de una empresa de joyería llamada Gemas Divinas, con sede en Yanlún. Contenían el listado de piezas y una estimación de precios. Les dio a los guardias su tarjeta de negocios.

Un guardia cogió unas cuantas gemas y la documentación y salió de la sala.

—Gracias por su paciencia —dijo el otro—. Tenemos que comprobar que todo cuadra; seguro que lo entiende. Yo mismo he creído al principio que era jade auténtico.

Wen soltó una risilla.

—Si lo fuera, yo sería la huesos verdes más poderosa del mundo y viajaría con una docena de guardaespaldas para vigilar un maletín que valdría millones de thalires. Las muestras que llevo son valiosas, pero no tanto. Descuide; entiendo la necesidad de comprobarlo. Me han dicho que el contrabando de jade es un verdadero problema.

Se sentó en una silla y se dispuso a esperar. Sabía que estaban examinando la estructura y el grano de las muestras con una lente de aumento y que probablemente telefonearían a Gemas Divinas para comprobar que, en efecto, ella trabajaba para la empresa. La llamada se dirigiría a un número secreto que correspondía a una línea instalada en la oficina del hombre del tiempo. Quien respondiera aseguraría a los agentes de aduanas que Wen era, en efecto, la jefa de ventas, y que llevaba cuatro años trabajando para la empresa.

Wen y Shae habían debatido y descartado media docena de posibilidades diferentes para transportar a escondidas jade tallado; todas requerían una combinación de envíos de las gemas por medios susceptibles de inspección o robo, o la necesidad de que pasaran por otras manos: agentes que podían no ser de fiar, que podían traicionarlas o que no serían capaces de manejar el jade sin que los detectaran. Como estaban al tanto de los detalles de la campaña implacable de Kehn contra las operaciones de Zapunyo, conocían demasiado bien los trucos usados en el contrabando, pero también las muchas formas en que podían fallar. Al final, Wen declaró con impaciencia: «Esto es una tontería,

Shae-jen

. Soy ojos de piedra. A veces la respuesta más obvia y directa es la

mejor». Shae se había resistido un poco más, pero Wen sabía que no podía rebatir la lógica.

El inspector de aduanas regresó a los veinte minutos y le devolvió a Wen el pasaporte, el papeleo y las muestras.

—Puede irse, señora.

Wen sacó del maletín dos anillos de nefrita y se los ofreció a los hombres.

—Quédenselos —insistió—. Son muestras; tengo más que de sobra.

Uno empezó a alargar la mano para aceptar el anillo, pero el otro negó con la cabeza.

—No se nos permite, señora.

Wen pareció decepcionada.

—Tomen esto al menos, entonces. —Y le dio a cada uno un llavero de nefrita con la marca «Gemas Divinas» grabada en las dos caras. Se ajustó otra vez el pañuelo del cuello, cogió el maletín, siguió al guardia afuera de la habitación y salió por la puerta del control aduanero.

Anden la estaba esperando en la zona de recogida de equipajes. Lo acompañaba un hombre robusto que llevaba una gorra y guantes negros, al que le presentó como Rohn Toro. Wen se alegró de ver a Anden. Durante un tiempo le había costado trabajo pensar bien de él. Siempre le estaría agradecida por su papel en la muerte de Gont Asch y por haber salvado el clan y la vida de su marido, pero entonces había dado la espalda a la familia y se había marchado, igual que Shae había hecho una vez. Aquello había destrozado a Hilo; nunca había sacado el tema, pero Wen se daba cuenta de que se culpaba, por mucho que ella le recordara que solo había hecho lo que era necesario.

Pero en aquel momento se alegraba de ver al joven. Se había convertido en un ancla de Sin Cumbre en Espenia, donde estaba demostrando su utilidad. Así que lo saludó afectuosamente y le dijo: «Tienes buen aspecto, hermanito». Anden sonrió a su manera discreta y reservada de siempre y le preguntó qué tal había ido el viaje. Ella le aseguró que todo había sido perfecto.

Fueron en el coche a un hotel y Wen se registró en una *suite*. Rohn se fue, diciendo que volvería en alrededor de una hora. Anden se quedó con Wen en la habitación del hotel, esperándola en la sala

de estar de la *suite* mientras ella se aseaba y se cambiaba de ropa. Aquel era el segundo viaje de Wen a Espenia. En el primero, dos meses antes, transportó un maletín de nefrita, pero no jade auténtico; había sido un viaje de prueba, para establecer precedentes en su papel de representante de Gemas Divinas y para familiarizarse con lo que tenía que esperar cuando pasara por la aduana. Todavía la sorprendía el frío que hacía en Puerto Massy, y se alegró de haber metido jerséis y bufandas en el equipaje. Salió a la sala y abrió las gruesas cortinas para ver el exterior. Puerto Massy, cargado de humo y gris a la luz del atardecer invernal, se extendió ante ella. Wen se sentía hechizada por la majestuosa extrañeza de aquel lugar, y le llamaba la atención que el Mástil pareciera mucho más pequeño en la realidad que en las postales. Estaba impaciente por explorar la ciudad y disfrutar de unas cuantas vistas famosas.

Anden quitó el sonido del televisor y le preguntó si necesitaba algo. Wen negó con la cabeza y se sentó junto a él, alisándose la falda sobre las rodillas. Le tocó el brazo.

—Anden —dijo—, Hilo sabe que estoy en Puerto Massy trabajando para el hombre del tiempo en los proyectos de inversiones inmobiliarias extranjeras, pero no sabe nada de la otra parte. No debes mencionarle nunca que soy yo quien introduce el jade en el país. —Anden la miró y después bajó la vista a las manos; estaba claro que no le hacía gracia que le pidiera que guardara un secreto. Wen continuó—: No lo aprobaría. Sabes cómo piensa sobre ciertas cosas: con Hilo, o eres huesos verdes o no lo eres.

—Lo sé. No quiere que yo vuelva a Yanlún mientras no sea verde.

—Eso no es verdad. Todos te echamos de menos. Pero tus primos tienen sus razones. Shae cree que te vendrá bien tener una educación espenia, que hables el idioma y que tengas experiencia viviendo en el extranjero. Podrás aplicar esas ventajas al servicio del clan, incluso aunque no portes verde. ¿No compensa eso el trago de estar lejos de casa una temporada ahora que todavía eres joven? Hilo… Bueno. —Wen sonrió con expresión resignada—. Cualquiera que no porte jade es un poco como un niño para él, alguien a quien proteger del peligro y de las realidades en las que no participamos. Ni siquiera yo soy una excepción. Sé que me ama y que valora mis

opiniones, pero no estoy del todo en su mundo. Si se muestra distante y severo contigo, es porque no sabe dónde encajas ahora ni cómo tratarte cuando vuelvas.

Anden le dirigió una mirada escrutadora, seria pero esperanzada. Wen pensó que aunque el joven no fuera un Kaul de nacimiento, en aquel momento se parecía a Lan mucho más de lo que se habían parecido nunca Hilo ni Shae.

—¿Hablarás con él por mí? —preguntó—. ¿Y con Shae-jen? Por supuesto, guardaré tu secreto en cualquier caso —se apresuró a añadir—; lo que pasa es que sé que a ti te hacen caso.

—Hablaré con él —prometió Wen, conmovida por su fervor. Entrelazó el brazo con el suyo—. No se vive tan mal en Puerto Massy, ¿verdad? Shae me ha dicho que tienes una familia de acogida, que hay un barrio kekonés entero y que incluso jugáis al balón relevo. Llevas aquí casi tres años; ¿te parece que tienes amigos aquí, cosas que te hacen feliz, personas que te importan?

—Sí —contestó Anden—. Tienes razón: no se está tan mal. De hecho, se está bastante bien. Ya he acabado las clases y estoy… viendo a alguien. —Se ruborizó y pareció casi sorprendido por haberlo reconocido, pero Wen se limitó a sonreír; eran los miembros desafortunados de la familia, cada uno a su manera. ¿Quién mejor que ellos para confiarse esas cosas?—. Jamás habría imaginado que encontraría a alguien en Espenia, y es muy espenio en muchos sentidos. Aunque ahora no nos vemos tan a menudo como antes. —Su voz se tornó un tanto preocupada—. No es que sea infeliz en Espenia, pero creo que nunca me sentiré realmente en casa aquí. Y es duro estar tan lejos con todo lo que le está pasando a la familia. —Se giró hacia Wen—. Cuando me enteré de lo que le había pasado a Kehn pensé que debería haber estado allí. Sé que no había nada que yo pudiera hacer, que no tenía ninguna forma de ayudar, pero… Sigo pensando que debería haber estado allí.

Wen sonrió tristemente y se frotó los ojos.

—Yo tengo todos los motivos para quedarme en casa. Hilo lo preferiría, y los niños todavía son pequeños. Deberías ver al bebé de Lina; se parece muchísimo a Kehn. Los echo de menos un montón cada vez que me voy. Pero creo que debo estar aquí, haciendo algo más. Así que es verdad que se puede ser feliz y seguir insatisfecho.

Llamaron a la puerta. Anden echó un vistazo por la mirilla y luego, abrió y dejó pasar a Rohn Toro y a otros cuatro hombres, que entraron deprisa y cerraron. De repente la habitación estaba abarrotada; Wen agradecía la presencia familiar de Anden entre aquellos desconocidos. Todos los visitantes eran huesos verdes que hablaron con Anden y entre ellos en espenio, pero dieron la bienvenida a Wen en kekonés, la saludaron con respeto y afirmaron que era un honor conocerla.

Solo había dos sillas ante la mesa de la habitación del hotel; Wen y Anden se sentaron, y los cinco huesos verdes esperaron de pie. Wen puso en la mesa la gargantilla de jade, las pulseras y tres ristras de cuentas que había pasado ocultas bajo la ropa. Al llegar al hotel había metido todo el jade en el lavabo y lo había cubierto con disolvente para quitar la capa de barniz, y después lo había puesto a secar. Ahora brillaba como ningún otro material de la tierra: auténtico e inconfundible jade kekonés.

Mientras todos observaban, con un cortaalambres separó cuidadosamente las piezas de jade, que fue apilando en un paño negro colocado en el centro de la mesa. Cuando terminó había doscientas cuentas, todas del mismo tamaño. Era casi tanto jade como el que se podría esperar encontrar en media promoción de estudiantes de la academia Kaul Du. Una auténtica fortuna. Un susurro reverencial circuló entre los hombres. Ninguno tocó el jade; todo junto era demasiado para que cualquiera pudiera manejarlo con seguridad. Cualquiera excepto un ojos de piedra.

Rohn rebuscó en una mochila que había llevado y sacó cinco cajitas forradas de plomo con tapas de bisagra. Wen dividió las cuentas a partes iguales entre las cajas. Las cerró y cada uno de los huesos verdes cogió una. Le habían dicho a Wen que eran gente de absoluta confianza del pedestal de aquella ciudad: Rohn y dos capitanes suyos de Puerto Massy, un hombre de Adamont Capita y otro que había recorrido todo el camino desde la ciudad de Resville. Una vez realizado el reparto, saludaron y se marcharon.

—Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre —dijo el más joven de los hombres de Rohn en kekonés fluido, aunque con un poco de acento. En un solo día, el clan Sin Cumbre había proporcionado a la comunidad kekoespenia tanto jade como el que portaba un pelotón del ejército espenio. Los cinco líderes repartirían

el jade entre los subordinados dignos de él; todos se habían comprometido a hacerse absolutamente responsables de los huesos verdes a los que entrenarían y equiparían, y se daba por sentado que la prudencia y la discreción eran de la máxima importancia si pretendían aprovechar aquella nueva ventaja sobre las bandas y, al mismo tiempo, evitar que los descubrieran los agentes de la ley.

Por último, Wen sacó el maletín de acero lleno de jade de los tontos y se lo pasó sin ceremonia a Rohn. No existía ninguna empresa llamada Gemas Divinas, pero hacía poco que habían montado un negocio espenio llamado Importaciones Kekonesas, dirigido por un empresario kekoespenio y financiado en parte por la recién creada sucursal de la oficina del hombre del tiempo en Puerto Massy. Rohn entregaría el maletín de gemas verdes a Importaciones Kekonesas, que a su vez vendería el material a las joyerías espenias. Rohn cruzó unas palabras cordiales con Anden y se marchó.

Cuando se quedó a solas con Anden, Wen dejó escapar un profundo suspiro y se quitó los zapatos. Se puso cómoda en el sofá y se masajeó los talones. Anden siguió sentado donde estaba, pero también pareció inmensamente aliviado. No era poca cosa haber pasado a escondidas tanto jade desde el otro extremo del océano Amárico y haberlo depositado en las manos de quienes lo esperaban.

—¿Quieres ir a comer algo? —preguntó Anden.

Wen se levantó, contuvo un bostezo y se figuró que disponía de una hora antes de que la golpeara el desfase horario.

—Me encantaría. Llévame adonde te parezca mejor; confío en ti para que me enseñes cómo es la comida espenia. Después creo que lo mejor será que me acueste pronto. —A la mañana siguiente tenía que ir a la sucursal de la oficina del hombre del tiempo. Su trabajo oficial como asesora de diseño de las propiedades del clan no era una tapadera; al día siguiente tendría que revisar planos de construcción.

# Capítulo 52
# Esto es serio

La sucursal de la oficina del hombre del tiempo en Espenia establecida en Puerto Massy se había instalado en la calle Garden, que no quedaba exactamente dentro del barrio financiero pero sí suficientemente cerca para seguir considerándose el centro de la ciudad. Anden iba y volvía en metro a diario; no tardaba más que quince minutos de puerta a puerta. El alquiler de su apartamento era demasiado caro para lo que obtenía, pero estaba en uno de los mejores edificios de Trampasur y a solo una manzana de la estación de metro, con lo que tenía que pasar mucho menos tiempo a la intemperie durante los meses más fríos del invierno.

El señor y la señora Hian le habían asegurado que no había ningún problema por que se quedara con ellos cuando terminara los estudios. «No nos causas ninguna molestia, Anden-se —habían insistido—. Eres el mejor huésped que hemos tenido; eres prácticamente como un tercer hijo para nosotros, y nos ayudas mucho».

Anden se sintió tentado; apreciaba de verdad a la anciana pareja. Gracias a ellos sentía como si tuviera un hogar en Puerto Massy. Se había acostumbrado a la cocina de la señora Hian y a disponer de su espacio personal en la habitación de invitados. (El ruido de detrás del edificio había dejado de perturbar su sueño hacía mucho tiempo). Pero, tal como explicó pesarosamente a sus anfitriones, ahora que iba a trabajar en el centro y ya no tenía que ir a la universidad de Puerto Massy, tenía sentido que se mudara a una zona más céntrica. Además, aunque no lo mencionó, los Dauk habían renovado y vendido el antiguo apartamento de Cory, de modo que ahora que Anden iba a tener ingresos imaginó que debería tener un lugar propio donde poder pasar la noche con Cory

cuando este estuviera en Puerto Massy. Anden prometió a los Hian que seguiría visitándolos a menudo, cosa que cumplió; de hecho iba con más frecuencia que los hijos de la pareja, les llevaba comida y los ayudaba a limpiar la nieve de la entrada en invierno. Siguió viendo a algunos de los viejos amigos del balón relevo, pero menos que antes: Derek tenía un nuevo trabajo; Sammy se entrenaba regularmente con Rohn Toro, y a Tod, el ejército lo había destinado ocho meses en otro lugar.

Sin Cumbre había establecido las operaciones en un edificio de oficinas que alojaba un par de bufetes y gestorías, una agencia de publicidad, un centro de estudios de preparación para la universidad y la sede central de una cadena de autoescuelas. En el directorio del vestíbulo y en la puerta principal, la sucursal de la oficina del hombre del tiempo aparecía, en espenio y en kekonés, como: «Oficina de enlace de sociedades comerciales de Kekon». Allí trabajaba un total de doce personas, cuatro más que las que había seis meses antes, cuando Anden había empezado. El cargo oficial de Anden era «asociado de grado inicial», lo que al principio no le dio ninguna pista sobre el trabajo que tendría que hacer pero que dedujo que sería el equivalente a la posición inicial que ocupaba un hacedor de fortuna de cuarto o quinto nivel. Aquello era irónico y le hizo gracia; teniendo en cuenta las notas que sacaba en matemáticas cuando estudiaba en la academia Kaul Du, jamás habría imaginado que un día se encontraría trabajando en el lado de negocios del clan.

Por suerte, nadie esperaba de él que hiciera mucho trabajo de oficina. Hami Tumashon, su jefe, había sido hasta hacía poco el director de los hacedores de fortuna de Sin Cumbre y era subordinado directo de Kaul Shaelinsan. Hami sabía exactamente quién era Anden.

—Kaul Shae-jen me ha dado libertad para elegir a mi equipo, con la única condición de que tú formes parte. —Hami era muy directo, y cuando hablaba, Anden captaba el acento de Yanlún, detalle que nunca había notado en sí mismo pero que ahora se daba cuenta de que era claramente diferente a la forma en que hablaban los kekoespenios como Cory. Hami estudió a Anden y acabó diciendo, con brusquedad pero sin resentimiento—: Así que tengo a un Kaul soplándome en la nuca e informando a Yanlún para que

estén seguros de que no pierdo el tiempo y el dinero del clan.

—Señor Hami —dijo Anden, consciente de que estaba muy poco cualificado—, acabo de conseguir mi título de la universidad y mis primos están intentando encontrarme una ocupación, eso es todo. Debo ayudarlo de cualquier forma que pueda, pero si no le sirvo de nada, dígamelo sin más.

Una de las primeras tareas que le encargó Hami fue reclutar más personal. «Necesitamos gente de aquí —explicó—. Espenios nativos o nacionalizados que sean bilingües y que conozcan el mercado, la cultura y la forma en que se hacen los negocios en este país. Si tienes amigos en la comunidad kekonesa de Puerto Massy, empieza por ahí y mira a ver si das con unas cuantas pistas».

Anden fue a ver a Dauk Losunyin y le explicó la situación. Dauk asintió pensativo. «Si puedo hacer algo para ayudar al negocio de tu familia, cuenta conmigo». El pedestal de Trampasur estaba de buen humor últimamente; su hija menor había dado a luz a una niña (su tercera nieta) y la policía ya no lo vigilaba, pues estaba demasiado ocupada con el violento conflicto que había estallado entre las tres bandas principales.

Por lo que Rohn Toro le había contado a Anden, al jefe Kromner había empezado a inquietarlo el aumento de nivel de Reams el Flaco; además, sospechaba que estaba sacando tajada por su cuenta en el nuevo negocio del jade. Había ordenado a Duke el Polilla, otro de sus capataces, que liquidara a Reams, pero este había escapado y se había aliado con Anga Slatter, que sabía que la banda del Barrio Sur de Kromner iría a por la de Wormingwood antes o después y había aprovechado aquella oportunidad para actuar preventivamente. Reams y Slatter consiguieron la colaboración tácita de la banda de la calle Baker, y poco después aparecieron los cadáveres del Polilla y dos de sus hombres en un varadero, estrangulados y asfixiados con bolsas de plástico blancas cubriéndoles a la cabeza. Era la firma de una ejecución al estilo de las bandas, destinada a servir de ejemplo y advertencia. Kromner tuvo que esconderse en la parte sur de la ciudad.

Durante la primavera y el verano, las luchas entre bandas y la espectacular caída del famoso jefe criminal de Puerto Massy recibieron gran cobertura mediática y ocuparon titulares de primera plana en los periódicos de la ciudad. Le echaron la culpa de la

violencia al jade, que había ganado popularidad en el mercado negro gracias a la continua atención internacional dedicada a la guerra de Urtoko. Cuatro miembros de la banda de Wormingwood fueron asesinados a plena luz del día; los testigos declararon que los dos asesinos se movían a mucha más velocidad que un ser humano normal. Hubo ocho hospitalizaciones por envenenamiento por jade y sobredosis de
SN1
. El departamento de policía de Puerto Massy, enfrentado a acusaciones públicas de corrupción e ineptitud, cargó contra las bandas. Se descubrió y clausuró un taller clandestino de pulido de jade junto al río Camres, y se deportó a los trabajadores inmigrantes drogados.

Con las bandas acuchillándose entre ellas y la policía atribulada, la comunidad kekonesa de Trampasur estaba de lo más tranquila. Mientras se realizaban las tareas de reparación del centro comunitario, el reñidero se trasladó discretamente a un almacén perteneciente al tío de Derek. Cuando se reabrió el espacio original hubo muchas peticiones de que la sede provisional siguiera abierta también, de modo que los huesos verdes tenían más lugares para entrenarse de día, y por las noches había más aforo y el dinero de las apuestas circulaba libremente. Una semana después de que saltara la noticia de que habían localizado al jefe Kromner y la policía lo había detenido por el cargo (inventado) de explotación laboral, Anden recibió una llamada de Dauk Losun sin ningún motivo en especial; solo quería preguntarle qué tal le iba en su nuevo apartamento y su nuevo trabajo.

—Amigo mío —había dicho Dauk—, si tu familia o tú necesitáis algo, por favor, no dudes en pedírmelo. Que el resplandor de los dioses ilumine a Sin Cumbre, como dicen en la vieja patria.

Un par de semanas después de que Anden pidiera ayuda, Dauk Sana se presentó en la oficina de enlace de sociedades comerciales de Kekon con una lista de dos docenas de nombres. Anden se la presentó a Hami y los dos mayores pasaron un rato hablando sobre de qué parte de Kekon eran las familias respectivas; después, Sana fue al grano.

—La señora Kuni es una de mis clientes más antiguas; tiene problemas digestivos. Ahora mismo, su hijo trabaja en hipotecas,

pero no le gusta demasiado; le podría interesar un trabajo nuevo. Siempre fue bueno en sus estudios. Su kekonés es regular. —Dauk Sana desplazó el dedo al segundo nombre de la lista—. Esta es una amiga de mi hija mayor. Estudiaron juntas en la facultad de Derecho; pidió una excedencia para tener un bebé. Ahora quiere volver a trabajar, pero su antigua empresa dice que su puesto ya no existe. Es muy inteligente, y la familia de su marido tiene relación con el ejército espenio…

De la lista de veinticuatro nombres de Dauk Sana, diez personas se mostraron interesadas cuando se pusieron en contacto con ellas; entrevistaron a siete y contrataron a cuatro.

Hami estaba encantado. Al parecer, Anden había demostrado servir para algo, así que a continuación le encargó que averiguara todo lo que pudiera sobre el mercado de licores, lo que implicaba leer publicaciones especializadas, recorrer tiendas de bebidas, restaurantes y bares para interrogar a los propietarios y adquirir muestras de cientos de bebidas alcohólicas, empaquetarlas y enviarlas a Yanlún para realizar pruebas comparativas. Sin Cumbre creía que podría haber mercado para el hoji kekonés en Espenia. Después lo enviaron a localizar inmuebles adecuados para actividades comerciales.

Conforme los días de otoño se fueron haciendo más fríos y se empezaron a instalar de nuevo las decoraciones de la fiesta de la Cosecha, Anden se sorprendió descubriendo que le gustaba su trabajo. Sus compañeros eran en su mayoría kekoneses, así que se sentía cómodo entre ellos, pero las tareas que le encomendaban necesitaban mucha interacción con gente de fuera, y hablar, leer y escribir en espenio. Sus obligaciones eran variadas y consistían en hacer cualquier cosa que Hami necesitara, así que rara vez se aburría, y aprendió mucho sobre cómo se dirigía una sección de la oficina del hombre del tiempo y sobre diferentes sectores de la economía espenia.

De vez en cuando recibía un encargo del que Hami le decía discretamente que «viene del lado más verde del clan», lo que significaba que era un asunto importante para el cuerno, o quizá para el mismísimo pedestal. Una vez le dijeron que examinara guías telefónicas e informes del gobierno e hiciera unas cuantas llamadas discretas para descubrir dónde se encontraban dos antiguos

militares; hacía poco que habían quedado en libertad provisional tras pasar un año en la cárcel por raptar y violar a una muchacha kekonesa mientras estaban destinados en la isla de Euman. Anden hizo un par de viajes (uno a Orlow, un barrio residencial situado al sur de Puerto Massy; el otro a la ciudad de Evenfield, que estaba a cinco horas) para asegurarse de que su información era correcta, pues sabía que aquellos hombres iban a ser castigados, posiblemente con la muerte. Cuando transmitió lo que había descubierto recibió una llamada inesperada de ultramar: Maik Tar en persona le pidió que le aclarara unos cuantos detalles, y después le dio las gracias por haber sido tan meticuloso.

Varias semanas después, Anden se enteró de que a uno de los violadores lo habían emboscado y molido a palos en un aparente intento de robo y había quedado paralizado de cintura para abajo, y el otro había sufrido amplias quemaduras de tercer grado en un incendio que destruyó su casa. Anden sospechó que era el único asociado de grado inicial a órdenes de Hami al que confiaban asuntos de esa clase, y lo consideró una señal esperanzadora. Cuando llegó a Puerto Massy hacía ya casi tres años, consideraba su situación desde una perspectiva sombría: era un exiliado dañado y sin jade que intentaba rescatar las pocas posibilidades de futuro que le quedaban. Pero ahora se daba cuenta de que quizá hubiera un camino hacia delante y que la niebla empezaba a despejarse.

Anden miraba afeitarse a Cory, descamisado delante del espejo. Tarareaba una cancioncilla que él no conocía. Era pleno invierno, un septimodía muy temprano, y aún no asomaba ni un indicio de luz del amanecer por las ventanas del apartamento de Anden, pero Cory tenía que coger el autobús de vuelta al campus porque aquella tarde tenía clases. Estaba en segundo curso de Derecho y más atareado que nunca. A veces iba a Puerto Massy a alguna celebración familiar, pero no tenía tiempo para ver a Anden, de modo que otras veces iba a la ciudad sin avisar, un día o dos, para pasar tiempo con él.

—No vayas a la estación de autobuses a recogerme —había dicho Cory por teléfono—. Mis padres no saben que voy y sería un lío tremendo tener que dar explicaciones si alguien nos ve. Iré en taxi a tu casa.

Anden despejaba su calendario; follaban, veían la televisión,

hablaban, volvían a follar. Cuando querían ir a un restaurante, al cine o al salón de juegos, cogían el metro para salir de Trampasur e iban a otra parte de la ciudad (Lochwood, Quince, Athwart) donde fuera poco probable que se encontraran con alguien conocido. Al principio, Cory iba todos los meses, pero con el tiempo los intervalos se fueron alargando a seis semanas, y después a ocho. Al mirar a Cory en aquel momento, Anden cayó en la cuenta de que no habían hablado de cuándo volvería; ninguno había sacado el tema.

—¿Con quién más te estás acostando? —preguntó Anden.

Cory lo miró sorprendido, cómicamente paralizado con la mitad de la cara cubierta de crema de afeitar.

—¿A qué viene eso? —preguntó, dolido e indignado—. Con nadie. Nada serio.

—¿Qué significa «serio»? ¿Esto es serio? ¿Vamos a alguna parte?

Anden nunca se había considerado posesivo y estaba sorprendido de oírse hablando con esa intensidad. Cory terminó de afeitarse, se limpió la cara con la toalla y volvió a la cama. Se tumbó sobre el cobertor. Las tres gemas de jade de alrededor del ombligo resaltaban contra la piel pálida.

—Mira, la facultad es estresante de cojones porque estamos trabajando todo el tiempo, así que cuando tenemos un respiro, hay unas cuantas fiestas desmadradas. En algunas me he emborrachado, nos hemos emborrachado todos, y he acabado dándome el lote con alguien. Una vez cayó un polvo de una noche, el curso pasado, que viéndolo ahora fue una estupidez. Pero eso es todo, te lo prometo. No estoy viendo a nadie más. —Ante el silencio de Anden, Cory alargó la mano y le tocó la barbilla con mirada suplicante—. Estoy contigo, bobo. Tú eres más real. Eres más joven que yo, pero tienes algo que te hace parecer mayor. Te tomas la vida más en serio. Yo… —Se encogió de hombros—. Intento tomarme las cosas con calma, ¿sabes? Vivir al día. No sé qué querré hacer cuando termine los estudios, pero intento mantener la mente abierta. —Se inclinó hacia delante y le besó el hombro desnudo—. Lo que tenemos ahora está bien, ¿no?

—Cory… —Anden dudaba si empezar esa conversación, pero le molestaba que nunca hubieran tocado el tema—. ¿Te plantearías si alguna vez… querrías vivir en Kekon? Si tengo la oportunidad de volver a Yanlún, me gustaría saber si es… algo que te pensarías.

Cory se apoyó en un codo, alzó las cejas y miró a Anden con atención.

—¿Es una pregunta hipotética o va a pasar de verdad? ¿Tu familia te ha pedido que vuelvas?

—Es hipotética —musitó Anden—. Es solo que he pensado que deberíamos hablar de ello.

—Bueno, hipotéticamente… —Se tumbó de espaldas, entrelazó las manos detrás de la cabeza y se quedó mirando el techo—. Sí, claro, no me importaría pasar algún tiempo allí. Ver el lugar de donde son mis padres, entrar en contacto con mis raíces ancestrales, esas cosas. Nunca he vivido en el extranjero; sería toda una experiencia. —Sus ojos danzaron con optimismo ante la idea—. Por supuesto, dependerá del momento y las circunstancias, pero todo es posible, colega.

—¿Qué pensarían tus padres?

Cory puso los ojos en blanco, exasperado.

—¿Por qué preguntas siempre eso? Cualquiera diría que son tus padres por la forma en que te preocupa. —Se sentó y soltó un resoplido que le levantó el flequillo—. Mira, he sido un buen hijo. He hecho lo que han querido: porto jade, ayudo a la comunidad, estudio Derecho. Mi madre siempre quiere tenerme cerca porque soy el pequeño, y mi padre espera que tenga «éxito», lo que para él significa una combinación muy concreta de huesos verdes de la vieja escuela y abogado rico. —Cory se echó a reír, pero la risa contenía una sombra de frustración. Se calmó y miró a Anden a los ojos—. Quiero portarme bien con mis padres, pero ya tengo edad para tomar mis decisiones. Si irnos a Kekon es importante para ti, para nosotros, entonces lo pensaremos seriamente. —Se inclinó y le dio a Anden un beso rápido; después sacó las piernas de la cama, se puso en pie y estiró su cuerpo largo y esbelto. Giró la cabeza hacia Anden mientras recogía la ropa—. Ya te has vuelto a quedar callado. Eh, no es como si hubiera prisa por decidir, ¿no? Podemos hablar más otro día. Se trata simplemente de averiguar qué queremos realmente.

Anden pensó más tarde en aquella conversación y siguió sintiéndose insatisfecho. Deseó haber sido más sincero y asertivo, haberle dicho a Cory que él ya sabía que quería volver a Kekon, y que, cuando llegara el momento, esperaba que fuera con él.

Entonces recordó lo que le había dicho Hilo la última vez que hablaron y sus dudas crecieron. «No sobreviviría como huesos verdes en Yanlún, lo sabes». ¿Tendría razón su primo? ¿Cory podría ser feliz en Yanlún? Sus posiciones se invertirían: Cory sería el extranjero. Si portaba jade allí, el aisho no lo protegería; ¿correría demasiado peligro? Aunque conocía los asuntos de su padre y estaba implicado en algunos, no tenía un auténtico conocimiento de la forma en que funcionaban los clanes en Kekon. Y si los Dauk no querían que su hijo se marchara, ¿crearía aquello una mala situación entre las familias, ahora que eran aliadas y los primos de Anden confiaban en la buena relación con los Dauk para cumplir los objetivos que perseguían en Espenia?

En aquel momento eran preocupaciones sin sentido, se dijo. Al fin y al cabo no tenía un calendario fijado ni un impulso real para imponer el tema. Era mejor vivir al día, como había dicho Cory.

Un sextodía por la mañana temprano, poco después del año nuevo kekonés, Anden recibió una llamada en su apartamento. Había salido de la cama apenas un cuarto de hora antes y estaba en el baño con los pies pegados al radiador mientras se lavaba los dientes, viéndose reflejado en la pequeña ventana que no mostraba al otro lado nada más que oscuridad gélida. El pequeño televisor que había encendido en la sala estaba recapitulando las noticias de la semana: aumento de la presión pública y política sobre el primer ministro Galtz y la Asamblea Nacional para que ordenaran la retirada de Urtoko, subida de los tipos de interés, el último cotilleo sobre una estrella de cine.

Al principio, Anden creyó que el timbre que oía procedía del televisor; después se dio cuenta de que debía de ser una llamada de Yanlún, porque, ¿quién si no iba a llamar a esa hora? En Kekon estarían a última hora de la tarde. Apagó el televisor y descolgó el teléfono.

—¿Sí? —dijo en kekonés; aun así, se sorprendió al oír la voz de Hilo, un poco amortiguada por la conexión de larga distancia.

—Tenemos que hablar contigo, Andy —dijo el pedestal—. Shae y Juen también están aquí. Te pongo en altavoz.

Desde que había ido a Espenia, Anden podía contar con los dedos de una mano las veces que había hablado con Hilo por teléfono. «No le gusta», le había explicado Shae una vez, en tono de

disculpa. Anden sospechaba que sería más exacto decir que no le gustaba hablar por teléfono con él; recordar al joven primo caído en desgracia y que estaba tan lejos. Y, desde luego, jamás había hablado con el pedestal, el hombre del tiempo y el cuerno de Sin Cumbre al mismo tiempo.

—¿Algo va mal? —preguntó preocupado.

La voz de Shae llegó desde el otro extremo, apagada por la distancia.

—Nada, Anden, tranquilo.

—Necesitamos tu ayuda, primo —dijo Hilo—. Hay que hacer una cosa en Espenia.

Anden encendió la lámpara y se sentó en la cama.

—¿Qué?

—Matar a un hombre —dijo el pedestal.

# Capítulo 53
# Pecados y compromisos

La diabetes de Zapunyo había acabado por afectarlo en serio después de muchos años, y necesitaba un trasplante de riñón. La atención médica de las islas Uwiwa estaba entre las peores del mundo y, como el dinero no era ningún problema para un contrabandista rico, había organizado un viaje a Espenia para dentro de seis meses, y pagaría lo necesario para que realizaran la operación en un hospital privado de Puerto Massy. Un espía de Sin Cumbre bien situado en las Uwiwa se había enterado de la existencia de aquella ocasión excepcional en que Zapunyo abandonaría su mansión fortificada de Tialuhiya; era la oportunidad que Hilo y Shae habían estado buscando desde el verano anterior.

Anden fue a ver a Dauk Losunyin y le explicó lo que quería.

—Dauk-jen, ese contrabandista, Zapunyo, rara vez abandona su fortaleza de las islas Uwiwa. Tiene montado un chiringuito en el que da trabajo a barukanos, pescadores de rocas y mano de obra barata para saquear jade de las minas, sacarlo de Kekon y enviarlo a los compradores del mercado negro de Ygutan y Urtoko, y a organizaciones tan peligrosas como las bandas.

—Ya veo. —Dauk asintió; lo entendía. Pero añadió—: El jefe Kromner está esperando juicio y puede que se pase décadas en la cárcel. Los otros jefes están escondidos. ¿Por qué tengo que pensar en este Zapunyo?

—Aunque Kromner vaya a la cárcel, otros ocuparán su lugar. Mientras el jade siga siendo ilegal y codiciado, habrá delincuentes en este país y en todo el mundo que intentarán ponerle las manos encima, y Zapunyo se lo venderá. Quizá los periódicos tengan razón y la caída de Kromner señale que el dominio de las bandas de Puerto Massy llega a su fin, pero quizá no, y quizá otros grupos

ocupen su lugar y representen para nosotros una amenaza aún mayor. La solución es aplastar el mercado negro en su origen, y eso significa impedir que siga saliendo jade de contrabando desde Kekon.

Estaban en la sala de la casa de los Dauk; el pedestal en un sillón, Anden en el sofá frente a él. Sana acababa de terminar con un cliente que había acudido a una sesión curativa, y en aquel momento paseaba por detrás de su marido acunando a su nieta dormida. Dauk miró a Anden con una sombra de decepción.

—Anden, a estas alturas ya os conocemos bien a tu familia y a ti. ¿Por qué no me dices qué queréis exactamente y cuál es el motivo?

Anden bajó la mirada a la taza de té que tenía en la mano. La dejó en la mesita.

—La primera vez que nos vimos te dije que era solo un estudiante; que a pesar de que eran mi familia, no podía hablar por mis primos de Yanlún. Ahora puedo decirte con toda sinceridad que, al venir a verte, estoy hablando en nombre del clan Sin Cumbre. —Esta vez sostuvo la mirada de Dauk—. Este hombre, Zapunyo, intentó matar al pedestal y es el responsable de la muerte del cuerno. Si mi cuñada y sus hijos hubieran estado en el coche en ese momento, también habrían muerto. Es un enemigo de mi familia que, gracias a la distancia y los recursos que tiene a su disposición, no ha sido castigado por sus actos. Tenemos que matarlo mientras está en Espenia.

Dauk dejó salir una larga exhalación.

—Dices que este hombre está bien protegido, que ni siquiera los guerreros huesos verdes de Sin Cumbre han podido llegar hasta él. ¿Cómo propones conseguirlo?

—No será fácil —reconoció Anden—. Mis primos tienen una idea, una forma de sobrepasar a los guardias barukanos, pero necesitamos tu permiso y tu ayuda,

Dauk-jen

. Necesitamos a Rohn Toro.

Dauk Losun se giró hacia su mujer.

—Déjame hablar un momento a solas con nuestro amigo.

Anden estaba sorprendido; jamás, durante todo el tiempo que conocía a los Dauk, el pedestal había pedido a su mujer que se marchara. Y lo que era más sorprendente, Dauk Sana apretó los

labios con aire de comprensión. Metió al bebé en el carrito.

—Daremos un paseo y cogeré unas cosas en la tienda —dijo. Abrió la puerta y salió de la casa, dejando a solas a Anden y a su marido.

Dauk Losun volvió a llenar las tazas y se recostó en el sillón.

—Desde el día en que los Hian te trajeron a mi casa, te he tenido cada vez en más estima. Me di cuenta de inmediato que eres la clase de joven que sería respetado en la vieja patria, alguien que es fiel a cada palabra que dice. La verdad es que desearía que mi hijo se te pareciera más, pero él es como es. Os tengo el mayor de los respetos a tu familia y a ti. De modo que cuando dijiste que venías a verme, estaba preparado para darte cualquier cosa que pidieras, porque valoro la amistad del clan Sin Cumbre tanto como mi propio jade. —La expresión normalmente abierta y amistosa de Dauk se ensombreció—. Sin embargo, tras haber oído lo que me pides, no puedo acceder a ayudarte.

»Una cosa es portar jade para la protección personal y para defender a amigos y vecinos. Es lo que han hecho siempre los huesos verdes; ninguna ley creada por los hombres puede cambiar eso. Nos mantenemos fieles a nuestras tradiciones, algo que otros no entienden, y no hacemos daño a nadie con ello. También es verdad que a veces debemos castigar a gente que ha perjudicado a nuestra comunidad y a criminales que son una amenaza para nosotros. Solo queremos lo que quiere cualquiera en este país: tener una buena vida y un futuro mejor para nuestros hijos. —Dauk hizo una pausa y se frotó la nuca—. No conozco a ese tal Zapunyo. Puede que sea un monstruo, pero no ha hecho nada que dañe directamente a nuestra comunidad. Podemos notar algunas repercusiones de la lucha por el jade que va de contrabando de Kekon a las islas Uwiwa, pero eso ocurre a un océano de distancia. No es nuestra lucha. Me estás pidiendo que asesine en suelo espenio a un hombre a quien no conozco, que exponga a mi familia y a mi buen amigo Rohn Toro a un peligro innecesario y al castigo bajo la ley de Espenia.

Anden no se sorprendió por la respuesta de Dauk; había advertido a sus primos de que bien podía ser justo aquella.

—Todo lo planeará y organizará Sin Cumbre usando nombres falsos. Yo seré el contacto, y no se podrá rastrear nada hasta ti. Mi pedestal te lo garantiza. Lo único que solicitamos es a Rohn Toro.

Después, el clan puede sacar a Rohn del país hasta que sea seguro que regrese. Puede esconderse en Kekon o donde quiera, en cualquier lugar; unas vacaciones pagadas.

—¿Dices que viniste a Espenia para no tener que ser huesos verdes? Escúchate, Anden. Hablas como un cuerno. —Sonrió, pero negó con la cabeza—. Lo siento. No puedo ayudarte con esto. —Anden se quedó en silencio, decepcionado. Dauk añadió—: Si esto es tan importante para ti, quizá deberías ser tú quien lo haga. Por supuesto que sé que estás entrenado para portar jade.

Anden apretó la mandíbula.

—Es algo que nunca me has preguntado,
Dauk-jen
, pero estoy seguro de que lo sabes: me enviaron a Espenia porque me negué a ser huesos verdes. Han pasado años desde la última vez que porté jade. No sé si sería capaz de controlarlo ni cómo me afectaría. Eso me convierte en alguien demasiado imprevisible para ser útil en esta situación, pero aunque no fuera así, me juré que no volvería a portar jade. Es lo único en lo que no puedo transigir.

Dauk guardó silencio más tiempo de lo que esperaba Anden. Parecía debatir consigo mismo.

—Lo entiendo —dijo al fin—, y aprecio que seas sincero sobre tu pasado. Así que yo también lo seré. Ha llegado el momento de que hablemos sobre lo único en lo que yo no puedo transigir.

—Cuando llegué a Puerto Massy con mi madre y mis hermanas, tenía catorce años. Una de mis hermanas, la menor, murió de neumonía solo dos años después. La mayor se escapó con un hombre al que mi madre desaprobaba y no volvimos a saber de ella. Así que nos quedamos solos mi madre y yo. Vivíamos en un piso, encima de una lavandería pública. Lo que más recuerdo de ese lugar era el olor del jabón que usaba todo el mundo entonces (Jabón en pastillas Purely) y la humedad. Las ventanas siempre estaban empañadas, y la pintura de las paredes se abombaba y se desprendía. En invierno se notaba aún más la humedad; era horrible.

»Casi todos los que vivíamos en el barrio habíamos huido de la vieja patria porque los shotarianos habían destruido nuestros hogares o encarcelado o asesinado a nuestros parientes. Nuestros padres habían sido dignos huesos verdes o linternas de la Sociedad

de la Montaña, pero en Espenia carecíamos de prestigio social. Éramos refugiados que no tenían nada. Todos nos miraban por encima del hombro; incluso los inmigrantes tunis que vivían al otro lado de la calle Beecher nos consideraban inferiores. Pero estábamos orgullosos de ser quienes éramos y de venir de donde veníamos, y conservamos las antiguas costumbres.

»Cuando tenía algo más de veinte años trabajé de repartidor para el dueño de una tienda de electrodomésticos llamado Ito, que creo que había sido un buen hombre pero había sufrido demasiado y había perdido un poco la cabeza. Ito era un huesos verdes cuya familia, como tantas otras, había traído su jade a Espenia pero no se atrevía a portarlo abiertamente. Extranjeros de todo tipo nos superaban en número y a nuestro alrededor se producían robos a todas horas. Los niños robaban de los carritos de las tiendas, los maleantes robaban en casas y negocios, las bandas robaban a todo el mundo. Y no pasaba nada. Habíamos venido a una tierra de ladrones. De modo que cualquiera que tuviera jade hacía bien en ocultarlo. Aunque nací en una familia de huesos verdes y me entrenaron, los shotarianos se habían llevado a mi padre y a mis tíos, y con ellos se había ido su jade. Así que mi familia era pobre incluso para los criterios del barrio.

»Como he dicho, Ito era un buen hombre pero se había vuelto medio loco. Un día discutió con un cliente shotariano. Cuando era niño, en Kekon, había presenciado cómo unos soldados shotarianos violaban a su hermana y apalizaban a sus hermanos mayores hasta que no pudieron andar ni hablar, de modo que odiaba a los shotarianos incluso más que el resto de nosotros; los odiaba de una manera demencial. Aquella tarde se cruzaron insultos, y en un momento dado la cosa se desmandó y el shotariano acabó muerto en el suelo de la tienda de Ito. Fui el único que vio cómo ocurría. Ito se volvió hacia mí con expresión desquiciada, y en ese instante vi que estaba pensando que yo era el único testigo y tendría que matarme también para asegurarse de que nadie se enterara de lo que había hecho. Me apresuré a decirle que no había sido culpa suya, que había sido un accidente a resultas de las provocaciones del otro hombre. Pensando en salvar la vida, le ofrecí mi ayuda para deshacerse del cadáver.

»Hicimos algo horrible. Cortamos al shotariano en pedazos, que

subimos a una barca de remos y fuimos hundiendo en diversos puntos del río Camres, lastrados con cemento. Tuve pesadillas durante muchos años. A veces todavía las tengo.

»Aunque había ayudado a Ito con aquella tarea siniestra, seguía temiendo por mi vida. Lo sucedido lo desquició más todavía. Cada vez que me miraba, yo sabía que estaba intentando Percibir mi sentimiento de culpa y preguntándose si hablaría. Seguía pensando en matarme. Retrospectivamente, creo que la presión había podido con él y estaba empezando a sufrir las primeras etapas de la comezón. En Kekon, alguien del clan podría haberse dado cuenta; un amigo o un pariente atentos lo habrían obligado a buscar ayuda médica. Pero estaba solo en Puerto Massy y yo era el único que lo sabía.

»Apareció la policía metiendo las narices, haciendo preguntas sobre la desaparición del shotariano. Por supuesto, nadie les dijo nada porque la policía no era de fiar y la mitad aceptaba sobornos de las bandas, pero por el barrio empezó a correr el rumor de que Ito podía haber tenido algo que ver. Ito se convenció de que los rumores habían partido de mí, pero dudaba en matarme porque eso podría confirmar las sospechas sobre su culpabilidad. La gente empezó a preocuparse; un huesos verdes que pierde el control y enloquece es un peligro para todo el mundo, sobre todo en Espenia, donde la gente no comprende el jade y solo atraería más atención negativa.

»Había otro huesos verdes en el barrio, un joven llamado Rohn Toro, famoso por ser tan buen luchador que incluso las bandas lo respetaban y a veces lo contrataban para algún trabajo. Rohn ya había tenido problemas con la ley, así que la policía sospechó que era responsable del asesinato del shotariano. Fueron a detenerlo, pero Rohn se escapó y se escondió. Pasó semanas en un sótano, sin salir para nada. Rohn y yo nos conocíamos y vivíamos en el mismo edificio, así que le llevaba comida mientras estuvo oculto.

»La gente empezó a quejarse de Ito. Podían perdonarle que hubiera matado a un shotariano y hecho desaparecer el cadáver, pero estaba mal que se quedase callado y dejara que acusaran y probablemente ejecutaran a otro huesos verdes en su lugar. Ito, sin embargo, solo pensaba en su pellejo. Era de carácter débil y no habría durado mucho como huesos verdes en Kekon. Descubrió

dónde se escondía Rohn y estaba a punto de darle la información a la policía. Se figuró que cuando lo hubieran detenido y castigado en su lugar, quedaría libre. Lo único que tendría que hacer después era librarse de mí.

»Cuando me di cuenta de lo que planeaba, se lo conté a Rohn Toro y decidimos actuar. Entre los dos emboscamos a Ito cuando se dirigía a la comisaría. Éramos dos, y Rohn era más joven y fuerte y tenía más habilidad con el jade que Ito. Lo matamos y le quitamos el jade.

»Yo no tenía habilidades especiales ni posición en la comunidad, salvo que incluso entonces tenía fama de ser honrado, y se me daba bien escuchar, hablar razonadamente y convencer a la gente para que adoptara mi punto de vista. Con Ito muerto, fui visitando a todos los vecinos y les dije lo que había que hacer para evitar problemas en el futuro. Cuando vino la policía buscando a Rohn, una docena de personas salieron y declararon que el asesino era Ito y había huido de la ciudad. La policía descubrió la cartera del shotariano, y restos de su ropa y sangre en la tienda de Ito (así de estúpido era), pero a él nunca lo encontraron. Lo importante era que no fueron detrás de Rohn ni de nadie más.

»El auténtico asesino había sido castigado, el barrio se había librado de la policía y un huesos verdes en el que no se podía confiar había dejado de ser un peligro para todos. La comunidad consideró que yo había sido el responsable, y la gente empezó a acudir a mí para que me ocupara de otros problemas, algunos pequeños y algunos grandes, y con el tiempo empezaron a llamarme pedestal. Pero en mi interior sabía que aunque todo hubiera terminado bien, los dioses sabían lo que había hecho. Había sido cómplice de Ito en la ocultación del asesinato de un inocente. Aunque fuera shotariano, no merecía morir ni que profanaran su cadáver. Su familia no tenía restos que enterrar y él habría ido al más allá en pedazos. Y aunque Ito planeaba matarme, era un hombre que sufría y que había sido amable conmigo, me había dado mi primer trabajo y el medio de vida para sustentar a mi madre y a mi joven esposa. Lo maté a sangre fría y me deshice también de su cadáver. Los dioses lo saben. Creo que comprendieron por qué lo hice, así que no fueron muy duros conmigo. Como ves, he sido afortunado de muchas formas, excepto

de una.

»A Sana y a mí se nos negó la descendencia durante muchos años. Cuando al fin lo conseguimos, solo tuvimos hijas. Fuimos al templo a rogar a los dioses que nos concedieran un hijo que pudiera portar el jade de la familia, y tras pasar diez años intentándolo tuvimos a Coru. Es un buen hijo, pero es frívolo. Intenté criarlo como un auténtico huesos verdes lo mejor que supe, pero tiene un corazón infantil. Solo quiere llevarse bien con todo el mundo y divertirse. Es mi único hijo, el que portará el jade de la familia cuando Sana y yo nos hayamos ido. Lo quiero, pero también es mi castigo por los pecados que cometí cuando era joven.

Dauk se levantó del sillón.

—Haré lo que me pides. Pondré a tu disposición a Rohn Toro para que ayude a Sin Cumbre a matar a este hombre, el contrabandista Zapunyo. Y a cambio de eso te pido que renuncies a mi hijo. He sido indulgente con él, pero tiene que dejar de tontear con hombres y tomarse en serio sus responsabilidades. De mis cuatro hijos, es el único huesos verdes, por indigno e ignorante que pueda ser sobre lo que significa realmente portar jade y lo importante que es para la identidad de nuestra familia. No es bastante verde para la vieja patria, pero eso no importa; todavía puede tener una buena vida en Espenia, una profesión en la que aproveche sus caros estudios de Derecho, hijos algún día, si los dioses son amables con nosotros. No es para ti. Un día volverás a Yanlún, sin duda, pero su lugar está aquí.

Anden se esforzó por encontrar una respuesta.

—Es la decisión de Cory —dijo al fin.

—Ahora no estoy hablando con él; estoy hablando contigo. Es tu decisión tanto como la suya. Has venido a pedirme que cometa un crimen para ayudar a tu familia, así que es justo que te pida algo a cambio. Renuncia a mi hijo y retorceré mis principios para ayudaros a tu familia y a ti a conseguir lo que queréis. Solo en ese caso estaré dispuesto a cruzar esa línea.

Anden miró a Dauk, alguien a quien no había estimado demasiado la primera vez que lo vio pero al que había llegado a respetar, un líder de su comunidad y un hombre inteligente, en verdad un pedestal a su manera y por derecho, una persona con la que Anden se sentía profundamente en deuda. En ese momento lo

odió.

Se puso en pie.

—Has dicho que soy fiel a cada palabra que digo. No quiero decir nada que pueda lamentar, y por eso no te voy a contestar ahora mismo,

Dauk-jen

.

Dauk se levantó también y lo acompañó hasta la puerta.

—Eres sabio para tus años, amigo mío.

Ya bien entrada la noche siguiente, Anden consiguió hacer acopio de valor para llamar a Cory a la vivienda que compartía con otros tres estudiantes de Derecho. Para su sorpresa, descolgaron al primer timbrazo.

—¿Ahora qué pasa? —dijo una voz femenina con emoción—. ¡Ven ya! —Anden, sobresaltado, pidió hablar con Cory, y la mujer dijo—: ¡Oh! Por las pelotas del vidente, lo siento, creía que eras otra persona. Espera un minuto. —Dejó el teléfono descolgado y Anden la oyó gritar a lo lejos—: ¡Cory! ¡Es para ti!

Anden esperó. Oía bastante alboroto de fondo; conversaciones y de repente grandes vítores, como si un grupo estuviera viendo un partido por televisión. Al final sonó la voz de Cory al otro lado de la línea.

—¡Eh, isleño! —exclamó—. ¿Cómo va todo en Massy?

A Anden le costaba hablar.

—Te echo de menos.

—Y yo a ti. Los exámenes empiezan la semana que viene, pero intentaré ir para allá al siguiente fin de semana. Todavía lo tienes libre, ¿no?

—Por eso te llamaba —dijo Anden—. Voy a estar ocupado una temporada.

—¿Trabajo?

—Más o menos. Asuntos de familia.

—Quieres decir asuntos del clan. —Cory se interrumpió y le dijo algo en espenio a alguien de la casa; después volvió al teléfono—. Muy bien. Bueno, al menos podrás escaparte una noche, ¿verdad?

A Anden le sudaban las palmas de las manos. No tenía ni idea de cómo actuar. Se obligó a hablar.

—No creo que podamos juntarnos esta vez, Cory. Estás ocupado

con la universidad y yo voy a estar ocupado también. Creo… Creo que será mejor que no nos veamos durante un tiempo.

Al otro extremo se produjo una pausa larga y desconcertada. Y sonó como si Cory cogiera el teléfono y echara a andar. El ruido de fondo del partido televisado se hizo más débil.

—¿Qué pasa, colega? —preguntó Cory con un susurro—. ¿Estás… rompiendo conmigo? —Anden no podía responder; sentía la garganta bloqueada. Al otro lado de la línea, Cory respiraba con fuerza. Por último dijo—: Esto es cosa de mi padre, ¿verdad? Sé que es cosa suya. Y tú has cedido. ¿Qué te ha dicho?, ¿eh? ¿Te ha ofrecido dinero?

—Nada de eso —musitó Anden.

—¿Sabes qué? Que te den. Puto isleño idiota. —Y colgó.

Anden colgó a su vez, se sentó en el suelo y se quedó mirando el teléfono varios minutos. Entonces cogió la chaqueta y salió a la carrera del apartamento, del edificio, a las calles fangosas y grises de Puerto Massy. Caminó durante horas sin rumbo fijo, y en algún momento se dio cuenta de que estaba llorando. No ruidosamente, no con fuerza, pero tenía la vista borrosa y las mejillas húmedas. Cuando por fin llegó de vuelta al apartamento, pasaba de la medianoche. Tenía los zapatos empapados y los pies fríos. Los metió bajo el chorro del agua caliente en la bañera y después se puso unos calcetines secos.

En casa sería mediodía, el sol de primavera estaría alto sobre el puerto de la ciudad; en las calles, la gente se desearía feliz año nuevo y se subiría a escaleras para quitar las luces rojas y los adornos de los aleros. Anden descolgó el teléfono, marcó el número de la operadora y solicitó una llamada a Yanlún a cobro revertido para comunicar a sus primos que Dauk Losunyin los ayudaría a matar a Zapunyo.

# Tercer interludio
# La belleza perversa

Ochocientos años antes, un famoso explorador alusio llamado Gaubrett cruzó el mar en busca de una isla legendaria donde había montañas de joyas custodiadas por gigantes. Tras tocar tierra en la península meridional de Kekon, Gaubrett se quedó encantado y aliviado al no encontrarse con gigantes, sino con una aldea abukei. Tras una tensa pero pacífica conversación con los ancianos, los nativos llevaron comida y agua a los famélicos viajeros, y Gaubrett y su tripulación acamparon en la orilla. Por agradecidos que estuvieran, los marineros no pudieron evitar fijarse con codicia en las gemas verdes que colgaban como decoración en las humildes chozas y adornaban los cuerpos de hombres y mujeres. Incluso antes del ascenso de la casta guerrera kekonesa de los huesos verdes, el jade tenía importancia cultural para los aborígenes, que lo consideraban los restos divinos de la Primera Madre, la diosa Numuma, y al ser genéticamente inmunes a sus efectos, lo llevaban encima ceremonialmente y como símbolo de prestigio.

Gaubrett procedió a hacer un trueque: intercambió una buena cantidad de mercancía del barco por el jade de los aldeanos, que parecían más que dispuestos a ofrecerlo a cambio de herramientas y curiosidades extranjeras.

Gaubrett metió el jade adquirido en un cofre de madera que guardó en su tienda, donde lo abría varias veces al día para admirar su fortuna. Cuando se completaron las muy necesarias reparaciones del barco, Gaubrett y su tripulación se prepararon para levar anclas. En aquel momento, el explorador pensó que podía conseguir mucho más jade y que había recorrido demasiada distancia cruzando los mares solo para marcharse con una cantidad tan pequeña en comparación con todo lo que esos salvajes ignorantes aireaban tan

descuidadamente.

Aquella noche, Gaubrett reunió a sus hombres y atacaron la aldea abukei, donde masacraron a los habitantes y recogieron hasta el último pedazo de jade al que pudieron echar mano. Partieron de Kekon de buen humor. Pero a pesar de tener provisiones en abundancia y buen tiempo, durante los dos meses siguientes, una locura inexplicable invadió el barco. Poco después de que Gaubrett ahorcara a dos oficiales por traición, la tripulación se amotinó. Asesinaron a Gaubrett y a unos cuantos más y arrojaron los cadáveres por la borda. Rompieron la cerradura de la bodega y la tripulación se repartió el jade. Hubo dos motines más, que resultaron en más muertes. Seis marineros se tiraron al mar; otros contrajeron unas fiebres delirantes y se acuchillaron. Se dice que un hombre se arrancó un ojo y se lo comió. Un puñado de atribulados supervivientes, convencidos al fin de que el tesoro que transportaban estaba maldito, tiraron al mar todo el jade que había en el barco y se las arreglaron para llegar a duras penas a puerto al sudeste del continente de Spenius. La trágica historia circuló con rapidez y cimentó la leyenda de la «belleza perversa», un lugar muy lejano de riquezas legendarias y fortunas misteriosas y malignas.

Setecientos cincuenta años después del viaje de Gaubrett, el general shotariano Damusaro se opuso enérgicamente a la decisión del Gabinete de Guerra nacional de ocupar Kekon, argumentando: «Esa maldita isla es como una mujer hermosa con alambre de púas en el coño; tentadora, pero no hay quien se la folle». Quizá como castigo por haber objetado de forma tan vulgar, más adelante, durante la Guerra de las Naciones, sus superiores lo pusieron al mando de la guarnición de la Yanlún ocupada. La Sociedad de la Montaña susurró su nombre y, a pesar de las medidas de seguridad obsesivas, lo emboscó y lo mató a plena luz del día un joven asesino huesos verdes llamado Nau Suenzen.

# Capítulo 54
# El cuerpo no miente

Son Tomarho salió de la ducha tarareando y fue a la sala de estar de su casa de dos plantas situada en el distrito de la Llanura Verde, una zona de clase alta. Se sobresaltó al encontrarse a un hombre de elevada estatura y bastantes años sentado en el sillón. Al principio no tenía ni idea de quién era, aunque su mirada cayó de inmediato en el jade de las muñequeras. Pero cuando el hombre dijo: «Siento haberlo sobresaltado, canciller Son», Son reconoció a Nau Suen, el cuerno de Montaña, y supo que, con aisho o sin él, había una probabilidad bastante alta de que hubiera muerto en los cinco minutos siguientes.

El antiguo canciller del Consejo Real se había visto en unos cuantos atolladeros a lo largo de sus muchas décadas dedicadas a los negocios y la política, y se las arregló para mantenerse frío y sereno.

—Nau-jen —dijo—, me temo que me has pillado en desventaja. Me habría encantado que nos viéramos y habláramos en un momento en que no estuviera tan… impúdico. —Hizo un gesto avergonzado indicando su semidesnudez. Una toalla lo cubría de cintura para abajo, pero era lo único que llevaba puesto—. Si no te importa esperar, me gustaría vestirme.

—Por supuesto —dijo Nau—. No hay prisa.

Son volvió al dormitorio y se puso unos pantalones y una camisa. Su cerebro trabajaba a toda velocidad. Durante sus años como canciller disponía de escolta oficial, pero ahora que volvía a ser un consejero normal que se acercaba a la jubilación, había considerado que no necesitaba guardaespaldas personales. Tenía un sistema de seguridad doméstico, y si activaba la alarma, alertaría a la empresa, que mandaría… ¿Qué? Un puñado de guardias llegaría

demasiado tarde, y de todas formas no serían rivales contra un poderoso huesos verdes como Nau Suen. No; tendría que sobrevivir a base de labia, como le había ocurrido más de una vez en el pasado. Se colocó con la mano el pelo húmedo de forma que tapara la calva de la coronilla, se puso las zapatillas y volvió a la sala de estar. Dirigió al cuerno de Montaña una elegante sonrisa de político, carente de humor, y se sentó frente a él.

—¿Has venido a amenazarme?

—No, en absoluto —dijo Nau—. Eres un hombre de estado veterano y respetado que ha servido al país de manera honorable durante tus muchos años en la política. Sería muy grosero por parte del clan Montaña. Debes perdonarme por mi aparición imprevista; tenía que hablar contigo en privado.

Son se relajó, pero solo un poco.

—Bueno, pues… ¿qué puedo hacer por el cuerno de Montaña?

Nau se recostó en el sillón y tamborileó en los apoyabrazos. Era un individuo intenso que parecía más joven que lo que insinuaba su pelo entrecano, y tenía unos ojos penetrantes que parecían parpadear mucho menos que los de la gente normal.

—A mi pedestal le preocupa el destino de la Ley de Refugiados de la Guerra de Urtoko —dijo Nau—. El proyecto se debatió acaloradamente y luego ha ido languideciendo en comités durante más de un año. Ahora que se va a votar por fin, parece que el Consejo Real permanece dividido casi a partes iguales y puede que tú, canciller, emitas el voto decisivo cuando llegue el mes que viene al hemiciclo del Salón de la Sabiduría. ¿Cuál es tu postura?

—Los dos lados tienen argumentos de peso —dijo Son con cautela. Algunos de esos argumentos le caían continuamente encima en forma de llamadas telefónicas del embajador Mendoff. Con la guerra de Urtoko arrastrándose hacia una situación de tablas, los espenios preveían un punto muerto de larga duración entre sus enemigos y ellos, y estaban más preocupados que nunca por asegurarse de que sus aliados en la zona se resistieran a una posible infiltración ygutana—. Al final tendré que sopesar lo que más interese al país y votar en conciencia.

—¿Y si te dijera que el clan Montaña está comprometido por completo a asegurar que los intereses antiinmigración no interfieran con nuestros valores más nobles como país? Solicitaremos a todos

los miembros del Consejo Real que proporcionen a nuestros hermanos y hermanas urtokos de ascendencia kekonesa la protección que merecen contra los ataques de los extranjeros imperialistas hambrientos de poder. ¿Inclinaría eso tu decisión?

—Nau-jen, escucharé todos los argumentos razonables.

—¿Y si te dijera que podemos hacer que te resulte personalmente beneficioso votar a favor de la ley?

—No estoy en el Consejo Real para obtener ganancias personales,

Nau-jen

—dijo Son con una fuerte nota de indignación en la voz—. Pero, desde luego, estoy dispuesto a hablar contigo y con

Ayt-jen

sobre vuestras preocupaciones.

Nau inclinó la cabeza hacia delante y lo observó con calmada aceptación.

—No creo que eso suponga diferencia alguna, pues ya te has reunido con Kaul Shaelinsan y le has prometido que, con el fin de mantener la posición preferente de Sin Cumbre ante los espenios, usarás tu categoría de canciller emérito para oponerte a la ley y asegurar que el Consejo la bloquee, ¿no es cierto? Eres un hombre de Sin Cumbre de los pies a la cabeza.

—Si eso es lo que crees —dijo Son, empezando a sudar—, ¿por qué has venido,

Nau-jen

? La votación será ajustada, como has dicho. Hay muchos otros miembros del Consejo a los que puedes intentar inclinar hacia tu posición. —Decidió jugar fuerte introduciendo una nota de indiferencia desdeñosa en la voz—. Y si el clan Montaña cree que puede alcanzar sus objetivos políticos quebrantando groseramente el aisho y limitándose a matar a alguien, ¿por qué elegir como objetivo a un hombre como yo, que está en pleno centro de atención y cuyo asesinato será investigado a fondo?

—Porque —contestó Nau inclinándose hacia delante— eres el aliado político más importante de Sin Cumbre. Muy pocos consejeros tienen el peso y la influencia que tienes tú, canciller Son. Y ningún otro tiene lo que tú: una obstrucción arterial en el ventrículo izquierdo que tus médicos mantienen en observación

porque supone un riesgo de ataque cardíaco. Sospecho que muy poca gente lo sabe; lo mantienes en secreto, por supuesto, pero el cuerpo no miente.

Nau se puso en pie. El obeso canciller Son se levantó con torpeza, giró e intentó correr. No llegó lejos. Nau lo cogió por el brazo, sujetándolo con un agarra de Fuerza, y le puso la otra mano en el pecho. El corazón de Son ya latía acelerado a causa del miedo; un ligero toque de Canalización fue lo único que hizo falta. El antiguo canciller se llevó las manos al pecho y boqueó intentando respirar. Cuando Nau lo soltó cayó al suelo rígido, con la boca abierta luchando por encontrar aire.

Bastó con un examen médico de pocos minutos para dictaminar que Son Tomarho había muerto por causas naturales. Unos pocos no se lo creerían; algunos miembros del Consejo Real abrirían una investigación que no revelaría nada, pero la gente rumorearía de todas formas, y eso también sería útil para los fines de Montaña.

Nau pasó por encima del cadáver de Son y se marchó tranquilamente por la puerta.

# Capítulo 55
# Preparativos finales

La Gaceta de Kekon era un semanario independiente en kekonés que se publicaba en Espenia y tenía una amplia circulación entre los kekoneses emigrados. Su postura editorial había sido durante mucho tiempo favorable al gobierno kekonés, pero en los últimos años, después de un traslado de la sede original de Trampasur a unas oficinas más espaciosas, en la isla Jons, el periódico había empezado a incluir reportajes más profundos y cobertura crítica sobre el sistema de clanes de Kekon, la política exterior espenia y la regulación internacional del jade, ente otros asuntos de interés.

Bajo el disfraz de un periodista nacido en Espenia llamado Ray Caido, Anden solicitó una entrevista personal con Zapunyo en nombre de la Gaceta de Kekon. En su correspondencia con Iyilo, el asistente de Zapunyo, había recalcado que la población de expatriados kekoneses estaba muy interesada en escuchar puntos de vista contrarios en relación al comercio de jade; para el contrabandista, aquella podría ser una oportunidad única para contar su lado de la historia y rechazar la cobertura negativa de la corriente principal de los medios. Las credenciales falsas de Anden estaban meticulosamente respaldadas por los mismos recursos de Sin Cumbre que habían creado y mantenían empresas tapadera como Gemas Divinas, y por la ayuda de los Dauk, a quienes el editor en jefe del periódico debía unos cuantos favores personales de una época anterior en la que había tenido problemas económicos.

—Lo que pasa con Zapunyo —explicó Hilo por teléfono— es que presume de ser un humilde granjero uwiwano convertido en empresario. Cuando lo conocí, se podría haber pasado el día entero contándome su puto melodrama y dándome una charla sobre que

los clanes de huesos verdes son los verdaderos villanos por ponerle tan difícil el hacer negocios. Si hay algo que puede tentarlo para que acepte una reunión cara a cara, es la posibilidad de hablar con alguien que lo escuche.

La valoración del pedestal resultó ser correcta; después de un breve trasiego de correspondencia con Iyilo, Anden logró concertar una entrevista con Zapunyo durante el tiempo que estaría en Puerto Massy, al día siguiente de su llegada a la ciudad y antes de la operación programada en el Hospital de los Testigos de la Verdad Wigham-Cross. Acordaron que la reunión tendría lugar en el pequeño Centro del Patrimonio Cultural y Jardines del Té de las Islas Uwiwa, situado en el área de Quince, desde el cual se divisaba el puente del Ojo de Hierro y sería un buen escenario para las fotografías. Anden acudiría desarmado con la única compañía de Rohn Toro, que se haría pasar por el fotógrafo. La víspera esconderían cuidadosamente en las instalaciones los guantes negros de Rohn. Durante la falsa entrevista, Rohn recuperaría los guantes, se pondría el jade y mataría a Zapunyo.

El plan del asesinato fue tomando forma a lo largo de varias conversaciones en la mesa del comedor de la familia Kaul. El secretismo era una necesidad absoluta; desde la traición de Tau Maro hubo que suponer que Zapunyo podría tener otros espías en el entorno de Sin Cumbre, y no podían arriesgarse a que una sola palabra del plan llegara a las islas Uwiwa. Con el fin de desviar las sospechas, se hicieron circular a propósito rumores falsos y amenazas de muerte, insinuando un plan más obvio que implicaba atacar cuando el contrabandista estuviera en el hospital recuperándose de la operación, momento en que sabían que estaría obligado a tomar precauciones extremas. Un teléfono nuevo con altavoz, conectado a una línea segura que solo conocía la familia directa, se instaló en el comedor de la residencia principal de la hacienda Kaul con el fin de que Anden, que esperaba a horas programadas en su apartamento de Puerto Massy, pudiera participar a distancia en la conversación.

Aquel montaje era un poco incómodo para Anden; las reuniones se celebraban siempre a media mañana en su zona horaria, lo que le partía el día, y poder oír pero no ver lo que pasaba le causaba un extraño sentimiento de soledad. Se podía imaginar a los demás en el

comedor: Hilo en la cabecera de la mesa con un cigarrillo en la mano, Tar a su lado, la silla vacía de Kehn, Wen llenando las tazas de té, Shae sosteniendo a Jaya en el regazo… Y mientras tanto, Anden estaba sentado a solas en la cama de su pequeño apartamento con la oreja pegada al receptor, intentando oír la conversación tamizada por la lejanía y por encima del ruidoso sistema de calefacción central del edificio. A veces podía oír los gritos de Niko y Ru mientras jugaban en la sala de al lado o cuando iban con los adultos para pedir esto o aquello y les decían que saludaran a su tío Anden antes de mandarles que se fueran.

A veces le resultaba casi cómico tener que inventar una excusa para tomarse temprano una pausa extralarga para comer y así marcharse de la oficina de enlace de sociedades comerciales de Kekon y poder participar en las conversaciones con su familia en Yanlún, todo para planear el asesinato de un hombre al que no había visto nunca. No tenía ningún problema moral con la idea de matar a Zapunyo, ni estaba resentido por lo que le pedían que hiciera. Comprendía lo importante que era para sus primos y para Wen, que siempre lo visitaba durante sus viajes de negocios y con la que se sentía más cercano ahora que cuando vivía en Yanlún. Le resultaba irónico que aquella fuera la forma en que finalmente volvería a Kekon: después de cumplir la misión, tanto Anden como Rohn Toro tendrían que abandonar el país. Le ordenaron que no avisara por adelantado a los Hian, ni a sus amigos y compañeros de trabajo. Tenía que estar listo para marcharse deprisa, y Shae se encargaría de lo demás. Si todo salía según el plan, volvería a casa después de pasar tres años y medio en Espenia.

Anden no se permitía creérselo aún. En cierto modo parecía apropiado, casi poético: matar a Gont Asch lo había arruinado como huesos verdes y llevado al exilio; esta otra muerte pondría fin a su estancia en el extranjero y lo devolvería a Kekon con la prueba de que incluso sin jade era útil, aún era una fuerza en el clan, aún era un Kaul. No mucho tiempo antes habría sido todo lo que deseaba, pero ahora le provocaba una melancolía agridulce. Estaba impaciente por volver a casa, pero no se alegraba en absoluto de dejar Puerto Massy. Cuando llegó no veía otra cosa que el impersonal hormigón gris de la gran ciudad extranjera. Ahora podía decir que había visto la vida intensa y osada que latía como un aura

de jade por las venas de sus calles y la médula de sus edificios de acero. Puerto Massy había sido y seguía siendo el centro comercial del mundo; un mercado donde todo se podía encontrar, comprar y vender; un lugar que tenía un poco de todo a su alcance (incluso jade y huesos verdes, además de incontables maravillas conocidas y desconocidas) y que, aun así, tenía identidad propia y se alzaba incomparable. Anden nunca había pensado en su padre biológico con algo que no fuera indiferencia y desdén, pero ahora creía que quizá fuera simplemente un ejemplar típico de su país y no se lo podía culpar demasiado; Puerto Massy debía su gloria sin igual a la naturaleza vagabunda y mercenaria de los espenios, y según se acercaba el encuentro con Zapunyo, Anden se descubrió apreciando e incluso admirando la ciudad más que nunca. Wen tenía razón: ahora tenía amigos allí, una vida independiente de la que estaba orgulloso en muchos sentidos, y pensaba constantemente y con pesar en lo que iba a dejar atrás.

Intentó hablar con Cory en más de una ocasión, con la esperanza de poder explicarle las cosas mejor que en la última conversación, pero su amigo se negaba a responder a las llamadas. Supo por los Hian que Cory había aceptado un puesto de becario en un importante bufete de Adamont Capita y no regresaría a Puerto Massy durante el verano. A veces, Anden pensaba que había cometido un terrible error, que debería coger el autobús a Adamont Capita, ver a Cory en persona y decirle que se había equivocado; ¿a quién le importaba lo que quisiera Dauk Losun? ¿Qué importaban sus familias, la facultad de Derecho o el océano Amárico entero? Podían escapar juntos; sería atrevido y romántico. Acostado despierto con la polla en la mano, gruñía ante lo infantil de aquel pensamiento y a la vez ante la deprimente certeza de que se había condenado a estar siempre solo; jamás volvería a encontrar a alguien como Cory, que ni siquiera estaba dispuesto a hablar con él.

Al final se sentó a escribir una carta. Rumió con pesimismo que era un auténtico topicazo postruptura, pero qué más daba. «Cory —escribió—, tienes todo el derecho de estar furioso conmigo, pero sé que eres demasiado buena persona para seguir mucho tiempo de mal humor y espero que pasado un tiempo podamos seguir siendo amigos. No culpes a tu padre. Al final fue decisión mía. Aunque fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer jamás, tomé

la decisión y espero que sea lo mejor para los dos. No puedo explicarte todo ahora mismo porque son “cosas del clan”, como dices, pero pronto te lo explicaré». Sentado a la mesita atestada, frente a la minúscula ventana del apartamento, Anden no dejó de dar vueltas a cuánto debía justificarse, a cómo sonar sincero sin ponerse llorica; empezó y descartó varias versiones de la carta antes de decidir que a la mierda; lo más probable era que Cory la tirara a la basura sin leerla. «Fuiste el primero. Hiciste que Puerto Massy fuera un lugar especial para mí, y eres mejor persona y más generoso que yo. Te mereces lo mejor. Tu amigo e “isleño”, Anden».

La mandó a la dirección de Cory en Adamont Capita. Fue doloroso, pero se quitó un peso de la mente, y a partir de ese momento esperó con impaciencia la cercana llegada de Zapunyo. Si todo salía de acuerdo al plan, en cuestión de semanas estaría en un avión rumbo a Yanlún. Por supuesto, había una posibilidad razonable de que hubiera muerto, acribillado por los guardaespaldas de Zapunyo, pero había visto en acción las habilidades de Rohn Toro y sabía que su fama estaba bien justificada, de modo que confiaba en sus probabilidades de supervivencia. Al haberse entrenado en la academia y crecido dentro de la familia Kaul había asimilado desde la infancia la idea de que, para los huesos verdes, la posibilidad de la muerte era como el clima: uno podía intentar predecirla, pero podía equivocarse, y nadie cambiaba sus planes más importantes solo porque amenazara lluvia.

# Capítulo 56
# No debería sorprenderte

El Ocho Pecados era uno de los clubes nocturnos más animados del distrito Cabeza de Perro. Cualquier cuartodía por la noche, la cola de veinteañeros a la moda que esperaban para entrar se extendía a lo largo del bloque y doblaba la esquina. Cuando por fin superaban la barrera de los porteros, los juerguistas tenían que hacer cola otra vez en una de las dos barras con luces de neón para pedir las bebidas, gritando para hacerse oír por encima del ritmo pulsante de la música. La pista de baile principal trepidaba con los cuerpos sudorosos arracimados bajo las luces estroboscópicas. En la planta alta, los que deseaban tener una conversación audible se apoltronaban en los grupos de sofás rojos o, si estaban especialmente forrados, alquilaban una de las quince salas insonorizadas con bar privado y camarero. Una de ellas estaba reservada permanentemente para Ven Haku, puño de Montaña y heredero de la fortuna de Transportes
K-Star
, que la usaba cada vez que quería agasajar a sus numerosos amigos.

Haku estaba recostado en un sofá y, a pesar del vaso de hoji que tenía en la mano y de la pareja de chicas guapas que lo flanqueaba, mostraba una expresión pensativa e impaciente. Cuando un dedo veterano dijo algo divertido, no se echó a reír con todos los demás. Tras la siguiente ronda de bebidas, ordenó con un gesto que se marcharan al camarero y a las decepcionadas muchachas y se inclinó hacia delante; los otros cinco hombres que estaban en la sala, todos ellos huesos verdes de Montaña con mucho jade y aún más fama, dejaron de charlar y prestaron atención.

—¿Todos listos? —preguntó Haku—. ¿Está claro el plan? Si algo

va mal esta semana, perderemos la cabeza, así que no hay margen de error. Ya estamos comprometidos.

Los hombres asintieron.

—No hemos podido localizar a Sunto-jen ni a Uwan-jen —dijo uno—. No sabemos si están con nosotros o en contra.

—En cualquier caso tenemos que actuar —dijo Haku. Su padre se lo había dejado clarísimo durante sus últimas conversaciones: se estaban quedando sin tiempo—. Da igual hacia qué lado vayan Sunto, Uwan y los demás puños; cuando Ayt esté fuera de juego, los Kaul nos apoyarán. —Era lo que le había dicho Ven Sando y Haku no lo ponía en duda. Dejaba en manos de su padre, un empresario veterano, el asunto de las alianzas del clan y el mantener a raya a los linternas; Haku solo tenía que preocuparse de la logística del golpe, lo que por sí mismo no era poca cosa—. Recordad únicamente que hay que matar primero a Ayt. Por buena que sea en los duelos o susurrando nombres, una emboscada de seis…

—¿Percibís eso? —interrumpió un puño, repentinamente alarmado.

Los hombres se callaron, con los sentidos de jade alerta. Al principio, Haku no notó nada que se saliera de lo normal; solo la energía de fondo de toda la gente que se estaba divirtiendo en el club. Era uno de los motivos por los que se reunía allí con sus conspiradores: incluso las auras de media docena de puños y dedos juntos pasaban desapercibidas en un entorno tan atestado y bullicioso. El club era tributario de Montaña y siempre había más huesos verdes en la muchedumbre. La Percepción de Haku no era especialmente fuerte, pero al cabo de un momento se dio cuenta de que varias auras de jade se desplazaban desde sus posiciones dispersas dentro del edificio y se reunían en la planta alta, justo ante la puerta de la sala. Haku desenvainó el cuchillo garra y abrió la puerta de golpe.

—Van Haku-jen… —dijo Nau Suen; entró en la sala al frente de un grupo de ocho huesos verdes—. Ya no tengo edad para andar por estos garitos, pero me han dicho que aquí montas buenas fiestas.

—Nau-jen… —dijo Haku. Enfundó el cuchillo y saludó con respeto. Su mirada saltó a los hombres de Nau y el corazón empezó

a latirle con fuerza—. Me habías sobresaltado. —No estaba seguro de cómo lo hacía el cuerno, pero Nau Suen era capaz de aquietar su aura hasta convertirla en un zumbido suave y uniforme que pasaba desapercibido a los sentidos de jade, y de repente parecía salido de ninguna parte—. Mis amigos y yo siempre usamos esta sala. De haber sabido que te interesaba unirte a nosotros, te habría invitado.

Nau miró a los camaradas de Ven Haku. «Nau-jen…», murmuraron al unísono, llevándose las manos unidas a la frente. Nau los saludó con una inclinación de cabeza.

—Haku-jen —dijo rascándose la barbilla con el pulgar—, eres uno de los puños veteranos del clan, pero hace meses que no te veo demasiado. Creo que deberíamos hablar del tiempo que pasas de fiesta en el Ocho Pecados.

Haku hizo todo lo posible por conservar la calma. El cuerno no sabía nada. Era imposible que supiera nada sobre lo que estaba tramando. Como mucho, podría tener alguna sospecha.

—No he abandonado mis obligaciones —dijo a la defensiva—. Si no aparezco en persona tan a menudo es porque he estado ayudando a mi padre. Últimamente está muy ocupado con Transportes
K-Star
.

—Supongo que es verdad que lo has estado ayudando —dijo Nau—. Eres un hijo obediente, Ven Haku, pero, por desgracia, un mentiroso terrible. Tu pulso y la presión de tu sangre aumentan, mueves mucho los ojos, estás sudando. Ni siquiera pasarías un simple detector de mentiras, así que mucho menos vas a engañar a mi sentido de Percepción, lo que es sin duda el motivo por el que has estado esquivándome.

Haku sacó el cuchillo garra y lanzó un golpe al cuello de Nau, pero dos hombres del cuerno ya estaban en movimiento. Con su Fuerza combinada tumbaron al joven puño y lo inmovilizaron en el suelo. Haku gritó su inocencia, intentó Desviar y Canalizar; otros dos hombres se acercaron y ayudaron a sujetarlo.

—No empeores las cosas, Haku —dijo Waun Balu, el primer puño de Nau, con voz pesarosa, casi amable. El traidor no siguió el consejo; cuando le echaron la cabeza hacia atrás se Aceró con todas sus fuerzas, y Waun necesitó todo un sangriento minuto para

degollarlo con el cuchillo garra.

Dos cómplices de Haku intentaron ayudarlo y un tercero intentó escapar lanzándose contra la puerta. Los otros hombres de Nau interceptaron a los tres y los obligaron a ponerse en fila contra la pared a punta de pistola; era imposible Desviar las balas a tan corta distancia. Si, fuera de la sala, alguien oyó ruido a través de las paredes y por encima de la música machacona, no fue a investigar. Nadie, ni siquiera los gorilas del local, cometería la estupidez de interferir. Cuando Haku murió al fin, Nau Suen gritó con disgusto:

—¿Es que no tenemos bastante con luchar contra extranjeros, criminales y el clan Sin Cumbre? ¿Tenemos que pelearnos entre nosotros y temer la deslealtad y la traición de nuestros propios hermanos?

Los cinco huesos verdes que habían conspirado con Ven y el padre de este cayeron de rodillas y apretaron la frente contra el suelo. Todos eran puños y dedos veteranos, guerreros respetables por derecho propio, pero con el plan descubierto y Ven muerto, no eran tan estúpidos como para creer que podían enfrentarse al clan o huir de su justicia.

—Merecéis la muerte por conspirar para asesinar al pedestal y poner a este debilucho en su lugar —dijo Nau—. ¿Os arrepentís de vuestra parte en esta traición? ¿Juráis por vuestro jade y por las vidas de vuestra familia que a partir de ahora depositaréis en
Ayt-jen
vuestra lealtad completa e indiscutible?

Con vehemencia colectiva, los hombres dijeron que lo juraban, y dieron las gracias al cuerno por su piedad. Nau Suen observó al grupo de huesos verdes arrodillados durante un buen rato. Después señaló a tres de los cinco.

—Esos —dijo.

Desde detrás de los prisioneros, Waun Balu y sus hombres cortaron los cuellos seleccionados y empujaron los cadáveres al suelo. Los dos supervivientes palidecieron al olfatear la muerte.

—Vuestros tres amigos no eran sinceros —dijo Nau—. Habrían esperado para vengar a Haku o traicionarían al clan de algún otro modo. Vosotros dos, sin embargo, decís la verdad. —El cuerno clavó en ellos una mirada aterradora—. Quedáis exiliados de Yanlún; trabajaréis para Montaña en algún otro lugar del país. Y si alguna

vez se os ocurre volver a poneros contra el pedestal, ya sabéis lo que os pasará y lo que les pasará a vuestras familias.

Uno de los indultados pidió permiso para desenvainar el cuchillo garra. Se cortó la oreja izquierda y la depositó en el suelo, la cabeza inclinada y la sangre corriéndole por el cuello. El otro tragó saliva. «El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor», dijo, e imitó a su compañero.

A la mañana siguiente, Ven Sando estaba reunido con el equipo directivo de Transportes
K-Star
cuando se abrió de repente la puerta de la sala de juntas y entró Ayt Madashi acompañada del cuerno, el hombre del tiempo y una pequeña escolta. El pedestal de Montaña recorrió con la mirada la larga mesa, observando a los ejecutivos.

—Caballeros, pido disculpas por la interrupción. La oficina del hombre del tiempo ha recibido una oferta de compra de Transportes
K-Star
procedente de una entidad fiable, y debo comentarla con
Ven-jen
en privado antes de anunciárselo a los accionistas.

Los jefes de departamento murmuraron y cruzaron miradas de sorpresa y confusión, pero se marcharon sin discutir. Cuando se hubieron ido, Ven se levantó de la silla de cuero de la cabecera.

—No he recibido ninguna oferta de compra —dijo indignado—. Además,
K-Star
no está en venta. —Fijó una mirada de desconfianza en Nau Suen y los dos puños que lo acompañaban. Uno llevaba una caja de cartón de las usadas para almacenar documentos. Si se trataba de una conversación de negocios, ¿qué hacían allí el cuerno y sus hombres? Ven supo la respuesta, y a pesar de sus esfuerzos por aparentar normalidad, empezaron a temblarle las manos.

Ayt señaló con un gesto a dos desconocidos. No eran kekoneses.

—Estos hombres han venido para adquirir la participación mayoritaria de tu familia en Transportes
K-Star
. Iwe-jen ha preparado el papeleo.

Iwe Kalundo, el hombre del tiempo del clan, era un hombre

sombrío y calvo que llevaba unas gafas de montura rectangular negra. Dejó su maletín en la mesa y sacó una carpeta con varios documentos. Fue hasta Ven y la colocó ante él.

Ven cogió la carpeta y la arrojó por encima de la mesa hacia Ayt, esparciendo las hojas.

—Jamás —declaró—. Jamás venderé. Estás cometiendo un terrible error de estrategia intentando expulsarme. K-Star es uno de los tributarios más importantes de Montaña y una de las mayores empresas de Kekon. Ninguna otra tiene capital para adquirirnos, ni, desde luego, nuestra experiencia internacional en logística de transportes para poder hacerse cargo de las operaciones. Si me marcho, el equipo de gestión entero se irá conmigo. K-Star se hundirá, y con ella, la industria de transporte kekonesa. El clan Montaña necesita a
K-Star
y a la familia Ven.

—Tienes una confianza admirable para ser un traidor al clan que se enfrenta a la muerte,
Ven-jen
—dijo Ayt Mada—. Sí;
K-Star
es una de las compañías más importantes de Kekon, y podría parecer que eso convierte en indispensable a la familia Ven. Pero en estos tiempos, el mundo es mucho más grande que Kekon; yo diría que alguien que trabaja en el negocio de los transportes internacionales se tendría que haber dado cuenta.

—¿Pondrías K-Star en manos de extranjeros? —exclamó Ven con incredulidad.

—El cincuenta y uno por ciento lo adquirirá Transportes
YGL
, corporación con sede en Bursvik. Confío en que los nuevos propietarios tienen la capacidad operativa para dirigir con eficacia
K-Star
en tu ausencia. El otro cuarenta y nueve por ciento quedará bajo el control de accionistas kekoneses selectos de Montaña. —A una indicación del pedestal, el puño que sostenía la caja de cartón se adelantó y la dejó en la mesa—. Tu hijo mayor, Haku. Su cabeza está en la caja. Te evitaré el disgusto de abrirla, pero incluso con la

minúscula cantidad de jade que portas deberías ser capaz de Percibir que no miento. Renunciaste a su vida y a la tuya cuando conspiraste con Sin Cumbre. Ya me extrañaba que Kaul Hilo se estuviera comportando de una forma atípicamente contenida de un tiempo a esta parte, y ahora está claro el porqué. Firma los documentos,

Ven-jen

. Provienes de una antigua familia de huesos verdes; esto no debería sorprenderte.

La frágil máscara de indignación de Ven se derrumbó; le tembló la barbilla y sus hombros empezaron a estremecerse.

—Mis otros hijos —susurró—. No tienen nada que ver con esto. Perdónalos,

Ayt-jen

. Firmaré los documentos y ordenaré a los gestores que sigan aquí después de la venta. Haré todo lo que me pidas, antes de morir, si perdonas al resto de mi familia.

—A tus hijos, no —replicó Ayt—. Tu mujer y tus hijas pueden exiliarse del país. Permitiré que os entierren a tus hijos varones y a ti con todo vuestro jade en la parcela familiar de Kekon. Es toda la venia que puedo conceder a un hombre que ha traicionado a su pedestal.

Iwe Kalundo recogió los documentos esparcidos por la mesa y le indicó a Ven Sandolan los lugares en los que tenía que firmar.

# Capítulo 57
# Urgencias

El día que, según los espías de Sin Cumbre, estaba programada la llegada de Zapunyo a Puerto Massy, Hilo dio de cenar a sus hijos y después se fue con su plato al sofá de la sala de estar, para ver las noticias mientras esperaba la llamada en que su primo le confirmase que todo estaba preparado. Wen iba a pasar esa semana en Adamont Capita tratando el rediseño de la embajada de Kekon y buscando inmuebles que pudieran resultar de interés como inversión para la oficina del hombre del tiempo. Shae iba a menudo a comer a la residencia principal pero seguía trabajando en la calle del Barco, de modo que Hilo estaba solo en casa con los niños, aparte de su madre, dedicada a plantar flores en el jardín, y de Kyanla, atareada en la cocina.

En la televisión, el presentador Toh Kita informaba sobre la aprobación con muy poco margen de la Ley de Refugiados de la Guerra de Urtoko, que añadiría a Kekon a la lista de los países comprometidos a acoger refugiados de la zona fronteriza entre Shotar e Ygutan, arrasada por la guerra.

El canciller Guim estaba pronunciando en el Salón de la Sabiduría un discurso sobre el terrible coste humano del imperialismo extranjero y la importancia de que Kekon diera un paso al frente como un ciudadano del mundo responsable. Como colofón expresó su tristeza por el reciente fallecimiento de su predecesor, Son Tomarho, un hombre de estado devoto y un leal servidor del país, que los dioses lo reconocieran.

Hilo miró la pantalla con el ceño fruncido. A los espenios no les iba a hacer gracia la aprobación de la Ley de Refugiados. Shae tendría que bregar con el impacto de las consecuencias diplomáticas, pero Hilo deseó que el canciller Son se las hubiera

arreglado para mantener latiendo el corazón un poco más. Se había acostumbrado a él. El canciller Guim le parecía demasiado ladino y refinado, y además era leal a Montaña, lo que significaba que la influencia de Sin Cumbre en el Consejo Real se había reducido considerablemente. El forense dictaminó que no cabía duda de que Son Tomarho había muerto de un ataque al corazón, pero Hilo no creía en los accidentes oportunos.

Jaya había tirado todos los juguetes del corralito y exigía que la cogieran en brazos. Hilo sabía que disponía de un periodo de gracia de cinco minutos antes de que empezara a berrear, así que acabó de comerse el plato de sobras de estofado de pollo, cargó a su hija en el regazo e intentó distraerla con un muñeco. Le gustaba ser padre; había descubierto que era algo que iba con él. Los niños eran completamente sinceros y vivían en el momento; eran exigentes, pero fáciles de complacer; solo pedían amor y atención. No le importaría tener más, si no fuera porque Wen estaba decidida a tener un papel significativo en el clan; él la apoyaba porque quería que fuera feliz, pero seguía pensando que no era necesario.

Sonó el teléfono. Al imaginar que se trataría de Anden, Hilo le pasó el bebé a Kyanla y descolgó el aparato de la cocina.

—Hijo-jen —dijo Juen—, corren ciertos… rumores.

Aunque había pasado más de un año, había veces en que Hilo oía la voz de Juen y se preguntaba durante un instante por qué Kehn habría mandado a su primer puño en vez de llamar él mismo. Indefectiblemente sentía una punzada de dolor.

—Los rumores son tan abundantes como las ratas —dijo Hilo—. ¿Qué tienen estos de especial?

—Ven Sandolan, el magnate dueño de la empresa de transportes… Ha muerto. Montaña lo ha ejecutado por traición. Al parecer intentó organizar un golpe contra Ayt Mada, pero descubrieron sus planes. La gente está escandalizada; era uno de los linternas más importantes del clan.

Hilo quitó el sonido del televisor.

—¿Y sus hijos?

—Muertos también, igual que unos cuantos conspiradores más. Se dice que Nau Suen y sus hombres pillaron a Ven Haku y a unos cuantos puños conspirando en el club Ocho Pecados y los degollaron como a cerdos.

—¿Ayt ha exterminado a la estirpe más rica de huesos verdes de su clan? ¿Y las otras familias no se han revolucionado? —preguntó Hilo con incredulidad.

—Ayt ha tutelado a Koben Ato —dijo Juen—. A partir de ahora le pagará los estudios en Wie Lon, lo entrenará en privado en la mansión Ayt y lo acogerá bajo su ala. No ha dicho oficialmente que el chico vaya a ser su heredero, pero es un cambio considerable y le ha granjeado el apoyo de la familia Koben, con todos sus partidarios.

—¿Y la familia Iwe?

—Tranquila. Se dice que Ayt les ha dado una parte importante de Transportes
K-Star
.

—Hija de puta —rugió entre dientes, asombrado y furioso por lo repentino que había sido todo, lo deprisa que se le habían desmontado los planes. Aun así, fue incapaz de contener la admiración. Ayt había jugado sus cartas de maravilla; tras la destrucción de la familia Ven, nadie de Montaña se atrevería a oponerse a ella. Ni a la recién encumbrada familia Koben. Las reuniones con Sando, los pagos entre bambalinas, las garantías secretas y la intensificación calculada de las divisiones internas de Montaña mediante provocaciones y violencia durante los tres últimos años habían ido alimentando su esperanza de que el clan Montaña dirigiera hacia sí la energía que había dedicado a su enemigo Sin Cumbre y se destruyera desde dentro. Todo había sido para nada—. ¿Por qué cojones es tan difícil matar a esa cabrona?

—Tío —dijo Niko, tirándole de la manga.

—Ahora no, Niko.

—Tío…

No fueron la voz del niño ni los renovados tirones del brazo lo que hicieron que Hilo mirase a su sobrino, sino el intenso brote de confusión y miedo que Percibió en él; su pequeño corazón golpeaba como un tambor. Niko no era un chiquillo temperamental, de los que se alteran con facilidad o tienen miedo a cosas inofensivas, pero en aquel momento tenía los ojos cargados de angustia.

Ordenó a Juen que descubriera cuanto pudiera y volviera a informarlo cuando hubiera reunido más información. Colgó el

teléfono.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—Ru… Estábamos jugando y… ¡se lo ha comido!

—¿Qué se ha comido? ¿Dónde está?

Siguió a Niko al despacho y lo entendió nada más entrar. Un miedo terrible le retorció las tripas. Una bolsita de tela llena de botones de jade, confiscada hacía mucho tiempo de los cargamentos de ropa que transportaba el mercante Orgullo Amárico, estaba abierta en la mesita. Había varias piezas de jade esparcidas por la mesa y el suelo; era evidente que los niños habían encontrado la bolsa en el cajón de la mesa de Hilo y habían estado jugando con los botones. Ru estaba detrás del sofá, hecho un ovillo en el suelo y abrazado a un cojín con el que se tapaba la cara, como si escondido tras él pudiera evitar el enfado de su padre.

Hilo fue hasta el niño y le quitó el cojín. Se agachó y cogió al niño por los brazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, deseando que los niños sonrieran, que todo fuera una broma planeada para asustarlo, pero en cuanto vio la cara de Ru surcada de lágrimas supo que era una esperanza vana.

Fue Niko quien respondió:

—Se los ha tragado.

—¡Ha sido sin querer! —balbuceó Ru, enrojeciendo. Clavó en su primo una mirada torva—. ¡Ha sido culpa tuya! ¡Yo iba a escupirlos, pero me has tapado la boca!

—¿Por qué habéis hecho eso? —gritó Hilo a los dos. Les habían enseñado que el jade lo debían llevar y manejar los adultos, que no era para jugar. Habrían debido saberlo.

—Solo estábamos tonteando. —Niko estaba al borde de las lágrimas.

Las ganas de darles una paliza se eclipsaron por la furia que Hilo sintió hacia sí mismo (no se le había ocurrido que los niños pudieran ir a jugar al despacho, debería haber cerrado el cajón con llave, ¿por qué había dejado ahí el jade tan despreocupadamente?) y por el miedo acuciante e intenso. Dentro del pequeño cuerpo de un niño, el jade era muy peligroso. Podía causar fiebre, taquicardia, ataques, colapsos e incluso la muerte.

Levantó en brazos a su hijo. Ordenó a gritos a Kyanla que

cuidara de Jaya y Niko, cogió las llaves del Duchesse y corrió hacia la puerta. Niko, llorando ahora, corrió tras él.

—Voy contigo. —Se aferró a la cintura de Hilo—. No me dejes aquí.

Hilo abrió de golpe la puerta trasera del Duchesse Signa y echó sin contemplaciones a los críos al asiento. Ru miraba a su padre con ojos muy abiertos y asustados.

—¿Me voy a morir?

—No —dijo Hilo. Entró en el coche y arrancó.

En el Hospital General de Yanlún, el personal de Urgencias llevó a toda prisa a Ru a una sala de exploración. Las radiografías revelaron dos piezas de jade del tamaño de botones, que gracias a los dioses no se habían atascado en el esófago y en aquel momento estaban atrapadas en el estómago. Conectaron a Ru a monitores de ritmo cardíaco, tensión y temperatura. Salió un médico de pelo canoso y explicó que creía que podrían extraer las gemas sin necesidad de operar: sedarían a Ru y le introducirían por la garganta un instrumento flexible con un extremo prensil. Hilo se sentó al lado de la cama sujetando la mano pequeña y sudorosa de su hijo en la suya mientras los anestesiaban.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Ru con voz pastosa.

—No. —Tenía demasiado miedo para enfadarse—. Te quiero. —Le alisó el pelo. El niño tenía la frente caliente y húmeda; Hilo no estaba seguro de si se trataba de fiebre inducida por el jade o de un simple efecto del agotamiento después de tanto llorar.

—Quiero estar con mamá —gimió Ru.

—La verás cuando te despiertes —prometió Hilo.

Sin que pudiera controlarla, su mente se disparó hacia el peor escenario posible: tener que llamar a su mujer, a miles de kilómetros en viaje de negocios, para decirle que su hijo había muerto de envenenamiento por jade mientras estaba a su cargo. Se sintió enfermo ante la idea y se dijo que aquello no podía ocurrir.

Una enfermera había llevado un montoncillo de libros infantiles y un camión de juguete para que Niko se entretuviera, pero después de echarles una simple ojeada, el niño los ignoró. Se sentó en la silla al lado de Hilo con las rodillas pegadas al pecho, abrazándose las piernas. Tras el estallido de lágrimas inicial en el coche, tenía los ojos secos. Observaba a su alrededor con interés y una ligera

hostilidad, pero no había dicho una palabra desde que llegaron al hospital.

Hilo miró el reloj. Ya pasaba de la hora de la cena; llevaban dos horas en urgencias. En la costa este de Espenia sería media mañana. Para entonces, se suponía que Anden habría telefoneado para confirmar que Zapunyo había llegado a Puerto Massy y que todo estaba preparado. Al no poder contactar con Hilo en la casa, habría llamado a la oficina del hombre del tiempo. Shae se estaría preguntando adónde se habría metido; quizá estaba intentando localizarlo en ese momento.

Llegaron los médicos y se llevaron a Ru. Hilo los siguió hasta donde le permitieron, y después vio desaparecer a su hijo tras una puerta que se cerró. El médico de las canas le aseguró que la intervención no duraría demasiado.

—No eres el primer huesos verdes al que le pasa algo así,
Kaul-jen
—dijo—. Mientras saquemos rápidamente el jade no se producirán daños permanentes. El
SN1
no está recomendado para los niños, pero podemos usar dosis pequeñas si vemos que es necesario.

Hilo le dio las gracias, cogió a Niko de la mano y fueron al vestíbulo del hospital. Sentó a su sobrino en una silla, cerca de la hilera de cabinas de teléfono.

—¿Tienes hambre? ¿Necesitas ir al baño?

El niño negó con la cabeza. De todas formas, Hilo le compró un paquete de galletas y una botella de zumo en la máquina expendedora, y sin perderlo de vista, llamó a la mansión. Tras asegurarle a una preocupadísima Kyanla que Ru se pondría bien, le pidió que cogiera la agenda que tenía en el despacho y buscara el número del hotel de Adamont Capita donde se alojaba Wen. Se apuntó el número en la mano, volvió a descolgar el teléfono e introdujo suficientes monedas para realizar una llamada internacional. Cuando pasaron la llamada a la habitación de Wen, el teléfono sonó y sonó pero no lo cogió nadie. Hilo colgó. Llamó a la oficina del hombre del tiempo, en la calle del Barco.

—¿Dónde te habías metido? —Shae sonó más alterada de lo habitual; Hilo prácticamente podía notar el chisporroteo del aura de

jade incluso al otro lado del teléfono. Cuando explicó lo que había pasado, el enfado de su hermana se convirtió en preocupación. Se podía decir de ella lo que se quisiera, pero siempre había querido a los niños.

—¿Se pondrá bien?

—El médico cree que sí. Lo sabremos pronto. ¿Has tenido noticias de Andy?

—Hay un problema —dijo Shae—. No se reunirán con Zapunyo en la sala que hemos preparado en el centro cultural uwiwano. Quizá algo lo haya asustado, o quizá siempre tuvo la intención de cambiar el lugar de la cita para dar esquinazo a cualquier posible amenaza. Ha insistido en que la entrevista tenga lugar en la habitación del hotel, con sus guardaespaldas. Si no, se niega en redondo a reunirse.

Hilo escupió una maldición. Aquello lo cambiaba todo.

—No podemos meter jade en la habitación del hotel de Zapunyo —dijo al fin—. Es demasiado tarde.

—Anden y yo hemos estado hablando del asunto —dijo Shae—. Si seguimos adelante con la entrevista, podemos conseguir que alguien se haga pasar por personal del servicio y lleve un arma a la habitación. Escondida en una servilleta o bajo una bandeja, Rohn Toro podría cogerla antes de que alguien preguntara quién pidió…

—No —cortó Hilo—. Zapunyo ya sospecha; lo descubriría de inmediato.

—Entonces nos hemos quedado sin alternativas. Se supone que la entrevista empieza dentro de seis horas.

Hilo apretó con fuerza el auricular. Su hijo estaba en el hospital; su mujer, en la otra punta del mundo, y su primo, a punto de meterse sin jade y desarmado en una habitación de hotel para enfrentarse a un enemigo del clan y a un pelotón de gánsteres barukanos.

Si él estuviera en Puerto Massy en aquel momento en lugar de Anden, si pudiera entrar en la habitación donde estaba Zapunyo, correría cualquier riesgo necesario. Podría intentar meter a escondidas un arma con jade, o intentar quitarle una a los guardaespaldas. Arriesgaría la vida para apuñalar al contrabandista en el cuello con un bolígrafo, si hacía falta.

Pero no estaba allí. Había demasiadas cosas que como pedestal

no podía conseguir en solitario, apoyado exclusivamente en su voluntad y su fuerza, y tenía que delegar en otras personas. Incluso en cuestiones tan personales como la venganza. Andy estaba allí, solo. La última vez que Hilo le había pedido que matara en nombre del clan, lo había alejado de la familia y lo había echado a perder como huesos verdes. Hilo podía llegar muy lejos para derrotar a un enemigo, y lo había hecho en el pasado, pero en aquel momento, contemplando cómo su sobrino se comía la última galleta y se sacudía las migas del regazo, solo podía pensar en la seguridad de su familia.

—Cancélalo —dijo al fin.

—Si no se realiza la entrevista —dijo Shae—, Zapunyo sabrá que había sido una trampa desde el principio. La tapadera que hemos creado para Anden quedará arruinada y no tendremos otra oportunidad.

—No vamos a poner a Andy a aguantar cuatro horas de entrevista falsa a cambio de nada, y menos cuando bastará con un simple desliz, o con que alguno de los presentes se dé cuenta de que no es quien dice ser, para que le peguen un tiro en la cabeza. Tendremos que pensar otra forma de cazar a Zapunyo. Cancélalo, Shae.

Hilo colgó el teléfono, cogió a Niko de la mano y regresaron a la habitación a la que llevarían a Ru cuando los médicos hubieran acabado de trabajar. Su mente bullía de rabia; los meses de planes y trabajo cuidadoso habían sido en vano. Al añadir la noticia sobre Ven, se dijo que ya nada más podía salir mal aquel día. Pero cuando el médico entró en la habitación lo rodeaba un aire de aprensión que hizo que Hilo se quedara helado.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó con una voz tan afilada y letal que el médico palideció.

—Ya lo están trayendo —se apresuró a responder—. La intervención se ha desarrollado sin complicaciones, y se despertará de la anestesia en cosa de una hora. —Le pasó a Hilo un vasito de plástico, de los usados para las muestras de orina, cerrado con una tapa roja. Las piezas de jade tintinearon en la base—. Se recuperará del todo,

Kaul-jen

. Pero debes saber algo más: tu hijo no reacciona al jade.

Esperábamos ver algún cambio en sus signos vitales como consecuencia de la exposición que ha sufrido, pero no se ha producido ninguno. Ha sido como si se hubiera tragado dos huesos de cereza.

—¿No es demasiado pequeño para saberlo con seguridad?

—Los niños pueden mostrar fluctuaciones muy amplias de su respuesta al jade, de mínimas a graves, en los seis primeros años de vida. Por eso los pediatras recomiendan que se limite y se supervise estrictamente la exposición al jade a edades tempranas. Pero ninguna respuesta en absoluto… Podemos estar razonablemente seguros de que es no reactivo.

A Hilo lo irritó la manera en que el médico pronunciaba las palabras «no reactivo», como si el término técnico fuese de algún modo más suave y amable que «ojos de piedra». Al verlo entrar con un aspecto tan sombrío, Hilo se había temido lo peor. En comparación, aquella noticia no era tan mala. No se quedó sorprendido; teniendo en cuenta que Wen era ojos de piedra, siempre había sabido que existía la posibilidad. Por supuesto, había albergado la esperanza de que no fuera así, pero ahora que lo sabía con certeza se descubrió aceptando la idea con una mezcla indefinible de decepción, alivio y actitud defensiva paternal. Así que su hijo era ojos de piedra; ¿por qué se mostraba el médico tan serio y preocupado, como si se tratara de una enfermedad mortal? Cualquiera diría que un profesional de la medicina estaría por encima de la vieja superstición de que los ojos de piedra traían mala suerte. ¿Podría ser, quizá, que esperase que se tomara mal la noticia? ¿Que el pedestal de un clan de huesos verdes no querría a su hijo solo porque no podía portar jade?

—Hay cosas peores que ser ojos de piedra —dijo Hilo, forzando una sonrisa que no sentía realmente pero que esperaba que sirviera para que el médico dejara de observarlo con preocupación por encima de las gafas—. Lo importante es que está sano y lo queremos. Da igual lo que piense la gente.

—Muy cierto, Kaul-jen —dijo el médico relajando los hombros.

Metieron a Ru en la habitación. Estaba un poco pálido, pero su pecho ascendía y descendía con una respiración suave y regular. La enfermera inclinó la parte alta de la cama y colocó las almohadas para ponerlo cómodo y salió. Niko había prestado atención a la

conversación entre Hilo y el médico sin decir palabra.

—¿De verdad que Ru es ojos de piedra? —preguntó cuando los tres se quedaron a solas.

Hilo intentó sin mucho éxito que en su voz no se filtrara la tristeza.

—Sí.

—¿Es por lo que ha pasado? ¿Porque le he hecho tragarse el jade?

Hilo suspiró y sentó a su sobrino en el regazo.

—No; ha nacido así. No es culpa de nadie.

—¿Será ojos de piedra para siempre? —Niko frunció el ceño y miró a su dormido primo.

—Siempre lo será, pero eso no significa que no pueda hacer muchas cosas. Mira a tu madre, que ahora mismo está de viaje de negocios haciendo trabajo útil para la familia y el clan, incluso sin portar jade. —Hilo puso voz severa—: Pero tendrás que protegerlo. Mantenerlo a salvo. Se acabaron los sustos como el de hoy, ¿entendido?

Niko asintió.

—Sí. No volveré a pincharlo. Seré un buen hermano mayor a partir de ahora.

# Capítulo 58
# La decisión de la rata blanca

Cuando Wen volvió al Hotel Vista Capita, con intención de echar una cabezada después de haberse pasado toda la mañana en reuniones y mirando distribuciones y muestras de pintura, el recepcionista le dijo que su marido había estado intentando ponerse en contacto con ella y que al final había dejado un mensaje y un número de teléfono para que lo llamara al Hospital General de Yanlún. Wen subió corriendo a su habitación. Se dijo que no debía asustarse, pero le temblaban las manos mientras usaba la tarjeta telefónica que le había dado Shae y realizaba la llamada internacional. Respondió una recepcionista que le dijo que esperara.

Varios minutos angustiosos después, Hilo se puso al teléfono.

—Todos estamos bien —fue lo primero que dijo—. Hemos tenido un susto, nada más. —Le contó lo que le había pasado a Ru. Después puso a Niko al teléfono.

—Hola, mamá, te echamos de menos. ¿Cuándo vienes a casa?

Wen le aseguró que estaría de vuelta en tres días, le preguntó si había estado practicando lectura y escritura a diario y después le pidió que le pasara el teléfono a su tío.

—¿Han dicho los médicos si esto tendrá algún efecto a largo plazo? —preguntó.

—No lo tendrá —respondió Hilo—. Dicen que Ru es ojos de piedra.

Wen se dejó caer a plomo en la cama del hotel. Su primera reacción fue de sorpresa por que Hilo sonara tan indiferente, pero, al fin y al cabo, había tenido varias horas para ir asimilando la noticia; ella acababa de enterarse.

—¿Están seguros? —dijo con un susurro.

—Sí. —Hilo seguía sin sonar alterado, pero había un deje de

impaciencia en su voz, como el que aparecía a veces cuando decía «Nada» o «Vale», y que Wen siempre sabía que era señal de que estaba preocupado.

—Lo siento —dijo Wen; notó que unas lágrimas inesperadas intentaban brotar.

—No digas tonterías —dijo, y luego, dándose cuenta de su brusquedad, añadió con tono más amable—: te he dicho que todos estamos bien, ¿no? Eso es lo que importa. No te preocupes y no dejes que esto te estropee el viaje.

—Hay algo que no me estás contando —dijo Wen—. Me doy cuenta de que pasa algo más.

—No tiene que ver contigo. Cosas del clan.

Wen se fijó en la hora.

—¿Tiene algo que ver con el plan para matar a Zapunyo?

Hilo se dio por vencido y suspiró.

—Ese uwiwano cobarde no quiere salir de su habitación del hotel para ir al sitio que habíamos acordado. Andy correría demasiado peligro si intentase algo ahora. He cancelado el plan; no podemos pillarlo esta vez.

—No esta vez —repitió Wen—. ¿Cuándo, entonces? El día que mataron a Kehn me prometiste que castigaríamos a los responsables. A todos. Ha pasado más de un año.

—¿Crees que no lo sé? —Soltó un gruñido de frustración—. Estás enfadada ahora mismo porque mientras estabas fuera no presté bastante atención a los chicos y por eso ocurrió el accidente. Pero ¿cuándo he dejado una promesa sin cumplir? ¿Alguna vez he dejado sin castigo una ofensa a la familia? A veces lleva más tiempo, eso es todo. —Algo del hospital distrajo a Hilo, que se apartó del teléfono para hablar con alguien brevemente. Después se puso otra vez al aparato—. Tengo que irme; van a dar el alta a Ru y tengo que ocuparme del papeleo. —Una pausa—. No quería preocuparte con la mala noticia. No ha sido tan grave. Podría haber sido mucho peor; debemos dar gracias. Y no te preocupes por las cosas del clan. Hablaremos cuando vuelvas. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Wen—. Diles a los niños que mamá los quiere.

Cuando Hilo colgó, Wen se quedó mirando el auricular unos instantes antes de colgar. Se sentía embotada. Se levantó

mecánicamente y se puso ropa más cómoda, se bebió un refresco del minibar y paseó aturdida por la habitación. Volvió a sentarse en la cama.

Sintió ganas de llorar, pero la sensación era demasiado difusa; todo parecía suceder demasiado lejos. Si estuviera junto a su familia, sería más real. «Mi hijo es ojos de piedra», pensó. Se imaginó a Ru acostado en la cama del hospital, llamándola, y en un brote de desesperación maternal instintiva deseó estar a su lado para abrazarlo con fuerza y consolarlo. Pero también estaba extrañamente aliviada por estar lejos, por no tener que ver su expresión confiada y mentirle diciéndole que todo iba bien, porque por supuesto no iba bien. Se sintió de algún modo desconectada, apartándose a la defensiva de todos los pensamientos desagradables que la acosaron: Ru no podría ir a la academia, no podría ser huesos verdes como su padre y sus tíos, no podría tener una posición importante en Sin Cumbre. Sería como su madre: ninguneado y descartado, luchando toda la vida contra el estigma de la mala suerte, con la diferencia de que era un chico y que sería aún peor para él, porque los hombres necesitaban liderar para inspirar respeto, y ¿quién iba a seguir a un ojos de piedra?

Con sinceridad dolorosa reconoció para sí el motivo de que, desde el instante en que vio la foto de bebé de Niko en la carta que encontró entre los documentos de Lan, hubiera estado tan decidida a llevarlo de vuelta a Yanlún; por qué había insistido en que Hilo fuera en persona a Stepenland a recogerlo para poder criarlo con sus otros hijos. Quizá lo hubiera sospechado todo el tiempo; desde luego, la posibilidad la había preocupado durante su primer embarazo: quizá Ru no pudiera ser el heredero de su padre.

Niko era el niño que ella no podía engendrar; era el auténtico primogénito de Sin Cumbre. Resultaba irónico que hubiera nacido de una mujer tan ingrata e infiel como Eyni, pero los dioses tenían un sentido del humor cruel; en aquello, Hilo y Shae podían estar de acuerdo. Lo único que podían hacer los mortales era aceptar lo que recibieran, y aun así seguir luchando para mejorar su destino y el de sus seres queridos. A solas en la habitación del hotel, lejos de casa, Wen se sintió abrumada por tal mezcla de orgullo y vergüenza, hasta que finalmente se le nubló la visión a causa de las lágrimas.

Se secó los ojos y empezó a pensar con claridad otra vez. Comprendía que su valor para el clan, para su familia, para Hilo y, por encima de todo, para sí misma, no radicaba en lo que pudiera lograr ella (un ojos de piedra era siempre una especie de espacio vacío entre las fuertes auras que lo rodeaban; un vacío en el que las miradas y las expectativas resbalaban como aceite), sino en lo que hacía posible para otros. Era incapaz de portar jade, pero como rata blanca del hombre del tiempo había llevado el jade a aquellos que podían usarlo y lo usarían para beneficio del clan. No había entregado al pedestal un hijo que pudiera seguir los pasos de la familia, pero había conseguido que Niko volviera para que lo criaran en el lugar que era suyo por derecho. Nunca podría ser huesos verdes por mucho que sintiera que su corazón lo era, pero podía pensar como tal. Era una facilitadora, una ayuda, un arma oculta, y aquello valía algo. Quizá mucho.

Descolgó el teléfono y llamó a la oficina del hombre del tiempo. Shae guardó silencio un largo minuto cuando Wen terminó de hablar.

—No puedo aceptar eso.

—Deseas la muerte de Zapunyo tanto como yo —dijo Wen—. Has pasado meses preparándonos para esta oportunidad y sabes que es la mejor que vamos a tener. Si no la aprovechamos, Zapunyo desaparecerá en su fortaleza.

Aquel argumento era parecido al que Shae había usado con Hilo cuando había hablado con él hacía menos de una hora, pero ahora fue ella quien puso excusas.

—No tenemos tiempo para cambiar el plan.

—¿Has cancelado ya la entrevista? —preguntó Wen. Shae dijo que no. Había estado retrasándolo, intentando pensar una forma de gestionar la situación que pudiera salvar la identidad tapadera que tanto le había costado crear para Anden. Wen continuó—: Todavía faltan cinco horas para la entrevista. Puedo estar en un autobús con destino a Puerto Massy en menos de media hora. Se tardan tres en llegar. Eso nos deja hora y media de margen. —Se detuvo. Cuando volvió a hablar, su voz fue calmadamente implorante—: ¿Te he fallado alguna vez,

Shae-jen

? La primera vez que te dije que sería tu rata blanca, ¿no creíste que

podría hacer cualquier cosa que me pidieras?

Shae cerró los ojos y se recostó en el asiento; el cordón del teléfono se tensó.

—Wen, esto es más peligroso que nada que hayas hecho antes. Incluso si tienes éxito, será imposible ocultárselo a Hilo. Te estarás jugando el matrimonio además de la vida.

—Lo asumo —dijo Wen tras un largo silencio.

—No estoy muy segura de asumirlo yo —reconoció Shae—. Tienes que pensar en tus hijos.

—En ellos estoy pensando. Mientras esa sabandija respire, mientras los enemigos de la familia sigan sin castigo, temeré por su vida. ¿Confías en ese hombre del que nos ha hablado Anden, ese tal Rohn Toro?

—Anden confía en él. E Hilo dijo que era el hombre más verde que había conocido en Puerto Massy.

—Entonces en verdad es nuestra mejor esperanza —dijo Wen—. Hilo ha tomado la decisión de cancelar el plan sin considerar todas las alternativas. Yo te estoy dando otra, y es muy buena en mi opinión. Zapunyo es la causa de que Kehn y Maro estén muertos, y todavía representa un peligro para nosotros. Deja que haga esto, Shae-jen; deja que lo haga por mis hijos y por el clan.

Shae tenía la impresión de estar observándose desde algún otro lugar, incapaz de desentrañar su propia mente. Hilo era el pedestal y había tomado su decisión. Ella, como su hombre del tiempo, tenía la responsabilidad de cumplir sus deseos. «El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor». Pero Wen tenía razón: Hilo no tenía toda la información, y no había tiempo de volver a preguntarle, de localizarlo en el hospital mientras cuidaba de su hijo y explicarle todo lo que ella y Wen habían hecho en el pasado, cosas que él nunca habría aceptado pero que habían sido en secreto de ayuda para clan en momentos esenciales, y sin las que quizá ahora ni siquiera sería el pedestal. Quizá ni siquiera tendría un clan.

Zapunyo y sus aliados barukanos habían mutilado a la familia Kaul; habían matado a Maik Kehn y casi también a Wen y a los niños, incluido Niko, a quien Shae había jurado proteger de rodillas ante los dioses. Lo habían conseguido persiguiendo a Maro, amenazando a su familia y manipulándolo para que cometiera

traición. Por culpa de Zapunyo, Shae se había visto obligada a ejecutar a su amigo y amante, un buen hombre, una persona de buen corazón que representaba lo mejor de Kekon. El contrabandista Zapunyo, igual que el barukano shotariano y las bandas espenias, eran el epítome del poder sin honor, el jade sin control, la violencia sin principios.

«Tú diriges el clan tanto como tu hermano», le había dicho Maro una vez, hacía ya mucho tiempo, incluso antes de que ella creyera que era cierto y estuviera a punto de morir para demostrarlo. En aquel momento se aferró a esas palabras, las moldeó convirtiéndolas en una lanza de determinación tan fuerte como la que necesitó para enfrentarse a Ayt Mada con una hoja limpia.

—Me encargaré de que Anden y Rohn te recojan en la estación de autobuses cuando llegues a Puerto Massy.

# Capítulo 59
# De parte de la familia Kaul

Exactamente cinco horas más tarde, Wen estaba en el asiento trasero de un Brock Parade
LS
gris, delante del Hotel Crestwood, en el centro de Puerto Massy. Estaba aparcado en zona prohibida, frente a la entrada principal del hotel, pero los dos policías que estaban en la esquina cercana no los molestaron. Los Dauk los conocían bien; eran dos patrulleros de a pie de Trampasur que otras veces habían aceptado dinero a cambio de favores y que simpatizaban con los kekoneses, quienes rara vez andaban con drogas o cometían delitos violentos y que cuando tenían un problema lo resolvían ellos mismos. De hecho, uno de los policías era medio kekonés. Les habían pagado generosamente para que fueran los primeros en responder a cualquier aviso de problemas y para que miraran a otro lado cuando el coche gris abandonara la escena a toda velocidad. Sabían que Zapunyo se alojaba en el hotel, pero ¿qué les importaba a ellos que un contrabandista de jade extranjero, famoso por cometer violaciones atroces de los derechos humanos, sufriera un final desafortunado?

Anden giró en el asiento del copiloto y miró a Wen con preocupación.

—No es tarde para cambiar de idea —insistió—. Esto es peligroso. Hilo no querría que te involucraras.

Wen comprobó su maquillaje con un espejo de mano y se echó para atrás un mechón de pelo que se había escapado del moño.

—Llevamos demasiado tiempo planeando esto para echarnos atrás ahora, Anden. El hombre del tiempo está de acuerdo y cuenta con nosotros. —Le sonrió con confianza—. Además, mi parte es muy sencilla.

—Recuerda: tírate al suelo y no te levantes —dijo Rohn Toro desde el asiento del conductor—. Quédate tumbada hasta que yo te diga. —No habían tenido mucho tiempo para ensayar, pero era lo que había.

—Gracias por aceptar hacer esto —dijo Anden a Rohn.

—Dámelas cuando hayamos acabado y estemos a salvo —dijo Rohn—. Preferiblemente en algún sitio cálido y en otro continente.

Salió del coche y abrió el maletero. Anden y Wen se apearon también. Wen seguía asombrada por el cambio de aspecto de Anden: barba recortada que lo hacía parecer cinco años mayor, gafas de pasta negra, un traje a la moda con solapas estrechas y una corbata de rayas azules y blancas. Representaba a la perfección su papel de urbanita de Puerto Massy y no se parecía en nada al serio estudiante de la academia Kaul Du que había conocido en Yanlún. Anden jugueteó con la corbata. Wen se daba cuenta, por las miradas que le dirigía a menudo, de que seguía sin estar muy convencido de la decisión de involucrarla, pero no iba a estropear el plan desobedeciendo. Solo esperaba que pudiera reprimir cualquier indicio de incomodidad cuando estuvieran dentro. Rohn Toro sacó del maletero una cámara réflex que se colgó del cuello, una bolsa de fotografía y un trípode. Wen se alisó la falda, cogió el portapapeles con funda de cuero y se guardó con cuidado la pluma estilográfica en el bolsillo superior de la chaqueta.

En el vestíbulo del Crestwood, esperaron en la zona de sillones acolchados cercana al bar. Un guardia de Zapunyo se reuniría allí con ellos, pero los uwiwanos nunca eran puntuales. Pasados treinta minutos, Wen empezó a preocuparse. Vio que Anden miraba inquieto el reloj de la pared y sospechó que estaban pensando lo mismo: que Zapunyo se había echado atrás sobre la entrevista y los dejarían plantados o les dirían que se marcharan. No pudo decidir qué sería más fuerte: la decepción o el alivio. Si el contrabandista escapaba y regresaba a las islas Uwiwa, ella seguiría pasando los días con el temor de que volviera a atacar a su familia. Por otro lado, había hecho cuanto estaba en su mano; su marido nunca tendría que enterarse de que había actuado en contra de sus deseos. Quizá acabaran encontrando otra manera de pillar a Zapunyo, como había prometido Hilo.

Un hombre salió de un ascensor y caminó hacia ellos. Wen

nunca había visto a un barukano en persona, pero aquel tipo, con una ostentosa camisa de seda y gruesos anillos de nefrita engarzada en oro, cumplía el estereotipo hasta el último detalle. Wen se preguntó con frío desprecio y curiosidad si no serían los barukanos los que habían copiado el modelo de las películas, y no al revés. Cuando se acercó, Anden se puso en pie. Wen se sintió aliviada al ver que no mostraba ningún signo visible de nerviosismo; habló con confianza en un espenio impecable, si bien con algo de acento, cuando estrechó la mano del barukano, se presentó como el periodista Ray Caido y presentó a Rohn Toro y a Wen, usando nombres ficticios, como su fotógrafo y su asistente.

El hombre asintió y fueron todos a la fila de ascensores. Subieron a la duodécima planta, donde estaban las *suite* de lujo. En el rellano del ascensor esperaba otro barukano, un hombre más joven. Les indicaron que separaran los brazos; tenían que registrarlos antes de que pudieran pasar de ese punto. Cachearon a Anden y a Rohn en busca de armas y examinaron el equipo fotográfico de Rohn. El barukano joven pareció incómodo al colocarse delante de Wen: los shotarianos eran gente mojigata. Wen abrió los brazos y el hombre le pasó las manos por los costados, la espalda y las piernas, y después se apartó. Wen se dio cuenta de que las gemas que le colgaban del cuello eran de nefrita, pero en las orejas portaba jade auténtico. El hombre se detuvo un momento y Percibió que ninguno poseía aura de jade antes de guiarlos por el rellano hasta la puerta del fondo. Llamó y los dejaron pasar.

Zapunyo estaba sentado en un gran sillón tapizado, en el centro de la sala de estar de la *suite*. A Wen le asombró lo bajo que era; parecía casi un niño en el sillón enorme y la opulenta habitación de hotel. Llevaba un traje de lino beis un poco arrugado; un pañuelo de bolsillo blanco insinuaba un intento de formalidad. El empeine surcado de venas sobresalía, hinchado, de los mocasines marrones. Para su sorpresa, la primera emoción de Wen al verlo por fin en persona fue lástima, casi compasión. Zapunyo podía ser un hombre rico con una mente ambiciosa y peligrosa, pero estaba atrapado en un cuerpo frágil. No era correcto que un hombre así pudiera controlar jade y desafiar a los huesos verdes.

El hijo mayor de Zapunyo estaba cerca de la ventana, detrás de su padre, junto a otro guardaespaldas. En total, cinco hombres, tres

de ellos barukanos.

—Señor Zapunyo —dijo Anden en espenio—, muchas gracias por concederme esta entrevista. Es una oportunidad especial y considero un privilegio que haya confiado en mí para contar su versión de la historia. ¿Prefiere que hablemos en espenio o en kekonés? Domino los dos idiomas.

Zapunyo se humedeció los labios.

—Mi espenio no es muy bueno. Hablemos en kekonés.

—Le prometo que no le robaré más de una hora de su tiempo —dijo Anden, pasando al instante al kekonés. Se sentó en una silla frente al contrabandista—. Mientras hablamos, mi asistente estará a un lado tomando notas y el fotógrafo irá haciendo su trabajo. Puede hacer caso omiso de ellos e imaginar que esto es una simple conversación entre nosotros dos.

Wen sonrió y asintió, cogió una silla, la puso junto a la de Anden y se sentó. Abrió el portapapeles y se sacó la estilográfica del bolsillo. Cerca de ella, Rohn Toro empezó a montar el trípode. Zapunyo les echó una ojeada antes de volverse hacia Anden.

—¿De dónde son sus padres, señor Caido? —preguntó el contrabandista.

—Mi madre era kekonesa. Mi padre es espenio.

—Pero su apellido es kekonés.

—Mis padres no vivieron juntos; me crio mi madre —dijo Anden. Y añadió, con un deje de diversión forzada—: ¿Va a entrevistarme usted a mí en vez de al revés?

—Tengo curiosidad por los antecedentes de cualquier periodista que solicite con tanta insistencia reunirse conmigo —dijo Zapunyo. Un guardaespaldas le dejó al lado, en una mesa, un vaso de agua con gas con una pajita. Lo cogió y bebió un trago antes de seguir—: ¿Nació en Kekon o en Espenia, señor Caido? ¿Por qué vinieron sus padres a este país?

—Nací en Kekon —dijo Anden—, pero era muy pequeño cuando vine a Espenia. —Fue la primera verdad a medias que dijo, y aunque Wen dudaba que alguno de los barukanos fuera lo bastante hábil Percibiendo para detectar una mentira tan nimia, con cada falsedad, la sutil tensión de su cuerpo aumentaría hasta resultar sospechosa. Wen quitó la tapa de la estilográfica y se colocó en posición de escribir. Miró de reojo a Rohn Toro, que estaba

agachado al otro lado de Zapunyo y sacaba fotografías—. Y en cuanto a por qué mi familia vino a Espenia, creo que pensaba que aquí tendría más oportunidades. Creían que yo podría tener una vida mejor en Puerto Massy, porque nací con aspecto espenio y porque Kekon era un lugar peligroso en aquella época. ¿Qué hay de usted, señor Zapunyo? —preguntó, desviando la conversación—. ¿Cómo llegó adonde está ahora?

—Esa es la pregunta que nos hacemos todos los días, ¿verdad, señor Caido? ¿Cómo hemos llegado adonde estamos? —Zapunyo se pasó la mano por el espeso pelo oscuro, con expresión pensativa—. ¿Cómo es que mis padres tuvieron siete hijos pero solo sobrevivieron cuatro, y de los cuatro yo fui el único que salió del gueto, el único que llegó a algo en la vida, a pesar de que siempre fui el más pequeño y físicamente más débil?

Los tres barukanos y el hijo de Zapunyo llevaban pistola, y dos de ellos tenían además cuchillos durbh. Rohn Toro había vuelto hasta el lugar donde estaba sentada Wen. Sujetó la cámara al trípode.

—¿Cuál cree usted que es el motivo, señor Zapunyo? —dijo Anden—. ¿Cree que quizá era su destino, que lo impulsaba un poder más elevado, como el de los dioses?

Zapunyo alzó un dedo regordete y los ojos le brillaron con satisfacción.

—Creo que los dioses han tenido alguna influencia, eso es verdad, pero cada hombre fija su propio destino. Por ejemplo, ¿quién puede decir qué coloca juntas a dos personas cualquiera en un determinado momento y lugar, de manera que se cambien la vida mutuamente? —El contrabandista dirigió una mirada ladina a Anden—. Tengo muchos enemigos, y, por supuesto, antes de aceptar reunirme con usted tenía que comprobar sus credenciales. El señor Caido trabaja para la Gaceta de Kekon, y ha escrito muchos artículos y realizado muchas entrevistas. Pero usted no es Ray Caido, ¿verdad? —Zapunyo se sacó una foto en blanco y negro del bolsillo delantero de la chaqueta y la sostuvo en alto. Parecía la fotografía de un anuario del instituto—. No se le parece. Pero ha insistido en reunirse conmigo, desarmado y bajo mis condiciones, así que no ha venido a matarme.

Wen sintió que un hilo de sudor le corría por la espalda. Aflojó

el cilindro de la estilográfica y lo dejó caer en el regazo, de donde rebotó al suelo. Rohn se inclinó para recogerlo. Anden no los miró; siguió sentado inmóvil y con expresión impasible, sin decir nada. Zapunyo pareció muy ufano.

—¿Quién lo ha mandado a verme? —preguntó—. ¿El clan Montaña? ¿O son los kekoneses que viven en Espenia, que quieren jade?

El cilindro de la estilográfica se rompió con facilidad. Mientras Rohn sacaba del tubo la cadenilla de minúsculas piedras de jade, Anden se inclinó hacia delante.

—Te equivocaste en una cosa, Zapunyo. Sí que he venido a matarte.

Todos los guardias desenfundaron a la vez, listos para meter una docena de balas en el cuerpo de Anden. Dos empezaron a girar hacia Rohn y detectaron la súbita llamarada de un aura de jade un segundo antes de que el huesos verdes descargara una Desviación que reventó en los estrechos confines de la habitación del hotel. Tumbó el trípode de la cámara, hizo saltar el agua del vaso y golpeó a los hombres que estaban de pie, empujándolos contra las paredes y los muebles.

Empezaron a volar las balas. Wen se tiró al suelo con los oídos zumbándole y el corazón en un puño. Vio que Anden se lanzaba sobre Zapunyo y cubría el cuerpo del contrabandista con el suyo. Mientras los dos caían del sillón al suelo, Anden maniobró y se colocó detrás de Zapunyo. Le rodeó el cuello y los hombros con los brazos, inmovilizándolo, y rodó y agachó la cabeza de modo que el contrabandista se quedó tumbado retorciéndose con la espalda sobre el pecho de Anden, convertido en un escudo involuntario; los guardaespaldas no podían disparar a Anden sin dar también a su jefe.

Con la cara pegada a la moqueta, Wen vio que el hijo de Zapunyo gritaba «¡No, papá!» con los ojos como platos a causa del pánico mientras intentaba decidir adónde apuntar con el arma. Con un estallido de Fuerza, Rohn Toro voló hacia él y lo golpeó en el cuello, aplastándole la tráquea. Mientras el joven se desplomaba, Rohn le arrancó la pistola de la mano, la giró y disparó una, dos, tres veces. Un guardaespaldas cayó para no volver a levantarse; otro invocó desesperadamente un combo de Fuerza y Desviación que

hizo que la última bala atravesara la ventana, y luego devolvió el fuego a la vez que el tercer barukano superviviente. Rohn se tiró al suelo y disparó dos veces, reventándole las rótulas al guardia que tenía más cerca; este cayó gritando, y los dos disparos siguientes de Rohn lo silenciaron.

El último barukano echó a correr hacia la puerta a la vez que disparaba alocadamente en dirección a Rohn. A tan corta distancia, este apenas consiguió Desviar las balas; una le rasgó la hombrera de la chaqueta; la otra se hundió en la moqueta, al lado de Wen. El barukano alcanzó la puerta y tiró de la manilla. Rohn atravesó la habitación con Ligereza, embistió al hombre y lo estampó brutalmente contra la puerta aún cerrada. Los dos cayeron al suelo y empezaron a luchar, Fuerza contra Fuerza. Wen oía el sonido de los golpes y las respiraciones jadeantes mientras los dos hombres desaparecían de su vista detrás del sofá.

Wen se puso a gatas. Había una pistola cerca de su alcance; un barukano la había soltado al caer. Se arrastró hacia ella, la cogió y la empuñó. Era pesada, mucho más que las armas compactas con las que había practicado. La tuvo que sujetar con firmeza con ambas manos mientras se ponía en pie.

Rohn y el último guardia seguían peleando. El huesos verdes cerró las manos en torno al cuello de su adversario y apretó y Canalizó al mismo tiempo hasta que la sangre empezó a manar de la boca del barukano, que se retorcía, pateaba y lanzaba zarpazos a Rohn con manos de Acero. Anden seguía en el suelo, inmovilizando a Zapunyo con una llave de lucha. El uwiwano agitaba los brazos sin dejar de intentar liberarse, pero físicamente no era rival para Anden. Wen caminó hacia ellos. Aún podía oír a su espalda los gorgoteos agonizantes del barukano, pero no les prestó atención. Zapunyo tenía la cara roja y abría y cerraba la boca con asombro y miedo, como si no pudiera creer que después de tantos años, y enfermo como estaba, alguien lo hubiera pillado por fin.

—Suéltalo, Anden —dijo Wen.

Zapunyo cayó al suelo, jadeando. Consiguió ponerse de rodillas y alzó las manos; la sangre huyó de su rostro cuando vio los cadáveres de su hijo y sus hombres.

—Soy rico y poderoso —gimió—. Te puedo pagar mucho más que lo que sea que te hayan ofrecido. ¿Quién te envía?

—Yo misma —dijo Wen—. De parte de la familia Kaul, del clan Sin Cumbre.

Apretó el gatillo. El retroceso le sacudió las muñecas. Zapunyo cayó en la moqueta con las piernas retorcidas desmañadamente. Bajo la cabeza empezó a formarse un charco de sangre. Anden miró el cadáver y después a Wen. Se puso en pie y sacudió la cabeza como para despejarse. Rohn Toro se acercó y observó al contrabandista. Muerto, Zapunyo parecía aún más pequeño y frágil; costaba creer que fuera responsable de tanto mal en el mundo.

Rohn Toro miró a Wen.

—No me extraña que digan que los Maik son de temer. —Se inclinó hacia delante, intentando recuperar el aliento. Gotas de sudor le perlaban la frente—. Me estoy haciendo viejo —musitó para sí. Sacó un paño para lentes de la bolsa de la cámara, limpió las empuñaduras de las armas que Wen y él habían usado y las dejó al lado de los cadáveres. La manga de la chaqueta desgarrada estaba manchada de sangre; se la quitó y también la tiró al suelo.

—Date prisa, Rohn-jen —dijo Anden—. Tenemos que largarnos. —Se agachó sobre el cadáver de un barukano, el joven que los había cacheado en el rellano; le quitó los pendientes de jade y se los tendió a Rohn.

—¿Qué haces? —preguntó este.

—Ayudarte a recolectar tu jade para que podamos irnos antes.

—¿Has perdido la cabeza? —dijo Rohn—. No cojas nada que te pueda relacionar con la escena de un asesinato. Retirar el jade de los cadáveres sería como poner un cartel diciendo que esto ha sido obra de huesos verdes. Déjalo. Coge solo el jade que hemos traído nosotros. —Devolvió la cadenilla de gemas a Wen, y esta volvió a esconderla en el hueco de la falsa estilográfica, que se guardó en el bolsillo. Durante unos segundos, la cara de Rohn se tensó al sufrir la sacudida de la resaca del jade. Se sujetó con una mano al respaldo del sillón de Zapunyo hasta que se estabilizó. Luego, se irguió y fue hacia la puerta. La abrió y se asomó al rellano.

—Ahora, deprisa.

Anden contempló las cuentas de jade que tenía en la mano y se sobresaltó, como si se diera cuenta de repente de lo que sostenía. Las soltó en el acto. Wen lo vio echar una última ojeada hacia atrás mientras se apresuraban a unirse a Rohn en la puerta. Se preguntó

si la expresión de incredulidad del joven se debía a lo que habían hecho o a que le fastidiaba dejar jade en los cadáveres de sus enemigos, algo que a ningún huesos verdes de Yanlún se le habría ocurrido jamás.

Cerraron la puerta tras ellos y caminaron rápidamente hacia el ascensor. Quizá los guardaespaldas de Zapunyo hubieran tomado la precaución de reservar las habitaciones contiguas, porque nadie abrió la puerta para ver a qué se debía aquel escándalo. Wen aceleró el paso para no quedarse atrás con los zapatos de tacón. Se sentía mareada por efecto de la adrenalina y, aunque todavía estaba asustada y tenía el pulso desbocado, tuvo que esforzarse por contener las ganas de sonreír. Todavía podían atraparlos y arrojarlos a una cárcel espenia, pero estaba segura de que Shae encontraría la forma de sacarlos. Lo importante era que lo habían conseguido. Ella, una ojos de piedra, lo había conseguido. Por una vez no había tenido que confiar en Hilo para que se aplicara la justicia del clan, sino que la había ejecutado ella misma. Ni todos los huesos verdes juntos podrían disputárselo.

Bajaron en ascensor hasta la segunda planta y después siguieron por las escaleras hasta llegar a la planta baja. Había gente rondando por el vestíbulo, botones que iban y venían, huéspedes registrando la entrada o la salida; ninguno era consciente de que hubiera pasado algo doce pisos por encima de ellos. A pesar de ello, Wen sospechó que alguien habría oído los disparos y habría informado; junto al mostrador de recepción, dos empleados del hotel estaban hablando con expresión nerviosa con uno de los policías que un rato antes esperaban en la esquina.

Rohn Toro redujo el paso; cogió un periódico y se lo colocó bajo el brazo mientras caminaba despreocupadamente hacia la puerta principal. Wen entrelazó el brazo con el de Anden como si fueran una pareja que salía a cenar. Siguieron a Rohn a cierta distancia. El policía no los miró ni dio señales de haberse fijado en ellos. Salieron del hotel sin problemas y montaron en el coche aparcado en prohibido. Rohn arrancó y se unió al tráfico. Mientras se alejaban del Crestwood siguió mirando por el retrovisor, pero no vio luces de policía ni oyó sirenas que los siguieran. Wen se permitió un cauto suspiro de alivio, pero ninguno de los tres habló.

De acuerdo con el plan, Rohn condujo quince minutos hasta que

llegaron a Maderas y Suministros Starr, la ferretería donde Anden había trabajado. Llevaba cerrada una hora; el aparcamiento de detrás de los locales comerciales estaba casi vacío salvo por un cinco puertas negro que Rohn y Anden habían dejado allí a primera hora. Rohn aparcó el Brock cerca. De la trasera del cinco puertas sacó una bolsa de lona con ropa para los tres.

Anden conservaba una llave de empleado que mucho tiempo atrás había olvidado devolver, y la usó para abrir la puerta trasera y entrar en el garaje de Maderas Starr. Encendió la luz; los fluorescentes parpadearon e iluminaron los palés de las últimas entregas de maderas y cajas de material. Dejó escapar un largo suspiro y relajó los hombros al fin. Wen miró el reloj de la pared. Dentro de unas horas, Anden y ella estarían en un vuelo nocturno de vuelta a casa.

—¿Vendrás con nosotros a Yanlún,
Rohn-jen
? —preguntó. Rohn negó con la cabeza.

—No estaría cómodo en un lugar desconocido con tantos huesos verdes alrededor —dijo—. Me buscaré una playa cálida en Alusius. Aquí quedan unos cuantos a los que he entrenado que son bastante verdes, y confío en que ellos mantengan las cosas en orden y ayuden a los Dauk cuando me haya ido.

—Llamaré a Dauk-jen para avisarlo de que estamos listos para que nos recojan —dijo Anden—. Cambiaos entretanto; el baño está por allí. —Dejó la bolsa de lona en el suelo y fue al pequeño despacho del gerente, cogió el teléfono y empezó a marcar.

Wen abrió la bolsa y sacó ropa de viaje cómoda. También había camisas y pantalones para Rohn y Anden, y en un bolsillo lateral, un par de guantes de cuero negro. Rohn le indicó con un gesto a Wen que fuera primero, y ella recogió sus cosas. Estaba a punto de alejarse cuando la puerta del garaje se abrió de golpe y entraron seis hombres.

Un hombre alto con sombrero de fieltro y una pistola empuñada se adelantó.

—Kikus —dijo—, os habéis metido con la banda con la que no debíais.

Wen gritó cuando el recién llegado disparó a Rohn Toro en las piernas.

# Capítulo 60
# Fin de un acuerdo

Shae no había dormido en toda la noche. Había desconectado el teléfono de la cocina, lo había llevado a la habitación y lo había enchufado al lado de la cama. Después se había metido bajo las mantas y allí se quedó con los ojos cerrados unas cuantas horas, sabiendo que todo estaba en marcha y no había otra cosa que pudiera hacer aparte de esperar noticias. Se suponía que Anden llamaría en cuanto hubieran realizado la tarea y Wen y él estuvieran a salvo de vuelta con los Dauk y tuvieran acceso a un teléfono. Si todo salía según lo planeado, eso ocurriría a primera hora de la noche en Puerto Massy, lo que en Yanlún sería justo antes del amanecer. Shae puso en la repisa de la ventana dos relojes, que mostraban la hora de cada país, y durante toda la noche, el tictac de las agujas pareció tan ominoso como un temporizador de cuenta atrás en una máquina apocalíptica.

La tibia luz del amanecer empezó a aclarar el cielo; al otro lado del patio se encendieron las luces de la residencia principal. Shae vio la figura de Kyanla moviéndose por la cocina, abriendo los postigos de la puerta del patio. La madre de Shae salió de la casa de invitados y realizó sus ejercicios de estiramiento en el patio. El teléfono de Shae no sonó. A aquellas alturas, Anden ya debería haber llamado. Algo iba mal. Shae se sentó con la espalda apoyada en la cabecera de la cama y las rodillas alzadas. Empezó a formársele en el pecho un sentimiento de temor que se le extendió por el cuello y las extremidades.

—Alejadlo del teléfono —ordenó Reams el Flaco, señalando con la pistola hacia el despacho donde se había metido Anden. Rohn Toro se había derrumbado, inundado por el dolor, pero intentaba alcanzar la bolsa de lona y sus guantes con forro de jade. Reams se

adelantó y alejó la bolsa de una patada. Wen sacó la estilográfica, pero antes de que pudiera pasársela a Rohn, uno de los pandilleros se la quitó; la agarró por la cintura y la levantó del suelo, y la sujetó mientras ella gritaba y pataleaba.

Anden marcó la última cifra del número de Dauk, cogió el teléfono y se colocó detrás se la puerta entreabierta del despacho, fuera de la vista y de la línea de tiro. Pegó la espalda contra la pared; el disco del teléfono acabó de girar e hizo clic. Sonó el timbre al otro lado de la línea: una, dos veces. El auricular le temblaba en la mano. «¡Deprisa! ¡Deprisa!». Descolgaron al otro lado, pero en ese momento, un golpe le arrancó el teléfono de las manos y el aparato salió volando. Arrancaron el cable de la pared. Anden reconoció la cara roja y pecosa justo antes de que Carson Sunter le diera un puñetazo en el estómago y otro en la cara. Se le había olvidado lo fuerte que podía pegar Sunter, pero en aquel momento lo recordó. Notó el sabor de la sangre mientras caía a cuatro patas detrás de la mesa del despacho. Buscó desesperadamente con la mirada algo, lo que fuera, que pudiera usar como arma, y agarró el abrecartas plateado que había encima de la mesa. La culata de una pistola le golpeó los dedos; Anden aulló al sentir que dos se le rompían. La boca del cañón de la pistola le apretó la mejilla.

—¿No te lo dije? —preguntó Sunter—. ¿No te dije que te encontraría y te mataría, cabrón mestizo? ¿Creíste que me iba a olvidar?

—Eso estaba cerrado, hubo un acuerdo —murmuró Anden a través del dolor.

—El acuerdo fue con el jefe Kromner, pero Kromner está entre rejas y ya no trabajamos para él. Ahora manda el Flaco, y el Flaco se ha figurado que los kikus estabais detrás de todos estos problemas desde el principio. —Sunter lo agarró por el cuello de la camisa y, apretándole aún la pistola contra la cabeza, lo llevó de vuelta al garaje de la ferretería.

El corazón de Anden ya le golpeaba salvajemente las costillas, pero ahora sintió que le flojeaban las piernas. Rohn Toro yacía en el suelo de hormigón y la sangre de las heridas se acumulaba a su alrededor. Lo habían molido a patadas; tenía los ojos y los labios hinchados. Reams el Flaco y otros tres hombres formaban un círculo

a su alrededor.

—Este es el demonio capaz de liquidar con las manos desnudas a cinco hombres en menos de lo que se tarda en echar una meada —dijo Willum Reams con tono seco, casi decepcionado—. Resulta que eres de carne y hueso, después de todo.

Rohn tosió y parpadeó.

—¿Cómo me has encontrado, Flaco? ¿Quién nos ha vendido?

—Los policías del hotel, por supuesto —respondió Reams—. Nos señalaron exactamente el coche que teníamos que seguir.

—Sois unos aficionados, kikus —dijo otro hombre con una risilla —. Las bandas han tenido sujeta a la policía de Puerto Massy como un chulo a una virgen desde mucho antes de que vuestra raza llegara a estas costas.

—¿Qué quieres que haga con este, Flaco? —preguntó Sunter.

—Ponlo con la chica —dijo Reams—. Átalos a los dos.

Los ojos amoratados de Rohn captaron un instante la mirada de Anden con algo parecido a una disculpa, pero mucho más cercano al remordimiento. Wen estaba de rodillas en el suelo junto a la pared, la cara vacía de color y expresión; otro de los hombres de Reams la apuntaba con una pistola. Cuando obligaron a Anden a arrodillarse a un par de metros de ella, lo miró y a continuación desvió la vista hacia la bolsa abierta de lona. La estilográfica que le habían arrancado de la mano estaba al lado.

—Pon las manos a la espalda o te pego un tiro en cada rodilla como a tu amigo —dijo Sunter. La mente de Anden parecía moverse al ritmo del dolor pulsante de los dedos rotos. Incluso mientras le ataban con fuerza las manos, intentó pensar de qué forma podría crear una distracción y pasarle los guantes o la estilográfica con el jade escondido a Rohn, dándoles una oportunidad de sobrevivir.

—¿Ha hecho la llamada? —preguntó Reams al casaca—. ¿Va a venir alguien?

—No le he oído hablar con nadie, pero no te lo puedo decir seguro —contestó Sunter.

—Flaco —dijo Rohn desde el suelo, con voz tensa por el dolor pero tranquila y razonable. Quizá creyera que podía salir hablando de aquella situación, alcanzar el jade de algún modo o, al menos, retrasar lo que estaba al llegar—. Nos conocemos desde hace mucho. Prácticamente crecimos a la vuelta de la esquina en

Trampasur. Ya hemos estado antes en bandos diferentes, pero entre los dos siempre hemos arreglado los problemas de nuestros jefes.

—Es verdad —dijo Reams—. Éramos buenos capataces, ¿eh?

—Aún podemos arreglar las cosas —dijo Rohn. Tenía el rostro ceniciento y los pantalones empapados de sangre—. Kromner era codicioso, se volvió rico y gordo, pero tú eres práctico. Siempre lo has sido, Flaco. Ahora eres el jefe de tu propia banda. ¿Por qué crearte enemigos en vez de amigos?

Reams se quitó el sombrero de fieltro y lo hizo girar entre las manos.

—Lo que dices es razonable, Rohn, pero te voy a explicar por qué —dijo con solemnidad, como un maestro de escuela desde el estrado—: Porque los kikus no me gustáis nada. Todo iba perfectamente hasta que al jefe Kromner se le metió en la cabeza aliarse con vosotros por el jade. Me da igual lo valiosas que sean; esas piedras no son naturales. No son de este lugar, y vosotros tampoco. Y ya que soy el nuevo jefe por aquí, tengo que dejar claro que me distingo de Kromner en ese aspecto. Así son las cosas.

El casaca más grande y fuerte de Reams sacó una bolsa de plástico blanca y un trozo de cuerda. Rohn sabía lo que llegaría a continuación; se retorció para alejarse de su verdugo, arrastrándose hacia la bolsa de lona donde estaban sus guantes de jade. La pérdida de sangre, las balas en las piernas y los dos hombres que le sujetaron los brazos se encargaron de que no llegara muy lejos; la bolsa cubrió la cabeza de Rohn y la cuerda le rodeó el cuello.

Anden saltó hacia delante con un grito desesperado, pero no podía hacer nada con las manos atadas a la espalda; Sunter le dio una patada con entusiasmo y lo tiró al suelo, y después lo sujetó poniéndole un pie en la espalda. Se le cayeron las gafas y rebotaron por el suelo. El otro guardia descolgó un trozo de tela de un gancho de la pared del garaje y se lo metió en la boca, ahogando los gritos. Anden tuvo una arcada al notar el regusto de grasa y líquido de limpieza, y sintió que le ardían las comisuras de los labios cuando le apretaron con fuerza la mordaza.

Rohn Toro luchó como un búfalo. Dobló el cuerpo y chocó contra el suelo. Se retorció e intentó aflojar la presión de la tráquea, pero herido y sin jade, no pasó mucho tiempo antes de que sus movimientos empezaran a debilitarse. El casaca de Reams siguió

apretando el garrote con la determinación impasible de un afinador de pianos. Desde donde estaba inmovilizado con la cara pegada al suelo de hormigón, Anden vio cómo el huesos verdes más temible de Puerto Massy, el hombre que había defendido el reñidero del fuego de ametralladora y había conquistado él solo una habitación llena de barukanos, se debilitaba con las piernas pateando el suelo y la bolsa de plástico dejándolo sin el poco aire que le quedaba. Surgió un hedor cuando su cuerpo y sus entrañas cedieron en los últimos segundos de su vida. El verdugo se apartó; el plástico dejó de agitarse delante de la boca abierta de Rohn.

Reams se tocó el entrecejo con la punta del dedo y luego lo levantó en el signo de la Verdad Única.

—Que Dios eleve su alma —musitó. Sus hombres lo imitaron obedientemente.

El verdugo se apartó del cadáver de Rohn y fue hacia Wen y Anden.

—¿Tenemos que matar a esta perita en dulce, jefe? —preguntó Sunter mirando a Wen—. Es guapa; ¿no podríamos…?

Reams clavó en su casaca una mirada inclemente y este cerró el pico. A Anden se le nubló la vista y pensó que le iba a reventar el corazón antes de que los pandilleros pudieran matarlo. Cuando Wen giró la cabeza para captar sus ojos, él intentó hablar, pero seguía amordazado y solo pudo mirarla con pánico mudo. Le pareció que ella hacía un intento de sonreírle, en solidaridad, diciéndole que fuera valiente, que al menos se enfrentaban a aquello juntos.

Wen se giró hacia Reams y alzó la cabeza para mirarlo a la cara.

—¿Sabes quién soy? —preguntó en espenio con acento. Tenía las manos atadas y era evidente que estaba asustada, pero su voz sonó asombrosamente tranquila—. ¿Conoces el apellido Kaul? ¿Y Maik?

—Lo siento, guapa. —Reams la miró con indiferencia—. Me da igual quién seas; si eres importante entre los tuyos, mucho mejor para lo que pretendo.

Wen le escupió a los pies. Se enderezó y habló en kekonés:

—El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor.

El hombre del garrote se colocó tras ella y le puso la bolsa de plástico en la cabeza. Le enrolló la cuerda en torno al cuello y empezó a apretar. Wen no luchó. Había visto a Rohn Toro, un

hombre mucho más grande y fuerte que ella, sometido y asesinado ante sus ojos; no tenía sentido que se repitiera la indignidad. Siguió con la cara ligeramente alzada, recitando aquella frase una y otra vez, hasta que no le quedó más aire y los labios siguieron moviéndose sin sonido. «El clan es mi sangre, y el pedestal…».

Las piernas de Wen dieron una sacudida, se tensaron, se aflojaron.

Anden estaba gritando a través de la mordaza; en su mente no existía nada excepto el sonido de su propio grito, y cuando la bolsa le cubrió la cabeza y la cuerda le rodeó el cuello, no pudo reunir la compostura que había mostrado Wen. Sollozaba con rabia impotente, ardiente, alimentada por la pena, maldiciendo a sus asesinos con cada gota de bilis de su ser. No podía creer que fuera a morir de una manera tan vergonzosa a manos de aquella escoria, indefenso, precisamente allí, en el suelo de un garaje de la puta Espenia. Su visión se tiñó de rojo; después, de blanco.

Shae cogió la agenda, descolgó el teléfono y le dijo a la operadora que necesitaba hacer una llamada internacional a Puerto Massy. El teléfono del apartamento de Anden sonó sin respuesta. Le habían aconsejado que no usara el número de la residencia de los Dauk, pues era posible que las autoridades espenias siguieran controlándolo, pero llamó de todas formas. Tampoco hubo respuesta allí. Al final lo intentó con la oficina de la sucursal del hombre del tiempo, por si Anden había ido por algún motivo, pero, como esperaba, estaba cerrada a aquella hora. Colgó y volvió a descolgar, y llamó a su propio despacho para decirle a su secretaria que aquella mañana no iría a trabajar y que cancelara todas sus citas.

Pensó en ir a la capilla de la mansión principal, pero no se atrevía a alejarse del teléfono. Colocó tres varillas de incienso en una taza, la dejó junto a la ventana y se arrodilló. Los hilillos de sándalo aromático se alzaron y se mezclaron contra el cristal. Shae tocó el suelo con la frente tres veces y susurró: «Yatto, Padre de Todos. Jenshu, Anciano Tío. Dioses del Cielo, os ruego que me escuchéis. Emery Anden, mi primo, fue adoptado por mi familia y criado como mi hermano pequeño. Podría haber sido un huesos verdes poderoso, pero rechazó portar jade porque no quería una vida de muerte y locura. Kaul Maik Wen, mi cuñada, es ojos de

piedra, pero nunca dejó que eso la detuviera; ha arriesgado su vida y su matrimonio por el clan, y es la madre de tres niños que la necesitan. Anden y Wen tienen el alma verde, y ahora están en peligro en Espenia porque los he puesto allí. Por favor, protegedlos y traedlos a casa sanos y salvos».

El silencio que siguió a sus palabras fue tan absoluto que su pánico creciente se convirtió en ira.

—¿Por qué sois siempre tan crueles? —preguntó con un susurro áspero—. Todas las semanas acudo de rodillas ante vosotros. Si existís, ayudadnos. Nuestra familia no puede decir que se adhiera a las Virtudes Divinas todo el tiempo, pero ¿quién puede? ¿Quién, en nuestra posición, tendría la menor posibilidad? Por favor, os lo ruego, no castiguéis a Wen ni a Anden por algo que hayamos hecho mi hermano o yo en el pasado. —Sintió que le temblaban las manos apoyadas en los muslos—. Os lo ruego por mi honor, mi vida y mi jade.

Anden no oyó los sonidos al principio. Cuando los captó, no los identificó como el chirriar de ruedas y el cierre de puertas de coches. Lo único que oyó fue a Carson Sunter exclamar: «Mierda, están aquí». Aquello lo oyó con claridad. Y a continuación, la orden seca de Reams: «Salid por delante».

El círculo de presión en torno al cuello de Anden se aflojó bruscamente, y lo arrojaron al suelo boca abajo; el dolor en la garganta y el pecho era tan intenso que le pareció tener fuego en los pulmones.

Hubo mucho más ruido. Disparos y gritos, pies que corrían, más disparos que reverberaban en aquel espacio cerrado. No sabía de dónde venían ni cuántos eran, y entonces oyó ruidos lejanos de golpes en la parte delantera de la tienda. No podía ver nada, excepto sombras y movimientos a través de la película de plástico blanco que le cubría la cara y que seguía asfixiándolo. Empezaba a desmayarse; su consciencia fluía como aceite caliente.

Unas manos lo sujetaron, lo pusieron boca arriba y le arrancaron el plástico de la cara. El aire le entró en la nariz y en la boca. Jadeó con violencia, parpadeando y luchando por inspirar. Shun Todorho se arrodilló a su lado, con el rostro gris y horrorizado. Empuñaba una pistola, pero la dejó y se puso a quitarle la mordaza. Anden tosió y escupió; aún le escocían las comisuras de los labios. Alguien

(Sammy) cortó las ligaduras que le sujetaban las muñecas, y lo sentaron y mantuvieron erguido. Otros tres huesos verdes que Anden reconoció del reñidero entraron en el garaje.

—La llamada se cortó; creímos que llegábamos tarde —dijo Tod.

—Hemos llegado tarde —dijo Sammy, volviéndose hacia donde Dauk Losun estaba arrodillado al lado del cadáver de Rohn Toro. El pedestal de Trampasur se balanceaba sentado sobre los talones, con las lágrimas corriendo sin freno por sus toscos rasgos.

Anden se levantó deprisa, dio un traspiés y fue tambaleándose hacia donde yacía Wen, inmóvil en el suelo de hormigón. Le arrancó la bolsa de la cabeza y le apretó la oreja contra el pecho, rogando poder oír un latido. En el pasado había estudiado primeros auxilios, y se esforzó por recordar qué había que hacer si una persona no respiraba. Inclinó hacia atrás la cabeza de Wen, le abrió la boca, la selló con la suya y sopló con fuerza. Empezó a hacerle compresiones de pecho. ¿Cuánto tiempo había pasado? No podían haber sido más de unos minutos… Quizá… Volvió a llenarle de aire los pulmones. «Por favor —rogó a todos los dioses—. Por favor».

Wen siguió inmóvil.

Sammy se arrodilló al lado de Anden y le puso una mano en el hombro.

—Se ha ido, colega —dijo.

Anden se detuvo a mitad de movimiento. En una epifanía desesperada se giró, con la mirada enloquecida, y rebuscó en la bolsa de lona que seguía abierta en el suelo, fuera del alcance justo cuando Rohn Toro la había necesitado más. Cogió los guantes negros de Rohn y corrió de vuelta a Wen. Antes de que nadie pudiera preguntarle qué hacía, metió las manos en los guantes con forro de jade.

Un agudo dolor físico irradió desde los dedos rotos y le subió por el brazo entero. Gimió, se agarró la muñeca, encogió el cuerpo en posición fetal y se preparó con impaciencia para el dolor más intenso que iba a llegar. Había pasado tanto tiempo desde que había portado jade que esperaba que el subidón llegara como un martillo pilón. Se visualizó agazapado, de la forma en que un hombre se podría agachar con los brazos extendidos y sosteniéndose con los dedos de los pies, con la esperanza optimista de atrapar una roca que caía hacia él. Inspiró lentamente, exhaló, y por segunda vez en

su vida, la sensación y la consciencia lo engulleron en un torbellino de energía. No era tanto jade como el que portaba en el combate final contra Gont Asch, pero seguía siendo suficiente para hacer que sintiera como si le fuera a estallar el cráneo. Echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta y jadeando, pero no se encogió ante la embestida a pesar de ser consciente del avance del tiempo; cada segundo que dedicaba a ajustarse al subidón del jade, cada instante de retraso, era un momento que no podía perder.

Solo tenía una oportunidad, y tenía que ser ya.

Con una desgarradora fuerza de voluntad, aferró la energía del jade con habilidades desatendidas pero no olvidadas. Plegó el flujo de energía a su voluntad; lo arrastró a un único foco. Tenía los ojos cerrados, pero podía sentir la presencia de la gente que lo rodeaba, respirando, latiendo, criaturas vivas, e hizo caso omiso de todas. Se concentró solo en la figura que estaba ante él, en el cuerpo que estaba vivo hacía apenas unos minutos, y lo vio como lo que era: un organismo que había latido con energía pero que en ese momento estaba inmóvil y se drenaba con rapidez.

Anden apretó los puños cerrados contra el pecho de Wen y Canalizó. La energía le inundó el corazón y los pulmones. Anden la sujetó como quien, con los brazos temblorosos, sujetaba el astil de una lanza. Tensando sus habilidades de jade al máximo, comprimió.

El corazón de Wen se convulsionó en su agarre. Dio una sacudida espasmódica y latió una vez, dos, y entonces siguió latiendo, empujando la sangre por vasos y órganos, de vuelta al cerebro. Todo el cuerpo de Anden temblaba bajo aquel esfuerzo insoportable; el sudor le bañaba la cara mientras seguía apretando. Los pulmones de Wen se contrajeron. Emitió un jadeo y arqueó la espalda. Abrió los ojos.

Anden liberó su agarre, dio la vuelta y vomitó. Las manos le temblaban demasiado para quitarse los guantes; se los sacó con los dientes y los dejó caer. Wen lo miró llena de confusión y dolor, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

La energía del jade se escapó de Anden; fue como si un peso la arrastrara a través de su cuerpo hacia el centro de la tierra. Estaba agotado, exhausto y vacío, como si hubiera corrido durante días o se arrastrara por un desierto. Atrajo a Wen a su regazo y empezó a sollozar, y ella se aferró a él y los dos se acunaron en el suelo del

garaje, apenas vagamente conscientes de que Dauk Losun y los demás huesos verdes de Trampasur los rodeaban, observándolos en silencio, invadidos por el más absoluto de los asombros.

# Capítulo 61
# Líneas cruzadas

Shae cruzó a trompicones la habitación y levantó el auricular en cuanto sonó el primer timbrazo. La voz de Anden, atenuada por la conexión de larga distancia, primero le hizo dejarse caer en la cama sacudida por el alivio, pero sonaba tan extraña que al momento volvió a alarmarse.

—Shae-jen, siento no haber podido llamarte a tiempo. Ya está. Todo fue como habíamos planeado. Pero después nos tendieron una emboscada, y… las bandas… —Se le quebró la voz—. Rohn Toro ha muerto.

—¿Wen y tú estáis bien? —preguntó Shae.

Una pausa. Su primo estaba respirando con fuerza.

—Todavía no estoy seguro —dijo, en voz casi demasiado baja para que pudiera oírlo incluso con el auricular pegado a la oreja—. Si te doy un número, ¿puedes llamarme? Estoy en una cabina, en el hospital, y se me están acabando las monedas; creo que se va a cortar pronto.

Cuando Shae devolvió la llamada, Anden le explicó lo que había pasado. A lo largo del relato tuvo que ir haciendo pausas, y Shae se dio cuenta de que todavía estaba conmocionado y le costaba controlar las emociones.

—¿Cómo se lo diremos a Hilo? —sollozó. Shae le dijo que no se preocupara por eso, que se encargaría ella, y que la llamara otra vez en dos horas para asegurarse de que hubieran vuelto a salvo a casa.

Shae estaba temblando cuando colgó. Tardó varios minutos en recuperar la compostura. Después hizo otra llamada internacional, esta vez a la residencia de Hami Tumashon; lo encontró justo cuando estaba a punto de irse a dormir, y le ordenó que fuera al hospital de inmediato y no regateara esfuerzos por parte de la

sucursal de la oficina del hombre del tiempo para ejecutar todas las medidas de emergencia que fueran necesarias.

Se vistió y cruzó el patio hasta la mansión principal. En la cocina, Kyanla estaba sentada a la mesa, intentando convencer a Jaya para que se comiera un cuenco de gachas. La chiquilla golpeó la mesa con los puños y tiró la cuchara al suelo.

—¿Dónde está Hilo? —preguntó Shae. La criada alzó las cejas, preocupada al oír el tono de su voz.

—El pedestal está en la sala de entrenamiento, creo. ¿Va todo bien,
Shae-se
? ¿Hoy no vas a la oficina?

Al llegar a la sala de entrenamiento, Shae se detuvo y apoyó la frente contra la puerta. Sentía aún más angustia que en la choza de Doru, más que cuando estaba frente a Ayt Madashi sabiendo que podría morir. Podía Percibir el aura de su hermano y la pequeña presencia de su sobrino, y vaciló con muy pocas ganas de dar el siguiente paso, de arruinar el momento, de destruirlo todo.

Abrió la puerta. Hilo y Niko estaban sentados en el suelo jugando al minero ciego, un juego que Shae reconoció de inmediato; todas las familias de huesos verdes jugaban con sus hijos. Una tela extendida en el suelo cubría una docena de piedrecitas, una de las cuales era un trozo de jade. Niko pasaba la mano sobre la tela y los duros objetos que ocultaba. Tocó uno. Hilo retiró la tela y sonrió. «Otro punto para ti». Era una tontería, un juego sencillo para pasar el rato, pero también una forma de exponer a los niños al jade y empezar a aclimatarlos a sus efectos físicos. «¿Qué pieza te hace sentir bien cuando la tocas, un poco cálida, un cosquilleo?».

Niko levantó la mirada.

—¡Tía Shae! ¿Quieres jugar?

—No, Niko-se; ahora no puedo. Tengo que hablar con tu tío.

Hilo recogió las piedras y la pieza de jade, las metió en una bolsa de tela, la cerró con un cordón y la guardó en un cajón.

—Vete a jugar afuera —dijo a Niko—. Más tarde os dejaré a tu hermano y a ti ver la televisión. —El niño salió corriendo e Hilo se volvió hacia su hombre del tiempo.

—¿Cómo está Ru? —preguntó Shae.

—Durmiendo. Ayer no llegamos a casa hasta pasada la medianoche —dijo Hilo. Shae ya lo sabía porque a esa hora estaba completamente despierta y había visto subir las luces del Duchesse por el camino de entrada—. Sigue grogui por la anestesia y tiene la garganta irritada, pero ya se le pasará. —Pareció a punto de añadir algo, pero entrecerró los ojos e inclinó la cabeza; Shae sabía que era imposible que no Percibiera los remolinos de inquietud en su aura —. ¿Qué pasa, Shae?

—Zapunyo está muerto. Ayer, después de que hablásemos tú y yo, me llamó Wen desde Adamont Capita. Decidimos seguir adelante con el plan porque podríamos no tener otra oportunidad. Wen metió el jade en la habitación. Anden, Rohn Toro y ella… mataron a Zapunyo y a sus guardaespaldas.

»Pero después cayeron en una emboscada. Anden y Wen están vivos, pero en el hospital.

Más tarde, Shae no pudo recordar cuánto más ni qué exactamente le había contado; ni siquiera pudo recordar si se lo había explicado todo con tranquilidad o si había tartamudeado con esfuerzo. Lo que recordaba era el contraste: la forma en que el rostro de Hilo se había ido petrificando, como si cada músculo fuera encajando en su lugar, mientras su aura de jade iba acumulando calor e intensidad, empezaba a arremolinarse e hincharse, a burbujear, a soltar humo y arder, como si estuviera absorbiendo la energía física de su hermano y convirtiéndolo en una estatua mientras se formaba una hoguera ante la Percepción de Shae.

Recordó, curiosamente, que durante muchos años había obtenido un placer cruel y secreto cuando hacía enfadar a Hilo. De niños, e incluso de adolescentes y ya de adultos, siempre había sido capaz de provocarlo, y sonreía para sus adentros ante el espectáculo que podía montar él. Ahora se avergonzaba por todas las veces que lo había hecho.

Siguió hablando, como si los hechos pudieran amortiguar la realidad.

—Anden está herido y conmocionado, pero se recuperará. En cuanto a Wen, aún no están seguros del todo. Depende de cuánto tiempo estuviera su cerebro sin oxígeno. Los médicos espenios le están haciendo pruebas, y cuando vuelva a Yanlún…

Hilo cruzó en un abrir y cerrar de ojos el espacio que los

separaba y le dio una bofetada. Shae reaccionó ejecutando Acero por reflejo, pero incluso así, la Fuerza del golpe la hizo caer de rodillas. Se llevó la mano a la mejilla, parpadeando de dolor. Notaba la cabeza como si estuviera vibrando sobre la columna como un gong. Percibió más que vio que Hilo iba a golpearla otra vez, con los ojos llameando de furia insensible, y emitió una Desviación defensiva que lo hizo retroceder tambaleándose.

Se puso en pie. No estaba segura de poder hablar; tenía la cara hinchada y se sentía helada. Lo intentó de todas formas.

—Hilo…

Pero su hermano se lanzó hacia ella emitiendo un gruñido inarticulado. Los golpes furiosos cayeron en las manos Aceradas de Shae y la hicieron temblar entera; las auras de jade chocaron, rechinantes y explosivas, retorciéndose y entrelazándose como cables de alta tensión.

—¿Cómo has podido? —Hilo podía haber susurrado las palabras; podía haberlas gritado. Shae no estaba segura. Solo podía sentir la fuerza con la que golpearon, más duras que los puños—. ¿¿¿Cómo has podido???

Shae se tambaleó bajo la lluvia de golpes enloquecidos. Desesperada, encajó una patada en el abdomen de su hermano y la siguió con otra Desviación que envió a Hilo contra los armarios del fondo de la sala de entrenamiento. El impacto hizo saltar varias bisagras y quebró la madera. Hilo sacudió la cabeza, aturdido, pero en un segundo estaba en pie otra vez, y Shae tuvo miedo de repente. No de Hilo, sino de lo que podría ocurrir: uno de ellos tendría que dejar al otro inconsciente para que aquello se detuviera… Pero entonces se abrió un poco la puerta corredera, con un ruido de arrastre. Ru y Niko estaban asomados y los contemplaban con los ojos como platos, boquiabiertos de confusión y asombro.

—¿Papá? —aventuró Ru.

Hilo se giró hacia sus hijos con el rostro contorsionado.

—¡Fuera!

Los niños estaban tan anonadados por la ira repentina e inexplicable de su padre que se quedaron congelados como conejos ante unos faros. A Ru le temblaron los labios, y entonces dio la vuelta y echó a correr llorando hacia la mansión principal. Niko

corrió en dirección contraria, adentro de la sala y hacia Shae, se abrazó con fuerza a su cintura y le hundió la cara en el abdomen, como si quisiera esconderse. Ella lo rodeó con los brazos sin pensar.

Algo en la expresión de Hilo se alteró y se colapsó como una torre que se desmoronase. Se tambaleó y cayó sentado al suelo, con la espalda apoyada en los armarios rotos. Se tapó la cara con las manos.

—Vete a casa con tu hermano —susurró Shae a Niko, con voz tensa pero tan tranquilizadora como pudo conseguir. Le acarició la espalda—. Tu tío y yo estamos entrenándonos y no nos podéis interrumpir ahora mismo. No está enfadado con vosotros, te lo aseguro. Saldremos pronto.

Se soltó con delicadeza de los brazos del niño. Niko miró a Hilo con indecisión, queriendo ir con él, pero su tío, que normalmente sonreía y jugaba con él, no alzó la mirada ni hizo ningún movimiento para levantarse. A regañadientes, el niño salió de la sala. Shae cerró la puerta tras él y se giró lentamente.

Hilo levantó la cara de las manos y se quedó mirándola. Shae se sobresaltó al ver las lágrimas en sus ojos.

—Una vez me preguntaste si confiaba en ti, ¿te acuerdas?

—Dijiste que no tenías alternativa —dijo Shae.

—No la tenía —reconoció Hilo—. Aunque sabía que nunca quisiste formar parte del clan, nunca quisiste ser una Kaul, nunca me quisiste realmente como hermano. —Su voz se ensombreció; se volvió fría y lejana. Shae había visto aquello antes: la expresión de furia y dolor, seguida del rechazo y el alejamiento—. Vete. Ya no eres mi hombre del tiempo. Eres libre, Shae, como siempre has querido.

Shae apoyó la mano en la puerta de la sala de entrenamiento. Durante un segundo se imaginó obedeciendo a su hermano: abriendo la puerta y saliendo, volviendo a su casa y preparando un pequeño equipaje, caminando por el largo camino de entrada y cruzando las puertas de hierro de la residencia que había construido su abuelo, sin mirar atrás. Era algo que había hecho una vez, hacía años. Por aquel entonces era una persona diferente: una joven que nunca había vivido en el extranjero, a la que nunca habían roto el corazón, que nunca había sufrido una pérdida terrible ni tenido poder en el clan y en el país. Aún no había luchado y casi muerto

en un duelo a hoja limpia; no había arrebatado muchas vidas por venganza y una por piedad, ni acunado a sus sobrinos hasta que se dormían en sus brazos. Por aquel entonces no se podría haber imaginado esas cosas.

Dio unos pasos hacia su hermano.

—No, Hilo; no me voy. —Habló con voz poco firme, pero con total certidumbre—. He dado por Sin Cumbre tanto como tú. He trabajado, sacrificado, sangrado y matado. Después de todo lo que hemos pasado, ¿cómo puedes creer que no me importa tanto como a ti? Soy culpable de haber ido contra tus deseos, pero nunca contra el clan.

—Ahora suenas como Doru. —La boca de Hilo se curvó en una sonrisa torcida cuando vio cómo le afectaban sus palabras. Apoyó la cabeza en el armario con un leve golpe. De repente parecía amargamente derrotado, de una forma que Shae nunca había visto, ni siquiera en los momentos más oscuros, cuando parecía que sus enemigos los iban a destruir—. Puede que no crea en los dioses como crees tú, pero sé que algunas cosas son como son por un motivo. Somos Kaul. Hemos nacido para esta vida, nos guste o no. El clan puede reclamar todo lo que tengo: mi tiempo, mi sangre y mi sudor, mi vida y mi jade… Pero no puede tener a mi mujer. Es ojos de piedra. Es la única cosa del mundo que el jade no puede tocar. Sabías que era una línea que jamás cruzaría.

Shae dejó vagar la mirada por el camino por donde se había ido Niko.

—Los dos hemos cruzado líneas que jamás quisimos cruzar. Hemos tomado decisiones con las que tendremos que vivir para siempre. Tenemos eso en común. —Se tocó la cara con cuidado; notaba la mandíbula entumecida y le dolía al hablar. Se acercó a Hilo y lo miró—. Jamás animé a Wen; jamás la obligué a hacer nada. Ella acudió a mí hace años, Hilo. Lo único que querías era que se quedara al margen de los asuntos del clan, y lo único que quería ella era entrar. Sabía que nunca lo aprobarías, pero su corazón es demasiado verde y estaba dispuesta a arriesgar incluso tu amor. Sin ella no habríamos consolidado la venta de jade a los espenios cuando más lo necesitábamos durante la guerra con Montaña, no habríamos conseguido la valiosa información de los espías que controlaba, ni enviado jade a los huesos verdes de

Espenia y creado las alianzas que tenemos allí. No habríamos sido capaces de llegar a Zapunyo y matarlo.

Se agachó junto a su hermano y apoyó la espalda magullada contra el armario roto.

—Ódiame si quieres a partir de ahora, si tienes que odiarme —continuó—, pero necesitas que me quede. Y necesitas a Wen y a Anden. Lo dijiste hace años: nos tenemos unos a otros, y quizá eso sea lo único que no tienen nuestros enemigos. —El aura de Hilo emitió un pulso oscuro, como un suspiro airado, pero no se movió ni abrió los ojos. Shae se recostó y cerró los suyos—. El clan es mi sangre, y el pedestal, su señor —susurró—. He lamentado muchas cosas en mi vida, pero ese juramento no es una de ellas.

# Capítulo 62
# Aún en guerra

Shae llevaba algún tiempo en el santuario del Templo del Divino Retorno cuando Percibió la presencia inesperada del aura de jade densa y fundida de Ayt Madashi atravesando la niebla de sus pensamientos, intensificándose como una fuente de calor contra sus ojos cerrados. Ayt se arrodilló en el cojín verde que estaba al lado de Shae.

—Me han dicho que visitas el templo todas las semanas a la misma hora —dijo en tono conversacional—. No es muy inteligente desde el punto de vista de la seguridad.

Una sensación curiosamente punzante de haber vivido aquello dejó a Shae inmóvil durante un momento. Se imaginó retrocediendo en el tiempo y contemplándose hacía casi cinco años, reunida con Ayt Mada en aquel mismo lugar, no muy segura de si el clan o ella sobrevivirían al encuentro. En esta ocasión no sintió miedo, aunque la cicatriz que le cruzaba el abdomen cosquilleó. Abrió los ojos y, durante un instante, su mirada bajó involuntariamente a los brazos desnudos de Ayt. Las espirales de plata que los rodeaban tenían un tachonado más denso de gemas de jade: las que habían formado parte de la gargantilla de Shae.

Levantó tranquilamente la mirada hasta la cara de Ayt.

—Ya tuviste tu oportunidad de matarme.

—Cierto —asintió Ayt—. Cuando llegue el momento decisivo, las dos lo sabremos.

La presencia del pedestal de Montaña era tan impresionante como siempre, pero alrededor de los ojos aparecieron unas cuantas líneas cuando apuntó con ellos a la mujer más joven. Durante los últimos años, con todos los discursos públicos y las apariciones en televisión, había empezado a llevar un poco de maquillaje. Shae fue

de repente muy consciente de su propio aspecto; en la cara todavía mostraba claramente el moratón, allí donde le había golpeado Hilo.

Volvió la mirada al frente, al mural del Destierro y Retorno y al círculo de penitentes en meditación.

—No te inclinas en el santuario —señaló—. ¿Has venido alguna vez a pedir perdón a los dioses? ¿Crees siquiera en ellos,
Ayt-jen
?

—Creo en ellos —dijo Ayt—, pero no necesito darles explicaciones. Cuando tenía ocho años destruyeron mi pueblo y mataron a mi familia y a todos los que me importaban. En el orfanato me dijeron que no habían sido los dioses quienes causaron el corrimiento de tierras, sino los shotarianos y sus bombas. Lo que demuestra que los dioses no determinan el destino. Eso es cosa de la gente. Gente poderosa. —Ayt miró con expresión impasible a los penitentes que, según se creía, transmitían todas las palabras a los oídos de los dioses—. Jamás he matado ni mandado matar a nadie por ira ni por deseo de venganza personal. Cuando he tomado vidas, ha sido por necesidad, por el bien del clan y del país. ¿Puedes decir lo mismo de tu familia y de ti, Kaul
Shae-jen
?

Shae se preguntó si sería posible que Ayt le guardara rencor; si más allá de la simple ambición de ver que Montaña prevalecía sobre Sin Cumbre, albergaría algún deseo de castigarla concretamente a ella. La última vez que se reunieron en aquel templo, Shae rechazó la oferta fratricida de Ayt de gobernar juntas bajo un solo clan, y eligió que lucharan una contra otra continuamente. Le había ofrecido a Ayt una hoja limpia y no cabía duda de que debería haber muerto; sin embargo, allí estaba.

—Te felicito por el asesinato de Zapunyo —dijo Ayt, sin esperar a que Shae respondiera la pregunta retórica—. Quizá actuaste por venganza, pero actuaste correctamente para todos nosotros. Zapunyo era una plaga, un extranjero sin entrenamiento, un uwiwano nada menos, que vendía nuestro jade a otros criminales extranjeros. Como kekonesas y como huesos verdes, podemos estar de acuerdo en que tenía que morir. Los hijos de Zapunyo también han muerto. Iyilo y los demás barukanos se encargaron de ello

aquella misma noche.

La despreocupación con la que había dicho aquello agitó algo en la mente de Shae. Las sospechas se arremolinaron y cayeron pulcramente en su lugar.

—Estuviste colaborando con ellos todo el tiempo.

—Tu hermano quería destruir la empresa que había construido Zapunyo —dijo Ayt—. Yo quería hacerme con ella. Tú y yo llegamos a la misma conclusión,

Kaul-jen

: si queremos tener la esperanza de extender nuestra influencia más allá de las fronteras de nuestra nación isleña, necesitamos aliados en el extranjero. Aliados con jade. Iyilo está al mando de los barukanos de las Uwiwa y tiene amigos influyentes en Shotar. Ahora controlan la hacienda de Zapunyo y sus considerables recursos.

—Lo que significa que tú los controlas —corrigió Shae—. ¿Qué pagaste a los mediohuesos para asegurarte su lealtad? —Soltó un gruñido de comprensión antes de que Ayt pudiera responder—. Por supuesto. La aprobación de la Ley de Refugiados de la Guerra de Urtoko. Susurraste el nombre del canciller Son para garantizar que la votación del Consejo Real se inclinase hacia tus intereses.

—Consideramos a los barukanos gánsteres mezquinos, pero son seres humanos como nosotros. Quieren sacar a sus familias de la Urtoko arrasada por la guerra. —Ayt se sacudió una mota de polvo de los pantalones—. El Consejo Real ha votado por permitir que siete mil shotarianos de ascendencia kekonesa emigren a nuestro país. Los que se oponen a la Ley de Refugiados argumentan que sería un riesgo de seguridad y una carga muy costosa para el gobierno. Por suerte, los huesos verdes acudiremos en ayuda del país, como hemos hecho en el pasado. —Ayt mostró una sonrisa fría y satisfecha; la expresión de una serpiente que se ha tragado una buena pieza—. Los abogados de la oficina de mi hombre del tiempo ya han estado organizando la manera, previendo esta importante legislación. El clan Montaña revisará las solicitudes y el patrocinio de los refugiados y los ayudará a encontrar nuevos hogares, empleos razonables y un lugar en nuestra sociedad. Les enseñaremos a dejar atrás sus costumbres extranjeras, a aprender las nuestras y a integrarse en la sociedad kekonesa, lo que incluye

aceptar la autoridad del clan.

Shae asintió. Siete mil nuevos miembros jurados del clan Montaña, seleccionados y llevados al país por Ayt y los suyos. Nuevos dedos barukanos que ya portaban jade, con una idea romántica del estilo de vida de los huesos verdes, que tenían fuertes conexiones con el mercado negro de jade y otras empresas criminales en Shotar, las islas Uwiwa, Ygutan y el resto de la zona. El clan Montaña había estado atareado. Mientras Sin Cumbre ampliaba sus negocios internacionales y reforzaba las relaciones con el gobierno espenio y la comunidad de huesos verdes de Puerto Massy, Ayt había estado cimentando una base de poder más cerca de casa.

—Siempre has tenido estrategias visionarias,

Ayt-jen

—dijo Shae sin intentar ocultar la admiración reticente en su voz—. Pero ¿crees realmente que podrás controlar a los barukanos que traigas? Puede que lleven jade, pero no son huesos verdes; no se entrenaron en Wie Lon o en la academia, ni los educaron en el aisho. Los delincuentes locales a los que apoyaste hace unos años, a los que usaste como informantes en el territorio de Sin Cumbre, se han convertido en una podredumbre social en Yanlún; una plaga de la que se aprovecharon precisamente los barukanos para robarnos jade. —Shae pensó que quizá Ayt Mada y ella tuvieran algo en común: la arrogancia para racionalizar sus peores ideas, para comprometerse a un curso de acción por orgullo sin entender realmente las posibilidad de que acabara en desastre—. Afirmas que eres una patriota, una protectora de Kekon y de nuestra forma de vida. Pero estás dispuesta a apostarlo todo por tu propia ganancia. Estás dispuesta a aliarte con cualquiera que te acerque a tu objetivo definitivo. Incluso si lo alcanzas, incluso si Montaña acaba gobernando Kekon, no será el Kekon que reconocemos. Si consigues lo que quieres, ser huesos verdes no significará nada.

Ayt pareció considerar las palabras de Shae.

—Significará algo diferente, algo incluso más poderoso que antes. El cambio es inevitable,

Kaul-jen

; la única cuestión es si controlamos su dirección o somos víctimas del corrimiento de tierras. Siempre habrá gente que se resista, que

intente arrastrarnos hacia atrás. Gente como Ven Sandolan, que creía que la estirpe familiar y las riquezas lo hacían intocable. —La densa aura de jade de Ayt emitía el profundo calor de las brasas antiguas—. Ahora que Ven y sus herederos han muerto, Transportes K-Star ha sido adquirida por un consorcio ygutano que ha garantizado que seguirá bajo gestión independiente en Kekon. Todos tenemos prejuicios contra los que vienen de fuera, pero el mundo se abre cada día más; yo estoy dispuesta a elegir a los aliados extranjeros frente a los huesos verdes que insisten en interponerse.

—¿Has venido a verme al templo solo para jactarte, Ayt-jen ? —dijo Shae.

Por primera vez durante la conversación, Ayt se mostró irritada.

—Quiero dejar claro que incluso después de todos estos años, Sin Cumbre sigue en la posición más débil. Habéis ampliado vuestros negocios y cultivado a vuestros propios aliados, pero Montaña posee de nuevo más gente y más recursos. Los dos clanes tienen intereses más allá de nuestras fronteras; contamos con redes e interesados en otros países. Ya hemos sobrepasado el punto en el que estábamos hace cinco años, cuando un clan podía haber ganado la guerra en las calles y conquistado al otro a base de ejercer la violencia.

Shae no dijo nada, pues sabía que las palabras de Ayt eran ciertas.

—Sin duda has visto la noticia de que se ha firmado un armisticio en Urtoko —siguió el pedestal—. Shotar gobernará la mitad occidental y un nuevo estado independiente quedará bajo la «protección» de Ygutan. Casi cuatro años de guerra y los dioses sabrán cuando dinero y vidas desperdiciados por los dos bandos, y el resultado es exactamente el que podría haber adelantado cualquiera cuando se enfrentan dos potencias igual de decididas. — Ayt se giró en el cojín para mirar directamente a Shae. Esta le vio de cerca, por primera vez, la oreja izquierda: el tercio superior estaba amputado limpiamente. Una desfiguración permanente de significado ambiguo: una marca de expiación o una condecoración de guerra. En cualquier caso, Ayt la mostraba sin vergüenza y no hacía el menor esfuerzo por ocultarla—. En su día nos sentamos

ante las cámaras en el Hotel General Estrella sabiendo que la paz entre los clanes que estábamos declarando era una medida provisional forzada por la necesidad. La guerra por delegación en el extranjero ha terminado, pero la necesidad no es inferior. La tensión militar entre Espenia e Ygutan no se ha reducido. La guerra de Urtoko puede haber sido algo desafortunado para el mundo, pero ha beneficiado a la economía kekonesa y a nuestra posición en el mundo. Los extranjeros todavía quieren nuestro jade, pero también nuestra mercancía, nuestro dinero y nuestra influencia.

»Hagamos que este momento sea de auténtico acuerdo entre nosotras, Kaul Shae-jen. Nuestro armisticio privado. Las dos hemos intentado ganar la guerra subrepticiamente, por medio de agentes. Han fallado, lo que solo sirve para demostrar que los de fuera no son de fiar cuando se trata de asuntos de huesos verdes. He susurrado el nombre de Kaul Hilo tantas veces que ya se ha convertido en una costumbre previsible, y estoy cansada de ese juego. En Urtoko, las potencias mundiales se han dado cuenta de que tienen que controlar su rivalidad o se arriesgan a arrastrar al mundo a otra guerra de las Naciones. Puede que tu hermano no sea capaz de pensar en términos tan amplios, pero tú sí. Debes prevalecer sobre su buen juicio, por limitado que pueda ser. Ahora hay niños en tu familia e imagino que no quieres que pierdan más padres o tíos. —La voz de Ayt adquirió un suave matiz de amenaza—. Si vuelves a actuar contra mí, o simplemente fracasas en mantener a raya la naturaleza vengativa de Kaul Hilo, recuerda que Ven Sando era el patriarca de una antigua y poderosa estirpe de huesos verdes que debería haber prosperado durante generaciones pero que a causa de su traición lo perdió todo: sus logros comerciales, la vida de sus seres queridos, la existencia y el legado de su apellido y su estirpe. Le podría pasar a cualquiera».

«Sí —pensó Shae—. Incluso a ti». Ayt no había salido indemne de su victoria. La habían acosado las fricciones de su clan; fricciones que Sin Cumbre había alimentado todo el tiempo. Había vendido la empresa más importante de Montaña a intereses extranjeros, se había aliado con los criminales barukanos, había quebrantado el aisho al asesinar al canciller Son y se había manchado las manos

con la sangre de sus propios huesos verdes. Se había obligado a reconocer las pretensiones de un niño de doce años a quien nunca habían puesto a prueba y a elevar a la mediocre familia Koben a una posición de poder que nunca había querido compartir. Shae sospechaba que a pesar de toda la petulancia de Ayt debida a su renovada posición de fuerza sobre Sin Cumbre, odiaba haber tenido que hacer todas esas cosas.

En aquel momento, Shae sintió una curiosa empatía hacia su enemiga mortal. Lo que había dicho Ayt era cierto: nadie era intocable. Sintió que el aura de la otra mujer presionaba la suya como una superficie sólida en expansión. Recordó el momento crítico del duelo en el que sus energías se habían entrelazado, ninguna capaz de superar a la otra, y la euforia que sintió cuando logró, durante un instante, llevar a su rival a un punto muerto. Lo había vuelto a conseguir. Ayt no la estaría amenazando si a cierto nivel no temiera, incluso a pesar de sus considerables victorias, el hecho de que la familia Kaul seguía viva. Dañada, sí, pero viva y creciendo, con sus propios aliados y recursos y una implacable sed de venganza. Tan cierto como que la división entre el este y el oeste de Urtoko supuraría como una herida infectada, la historia de violencia entre Sin Cumbre y Montaña implicaba que al final uno de ellos tendría que prevalecer, quizá mediante la inapelabilidad de los filos, quizá por otros medios.

Shae se inclinó y tocó el suelo con la frente.

—Yatto, padre de todos —rezó—, te ruego que reconozcas a todos los huesos verdes que vinieron antes que nosotros, especialmente a mi abuelo Kaul Seningtun y a su camarada Ayt Yugontin, y a todos los guerreros de jade que han luchado por Kekon mientras se esforzaban por ser fieles al aisho y a las Virtudes Divinas. —Shae se enderezó y se volvió hacia su enemiga—. Todo lo que has dicho es cierto. Ahora tenemos más en juego, y a todos les conviene que nuestros clanes mantengan la paz. Pero nunca estaremos en paz. Tú perseguirás tus fines implacables… y mi clan perseguirá los suyos. No te confundas: estamos aún en guerra, de forma diferente. —Se puso en pie y sintió que la tensión de su espalda se relajaba—. Tengo que ir a recoger a mis sobrinos a clase de natación. Si me disculpas,

Ayt-jen

, mi familia me necesita.

# Capítulo 63
# Al fin en casa

Cuando Anden aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Yanlún, lo estaban esperando un coche y un chófer. Al cruzar el puente Confín en medio del tráfico de la mañana, contempló la línea del horizonte de la ciudad de la que se había marchado hacía tres años y medio. La vista era profundamente familiar y a la vez diferente; había edificios que estaban allí desde que tenía memoria y otros que no reconocía. Las grúas de construcción se balanceaban como cigüeñas naranja a lo largo de la línea de la costa, estirando sus brazos hacia Puerto Verano. Anden bajó la ventanilla y respiró el calor y el olor de Yanlún, dejando que lo envolviera la melodía urbana de cláxones y gritos en kekonés. El coche lo llevó a través de los superpoblados distritos de Lavamoneda y Villapesca, los edificios residenciales y las tiendas de lujo de Sotto Norte, los parques urbanos y los restaurantes de moda de Llanura Verde y Yoyoyi, las fachadas acicaladas de la Colina del Palacio. Vio árboles rotos a consecuencia del último tifón, quioscos con periódicos que anunciaban el fin de la guerra de Urtoko, lámparas rojas y manojos de hierba que adornaban aleros y farolas por la celebración del Festival de Otoño. Lámparas de papel verdes y blancas colgaban de los escaparates en sus respectivos distritos.

Una nostalgia innombrable y profunda le invadió el pecho. Yanlún era cálido y peligroso, latía de vida y movimiento apasionado; la ciudad sabía que era especial, que no había otro lugar semejante en el mundo. Otros sitios engañaban; en otros sitios, la gente escondía su jade, intercambiaba dinero por debajo de la mesa y mataba a oscuras. Yanlún exhibía su salvajismo en la solapa; era un puño orgulloso entre las naciones, no ocultaba lo que era. Yanlún era sincera.

Cuando llegó a la mansión Kaul, Anden sacó el equipaje del maletero, con cuidado para no golpearse los dedos entablillados. Dos hombres bajaban andando por el camino de acceso en dirección a la salida; quizá se hubieran reunido con el pedestal. Hacía tanto tiempo que Anden no veía portar jade abiertamente que sus ojos se vieron arrastrados al verde que les rodaba las muñecas y el cuello antes de poder reconocer las caras. Juen Nu y Lott Jin se detuvieron al verlo.

—Emery Anden —dijo Lott al cabo de un momento—. Bienvenido de vuelta.

Lott parecía mayor; llevaba una camiseta y una cazadora grises, el cuchillo garra enfundado a la cintura, el pelo rizado muy corto para mostrar las incrustaciones de jade en lo alto de las orejas. No sonrió, pero el malhumor adolescente que nunca abandonaba su expresión había desaparecido; hablaba más despacio y con más seriedad. No cabía duda de que era un puño de Sin Cumbre.

—Juen-jen, Lott-jen… —Anden se llevó las manos unidas a la frente y se inclinó en saludo. Cogió la maleta y se dirigió a la casa.

Al igual que Yanlún, la residencia familiar de los Kaul abrumó a Anden con su aspecto conocido, pero también había señales de cambio. Algunos muebles eran nuevos, otros ocupaban un lugar distinto. Echó un vistazo al despacho y no reconoció el viejo espacio de Lan. La mesa estaba abarrotada, había más sillas, fotos de la familia colgadas de las paredes, un televisor encendido con el sonido quitado. Lo más sorprendente eran las señales de que en aquella casa había niños: un corralito en una esquina de la sala de estar, una maqueta de tren a medio montar en el suelo, una pila de libros infantiles en la mesita, pares de zapatitos cerca de la puerta. Durante un largo momento, Anden se quedó en el vestíbulo, incapaz de moverse, hasta que Kyanla salió por la puerta de la cocina, lanzó un grito de alegría y fue corriendo a recibirlo.

—¡Anden-se, por fin estás en casa! —Había envejecido visiblemente; tenía el pelo completamente blanco y la cara llena de arrugas.

Anden salió al patio y se encontró allí al pedestal. Un cigarrillo le colgaba entre los dedos de una mano, pero no parecía estar fumándoselo. Hilo tenía la mirada perdida y cansada, y ojeras oscuras como hematomas. Anden se acercó y se detuvo delante de

su primo, pero no se sentó frente a él en la mesa del patio. Hilo alzó la mirada hacia Anden como si se diera cuenta de repente que estaba allí, aunque el joven sabía que tenía que haberlo Percibido hacía unos minutos. Al principio no hablaron; se observaron en silencio.

—¿Cómo está Wen? —dijo Anden al fin.

—Se está recuperando en Marenia —dijo Hilo. Aplastó el cigarrillo sin fumar—. El doctor Truw dice que puede tardar mucho, pues sufrió daños cerebrales. Tiene el lado derecho del cuerpo paralizado en parte. Entiende lo que dice la gente, pero le cuesta hablar. —La voz de Hilo carecía de emoción; enunciaba hechos, pero tenía la mirada perdida en otra parte—. Al menos está viva. Podía haber sido peor.

Habían trasladado a Wen desde Puerto Massy en cuanto estuvo en condiciones de viajar. Hami Tumashon, por órdenes de Shae, había realizado rápidamente una serie de arreglos discretos pero persuasivos y caros en nombre de la oficina del hombre del tiempo. El personal del Hotel Crestwood, convenientemente, no consiguió recordar haber visto a nadie que hubiera ido a la habitación de Zapunyo. El informe de la policía concluyó que al contrabandista lo habían asesinado los guardaespaldas de su propio círculo interno durante un tiroteo que acabó con todos los ocupantes de la habitación. Varios miembros de la comunidad kekonesa atestiguaron que Wen era la prima de Anden y la novia de Yanlún de Rohn Toro, y por eso estaban los tres juntos la noche de la brutal venganza de la restablecida banda del Barrio Sur, liderada por Willum Reams. A Wen, que no estaba en condiciones de responder a las preguntas de las autoridades, la habían evacuado a Yanlún por motivos médicos a las cuarenta y ocho horas. Hizo falta otra semana y media para que Hami y los abogados del clan sacaran a Anden, tiempo suficiente para que se recuperara en casa de los Dauk bajo los cuidados de Sana. Agotado y conmocionado, había dormido durante días, encogido bajo las mantas y alimentado con caldo como un inválido, pero no estuvo tan enfermo como la última vez que había manejado tanto jade.

En el funeral de Rohn Toro plegó los guantes de cuero negro y los dejó sobre el ataúd. Habría deseado poder salvar también al huesos verdes aquel terrible día. Lo había intentado, pero la

garganta de Rohn había quedado aplastada durante sus esfuerzos finales, y además había pasado demasiado tiempo. Cuando Anden se arrastró hasta él, la energía vital había desaparecido de su cuerpo. Se preguntó si los Dauk lo culparían por el fracaso, pero cuando intentó disculparse, Dauk Losun negó con la cabeza y le puso una pesada mano en el hombro. «Un hombre tan verde como Rohn Toro no estaba destinado a abandonar este mundo pacíficamente —dijo Dauk con pesar—. Que los dioses lo reconozcan». Anden siempre había considerado a Rohn Toro el hombre más kekonés de todo Trampasur, y aun así había formado parte de Puerto Massy tanto como el puente Ojo de Hierro. Sin él, Espenia volvió a parecerle un lugar extranjero al que se alegró de decir adiós. Incluso hundidos por la pena, los Dauk fueron al aeropuerto con el señor y la señora Hian para despedir a Anden el día que se marchó.

Cory no estaba; había ido a la ciudad para acudir al funeral de Rohn, pero solo se quedó un día antes de regresar a Adamont Capita. A pesar de las trágicas circunstancias, Anden agradeció la oportunidad de ver a su amigo una vez más. Y de disculparse en persona.

—Cuando dijiste que estabas ocupado con cosas del clan no mencionaste que podían matarte. —Cory se veía inusitadamente sombrío con el traje y la corbata negros, los ojos clavados en el ataúd de Rohn. Se pasó una mano por la cara y se giró lentamente hacia Anden—. Mi padre siempre dice que tienes el verde en el alma, como si fuera algo bueno. No lo es, colega.

—¿Recibiste mi carta? —Anden se obligó a alzar la mirada de la hierba amarillenta que tenía a los pies—. Todo lo que decía iba en serio.

La expresión triste de Cory no era cálida, pero tenía la suficiente suavidad para que Anden sintiera un dolor en el pecho.

—No te he perdonado, y a mi padre tampoco —dijo Cory—. Pero me alegro de que estés bien y de que vuelvas a casa. Sé que era lo que querías.

Anden no estaba seguro de que lo último aún fuera verdad. En el patio de los Kaul deseó haber tenido el jade suficiente para ser capaz de Percibir el aura de Hilo, porque su expresión era inescrutable.

—Lo siento, Hilo-jen. No debería haber aceptado hacer nada si Wen estaba involucrada.

Hilo tardó tanto en contestar que Anden se preguntó si lo habría oído.

—Wen tomó sus propias decisiones —dijo al fin el pedestal—. Sé lo convincente que puede ser, cómo consigue lo que se propone si está decidida. Tú eres el único motivo por el que mis hijos tienen madre ahora mismo. —Una expresión herida y confusa cruzó el rostro del pedestal. Su voz se tornó áspera y descendió hasta casi un susurro—. Me desobedeció, actuó a mis espaldas durante años. ¿Cómo puedo perdonárselo?

Anden bajó la mirada al empedrado.

—Nunca fue contra ti,

Hilo-jen

. Nunca fuimos contra ti ni ella ni yo. Sé cómo es no ser la persona que espera la familia. Y lo duro que es actuar para uno mismo después de eso. —Carraspeó; se le había atascado la voz—. No necesitamos tu perdón; solo que nos comprendas.

El silencio cayó sobre el patio, perturbado solo por la brisa cálida que agitó las hojas del cerezo y la superficie del estanque.

—Tienes que volver a casa, Andy —dijo Hilo en voz baja—. Te he echado de menos.

Anden había estado esperando oír aquellas palabras de boca de su primo durante años. En aquel momento, sin embargo, no le causaron alivio ni felicidad; solo la pesadez que nace de querer algo durante tanto tiempo que conseguirlo al final parece una pérdida, porque la espera ha terminado pero se ha convertido en una parte demasiado grande de uno mismo para desprenderse de ella fácilmente.

—Voy a inscribirme en la Escuela de Medicina Bioenergética —dijo Anden—. Ya he hablado con el departamento de admisión, y si reciben mi solicitud y las tasas esta semana, podré empezar el año que viene. Canalizar fue siempre la disciplina que se me daba mejor en la academia. Matar a Gont Asch hizo que me sintiera como un monstruo sediento de sangre, pero… —Intentó por primera vez expresar su decisión en palabras—. Esta vez, cuando usé el jade, no lo hice por mí. No estaba intentando imponerme a otra persona. Solo estaba pensando en Wen, y el jade no era más que una

herramienta en mis manos que podía usar para apartarla de la muerte. —Dejó escapar un jadeo ahogado. El recuerdo de aquellos segundos desesperados había quedado grabado de forma indeleble en su mente, más actual y vívido incluso que la muerte de Gont o la locura de su madre—. Quizá pueda portar el jade de otra forma. Si algo he aprendido en Espenia es que hay más de una forma de ser huesos verdes. He vuelto a Yanlún para quedarme, y volveré a portar jade, como siempre quisiste, pero solo para sanar, no para matar. —Hizo una pausa; Hilo no había dicho ni una palabra para interrumpirlo en todo el tiempo—. No pido que el clan pague mi formación —terminó.

—¿Crees que me importan las tasas de la universidad? —La boca de Hilo se torció entre una mueca y una sonrisa—. No has cambiado tanto como crees, Andy. —Se levantó de la silla y pasó junto a Anden en dirección la puerta del patio. Cuando Anden se giró vio que los chiquillos Kaul estaban pegados al cristal, observándolos. Hilo corrió la puerta.

—Venga, fuera.

Los tres salieron con timidez. Ru bajó la cara y se escondió detrás de la pierna de su padre. Jaya dio unos pasos torpes emitiendo un chillido emocionado y se tiró al suelo para examinar los insectos de las losas.

Anden se agachó.

—Hola, Niko. ¿Sabes quién soy?

El niño lo miró con sus grandes ojos tranquilos, llenos de interés y una leve desconfianza.

—Eres mi tío Andy —dijo.

—Ese del que te he contado tantas cosas, que estaba estudiando muy lejos, en Espenia —explicó Hilo—. Ha venido a casa para quedarse con nosotros y que lo conozcáis. ¿Qué te parece?

# Epílogo
# Estás en el lugar adecuado

Bero terminó su turno en la cocina del Doble Doble. Llevaba trabajando allí casi un año, el tiempo más largo que había conservado un trabajo en toda su vida, y por fin había ahorrado lo suficiente para mudarse de la casa de acogida para adictos en recuperación. Eiten-jen había aceptado escribir una carta de recomendación para que pudiera conseguir un piso propio. Colgó el delantal y salió del casino en el que no hacía tanto tiempo había contemplado la posibilidad de acabar con su vida saltando desde la azotea. Al bajar por la calle del Pobre pasó ante las luces centelleantes del Palacio de la Fortuna y de la fuente de la entrada del Dama Cong. Al otro lado estaban construyendo un casino nuevo. Los carteles de la verja que rodeaba la obra anunciaban la apertura del casino Loto Verde, del Grupo Inmobiliario Enke, en diez meses. La afluencia de militares espenios de permiso había mantenido ocupadas las mesas de juego de Yanlún los últimos años y, aunque la mayoría no tardaría en marcharse, los dueños de los negocios del distrito del Sobaco eran optimistas: con el final de la guerra de Urtoko, los turistas extranjeros de alto nivel regresarían a la ciudad en mayor cantidad que antes.

Bero caminó hacia el sur hasta que llegó al final de la calle del Pobre y cruzó a Cabeza de Perro. La diferencia era brutal; a un lado de la avenida de Janto, el Sobaco bullía de actividad comercial y gente bien vestida gastando dinero; al otro, pequeñas tiendas con fachada de ladrillo se asomaban a las calles estrechas y la ropa tendida colgaba de las ventanas abiertas de las plantas altas. Bero pasó por encima de un perro dormido y entró por una puerta sin carteles del lado derecho de la calle. Subió por la estrecha escalera y entró en un salón que había en la planta alta. Por la noche, la

gente llenaba la minúscula pista de baile y sudaba al ritmo de la música, o se sentaba en los bancos rojos y charlaba frente a una copa de *brandy*, pero eso no ocurriría hasta dentro de varias horas. En aquel momento, el salón estaba vacío salvo por tres hombres sentados alrededor de una mesa, jugando a las cartas y fumando mientras el camarero limpiaba vasos detrás de la barra.

Los jugadores echaron un vistazo a Bero cuando se acercó.

—¿Sí? —dijo uno, un hombre con una gorra cuadrada y una barba espesa que le llegaba hasta el pecho. Parecía alguien de mala reputación, casi con toda seguridad un mestizo. Bero sacó del bolsillo una octavilla arrugada que exigía en gruesas letras negras: «¡Únete a la revolución!».

—El otro día me diste esto en la calle —dijo Bero.

—Ajá —dijo el hombre, animándose de inmediato, y corrió la silla para hacer sitio en la mesa al recién llegado—. Si vienes por la reunión, estás en el lugar adecuado. —Hablaba con acento extranjero; se presentó como Guriho, y a sus compañeros, como Otonyo y Tadino.

—No me esperaba shotis —dijo Bero, mirando el collar de jade de los tontos que rodeaba la garganta de Otonyo. Ya había tenido barukanos de sobra. El hombre se engalló, y Bero se dio cuenta de que había cometido un error.

—Vuelve a llamarnos shotis y te corto las pelotas y te las meto en sal —dijo Tadino. Parecía capaz de hacer algo así; tenía una cara llena de ángulos y líneas duras—. Somos de Urtoko, que es un país independiente de la Coalición Ygut.

Bero se encogió de hombros; las distinciones geopolíticas no le importaban.

—Pero sois barukanos.

—Exbarukanos. Ya cumplí sentencia y empiezo una nueva vida —dijo Otonyo. Se metió un dedo bajo el collar de nefrita—. Llevo esto porque es simbólico. Es para mostrar que el jade es una herramienta de opresión que permite que los que tienen poder sigan en el poder y nos tengan oprimidos a los demás. Aquí en Kekon son los clanes de huesos verdes. En Espenia, los militares y los comerciantes. En Ygutan, la aristocracia. Según se vaya extendiendo el jade, será la misma historia por todo el mundo.

—A menos que la gente se alce —dijo Guriho dando unos

golpecitos en la mesa con el borde de una carta—. El jade en las manos del pueblo puede romper las cadenas y liberar al mundo.

—No quiero jade. El jade me destrozó la vida. —Las palabras salieron de la boca de Bero tan rápida y espontáneamente que él mismo se sorprendió, pero en cuanto las dijo supo que eran ciertas. Durante mucho tiempo había ansiado el jade más que ninguna otra cosa en el mundo; lo había arriesgado todo para conseguirlo, lo había llevado un breve tiempo y luego lo había perdido de forma igual de espectacular. Los dos últimos años había sido una cáscara vacía, inseguro de que la vida significara algo. La mayoría de sus conocidos habían desaparecido o muerto: Pícaro, los dos Mudt, Soradiyo, Mo y Gamba, los recolectores, el nuevo verde de la Casa de las Ratas. Todo por culpa del jade y de los clanes que lo controlaban.

En cualquier caso, que él, Bero, siguiera vivo cuando todos los demás habían muerto era una broma de los dioses. O quizá existiera algún propósito.

—Acabar con los clanes, por otra parte, suena bien.

# Agradecimientos

Esta no es la primera vez que escribo una secuela, pero nada la prepara a una para la tarea aparentemente imposible de continuar la novela más larga y ambiciosa que haya escrito nunca con otra novela aún más larga y ambiciosa; la segunda de una trilogía, nada menos. Mi gran placer por entregarte este libro, querido lector, queda eclipsado por el puro alivio de que todo haya salido bien.

Mi agradecimiento va una vez más para el equipo de Orbit, y especialmente para mi correctora, Sarah Guan, que nunca deja de impulsar mi escritura de formas que añadían matices, profundizaban en los niveles de la narración y ponían las cosas peor a los personajes. Si los traumáticos calvarios sufridos por la familia Kaul te han angustiado, se debe en no poca medida al estímulo de Sarah.

Gracias de nuevo al equipo de *marketing* y publicidad de Alex Lencicki, Ellen Wright, Laura Fitzgerald y Paola Crespo, las magas del diseño Lauren Panepinto y Lisa Marie Pompilio, la editora Jenni Hill y la publicista Nazia Khatun en el Reino Unido, el supervisor de producción Andy Ball, la siempre observadora correctora de estilo Kelley Frodel, el diseñador de mapas Tim Paul y todos los que han colaborado para llevar mi libro a los estantes físicos y virtuales.

Compartí un borrador temprano y caótico de Guerra de jade con Jim McCarthy, mi agente, antes de permitir que ninguna otra alma pusiera los ojos en él, y sus excelentes sugerencias y su optimismo inagotable me convencieron de que no se había perdido toda esperanza. (Se le da muy bien).

Gracias a los lectores beta Curtis Chen, Simone Cooper, Vanessa MacLellan, Carolyn
O'Doherty
y Sonja Thomas por los comentarios y las sesiones de

*brainstorming*. Tina Connolly viajó en coche conmigo a Seattle para ayudar a resolver una sección de la historia que acabó siendo la mejor escena de pelea del libro.

Nathan, mi marido, ha actuado como lector, corrector de galeradas, caja de resonancia y proveedor habitual de soporte emocional. No podría haberlo conseguido sin él. Nuestros dos hijos son un recordatorio continuo de que en la vida hay mucho más aparte de qué tal va la escritura un día cualquiera.

El maravilloso entusiasmo de los lectores de la Saga de los huesos verdes me ha motivado todos los días que he trabajado en esta novela. Agradezco cada *email*, tweet, reseña e interacción personal de aprecio y ánimo que he recibido de los nuevos leales al clan, y espero que todos sigáis regresando, porque hay más cosas en el sitio del que salió esto.

FONDA LEE (Calgary, Alberta - 10 de marzo de 1979). Es la autora de la saga de fantasía épica *Green Bone*, que comienza con *Jade City*, continúa con *Jade War* y concluye con *Jade Legacy*. También es autora de las novelas de ciencia ficción *Zeroboxer, Exo* y *Cross Fire*.

Fonda es ganadora del Premio Mundial de Fantasía, así como tres veces ganadora del Premio Aurora (el premio nacional de ciencia ficción y fantasía de Canadá), y finalista en varias ocasiones del Premio Nebula, el Premio Locus y el Premio del Libro de Oregón. Sus novelas han recibido múltiples críticas con estrellas y han aparecido en las listas de lo mejor del año de
NPR
, Barnes & Noble y Syfy Wire, entre otros. *Jade City* ha sido traducida a varios idiomas, ha sido incluida en la lista de los 100 mejores libros de fantasía de todos los tiempos de la revista *TIME* y ha sido seleccionada para su desarrollo televisivo.

También ha escrito aclamada ficción corta y ha sido instructora en talleres de escritura como Viable Paradise y Clarion West. Fonda es una antigua estratega corporativa y cinturón negro de artes marciales a la que le encantan las películas de acción y los huevos

benedictinos.